



# ULTRA NEGRO

Verónica A. Fleitas Solich

zafiro





## Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

# PlanetadeLibros





**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://Planetadelibros.com) y  
descubre una

nueva forma de disfrutar de la  
lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas  
publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de  
libros

Comparte tu opinión en la ficha del  
libro

y en nuestras redes sociales:

**Explora Descubre Comparte**

*Para mi madre.*

*Gracias por animarme a intentarlo, por confiar en mí.*

Oí el estruendo de unos latidos en la oscuridad.

Era mi propio corazón. Me envolvían,

me engullían mis propios latidos.

HARUKI MURAKAMI

1

Máximo apresuró el paso; llegaba

tarde.

Desde la esquina detectó el resplandor que emergía de las vidrieras de la

galería de arte sobre la calle. Una multitud se agolpaba frente a sus puertas,

delante de las amplias placas de cristal, debajo del gran cartel que anunciaba

la nueva exposición.

Era noche de apertura, noche de estreno.

Por la docena de mensajes de texto que le había mandado Geraldine, se le había contagiado su pánico escénico. Las tripas se le retorcieron y le entró

dolor de estómago. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que esa

exposición marcaría un antes y un después en la carrera de la directora y

dueña de la pinacoteca, e incluso también en su vida.

En la acera de enfrente de la galería estaban apostadas tres unidades

móviles de distintos canales de televisión, uno de ellos internacional y

reconocido en todo el mundo.

Incómodo, se removi6 dentro de su americana negra, incluso dentro de la

almidonada camisa blanca que le colgaba por fuera de los pantalones.

Se ech6 una carrera para cruzar la

calle entre el tráfico que aminoraba  
la

marcha para detenerse frente a la  
sala de exposiciones, pues el  
público

continuaba llegando.

Sintió cierto alivio al saber que, al  
menos, no era el último en hacer  
acto

de presencia, aunque sabía que  
Geraldine hubiese deseado verlo  
allí desde

antes de que las puertas se abriesen

al público en general; ella anhelaba mostrarle la muestra antes que a ninguna otra persona.

Máximo se arrepintió de no haber gestionado mejor su tiempo para poder

pasar por allí más temprano. Había tenido oportunidad de ver algunas de las

obras que compondrían dicha muestra, días atrás, cuando un inmenso camión

las trajo directamente desde el

mismísimo atelier del artista. Todos los

cuadros y esculturas eran negros, intensamente negros, completamente negros.

A simple vista daba la sensación de que las telas, sencillamente, se

encontraban por completo cubiertas de óleo negro, sin imagen alguna; eso no

era así. En ese instante recordó la impresión y el estremecimiento que

experimentó cuando Geraldine

cogió uno de los enormes cuadros negros y lo

colocó debajo del foco de luz, que desparramaba un rayo rasante sobre la

textura del óleo, descargado con densidad sobre la tela.

La obra había permanecido oculta hasta entonces. La luz le dio vida. Vida

y textura a una obra magnífica. Había una mujer de espaldas, escondida en

aquella negrura; una mujer cuyo rostro apenas si asomaba sobre su hombro

derecho. Lo que más le impresionó de aquel retrato fue la mirada negra y

profunda de la persona plasmada en gruesas pinceladas; expresaba mucho:

grandes cantidades de amor, angustia, dolor, un poco de soledad y, sin duda,

mucha pasión.

Se había quedado boquiabierto frente a aquel cuadro, razón por la cual le

costó tanto reaccionar ante la pregunta de Geraldine.

Si le gustaba. Eso había querido saber ella.

¿Gustar? Máximo no tenía ni idea de si le gustaba o no, sencillamente

sabía que no era capaz de despegar la mirada del lienzo. Entonces comprendió

el entusiasmo de Geraldine; aquello

era verdaderamente único... Bueno,  
en

realidad no lo era; otros artistas  
alrededor del mundo también se  
destacaban

por el mismo tipo de arte en negro,  
pero, como él no había tenido  
oportunidad

de admirar sus trabajos, eso le  
parecía simplemente genial.

Mientras caminaba a pasos  
agigantados por la acera, extrajo el  
sobre

negro que guardaba en el bolsillo interno de su americana, que contenía una

invitación igual de negra, impresa con tinta del mismo color, pero reluciente,

lo que la tornaba legible sobre la elegante cartulina.

*Ultra Negro*

*Mujeres sin sombra*

Ultra Negro era el seudónimo que utilizaba el artista; así firmaba sus

obras, así lo conocía el mundo.  
«Mujeres sin sombra» era la nueva  
colección

de trabajos que daba nombre a la  
exposición. Colección por la que  
Geraldine

batalló contra viento y marea para  
conseguir albergarla en su sala,  
peleando

contra otras mucho más grandes y  
reconocidas galerías de arte de  
toda la

ciudad; incluso un par, del exterior,

pujaron con sumas ridículamente altas, que

no tenían otro objetivo que tentar al artista, para tener el orgullo y el placer de

ser los primeros en mostrar al mundo el nuevo trabajo de quien estaba

rompiendo con todos los esquemas y cánones preestablecidos en el arte.

Máximo la había acompañado, de lejos, durante los seis arduos meses

de

idas y venidas, de discusiones y negociaciones, que casi acaban por consumir

a Geraldine.

Tanto esfuerzo, sin duda, había merecido la pena: un centenar de personas

se agolpaban a los pies del cartel, de tipografía simple, que anunciaba el

seudónimo del artista como si eso lo dijese todo, y evidentemente lo

decía

todo; muchos se morían por estar allí.

Un par de flashes estallaron sobre sus ojos, pues frente a las puertas de la

galería posaban artistas de todos los ámbitos.

Un inmenso reflector lo dejó completamente ciego durante un par de

segundos; eso no detuvo sus pasos y, guiado por las voces, que en

algunos

casos hablaban en otros idiomas, llegó hasta la entrada. Le enseñó su

invitación a quien custodiaba la puerta con rostro serio y elegante, vestido de

negro de pies a cabeza. Debido a las proporciones del evento, Geraldine se

había visto en la obligación de contratar a una empresa para que le echasen

una mano; hasta entonces, la galería

sólo había acogido a artistas nacionales,

los cuales, si bien eran reconocidos, jamás habían movido a una multitud

semejante, ni a tantos medios de comunicación.

Mientras el agente de seguridad comprobaba la autenticidad de su

invitación, Máximo se volvió para echarle un vistazo al espectáculo que se

desarrollaba fuera: media docena

de fotografías se desvivían por obtener la

imagen que hiciese que la noche mereciese la pena.

—Puede pasar. —El tipo le devolvió la invitación—.

Bienvenido y que

disfrute de la velada.

—Muchas gracias. —Cogió el sobre y se lo guardó en el bolsillo.

Justo

cuando iba a empujar la puerta para entrar, ésta se abrió y por ella

apareció la

organizadora de eventos que Geraldine había contratado para que la auxiliase.

Apenas si se habían cruzado un par de veces, allí en la galería, pero él la

reconoció, y ella a él.

Se saludaron con un gesto de cabeza y pocas palabras; la mujer parecía

apurada y él debía apresurarse si no quería demorar más su llegada.

—¡Max! —exclamó una voz chillona, a la vez que lo saludaba una mano

regordeta de uñas rojas. Eran la voz y la mano de Andrea, la secretaria y asistente personal de Geraldine.

Ésta, de estrafalario aspecto, iba enfundada en un vestido gris y negro a

rayas, con volantes en la falda y puntillas en la cintura, medias y zapatos rojos

de tacón, y su fino y escaso cabello

recogido en una coleta casi insignificante,

pero eso era lo menos importante del peinado, pues, sobre la cúspide, lucía un

gran y esponjado cardado que la hacía verse mucho más alta que su metro

cincuenta y poco más; la cinta roja en la cabeza, a centímetros de su frente, le

daba un toque de pájaro exótico.

Andrea le dio un gran abrazo.

—Qué bien que hayas llegado.  
Pensaba que te perderías toda la  
diversión

—le dijo cuando se separaban el  
uno del otro.

Max comprobó que la gente que lo  
rodeaba parecía estar pasárselo  
en

grande. Los camareros iban y  
venían con copas vacías y llenas.  
El *champagne*

y las bebidas corrían como sangre  
dentro de amplias arterias. También

circulaban bandejas con sushi y canapés. Había risas, música, y el tono de las

conversaciones era alegre y distendido. A lo lejos notó que allí dentro también

estallaban blancos parpadeos procedentes de los flashes de las cámaras. El

lugar explotaba de público; es más, apenas si había espacio para moverse

entre las esculturas, los cuadros y

la gente.

—Problemas de último momento en el restaurante. De todas formas, no

pensaba perdérmelo. —Paseó la mirada por la concurrencia—. Es un

verdadero éxito, ¿no?

—Lo es. Los críticos están fascinados. Aman las nuevas obras de Ultra

Negro. Geraldine ha logrado lo imposible: esta noche todos los ojos se posan

sobre nosotros.

Max pensó que tal vez eso fuese una exageración, aunque sin duda

muchas miradas habían sido atraídas hacia ese recóndito rincón de la ciudad

por aquellas obras negras que todavía continuaban poniéndole los pelos de

punta; se guardó su opinión, pues, según Andrea y la propia Geraldine, así

como la de todos los empleados de

la galería, el éxito de una exposición

también dependía, en gran medida, de la organización de la misma, y en aquel

juego participaba la disposición de los cuadros dentro del espacio, la iluminación de las obras y la elección de los trabajos a exponer.

Lo que sin duda también funcionaba de maravilla era la música que

sonaba de fondo y la iluminación general. El lugar estaba casi en

penumbras;

los focos lumínicos quedaban sobre cada una de las obras y el resto de la luz

provenía de lámparas que desparramaban una nebulosa violeta, y otras

bombillas muy delicadas de luz amarillenta y muy tenue que recorría todo el

perímetro de la galería en el ángulo entre las paredes y el suelo.

—Por cierto, ¿dónde está ella? Su

último mensaje me ha llegado hace cinco minutos. Sonaba desesperada.

—Es que está muy ansiosa, sabes cómo es: siempre dice que puede sola,

que no necesita ayuda; anoche quedó sobrepasada por todo esto. Supongo que

está agotada, además de muy feliz; imagino que necesita un hombro en el que

apoyarse, y un buen beso de felicitación también.

A Max se le escapó una risa leve. Andrea siempre le había agradado, básicamente porque era sincera hasta el extremo de resultar ingenua, incluso a veces ridícula.

—Lo sé —entonó con su voz suave y profunda de siempre. Se inclinó sobre Andrea y le estampó un beso en la mejilla—. Felicitaciones para ti

también, soy consciente de tu esfuerzo en estos últimos meses;

muchas veces

has hecho mi trabajo. Gracias.

—No tienes nada que agradecerme.  
Ve a buscarla; la última vez que la  
vi

conversaba con un holandés, el  
dueño de una galería en  
Ámsterdam.

—Entonces tal vez no deba  
interrumpirla.

Con la familiaridad de siempre,  
Andrea le lanzó un golpe, que  
impactó en

su brazo derecho.

—No seas tonto, tiene todo el derecho de querer mostrar a su prometido

frente a todos. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Todavía no puedo

creer que vayáis a casaros. Me siento tan feliz por vosotros...

Máximo tampoco podía terminar de asimilar todavía el hecho de que le

había pedido matrimonio a Geraldine. La amaba, sí, y sentía

que ya era

momento de dejar el pasado atrás,  
de avanzar; aun así, continuaba  
sintiéndose

muy extraño por haber decidido  
deshacerse de su soltería por  
segunda vez en

la vida. Era cierto que la primera  
vez que contrajo matrimonio fue en

condiciones muy diferentes;  
entonces se había sentido obligado,  
por un

embarazo no buscado. No es que

por aquellos días no amase a Constanza, sino

que realmente no sabía lo que hacía. Ahora, diez años más tarde, se suponía

que debía saber en qué se metía, que sería una decisión mucho más madura y

tranquila, y, sin embargo, aún dudaba. El miedo a estar cometiendo un gran

error que pudiese acabar por lastimar a Geraldine lo torturaba

desde que

habría un ojo por la mañana hasta que se acostaba muy tarde por la noche.

—... y ese pedrusco que le regalaste... —continuó diciendo Andrea,

trayéndolo de vuelta de su abstracción—... es cegador. Lo que daría yo por

tener un novio con tus cualidades.

—Ya te encontraremos a alguien, Andy.

—Lo dudo. En fin, ¿cómo está Julieta? Llevamos mucho tiempo sin verla

por aquí.

—Juli está bien, estudiando mucho; la vuelven loca en la escuela. La

semana que viene se quedará conmigo, porque su madre se va de viaje, así que

me figuro que entonces la verás.

—Tu hija es un encanto. Igual que su padre. Tan inteligente.

Máximo rio.

—Por suerte es mucho mejor que su padre.

—Lo digo en serio. Es una niña muy lista, sé que le gustará mucho la

exposición.

—No estoy seguro de que estos cuadros sean para una niña de su edad.

—Los cuadros no tienen nada de malo, a simple vista son muy inocentes.

No hace falta que le expliquemos de qué va toda la exposición.

Sí, a Máximo no le apetecía explicarle a Julieta que el *leitmotiv* de la

muestra era la trata de personas; sobre todo, la explotación que sufrían las

mujeres aún en la actualidad.

—Ya veré, tal vez podamos enseñarle algunos de los cuadros.

—Cuando te tomes tu tiempo para verlos todos, te darás cuenta de que

son excepcionales. Están tan cargados de sentimiento que se te encoge el alma

al mirarlos. Júzgalos por ti mismo. Ultra Negro no es un artista común y

corriente.

—Por cierto, ¿ha aparecido esta noche? Tanto amenazar con que no vendría...

—Sí, pero al final ha hecho acto de presencia y creo que ha sido eso lo

que lo ha cambiado todo. Es...  
es... bueno, no te adelanto nada;  
será toda una

experiencia para ti también; nadie  
que pase cerca de esa persona  
vuelve a ser

la misma, jamás.

—¿No es eso a lo que aspiran todos  
los artistas?

—Sí, ya quisieran muchos lograr  
algo semejante —acotó Andrea, y  
acto

seguido le robó dos copas de

*champagne* al camarero que pasó por su

izquierda. Le entregó una a él—. Ve por allí, al fondo; allí estaba Geraldine la

última vez que la vi.

Máximo le agradeció el dato y la copa de *champagne*, y se internó entre

la muchedumbre que admiraba las obras. Él también se tomó su tiempo para

admirar un par de cuadros. Con su

casi metro noventa de estatura,  
podía ver

por encima de muchos hombros y  
tantas cabezas, lo que resultaba una  
suerte,

considerando la cantidad de  
personas que se apiñaban frente a  
cada obra.

Otra vez se le erizaron los cabellos  
de la nuca al admirar aquellas

imágenes impolutamente negras. En  
esta ocasión era una mujer de  
espaldas en

la ducha, con el agua corriendo por sus marcadas costillas, y con unas manos

delicadas e inocentes posadas sobre la pared de azulejos.

Se estremeció al sentir que todas aquellas mujeres eran prisioneras de

algo, de alguien, incluso a veces de sí mismas, de sus propios cuerpos;

cuerpos desnudos que Ultra Negro no había temido mostrar.

Con la piel de gallina, dio un paso

atrás, luego otro, y uno más hasta que

chocó con alguien que soltó un quejido. Le había pisado el pie a una elegante

mujer muy mayor que había abusado tanto del maquillaje que las arrugas de su

piel parecían cuero reseco. Además de un exceso de maquillaje, la dama

cargaba una desagradable cantidad de piezas de joyería encima. El

hombre

que la acompañaba le puso mala cara. Max se disculpó y partió rumbo al

fondo de la galería. La verdad era que no se sentía a gusto en aquel lugar, entre

aquellas obras, entre todo ese gentío; hubiese preferido pasar el resto de la

noche en su cocina, trabajando hasta el agotamiento, oliendo a cebollas y a ajo

sofrito, y no a perfume francés y alcohol.

De un único trago, escanció el contenido de la copa en su garganta y dejó

la pieza de cristal vacía sobre la bandeja de una camarera de pícaro sonrisa.

En un gesto casi maniaco, se pasó las manos por la parte frontal de la americana y, cuando sus brazos cayeron a los costados de su cuerpo, sacudió

los dedos para relajarse. No sirvió de mucho. Todo empeoró cuando divisó a

Geraldine entre un concurrido grupo de personas que conversaban y reían; la

verdad era que no tenía ganas de convertirse él también en un objeto más de

exposición.

El anillo de compromiso, que Geraldine y él compraron juntos días atrás,

refulgó en tonos violáceos cuando ella alzó la mano para apartar un mechón

de cabello rubio de delante de su rostro y colocarlo detrás de la oreja. La luz

violeta dio de lleno sobre la piedra.

Tragó en seco.

Geraldine lo vio y, al instante, lo llamó con la mano.

Como un condenado a muerte que camina hacia el cadalso, Máximo

avanzó hasta el grupo.

A modo de saludo, ella le estampó un rápido beso sobre los labios y

luego se lo presentó a todos; él no logró retener ni la mitad de los nombres.

Ella contó, exuberante de felicidad y orgullo, ¿o quizá más de orgullo que de

felicidad?, que él era su prometido, y enseñó la piedra a quien la quisiese ver.

El espectáculo de felicitaciones y

buenos deseos para la pareja duró  
unos

quince minutos. Cuando la  
conversación volvió a circular en  
torno a temas de

arte y sobre la exposición en sí,  
Geraldine lo arrastró lejos de  
todos, hasta un

rincón un tanto más privado,  
alejado de la barra de bebidas y de  
los cuadros.

—Ya pensaba que no vendrías.

—Lo siento; tuvimos un problema

en la cocina, una tontería, pero no  
quise irme hasta que todo estuviese  
solucionado.

Ella puso mala cara, al final su  
sonrisa afloró otra vez; después de  
todo,

ésa era la misma excusa de siempre  
para sus demoras, incluso para sus

ausencias. Aquel restaurante era la  
vida de Máximo, así como la  
galería era la

de ella.

—Bien, no importa, lo único que cuenta es que estás aquí ahora. —  
Se

estiró y le estampó un beso en la mejilla; él la sujetó por la cintura y le

devolvió el beso. Allí, en ese lugar frente a tanta gente, se sentía algo cohibido

y observado. Sus brazos se movieron con cierta rigidez alrededor de su

cintura.

—¿Cómo va la inauguración? He visto a Andrea; me ha dicho que todo

está saliendo a pedir de boca, que la presentación es un verdadero éxito.

—Lo es. Por suerte no hemos tenido ningún contratiempo, lo cual es un

milagro, pues nunca antes habíamos hecho nada de semejante envergadura. Soy

la primera en sorprenderse de que

esté resultando de maravilla.

Max se sonrió, relajándose por primera vez en el rato que llevaba allí.

—Me alegro mucho. —Le dedicó unas caricias—. Has trabajado muy duro para esto.

—Sí, y todavía no puedo acabar de creer que en verdad esté sucediendo.

Lo único malo es que los de la compañía de seguridad no han sido capaces de

solucionar el problema con los sensores de movimiento y he tenido que

pedirles que se fueran antes de que pudiesen solventar el desperfecto, porque

llegó la gente del cáterin y no podía tenerlos aquí por en medio.

—¿Significa que esta noche la galería quedará sin seguridad?

—No del todo; en realidad, el sistema funciona, pero falla cuando se le

antoja. Intento no preocuparme por eso.

—¿Y no va a haber problema con los del seguro?

—Los de la compañía de seguridad van a enviar a alguien a pasar la

noche aquí, van a poner una unidad móvil en la puerta.

—Bueno, es un alivio.

—Sí; dentro de todo lo malo que podría ser, no lo es tanto.

—Qué bien que te lo tomes con

tanta filosofía.

Geraldine lo miró mal.

—¿Estás insinuando que tu prometida es una histérica que rara vez logra

contenerse?

—No; estoy diciendo que me hace feliz que puedas disfrutar de esto, la

exposición es un verdadero éxito.

—Un éxito rotundo —apostillo ella—. Se supone que las ventas no

comienzan hasta mañana, sin embargo ya se han presentado interesados para,

al menos, tres cuartas partes de las obras.

Los ojos castaños de Máximo se abrieron de par en par; él sabía lo que

eso significaba: dinero, probablemente sumas muy altas en comisiones por

ventas de unos cuadros que, según le había comentado la propia

Geraldine

días atrás, valían mucho, pero mucho dinero.

—Sí, eso mismo —comentó ella como leyéndole la mente—. Además, en

lo que va de noche ya me han entrevistado por lo menos media docena de

medios. Mañana a esta hora, las imágenes de la exposición habrán dado la

vuelta al mundo.

—Bueno, eso es simplemente...

—Increíble. Esto es lo que siempre deseé.

—Sí, lo sé. —Volviendo a la incomodidad de antes, cambió el peso de

una pierna a la otra—. Y el artista de la noche, ¿dónde está? Andrea me ha

comentado que se ha dignado aparecer.

Geraldine soltó un profundo bufido.

—Es un verdadero dolor de cabeza.  
De no ser por su talento, no

soportaría ni uno solo de sus  
caprichos.

—¿No vas a presentármelo? Andy  
insinuó que es todo un personaje y,

más que eso, parece un fantasma:  
nunca he tardado tanto en conocer a  
uno de

los artistas que quieres patrocinar.

—Sacar a Ultra Negro de su  
madriguera no resulta tarea  
sencilla. La

verdad, no estoy segura de haber hecho bien al insistir en que viniese, es una

bomba de relojería.

Máximo se imaginó a uno de esos artistas locos a los que se les suelta la

lengua de más con la bebida y que terminan la noche montando algún

escándalo que acaba siendo la comidilla del sector a la mañana siguiente.

—No puede ser tan malo, ¿o sí?

Después de todo, parece que la gente

ama lo que él hace.

—No es él, es ella, y allí está.

Máximo terminó de procesar el hecho de que la mano que había pintado

aquellas obras era femenina y no masculina, cuando el dedo de Geraldine se

alzó en el aire para señalarle a un personaje de lo más extraño y sombrío, que

se hallaba rodeado de un grupo numeroso de personas que hablaban sin parar,

aunque, según le dio la impresión a él, ella no prestaba ninguna atención.

Aquella criatura estaba completamente abstraída en sus propios

pensamientos, con la vista perdida en el vaso que sostenía en la mano

izquierda.

Una mano pálida, de dedos

increíblemente largos y delgados. Llevaba las

uñas pintadas de negro. Negras también eran sus ropas. Unos pantalones muy

ajustados, ligeramente brillantes, y unas botas de media caña de aspecto

militar lustradas a consciencia. Por encima de los pantalones, que delineaban

con pasmosa exactitud una silueta delgada y fibrosa, de extremidades

de

aspecto largo y elástico, caía una chaqueta con un aire gótico que la hacía

parecer salida de una película de terror, de esas en blanco y negro en la que

los vampiros son elegantes y pálidos, y todo tiene ese estilo tan clásico y

refinado.

La chaqueta negra tenía, por detrás, ojales por los que corría una

delgada

cinta que ceñía la prenda al torso y a la cintura de la artista, igual que un

corsé. Por debajo de éste, caía, en voluminosos volados, una cola que cubría

su trasero y parte de los muslos.

Por encima de la delgada porción de tela que conformaba el cuello de la

chaqueta, asomaba una nuca pálida y una melena castaña cortada en una

línea

recta extremadamente dura, a la altura de los lóbulos de las orejas de quien la

portaba. Era una cascada lisa y simple, sin mayores adornos; es más, a

Máximo le dio la sensación de que a aquel cabello le hacía falta, como

mínimo, un buen cepillado y, por qué no, también un profundo lavado.

Como si supiese que la observaban,

la artista giró la cabeza y lo miró

directamente a los ojos. En su vida  
había visto un rostro semejante.

Piel

blanca como la tiza; cejas oscuras,  
pero en extremo delgadas y  
delicadas, y

unos grandes ojos castaños con  
larguísimas pestañas. Sus ojos  
parecían

todavía más grandes de lo que eran,  
puesto que estaban muy  
maquillados con

sombra negra. Esa sombra era el único rastro de maquillaje que pudo detectar.

Sus labios permanecía vírgenes e inmaculados, de un rosa muy delicado,

delgados y de aspecto suave; tanto era así que, de repente, Máximo se

encontró deseándolos. Por un fugaz segundo, se preguntó qué se sentiría al

besarlos.

Desde el centro de su cuerpo le

subieron los colores al rostro y, si antes

se había sentido incómodo, peor estaba entonces, pues tenía la impresión de

que empezaba a calentarse por aquel cuerpo enfundado en negro. Tragó saliva

e intentó inspirar hondo y pausado para recomponer el ritmo de su pulso.

Un *piercing* destelló en la ceja izquierda de la muchacha, otro

sobre su

nariz y un tercero en su labio inferior, del lado derecho.

Lo que más descolocó a Máximo no fueron ni los *piercings* ni el tatuaje

que asomaba por su cuello, del lado izquierdo; tampoco sus ropas, que, de por

sí, como mínimo, podía decirse que tenían personalidad, sino la juventud de la

chica: tenía las facciones de un bebé, delicadas, angulosas, libres

de cualquier

evidencia del paso del tiempo.

Cuando Máximo se dio cuenta, Geraldine ya lo empujaba en dirección a

Ultra Negro.

—Teodelina, te presento a Máximo Verti, mi futuro esposo. Max, ella es

Teodelina Cassel, o Ultra Negro, como todo el mundo la conoce.

A Máximo le fue imposible pasar

por alto la mirada de desprecio que la

joven le dedicó. Le pareció que la muchacha no era más que una adolescente

aburrida y fastidiada entre un montón de vejetes molestos que no hacían más

que adularla, y que a ella le importaba una mierda todo aquello. Debió de ser

por eso que no quería participar del evento; simplemente no le

interesaba, lo

suyo eran los cuadros que colgaban de las paredes, las obras que se alzaban

sobre los blancos pilares, no hacer relaciones sociales, y mucho menos

soportar comentarios de quienes creían comprender sus obras al dedillo, o las

razones que las motivaron a ser lo que eran. Aquella chica, sin duda, deseaba

encontrarse a kilómetros de

distancia de allí, y en cierto modo lo estaba.

Sin saber muy bien por qué, decidió no fastidiarla todavía más y, en vez

de comentar lo impresionantes que le habían resultado sus creaciones, se

limitó a decirle que era un placer conocerla.

Ultra Negro aceptó sus palabras con un gesto de cabeza carente de

cualquier emoción.

—Perdón —Andrea apareció por detrás del grupo con cara de preocupación; se notaba que intentaba disimular que algo iba mal—.

Geraldine, ¿podría molestarte un momento?

Geraldine se crispó; sin embargo, logró disimularlo.

—Sí, claro. —Miró a Ultra Negro y a Máximo—. ¿Me disculpáis? En seguida regreso.

Cuando Geraldine se alejó, el grupo que hasta entonces había rodeado a

Ultra Negro se apartó con ella, dejando a Máximo a solas con aquella

taciturna y oscura criatura que olía a una mezcla de alcohol, tabaco y óleo.

Máximo creyó que la muchacha se alejaría también, no lo hizo;

permaneció a su lado igual que si estuviese clavada en el suelo. El

único

movimiento que realizó fue para alzar el brazo y beber de su vaso.

Pasaron un par de segundos en incómodo silencio.

—A riesgo de sonar tedioso o repetitivo, me gustaría decirte que tus

obras son realmente magníficas... algo escalofriantes, pero magníficas.

La joven alzó la vista y lo miró fijamente a los ojos; era muy

menuda y al

menos dos cabezas más baja que él, nada de eso disminuía la potencia y la

bravura en su mirada, que la hacía parecer una enorme y poderosa bestia.

—¿Escalofriantes?

Max le sonrió, sin saber muy bien cómo le caería aquello; ella no parecía

del tipo de persona que sonríe, mucho menos del que le gusta que

le dediquen

sonrisas.

—Un poco sí. Me han impresionado; la primera que vi fue aquella de

allí.—Le señaló el cuadro; incluso antes de entablar conversación con ella, ya

había detectado dónde se encontraba la obra de la cual había quedado

prendado desde el principio.

—«La mujer sin sombra.» Ésa fue la obra que inspiró toda la serie.

—Es especial.

—Lo es —convino ella, para luego alzar su vaso de nuevo y, alzando el fondo con decisión, vaciarlo.

Por un momento Máximo temió que fuese a ahogarse por no parar para respirar.

—Creo que necesito otro —dijo ella después de chasquear la lengua y,

acto seguido, se largó de allí dejándolo solo y completamente desconcertado.

—Ok. —Máximo rio, hablándose a sí mismo al tiempo que pensaba en lo

loca y extravagante que resultaba aquella muchacha; sin duda, era todo un

personaje, todo lo que se suponía que un artista debía ser—. Creo que yo

también necesito otro trago.

Geraldine desapareció de su vista, de modo que se dedicó a pasearse por

la galería para disfrutar de la exposición. No resultó tarea fácil admirar los

cuadros, primero y principalmente porque allí había demasiada gente y,

segundo, porque plantarse frente a aquellas obras requería ser capaz de abrir

algo más que la mente. Los cuadros eran impactantes; sin duda no escatimaban

sentimiento, a pesar de la carencia de color. Ahora que lo pensaba mejor, le

daba la sensación de que, para admirarlos, cuadraría mejor un silencio

reverencial que la música tipo *chill out* que sonaba de fondo, a la cual se

sumaban las conversaciones, las

risas y el tintineo de las copas. Sí, tenía la

impresión de que aquello precisaba de un clima más solemne; tanto fue así que

le entraron ganas de ver desaparecer al público presente para relacionarse

directamente con aquellas pinturas.

Su mirada se suavizó; había logrado plantarse frente a su cuadro favorito

y tenía el espacio suficiente como

para admirarlo sin ser molestado.  
Se

abstrajo por completo de su entorno  
y entonces descubrió que aquella  
mujer

que lo miraba desde encima de su  
hombro derecho también tenía un  
aspecto

joven, mas no inocente; aquella  
mirada no tenía nada de casta, pero  
los rasgos,

los gestos, e incluso esa piel  
completamente negra y sedosa,

debían de ser las

de alguien de muy corta edad. «La mujer sin sombra», así había dicho Ultra

Negro que se llamaba la obra; la inspiración de toda la colección.

«En la oscuridad no existen las sombras —pensó—, el negro no tiene

sombra. ¿A eso se debe el título de la obra?» Le dio la sensación de que había

mucho más detrás, oculto en la

imagen, la cual le supo a despedida, a ruptura,

pese a que la mujer llevaba alrededor de la cintura algo que parecía una

sábana y se le antojó que donde se encontraba sentada era el borde de una

cama. Igual que si se despidiese de su amante con una última mirada que lo

decía todo. No, probablemente a aquel amante no la uniese el amor;

después

de todo, la exposición iba sobre la explotación sexual que sufren muchas

mujeres.

Algo de tristeza se filtraba por aquellos poderosos ojos negros.

Máximo creyó notar un detalle que no había visto hasta ese momento y se

aproximó al lienzo. Dio un paso adelante, luego otro... algo le llamó la

atención en el cuello de la muchacha retratada.

Hubiese deseado tener más luz; a decir verdad, no le hacía falta, sabía lo

que veía. Sobre el cuello, del lado izquierdo, la mujer llevaba un tatuaje cuyas

formas apenas se distinguían en lo negro de las pinceladas, pero él ya había

visto uno igual, y de cerca y a colores; bueno, en realidad no a

colores, porque

el tatuaje era negro, pero sí sobre una piel mucho más clara, sobre Ultra

Negro.

Retrocedió un paso y volvió a mirar a la cara a la joven del retrato. ¿Era

ella?

Giró la cabeza y la buscó entre la multitud; al igual que Geraldine, Ultra

Negro había desaparecido de la faz de la tierra, como si las entrañas del

planeta se hubiesen abierto para engullirla de un bocado.

Todavía la buscaba con la mirada cuando le hablaron desde atrás.

—¿Tiene fuego? Necesito fumar y parece que todos aquí han abandonado

el vicio hoy mismo.

Como mínimo podía decir que le sorprendía volver a escuchar su

VOZ,

sobre todo porque había estado buscándola para comprobar si sus rasgos

coincidían con los de la mujer del retrato. Se volvió, la miró y le echó un

vistazo a la pintura otra vez.

Eran parecidas, pero...

—¿Fuma o no? —inquirió ella, sosteniendo en alto su cigarrillo.

Negó con la cabeza.

—No, lo lamento.

Ultra Negro soltó un bufido.

—Puta mierda —rezongó.

Su aliento olía a alcohol. Sacó la cajetilla de tabaco que guardaba en el

bolsillo derecho de su chaqueta y guardó el cigarrillo, que hasta entonces

había sostenido entre sus largos dedos.

—Hay otros cuadros, ¿sabe? Lleva

un buen rato aquí parado —le soltó

de buenas a primeras, sorprendiéndolo al iniciar conversación; incluso

mofándose de él de aquel modo y con aquel tono socarrón, le agradó que le

dirigiese la palabra; le hizo sentir que, al menos, a sus ojos tal vez no lo

considerase tan pelmazo como los demás.

—Éste me gusta.

—Sí, ya lo mencionó.

Máximo señaló su propio cuello, del lado en el que la mujer del retrato

lucía el tatuaje.

—¿Es el mismo tatuaje que llevas, no? ¿Eres tú?

Ultra Negro deslizó sus ojos lentamente en dirección al cuadro, los

mantuvo sobre éste durante un par de segundos y luego concentró sus negros

iris en él.

—¿Usted cree que soy yo?

—No estoy seguro, y puedes tutearme.

La joven se cruzó de brazos y volvió a concentrarse en el cuadro.

—Usted es la segunda persona que se percata de la existencia del tatuaje.

—¿Sobre tu cuello o en el cuadro?

—cuestionó exclusivamente para

molestarla. Lo fastidiaba que no

hubiese accedido a tutearlo; a su lado se

sentía igual que una momia, incluso a sabiendas de que, a sus treinta y nueve

años, gozaba de una forma física que no había tenido nunca antes, y que las

pocas canas que lucía le daban un buen toque en vez de hacerlo parecer más

viejo. Su rostro todavía se veía bien, y eso se lo debía al tenue

dorado que el

sol imprimía sobre su piel en sus carreras matinales.

Con una ceja en alto, Ultra Negro le sonrió con sorna.

—Sobre el cuadro, obviamente.

—Soy bastante observador.

—Incluso muchas personas que creen ver bien, no hacen más que ver sin

observar. Muchos no logran distinguir lo que hay más allá de la

imagen.

—Yo diría que lo que veo es a ti fusionada con alguien más.

Ultra Negro dio un respingo.

Máximo se sintió satisfecho al comprender que, con sus palabras, había

logrado traspasar la coraza de aquella muchacha. Sus ojos curiosos se

movieron tímidamente hasta el cuello de Ultra Negro, buscando, debajo de la

corta melena, rastros del tatuaje para intentar comprender qué representaba.

No lo consiguió.

Volvió sus ojos a ella antes de que se percatase de lo que hacía.

—¿Me equivoco?

—Usted no sabe nada de arte, ¿no es cierto?

—Sé lo que puede saber cualquier ser humano. Soy capaz de disfrutar de

lo que veo, de lo que transmite lo que tengo delante de mí. —Ella transmitía un

primer frente de hostilidad, y eso se lo daba, en gran medida, su aspecto, sus

ropas negras, la dureza de su mirada; sin embargo, más allá de toda esa pose,

se atrevió a detectar una pizca de vulnerabilidad, cierta deliciosa fragilidad

que le hubiese gustado descubrir si

ella no hubiera sido tan impetuosa.  
Le

dieron ganas de quitarle la chaqueta para disfrutar de la piel que ésta cubría, y

eso volvió a incomodarlo.

—Ahora se pone sentimental —se burló ella. Sus ojos negros brillaron al

adoptar un aspecto un tanto felino e intrigante.

—No soy ni sentimental ni sensiblero. No soy de piedra, eso

es todo;

nadie es de piedra.

—No obstante, parece tener debilidad por los pedruscos. Si arrojasen a

su prometida al mar, ésta se iría al fondo en cuestión de segundos.

La ira estalló dentro de Max. Aquella maleducada se había pasado de la

raya al insinuar que Geraldine era una piedra; podía ser algo fría y distante

por momentos, incluso un tanto demasiado materialista para su gusto, pero sin

ninguna duda ella no era lo que Ultra Negro insinuaba.

La exclamación brotó de su garganta en un tono tal vez demasiado alto.

—¿Qué has dicho?!

Un par de cabezas se giraron para ver qué sucedía.

—Que la roca que lleva en su dedo debe de pesar mucho —le contestó

con total calma, desentendiéndose de su turbación—. ¿Por qué?, ¿a qué pensó

que me refería con lo que he dicho? —le preguntó poniendo cada de

santurrona, aunque de santa, por lo visto, no tenía nada; a aquella chica le

gustaba provocar.

Máximo se sintió como un idiota por caer en la trampa. Se alejó de ella

un paso. Un par de personas ya se

habían interpuesto entre ellos y el cuadro.

«Impetuosa y arrogante», se dijo.

—Esa obra es la única que no está a la venta. Geraldine insistió en que

debíamos exponerla, pero yo le aclaré que no pienso desprenderme de ese

cuadro.

—Me figuro que ha de ser una persona muy querida —soltó lanzándole

una mirada al cuadro por encima de las cabezas de las personas que tenía

delante.

—Si usted lo dice... —canturreó en tono monocorde, a todas luces

procurando demostrar cuán aburrida le parecía la conversación, o tal vez,

simplemente, intentando desviar la charla hacia otro tema menos sensible para

ella.

—Por lo visto tienes por costumbre ganar todas tus batallas —le dijo

para espolearla.

—No tengo ni idea de a qué se refiere.

—No tienes ninguna obligación de contarme quién es, sin embargo resulta

obvio que yo no soy una de esas personas que son incapaces para ver más allá

de lo que perciben sus ojos.

—Y, además, es increíblemente engreído.

—Tú eres un tanto...

—Un tanto, ¿qué? Usted no me conoce, no sabe nada de mí. Y si cree que

por ver estas obras puede llegar a conocerme...

—Siempre se conoce al artista por sus creaciones, ya que nadie es capaz

de mentirse tan profundamente a sí mismo, y, como imagino que el arte

es muy

personal, algo siempre acaba escapándose por las manos que sostienen el

pincel.

—Terriblemente engreído —soltó ella, corrigiéndose a sí misma.

—Sí, tal vez no sea muy distinto a todos los demás. Supongo que te equivocaste al venir a darme conversación.

—Sí, supongo que me equivoqué.

Mi instinto no es infalible. —Ahora fue

su turno de retroceder un paso para alejarse de él—. Que disfrute del resto de

la noche.

Dicho esto, la muchacha dio media vuelta y se largó en dirección a la puerta delantera de la galería.

Su humor terminó por arruinarse. Había procurado no amargarse por el

pequeño incendio que se inició en la cocina de su restaurante al inicio del

servicio, incluso se tragó sin ayuda lo fuera de lugar que se sentía en la galería

con toda aquella gente con la que no tenía nada en común, con aquella

demostración de exhibicionismo que en gran medida nada tenía que ver con la

exposición en sí misma. También acabó relegando al fondo de su

cabeza el

miedo y las dudas que le entraban cada vez que veía a Geraldine luciendo el

anillo de compromiso. Ultra Negro había acabado por arruinar su noche;

simplemente deseaba largarse a casa, darse una ducha, comer algo y meterse

en la cama para dormir hasta la mañana siguiente, cuando el despertador le

indicase que era hora de calzarse las zapatillas y salir a correr.

## 2

—¿Murió Bela Lugosi y nadie me avisó? —le susurró al oído el alto joven de

cuidados cabellos y ojos de color ámbar, tras estamparle un beso en la sien

derecha.

A modo de respuesta y saludo, Teodelina le lanzó un codazo a sus

costillas.

—Simón, llegas hora y media tarde.

—¿Desde cuándo usas reloj? —  
soltó acomodándose las gafas de  
pasta

azul sobre el puente de la nariz.

—Quizá, si lo usara, sabría que a lo  
mejor no es hora y media, sino dos  
o

más. Prometiste presentarte en  
cuanto se abriesen las puertas.

—Perdón. —Simón se llevó una

mano al pecho, al tiempo que agachaba

la cabeza en sumisa reverencia—. La sesión de fotos se alargó más de lo

debido. Las modelos eran un desastre y la ropa... —Puso los ojos en blanco—.

Mejor ni te cuento sobre eso, sé que no te interesa. Por cierto, ¿de dónde has

sacado el modelito? —La cogió por una mano y la hizo girar, pese a que

ella

se puso rígida y forcejó para evitarlo—. Me gusta. Es bueno verte vistiendo

una prenda que quiere parecerse a una falda. —Bajó la vista y, al llegar a sus

pies, hizo una mueca de disgusto, frunciendo los labios—. Podrías haber

usado esos preciosos zapatos de tacón que te regalé, le hubiesen quedado

perfectos al resto del atuendo. Es más, son demasiado caros como para

dejarlos olvidados en el fondo de un ropero; es decir, en ese espacio sin

nombre en el que tienes la ropa tirada igual que si fuese una pila de deshechos.

—No me fastidies, no estoy de humor. Eres mi amigo, deberías estar

dándome ánimos como mínimo.

—Pero si aquí el ambiente parece muy animado.

—Venir ha sido lo peor que he podido hacer.

—No puede ser tan malo. Hay mucha gente guapa aquí. —

Disimuladamente, Simón señaló con un dedo a un hombre de unos treinta años,

muy alto, de compleción media, que vestía una camisa morada y pantalones

negros, y que poseía unos brillantes

ojos azules que contrastaban a la perfección con una piel muy blanca y un cabello muy negro.

—¿Pierre y tú habéis roto otra vez?

—Nada de eso. No miraba para mí, sino para ti. —Alzando las cejas en

una mueca insinúate y un tanto sexy, Simón la miró fijamente—. O es que,

acaso, debo buscar entre...

—No es preciso que busques nada en ningún lado.

—Estás amargada, Teo.

—Estoy aburrida, fastidiada. He bebido más de la cuenta y quiero fumar,

y aquí dentro no se puede y tampoco consigo a nadie que tenga fuego para

poder salir a la calle y encender el vicio. Además...

—Además ¿qué, mi dulce y pequeño cuervo?

—Nada.

Simón le dedicó una media sonrisa.

—Como sea, la exposición ha quedado grandiosa y, por lo visto, es un

éxito. —La sujetó por los hombros —. Eres un éxito. Es motivo suficiente

como para que sonrías. ¡Ah, lo siento, me olvidaba, tú no sonrías!

—No fastidies.

—Lo que te hace falta es una buena noche; por más que practiques todas

esas artes marciales que prácticas y que corras todos esos kilómetros que

corres, jamás podrás remplazar el sexo, mi vida. Son dos cosas muy distintas.

—Esto no tiene nada que ver con el sexo, Simón.

—Entonces, tus males son males de amor. ¿Quién es ahora? ¿Cuál de tus muertos ha resucitado? Porque eso es lo que siempre te pone así, la mueca en

tu rostro te delata.

—No es nada. —Alzó la vista y acotó—: Ni nadie.

—Patético, tu intento de ocultármelo.

—¿De qué hablas?

—Los chismes corren rápido, mi corazón. Alguien me ha mencionado que

ella estaba de regreso.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tan sólo es un rumor que he oído por ahí. Y bien, ¿dónde está? —

Estiró el cuello y revisó el lugar con la mirada—. No la veo por ninguna parte.

—Su avión llegaba tarde, así que le dije que pasara por casa; le dejé la

llave donde siempre. Quedamos en que se ducharía, se cambiaría de ropa y

vendría; todavía no ha aparecido.

—Felicidades, la has recuperado.

—No he recuperado nada. No se trata de eso, Simón. No ha regresado

para volver conmigo; además, de eso ya ha pasado un siglo y yo no quiero...

—No quieres, ¿qué? ¿Volver a enamorarte de tu primer amor?

—Simón, no estoy para tus juegos de casamentera; me duele la cabeza y

lo que más deseo es largarme de aquí.

—Pero si acabo de llegar. Al menos deberías permitirme inspeccionar el

terreno.

—Creía que ahora te iba la monogamia.

—¿No has sido tú la que acaba de decir que no todo tiene que ver con el

sexo? Mi vida, ya comprendo por qué rompimos: nosotros jamás nos entendemos.

—Rompimos porque conociste a esa modelito que iba en alza y de la cual

te prendiste a sabiendas de que te conseguiría ese trabajo en la revista que

querías.

—Me ofende que pienses así de mí —replicó, exagerando el tono de su voz y sus ademanes—. Mi dulce Irina era un amor. La quise mucho; además,

ella era mucho más accesible y

comunicativa que tú, y no tenía problema en

que me esforzase por mejorar su estilo... cosa que contigo no he logrado en

años. A ella la cambié en tres días.

—Eso se debió a que a la chica le faltaba cerebro.

—Sabes bien que no todo es lo que aparenta. Irina era muy inteligente, por eso llegó a donde llegó.

«Sí, a casarse con uno de los

hombres más ricos de Inglaterra»,  
pensó

ella.

—Tu mal humor está de más esta  
noche, Ultra Negro. ¿No ha  
sucedido

nada más? No puedo creer que  
estés así por esto, sería infantil  
estar así por

esto. Sé que no te gusta recibir  
demasiada atención, pero me figuro  
que

entiendes que vender cuadros es lo

que paga tu estilo de vida. No se puede

vivir del amor al arte.

—Tal vez sí sea falta de sexo —  
rezongó ella entre dientes.

Simón le palmeó un hombro.

—Calma, lo solucionarás esta noche. Todo sea por los viejos tiempos.

—Nicole ha roto con su novio.

—Ésas son buenas noticias por partida doble; por lo que me

contaste, el

tipo era un maldito cerdo; que haya terminado con él te deja el camino libre.

Ultra Negro no negó ni afirmó las palabras de Simón.

—Nadie dice que vosotras dos debáis tomároslo muy en serio. Vamos,

¿hace cuánto que no la ves?, ¿un año?

—Catorce meses —precisó.

—¿Todavía la amas?

Teodelina lo miró de soslayo.

—No sé qué es lo que me pasa con ella.

—Vosotras dos juntas sois pura química.

—Y eso es todo. No le costó nada abandonarme.

—Es hora de que olvides el pasado. Eres demasiado joven para tener

rencores. Si sigues así, cuando

llegues a los veinticinco serás una  
vieja

resentida.

—A ti te falta poco para eso.

—Yo no guardo rencores, cariño.  
La vida es muy corta para eso. En  
fin,

¿no te sientes feliz por su regreso?

—Estoy aterrada; no sé qué mierda  
voy a hacer cuando la vea. Quizá no

debí decirle que se reuniese aquí  
conmigo.

—Es natural que, después de su abandono, quisieras que te viese en una

posición de poder y de éxito, para demostrarle que has podido seguir adelante.

—Ya vendía muchos cuadros cuando ella me dejó.

—Pero, por entonces, el ojo público jamás había notado tu existencia.

Ahora medio mundo te conoce.

—No quiero que se quede a mi

lado porque, según tú, soy famosa o algo

así.

—Sabes que si se queda a tu lado no será por eso.

—Ya no sé nada. Ni siquiera tengo la menor idea de quién es ella en la actualidad. Su vida...

—No te atrevas a juzgarla; no te gusta que te juzguen a ti, no te pongas en

esa posición.

—No actúes como si fueses mi madre.

—Si lo fuera, te daría una buena bofetada.

Los dos se quedaron en silencio un momento. Un camarero pasó y Simón

le robó una copa de *champagne* para él y un cóctel para ella. Bebieron

manteniendo el mutismo.

—Quizá debas olvidarte de las mujeres por un tiempo, son muy

complicadas. Eso es lo que yo hice  
—soltó Simón de repente.

—Los hombres tampoco son sencillos.

—Mucho más simples que vosotras, seguro. Además, aquí hay unos

cuantos que valen la pena.

—Tal vez si los amordazas —gruñó Ultra Negro.

—Eso se puede arreglar.

—No me jodas.

—No jodo, a muchos hombres les  
agradaría someterse a ti.

Teo pensó en el prometido de la  
dueña y directora de la galería, y se  
le

agrió el aliento. Por alguna extraña  
e inexplicable razón, aquel hombre  
le

había gustado, y mucho, pese a que  
su aspecto, su forma de ser y

probablemente su estilo de vida no  
tenían nada que ver con ella. Si  
hasta le

dieron ganas de conversar con él...  
y ahí fue donde todo se arruinó.

— *Go fuck yourself* —le soltó a Simón, con una sonrisa desafiante en los

labios, procurando olvidarse de aquel individuo.

—Lo mismo para ti. Por Dios, Teo, en ocasiones eres de lo más

exasperante. Ven —la agarró por la muñeca—, busquemos fuego para que

puedas fumar; tal vez eso calme el

ánimo tormentoso que desprendes hoy.

Sin darle tiempo a aceptar o rechazar la idea, tiró de ella, arrastrándola

hacia la salida.

\* \* \*

—¿Me invitas a un trago?

Hasta entonces, en lo que duró la caminata de ella hacia él, por entre la

gente, habían compartido sonrisas y

miradas cómplices. Máximo le  
tendió su

copa de *champagne* a Geraldine.  
Por encima del hombro de su novia,  
vio a la

joven artista alejarse de la mano de  
un hombre de edad similar, muy  
bien

vestido y de porte sumamente  
elegante, que desentonaba  
estruendosamente a su

lado. No sólo por el hecho de que  
vistiese colores claros, igual que si

estuviese a punto de asistir a una fiesta en la playa o algo así, sino porque en

su mirada había chispa de vida y en los de ella, solamente oscuridad. Se

preguntó si sería su novio y cómo sería aquello. ¿Es que la apariencia y la

pose de Ultra Negro eran sólo eso: una pose para vender cuadros, para

resaltar entre el montón que cada temporada se desvivía por hacerse un hueco

en la atención de los críticos y el público? Lo cierto era que no se lo parecía;

lo de aquella chica era una exteriorización de lo que cargaba en su interior,

igual que lo que plasmaba en sus obras.

Ultra Negro y su acompañante salieron de la galería; ella, con un

cigarrillo encendido en una mano y una copa en la otra. Antes de atravesar la

puerta, la joven artista volteó la cabeza y sus miradas se cruzaron; turbado por

aquellos ojos negros y su actitud desafiante, Máximo simuló no haber

reconocido su presencia y volvió la mirada hacia su prometida.

—Tienes cara de aburrido.

—No estoy en mi salsa aquí. La exposición es fantástica, pero sabes que

no estoy hecho para este tipo de

eventos, lo mío es la trastienda.

—Lo sé, tranquilo, queda poco...  
por suerte. No puedo quitarme de

encima el miedo de que esa chica  
haga alguna locura; es un arma de  
doble filo.

—¿Tan poco te agrada?

—¿No me digas que a ti sí te gusta?

—La verdad es que toda su pose  
me parece infantil.

—La desgracia es que no es una  
pose, simplemente es así, y me

figuro

que, pese a todo, aún no acaba de madurar. Es independiente desde hace años;

de cualquier manera se le nota que tiene nada más que veintiuno.

Máximo se sorprendió al conocer su edad. Era muy joven y ya había

alcanzado el éxito que pocos artistas veían sólo cuando llegaban a la madurez.

—¿Por qué dices que «pese a todo»?

—Vive sola desde los quince.

Eso era como si Julieta decidiese mudarse de casa en poco más de cinco

años. Demasiado joven.

—¿Te lo comentó ella? No parece el tipo de persona que va por la vida

contando sus venturas y desventuras a los demás.

—Por supuesto que no fue ella, esa chica apenas si articula dos palabras

seguidas. Es algo que, simplemente, todo el mundo sabe de ella. En el medio,

Ultra Negro es como un gran misterio que todos desean desvelar. Circulan

muchos rumores; muchos son tonterías, pero tengo entendido, por el amigo de

un amigo que era amigo de su primer maestro, que se fue de su casa, o algo

así, siendo poco más que una niña.

No se le conoce familia ni amigos.  
Tal vez

algunos pocos conocidos.

—Pues hace cinco minutos salió por la puerta de la mano de un muchacho

de aspecto bastante normal; es decir, nada como ella, pues vestía muy bien y...

Geraldine lo interrumpió.

—Me sorprende, ¿un hombre? Oí que por ahí dicen que es gay. Tal vez

sea bisexual.

Max se sintió terriblemente incómodo al hablar de aquella joven a sus

espaldas.

—Es probable que nada de eso sea de nuestra incumbencia —lanzo para

zanjar el asunto. No sabía muy bien por qué, pero quería saber más cosas

sobre Ultra Negro; sin embargo, no de los labios de Geraldine... Sentía

que

todo lo que ella decía sobre la chica sonaba a insulto, y comenzaba a enojarse

con su novia por eso, lo cual no tenía sentido.

Geraldine se lo quedó mirando.

—Si quieres, puedes irte a casa. Hablaremos mañana. Gracias por

sacrificarte y venir. —Con un gesto brusco, le devolvió la copa.

Hizo el amago de retirarse, no lo

logró: Max la detuvo en seco al

agarrarla de la misma mano con la que ella había sostenido la copa.

—No ha sido un sacrificio.

—No tienes por qué hablarme en ese tono.

—Perdona, no ha sido mi intención. Es que estoy cansado y de mal

humor, y estas cosas...

—No te gustan, ya lo sé — completó ella—. Lo repites hasta el cansancio,

igual que si fuese tu mantra. Tal vez, si cambiases ese pensamiento, podrías

empezar a disfrutarlo, al menos un poco. Odio verte con cara de amargado en

cada evento al que vamos, eso arruina mi ánimo, sobre todo en una noche tan

especial como ésta. Deberías apoyarme, no intentar hundirme contigo en ese

mar de mal humor en el que te

sumes cada vez que...

—Geraldine... por favor. No terminemos de arruinar la velada. Ya te he

pedido disculpas, no ha sido mi intención molestarte. —Esa noche sus

reproches le taladraban la cabeza; sin lugar a dudas, su mal humor iba de mal

en peor. Deseó encontrarse en su cocina, con sus cacharros, con su gente, con

sus aromas, con todas aquellas cosas que le sentaban bien.

—Sí, mejor lo dejamos aquí. Empecemos el fin de semana en paz.

Cambiando su comportamiento ciento ochenta grados, Geraldine, de

repente, se le acercó muy insinuante, deslizando ambas manos por el pecho de

su camisa; se detuvo en la base de su cuello y comenzó a besarlo. Él

se dejó

llevar, procurando olvidarse de la discusión, del cuadro de la chica de negro,

de la propia Ultra Negro y del muchacho que la acompañaba.

No le resultó así de fácil olvidarse de ella, ni siquiera cuando, tres horas

más tarde, en la cama con Geraldine, en el apartamento de ella, bajo sus

sábanas, le hacía el amor.

Su rostro, sus ojos, sus piernas, sus manos, su cabello, el perfil de sus orejas... toda ella regresaba una y otra vez a su mente, sin importar cuánto

apretase los párpados para borrar su imagen. Todo había quedado grabado en

sus retinas, incluso más allá, en un lugar profundo y oscuro que le encajaba de

maravilla a la artista plástica. Un lugar en el que sólo albergaba

secretos que

jamás le había contado a nadie y que jamás pensaba contar, donde yacían las

cosas que eran sólo para él, pura y exclusivamente para él, así como deseaba

que lo fuese lo que aquella chica guardaba debajo de aquella coraza, aunque

se tratase nada más que de una pose, un infantilismo; era eso lo que él

necesitaba, para escapar de todo.

Se puso duro pensando en Ultra Negro. Penetró a Geraldine pensando en

Ultra Negro.

Y, agotado y con dolor de cabeza, se durmió pensando en ella, a pesar de

que en sus manos aún percibía el calor de la piel de Geraldine y, en su nariz,

su perfume.

Teo cerró la puerta del ascensor de carga y caminó por la fría y gris

superficie de cemento hasta la entrada de su *loft*. Estirándose de puntillas,

descolgó la máscara de rasgos diabólicos y largos cuernos traída de África

por Simón en un viaje que hizo a aquel continente para realizar una sesión de

fotos y le dio la vuelta. La llave no

estaba allí, tampoco la cinta adhesiva de

papel con la que la había pegado.

El estómago se le retorció de ansiedad. Nicole no había aparecido por la

exposición ni tampoco contestaba a su móvil, pero, por lo visto, sí había

llegado a casa. ¿Estaría allí mismo en ese momento, esperándola? Si era así,

¿por qué tampoco había contestado

al teléfono del apartamento?

Sacó sus llaves y abrió la puerta.

Entró y encendió las luces. El espacio de su gigantesco apartamento era

uno solo, sumamente amplio; las únicas paredes existentes eran las del baño.

Con un rápido vistazo, examinó el lugar. Había tres maletas: una encima de la

cama y dos al lado del viejo sillón de cuero negro; también había ropa

sobre

la cama y en el suelo, una toalla abandonada sin mucho concierto sobre la

mesa de la cocina, una botella de whisky y un vaso sobre la encimera; la

puerta del baño, abierta, y la luz, apagada. Ni rastro de Nicole.

Simón se había equivocado, ella no la esperaba en casa para darle una

romántica bienvenida. Era obvio que Nicole había llegado, pero...

¿dónde se

había metido?

Mientras avanzaba en dirección a las maletas, se arrancó el abrigo,

quedándose en camiseta de tirantes y pantalones.

Lanzó el abrigo a un lado y el móvil, sobre la mesa de la cocina.

Revolvió entre las ropas de Nicole, ente los vasos, platos sucios, envases

de comida, latas de cerveza y Red

Bull y demás cachivaches que había encima

de la encimera. Corrió hasta el baño. La ducha todavía estaba mojada, pero

nada, ninguna nota, ninguna pista que indicase dónde podía estar.

Tuvo un mal presentimiento.

Con el corazón latiéndole sobre las sienes —lo que empeoró todavía más

su dolor de cabeza—, corrió de regreso hacia el ambiente principal

y buscó su

móvil. No había mensajes pendientes. Una vez más, la llamó. No obtuvo

respuesta.

—Mierda, Nicole, ¿dónde estás?  
—rezongó entre dientes.

Mientras su móvil la comunicaba con Simón, recogió una camiseta rosa

perteneciente a Nicole de encima de la cama y se la llevó a la nariz. Inspiró

hondo; olía a ella, por lo que su cuerpo se estremeció de deseo. A su mente

volvió el recuerdo de alguna de las tantas veces que la había tocado para darle

placer, de las veces que le había dado placer con su boca, de lo

maravillosamente bien que se sentía cuando Nicole hacía lo mismo por ella.

—¿Qué pasa? A estas horas te hacía de fiesta con tu amor

platónico —le

soltó Simón a modo de saludo—. ¿Es que habéis reñido? ¿Qué has hecho esta

vez, Teo? ¿Has vuelto a reprocharle que te dejase? No puedes tener un

momento de paz. ¿Dónde estás?, ¿te ha echado de tu casa?

—Estoy en mi apartamento, Simón. Las cosas de Nicole están aquí. Es

obvio que se dio una ducha y bebió algo. Evidentemente salió; su bolso y sus

documentos no están. He vuelto a llamarla a su móvil, creo que es el décimo

mensaje que le dejo.

—Quizá no le gusten las mujeres desesperadas.

—Simón, no es broma; esto no es normal ni siquiera para ella. ¿Y si le ha

sucedido algo malo?

—No exageres. Conociéndola es más probable que se encontrara por la

calle con alguna vieja amistad y...  
tú sabes... Tarde o temprano  
llegará a casa.

—Creo que hubiese tenido la  
decencia de avisarme, de ser así.

—Vamos, ¿de verdad? Tal vez no  
tuvo tiempo. —Añadió esto último  
cambiando el tono para no  
desmoralizar tanto a su amiga;  
sabía que, para

Teodelina, Nicole era una persona  
absolutamente perfecta, más allá de  
haberla

abandonado por un tipo forrado de pasta que le prometió poco más que la

luna. Teo creía que Nicole no era capaz de lastimar a nadie, que su alma era

pura y que jamás cometía errores; las evidencias demostraban algo muy

distinto: Nicole era dueña de una pasmosa facilidad para meterse en líos, líos

serios; tanto era así que, por lo que

él intuía, Nicole había acabado huyendo de

ellos al regresar al país.

—Quizá sea mejor que salga a buscarla.

Simón notó la tensión en la voz de su amiga. Se tapó la oreja libre para

no oír a Pierre, que lo llamaba desde la habitación.

—Oye, no vale la pena que salgas a esta hora. ¿Qué harás, recorrer todos

y cada uno de los lugares a los que ibais juntas? Teo, puede que te salga el tiro

por la culata al ver algo que no deseas ver. Quédate quieta en casa hasta

mañana por la mañana e intenta no pensar en eso, tampoco en ella. Recuerda

que, probablemente, si está haciendo algo, sea por despecho; después de todo,

acaba de romper con su novio.

—Ella no está revolcándose con nadie, Simón.

—Eres tú la que lo ha dicho, no yo. Ha sido tu elección de palabras y no

la mía. Teo, te quiero, somos amigos, te respeto... Sé que no quieres oírlo,

pero es ella la que jamás te respetó, prácticamente se aprovechó de ti.

—Eso no es cierto.

—Y probablemente esté aprovechándose de ti ahora.

Seguramente ni

siquiera tiene dinero para pagarse un alojamiento y por eso te llamó.

—¡Eres un idiota!

—Sabes muy bien que es probable que sea así como te lo digo. ¡Relájate!

Verás cómo regresa por la mañana y, si aún la quieres a tu lado, podrás

olvidar esta noche y nada importará. Vete a dormir; ha sido tu gran noche, no

permitas que te la arruine.

Teodelina oyó que por la línea se filtraba la voz de Pierre, la pareja de

Simón, hablándole en un dulce y suave francés.

—Perdón por molestar tan tarde. Seguro que tú sí tienes mejores cosas

que hacer que esperar a que una...

—Mantén la calma. Espera a mañana. Las cosas se ven distintas a la luz

del día.

—Sí, por lo general se ven con más claridad y, por ende, mucho peor.

—Bien, estás de ánimo lúgubre, lo entiendo. No hagas ninguna tontería;

métete en la cama y duerme. Te llamaré por la mañana, en cuanto me despierte.

—Sí, claro. Buenas noches. Saluda a Pierre de mi parte.

—Te amo, Cuervito. Intenta descansar. Hablaremos mañana.

—Adiós.

—Adiós.

Teodelina cortó y arrojó el móvil otra vez sobre la cama.

Los malos presentimientos no quisieron abandonarla.

Cogió la botella de whisky y el vaso usado por Nicole, sus pastillas para

dormir y se tiró sobre la cama a beber. Bebió hasta que el sueño y el dolor de

cabeza ganaron la lucha, dejándola prácticamente *knock out*.

### 3

Máximo oyó sonar el teléfono; no era su móvil. No reconoció aquel sonido

como el del aparato de su casa, y entonces recordó que se había quedado a

pasar la noche en casa de Geraldine. La notó removerse al otro lado de la

cama y luego levantarse. El

teléfono no paraba de insistir.

Maldijo mentalmente a quien se encontraba al otro lado de la línea; tenía

sueño, presentía que era demasiado temprano como para levantarse un sábado,

sobre todo porque las noches de sábado se hacían eternas en el restaurante; era

una de las noches de mayor movimiento y deseaba estar despejado y no hecho

polvo por haber dormido poco.

Apretando los párpados, procurando que el sueño no se le escapase de

las manos, oyó hablar a Geraldine. No comprendió lo que decía, pues todavía

se encontraba medio perdido entre nudos de sábanas, mantas y sueños

entrecortados. Lo que sí comprendió, más bien oyó, fue la exclamación que

ella soltó al final. Fue una especie

de quejido ahogado, de  
exclamación

contenida.

No con poco esfuerzo, abrió los  
ojos y giró la cabeza en la  
dirección de

donde procedía la voz de su  
prometida. Ella se encontraba de  
espaldas, pero,

como si notase que la estaba  
mirando, se dio media vuelta.  
Descubrió su

rostro desencajado... incluso le

pareció ver lágrimas en sus ojos.  
¿Qué

sucedía?

Incorporándose sobre los codos,  
prestó atención a la conversación.

—Sí, claro, en seguida voy para  
allá. —Pausa—. Claro... claro,  
muchas

gracias. Adiós.

Muda y con el rostro petrificado,  
Geraldine caminó hasta la cama.

Máximo se sentó.

—¿Qué ocurre?

Aferrando el móvil con ambas manos, Geraldine trepó a la cama sobre

sus rodillas y allí se sentó. Notó que ella no acababa de reaccionar.

—Gera, ¿quién era?, ¿qué pasa?, ¿por qué te has puesto así?

Ella alzó la vista y lo miró; hasta entonces sus ojos habían permanecido

clavados en el aparato.

—Ha sucedido algo... en la galería. No sé... algo... —repitió—. Tal vez

han querido robarnos.

—¿Qué? ¿Se han llevado alguna obra?

Negó con la cabeza.

—Andrea...

A Máximo no le agradó nada ver que ella pronunciaba el nombre de su

asistente personal con voz afectada

y el rostro completamente sombrío.

—¿Qué pasa con Andrea? —  
inquirió posando sus manos sobre  
las de

ella, tal vez más por necesidad  
propia que por realizar un gesto de  
apoyo

hacia su pareja.

—Está muerta.

El mundo quedó sumido en el más  
profundo de los silencios. A  
Máximo

le dio la impresión de que todavía soñaba y que aquello no era más que una

pesadilla. Eso, simplemente, no podía ser; alguien tan joven no podía morir

así como así. Si sólo anoche...

Su cerebro no lograba terminar de procesar la noticia.

—Suponen que fue poco después de que nos fuésemos. Alguien arrojó

pintura negra contra la fachada de la galería y rompieron los cristales

de la

entrada. Entraron. La atacaron. Debió de ser cuando se disponía a cerrar.

Supongo que no esperaban encontrarse con ella. El que ha llamado era Luis.

Luis era el socio de Geraldine, el segundo al mando en la sala de exposiciones.

—También ha llamado a la empresa de seguridad. Irán directamente a la

galería.

—¿Es que los de seguridad no fueron finalmente anoche? ¿Hubo problemas con la alarma? ¿Cómo es que Andrea...?

—No lo sabemos todavía, supongo que la unidad móvil que iban a enviar

nunca llegó. Luis estaba en camino. Tengo que ir, la policía todavía está allí.

—Voy contigo.

—No puedo creer que esto esté sucediendo.

\* \* \*

Lo primero de lo que fue consciente Teodelina al despertar fue del atroz

dolor de cabeza que palpitaba en sus sientes; al instante percibió la

incomodidad y la rigidez en todo el cuerpo. Tenía la impresión de que sus

articulaciones se habían solidificado durante la noche.

Entreabrió los párpados. La luz entraba a raudales por los ventanales.

Sintió que el sol hería sus retinas. Soltó una maldición y se tapó los ojos con

el antebrazo derecho.

—¿Nicole?

Su llamada no obtuvo respuesta.

El brazo cayó, pesado, sobre el colchón.

Abrió los ojos. Lo primero que vio

fue el área de trabajo, donde se

encontraban sus obras terminadas,  
sus pinturas, bocetos y demás.  
Moviendo

lentamente la cabeza, barrió el  
espacio que conformaba lo que  
podía ser

llamado el salón, luego la cocina,  
el cuarto de baño y finalmente la  
cama.

Todo se encontraba tal cual estaba  
anoche.

Alzándose sobre sus codos, con la

cabeza dándole vueltas, soltó todos los insultos habidos y por haber. Comenzó a pensar que Simón tenía razón,

Nicole sólo se había limitado a usarla; en este caso, porque no tenía dónde

caerse muerta al haber dejado a su novio.

Se sintió terriblemente estúpida.

—¡Maldita puta! —chilló al tiempo que, dando patadas, lanzaba fuera de

la cama la maleta y demás pertenencias de Nicole. Estaba histérica y de

pésimo humor y, de no ser por aquel condenado dolor de cabeza, quemaría

todos sus bártulos en una gran hoguera en la terraza. Ya se imaginaba las

llamas consumiéndolo todo, incluidos los restos de amor que quedaban dentro

de sí. Nicole acababa de arrastrar

por tierra las últimas esperanzas  
que ella

guardaba del resto de los seres  
humanos.

«Las personas hieren, engañan»,  
pensó en el exacto momento en que  
una

ola ácida trepó por su garganta.  
Apenas si logró contener el vómito,  
justo a

tiempo para llegar al baño y lanzar  
allí el dolor reconcentrado y  
putrefacto,

mezclado con una gran dosis de lo que quedaba de su amor propio, de sus

ganas de vivir. Vomitó y lloró. Se sentía engañada y dolida, y tenía la

impresión de que no lograría sobreponerse, no una vez más, ya no quedaba

nada dentro de ella. El vómito había dejado paso a una cáscara vacía, oscura y

fría, completamente incapacitada para volver a confiar en nadie más.

Su estómago se revolvió por tercera vez dentro de su vientre; se ahogó y,

así, entre la falta de oxígeno y el dolor, oyó su teléfono móvil repiquetear una

y otra vez. Quiso salir corriendo a atender, mas lo cierto era que no lograba

soltar el fuerte abrazo que la unía al inodoro.

El aparato paró de sonar y entonces comenzó a repiquetear el teléfono

fijo. Tuvo que darse por vencida. Los vómitos la habían dejado desparramada

sobre el frío suelo del baño, agotada; su cerebro no conseguía convencer a sus

músculos de que se pusiesen en movimiento.

Le costó un buen rato recuperarse. Primero sólo logró sentarse contra el

bidé. Luego se sentó sobre éste, apoyándose en el lavamanos. Abrió

el grifo

del agua fría y se lavó la boca y la cara, olvidándose de que aún llevaba el

maquillaje de la noche anterior. Tuvo que hacer varios tragos para quitarse el

horrible sabor de la boca. No se animó a lavarse los dientes; todavía tenía el

estómago revuelto y sabía que, si lo intentaba, acabaría vomitando otra vez.

Con paso tambaleante, consiguió salir del baño y arrastrarse hasta el área

de cocina, donde buscó su móvil.

Su mente confusa no logró comprender con precisión lo que aquel

mensaje de Geraldine significaba. Algo había ocurrido en la galería; no era

capaz de decir qué.

—Reúnete conmigo allí cuanto antes. Yo voy en camino. Adiós. —

Ése

era el final del último mensaje dejado por ella.

Teodelina volvió a soltar todos los insultos que sabía; sólo le faltaba eso,

que algo sucediese con sus cuadros. Ahora sí que estaba completamente

arrepentida de haber aceptado exponer. Desde el principio supo que no era

buena idea... Eso que sucedía era el castigo por animarse a desear

más, por

intentar salir del ostracismo en el que Simón le repetía, una y otra vez, que

vivía.

«¡Si este puto mundo no vale la pena!», gritó dentro de su cabeza al

tiempo que lanzaba por el aire una caja de comida china que creía haber

pedido por teléfono tres días atrás. La caja chocó contra la pared del fondo,

dejando un reguero de fideos que chorreó lentamente por la pared hasta formar

un montón sobre el suelo y sobre la caja misma.

Todavía tambaleándose, fue hasta el teléfono fijo. También había sido

Geraldine, que le había dejado un mensaje similar al del móvil.

Sin dejar de maldecir, se arrastró de nuevo hasta el baño, abrió la ducha,

se deshizo de su ropa y esperó a

que el agua lavase la nebulosa de su cabeza.

Una vez vestida, y con el estómago algo más asentado, recogió sus cosas

y salió rumbo a la galería.

\* \* \*

Máximo simplemente no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. La

fachada de la galería había quedado destrozada, simplemente irreconocible.

Cristales rotos y pintura negra por doquier. Las luces del interior de la sala

aún estaban encendidas, y un montón de policías y peritos entraban y salían.

Fuera había estacionados tres coches patrulla, dos motos, dos camiones

forenses y una unidad móvil de televisión. Evidentemente

Geraldine se percató

de la presencia de la misma en ese

exacto momento, ya que soltó un insulto.

No era nada normal que ella insultase, pero el momento lo merecía.

Mientras levantaba el pie del acelerador, intentó convencerse a sí mismo

de que, por desgracia, realmente estaba sucediendo.

El negro café que bebió en unos pocos sorbos antes de salir trepó por su

garganta al identificar, más allá de los manchurroneos negros que caían en

gruesas gotas por los trozos de cristal que aún estaban en pie, a dos hombres

portando una camilla que contenía una gran bolsa negra de plástico. Tragó; el

café se resistió a pasar.

Estacionó el automóvil en la acera de enfrente, puesto que la de la galería

se encontraba copada de vehículos y encintada con un cordón policial amarillo.

Luis salió en ese mismo instante de la galería, tapándose una mano con la

boca. Su rostro, desencajado de horror, planteaba una realidad funesta.

Sin darle tiempo a girar la llave para apagar el motor, Geraldine se bajó

del coche, prácticamente saltó, y,

sin prestar atención al tráfico, cruzó la calle

corriendo, directa hacia él. Según pudo ver Máximo, éste iba acompañado de

una mujer de unos treinta y pocos años que iba vestida de traje gris oscuro y

camisa celeste, y llevaba el cabello recogido; tenía toda la apariencia de

pertenecer al cuerpo de Policía.

Geraldine y Luis se abrazaron en el

exacto momento en el que él

empezaba a cruzar la calle. La mujer policía les dio espacio; no se retiró

demasiado, tan sólo lo suficiente como para permitirles un poco de intimidad y

no mucho más que eso... Bueno, tal vez ni siquiera eso, pues Máximo notó que,

con la mirada, los registraba a ambos, igual que si sus ojos formasen parte de

un potente escáner capaz de leer la mente.

A medida que avanzaba, la escena le parecía más y más repugnante.

Sus tripas dieron un vuelco cuando los camilleros de la policía forense salieron cargando aquella bolsa negra con lo que él supuso que era el cuerpo

sin vida de Andrea.

La mujer policía se alejó dos pasos; Luis y Geraldine también se vieron

en la obligación de apartarse para dejarlos pasar.

Máximo dio un paso atrás y pisó, con el tacón de su zapato derecho, una

gran gota de pintura negra todavía un tanto pegajosa.

Geraldine soltó un gemido y hundió el rostro en el hombro de Luis, cuyo brazo izquierdo aún rodeaba sus hombros.

Todos contemplaron, en un silencio reverencial, a los dos hombres

alejarse en dirección al camión azul. Los tres se quedaron allí quietos,

paralizados, hasta que la camilla estuvo dentro del vehículo y los hombres

avanzaron hasta la cabina.

A Máximo se le olvidó respirar mientras veía al vehículo alejarse calle

abajo.

—Lo siento, disculpen...

Se dio la vuelta cuando la voz femenina los llamó. Después de él, Luis y

Geraldine se giraron y enfrentaron a la mujer.

—Soy la detective Carolina Resa. Estoy a cargo de la investigación.

—Carolina, ella es Geraldine Arias, la dueña de la galería. — Carolina y

Geraldine intercambiaron un apretón de manos—. Y éste es Máximo Verti, su

prometido.

—Es un placer conocerlos.  
Lamento que sea...

—¿Qué mierda...? —jadeó la voz  
joven de la cual Máximo no se  
había

podido olvidar en toda la noche—.  
¿Qué puta mierda ha pasado aquí?

Máximo la vio subir a la acera a  
pasos largos, con desesperación,  
igual

que si la persiguiese el mismísimo  
diablo. Como la noche anterior, iba

vestida

de negro de los pies a la cabeza, sólo que de un modo mucho más informal. Su

rostro parecía una máscara sombría; no llevaba maquillaje, únicamente los

restos de lo que debía de haber sido el de anoche, formando oscuras ojeras

alrededor de sus ojos. El viento le trajo su perfume, una mezcla de jabón y

cigarrillo. En suma, su aspecto era un tanto fantasmagórico. Parecía cansada,

pasada de revoluciones.

—Teodelina... —fue lo único que logró articular Geraldine, y luego

rompió a llorar igual que una niña. Máximo jamás la había visto llorar así, tan

desconsoladamente, ni siquiera cuando falleció su hermana, ocho meses atrás.

—¿Quién es usted? —le espetó la

mujer policía.

—¿Quién cojones es usted? —fue lo que obtuvo por respuesta de parte de

Ultra Negro, en un tono desafiante.

—Ella es la artista que ha pintado los cuadros que están en exposición —

aclaró Máximo, interviniendo al tiempo que daba un par de pasos hacia

delante, hasta posicionarse junto a la joven. Ella lo miró igual que si

no

comprendiese qué hacía él allí; es más, le dio la sensación de que Ultra Negro

ni siquiera comprendía qué hacía ella allí. Al menos su gesto sirvió para

ablandar la reacción que, sabía, se había avecinado en el rostro de la

detective. Si aquella muchacha continuaba actuando así, en un par de minutos

acabarían por llevársela presa por

desacato o algo similar.

—Entiendo —masculló la  
detective, mirándola de arriba  
abajo. Otra vez

sus rayos equis.

—¿Qué ha pasado?, ¿qué significa  
todo esto? ¡¿Quién mierda ha hecho

esto?! El jodido cabrón  
responsable de esto va a pagarlo  
muy caro. ¿Han

robado algo? ¿Han arruinado  
alguna obra?

—Todavía no lo sabemos —le contestó Máximo, poniéndole una mano

encima del hombro; con aquel gesto pretendía demostrarle su apoyo,

tranquilizarla, lo único que logró fue que ella le dedicase una mirada de odio

capaz de derrumbar un edificio—. Acabamos de llegar —añadió bajando la

mano.

—No, no falta nada. No hasta lo

que yo recuerdo —explicó Luis.

Geraldine se limpió la cara con ambas manos, barriendo las lágrimas.

—Han matado a Andrea, mi asistente.

La joven lo escudriñó como si le pidiese una explicación. Máximo no

entendió por qué lo miraba a él de aquel modo, si unos segundos atrás parecía

dispuesta a indicarle, también con

una mirada, que no deseaba saber nada de

él. Que ahora buscase en su rostro una respuesta lo confundió; más que eso, lo

enojó. A aquella chica le faltaba un tornillo.

—¿Por qué? ¿Cómo?

Ultra Negro era la más perdida de los cuatro.

—¿Quién podría querer...?

—Eso mismo es lo que deseamos

saber. ¿Señorita...?

—Teodelina Cassel —se presentó ella.

—¿Sabe usted de alguien que pudiese querer atentar contra su trabajo?

Alguien con quien haya hecho enemistad en este último tiempo...

Máximo pensó que, probablemente, a aquella chica no le costaba

demasiado ganarse enemigos, mas ¿de verdad alguno podía ser responsable de

algo semejante? La pintura negra lanzada sobre los cristales y la fachada, los

vidrios rotos... nada de eso era demasiado importante, pero... ¿una muerte?

—Nadie lo suficientemente desquiciado como para matar a una persona

—afirmó ella.

—Tendrá que darme nombres.

—Esto es ridículo, nadie que yo conozca...

—Creo que usted no entiende la gravedad del asunto. Necesitamos toda

la ayuda posible para hallar al o a los culpables cuanto antes. Me figuro que

todos ustedes desean lo mismo.

—Por supuesto que sí, la ayudaremos en todo lo que esté a nuestro

alcance —entonó Máximo—. Lo que ha sucedido aquí nos afecta a todos de

manera muy personal. Hablo por todos cuando le digo que esperamos que

atrapen pronto al asesino. Ninguno de nosotros podrá descansar en paz hasta

que eso ocurra.

—Gracias, señor Verti, es muy amable por su parte. Ahora, si me

disculpan... me gustaría hablar con ustedes dos un momento a solas, necesito

hacerles unas cuantas preguntas.

—Claro, claro —contestaron Luis y Geraldine al unísono.

—Por favor, señorita Cassel, no se retire; me gustaría cruzar unas palabras con usted más tarde.

Un gruñido emergió de la garganta de Ultra Negro.

Los tres se alejaron, dejando a Máximo a solas con Teodelina, del lado

interior del cordón policial, de pie sobre los charcos de pintura negra y

diminutos cristales que, hasta anoche, habían formado una de las vidrieras de

la galería.

Ultra Negro se refregó la cara con ambas manos, parecía desear

arrancarse la piel.

—Necesito un trago —murmuró ella dirigiéndose a nadie en particular.

—Creo que es demasiado temprano para eso.

—O demasiado tarde. Tengo la sensación de no haber pegado un puto ojo

en toda la noche.

Del bolsillo trasero de sus pantalones sacó un paquete de cigarrillos y un

encendedor. Ni se molestó en ofrecerle uno; Máximo no supo si aquello se

debía a que recordaba que anoche le había dicho que no fumaba o si

simplemente era tan desconsiderada

que le importaba un cuerno si él fumaba o

no.

—¿Te molesta que fume delante de ti? —le preguntó tras darle la primera

calada al pitillo.

—¿Por qué lo preguntas?

Soltó el humo del cigarrillo hacia el otro lado para no darle a él.

—Anoche dijiste que no fumabas.

Máximo quedó sorprendido por su gesto y por el hecho de que ella recordase el dato.

—No, está bien, no hay problema  
—contestó ablandándose un poco;  
por

lo visto no era tan desconsiderada  
—. Dejé de fumar hace un par de  
años, pero

no me molesta.

Ultra Negro se llevó el pitillo a los labios por segunda vez.

—No puedo creer que alguien que yo conozca sea capaz de hacer nada

semejante. —El humo del cigarrillo se escapó por sus labios mientras hablaba

—. Lo de la pintura y los destrozos, podría ser —negó con la cabeza—; matar

a esa chica... —Con la mano que sostenía el cigarrillo se restregó la sien

izquierda—. No conocía demasiado bien a Andrea; sin embargo, por lo

que

pude tratarla... me caía bien, ella no era como los demás. Era agradable. El

hijo de puta que ha hecho esto se pudrirá en la cárcel; bueno, eso si antes no le

pongo yo las manos encima.

—Mejor le dejas ese trabajo a la policía.

—La policía es una mierda y no sirve para nada. Supongo que a usted le

gustó ella, es bonita.

—Ella, ¿quién?

—La detective.

—No me he fijado.

—He notado el modo en que la miraba.

Sí, la había mirado, pero no con ánimos de analizar si le parecía una mujer hermosa o no.

Máximo pasó por alto el comentario.

—¿Qué querías decir con eso de que Andrea no era como los demás?

—No era como usted.

—¿Como yo?

—Viviendo una vida tan aparentemente perfecta, tan cuidada, ordenada y pulcra.

—Te recuerdo que no sabes nada de mí, y que dijiste que conocías poco a

Andrea.

—Hay cosas que se ven a simple vista. De cualquier forma, quien haya

hecho esto lo pagará caro.

—¿De verdad tienes tantos enemigos?

—No, no es cierto; mi círculo social seguro que no es tan amplio como el

suyo.

—Si no es mucha molestia, podrías

dejar de atacarme.

—¿Siempre es así de sensible?

—Yo sí conocía a Andrea. Tal vez a ti no te parezca razón suficiente.

—No he dicho eso.

—Pues da la sensación de que a ti te importa todo una mierda, salvo tus

cuadros.

Ultra Negro lo fulminó con la mirada, dio media vuelta y, pasando por

encima del cordón amarillo, se alejó para finalmente cruzar la calle.

«¡Esa chica está loca de remate!», pensó mientras la veía sacar su móvil

y marcar un número.

\* \* \*

—¿Te has caído de la cama o te han empujado?

—Por una vez en tu vida podrías atender el teléfono respondiendo con un

simple «hola», como hace todo el mundo.

—Nosotros no somos todo el mundo, Cuervito; somos nosotros, los

alienados de siempre. Por lo visto sí, te han echado de la cama. Tu mal humor...

—Estoy enfrente de la galería, Simón.

—¿Y qué haces ahí a esta hora?, ¿estás con Nicole?

—Olvídate de Nicole por un momento, ¿quieres? No tiene nada que ver

con ella. Alguien ha arrojado pintura contra la fachada de la galería, pintura

negra; también han roto cristales...

—¿Quién ha sido el malparido?

—Eso no es lo peor, Simón. Han matado a la asistente de la dueña de la

sala de exposiciones.

—¿¿A Andrea?! No lo puedo creer, ¡qué horror! ¿Por qué? Teo, ¿han robado algo?, ¿qué ha pasado?

—Por lo que dice la policía, no han robado nada. Me imagino que el

responsable intentaba hacer dentro lo mismo que había hecho fuera de la

galería, y entonces debió de toparse con ella.

—¡Qué espanto!

—Fue una mala idea exponer.

—Teo, no seas tonta; esto no tiene nada que ver contigo, no es culpa tuya.

—Te creería si hubiesen lanzado tinta verde a la fachada, pero la pintura

es negra.

—Vamos, no seas más retorcida de lo que ya eres normalmente, ¿quién

podría hacer algo así? Digo, seguro que entre tus amistades debe de haber

algún que otro desquiciado, pero

estoy convencido de que nadie capaz de

cometer un asesinato.

—La detective con la que he hablado hace cinco minutos no parece

compartir tu opinión. Me ha preguntado si tenía enemigos.

—Hablemos en serio: nadie que conozcamos podría hacer algo así.

—No sé qué pensar.

—Pues que no eres responsable.

—Alguien ha muerto, Simón.

—Tranquila, Teo. Debes mantener la calma. Quédate donde estás, voy para allí. No pienso dejarte sola en esto.

—No quiero meterte en problemas.

—No es un problema y lo hago con gusto. ¿Por qué Nicole no está contigo?

—No quiero hablar de ella ahora.

—¿Todavía no ha dado señales de

vida? Va a tener que escucharme;  
no

puede hacerte esto.

—Dejarme plantada una noche es poca cosa en su *ranking*.

—Deberías sacar sus cosas a la calle y que se las arregle sola.

Ultra Negro soltó un gruñido.

—Mejor seguimos hablando de esto después. Me cambio y voy para allá.

—De acuerdo. Te espero por aquí.

Vio a Geraldine y a Luis despedirse de la mujer policía. Geraldine

caminó directamente hacia él, mientras Luis se apartaba unos pocos pasos para

hablar por el móvil. La mala cara de ella no auguraba nada bueno.

Máximo se preparó. Inspiró hondo mientras enderezaba la espalda y

cuadraba los hombros. Ella todavía se encontraba a medio metro de distancia

cuando él le preguntó qué sucedía.

—El sistema de seguridad dejó de funcionar a la una y treinta; ni las

alarmas ni los sensores de movimiento ni las cámaras estaban funcionando. No

quedó registro alguno del ataque. Por lo que entiendo, el vehículo que debía

enviar la compañía de seguridad jamás llegó. Luis los está llamando para ver

qué ocurrió.

«Bueno —pensó él—, tardarán un tiempo más en encontrar al atacante,

pero lo encontrarían, ¿no?» Por dentro maldijo que todas las cosas se hubiesen

alineado para acabar de aquel modo, con la vida de Andrea. El café subió por

su garganta una vez más en forma de una ola ácida y corrosiva. La boca se le

puso amarga.

—No entiendo por qué ha sucedido esto. —Geraldine se pasó ambas

manos por el cabello—. No se han llevado nada. Luis ha insistido en que no

falta nada. Esto es muy raro.

—¿La detective ha hecho algún comentario?

—Me ha explicado poco y nada. Se ha limitado a pedirme que la llamase

esta tarde para concertar una cita con ella, tengo que ir a declarar a la

comisaría.

—¿A declarar? Eso suena...

—Supongo que, por ahora, todos somos sospechosos.

—Es ridículo. ¿Qué motivo podrías tener tú...?

—Me ha hecho preguntas sobre el valor de las obras que se exponen,

sobre los seguros de las mismas; ha sido muy vaga en eso. Supongo que intenta

cubrir todos los aspectos. Incluso

me ha preguntado si Andrea estaba saliendo

con alguien, si se veía con alguien. No tengo ni la menor idea de si así era.

—¿Ha añadido algo más?

—Sí, nos ha preguntado a Luis y a mí qué sabemos de Ultra Negro.

—Esa mujer de verdad que nos tiene a todos como sospechosos.

—Supongo que, hasta que no obtengan los primeros resultados de la

investigación, todos los seremos.  
Ha insistido en que no descartarán  
nada por

el momento.

Por el rabillo del ojo, Máximo vio  
a la mujer policía cruzar la calle  
para

dirigirse hacia donde se encontraba  
la artista. La joven guardó su móvil  
en el

bolsillo de sus pantalones y le  
respondió a algo que ella había  
dicho.

—Todavía no puedo creer que esto esté pasando. Por Dios, pobre

Andrea... esto es una locura.

Máximo la oyó hablar, mas no pudo despegar sus ojos de la chica

mientras ella conversaba con la detective.

\* \* \*

—¿Tiene un momento?

Ultra Negro asintió con la cabeza mientras la mujer policía, que pretendía

pasar por amable y sensible con su tono cálido y voz de susurro, le atravesaba

los ojos con la mirada a intervalos, ya que, por momentos, sus ojos se

focalizaban en sus manos, de repente en sus ropas, en los *piercings* y tatuajes.

Aquella detective, básicamente, intentaba sacarle una radiografía mental. Le

molestó sobremanera que pretendiese jugar a ese juego con

ella; no le

agradaba a la mujer, eso se notaba a la legua, y a ella no le agradaba la

detective, y parecían salidas de dos mundos completamente distintos. Una,

arreglada, oliendo a delicado perfume de lavanda, vestida con presumida

pulcritud con su traje sin arrugas, luciendo una piel limpia y suave, libre de

maquillaje, sin un cabello fuera de

lugar, probablemente sin un solo vicio. La

otra, enjuta, bastante desaliñada, oscura. El aspecto de Ultra Negro no invitaba

a acercársele, y eso a ella le parecía bien; le sobraban vicios y problemas, y

jamás planchaba sus ropas. Si incluso parecía que hablaban idiomas

diferentes.

—Disculpe que la moleste en este

momento, me imagino que todos

ustedes se sentirán muy alterados por la mala noticia con la que han amanecido

hoy...

La detective hizo una pausa, como si pretendiese dejarle tiempo para

expresarse por la pérdida de la joven asistente de la dueña de la galería; ella

no tenía mucho que decir al respecto.

Como ella no acotó nada, la mujer siguió adelante, manteniendo aquella

falsa máscara de comprensión que pretendía utilizar para hacerle creer que

estaba de su lado o algo así, cuando en realidad sabía que la joven intuía que

el ataque tenía que ver con ella y sus obras; después de todo, había que ser

ciego para no notar la pintura negra

regada por todas partes.

—Una lamentable pérdida; no se preocupe, tarde o temprano atraparemos

al culpable.

—Ojalá así sea; por lo general, en este país jamás atrapan a los hijos de

puta que deberían estar encerrados.

—¿Tiene idea de quién puede haber hecho esto?

La agente se lo preguntó de frente y

sin parpadear, también sin perder su

pose de autoridad comprensiva.

—Ni la más mínima.

—¿Cuánto conocía a la víctima? Es decir, a Andrea.

—No demasiado; la había visto un par de veces y hablamos otras tantas

por teléfono para concretar cosas concernientes a la exposición. Eso es todo.

La detective hizo una mueca que Teo no comprendió mientras anotaba

algo en la libretita que había extraído de uno de los bolsillos internos de su

americana tan pronto como se plantó ante ella.

—¿No funcionaban las cámaras de seguridad? Geraldine me dijo que la

galería contaba con un buen sistema de seguridad.

—¿Estaba al tanto del sistema de seguridad?

—Sí, por supuesto. Quería que mis obras estuviesen a salvo.

—A salvo —repitió.

—Sí, me gano la vida con lo que hago. —Teo comenzaba a fastidiarse; no

le gustaba ni un poco el modo en que aquella mujer detective la encaraba.

Tenía la impresión de que, de ser por ella, ya la habría esposado y

arrojado

dentro de uno de los coches patrulla. Bueno, no le habría sido tan sencillo en

realidad, ella sabía defenderse. El asunto era que sentía en la piel el desprecio

que derrochaba la detective hacia su persona, y eso la enfurecía. Le hubiese

gustado darle un buen golpe.

—Por lo que entiendo, sus obras son caras.

—Supongo que no me lo está preguntando; la vi conversar con la dueña

de la galería, ya debe de saberlo.

—Sí, lo sé; están fuera de mi presupuesto de detective de la policía.

La sonrisa falsa que le dedicó al decirle esto hizo que la sangre bullese

dentro de sus venas. Apretó los puños con fuerza, clavándose las uñas negras

en las palmas. No quería terminar en la comisaría, no iba a obligar a Simón a

tener que ir hasta allí para sacarla, y mucho menos quería ganarse problemas

que no necesitaba, ya había tenido sus líos con la ley y no deseaba más.

—Imagino que se ha percatado de lo que han arrojado contra la fachada

de la galería.

—Es pintura negra —le contestó de malos modos. ¿Ahora la trataba de idiota?

—Todas sus obras son negras.

Ultra Negro le sonrió con sorna.

—Ha tenido tiempo de observar la pintura, ¿cree que se trata de la misma

con la que usted pinta?

Resopló; definitivamente aquella tipa estaba jugando a hacerse la tonta

para sacarle cosas  
disimuladamente.

—Es pintura sintética, esmalte  
brillante imagino, del mismo que se  
usa

para pintar madera o metal; se  
compra en cualquier tienda de  
pinturas. Yo, en

cambio, pinto con óleos; a  
diferencia de esa pintura, éstos son  
densos y vienen

en tubos, no en latas. Esa pintura  
fue arrojada desde una lata, igual

que si

diesen un baldazo o algo así.

Los labios de la policía se tensaron en una mueca que no llegó a ser una sonrisa.

—Claro.

Ultra Negro se sintió más tentada que nunca de irrumpir en su rostro con

un buen puñetazo. De forma velada, le daba a entender que presumía que el

ataque tenía que ver con ella.

La detective se guardó la libreta y sacó un delgado tarjetero de plata. Lo

abrió y acto seguido le entregó una tarjeta personal a Ultra Negro.

—Llámame, necesitamos concertar una cita; me temo que tendrá que

hacer una declaración en la comisaría. Ya tengo su número, así que no hace

falta que me lo dé.

«Geraldine», pensó Teo, buscando a la dueña por encima del hombro de

Resa; la halló en la acera de enfrente, abrazada a su prometido, de espaldas.

El tal Máximo Verti la miró; ella apartó los ojos.

«Bien; esto, básicamente, es una amenaza: si no la llamó, me llamará ella

a mí —se dijo—. ¿Qué más hará?, ¿pedirme que no deje la ciudad, el

país?»

—Ahora la dejo. Si recuerda algo, si tiene alguna idea de quién puede

estar detrás de los hechos, le ruego que se ponga en contacto conmigo. La veré

pronto.

—Sí, seguro.

Ultra Negro casi siempre tenía la imperiosa necesidad de decir la última

palabra; esta vez lo había

logrado... al menos, con las palabras dichas en voz

alta, pero así y todo no fue la última en expresarse, pues la detective dio un

paso atrás sosteniéndole la mirada; era una advertencia. Justo entonces se dio

la vuelta y volvió a cruzar la calle.

Teodelina no sintió la necesidad de despedirse de Geraldine y su novio;

es más, ya ni siquiera le importaba si todos sus cuadros estaban dentro,

sanos

y salvos, simplemente deseaba largarse de allí. No soportaba más los gruesos

goterones de pintura inmóviles, congelados sobre la pared y los cristales

rotos, los charcos negros sobre la acera.

Dio media vuelta y corrió hacia su coche al tiempo que llamaba a Simón

para pedirle que se encontrase con

ella en el lugar de siempre.

Se metió en el pequeño vehículo negro y se alejó de allí quemando rueda.

\* \* \*

A Geraldine no fue la única a quien le llamó la atención aquel coche que

aceleró a toda velocidad. Los policías también se dieron la vuelta para ver

partir a la chica. A Máximo le chocó que condujese un vehículo

así: caro,

nuevo, veloz. Al menos el color de la pintura del automóvil sí coincidía con

ella y con su aspecto: negro, de cristales tintados.

4

Ultra Negro entró en el café; tan pronto como la puerta se cerró a su espada,

una mano se alzó en medio del salón, una mano de piel clara, uñas cuidadas y

dedos largos.

Simón se hallaba sentado en el lugar de siempre.

Caminó hasta la mesa mientras se quitaba el abrigo. Dentro el ambiente

era templado, y olía a café y vainilla, a algo dulce que no podía determinar

qué era. Creyó que aquellos aromas tal vez despertarían su apetito, no fue así;

no surtieron el menor efecto sobre

su estómago dormido, tampoco sobre su

cerebro embotado por lo sucedido durante las últimas doce horas. Su vientre

se tornaba cada vez más plano y no a causa del ejercicio. En el gimnasio ya la

habían reprendido por ello; sin embargo, nada podía hacer, su apetito se había

perdido hacía unos cinco años y parecía decidido a no regresar.

No porque su cuerpo pesase demasiado, sino más bien porque estaba

agotada, cayó sobre la silla igual que si estuviese relleno de plomo.

Simón ya tenía una taza de café en las manos; lo acompañaban dos cruasanes y un vaso de jugo de naranja.

—Madre mía —volvió a revisar su aspecto por segunda vez desde que la

vio entrar—, te ves fatal. Al menos

podrías haberte quitado el  
maquillaje de

anoche, para eso te regalé todos  
esos productos. ¿Acaso los tiraste a  
la

basura?

—No empieces, es demasiado  
temprano para mí; he tenido una  
noche

pésima y una mañana todavía peor.

—Lo de la noche, ¿es por culpa de  
tu insomnio de siempre o de uno

provocado por Nicole?

—Las pastillas y una botella de whisky me ayudaron a dormir. No me

refería a eso. La puta exposición...

—Soltó alzando la voz demasiado.

Dos

mujeres muy bien vestidas, elegantes y tirantes, que estaban sentadas en la

mesa de al lado, la miraron mal cuando emitió el improperio—.

Nunca debí

exponer.

—Deja ya de decir eso. La exposición no tiene nada de malo.

Teodelina sacó su móvil, apretó unos cuantos botones y se lo lanzó.

—Repítelo después de ver esto.

Era una fotografía de la galería tras el ataque sufrido anoche, tomada

desde la acera de enfrente. En la fotografía salía el prometido de Geraldine.

Sin saber muy bien por qué, al

detenerse en un semáforo un par de manzanas

antes de llegar a la cafetería, Teodelina había ampliado la foto sobre el sector

en el que él se encontraba para observarlo con una obsesión casi hipnótica,

hasta que las bocinas de los automóviles que tenía detrás empezaron a sonar

para indicarle que avanzara, pues el semáforo se había puesto en verde

otra

vez.

Simón atajó el móvil justo a tiempo de evitar que éste cayese por el

borde de la mesa. Observó la fotografía un momento y, acto seguido, bajó el

aparato.

—No saquemos conclusiones antes de tiempo.

Teodelina le arrebató el móvil de las manos.

—Piensas lo mismo que yo. Fue un mensaje para mí, Simón. Por eso

dices eso. Sé que no me quieres preocupar, pero ya estoy preocupada. Muy

preocupada.

—¿Crees que tiene que ver con Nicole?

—No lo sé.

—¿No aparece desde anoche?

Teo no contestó.

—¿Su novio puede haberla seguido hasta aquí?

—No tengo ni idea. Tal vez. —  
Apretó los dientes y buscó a la camarera

con la mirada; la llamó con la mano, no se encontraba muy lejos. Le pidió un

café solo, fuerte—. El muy cabrón está loco.

—Sí, eso ya lo sabemos; está chiflado y es peligroso. ¿Piensas que tiene

algo que ver con esto? No creo que Nicole le hablara de la exposición, del

tema que trata. ¿O es que puede haber sido tan estúpida como para hacerlo?

—No estoy diciendo que él haya tenido que ver con lo que ha sucedido

en la galería.

—Por lo que sé de él, es capaz de cualquier cosa.

—Ya lo sé.

—Y tiene contactos por todos lados. Por eso a Nicole le costó tanto

desprenderse de él y su círculo.  
¡Teo, por Dios!

—Por Dios, ¿qué, Simón?

—¿Y si ella le contó lo de la exposición?, ¿y si él intuyó que se largaba

para regresar contigo? Después de todo, sabe quién eres y vosotros dos habéis

tenido más de un encontronazo

telefónico.

Eso era cierto; ella lo había enfrentado mediante mensajes telefónicos

más de una vez. Se habían insultado y amenazado mutuamente.

—¿Qué tal si la siguió hasta tu apartamento, la esperó fuera y después la

siguió hasta la galería? O tal vez algo pasó entre medio y luego él fue hasta la

galería e hizo eso que acabas de

mostrarme en la fotografía.

Teo se quedó de piedra.

—¡Tienes que hablar ya mismo con la detective y contarle lo que sabes!

—¿Contarle lo que sé? Eso que acabas de soltar... Simón, no tengo ni

idea de qué fue lo que pasó. No puedo mencionar el nombre de Nicole a la

ligera, y mucho menos puedo mencionar a ese tipo. Me encantaría verlo entre

rejas, pero lamentablemente en este país las cosas no suceden de ese modo.

No puedo culparlo de nada hasta tener pruebas.

—Todo concuerda. El tipejo es un mafioso y esto, claramente, ha sido un

acto mafioso. Odia a las mujeres; seguro que no le costó nada acabar con la

vida de esa chica.

—Probablemente... —Ultra Negro

se interrumpió, ya que la camarera

llegaba con su café—.

Probablemente Nicole aparecerá en algún momento del

día deshaciéndose en disculpas, igual que siempre.

—Y la perdonarás.

Ultra Negro no respondió a eso, simplemente alzó su taza y bebió un buen

sorbo de café.

—Qué bueno sería poder arrancarla

de tu mente, de tu vida para siempre.

¿La has llamado?

—Todavía no; me he cansado de arrastrarme a sus pies.

—Anoche insinuaste que temías que tal vez le hubiese sucedido algo.

—Anoche estaba un tanto borracha, preferí creer eso.

—Puedo llamarla yo, si lo deseas.

—No vale la pena.

La conversación murió allí. Se mantuvieron en silencio, bebiendo sus

respectivos cafés, durante un par de minutos. La gente entraba y salía, los

camareros iban y venían, y casi todos se detenían al menos un par de segundos

para observar a Ultra Negro. Era casi imposible que ella pasase

desapercibida en lugares como aquél, donde las personas vestían

igual que

todos los demás, donde la gente comía, conversaba y pasaba un buen rato. Ella

iba allí por el café, por el café y porque quedaba cerca de la casa de Simón, y,

cada vez que sentía la urgencia de ver o charlar con su amigo, a la hora que

fuese, lo llamaba y allí se citaban para verse, en aquel rincón luminoso a una

manzana de su apartamento. Ella, por sentirse culpable, ya que solía sacarlo

de la cama a cualquier hora, se subía a su automóvil y conducía hacia allí,

para encontrarse con él en aquel café que estaba abierto prácticamente las

veinticuatro horas del día.

—Por lo que me dijiste por teléfono, la detective cree que esto tiene que

ver contigo.

—La pintura negra que arrojaron contra la fachada del local resulta muy

elocuente.

—Quizá no sea más que una trampa, una forma de despistar a la policía.

Se encogió de hombros.

—Creo que, más que eso, la mujer piensa que es culpa mía.

—¿Culpa tuya?! Eso es ridículo.

¿Qué sentido tendría que sabotearas tu

propia exposición de ese modo?, ¿y por qué asesinarías a esa chica? La pobre

tenía un pésimo sentido de la moda, pero...

—Simón, no hagas bromas con eso.

—Perdón, solamente intentaba...  
Lo siento, son los nervios.

—Ni te explico cómo estoy yo.

—Deberías comer; beber café solo

no te ayudará a calmarte.

—No tengo hambre.

—No es cuestión de si tienes hambre o no.

—Deja de comportarte como si fueras mi madre.

—¿Qué sería de ti si no lo hiciese?

Teodelina resopló y luego hundió la cara en su taza de café.

—Eres un saco de huesos, Cuervito.

Era cierto; por el cuello de la camiseta sobresalían las clavículas junto al

cuello. Sus brazos también eran delgados, sólo que tenían músculos debido a

que se ejercitaba a diario.

—Duermes poco, no comes... ¿Has vuelto a tus viejos vicios?

Los deseaba en ese momento, sin embargo no, la verdad era que no, no

había vuelto a inyectarse nada,

tomar nada o esnifar nada. De la última vez

habían pasado más de dos años. Ya no desperdiciaba ni dinero, ni tiempo ni

energías en aquellas cosas, y todo, gracias a él. Simón la había salvado en más

de un sentido.

Negó con la cabeza.

—No te preocupes, estoy bien.

—Siempre dices lo mismo y no

siempre estás bien.

—Es por los nervios de la exposición, por Nicole.

—¿Por qué no te quedas un par de días con nosotros en casa? Te

alimentaremos bien, cuidaremos de ti; quizá así puedas tomar un poco de

distancia de todo. Si Nicole aparece, la dejas allí y te vienes con nosotros.

Podemos tomarnos unos días los tres juntos y largarnos al campo,

eso sería

todavía mucho mejor. Una temporada al aire libre te vendría bien; el sol y el

aire puro despertarían tu apetito. No digo que necesites broncearte, pero estás

verde de no ver la luz del sol.

—No es culpa mía si no puedo dormir de noche y caigo rendida durante

el día.

—¿Has pintado algo últimamente?

—Completamente bloqueada —  
explicó de forma escueta—. No  
quiero ni

siquiera intentarlo; es frustrante  
pararme frente a la tela y no tener ni  
una sola

idea.

—Insisto: necesitas vacaciones.

—No puedo ir a ninguna parte,  
Simón. Si salgo de la ciudad,

probablemente esa detective

mandará a la Interpol tras de mí.  
Estoy

convencida de que, en este  
momento, debe de estar  
averiguando si tengo

antecedentes.

—De todas formas, no puede  
meterlo todo en una misma bolsa.  
Lo que

pasó en el pasado nada tiene que  
ver con esto.

—No me hace gracia que todos se  
enteren de mi pasado. Me importa

una

mierda lo que piensen. —Las mujeres de la mesa contigua volvieron a mirar;

ella les sostuvo la mirada hasta que finalmente apartaron la vista—. Pueden

irse todos al carajo; lo que sucede es que no tengo ganas de que se convierta

en un escándalo.

—Si te preocupa que tus cuadros no se vendan...

—No me preocupa eso.

—Mejor así, porque, ya sabes, estas cosas suelen disparar las ventas.

—¿Qué ventas? Me imagino que, tal y como están las cosas, la galería no

volverá a abrir durante unos días.

—Cuervito, la dueña de la galería va a remover cielo y tierra para volver

a abrir cuanto antes. Esa mujer no se va a perder la oportunidad de

aprovecharse de esto para tener la galería a rebosar.

Teo sabía que probablemente aquello fuese cierto; evidentemente ambos

tenían la misma impresión sobre Geraldine.

—Y, además, ya sabes: hay mucha gente que adora el morbo. Para esta

noche toda la ciudad sabrá lo sucedido. En cuanto las puertas de la galería

reabran, aquello se llenará igual

que un hormiguero.

Teodelina se bebió su café y pidió una segunda taza, haciendo caso omiso

de la mala cara que Simón le puso, y de sus advertencias de que le provocaría

una úlcera y que acabaría en un hospital con un serio caso de desnutrición.

Simón exageraba en eso último; estaba más delgada de lo normal y lo sabía,

pero en ese momento no era capaz de comer nada, ni siquiera para dejarlo

tranquilo o para sentirse mejor; tenía la garganta cerrada para cualquier cosa

que no fuesen líquidos.

El móvil de Simón sonó; era Pierre, su pareja. Mientras él hablaba, ella

volvió a mirar la fotografía que tenía en su móvil, la de la entrada de la galería

en la que salía el prometido de

Geraldine. Volvió a ampliar su rostro, hasta

que sus ojos se dividieron en píxeles nebulosos, y los colores perdieron

forma. No entendía por qué se había quedado tan prendada de aquel hombre.

No le gustaba aquello, y mucho menos que no tuviese una explicación para

justificarlo. Recordaba perfectamente bien su nombre; lo

buscaría en Google

al regresar a casa, para ver qué averiguaba sobre él.

Alejó el zoom otra vez hasta que en el visor quedaron su torso y rostro.

Sí, sin duda tenía muy buenos rasgos, entre viriles y amables, como si fuese

algo entre extremadamente dulce y fuerte.

Por momentos le daban ganas de tener algunas de las cosas que Geraldine

quería y tenía, principalmente algo con un hombre así; tranquilidad, compañía.

Pero, ¿para qué engañarse?, ella no estaba hecha para esas cosas; lo social no

era lo suyo, y mucho menos la intimidad a ese nivel. Los pocos que la

conocían o la habían conocido apenas habían llegado a arañar su superficie.

Solamente Nicole, Simón y su viejo

amigo ya fallecido, Miguel,  
conocían su

pasado y sus secretos. De todos  
modos, nada como eso, nada como  
lo que

tenía Geraldine; ella no se  
imaginaba envejeciendo al lado de  
nadie, ni

siquiera envejeciendo. Toda su vida  
había tenido la impresión de que no

llegaría a eso. Esa sensación se  
había instalado en ella tras perder a  
su madre,

después de ir a parar a la calle, de mezclarse con lo peor de lo peor, de

convertirse en un producto y de empezar a consumir. Con las drogas había

estado mucho tiempo sin ni siquiera tener idea de en qué día vivía o del correr

de las horas.

Por suerte Simón cortó con Pierre y volvió a hablarle; no tenía ganas de caer en el negro torbellino de sus

recuerdos.

Pierre le mandaba saludos. Según Simón, su pareja estaba de acuerdo en

que fuese a pasar una temporada con ellos. No pensaba mal de Pierre, él

siempre era afectuoso y amable con ella, pero dudaba de que así, tan

felizmente como Simón lo había planteado, él hubiese aceptado acogerla en

casa para romper la armonía de la

pareja.

—Ya veremos —le respondió—.

Por lo pronto solamente necesito un

favor de ti: ¿me acompañarías a la comisaría a ver a aquella detective? Tengo

que llamarla para concertar una cita.

—¿Quieres que busque un abogado?

—Espero no necesitarlo.

—Claro, no hay problema, te

acompañaré.

—Gracias.

Cinco minutos más tarde se despidieron.

\* \* \*

Máximo llegó a casa cansado y de mal humor; las últimas dos horas y media las había pasado dentro de una decrepita comisaría, primero esperando

a Geraldine, mientras la detective le tomaba declaración, y más tarde

prestando declaración él mismo. Aquello fue tedioso, angustiante, y lo peor

del caso es que no había ninguna pista del culpable.

Arrojó las llaves sobre la mesita de la entrada; también se desprendió del

móvil, que inmediatamente conectó al cargador. Se quitó el abrigo y fue

directamente hacia la cocina a prepararse algo de comer; en un par de horas

debía partir hacia el restaurante. La tarde del sábado estaba perdida; tenía

planeado pasar a ver a su hija, o sacarla a pasear un rato, pero ya no había

tiempo para eso. Lo peor del caso era que, cada vez que parpadeaba, veía la

escena del crimen tal cual la habían dejado los peritos al acabar su trabajo,

después de que el juez que llevaba

la causa pasase por allí a dar el visto

bueno sobre las pericias.

Eran las cuatro de la tarde y llevaba desde las siete y media dando

vuelatas.

Fue hasta la nevera, sacó la jarra de agua, jamón, queso, tomate, lechuga

y mayonesa. La verdad es que no tenía apetito, pero no probaba bocado desde

el desayuno y por delante tenía una larga noche.

Bebió el primer vaso de agua apenas sin detenerse a respirar. Luego, en

el silencio de su pulcra cocina blanca, amplia y luminosa, procedió a

prepararse el sándwich. Antes de ensuciarse los dedos, presionó el botón del

teléfono, para dar inicio a la repetición de los mensajes

almacenados en el

contestador.

—Hola, papi, soy yo. ¿Dónde te has metido? Quería saber si podías

llevarme a comprar zapatillas; odio salir a hacer compras con mamá y se me

rompieron las zapatillas de gimnasia del colegio. Bueno, papi, te llamo al

móvil; ojalá te encuentre, no quiero tener que salir con mamá, ella después me

vuelve loca. Besotes, ahí te llamó.

Max sonrió. Ya había hablado con su hija; lamentablemente había tenido

que decirle que no, no podía dejar sola a Geraldine con todo aquello; pese a

que ella contaba con la ayuda de Luis en la galería, los trámites y el papeleo

que se habían visto obligados a hacer era demasiado incluso para los tres

trabajando juntos. Todo habían sido problemas y más problemas: con la

compañía de seguridad, con los del seguro, con la propia policía, con los

periodistas... hasta con la agencia especializada en limpieza de escenas de

crimen que tuvieron que contratar para poner en orden la galería... Bueno, en

realidad todavía no tenían autorización siquiera para entrar en

el lugar, pero

Geraldine había insistido en tenerlo todo listo y preparado para cuando

pudiesen poner un pie dentro; no quería perder tiempo y reabrir cuanto antes.

Decía que así sería mejor; dejarlo todo atrás lo antes posible, para que no

pasase a mayores.

Lo peor de todo había sido tener que verse cara a cara con los padres y la

familia de Andrea y saber que no les entregarían el cuerpo por lo menos hasta

dentro de veinticuatro horas, ya que iban a proceder a realizarle una autopsia.

De ser por él, se hubiese alejado corriendo de todo aquello para pasar la

tarde con su hija.

Fue difícil explicarle que sucedía algo con Andrea, pues la niña la

conocía. Pero no quería decirle que

había muerto. ¿Cómo contarle que el ser

humano es capaz de actos semejantes?

—Hola, hermanito, ¿dónde te has metido? Te hacía en tu casa a esta hora.

¿Qué tal todo en el restaurante anoche? —Por detrás de la voz de María

Eugenia se oían los gritos de sus sobrinos y música rock sonando a todo

volumen; supuso que eso último se debía a su sobrino mayor, Marcelo, quien

llevaba tres meses tomando clases de guitarra eléctrica. Su hermana pegó dos

gritos, apartándose el aparato de teléfono de su boca, lo que en realidad no

sirvió de mucho, pues al fin y al cabo fue como si ella estuviera chillando

dentro de su cocina. Los gritos y la

música cesaron—. Te tengo noticias  
—dijo

volviendo a hablarle a él; es decir,  
al contestador—. Llámame, no es  
nada

urgente, solamente quiero  
comentarte algo. Bueno, hablamos  
más tarde. Te

quiero. Besos.

El mensaje siguiente era de uno de  
sus chef para avisarlo de que todo

había salido bien la noche anterior  
en el restaurante, que se quedara

tranquilo.

Se verían esa noche.

Máximo le puso la tapa al sándwich. Se lavó las manos y cogió el

teléfono, pues ya habían acabado los mensajes. Marcó el número de su

hermana mientras se sentaba a la mesa.

Atendió su sobrina.

—Kari, soy el tío Max.

—Hola, tío. ¿Todo bien? —  
contestó su sobrina—. Mamá te ha  
llamado

esta mañana.

—Sí, por eso llamo. ¿Sabes si ha  
pasado algo?

—El abuelo llamó.

—¿Ah, sí? —No hablaba con su  
padre desde hacía una semana por  
lo

menos, ni tampoco habían  
intercambiado correos electrónicos.  
Su padre vivía

en Alemania con su esposa; bueno, en realidad paraban en Alemania de vez en

cuando, pues lo cierto era que pasaban la mayor parte del tiempo en España o

viajando de aquí para allá, visitando los lugares más exóticos del mundo,

puesto que el resto de los destinos turísticos más comunes ya los conocían. Su

padre había sido piloto de una

aerolínea de pasajeros, y su esposa,  
una

azafata, así fue cómo se conocieron.  
Cuando su padre formó familia con  
ella,

instalándose en Alemania, él había  
creado su propia aerolínea, una que

brindaba servicio de vuelos  
privados, y con la que había hecho  
mucho dinero.

Ahora disfrutaba de los beneficios  
de ese dinero, y de contar con una  
flota de

aviones a su disposición.

—Sí, llamó desde algún lugar de África, creo.

—¿Y qué dijo? ¿Está bien? ¿Acaso ha intentado comérselo un león?

Su sobrina rio.

—No, nada de eso. Dijo que el tío Stefan está aquí en Buenos Aires.

—¿Desde cuándo?

—No sé, no tengo ni idea.

—Karina, ¿con quién estás

hablando? Recuerda que estás castigada, ni

teléfono ni móvil.

La voz de su hermana se oía por detrás de la de su sobrina.

—Mamá, es el tío Max, llamó él. Te está devolviendo la llamada; yo solamente he contestado. ¿Acaso no has oído que sonaba el teléfono?

—Mejor te fijas en el tono que usas conmigo. Dame ese teléfono.

—Tío, te dejo. Nos vemos.

—Sí, claro, nos vemos.

A través de la línea le llegaron los ruidos del teléfono al cambiar de manos.

—Hermanito —lo saludó María Eugenia cambiando de tono; a ella jamás

le duraba mucho el enojo; por eso a sus hijos tampoco les duraban demasiado

los castigos. Así y todo, a pesar de que su hermana era algo blanda en ese

sentido, al igual que su marido, un contable con apariencia de *nerd* a quien le

encantaba salir a correr y pasar horas frente al ordenador, sus sobrinos habían

crecido como niños saludables y buenos, y aún hoy lo eran: sus calificaciones

eran excelentes, tocaban instrumentos, practicaban deportes, eran educados,

cariñosos y amables.

—Kari me ha dicho que llamó papá y que te dijo que Stefan está en

Buenos Aires. ¿Cuándo ha llegado el muy cretino, que ni siquiera ha sido

capaz de llamar?

—No te pongas así con él, ¿por qué tiene que ser siempre igual? No

montes en cólera, ¿de acuerdo? Creo que llegó ayer a la tarde. A lo mejor

estaba cansado y por eso no nos ha llamado todavía. Quizá esté

durmiendo.

—Vaya *jet lag*. Lo que no entiendo es por qué, si tuvo tiempo de avisar a

papá de que estaba en Buenos Aires, no nos ha llamado a nosotros.

—No llamó a papá para avisarle de que había llegado. Llamó a papá para pedirle un avión.

—¿Le pidió un avión para volar hasta aquí?

—Sí, ¿qué tiene eso de malo? Papá tiene una empresa de aviación, y es

lógico que le eche una mano a su hijo.

—¿Y a qué ha venido?

—¡Max! —lo reprendió su hermana mayor con un grito.

—Será que se le acabó el verano europeo y ahora tocan las playas de este hemisferio. Es un vago.

—No es un vago. No empieces. Creo que ha venido por trabajo.

Para

buscar modelos para su agencia o algo así. Las cosas de siempre.

—¿Papá mencionó dónde se quedaría ahora que él vendió el apartamento

de Recoleta?

—Supongo que en un hotel, pero no me parece que deba quedarse en un

hotel, creo que...

Máximo la interrumpió, intuyendo lo que estaba a punto de plantear su

hermana.

—No, no, no —soltó a toda velocidad.

—Max, yo no tengo sitio en casa. Tu apartamento tiene espacio suficiente;

además, vosotros dos sois hombres, allí estaréis solos. Es tu hermano; no

debería quedarse en un hotel teniendo a sus dos hermanos en la ciudad.

—Alójalo en la buhardilla.

—No puedo meterlo ahí, ahora ése es territorio de Marcelo y su bendita

guitarra eléctrica. No voy a obligar a Stefan a tener que soportar las prácticas

de mi hijo. Además, pasas muchas noches en casa de Geraldine; él no será una

verdadera molestia.

—No voy a llamarlo.

—Max, no seas infantil, es tu hermano. ¿Cuánto hace que no

hablas con

él?

Había perdido la cuenta, dos meses tal vez. Stefan y él eran muy distintos;

a sus veinticinco años, su hermano vivía una vida de rico europeo,

frecuentando la noche, las playas de moda, viviendo en monstruosos yates,

jugando a que ayudaba a su papá en su empresa y a manejar una agencia de

modelos que en realidad nadie conocía, gastando sumas exorbitantes en

tonterías, sin obligaciones, sin horarios. En cambio, él tenía una vida mucho

más tranquila y recatada; tenía una familia, obligaciones, los pies sobre la

tierra.

Alojarlo en casa suponía un cambio en su ritmo de vida, en sus

costumbres; además, con lo

sucedido no se sentía con ánimos para aguantar las

locuras de su hermano. Se lo dijo a María Eugenia, contándole lo sucedido.

Ésta no insistió con el asunto del alojamiento, pero sí con la idea de que,

fuera como fuese, debía ponerse en contacto con él. Ella lo llamaría en cuanto

cortasen la comunicación que estaban manteniendo. Max no

prometió nada;

relacionarse con su medio hermano catorce años menor —y sus locuras — era

lo que menos le apetecía en ese momento.

Todavía más agotado que cinco minutos atrás, Máximo soltó el teléfono

sobre la mesa y se dispuso a comer su sándwich. Su fin de semana empeoraba

cada vez más. ¡Cómo deseaba

tomarse unas buenas vacaciones de todo!,

alejarse lo más posible, ir a alguna playa lejana a descansar al sol, a no pensar

en nada, así como seguro hacía su hermano muy a menudo, igual que su padre.

\* \* \*

—Gracias por venir.

Ultra Negro y la detective Carolina Resa intercambiaron un apretón.

Teodelina no estaba acostumbrada a ese tipo de trato; ella no solía tocar a la

gente, y mucho menos ir por ahí dando apretones de mano. Aquello era

demasiado formal, de otro mundo, de otra galaxia muy distinta a la que ella

habitaba. Odió a Simón por haberse ido al cine con su pareja y a Resa por

pedirle de verse justo en ese

momento; contaba con que su amigo  
pudiese estar

a su lado cuando eso sucediese.

«Cómo si tuviese otra opción»,  
pensó Teodelina. Además, cuanto  
antes

terminasen con ese asunto, mejor;  
cada vez la tentaba más la idea de  
largarse

unos días al campo, para alejarse  
de todo. Tan pronto como llegó a  
casa

después de haberse visto con

Simón, intentó ponerse otra vez en contacto con

Nicole; ella no respondió y se negó a dejarle un nuevo mensaje en el

contestador. En vez de eso, metió de cualquier modo sus cosas dentro de las

maletas y las guardó en el trastero, para apartarlas de su vista.

Después, abrió una lata de Red Bull con la idea de alejar la neblina que

mantenía su cerebro confundido y aletargado, e intentó pintar.

Estuvo media hora parada delante de una gran tela en blanco hasta que se

hartó; pateó el lienzo, mandándolo a la otra punta del apartamento y rompiendo

el bastidor. Le estaba dando de patadas a los restos del marco cuando la

detective llamó para preguntarle si podía pasar por la comisaría en ese

momento, para que charlaran un rato.

¡¿Charlar?! Lo que esa frígida mujer quería era arrancarle una confesión

o, por lo menos, intentarlo.

Todavía despotricando, Ultra Negro se subió a su automóvil y condujo

hacia allí.

—De nada.

—¿Estaba ocupada cuando la llamé? —curioseó, otra vez haciéndose la

amable y amistosa.

Teodelina apretó los dientes y le dedicó una falsa sonrisa que pretendía

ser ofensiva; la agente no se dio por aludida.

—No, la verdad es que intentaba pintar, pero no estaba muy inspirada.

—Me pareció notarla agitada cuando atendió el teléfono.

No pensaba admitir que en ese instante descargaba su furia contenida

contra una tela de un metro diez por ochenta centímetros.

—No; no sé por qué le dio esa impresión —mintió, mientras la detective

le abría la puerta hacia una desabrida y diminuta oficina gris que contenía un

escritorio con viejas sillas de metal, archivadores, un vetusto ropero, al fondo

una ventana angosta con sus cristales muy sucios, por delante de

ésta una

mesita con una cafetera eléctrica,  
un paquete de galletitas, un bote con  
azúcar,

unas tazas, platos y cucharillas, y  
una planta moribunda de hojas  
secas.

Apiladas contra las paredes, por  
donde quedaba un espacio libre,  
había cajas

y más cajas repletas de carpetas y  
papeles. Muchos casos atrasados,  
supuso

Ultra Negro.

—Adelante, pase; tome asiento, póngase cómoda.

Dio un par de pasos dentro mientras la mujer cerraba la puerta.

—Ésta será una reunión informal; por eso la he citado en mi oficina, y no

en la sala de interrogatorios.

Teodelina giró la cabeza y la miró por encima de un hombro.

—Me pareció que tal vez usted

quisiese hablar conmigo a solas primero.

La detective no esperó respuesta, aunque la respuesta física en el cuerpo

de Teodelina no se hizo esperar. Éste se tensó, y su rostro se crispó. De pronto

sintió sus hombros rígidos, y notó cómo el estómago le daba vueltas. Sí, sin

ninguna duda la policía no había perdido tiempo; de cabeza se había

lanzado a

averiguar si tenía antecedentes, y los había encontrado.

Los secretos son difíciles de ocultar por mucho tiempo, sobre todo

cuando algo como lo ocurrido sucede.

La detective pasó por detrás de ella y fue directa a sentarse al otro lado

del escritorio, en una silla de aspecto viejo pero cómodo, nada parecida a las

dos sillas de metal pintado de gris, que tenían toda la apariencia de ser duras y

frías como rocas.

Todavía se encontraba de pie, frente a las sillas, cuando la agente se

sentó y cogió, de una pila a su derecha, una gran carpeta.

—Por favor —entonó después de abrirla—, toma asiento. Tenemos que

hablar.

—¿Qué espera que le cuente? Lo tiene todo ahí. —Apuntó con el mentón

en dirección a la carpeta.

—No he concertado esta cita para juzgarte, sino más bien para que me aclares unos cuantos puntos.

—¿Va a levantar cargos contra mí?

—Siéntate, ¿quieres? No lo hagas más difícil.

—Creo que prefiero regresar acompañada de un abogado.

—No seas tonta... ¿crees que, si planease culparte, habría organizado

esto?

—No confío en los de su especie.

—Tal vez sí debas buscarte un abogado. Si no cooperas, no me quedará

otra opción que...

—Si cree que lo que dice ahí lo explica todo...

—Por eso te he llamado, porque no

creo que esto lo explique todo.

Siéntate, por favor. Tienes muchas cosas que aclararme y te cansarás estando

ahí de pie. Esto será extraoficial; si tú prefieres hacerlo de ese modo, lo

haremos; de todas maneras, no te lo recomiendo, no a menos que quieras

meterte en problemas todavía más serios de los que has tenido hasta ahora.

—No tengo nada que ver con lo que

pasó anoche en la galería.

—No necesito que me expliques por qué el tema de la exposición es

«Mujeres sin sombra». —Del montón de papeles extrajo la carpeta de la

presentación de la exposición, con una breve introducción a la obra de la

artista, más un par de párrafos que contaban las motivaciones de la obra que

se presentaba.

—¿Cuánto tiempo estuviese bajo las garras de esos tipos?

Teodelina tragó en seco; habían sido casi seis meses, lo más largos y

horrorosos de su existencia.

Por suerte, la policía había desbaratado aquella banda de tráfico de

personas que la habían obligado a prostituirse, a convertirse en una esclava, a

quedar marcada para siempre con un oscuro trazo que no lograba borrar de su

cuerpo, de encima de su piel.

Inspiró con dificultad; el aire se negaba a entrar en sus pulmones.

—¿No lo dice ahí en sus papeles?

—Según declaraste por aquel entonces, cuando los atraparon, fueron seis

meses.

Teodelina asintió con la cabeza.

—¿Vivías en la calle cuando te retuvieron?

—Sí, vivía en la calle cuando los conocí. Me ofrecieron trabajo. Yo no

sabía de qué se trataba, pero... —  
Se interrumpió; recordar el tiempo en que

vivió en las calles le ponía los pelos de punta. Lo peor fue recordar aquella

época que estuvo bajo la mano de

Rocco, así se apodaba el cabecilla de la

banda que se ocupaba de traficar con los cuerpos de adolescentes que, en su

mayoría, no tenían a nadie que las defendiesen o rescatasen de aquello —. No

tenía dónde vivir y ellos me ofrecieron alojamiento. Cuando me di cuenta de

lo que sucedía, ya era demasiado tarde. Intenté escapar al menos una

docena

de veces; ellos me cogieron y castigaron mis intentos el mismo número de

veces.

—¿La policía te rescató de eso y, aun así, no confías en mi especie?

—El jefe de la banda era buen amigo de unos cuantos policías, por eso su

negocio iba tan bien. Me imagino que en algún momento no pagó la suma que

le pedían y por eso, esos otros de su especie, milagrosamente, encontraron la

casa en la que nos tenían a todas encerradas.

—No todos los policías son corruptos.

—No, sólo la mayoría de ellos.

La detective hizo una mueca con la que le indicaba que no continuaría

discutiendo sobre ese tema. Pasó un par de hojas y alzó la vista para mirarla.

—Según esto, fuiste enviada a un centro para menores cuando te rescataron, y te escapaste.

—Lo que se vivía en la institución a la que me enviaron no era muy

distinto o mejor que en la casa de la banda. Las drogas, los golpes y todo lo

demás... —Las violaciones también estaban a la orden del día, recordó—.

Pese a lo que había experimentado antes, decidí volver a la calle; allí

estaría

mejor.

—Te pillaron vendiendo droga.

Ultra Negro se cruzó de brazos, enfrentándola.

—Vaya al grano. ¿Qué mierda quiere de mí?

—Tienes dos ingresos por robo. —  
Leyó y pasó un par de páginas más  
—.

Fuiste enviada a un centro de rehabilitación y de allí también

huiste.

—Sí, genial, ya veo que puede leer mi expediente. Ahora, dígame qué es

lo que quiere. Esto comienza a aburrirme.

—¿En qué momento y cómo pasaste de esta vida a la vida que llevas ahora?

—Gracias a que encontré a la única persona en este mundo que realmente

valía la pena. No veo qué tiene todo esto que ver con lo que sucedió en la

galería.

—Yo creo que, por el estilo de vida que llevabas...

—Ya lo ha dicho usted: la vida que *llevaba*, la única que se me permitió

vivir por aquel entonces, pero eso acabó y no tengo relación con las personas

que frecuentaba en ese tiempo.

Pago mis impuestos, trabajo, hago las mismas

cosas que hace todo el mundo. Si va a juzgarme por las cosas que me sucedieron cuando tenía quince o dieciséis años...

—No te juzgo. Simplemente digo que de aquella época pueden haberte

quedado un par de enemistades, eso es todo. Enemistades que tal vez, por

alguna razón, hoy decidan...

—Hasta lo que yo sé, Rocco, el jefe de la banda, murió en la cárcel;

otros miembros también murieron, en peleas, por venganzas... ese tipo de

cosas que les suceden a los de su calaña. Y de los viejos conocidos no sé

nada. Ya se lo he dicho, dejé eso hace mucho.

—¿Consumes algo? ¿Tienes deudas por eso?

—Nada de lo que pasó tiene que

ver conmigo.

—¿Continúas prostituyéndote?

Ultra Negro se levantó de la silla de un salto.

—¡Váyase a la mierda! —estalló, montando en cólera.

—¡Siéntate!

—No pienso continuar escuchándola.

—Contéstame, Teodelina.

—No pienso responderle. ¿Usted

cree que lo hacía por gusto? ¡Todos los

putos policías son iguales! Unos hijos de puta que solamente se molestan en

alzar la vista para ver qué pasa cuando la pasta no les llega a los bolsillos en

tiempo y forma.

—No digo que lo hagas por gusto. Lo que intento averiguar es si hay

alguien que te está coaccionando de algún modo. Conozco muy bien a

ese tipo

de mafiosos; jamás sueltan a sus chicas, no les permiten escapar ni siquiera

cuando ya las han perdido. Es probable que necesites ayuda, pero, si no me

cuentas la verdad, no podré echarte una mano.

Eso era cierto; sin embargo, no tenía intención de darle la razón.

—Ya le he dicho la verdad y, de cualquier modo, usted prefiere

continuar

creyendo que aún vivo en eso.  
¡Pues se equivoca!

—¿No recibiste ninguna amenaza?  
Si le debes dinero a alguien, puedes  
decírmelo. Deja de actuar a la  
defensiva. Te lo repito: no intento  
juzgarte, sólo

procuro saber quién está detrás de  
la muerte de esa chica.

—Y yo también se lo repito, porque  
parece que no le entra en la cabeza:

esto nada tiene que ver conmigo, y sí, usted me juzga. Una simple mirada

suya... ¿Cree que no me doy cuenta? Sí, por supuesto, ¡qué fácil es culparme,

si doy al dedillo con el tipo de persona que debería ser la responsable! Piensa

que, por lo que dice en esa puta carpeta, por el modo en que visto, está todo

dicho. ¡Púdrase, maldita bruja!

Usted y los suyos son los primeros  
en

infectarlo todo.

—Si vuelves a insultarme, te  
meteré en un calabozo.

—Claro, y eso le sentará de  
maravilla a sus ganas de echarme la  
culpa

sobre los hombros.

—Si no cooperas de verdad,  
acabaré creyendo que, como  
mínimo,

ocultas algo.

—¿Lo siguiente será registrar mi apartamento en busca del arma

homicida? ¡Qué patético trabajo hace usted!

—Explícame por qué lanzaron pintura negra contra la fachada de la

galería, por qué se molestaron en hacer eso si en realidad querían robar uno de

tus cuadros, por qué no se llevaron nada, por qué mataron a esa chica.

—No tengo las respuestas que necesita.

—¿Acaso puede haber sido algún otro pintor, alguien que estuviese celoso de tu éxito?

—No conozco a otros pintores.

—¿Tienes novio?

—¿Ahora desea discutir sobre mi vida privada? —le soltó con sorna—. —.

Me largo de aquí.

—¿Novia? ¿Alguien con quien hayas discutido últimamente?

Ultra Negro llegó a poner una mano sobre el pomo de la puerta y tiró de

ella, pero la puerta volvió a cerrarse con un fuerte estrépito cuando la

detective se abalanzó sobre ésta tras correr desde su silla.

—Alguien que sólo intentase molestarte con aquella broma de la

pintura... Tal vez esa persona no contaba con la presencia de Andrea

allí;

quizá su intención no era matarla, puede ser que simplemente se asustara y...

—¿Y cómo demonios voy a saber eso yo?! Nadie de mi vida actual

puede haber hecho algo semejante y, de los que pertenecieron a mi vida

pasada, ellos ni siquiera saben quién soy o qué hago.

—¿Qué hiciste anoche cuando abandonaste la galería?

—¡Genial! —resopló—. Ya esperaba yo que insinuase que puedo ser

culpable de esto. Para su información, me largué a casa; estaba cansada y

había bebido de más. Llegué a mi apartamento e hice una llamada; luego me

acosté a dormir y no abrí un ojo hasta esta mañana.

—Lo que sucedió es muy serio, Teodelina.

—¿Y usted cree que no soy capaz de comprender el valor que tiene una

vida? —Tironeó de la puerta contra la que aún se hallaba apuntalada la detective—. Déjeme salir.

—No te harás ningún favor si descubro que no has abandonado del todo

las viejas costumbres; estarías obstruyendo la investigación y podría

procesarte por eso.

—Haga lo que le parezca.

Resa se apartó de la puerta.

—Estaré vigilándote.

—Si eso le divierte más que hacer su trabajo, allá usted. Se aburrirá

conmigo, y lo peor del caso es que no estará haciendo nada por encontrar al

culpable.

—¡Qué gran favor le hará todo esto a tu exposición! Tengo entendido que

la dueña de la galería podría tener el permiso para reabrir el próximo lunes,

justo cuando la ciudad entera ya sepa lo que allí sucedió. Tu cara y tus obras

ya habrán salido en todos los telediarios y periódicos para entonces.

—Si eso sucede, no será por mí, y lo que haga la dueña de la galería no

es responsabilidad mía. Yo ni

siquiera estaba segura de exponer.

—¿Y qué te llevó a decir que sí?

Se hizo un profundo silencio en aquel despacho.

—Dime, ¿por qué aceptaste exponer si no estabas convencida? Nunca

habías expuesto antes, ¿no es cierto? Pero, así y todo, te mantenías con los

cuadros que vendías. Por lo que he podido averiguar, hasta tenías ofertas del

extranjero para exponer, pero las rechazaste. ¿Qué te hizo cambiar de parecer?

—No pienso continuar hablando con usted sin un abogado presente.

Resa le permitió abrir la puerta.

—Estás cavando tu propia tumba, Teodelina.

—Púdrase. —Dio media vuelta y salió, alejándose por el pasillo a toda

velocidad.

—Marisa, tus costillas se están quemando —advirtió Máximo alzando la voz

al ver el humo que subía desde la sartén. Le dio una vuelta más a la pasta que

se impregnaba de salsa verde y apartó la otra sartén del fuego. La aludida

llegó en ese mismo momento, limpiándose las manos en el trapo que colgaba

de la cintura de su delantal.

—Perdón, chef. ¿Se han estropeado?

—Justo a tiempo. ¿En qué andabas? Vamos, Marisa, te he dicho cientos

de veces que debes concentrarte en lo que haces. Tenemos lleno esta noche y

no podemos darnos el lujo de perder el tiempo.

—Lo sé, lo sé, chef. —En ese instante sirvió las costillas en un plato y

las mandó a la sala.

La chica cogió la sartén y se dirigió hacia su área de trabajo.

Máximo se movió hacia su izquierda para hacer exactamente lo mismo, la

pasta que debía entregar estaba lista. Usualmente no se dedicaba a preparar

una simple pasta, pero tenían una noche de lleno total y el movimiento era

infernial; el personal no daba abasto

con el trabajo.

Junto con otros tres de sus cocineros, llegó al área de la cual los

camareros retiraban los platos listos para servir.

Tomando un nuevo pedido, se alejó hacia su zona de trabajo. La orden era

de *fettuccine* a la trufa blanca.

Fue hasta uno de los enormes refrigeradores, cogió una porción de pasta

y la puso a hervir; luego, buscó la trufa y una sartén. Iba a por el rallador

cuando lo llamaron desde la puerta de la cocina.

—Max, te buscan allí fuera.

—Estoy ocupado —le contestó a Liliana, su mano derecha, encargada del

local cuando él se encontraba fuera; además, en días como aquél, hacía las

veces de camarera, recepcionista,

barman y demás—. ¿Quién es?

—No lo sé; dice que es importante.

Tuvo un mal presentimiento. ¿Sería la policía? La sombra de lo sucedido

la noche anterior aún lo perseguía.

—Luciano, ven aquí, ocúpate de esto, por favor. —Le entregó la trufa, el

rallador y le señaló el papel en que figuraba la orden—. En seguida regreso.

—Claro, no hay problema —le contestó éste, haciéndose cargo del pedido.

Mientras procuraba rehacer un poco su imagen —llevaba dos horas

trabajando y sudando en aquella cocina—, avanzó hasta Liliana. Ella se hizo a

un lado para dejarlo pasar por la puerta.

—¿No te ha dicho quién era?

—Sólo que te conoce bien, que quiere darte una sorpresa. Por nada ha

querido revelarme su nombre. Le he dicho que lo más probable era que

estudieses muy ocupado. Ha insistido. Es un muchacho joven, tendrá unos

veintipocos años, muy elegante. — Continuaron avanzando por la antecocina,

pasando entre cajas que contenían latas de conservas y otras con

botellas de

vino llegadas esa misma tarde a última hora, que no les había dado tiempo de

acomodar ni en la bodega ni en la despensa—; muy rubio, ojos celestes, alto;

creo que es extranjero.

Máximo no pudo menos que sorprenderse; sabía perfectamente bien de

quién se trataba. Por aquella descripción, no podía ser más que

una única

persona. Pero... ¿qué hacía allí su hermano? Nunca antes había puesto un pie

en su restaurante. ¿Y cómo había conseguido...? «¡María Eugenia!», se

respondió a sí mismo antes de preguntarse de dónde habría sacado Stefan la

dirección.

Sus pasos desembocaron en la barra; hasta allí lo guio Liliana.

Desde la

arcada, rodeado de botellas de bebidas alcohólicas, divisó a su medio

hermano, sentado en un taburete, sosteniendo, con un gesto despreocupado, una

copa de *champagne*. Como si supiese que lo miraba, al instante Stefan giró la

cabeza.

— *¡Bruder!*

Las personas que ocupaban la barra se dieron la vuelta para mirarlo.

Stefan ya de por sí era muy llamativo: alto, con el pelo casi blanco de lo rubio

que era, ojos rasgados de un celeste muy claro, rasgos increíblemente arios,

cuerpo muy trabajado, una masa de músculos bien torneados que sobrepasaba

el metro ochenta con facilidad, siempre impecablemente vestido.

En suma, ni

falta que hacía que se pusiese a gritar en alemán para llamar la atención.

«¿Desde cuándo tanta efusividad?», se preguntó Max.

Liliana le puso cara de no entender nada.

—Es mi hermano. Ése es Stefan.

—¿Ése es tu hermano? ¿Ése es Stefan? Supongo que ha salido a su madre

—lo miró—; es que vosotros dos no os parecéis en nada.

—Eso es muy cierto, no nos parecemos en nada. —Las diferencias eran

notables no sólo en el aspecto físico, sino en la forma de ser. Stefan era

descontrolado y excesivo para todo en su vida. Sonja, su madre, prácticamente

le había permitido crecer solo, sin ponerle demasiados límites —o

más bien

ninguno—, y su padre, quien para el momento del nacimiento de su tercer hijo

ya tenía dos más, y adolescentes, tampoco supo muy bien cómo encarar

aquella nueva paternidad. Su medio hermano era un consentido y

acostumbraba a hacer y decir lo que le viniese en gana, sin respetar

absolutamente ninguna autoridad o regla social; eso fue lo que le

granjeó tres

expulsiones de distintos internados entre los diez y los quince años, y que su

madre desistiese de sus intenciones de que su hijo se convirtiese en un gran

abogado, tal como lo había sido su abuelo. A fuerza de mucho insistir, su

padre había conseguido que hiciese un curso de administración de empresas.

Curso que milagrosamente Stefan había completado y con muy buenas calificaciones (por primera vez en su vida); por eso ahora «trabaja» en la

empresa de aviación del padre de ambos. Para Stefan, la palabra *trabajar*

tenía un significado muy particular; según su definición, el verbo incluía salir

a beber con los clientes, organizar fiestas de promoción para la

empresa,

viajar gratis en los aviones de la compañía y recorrer el mundo supuestamente

haciendo relaciones públicas que, según él, atraerían nuevos y poderosos

clientes. Lo cierto era que, pese a lo poco que Stefan hacía dentro de la

compañía, desde que él participaba en los negocios, la empresa le había

abierto cuentas a más de una docena de ricos empresarios europeos.

—Stefan. —Su nombre fue lo único que entonó a modo de saludo.

—Hermano. —Stefan pasó por encima de la barra para abrazarlo.

La rigidez de Máximo resultó obvia hasta para los extraños. Los

hermanos no solían tener esa familiaridad el uno con el otro; es más, apenas si

se conocían. Habían pasado algún

tiempo juntos, sobre todo en la época de

preadolescencia del menor, pero después de eso, cuando Máximo se casó y

Stefan se convirtió en un chico rebelde hecho y derecho, prácticamente se

perdieron el rastro. Es cierto que se veían para algunas fiestas y cumpleaños,

o cada tanto cuando su padre y su esposa viajaban al país de visita,

pero tan

poco tenían ambos en común que  
Máximo había inaugurado ese  
nuevo

restaurante tres años atrás y ésta era  
la primera vez que su hermano  
menor

ponía un pie allí.

Stefan le palmeó la espalda con  
fuerza y se apartó.

—Te han salido canas nuevas —le  
indicó apuntando su cabeza con un

dedo, al tiempo que recogía su copa de *champagne* de encima de la barra—.

¿Qué ha pasado contigo en este último tiempo? Parece que te hayan caído

encima todos los años juntos. ¡Mira qué ojeras tienes! O será que por fin estás

soltero otra vez y aprovechas la libertad como es debido. Si es así, brindo por

eso —exclamó y, llevándose la

copa a los labios, bebió hasta vaciarla.

—Y tú, cada vez más inmaduro —  
soltó medio en broma, medio en serio.

Si quería sobrevivir a esa noche, mejor que le pusiese un poco de ánimo.

En el rostro de Stefan se desplegó una enorme sonrisa blanca.

—Brindo por eso también. —Alzó la copa, cayendo en la cuenta de que

se encontraba vacía. Hizo una mueca.

—Ale, ¿podrías...? —le dijo a uno de los bármanes cuando pasó por

detrás de él, señalándole la copa vacía de su hermano, mientras Stefan la hacía

bailar en el aire.

El muchacho le contestó y a los dos segundos venía de regreso con otra

copa, que intercambió con Stefan por la vacía.

—Cortesía de la casa.

El barman asintió con la cabeza y Stefan amplió su sonrisa todavía más.

—¿No me acompañas a brindar?  
¿Dejarás que tu hermano beba solo?

Hace meses que no nos vemos. Se supone que el frío debería ser yo, por llevar

sangre alemana en las venas, y no tú. Vamos, toma un trago. La mujer que me

atendió al llegar me dijo que

estabas muy ocupado; seguro que bien mereces

un descanso. —Bebió un poco más y, alzando la copa con un dedo en alto,

añadió—: Por cierto, me gusta mucho el lugar; tiene su encanto y por lo visto

la comida es buena, el sitio está lleno. Huele tan rico que hace que me crujan

las tripas del hambre.

—¿No has cenado? —preguntó, si

bien ya conocía su respuesta. Su

hermano acababa siendo más que obvio cada vez que pretendía ser sutil.

—No, he tenido un día ajetreado. Lo último que tomé fue el desayuno esta

mañana en el hotel.

—¿Esta mañana? —inquirió pretendiendo darle pie a que explicase por

qué no había llamado antes si en realidad había llegado ayer.

—Perdona por no haberte llamado antes, tenía cosas que hacer. Además,

supuse que papá se me adelantaría.

—Lo hizo; llamó a María Eugenia esta mañana.

—El viejo no pierde sus mañas. En fin, ¿no vas a prepararme algo rico de comer? Sé que llevamos un tiempo sin vernos, pero imagino que todavía

recuerdas que soy tu hermano y, si la memoria no me falla, recuerdo

muy bien

lo magníficos que son tus platos. Mi madre siempre ha elogiado tu comida;

dice que has debido heredarlo de tu madre, porque, lo que es papá, apenas si

sabe cómo prepararse un café. Supongo que yo he salido a él, ni siquiera soy

capaz de poner a hervir pasta.

Y así era, Stefan había vivido toda su vida muy bien atendido, razón

por

la cual, básicamente, era un inútil.

—Intentaré conseguirte una mesa —  
le dijo a regañadientes; la verdad  
es

que no tenía ganas de relacionarse  
con su hermano, y menos de dejar a  
algunos

de sus clientes esperando por culpa  
de él—. Tendrás que esperar un  
buen rato.

—No hay problema, mientras el  
*champagne* continué fluyendo. Es

más,

¿qué tal si cenamos juntos? ¿Ya has comido? Puedo esperar a que termines.

¿Cuánto te queda, una hora, dos horas más?

—Probablemente en una hora esto ya estará un poco más tranquilo.

—Entonces te esperaré aquí mismo, si no supone una molestia. Cuando te

desocupes, me preparas algo rico y nos sentamos juntos a comer.

Máximo se quedó mirándolo como si fuera un extraterrestre. En su vida de adultos Stefan y él jamás se habían sentado a conversar.

Todavía desconcertado por la propuesta de su medio hermano, Máximo

regresó a la cocina, no sin antes avisar a los bármanes de que le sirvieran a

Stefan lo que pidiese, y a Liliana que le reservase una mesa para ambos para

dentro de una hora u hora y media.

En cuanto volvió a la cocina, sacó su teléfono y llamó a Geraldine para

avisarla de que no se verían esa noche, pues su hermano había ido a visitarlo

al restaurante. Ella no puso objeción; había conseguido el permiso para

reabrir la galería el lunes y estaba allí mismo, rodeada de un grupo de

trabajadores que limpiaban y

reparaban los destrozos resultantes del ataque de

la noche anterior.

Tras colgar con ella, llamó a su hermana para avisarla de que Stefan

había aparecido para dar la cara y que lo tenía allí mismo, que cenarían juntos.

María Eugenia le recordó que correspondía que le ofreciese alojamiento en su

casa. Máximo no le dijo ni que sí ni

que no; primero quería averiguar qué se

escondía tras la visita de su hermano y por qué se comportaba así de afectuoso

y familiar con él.

En los cuarenta minutos que transcurrieron hasta que las cosas se

calmaron, Máximo espío a su hermano a través del pasaplatos por el que los

camareros recogían los platos ya

preparados. Lo vio beber y beber, y hablar

por el móvil; incluso en un momento lo pescó dándole conversación a una

chica que estaba sola en la barra, pero su suerte se interrumpió cuando llegó

aquel a quien la joven esperaba.

Las cosas se calmaron, y Liliana llegó para avisarlo de que había situado

a su hermano en su mesa preferida;

entonces Máximo echó sobre la parrilla

dos gruesos bistecs americanos y puso a dorar patatas y zanahorias *baby* en

una sartén. A decir verdad, estaba muerto de hambre y agotado, razón por la

cual agradecía poder sentarse a descasar un buen rato.

\* \* \*

Teodelina se sentó en el suelo; en ningún momento le quitó la vista de

encima al cuadro que todavía olía a pintura fresca. Sin darse cuenta, se pasó

los dedos manchados de negro por la cara. El gesto dejó unos borrones negros

sobre sus mejillas cuando intentó borrar las lágrimas. Ahora la evidencia era

todavía más visible, puesto que sus ojos rojos de tanto llorar resaltaban

incluso más en contraste con la pintura negra. Cogió el cigarrillo

que colgaba

de sus labios y sacudió la ceniza en el enorme cenicero de piedra. El pitillo

allí quedó, puesto que se dedicó a tragarse el resto de las lágrimas, así sin

más, junto con la furia y demás sentimientos que dieron vida a la obra que le

costó ocho frenéticas horas terminar.

Era un retrato. El suyo. Uno que la

mostraba tal cual era, uno separado de

aquel otro que el prometido de la dueña de la galería identificara como una

mezcla de su rostro y el de alguien más, el de Nicole.

Esta vez era ella. Solamente ella, tal cual lo había sido siempre. Ella sola

frente al mundo. Así sería de ahora en adelante, y no pensaba derramar más

lágrimas por eso. Ya había sufrido demasiado y ese maldito dolor no quería

apartarse de su lado. No tenía intención de permitir que el pasado volviese a

torturarla una y otra vez, horadando cada vez más el agujero que tenía en el

pecho. Aquello estaba definitivamente terminado. Lo estaba.

—No más lágrimas —afirmó en

voz alta—. No más ilusiones.  
Nunca  
más.

Pilló la botella de vodka y le dio un trago. Tenía la vista nublada; no

pensaba parar hasta que también se le nublase la mente, para así no tener que

pensar más. Pensar era una tortura. Simplemente deseaba dormir y despertar al

cabo de unos días, cuando todo estuviese más tranquilo, cuando su

corazón ya

se encontrase más calmado, cuando la locura hubiese finalizado.

Bebió un poco más y se recostó en el suelo.

Cerró los ojos y su rostro le vino a la mente otra vez. Un rostro masculino

que deseaba pintar, bien de frente y con sus ojos fijos en el espectador. Sólo su

rostro, en una gran tela. Su rostro sin sus palabras, sin su voz, sin su

prometida

de por medio, sin los visitantes inútiles que daban vueltas por la galería, sin

falsas posturas. Solamente él.

—Máximo.

Solamente él.

Cerró los ojos y soltó un suspiro. Le hubiese gustado tenerlo allí para

desvestirlo y que la desvistiese, para que la ayudase a olvidar todo lo demás.

Para lanzarlo todo al olvido, incluso su cuerpo, cuando, en el momento de

éxtasis, perdiese la cabeza, la cordura y todo lo demás. Y fue así cómo, casi

sin querer, acabó metiendo una mano dentro de su ropa interior para comenzar

a tocarse pensando en él. Cerró los ojos y se imaginó cómo sería el peso de su

cuerpo sobre ella, con su pene en la

entrada de su vagina.

Su interior se humedeció, pero ella fue directa a su clítoris a sabiendas

de que así conseguiría un orgasmo seguro. Necesitaba placer, porque eso la

hacía sentirse viva y llevaba demasiado tiempo sin sentirse así.

La fricción de su palma sobre su cuerpo la hizo entrar en calor. Su

espalda se tensó. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que el olor

de los óleos le había resultado así de afrodisíaco. Quería ese olor mezclado

con el de las ropas de Máximo, ese que se filtró por su nariz las veces que lo

tuvo cerca. Se puso a la tarea de imaginar las manos de él tocándola, esas

manos de aspecto poderoso en la pequeñez de su cuerpo.

Hacía tanto que no estaba con un hombre... y él se le antojaba

demasiado,

de modo que los movimientos de su mano se tornaron frenéticos, sobre todo

porque tenía miedo de perder el orgasmo que comenzaba a llegar. El calor se

expandió por su vientre para tomar cuenta de su pecho. Comenzaron a

escapársele jadeos por entre los labios. Su espalda se arqueó. Sus pechos se

pusieron duros. Su lengua salió en

busca de una lengua que no estaba allí.

De haber sido Máximo quien hiciera eso mismo con su cuerpo, se hubiese

sentido todavía mejor.

Tuvo que conformarse con aquello y, al final, llegó a un orgasmo que le

arrancó todo el aire de los pulmones, pero que no era el orgasmo que quería y

necesitaba. Al acabar, y todavía

con la respiración descontrolada,  
se sintió

demasiado sola.

Quitó la mano de dentro de su ropa interior y, con ambos antebrazos, se tapó la cara. Prefería no tener que ser testigo de su propia situación.

\* \* \*

Al pasar junto a uno de los camareros, Máximo le pidió que le trajese una

botella de su cabernet sauvignon

preferido y siguió camino hacia la mesa en la

que lo esperaba su hermano, cargando los dos grandes platos con la carne

todavía chisporroteando y las verduras doradas y perfumadas.

—Humm, huele de maravilla. No hay nada como la carne de este país.

Prefiero esto antes que las salchichas alemanas. —Con una sonrisa, recibió el

plato de su hermano—. Magnífica recepción, Max. Gracias. ¿Lo has preparado

tú?

Máximo contestó que sí con la cabeza tras colocar su plato al otro lado

de la mesa para comenzar a quitarse la chaqueta de cocinero antes de sentarse.

—La espera ha merecido la pena. Supongo que, de aquí en adelante, te

visitaré más a menudo.

El camarero apareció con la botella de vino. Máximo lo dispensó, se ocuparía él mismo de abrirla. Lo hizo y sirvió dos copas.

—Por ti, hermano. —Stefan alzó su copa y la chocó contra la de Max, que se encontraba todavía sobre la mesa, sin darle tiempo a recogerla.

—Y por ti.

Stefan bebió. Probablemente esa noche su hermano terminase el día

algo

ebrio o, mejor dicho, completamente borracho, puesto que llevaba un buen

rato bebiendo *champagne* y su única comida del día, según mencionó, había

sido esa lejana mañana.

—Entonces... —Máximo cogió sus cubiertos; Stefan ya había empezado a

comer. Ellos dos eran los únicos que empezaban el primer plato; el

resto de

los comensales del restaurante iban por el postre o el café, y eso se debía a

que era más de la una de la madrugada—. ¿A qué debo tu visita? Es la primera

vez que vienes por aquí.

—Ya era hora, ¿no? Además, necesito de mi hermano.

—¿Me necesitas? ¿Y eso desde cuándo? Dime, ¿cuándo recordaste que

tienes uno?

—Siempre te recuerdo, *bruder*. —  
Tragó, bajando la comida con un  
buen

sorbo de vino—. Mal de amores.  
Por eso te necesito.

Máximo rio.

—Y vienes a mí, ¿a buscar  
consejo? A mal puerto has venido a  
atracar,

Stefan.

—No he venido a por consejos,

sino en busca de un poco de moral,  
de

compañía.

—¿Has venido desde Alemania en  
pos de la compañía de tu hermano?,

¿para eso le pediste un avión a  
papá?

—¿Es que no puedo venir de  
visita? —Bebió el resto del  
contenido de su

copa—. Quería ver a mis hermanos,  
a mis sobrinos.

—Me sorprende que quieras ver a tus sobrinos. ¿Así de mal te encuentras?

Stefan cogió la botella y se sirvió más vino.

—Te han dejado —lo espoleó—. En mi vida me hubiese imaginado que

una mujer te rompería el corazón.

—Lo disfrutas. No es digno de ti. Entiendo que te parezca imposible. La

verdad es que no me ha dejado,  
hemos terminado.

—¿Sí?

—Sí, pero yo la quería mucho.

A Máximo aquello le olió a  
mentira, tanto como eso de que  
habían

terminado y no que ella lo había  
dejado.

—No te preocupes; eres joven,  
conocerás a alguien más.

—Papá dice que estás

comprometido. ¿Todavía lo estás?  
Cometer el

mismo error dos veces no parece  
muy sensato por tu parte. ¿Sigues  
con la

misma mujer con la que salías la  
última vez que vine, la que es  
dueña de una

galería de arte?

Asintió con la cabeza.

—¿Y vas a casarte con ella? ¿Por  
qué?

—¿No deberíamos estar discutiendo tu vida amorosa, no la mía?

—No quiero ni recordar su nombre. Quiero hacer todo lo posible para

olvidarme de ella. —Dicho esto, bebió de un trago su segunda copa de vino.

Máximo ya visualizaba a su hermano durmiendo y vomitando sobre el

sofá del salón. No pensaba prestarle el cuarto de Julieta y

tampoco su estudio.

—Bien; como sea, si continuas bebiendo así, tardarás poco en lanzarla al

olvido.

—¡Qué más quisiera!

Con dos botellas vacías de vino tinto sobre la mesa, Stefan, hablando

mitad en castellano mitad en alemán, y un local casi vacío, Máximo decidió

emprender la retirada.

Le costó horrores arrastrar a su hermano hasta su automóvil. Sí,

finalmente tendría que darle alojamiento en su casa, no podía llevarlo en ese

estado a su hotel.

\* \* \*

El videoportero sonó al menos tres veces antes de que pudiese despegar

los párpados y abrir los ojos.

Cuando sonó por cuarta vez, se percató de que

tenía el cuerpo completamente entumecido. Había pasado la noche en el frío

suelo, entre la botella de vodka, el cenicero y sus cuadros. El dolor de cabeza

era insoportable y sentía como si su cerebro girase dentro del cráneo. Le latían

las sientes, y lo peor de todo era el dolor de espalda, la tensión entre el

cuello

y los hombros.

El timbre volvió a sonar.

Lentamente se incorporó.

Tenía la boca pastosa, el estómago pegado a la columna, las piernas

tieras.

El sol entraba a raudales por los amplios ventanales. Era una mañana de

domingo espectacular; sin embargo,

le hubiese importado un cuerno si,  
en vez

de hacer sol, hubiese llovido a  
cántaros; su día, su mente, su  
espíritu... se

sentían tan negros como la pintura  
que tenía enfrente, cuyos restos  
manchaban

sus manos y la vieja camiseta que  
llevaba puesta.

Agradeció que el timbre parase de  
sonar; no tenía ganas de ver a nadie  
y

aquella molesta chicharra le daba dolor de cabeza.

Al impulsarse para ponerse de pie, se mareó. Por suerte pudo mantener la

estabilidad.

Arrastrando los pies descalzos por el suelo, para no perder el rumbo, fue

hasta el baño. Tenía náuseas, pero no vomitó. Simplemente se sentó a orinar,

mientras se agarraba la cabeza. Se

sentía pésimamente; hubiese dado cualquier

cosa por dormir un poco más o, ya puestos, todo el condenado día. Estaba

poniéndose otra vez las bragas cuando oyó la puerta; alguien manipulaba el

cerrojo desde fuera. Se alarmó, porque últimamente tenía los nervios a flor de

piel y no hacía más que actuar a la defensiva. Salió corriendo del baño

y pilló

lo primero que encontró con lo que le pareció que podría defenderse si el

intruso lograba forzar la cerradura. Lo que agarró fue una larga y gruesa

varilla de metal que se hallaba entremezclada entre los restos de la producción

de una escultura.

Pensó en ir a buscar el teléfono. Sus intenciones se fueron por el

desagüe

cuando oyó que la cerradura cedía sin ningún esfuerzo. Atravesó el amplio y

vacío espacio que la separaba de la puerta y se pegó contra la pared, justo

detrás de ésta. Asiendo la varilla de metal con ambas manos, la alzó, dispuesta

a arrancarle de cuajo la cabeza a quien intentaba meterse en su apartamento.

La puerta se abrió.

Decidida a hacer que el intruso se arrepintiese de colarse en su piso, dio

un salto y blandió la improvisada arma.

—¡Teo! —chilló Simón al ver lo que se le venía encima.

Ella consiguió frenar en parte el impulso de sus brazos, y por eso, cuando

él alzó una mano para defenderse, el metal apenas si rebotó en su gran

palma.

—¡Cuervito! ¿Acaso te has vuelto loca? ¿Pretendías arrancarme la

cabeza? —De un tirón, le arrebató el metal de la mano y lo tiró hacia atrás. La

varilla fue dando tumbos por el suelo, produciendo un tintineo de campanas.

Se acomodó las gafas sobre el tabique nasal—. ¡Pero, por mi madre, ¿a quién

esperabas, Teo?!

—¿Qué mierda haces aquí a esta hora y por qué has entrado así? —

inquirió cerrando la puerta de una patada.

—¿Que qué mierda hago aquí a esta hora? Es casi mediodía. —Alzó una

bolsa con un gran paquete dentro. La bolsa tenía impreso el logo de una

pastelería cercana—. He venido a traerte el desayuno. Me preocupas y supuse

que pasarías el domingo sola; ya

estás demasiado deprimida como  
para

permitir que te hundas todavía más.  
He venido a cuidar de ti, porque te  
quiero

y porque no puedo verte así. Si  
cada día que pasa te ves peor. De  
venir

mañana, no hubiese encontrado más  
que tus restos. Y, por si no te has  
dado

cuenta, he tocado el timbre cuatro  
veces. No contestabas y me he

preocupado.

Tengo la llave, ¿recuerdas? Me la diste hace un siglo, ese fin de semana en que

volvimos para ver si funcionábamos en una segunda oportunidad... —Hizo una

mueca—. No, probablemente no te acuerdas, habías bebido de más esa noche.

Apenas si me diste tiempo a terminar y te quedaste dormida como un tronco.

Teodelina recordó aquella noche. Habían salido juntos para rememorar

los viejos tiempos y habían acabado en la cama después de arrancarse la ropa

a tirones el uno al otro. Antes de llegar a eso, ella había hecho toda una

ceremonia en la que le explicó cuánto le importaba él, en la que insertó en el

llavero que él tenía una copia de la

llave. Y sí, lo había olvidado casi por

completo hasta esa mañana, pese a que Simón había usado su llave para entrar

en más de una ocasión.

A Ultra Negro se le cayeron los hombros del cansancio.

—¿Quién creías que era? —insistió él.

—No lo sé, nadie en particular; simplemente aluciné, pensé que era

alguien que intentaba... —Dejó la frase inconclusa. ¿Qué importancia tenía

decirle que temía que lo mismo que le había sucedido a Andrea, la asistente de

Geraldine, le sucediese a ella? Era ridículo, simplemente no tenía por qué

pasar algo semejante; pese a la maldita pintura negra chorreando por la

fachada de la galería, aquello no

podía tener nada que ver con ella.

—Esta noche te vienes a dormir a casa, resulta evidente que estás

asustada. ¿Sabes una cosa?, creo que deberías pedir custodia policial.

Teodelina resopló, dio media vuelta y se encaminó en dirección al área

del dormitorio. El *loft* era un espacio inmenso solamente ocupado en un diez

por ciento como mucho. Junto a la cama había una única mesita de

noche, un

perchero de metal donde ya no  
cabía nada más, cajas de cartón que  
contenían

ropa y un montón de zapatos, botas  
y zapatillas tirados por todos lados.

—Tal vez no haga falta; esa mujer  
policía tiene muchas ganas de  
encerrarme.

—Te dije ayer que te ayudaré a  
buscar un buen abogado. Eso no  
sucederá.

Ella resopló otra vez y, sin dejar de andar, se quitó la camiseta y la arrojó

a un lado. No llevaba sostén, básicamente porque no lo necesitaba.

Simón no hizo caso del gesto de su amiga; habían sido pareja durante un

buen tiempo y, por ello, conocía de sobra cada centímetro de su piel; además,

ahora salía con alguien, alguien del

bando contrario.

Teodelina caminó hasta una de las cajas, revolvió un poco y, de ella, sacó

a tirones una camiseta color verde militar con un águila blanca impresa al

frente y se puso los tejanos negros que estaban sobre la cama, entre las sábanas y mantas retorcidas.

Simón fue hasta la cocina y dejó los cruasanes sobre la encimera. Se

disponía a darle de desayunar a su amiga. Dentro de la cafetera había café,

pero, tan pronto como lo sacó y lo olió, lo arrojó al fregadero.

Mientras Teodelina metía los pies, a la fuerza, dentro de las botas

militares de caña alta, Simón revisó la nevera en busca de leche. Al abrir la

puerta de la misma, puso mala cara; era un refrigerador nuevo, pero lo poco

que contenía ya podía tildarse de antiguo más que de viejo. La cerró dando un

portazo.

—¡Ey, cuidado con eso! Esa puta nevera me costó una fortuna,

¿recuerdas?, fuiste tú quien me la hizo comprar.

—Y no sé para qué, no la usas.

—No tengo tiempo para ir a hacer compras.

—Ni tiempo ni ganas. Al menos

podrías tirar esas cajas de comida china;

deben de llevar semanas ahí dentro, están criando hongos.

—No te pongas pesado.

Café recién hecho comenzó a caer dentro de la jarra de cristal. Al

instante el ambiente se impregnó de aquel agradable aroma.

—Ven aquí, siéntate a la mesa. —  
Apartó una de las cuatro sillas—.

Quieras o no, desayunarás.

Teodelina se puso de pie, levantándose de la cama al terminar de anudar

los cordones de sus botas.

—Eres un fastidio. ¿No deberías estar en tu casa, en la cama con tu

novio, haciéndole arrumacos o follándotelo? ¿Qué placer te da venir a

joderme la vida?

—Ya me lo follé esta mañana y, después, se fue a pasear con unos

amigos. Fueron a sacar fotos no sé adónde. Anoche le dije que se organizara

algo para hoy, porque yo tenía planeado pasar todo el día contigo.

Teodelina se sentó a la mesa.

—¿No le molesta que pases tanto tiempo con tu antigua novia?

—Si fueses chico, tal vez le molestaría, pero no, la verdad es que no.

Además, Pierre no es celoso.

—¿Lo vuestro es una relación abierta?

—No, pero él sabe que estás muy loca y que yo ni borracho volvería contigo.

—Gracias, qué amable.

Simón le pasó el paquete que había abierto, mientras, en un claro gesto, le indicaba que comenzara a comer.

—¿Por qué?, ¿acaso tú volverías conmigo?

—¿Me lo estás proponiendo?

—No, mi vida.

—Lo último que quiero hoy por hoy son más problemas de ese tipo —

gruñó ella.

—¿Vas a hacer voto de castidad?

—No, simplemente voy a dedicarme a no liarme con nadie de ese modo.

—Cosas de una noche... —  
canturreó Simón.

—Mejor así.

Simón sacudió la cabeza, negando.

—Come y cierra la boca —añadió él.

—Ya vendrás a pedirme favores.

—Cuervito, prefiero vivir abstemio de tu cama.

—Sí, claro —rió ella, mientras él se daba la vuelta para buscar dos tazones en los que servir el café.

—Volviendo al asunto que nos

compete —le puso una taza delante y posó

sobre la mesa la otra para él, luego se sentó—. ¿Has sabido algo de ella?

—No quiero que vuelvas a mencionarla, ella está muerta para mí.

—Está bien, ok, no te pongas loca. Solamente quería saber si había pasado a recoger sus cosas.

—No, y tampoco ha llamado, y yo no pienso volver a llamarla nunca

más.

—¿No te parece raro que no haya pasado por aquí para llevarse sus

pertenencias? ¿Acaso crees que ha vuelto con su novio? Si es así, debería

darle vergüenza. No puedo creer que...

—Sé que es capaz de eso, en cuyo caso, probablemente le importe un

cuerno recuperar su ropa: el tipo puede comprarle un guardarropa nuevo. Ése

ya no es mi problema.

—Por eso te bebiste media botella de vodka anoche. —Apuntó con la

taza en dirección a la botella que aún se encontraba en el suelo, en medio de

su área de trabajo. Simón notó algo más.

A Teodelina le había llamado la atención que no se percatase de aquello

antes, Simón era históricamente observador y detallista.

—¿Has estado pintando? ¡Has vuelto a pintar!

—Supongo que el puto bloqueo es historia —gruño ella, para luego continuar bebiendo su café.

—Cuervito, eres tú.

—No me digas.

—No seas boba. Es bellísimo. Lo quiero, tienes que regalármelo.

—Sí, seguro; tu novio se pondrá feliz de la vida cuando vea que has

colgado en tu casa un cuadro de tu exnovia.

—Tengo cuadros tuyos.

—No un autorretrato.

—¡Lo quiero!

—Ya veremos. —Teodelina bajó la vista y cogió un cruasán del paquete.

—¡Y además has recuperado el apetito!

—No te emociones; como porque no tengo ganas de oírte

regañándome

una vez más.

—Teodelina...

Rara vez la llamaba por su nombre completo; desde el primer día, desde

que se conocieron, incluso desde antes de que él supiese su nombre, la

llamaba Cuervito. Simón le contó una vez que, en cuanto la vio, le recordó a

una cría de una de aquellas aves. La había imaginado inteligente, misteriosa,

fuerte a pesar de su tamaño, decidida y algo caprichosa también. Del tipo de

persona que consigue lo que quiere sin amedrentarse por nada; había acertado

en casi todo.

—¿Qué, Simón? —entonó ella, fingiendo seriedad de un modo muy alevoso.

—Soy lo único que tienes...

—Gracias por recordármelo.

—No seas esquiva conmigo. Así me empujes lejos de ti, volveré miles de

veces.

—Ya sé que, lamentablemente, no podré deshacerme de ti jamás.

—Vamos, intento hablar en serio.

—No quiero hablar en serio, Simón.

—Ya me he percatado de eso. El asunto es que estoy preocupado por ti.

En este último tiempo he notado que bebes demasiado, casi no comes ni

duermes, tienes ojeras, has bajado de peso, fumas demasiado... apenas me

miras a los ojos cuando conversamos.

—Simón, por favor.

—¿Qué es lo que está pasando?

—No pasa nada más allá de lo que ya sabes.

—¿Has vuelto a consumir?

—No —le contestó de malos modos.

—¿Ha reaparecido alguna de tus viejas amistades?

—No.

—Entonces, ¿qué es?

—Nada; es estrés, solamente eso.

Simón la contempló en silencio por

un momento. No se creyó aquello.

—Bien, como digas. Da igual lo que sea. Esta noche te vienes a dormir a

casa y no me importa si tengo que llevarte a rastras o inconsciente.

—¿Buscas acabar con tu relación con Pierre?

—Deja de preocuparte por él y por mí. Nuestra relación va perfectamente

bien; además, lo que pase entre él y yo es aparte, nada tiene que ver con

esto.

Tú eres parte de mi vida y siempre lo serás.

Se produjo un profundo silencio. Teodelina comprendió que Simón

hablaba en serio; jamás la dejaría caer, nunca la abandonaría. Si había alguien

con quien ella contaba siempre, ése era él, y por eso se sentía en deuda y

siempre lo estaría.

Fue un momento importante, rotundo para ambos. Aquella certeza

formaba parte del subconsciente de los dos; sin embargo, jamás antes había

sido expresada así, tan rotundamente.

—Por eso vendrás a casa a quedarte unos días con nosotros — continuó

diciendo Simón, interrumpiendo el incómodo instante. Sabía que a

Teodelina

no le agradaban las demostraciones de afecto, y mucho menos las expresadas

en voz alta... esas que pudiesen resultar demasiado melosas para una chica

ruda en exceso, acostumbrada a recibir golpes (tanto física como

emocionalmente), a tratar a todo el mundo con distancia, con una forma de ser

un tanto seca, incluso muy parca

por momentos—. No te soltaré hasta que

hayas engordado al menos dos o tres kilos.

—Eres insoportable, ¿lo sabías?

—Y tú, mi vida, y tú —canturreó él.

\* \* \*

Máximo llevaba más de una hora entrando y saliendo del salón, haciendo

ruidos, observándolo fijamente e,

inmutable, Stefan roncaba sobre el  
sofá,

despatarrado con las piernas  
enredadas entre las sábanas,  
profundamente

dormido.

Había levantado las persianas,  
salido a buscar el periódico, puesto  
la

cafetera a funcionar, encendido el  
televisor, la radio, tirado al suelo a

propósito más de una cosa y nada,  
nada de nada, su hermano

continuaba

durmiendo plácidamente.

Era casi mediodía cuando el aburrimiento y el fastidio lo llevaron a hacer

algo ridículo. Poco conocía a su hermano y tampoco es que esperase encontrar

demasiado allí. Pero cogió su abrigo de la silla en la que, después de

desvestirlo, había dejado colgadas las prendas que Stefan llevaba la

noche

anterior, y buscó las pocas posesiones que éste llevaba encima. Encontró una

billetera y un móvil. Lo primero que hizo fue abrir la billetera.

Si esperaba encontrar allí una foto de la amada que rompió con su

hermano, motivando su venida al país, se equivocaba. En la billetera había

mucho dinero, tanto en pesos argentinos como en euros; mucho

más de lo

necesario para salir a cenar o a tomar una copa, tanto que le sorprendió. ¿Qué

hacía su hermano con tanta pasta encima?

—¿Qué inconsciente! —murmuró por lo bajo, echándole una mirada para

cerciorarse de que aún continuaba durmiendo—. Pides a gritos ser robado.

Además del dinero, encontró un

permiso de conducir y el pasaporte de su

Stefan. Lo sacó y le echó un vistazo. Por lo visto, éste había viajado mucho en

el último tiempo. Tenía sellos de entrada y salida de varios países: ¡sí que

había estado muy ocupado!

Sólo por curiosidad, conversaría con su padre sobre el tema, sin

precisarle nada; le preguntaría si había enviado a Stefan a aquellos

países por

asuntos concernientes a la aerolínea. La verdad era que dudaba de que ésa

fuese la razón de los viajes de su hermano; probablemente esos

desplazamientos no tuviesen más razón que el turismo. Si así era, le pondría

los puntos sobre las íes; su padre era demasiado blando para eso, pero él no

dudaría en bajarlo a la tierra. Ya no

era ningún adolescente y no podían continuar permitiéndole que viviese como si nada más que su placer importase.

Lo miró; en ese instante le dieron ganas de agarrarlo por los hombros y

sacudirlo hasta que se despertase.

Meneando la cabeza, exasperado por el comportamiento de su hermano,

guardó el pasaporte en su sitio y

hurgó dentro de los bolsillos de la billetera.

En una pequeña bolsita de plástico encontró dos pastillas de un amarillo muy

claro, cuadradas pero con los bordes redondeados. Al notar que la pastilla

llevaba impresa una diminuta corona, entendió que no eran medicamentos, sino

otra cosa muy distinta.

Sintió cómo la sangre caliente le

subía por el cuello, ahogándolo en un

ramalazo de calor.

—Stefan.

Su hermano ni se inmutó.

—¡Stefan! —exclamó alzando la voz—. ¡Stefan, despierta de una buena

vez! —gritó sin guardarse las ganas de sujetarlo por el cogote.

Stefan abrió los ojos, saltando del sofá sin comprender qué sucedía y,

mucho menos, dónde se encontraba.

Máximo lo vio ponerse en pie completamente desconcertado. La manta

con la que lo había arropado la noche anterior cayó a sus pies; en ese momento

tenía ganas de ahorcarlo con las sábanas.

Así, en ropa interior y tambaleante igual que un edificio afectado por un

terremoto, Stefan se volvió en su

dirección. En un intento por abrir más los

ojos y despertarse, alzó las cejas y forzó sus párpados hasta llegar a los

bordes de las cuencas oculares. Tenía todo el pelo revuelto y de punta.

Máximo le lanzó las pastillas por la cabeza. La bolsita rebotó sobre el pecho de su hermano.

—¿Qué mierda es esto?

Stefan se refregó la cara y, acto seguido, se agachó a recoger lo que había

caído a sus pies; estaba tan dormido que no logró ver lo que había chocado

contra su torso.

La mueca en su rostro cambió a medida que enderezaba las rodillas y la

espalda.

—¿Quién te crees que eres para andar hurgando en mis cosas?

—¡Tu hermano, cretino! No tenías ningún derecho a entrar en mi casa con

eso.

—No exageres.

—No exagero, mi hija podría haber estado aquí.

—¿Y ella también tiene por costumbre revisar las posesiones ajenas, al

igual que tú?

—No seas estúpido, Stefan. Eso es

lo que has estado haciendo

últimamente. Consumiendo esa mierda, yendo de fiesta en fiesta. Dudo de que

a papá le agrade saber que ése es el modo en que gastas tu dinero.

—Del modo en que gaste mi dinero es cosa mía. Soy adulto, no necesito el permiso de nadie para hacer lo que me dé la real gana.

—¿Qué es?

—¿Qué importancia tiene?, ¿es que

acaso tienes ganas de probarlas?

—¡No seas idiota!

—Harías bien en relajarte un poco, hermano. —Stefan acortó con unos

pocos pasos de sus largas piernas la distancia que los separaba—.

Por cierto,

creo que esto también me pertenece. —De un manotazo, le arrebató la billetera

de las manos. Y vio, casi por casualidad, que Max también había sacado su

móvil y lo había dejado sobre la mesa—. ¿Qué significa esto?

—¿Eres tan estúpido como para drogarte?

—Max, no hagas un jodido escándalo de esto. Son dos pastillas de

éxtasis; no es nada, no me drogo. Me las dio un amigo una noche que fuimos a

una fiesta, de eso hace meses ya, y, por si todavía no te has percatado, aún no

las he consumido. —Entonó esto último sacudiendo la bolsita a la altura de

sus ojos.

—Deberías haberlas tirado, si no planeabas consumirlas.

—Yo no he dicho eso.

—Entonces, ¿planeas consumirlas?

—Tal vez, no lo sé. Lo que sí sé es que no pienso tirarlas. Es MDMA del

mejor, sin ninguna porquería

añadida.

—¡No tengo ni la menor idea de qué estás hablando!

Stefan guardó el sobrecito de plástico dentro de la billetera y luego

recogió la sábana y manta y las echó sobre el sofá.

—Lo que digo es que son pastillas seguras, eso es todo. No te preocupes,

no pienso usarlas aquí en tu casa y mucho menos frente a tu hija. No

soy un

inconsciente.

—Sí, sí lo eres; continúas comportándote como un malcriado.

—Max, no pretendas darme lecciones de nada, ¿ok? Son dos pastillas

nada más.

—No son las dos pastillas, es tu vida.

—¿Y desde cuándo mi vida es responsabilidad tuya? Gracias por

preocuparte por mí, pero la verdad es que puedo cuidarme solo.

—No es que pretenda cuidarte, es que, en este momento, me gustaría golpearte.

Stefan soltó una estruendosa carcajada, que sacudió su duro pecho.

—Relájate, hermano. Anoche lo pasamos muy bien, ¿por qué tienes que arruinarlo todo ahora?

—Terminaste la noche semiinconsciente, tuve que traerte a rastras.

—¿Y por eso todo este escándalo? ¿Porque bebí más de la cuenta tuviste

el presentimiento de que algo malo pasaba conmigo y por eso has revisado mis

cosas? ¿Qué esperabas encontrar? No seas tan tirante y aburrido, Max. Ambos

somos adultos; una borrachera no

es el fin del mundo. Simplemente me dejé

llevar por el momento, eso es todo.

—Deberías madurar de una buena vez.

—¿Qué sugieres que haga?, ¿que contraiga matrimonio como tú?  
¿Ése

sería un signo de madurez? No fui yo el que se largó, dejándolo todo atrás

como un cagón, cuando las cosas se pusieron difíciles.

—No te atrevas a opinar sobre mi vida.

— *Bruder*, por mí puedes hacer con tu vida lo que quieras, mientras seas

feliz. Si para ti lo mejor del mundo es tener un restaurante en vez de cualquier

otra cosa, bien por ti.

—No necesito tu bendición sobre las decisiones que tomo.

—Sé que no, y yo no necesito las tuyas, por eso no pienso pedirte

permiso para tomar esas pastillas si así me da la gana hacerlo.

—Papá se pondrá como loco si se entera...

—Max, papá va a la suya. ¿De verdad crees que se pondrá histérico por

dos míseras pastillas? ¿No te parece que exageras demasiado, incluso para ti?

El viejo hace siglos que no se mete en este tipo de cosas y, si le vas con el

cuento de esto, lo único que harás será quedar como un idiota; ya no tenemos

edad para que vayas a delatarme a papi. No vivimos esas cosas cuando

éramos pequeños, menos merece la pena vivirlas ahora. En ningún sentido le

falto el respeto a papá con las cosas que hago o dejo de hacer; yo cumplo con

mis obligaciones en la empresa y

me mantengo solito desde hace mucho. Si

crees que él paga mi vida, te equivocas; tengo mis propios negocios y no

necesito pedirle nada a nadie, a diferencia de algunos.

La referencia era obvia, pues el padre de ambos había pagado la

instalación del primer restaurante de Máximo; supuestamente aquello era un

préstamo, pero, cuando el hijo

intentó pagar a su padre la primera parte del

dinero, él no se lo aceptó, y continuaba sin aceptarlo hasta el día de hoy.

Máximo no pudo contenerse.

—¡Lárgate de mi casa en este instante!

—Hermano, no te enfades así. No pretendía ofenderte, es que tú te pones

tan...

—¡Te quiero fuera de mi casa ahora!

—Perdón, perdón. Está bien, no debí decir eso.

Máximo estaba tan furioso que su corazón rebotaba contra sus costillas en

acelerados y frenéticos latidos.

—Soy un idiota. De acuerdo, me he ido de la lengua. Disculpa. Vine a

hacer las paces contigo, no a enemistarme todavía más. Te conté que me

rompieron el corazón. Necesito de mi familia en estos momentos.

Máximo tenía la sensación de que le tomaba el pelo; es más, aquello lo

sentía más como una seguridad que como una simple sensación. Aquella frase

saliendo de los labios de Stefan sonaba de lo más ridícula y fuera de lugar. Su

hermano menor era una mole fuerte y bien torneada, con aspecto de

dios del

Olimpo, de materia intocable e impenetrable. Era del tipo de persona que ni

de casualidad podría verse afectada por una ruptura con una chica.

—Te burlas de mí, ¿no es así?

—No, es cierto. Te lo juro.

Máximo se cruzó de brazos; podía jurarlo o perjurarlo, que él seguía sin

creer ni una palabra.

—Si tú lo dices.

—¿Tanto te molesta que esté aquí?

No respondió a eso.

—No te molestaré más, volveré al hotel y luego... bueno, tenía pensado ir

al sur, buscar algún lugar tranquilo.

Si estaba jugando un juego psicológico para darle lástima, lo había

logrado. Aquellas palabras y esa cara de perro apaleado lo

golpearon duro;

después de todo, la distancia no podía borrar el hecho de que eran hermanos,

que los unía la sangre.

—No hace falta que te vayas a ningún lado, Stefan. Puedes quedarte aquí,

pero deshazte de esas pastillas antes de que venga mi hija. Constanza la traerá

esta tarde; ella pasará unos cuantos días aquí, porque su madre se va de

viaje.

—No te preocupes.

—No quiero volver a ver nada semejante en esta casa.

—Ya lo has dicho, lo he entendido.

Máximo soltó un jadeo exasperado; sentía que, básicamente, por un par de días tendría que cuidar de dos niños en lugar de uno.

\* \* \*

Luis iba siguiéndola por toda la

galería, ametrallándola con preguntas y

cuestiones que ya la tenían cansada. Estaba de mal humor, le dolía la cabeza y

el fuerte olor de los productos de limpieza utilizados por el equipo que en un

par de horas reinstauró la normalidad dentro de la galería no hacían más que

empeorar su malestar. Al menos ya no quedaba rastro alguno de muerte

0

violencia; incluso los cristales del escaparate de la galería habían sido

reemplazados, lo único que restaba por terminar era la pintura de la fachada, y

eso también estaría resuelto en un par de horas. A pesar de que era tarde y el

sol comenzaba a caer, el pintor se disponía a dar la segunda mano a las

paredes del exterior para, así,

acabar de cubrir por completo las  
chorreaduras

negras.

Para el día siguiente, en cuanto  
reabriesen las puertas, ya no  
quedaría ni

rastro de lo sucedido.

—¿De verdad planeas reabrir  
mañana?

Geraldine prendió la luz de su  
escritorio y tomó asiento. Le  
contestó que

sí y encendió su ordenador.

Luis puso mala cara ante su respuesta, apartó la silla y se sentó frente a

ella.

—Aún ni siquiera se ha realizado el funeral de Andrea.

—Lo único que ganaremos si no reabrimos mañana mismo será

complicarlo todo, todavía más. Tenemos que pasar página y seguir adelante.

No podemos permitirnos el lujo de cerrar una semana, lo arruinaremos todo;

tenemos que cortar con lo que ha pasado cuanto antes, dejarlo atrás. La

exposición es un éxito, sería de locos darle la espalda a esto.

—Geraldine, hay una persona muerta.

—Lo sé.

—Y todavía no se sabe quién es el asesino.

—También estoy al tanto de eso. No te preocupes; hace un rato hablé con

la detective que lleva el caso y me dijo que mantendrán la custodia en la

puerta de la galería hasta que todo se resuelva.

—No es eso lo que me preocupa.

—¿Y qué es, entonces?

—En las noticias todavía se habla de lo sucedido aquí.

—Sí, he visto las noticias.

—¿No te molesta que las personas asocien lo ocurrido con la

exposición? Tal vez deberíamos reorganizarnos y pasar la muestra para más

adelante; tenemos otros muy buenos prospectos con los que podemos

estructurar un nuevo ciclo de exposiciones hasta que las cosas se calmen.

—¿Te burlas de mí?

—No, por supuesto que no.

—¿Quieres que renuncie a esto, con toda la publicidad que tiene?

—Preferiría hacer ver que no he oído lo que acabas de decir.

—¡Por favor, Luis, no seas infantil!  
A mí también me duele lo que le ha

pasado a Andrea. Lo lamento, de verdad que me duele en el alma, y yo, más

que nadie, deseo que atrapen a la bestia que la mató. Pero también sé muy bien

que no tendremos otra oportunidad igual. Ultra Negro está loca de remate y

estoy segura de que, si no reabrimos, ella encontrará el modo de rescindir el

contrato que tiene con nosotros y la perderemos para siempre.

—Exageras.

—¿En qué?, ¿en que la chica está chiflada o en que es capaz de coger

todos sus cuadros y largarse así sin más? Todavía no sé cómo logré

convencerla, y tú quieres que le  
brinde la oportunidad de marcharse  
sin

problemas.

—Sé que esa muchacha es de lo  
más inestable; sin embargo, me  
figuro

que ella lo entendería si le  
dijésemos que creemos que cerrar  
unos días, hasta

que las cosas se calmen, será lo  
mejor.

Geraldine soltó una carcajada.

—¡Algo inestable! Por favor, a esa chica le falta más de un tornillo y la creo completamente incapaz de pactar nada con nadie. Únicamente la soporto

porque no me queda más remedio; me pone los pelos de punta y, para serte

sincera, me resulta repelente, si hasta me da miedo. Es realmente gracioso que

propongas que discutamos esto con ella. Cómo se nota que nunca has

conversado con ella más de cinco minutos seguidos.

—Bueno, no, pero...

—Pero nada. Incluso me da la impresión de que es capaz de golpearme si

le digo que no reabriré en seguida. ¿Acaso no la viste? No solamente su

aspecto es agresivo.

—Sí, la vi y sé que es rara; si no supiese quién es, cruzaría de acera si

me la encontrase en la calle.

—Entonces no discutamos más.  
Reabriremos mañana.

—¿Qué les dirás a los padres de  
Andrea?

—La reapertura de la galería no es  
un asunto que necesite discutir con  
ellos.

—Mañana, cuando abramos las  
puertas, tendremos a todos los  
medios

aquí y lo sabes; si no paran de

llamarnos por teléfono y...

—La publicidad nos vendrá bien.

—Ok —exclamó Luis, poniéndose de pie de un salto—. Te desconozco.

Geraldine terminó de introducir su clave para, así, abrir su aplicación de

correo electrónico.

—Todavía estás a tiempo de largarte. Hace un mes, antes de que

consiguiese convencer a esa

chiflada de exponer, me dijiste que querías irte,

renunciar, buscar nuevos y mejores horizontes. Puedes hacerlo ahora, si quieres. No te detendré.

Los ojos de Luis se abrieron de par en par.

—Puedes irte, no te rogaré de nuevo que te quedes.

Luis no se movió de su sitio.

—Te pagaré lo que te debo y todos contentos; quizá todavía estés a

tiempo de encontrar la galería de tus sueños.

—Geraldine...

—¿Qué?, ¿ya no quieres irte? —Le sonrió desafiante—. Si esto no te gusta...

Los dientes de él crujieron.

—No te conviene hacerlo, ¿no es así? No cuando tenemos a Ultra Negro

con nosotros. Incluso si te desagrada mi decisión de reabrir

mañana, no te

marcharás a ninguna parte porque sabes que no te conviene.

Su socio se puso rojo.

—No te critico por quedarte; es inteligente que sepas que esto es lo que

más te interesa... que tener a esa tarada aquí cambiará nuestras carreras para

siempre, porque hemos logrado lo que nadie más ha podido conseguir y es

probable que, si la mantenemos a gusto, la chica vuelva a exponer con

nosotros. Eso significa respeto por parte de nuestros pares, una estrella más en

nuestros currículos —bromeó—. Y más ganancias. No te preocupes, no pienso

mal de ti. Todo estará bien; en un par de días ya nadie recordará lo que pasó,

pero la exposición quedará en la

memoria de muchos durante mucho tiempo.

Ahora hazme un favor; ve y dile al pintor que se dé prisa, quiero llegar a cenar

al restaurante de Max.

Sin articular ni una palabra, Luis se dio la vuelta y se largó de allí a toda

prisa.

Geraldine lo vio alejarse rumbo a la luz cobriza del sol que caía entre las

esculturas y pinturas de Ultra Negro.

## 6

Teodelina se asomó a la baranda de la terraza. Llevaba una cerveza en una

mano y el móvil en la otra. Apoyó el teléfono sobre el pasamanos y, echando

la cabeza hacia atrás, bebió un largo sorbo de la botella. Estaba fresca y

resultaba agradable, sobre todo

porque había renunciado a todo lo demás;

ahora solamente le quedaba eso, e incluso intentaba dejarlo. Lo cierto era que

no lograba alejarse demasiado del alcohol y, a decir verdad, tampoco ansiaba

que llegase el momento de la separación final.

El sol caía por el horizonte convertido en una gran bola de un naranja tan

intenso que hería la vista. Había sido un día templado e incluso a esa hora

apenas si refrescaba. Hasta ese instante no se había animado a salir de la

sombra, ya que ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que su piel fue

tocada directamente por el sol.

La tenue caricia resultaba sorprendentemente agradable.

Sintió el sol rozar sus brazos

desnudos, su pecho.

Bajó la botella y las manos, y pegó los huesos de la cadera, que le

asomaban por encima de la cintura de los ajustados pantalones negros que

llevaba, a la rugosa pared de la baranda. Allí todo era de colores claros,

estaba acomodado, limpio, y tenía un aire muy zen con toques minimalistas. El

gusto de Simón resultaba más que

obvio, salvo en el cuarto, en el que parecía

haberse impuesto Pierre con una gran pared, la de la cabecera de la cama,

pintada de un impactante color magenta.

El contacto de su piel y su cuerpo contra la pared tibia le agradó. Cerró

los ojos y pensó en Máximo una vez más. Todo su cuerpo se encendió.

La luz del sol atravesó sus

párpados.

Inspiró hondo y se apretó todavía más contra la pared. Toda su piel se

tensó al imaginarlo contra ella, con su pene duro por debajo de sus pantalones,

con sus manos sobre su espalda. Obviando todo lo demás de aquella visión, se

centró en sus labios.

De repente la camiseta, el pantalón y las botas que llevaba puestas

comenzaron a molestarle. El tejido de las telas le provocaba cosquillas en la

piel.

Fue incapaz de controlar el espasmo que hizo que su espalda se arqueara

y su piel se erizara del gusto.

La brisa removió los cabellos que se habían soltado de la cola en la que

había recogido su corta melena. Aquella agradable sensación le

hizo perder la

cabeza, imaginándola como las yemas de sus dedos o quizá su lengua.

—¿Qué haces?

Teodelina dio un salto al ser sorprendida por Simón. Abrió los ojos y se

apartó de la pared de la baranda.

Su amigo llegó hasta ella registrando la presencia del móvil sobre el

pasamanos y la botella de cerveza en su mano.

Esperó que confundiese lo alterado de su respiración por la excitación con el susto que le había provocado al aparecerse así.

—¿La has llamado?

Para disimular el momento, puso los ojos en blanco y, con un gesto un

tanto grosero, acabó con lo que le quedaba de cerveza. Al apartar la boca de

la botella de sus labios, soltó un eructo.

—Muy delicado por tu parte, Cuervito. ¿Te ha llamado?

La respuesta a eso fue otro eructo.

—Ok, ya he captado la indirecta. No continuaremos discutiendo el tema.

—Simón le echó una mirada al atardecer y luego se apoyó contra una pared—.

Ha llamado Pierre, no llegará a cenar. Pensé que tal vez podríamos

salir por

ahí a comer algo. Pierre me ha  
taladrado la cabeza con  
comentarios sobre un

restaurante al que fue con unos  
amigos; dice que se come genial y  
que el lugar

es muy agradable. ¿Te apetece ir?  
Nos haría bien a ambos salir un  
rato, tomar

algo de aire.

—Aquí hay aire; además, no sé si  
tengo muchas ganas de encontrarme

rodeada de un montón de desconocidos.

—Te sentarás a la mesa conmigo, no con todos los demás.

—Te admiro y siento lástima por ti, de verdad tienes tantas ganas de soportar eso.

—Tu pésimo ánimo debe ser curado y, si está en mi mano hacerlo —

abrió los brazos a los costados de su cuerpo al tiempo que se apartaba de la

pared, como si se entregase a ello  
—, pues aquí estoy, estoy  
dispuesto. Vamos,

cambiémonos y salgamos. ¿Quién  
sabe?, quizá esta noche sea nuestra  
noche de

suerte.

—Ya tienes novio.

—Sí, y éste eligió pasar hoy más  
tiempo con sus amigos que  
conmigo, así

que... ¡Ah, vamos, Cuervito!  
Quiero salir, me muero de

aburrimiento. Necesito

ver gente, relacionarme un poco.

—Sí, ya sé que no soy la mejor compañía.

—No me refiero a eso. Es que me he pasado todo el día en casa y

necesito airearme. Si no tienes ganas de cambiarte y maquillarte, yo lo haré

por ti.

—Sé que te mueres por tratarme igual que a una de tus modelitos.

—Por favor. Por favor, por favor,  
por favor...

—Puedes salir solo.

—No pienso abandonarte aquí,  
para que te deprimas todavía más.

—No tiene por qué remorderte la  
conciencia dejarme.

—Es que no pienso dejarte. Vamos,  
ve a cambiarte, te invitaré a unas

copas. Nos mostraremos por ahí un  
rato, será divertido.

—Tu definición de *diversión* no

concuerta con la mía.

—Me importa un cuerno. Cámbiate.

—Le arrancó la botella vacía de las

manos—. Aunque no lo admitas, sé que lo pasarás bien.

\* \* \*

—¡Ha sonado el timbre! —le gritó a su hermano desde el sofá, sin

apartar la vista del televisor. Veía una película de acción y en este momento,

en la pantalla, discurría una típica

escena de persecución: automóviles avanzando a toda velocidad por una autopista norteamericana.

Por supuesto no esperaba que se levantase a atender. Stefan había

trasladado todas sus cosas desde el hotel al apartamento, pero por lo visto aún

continuaba creyendo que se encontraba en un hotel. Máximo había terminado

haciendo la cama por él, ya que le había dejado las sábanas, una manta

y una

almohada sobre el sofá cama del despacho, pero su hermano ni siquiera había

sabido cómo abrir el sofá para desplegar la cama. También había tenido que

prepararle el almuerzo y hacerle lugar en el ropero del despacho para que

colgase su ropa. Además, tuvo que salir de compras, a por víveres (su

hermano pequeño tenía sus

preferencias, gustos y necesidades)  
y mandó hacer

una llave extra para que aquella  
criatura de veinticinco años  
pudiese entrar y

salir de su apartamento sin que  
tuviese que estar pendiente de él.

El día lo agotó tanto (no estaba  
acostumbrado a pasar tantas horas  
con

Stefan) que acabó decidiendo que,  
en cuanto llegase su hija, irían  
todos a

cenar a su restaurante. Allí también se reunirían con Geraldine. Al menos, en

el local no tendría que ocuparse de cocinar, lavar los platos y poner orden.

Con un poco de suerte, al día siguiente Stefan comenzaría a hacer su vida de

turista por la ciudad, liberándolo así de tener que estar atendiéndolo todo el

tiempo.

Había invitado a María Eugenia y a su familia a cenar, pero era el

cumpleaños de la madre de su esposo, de modo que la reunión familiar

quedaría para otro día.

Atendió al portero electrónico; era Constanza, que venía a dejar a Julieta.

Avisó a Stefan de que bajaba a abrirle a su hija, él apenas si le prestó

atención; por lo visto los vehículos

deportivos chocando entre sí eran una

atracción demasiado fuerte de resistir como para apartar los ojos de la

pantalla.

En cuanto atravesó el umbral de la puerta para salir al rellano, oyó que

Stefan subía el volumen del televisor. Ahora la persecución y los disparos se

oían desde fuera de su apartamento igual que si la ridícula carrera entre

policías y ladrones, entre buenos y malos o lo que fuese, estuviese sucediendo

allí mismo.

Por suerte, ya que su enfado crecía a pasos agigantados, provocando que

la carótida se le hinchase amenazando con explotar y regarlo todo de sangre,

el ascensor llegó en seguida. Se metió en la cabina y procuró calmarse.

Tendría que mentalizarse para no perder la cordura; sabía que la semana que

tenía por delante no resultaría para nada sencilla.

Cuando el ascensor se detuvo en la planta baja, el pulso ya no le latía con

tanta fuerza dentro de las venas.

—¡Papi!

Julieta se le tiró encima tan pronto como abrió la puerta. Se apretujaron

el uno al otro en un largo abrazo.

Con cariño, se inclinó un poco hacia delante —no hacía falta que se

inclinase mucho, Julieta era muy alta para una nena de su edad— y le estampó

un beso en la coronilla, sobre su cabello rubio dividido en dos largas trenzas

adornadas con un montón de clips y cosas que él no tenía ni la menor idea de

qué eran. Su hija llevaba en la espalda la mochila que él mismo le había

comprado un par de días atrás, la que ella insistió hasta el cansancio que

quería, puesto que todos los chicos la tenían.

Constanza llevaba otras dos maletas, las cuales hizo el gesto de

entregarle en cuanto Julieta lo soltó. Por lo visto tenía prisa por irse y ni

siquiera pensaba subir; el

automóvil de su nuevo esposo  
esperaba estacionado

en doble fila con los intermitentes  
encendidos.

—Hola.

—Hola. Así que tu hermano ha  
venido de visita.

Se lo había comentado por teléfono  
un par de horas atrás.

—Sí, se quedará unos días.

—Tendrás el apartamento lleno.

Max asintió con la cabeza, soltando un suspiro de resignación, pero no por la visita de su hija, sino por la de Stefan.

—¿El tío se quedará muchos días?  
—preguntó Julieta, entusiasmada por

la perspectiva de convivir un tiempo con aquel tío tan mítico y extraño que a

sus ojos no era un adulto más, sino, más bien, una especie de personaje de

película o algo así.

—La verdad es que no tengo ni la menor idea. Por lo pronto se ha

instalado en mi despacho y parece cómodo. La que parece que se muda eres

tú. ¿Qué es todo esto? ¿Has traído todas tus cosas? —bromeó. En condiciones

normales le hubiese encantado tener a su hija allí por un par de semanas; el

problema era que no estarían solos

y también debería estar pendiente de

Stefan.

—No hubo forma de hacer que redujese el tamaño de su equipaje —

comentó Constanza.

—No hay problema. Tiene espacio suficiente en su cuarto.

El cristal de la ventanilla del lado del conductor descendió y el marido

de Constanza sacó una mano y lo saludó. No era un mal tipo, pero a Max no

acababa de caerle bien, pese a que, en los tres años que llevaba junto a

Constanza, no había podido encontrarle ni un solo defecto. Ahora él y

Constanza esperaban un hijo; ella estaba de seis meses y a eso se debía el

viaje, juntos se tomarían unos días de descanso antes de la llegada del

bebé.

—Bueno, tengo que irme.

Julieta se colgó de la cintura de su padre, haciéndose lugar entre las maletas y sus brazos.

—¿Seguro que podrás con esto? Tu hermano...

A Constanza no se le escapaba el tipo de persona que era su excuñado.

—Ante la mínima señal de alarma, lo pondré de patitas en la calle. No

te

preocupes. Siempre puede regresar a su hotel.

—Bueno, espero que no te cause muchos problemas. —Se inclinó sobre

su hija y la besó—. Y tú también pórtate bien, que tu padre ya tendrá suficiente

con tu tío.

—Sí, mamá. Que os divirtáis.

Constanza se despidió de su ex.

—Cualquier cosa, me llamáis; tendré el móvil conmigo a todas horas. No

te olvides de sus tareas y recuerda llevarla a natación. No permitas que se

acueste muy tarde, y que no coma demasiadas porquerías, que se ha pasado

toda la semana con dolor de estómago. Ah, y si necesitas algo, llama a su

pediatra; ya lo avisé de que yo salía

de viaje, pero...

—Mamá, no te preocupes; vamos a estar bien.

—Que os divirtáis —le dijo Máximo, deseando ser él quien se tomase

unas buenas vacaciones, que tanta falta le hacían.

Mientras ellos dos entraban en el edificio, el vehículo de Constanza se

alejó rumbo a la esquina.

—¿También va a venir el abuelo con la abuela Sonja?

—No, Juli, no creo; solamente ha venido el tío, y no sé cuánto tiempo va

a quedarse.

—Ayer hablé con la abuela Marta por Skype, dice que no la llamas nunca.

«Perfecto, mi madre se queja a mi hija de que no la llamo», pensó.

—Es que he estado muy ocupado

estos últimos días.

Juntos entraron en el ascensor.

—Mamá me ha comentado que el tío ha venido de visita porque está

triste; me ha contado que terminó con su novia. ¿Hacía mucho tiempo que

salían?

—No tengo ni idea.

—Pilar tiene novio.

Pilar era la mejor amiga de su hija

y, en cuanto él la oía nombrar, se le ponían los pelos de punta por eso mismo, porque la nena tenía novio. Aquello

no era más que una cosa inocente; sin embargo, pensar que su hija podía

comenzar a discurrir por el mismo camino muy pronto le alteraba los nervios.

—Creo que ella se pondría triste si él le dijese que ya no la quiere.

—Sí, eso pasa, hija —canturreó

acariciándole el hombro, mientras veía

los números pasar por el contador lumínico, deseando llegar al séptimo piso.

—Tal vez deberíamos buscarle una novia.

—Por lo general, cuando uno acaba una relación, quiere tomarse un tiempo antes de empezar a salir con otra persona.

—Pero, si él conoce a alguien que le guste, se pondrá feliz otra vez.

¿Geraldine no tiene ninguna amiga?

—¿Desde cuándo eres una casamentera?

Julieta rio.

—¿Liliana tiene novio?

No, Liliana no tenía novio, sino novia, y, de hecho, vivía en pareja con

ella.

—Hija, dejemos al tío tranquilo — dijo en vez de contestarle con la

verdad. Esas cosas le resultaban difíciles de discutir con su hija, y no

comprendía cómo a Constanza no le costaba nada, al menos en apariencia,

hablar de los temas más difíciles o escabrosos con ella; él aún no sabía cómo

haría para contarle lo sucedido con Andrea en la galería.

Las puertas del ascensor se abrieron en su piso.

—Él solito puede conseguirse una novia cuando quiera.

—Yo voy a preguntarle si quiere que le consiga novia.

En cuanto puso un pie en el rellano, notó que el sonido de la persecución

de automóviles había desaparecido; en vez de eso, ahora se oía música a todo

volumen.

Metió la llave en la cerradura y empujó la puerta. La música lo

ensordeció.

El sofá estaba vacío; el televisor, apagado, y el equipo de música,

sonando a toda potencia. No reconocía el grupo, y apenas los acordes. La

guitarra eléctrica y la batería sonaban con un ritmo tribal, mezclado con

sonidos electrónicos y con la voz de un tipo cantando en inglés algo entre rock

y rap.

El estribillo de la canción contenía al menos un *mother fucker* que Julieta

también captó, y por eso se sonrió.

Se apresuró a bajar el volumen después de soltar las maletas de su hija

en el suelo.

El súbito descenso del volumen de la música hizo materializarse, delante

de la puerta de la cocina, el cuerpo de Stefan. Su hermano cargaba una

lata de

cerveza y cara de preocupación; seguro que regresaba al salón para ver qué

sucedía con su música.

—Pero ¡mirad quién está aquí! — exclamó Stefan—. *Meine nichte!*

—¡Tío Stefan!

Julieta corrió a saludarlo.

—Si estás cada día más alta. —La cogió por las trenzas—. Y cada vez

más rubia. Ahora sí pareces mi sobrina.

—¿Te quedarás mucho tiempo? Papá le dijo a mamá que tu novia te dejó

y que por eso viniste.

Stefan miró a su hermano con sus rubias cejas en alto.

—Podemos buscarte otra novia. Entre los tres, seguro que encontramos a alguien.

Stefan la sujetó por los hombros y le sonrió.

—Creo que, por el momento, prefiero continuar soltero. Además, lo estoy

pasando muy bien así. Sé que nos divertiremos mucho estos próximos días,

¿no te parece?

—¡Sí! De camino aquí se me han ocurrido un montón de cosas que

podemos hacer los tres juntos. ¡Podemos ir al cine! Papá siempre

dice que va

a enseñarme a cocinar, como a los otros chefs en el restaurante, pero nunca lo

hace; ahora que también estás aquí, puede enseñarnos a los dos.

—Yo no sirvo ni para freír un huevo.

—¡Podemos ir a correr los tres! Los fines de semana salimos a correr por

la mañana.

Stefan soltó una carcajada.

—Las mañanas de los fines de semana se hicieron para dormir.

—Bueno, si no, podemos ir a volar. Papá al final consiguió su licencia y

se compró una avioneta; hace unas semanas salimos juntos. Fue genial.

—Así que por fin eres piloto. ¿Lo sabe papá? Estallará de orgullo.

—A él le bastó con que consiguieses la tuya.

—¿Estás celoso, hermano?

—¡Podéis volar juntos!

Stefan apretó los hombros de su sobrina.

—Seguro que sí. Por lo pronto hay algo más urgente que debemos hacer.

—Alzó la vista y miró a su hermano mayor—. Me muero de hambre.

Máximo meneó la cabeza; sí, definitivamente tendría que cuidar de dos

niños.

—¿Has terminado tu cerveza?  
Podemos irnos cuando estés listo.

Stefan alzó la lata y bebió todo su contenido apresuradamente.

—Saldremos en un momento.  
Vamos, Juli, llevemos todo esto a tu cuarto,

así salimos, que tu tío tiene hambre.

Julieta llegó hasta su padre dando saltos.

\* \* \*

Teodelina pasó por delante del

restaurante, pero siguió de largo; el lugar

se veía de lo más concurrido y, por lo visto, muchos de los comensales habían

llegado en coche, de modo que no había dónde estacionar.

El lugar daba toda la impresión de ser uno de esos locales de moda a los

que la gente se muere por ir, donde todos quieren estar para ser vistos, para

así poder decir que han ido.

Simón había conseguido una mesa después de hablar con un amigo de

Pierre que, a su vez, conocía a alguien que conocía a alguien que era amigo de

una de las personas que dirigían el restaurante.

En sí la fachada era simple; el edificio tenía forma de cubo, todo pintado

de beige. A la calle daban dos amplios paneles de cristal

semicubiertos por

pesadas cortinas de color claro que, al no estar cerradas del todo, permitían

ver el interior, donde había colores más oscuros, lámparas de cristal y mucha

madera, oscura también.

El nombre del restaurante figuraba en letras de bruñido metal plateado

con luces por detrás. La palabra *MAX* colgaba justo encima de una angosta

losa que llegaba hasta el bordillo de la acera. Allí había un empleado esperando, seguramente alguien del servicio de aparcacoches.

Como ella no pensaba dejar su vehículo en manos de un extraño, pese a

las quejas de Simón, quien no paraba de repetirle que era una ridícula por

negarse a permitir que alguien más estacionase el coche, dio la vuelta a la

esquina y allí encontró una plaza.

—¿Puedes dejar de quejarte?, o te juro que me iré —amenazó a Simón,

cuando éste rezongó porque su puerta había quedado pegada a una jardinera

llena de plantas y apenas tenía sitio para abrirla y salir.

—Si me ensucio, será culpa tuya.

—¿Quién te manda vestirse de blanco?

Simón lucía un pulcro traje blanco de pantalones muy ajustados y camisa

amarilla y blanca a rayas con un lazo celeste al cuello.

Aquella apariencia resultaría ridícula en cualquier otra persona, mas no

en él; ese tipo de atuendos formaban parte de su personalidad, de su estilo tan

particular. Teodelina recordó cuánto odiaba esos lazos que él

siempre llevaba

al cuello; cuando salían como pareja, lo complicaban todo a la hora de

desvestirlo. También había odiado sus camisas, y él la había odiado a ella por

arruinarle muchas cada vez que se fastidiaba con los botones y simplemente

tironeaba de la tela, arrancándolos en el proceso de desnudarlo.

Teodelina se tropezó al subir el

bordillo. Ahora se odiaba a sí misma por

haberse dejado convencer para calzar aquellos ridículos e incómodos zapatos

con altísimos tacones. El fucsia de la gamuza desentonaba muchísimo con sus

ropas negras. Llevaba los mismos pantalones que por la tarde, una camiseta de

tirantes negra con lentejuelas al frente y una chaqueta de cuero,

también negra.

Se había maquillado; prefirió hacerlo ella en vez de permitir que Simón

metiese mano ahí también, suficiente tenía con haber aceptado los zapatos y la

camiseta de lentejuelas de manos de su amigo, quien contaba en su casa con

guardarropas femenino de equiparable volumen y variedad al suyo propio,

compuesto por prendas que llegaban a él debido a su trabajo, las cuales

atesoraba en un cuarto que era una especie de santuario a la moda femenina.

Antes de salir, se había asomado al espejo para verse. Tan flaca y así de

arreglada, parecía una de las modelitos con las que Simón solía trabajar. Se

sintió extraña, porque de algún

modo le gustó lo que vio.

Como siempre, llevaba su enorme reloj de hombre en la muñeca

izquierda, sus *piercings* y muchos de sus tatuajes a la vista, a causa de lo

escotada que era la camiseta.

—Te ves terriblemente sexy con esos zapatos —le dijo Simón, quien caminaba un par de pasos por detrás de ella.

—No te hagas ilusiones, amigo.

—Por las dudas, no permitas que beba de más.

Para ser sincera consigo misma, necesitaba sexo y no le faltaban ganas de

empujarlo de regreso al coche y arrancarle la ropa. Sin embargo, inspiró

hondo y soltó el aire resoplando, fingiéndose fastidiada, como si se tomase

aquello a broma. Lo cierto era que lo hacía para intentar bajar los

calores de

su cuerpo. No quería arruinarlo todo con Simón, necesitaba demasiado a su

amigo como para echarlo a perder de un modo tan estúpido; seguramente, para

eso, podría encontrar a alguien más, alguien con quien pudiese pasar la noche

y luego olvidarse de él para siempre.

Simón corrió hasta ella.

—Puedes beber todo lo que quieras, no permitiré que me pongas una

mano encima.

—Gracias, amiga —entonó Simón, estampándole un beso sobre los

labios. Ella lo atajó sujetándolo por la mandíbula.

—No me lo agradezcas, tú pagarás esta noche.

—Encantado.

—¿Será preciso que cuide también

de que no te largues de aquí con  
alguien más?

—Ve y pregúntaselo a Pierre.

—¿Por qué me huelo que, lo que  
dijiste sobre vosotros, es una  
mentira?

Hay problemas en el paraíso, ¿no  
es cierto?

—Pierre es quien tiene problemas;  
dice que yo no me comprometo lo  
suficiente con la relación, y eso no  
es cierto. No tengo ni la menor idea

de qué

más se supone que debo hacer.

—Tal vez no llevarme a mí a tu casa.

Simón resopló.

—Nuestros problemas vienen de antes.

—El tonto no es consciente de lo que se perderá si te deja.

—¿Tanto me quieres?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque sé lo que significa ese  
brillito que tienes en los ojos —  
dijo

haciendo círculos con el dedo  
índice delante de su rostro. Ella  
apartó su mano

de un manotazo.

—No voy a acostarme contigo, ni  
siquiera por lástima, y mucho  
menos

para que te vengues de Pierre. Eres  
muy malo por insinuar que podría  
hacerlo;

que me creas de ese tipo de persona, tan desalmada, sin sentimientos... —

bromeó.

—Prométeme que, si llegamos a los cuarenta ambos solteros y sin

familia, te casarás conmigo y me darás un par de niños.

—Ni loca, amigo —exclamó ella, sonriendo—. No sueñes con eso,

porque no sucederá jamás.

—Al menos cuidarás de mí cuando

me ponga viejo.

—Sólo si prometes no convertirte en un anciano decrepito y gruñón.

—¡Qué dulce eres, Cuervito! Mejor entremos.

—Sí, mejor vamos a comer; esta conversación se está volviendo cada

vez más rara.

Llevándola de la mano, Simón caminó hasta la entrada. Un joven con muy

buena presencia les abrió la puerta.  
Teodelina vio a su amigo  
prácticamente

babear por el chico y lo empujó  
hacia dentro cuando se hizo espacio  
suficiente

como para que pudiesen pasar.

Ante la recepcionista, que se  
encontraba detrás de un podio,  
anunciaron

que tenían una reserva para dos;  
Simón dio su apellido.

Mientras la mujer los buscaba entre

las hojas de su cuaderno, Teodelina revisó el lugar con la mirada. Había paredes forradas en madera, otras

pintadas de un violeta muy oscuro, unos pocos trazos color beige aquí y allá,

espejos de marcos dorados, inmensas lámparas de cristal y bronce. El lugar

era elegante, con una decoración simple y agradable.

Sí, era el típico lugar de moda,

pero le sentó bien lo rico que olía allí;

hacía olor a comida casera y eso le recordó a su infancia, a su madre

cocinando para ella en aquellos momentos en los que el mundo parecía un

lugar casi idílico, cuando el dolor era algo manejable, cuando todavía no

existía la depresión, la soledad ni la angustia, en aquel remoto pasado que

ahora se le antojaba como la vida de alguien diferente, no la suya.

Se encogió por dentro al recordar aquellos momentos. Suprimió los

recuerdos con un parpadeo para no deprimirse; sabía que, si lo hacía, acabaría

bebiendo más de la cuenta y continuaría con aquel ritual incluso al llegar a

casa.

De fondo sonaba música suave, estilo *bossa nova*, pero cantada en

inglés.

No era su tipo de música; sin embargo, resultaba soportable, al menos por un

rato. Definitivamente el local no era del tipo que frecuentaban las personas

como ella; allí todo el mundo vestía a la moda, todos estaban elegantes, casi

todos con el mismo aspecto, igual que si hubiesen sido cortados por el mismo

patrón. Al menos nadie se volvió para mirarla, y eso que su aspecto *heavy* y

un tanto *dark* siempre llamaba la atención; probablemente todos estaban

demasiado ocupados con sus propias cosas.

—Es por aquí. Acompañenme, por favor.

Simón siguió a la mujer y ella, a Simón.

\* \* \*

Stefan se sentó en uno de los altos taburetes de la barra. Su hermano y su

sobrina habían decidido pasar por la cocina para saludar al resto de los

empleados del restaurante mientras llegaba Geraldine; en cuanto regresaran,

los cuatro se sentarían a cenar. Aprovechando que todo era gratis, se pidió una

bebida.

Mientras esperaba a que el barman le preparase su Dry Martini, vio a

aquella chica avanzar por entre las mesas de la mano de un tipo tan raro como

ella, sólo que de un modo completamente distinto, igual que si fuesen el día y

la noche. Simplemente no pudo quitar la vista de encima de ella. Es más, ni

siquiera se percató cuando el camarero le dijo que tenía su copa

lista, ni

tampoco notó cuando se la pusieron al lado de la mano; simplemente estaba

petrificado.

No la perdió de vista en ningún momento. La siguió con los ojos hasta

que ella y el ridículo tipo que la acompañaba se sentaron en una mesa justo en

el centro del salón, debajo de una de las enormes lámparas de cristal.

Antes de sentarse, la joven se quitó la chaqueta de cuero que llevaba.

Sus pupilas fueron como flechas al tatuaje que empezaba por detrás de su

hombro y subía por su cuello. Un ramillete de orquídeas.

\* \* \*

—Y bien, ¿qué te parece el lugar?

—No está tan mal.

Una camarera llegó presentándose y dándoles las buenas noches;

cargaba

una jarra de agua en las manos y con ésta relleno sus copas. Sin perder la

sonrisa ni por un segundo, les informo de que en un instante estaria con ellos

para enseñarles la carta.

Teodelina la siguió con la mirada mientras se alejaba; la chica parecia

caminar dando saltitos de felicidad. Le resultaba imposible comprender

el

buen humor y la efusividad de aquella muchacha. Sus ojos se dispersaron entre

los comensales, registrando rostros, gestos, ademanes y conversaciones. Jamás

olvidaba una cara; si se volvía a encontrar con alguna de esas personas en la

calle, probablemente la reconocería.

Su mirada continuó paseando por el

establecimiento y llegó a la barra.

Más de una docena de personas bebían despreocupadamente, reían,

conversaban, vaciaban sus copas... todos estaban atentos a lo suyo, todos,

menos uno, un hombre rubio. Éste la miraba. Era joven, calculó que debía de

tener unos veintitantos años. Iba impecable, de apariencia pulida

milimétricamente. Se imaginó que debía de pasar demasiado tiempo

delante

del espejo, probablemente casi tanto como Simón. Ciertamente no era su tipo

de hombre; sin embargo, no pudo negar que le pareció terriblemente sexy,

sobre todo porque él no apartó la vista cuando ella lo miró directamente a los

ojos. No se amedrentó lo más mínimo y ella tampoco. Aquello parecía una

batalla de miradas, a ver quién era el más fuerte, quién resistía durante más

tiempo sostenerle la mirada al otro.

«No es mi tipo, pero podría soportarlo por una noche —pensó—. Una

noche para lo que necesito y luego...»

—¡Ey! —Simón chasqueó los dedos delante de su rostro—. No me dejes

fuera.

Sin procurar disimular lo que hacía, Simón giró la cabeza siguiendo la dirección de los ojos de Teodelina.

El tipo de la barra dio un respingo e hizo girar su taburete para darse media vuelta y así evitarlos.

—Cuervito —canturreó dándose también la vuelta para enfrentarla a ella

ahora—. Cuervito, Cuervito, no pierdes el tiempo, ¿no es así?

Teodelina sintió que le subía un

intenso calor por el cuello hasta copar su

cara y orejas. Ella sí intentó disimular su turbación; sin embargo, no lo logró

demasiado.

—¿Me abandonarás tan pronto?

Teodelina continuó muda. Cogió su copa de agua y comenzó a beber.

—No tenía ni idea de que ahora te gustasen ese tipo de hombres.

—¿Qué tipo de hombres? —

rezongó                    haciéndose                    la  
desentendida.

—El tipo de hombres que se infla  
con anabólicos y horas de  
gimnasio, el

tipo de hombres que se broncean en  
cabinas de rayos uva, que van todas  
las

semanas a la peluquería...

—Tú vas todas las semanas a la  
peluquería.

—Sí, pero yo no soy del tipo  
*macho-sex simbol* por el que

babean todas

las mujeres, más bien me definiría a mí mismo como una suerte de *nerd* con

buen gusto. Soy un tipo fuera de lo común; sin embargo, no de esos que se

creen adonis o de los que salen en las portadas de las novelas románticas de

piratas y esas ridiculeces. Ése no tiene el cabello largo tipo pirata y admito

que tiene buen gusto para vestir, sin embargo...

—Pero ¿qué? —le espetó, fastidiada; lo que menos tenía ganas de

soportar era a Simón mofándose de ella. No lo hacía con mala intención y en

otro momento tal vez todo aquel palabrerío le hubiese dado todavía más bríos

para levantarse de su silla y encarar a aquel hombre, incluso para

llevárselo

con ella al baño de mujeres y acabar allí con lo que probablemente ambos

deseaban hacer; en cambio, esa noche se sintió empequeñecer bajo sus

comentarios.

—Es sexy, no está nada mal para ser el primer espécimen del sexo

masculino al que le echas el ojo después de tanto tiempo.

—¿Acaso llevas la cuenta de cuánto tiempo ha pasado desde mi última

relación sexual?

—Me lo cuentas todo.

Teodelina meneó ligeramente la cabeza; sí, lo cierto era que le contaba

mucho, aunque no todo.

—Ok, intuyo que no es tan así, me ocultas algo. ¿Con quién has andado?

Necesito detalles. ¿Nicole?

—¡Mierda Simón, ¿por qué tienes que nombrarla justo ahora?!  
Acabarás

arruinándome la noche.

—Perdona, no era mi intención. Y, por favor, baja la voz; no quiero que

nos echen, de verdad quiero probar la comida. Me ha costado mucho

conseguir esta mesa y no quiero perder la oportunidad de gozar de esta velada.

—¿Para refregarle a todos mañana en tu trabajo que pasaste la noche en

uno de los restaurantes de moda?

—Lástima que la compañía no coopere.

—Eres tú quien no coopera, sabes bien que no quiero volver a hablar de

ella.

—Simplemente sentía curiosidad por saber si te habías acostado con ella,

sé que dijiste que...

—No, no me acosté con ella, Simón. Lo nuestro fue hace mucho.

—Por lo visto has perdido la confianza en mí.

—¿Por qué dices eso?

—Yo te lo cuento todo sobre mis parejas.

—Fue una tontería, Simón, por eso no hablé de ella.

—¡¿Ella?!

—Sí, *ella*, una mujer. Lo que sucedió es que ella... es más, ella ni

siquiera... las dos habíamos bebido mucho, creo que más ella que yo.

Conversábamos; de repente me preguntó si tenía novio, una cosa dio paso a la

otra y terminé soltándole que soy bisexual y ella me contó que jamás había

estado con una mujer y que quería saber qué se sentía.

—¿Te burlas de mí?

—¡Querías que te lo contara, ¿no?!

—Sí, claro, pero no me dirás que...

—Sí, Simón, pasó, y que me mires así hace que me sienta como una

perversa. Mira, ella ni siquiera era mi prototipo de mujer. La besé. Me

siguió la corriente, estábamos en casa y, cuando me quise dar cuenta,

estábamos las dos metidas en mi cama. Fue raro, nunca antes había

sido la

primera vez de nadie. A la mañana siguiente, cuando nos levantamos,

acordamos que continuaríamos como amigas y que no hablaríamos con nadie

de lo sucedido.

—Ella se arrepintió —decretó Simón.

—Yo diría que lo pasó demasiado bien y eso la dejó en *shock*. No se lo

esperaba. Supongo que, cuando aceptó, lo tomó como un experimento y no

como algo que fuese a cambiar su orientación sexual... Joder, necesito un puto

cigarrillo e imagino que aquí no se debe poder fumar. A la mierda, Simón.

Mejor nos vamos, ¿no?

—Aquí les traigo la carta —  
anunció alegremente la camarera,

apareciendo literalmente de la

nada. La chica, evidentemente, llegó a oír algo

de lo dicho por Teodelina, porque al instante se le borró la sonrisa del rostro a

causa de la incomodidad.

Teodelina cogió su carta, Simón la suya, y ambos la recorrieron con la mirada mientras la muchacha procuraba recomponerse.

—Los platos especiales de la noche se encuentran en la primera página.

—Humm, me tientan los especiales  
—Simón alzó la mirada en el mismo

momento que Teodelina, sólo que él miró a la camarera— y es todo un menú

completo.

—Sí, todas las noches tenemos platos especiales distintos e incluso incluyen el vino, escogido por el chef para acompañarlo. Es para dos personas, para compartir.

—¿Qué te parece, Teo, probamos los especiales?

—Sí, claro, como quieras —entonó devolviéndole la carta a la camarera.

—Pues eso. Vamos los dos por el especial de esta noche, entonces.

Simón aguantó una espera de unos tres segundos, después de que la camarera se fuera (todo un récord para él) y disparó la pregunta que Teodelina

ya esperaba.

—¿Quién era ella?

Teodelina abrió la boca; sin embargo, no llegó a articular palabra,

alguien pronunció su nombre con exagerado y, a su modo de ver, fingido

entusiasmo.

—Geraldine.

Ok, la noche no podía empeorar todavía más. ¿O sí?

Geraldine venía andando por entre

las mesas, y no iba sola, su prometido

la seguía un par de pasos por detrás. El grupo no terminaba allí: una niña rubia

y el hombre de la barra estaban también con ellos. Acostumbrada a tomar el

toro por los cuernos, la situación se escapaba de su control. Normalmente no

le costaba nada rearmarse ante los giros de la vida, cuando las

situaciones se

ponían en su contra. Esta vez no supo cómo manejar aquello.

La pregunta de Simón, la aparición de Geraldine, la materialización de su

prometido, con quien había fantaseado toda la noche, la aparición de una niña

(no le gustaban ni un poco los críos, sin importar qué edad tuviesen; todo,

entre un bebé y un adolescente, le

resultaba fastidioso) y, lo peor del caso, el

hombre con el cual esperaba terminar la velada, la dejaron imposibilitada de

reaccionar, víctima de la situación, y a ella no le agradaba ser víctima de nada

ni de nadie, ni siquiera del destino.

—¡Qué casualidad! —exclamó Simón, poniéndose de pie.

Teodelina, por su parte, se sentía pegada a la silla. El pegamento que

la

mantuvo sujeta al asiento fue la mirada que cruzó con el novio de Geraldine;

se sintió desnuda ante él y eso la hizo enfurecerse con él. Lo que remató su

situación fue el descaro con el que la observó el otro hombre; la miró igual

que si estuviese desvistiéndola con los ojos. De haber estado los dos solos,

aquello no le hubiera molestado; es más, le habría agradado, y mucho...  
la

habría encendido como pocas cosas lo hacían. Pero eso no sucedía en ese

instante; no, porque se hallaba frente al maldito novio de Geraldine, frente a

esa niña.

Finalmente se levantó de su silla. Geraldine y Simón intercambiaban besos.

—Me alegra veros aquí —le dijo Geraldine a Teodelina, mientras la saludaba con un beso en cada mejilla—. ¿Recordáis a Max, mi prometido?

Cruzaron una mirada y, con ésta, Teodelina rememoró otra vez, y de un

modo más vívido, sus fantasías de la otra noche. Todo su cuerpo reaccionó

ante aquello.

Simón, que había hablado unas

pocas palabras con él la noche de la

inauguración, intercambió un apretón de manos con él, brindándole un par de

segundos para reponerse de los recuerdos; en honor a la verdad, no lo logró

demasiado y, cuando fue su turno de saludarlo, Teodelina se quedó algo

petrificada. Al final él besó sus mejillas mientras ella se movía medio

entumecida para devolverle el saludo.

—Os presento a Julieta, mi hija. —  
Máximo posó ambas manos sobre los

hombros de la chiquilla, sacándola de detrás de Geraldine.

—Pero qué señorita más bonita —  
entonó Simón, quien por lo visto no  
tenía demasiados problemas en relacionarse con los niños, de ahí que minutos

atrás le pidiese que le diera dos

hijos. Teodelina se puso tan nerviosa que

comenzó a sudar frío. Sintió unas diminutas gotas brotar en la piel de su

espalda y en las palmas de sus manos.

—Mi nombre es Simón, y ella es mi amiga Teodelina.

Los ojos de la nena fueron directo a los suyos; por desgracia, no

consiguió escapar de ellos. En ese instante le dieron ganas de robar

una

botella de ron de la barra y salir corriendo rumbo a su casa, para perderse en

las profundidades de aquel líquido de brillos cobrizos hasta ahogar por

completo el último de sus pensamientos.

—Qué nombre tan raro.

—Julieta... —la reprendió su padre, más con su tono que por lo que dijo.

—Es un nombre poco común —se oyó decir.

—Sí, de hecho lo es —acotó el prometido de Geraldine—. Es muy bonito.

—Es un nombre de origen germano y significa «la que es amable con el pueblo, la que trae buenas cosas a su pueblo».

Todos se movieron para mirar al joven que completaba el grupo, el hombre de la barra.

—Os presento a Stefan, mi futuro  
cuñado —comenzó a decir  
Geraldine.

—Mucho gusto. —Simón fue el  
único en devolverle el saludo.  
Teodelina,

simplemente, fue incapaz de hacer  
que sus labios obedeciesen las  
órdenes de

su cerebro.

—¿De verdad significa eso? —  
preguntó Máximo, dirigiéndose a

Teodelina; ella asintió con la

cabeza—. Pensé que mi hermano se lo había

inventado.

—Gracias, hermano, por pensar tan bien de mí. ¡Qué buena publicidad

me haces! Ella creerá que simplemente les digo tonterías a las mujeres para

conquistarlas, y ése no es el caso.

El tal Stefan fijó su mirada en ella; sin parpadear, la observó durante

largos segundos.

—Bueno, yo...

—No lo escuches, por favor; mi hermano parece emperrado en crearme

muy mala fama.

A Teodelina le costó sostenerle la mirada esta vez. Estaba muda; se

comportaba como una tonta de quince años, y eso no le gustaba lo más mínimo

y lo más vergonzoso era que no lograba evitarlo.

—No hay problema —intervino Simón—, sacaremos nuestras propias

conclusiones tarde o temprano. — Por el rabillo del ojo, le dedicó una insinuante mirada a su amiga, que fue acompañada por una pícaro sonrisa.

—Stefan está recién llegado de Alemania —comentó Geraldine.

—¿Ah, sí? Fuiste a hacer turismo o... —se interesó Simón.

—No, vivo allí. Mejor dicho, nací

allí. No vivo demasiado tiempo en ningún lugar; tengo apartamentos en unas cuantas ciudades distintas. Soy esencialmente nómada por naturaleza.

Mientras le contaba aquello a Simón, continuaba mirando a Teodelina, tan

descaradamente que pronto resultó obvio para todos.

—Yo amo viajar.

Teodelina notó cómo su amigo

comenzaba a babear por el alemán.

—¿Ya habéis pedido? —soltó  
Máximo, interrumpiéndolos.  
Teodelina

agradeció su intervención; sabía  
que Simón intentaba allanarle el  
camino con

el tal Stefan, pero la verdad era que  
a ella no le parecía el momento  
oportuno

para eso, no con tanto público, no  
con una niña delante, quien no  
paraba de

mirarla igual que si fuese un bicho raro.

—Sí; de hecho, acabamos de hacerlo —le contestó Simón.

—¿No queréis cenar con nosotros?, os invito.

—No hace falta —se apresuró a soltar ella.

Simón se quedó con la boca abierta.

—No es ninguna molestia.

«Y ahí tuviste que abrir la boca otra

vez», rezongó Teodelina dentro de su

cabeza, fulminando a Geraldine con la mirada.

—Max es dueño y chef de este restaurante.

Con que eso hubiera descubierto si lo hubiese buscado en Google. No tenía pinta de chef, tal vez sí de dueño de restaurante.

—Pediré que nos preparen una mesa para los seis.

Teodelina iba a insistir en que no hacía falta, mas no le dio tiempo:

Máximo la acalló al alzar una mano y chasquear los dedos; la camarera que

los había atendido llegó al instante, él le explicó la situación y, entre ella y dos

camareros más, prepararon una mesa a un lado del salón, en un reservado.

Máximo tomó la delantera para guiarlos hacia aquel

emplazamiento,

cogiendo de la mano a su hija. Simón se ocupó de entretener a Geraldine, lo

que dejó a Teodelina avanzando junto a Stefan.

—Espero no haber quedado como un idiota contigo —le dijo él en cuanto

se quedaron medianamente solos, ya que los demás se habían adelantado entre

las mesas.

—No te preocupes.

—Te vi en cuanto atravesaste la puerta.

Teodelina guardó silencio.

—Así que eres la nueva apuesta por la cual la novia de mi hermano ha

puesto todas sus fichas sobre la mesa. Hablaron tanto de ti que siento

curiosidad por ver la exposición. He oído algo sobre lo que sucedió... qué

bueno que reabren la galería mañana. Dicen que tus cuadros son enigmáticos,

que no puedes dejar de mirarlos.

—¿Quién dice eso?

—Mi hermano.

—¿Y crees que, por repetirlo, ganarás puntos conmigo? No soy de ese

tipo de mujer.

—Se nota, por eso me gustaría tanto ver tus cuadros.

—Tendrás que esperar a mañana.

—Si no queda otra opción. ¿No hay otra opción?

—No te das por vencido, ¿eh?

—Únicamente muerto. Los «no» no suelen detenerme, no al menos por mucho tiempo; aún menos cuando hay una mujer tan especial de por medio.

—Te recuerdo que los halagos no funcionan conmigo, tampoco soltar de

forma tan inocente el significado de mi nombre. Si ésas son tus tácticas para

llevarte a una mujer a la cama, deberás cambiarlas, dudo de que den resultado.

—¿Qué daría resultado contigo? Me ha dado la impresión, cuando yo me

encontraba en la barra y tú en tu mesa, de que...

—¿Quieres acostarte conmigo?

Stefan se detuvo en seco y le

sonrió.

—Creo que empiezo a comprender el tipo de mujer que eres.

—Lo dudo.

—Supongo que sería estúpido negarlo. Me gustas. No me interesa ir con

rodeos, prefiero las cosas simples y claras; por el modo en que lo has

planteado, entiendo que compartes el mismo pensamiento.

—Para serte sincera, no me agrada

que seas hermano del prometido de la

dueña de la galería en la que expongo.

—¿Supone eso un problema? ¿Por qué?

—Porque no quiero tener el tipo de problemas que surgen cuando te

involucras con alguien que... No quiero historias.

—Yo menos.

—Me gustas más así que siendo el

tipo cursi que se hace el romántico.

—Nada de eso, definitivamente el romance no es lo mío.

—Entonces, ¿por qué has soltado eso de mi nombre?

—Una vez viajé a Monza, a ver una carrera de Fórmula 1. Iba

acompañado de unos amigos italianos que decidieron llevarme a hacer un

poco de turismo cultural, cosa a la que yo no estoy acostumbrado; fueron ellos

quienes me enseñaron la basílica de San Juan Bautista, que fue fundada por

una reina lombarda llamada Teodolinda o, su versión al castellano, Teodelina.

Ellos me explicaron el significado del nombre.

—Para ser alguien que no está acostumbrado a hacer turismo cultural,

recuerdas muchos datos.

—Tengo buena memoria, eso es

todo.

—¿Quién ganó la carrera?

—¿Qué?

—¿Que quién ganó la carrera de Fórmula 1 que fuiste a ver? ¿Se te

olvidó el resultado? Por lo visto no tienes tan buena memoria.

Stefan soltó una risa queda.

—Quizá puedas ver algunos de mis cuadros esta noche; por lo visto, es

probable que los recuerdes mucho

mejor que a mí.

—Eso lo dudo.

—En todo caso, no importa. —Se dio media vuelta y echó a andar en

dirección a la mesa en la que se acomodaban los demás.

Geraldine y Simón se sentaron juntos en uno de los lados largos de la

mesa; la niña, en una de las cabeceras, y su padre se sentó a su izquierda.

Stefan se apresuró para llegar primero que ella a la mesa, apartó la silla que

quedaba vacía junto a su hermano, ofreciéndosela, y luego, cuando ella se

hubo acomodado, ocupó el restante sitio vacío, en la otra cabecera.

En cuanto tomaron asiento, Simón le comentó algo a Stefan, acaparando

su atención. Tras aclarar las cosas con él, Teodelina se sentía un poco

más

relajada; no demasiado, el único lugar en el que verdaderamente se sentía a

gusto era en su *loft* y atelier. Además, la incomodó quedar sentada junto a

aquel hombre.

—Me ha sorprendido verte por aquí.

Teodelina giró la cabeza y lo miró.

—Es más, creí que nunca volvería

a verte.

«Y eso sería mejor», pensó ella.

—Supongo que estarás al tanto de la reapertura de la galería, mañana.

Asintió con la cabeza.

—¿Eso te molesta o...?

Se encogió de hombros.

—¿Trabajas en algo nuevo?

—De momento, estoy jodidamente perdida; tengo algo, pero...

Julieta pescó sus palabras y, con las cejas en alto, miró a su padre como

diciendo «mira lo que acaba de decir». La distracción le duró dos segundos,

luego volvió a su carta.

—A todos nos afectó mucho lo sucedido con Andrea —comentó en VOZ

muy baja, dándole la espalda a su hija.

—Mi bloqueo no se debe a eso, viene de mucho antes.

—Quizá sea buena idea que te tomes unas vacaciones.

—¿Parezco del tipo de persona a la que le gusta ir a la playa a tirarse bajo el sol?

—La playa no es la única opción.

—No me interesan unas vacaciones.

—¿Y qué haces para relajarte?

—Bebo. Bebo lo más fuerte que encuentre.

Máximo la escrutó con los ojos muy abiertos; aquella chica de verdad

que era un ente por demás oscuro. Así, con la misma soltura con la que ella

había admitido que su forma de relajarse probablemente fuese emborracharse

(o casi), él la imaginó intoxicándose también con otras cosas. Le resultaba

muy difícil comprender cómo era posible que, alguien tan joven,

exitoso y con

todo un futuro por delante,  
desperdiciase horas y esfuerzo en  
perderse en

nubes tóxicas cuando tenía la  
capacidad de aprovecharlas para  
crear cosas tan

maravillosas y conmovedoras,  
similares a las que se exponían en  
la galería de

Geraldine.

—¿Qué haces tú para relajarte?

—Cocino, sobre todo para las personas que amo.

—¿Y tu trabajo aquí es cocinar?

Detectó lo irónico de su tono.

—Por desgracia, aquí no tengo mucho tiempo para cocinar; más que nada

me ocupo de mantener el negocio funcionando, de la organización.

Rara vez

tengo la oportunidad de cocinar en mi propio restaurante.

—O sea, que lo que cenaremos hoy no nos revelará tus aptitudes

culinarias.

—No, te quedarás con la intriga, pero, cuando tengas ganas de probar

algo verdaderamente delicioso, no tienes más que avisarme y te prepararé lo

que sea. Sobre todo si tienes insomnio en mitad de la noche.

—Por lo general no pego ojo durante la noche.

—Ya somos dos. Eso me sucede a menudo. Entonces me levanto y

preparo comida como para un batallón; comida que, por lo general, nadie

come.

—¿Tu hija no vive contigo? ¿Qué hay de Geraldine, ella no come?

—Mi hija vive con su madre y Geraldine se cuida mucho con las comidas

y, por ahora, no vivimos juntos tampoco. Además, suelo abusar de

la manteca

y la crema, cosa que a ella le parece horroroso. Llámame cuando no puedas

dormir y te probaré que un poco de colesterol sabe bien, sobre todo en plena

madrugada, cuando tienes el estómago vacío, la cabeza funcionando a cien

kilómetros por hora y los ojos pegados a la nuca a causa del cansancio.

—Usualmente ésas eran mis horas de más creatividad.

—Te daré mi número; llámame si la inspiración sigue sin presentarse.

Teodelina se quedó muy quieta, ¿acaso él estaba haciendo lo que ella

creía que hacía?

—Podríamos matar el tiempo conversando sobre tus obras y mi comida.

Lo que hizo a continuación fue una demostración de la más pura

esencia

de su comportamiento normal. Sacó su móvil de dentro del bolsillo de su

chaqueta de cuero y se lo tendió.

—Dame tu número; si no recupero mi inspiración y sí mi apetito, quizá te

llame.

Borró así al resto del mundo... a la niña, a Geraldine, a Simón, incluso al

hermano de Máximo, con quien prácticamente había acordado acostarse en una

conversación muy directa de camino a la mesa.

Máximo, a diferencia de ella, se comportó como no solía hacerlo:

descaradamente y sin pensar, saltándose por completo sus responsabilidades;

de sobra sabía que a Geraldine no le gustaría nada que aquella chica lo

llamase en medio de la noche para que le preparase algo de comer, pero le dio

su número.

¿Estaba boicoteándose a sí mismo, a su relación, al compromiso que

tenía por delante, del cual, por cierto, todavía no estaba para nada seguro?

Empujó fuera de su cabeza cualquier rastro de remordimiento y cobardía

y, mientras las camareras llenaban

las copas de agua, cogió el móvil de la

chica, entró en la agenda de contactos y tecleó con dedos rápidos su nombre,

el número de su móvil, el de su casa y el del restaurante. Con la misma prisa y

algo de torpeza, a causa de los nervios que sentía porque sabía que estaba

haciendo algo que no debía, le devolvió el aparato.

Teodelina lo puso de nuevo en su lugar.

—Te tomo la palabra, entonces.

Máximo no tuvo tiempo de responderle, pues su hermano llamó a la

oscura chica por su nombre; él, ella y el amigo de esta última se pusieron a

conversar.

Tal vez fuese mejor así, lo que acababa de hacer no era buena idea.

A empujones, apartó todo aquel embrollo de su mente y se concentró en

darles indicaciones a sus empleadas sobre la comida a servir. Ordenó vino y

pidió que prestasen especial atención a sus invitados. La bebida circulaba por

la mesa cinco minutos después, acompañada de panes caseros y algunas

bandejas con el aperitivo. Los

entrantes llegaron un par de minutos después, y

luego la cena propiamente dicha.

La chica no volvió a dirigirle la palabra, no al menos de un modo directo.

La verdad es que ella no habló demasiado, tampoco comió mucho,

simplemente picó de su plato igual que si fuese un pajarillo. Ella se limitó a

acotar alguna que otra palabra de vez en cuando —muy de vez en

cuando— y,

cuando alguien le hacía alguna pregunta que llamaba la atención de todos en la

mesa, se retraía todavía más, contestando básicamente con monosílabos. Le

dio la impresión de que, cuando más se soltaba, era cuando Stefan le susurraba

alguna que otra cosa; aun así, la observó detenidamente y notó que lo que ella

hacía era prestar especial atención a todos los demás, observándolos, examinándolos, todavía con más atención con la que él intentaba descifrarla.

Ella parecía procurar guardar los rasgos de todos, no únicamente los físicos,

sino también sus modismos, sus gestos... en su memoria, como si quisiese

aprenderse a todos para guardarlos por siempre en su cabeza.

Máximo también intentó guardarla para sí, porque no podía evitarlo; ella

le producía mucha curiosidad, curiosidad y un deseo imparable de abrazarla, y

no de un modo sexual o movido por una ambición lujuriosa, sino más bien por

el ansia de cuidar y proteger, por comprender qué la llevaba a ser así.

Necesitaba saber si aquello era una

pose o el producto de vaya a saber  
Dios

qué. No, no le parecía una pose.  
¿Sería que él era tan ingenuo para  
dejarse

convencer de que no lo era cuando  
de eso se trataba, una pose para  
llamar la

atención, para que todo el mundo  
recordase a Ultra Negro, la chica  
oscura que

pintaba cuadros utilizando  
únicamente pintura negra? Si así

era,

definitivamente era un estúpido y un crédulo.

Fuera como fuese, no podía ignorar que ella también despertaba en él

otro tipo de curiosidad; no preguntarse cómo sería en sus relaciones, cómo

sería estar con ella en todos los sentidos, le resultaba casi imposible. Jamás en

su vida había conocido a alguien así. La envidiaba; ella parecía dura,

muy

segura de sí misma. No tenía pelos en la lengua, razón por la cual decía lo que

le parecía y, sin duda, al menos en cierto modo, hacía lo que le daba la real

gana. Se atrevía a ser distinta a la mayoría de personas y eso era algo que él

no había podido ser ni siquiera en su momento de mayor rebeldía. Ansió

sentirse tan libre como seguro que ella se sentía; lo atacó una profunda

envidia, algo sin precedentes en su existencia; aquel sentimiento se magnificó

cuando su mirada se cruzó con la de ella, y entonces comprendió que la artista

era plenamente consciente del efecto que causaba en los demás.

\* \* \*

—Muchas gracias por la sabrosísima cena. Felicitaciones; el

lugar es

realmente increíble. Por Dios que creo que nunca había comido tan bien en

toda mi vida.

Máximo le estrechó la mano al particular amigo de Ultra Negro.

—No hay por qué darlas, ha sido un placer. Volved cuando quieras,

siempre habrá una mesa aquí para vosotros—añadió asomándose por encima

del hombro de Simón para mirar a Teodelina.

—Muchas gracias, seguro que lo haremos. —Simón se desvivió en

muecas, dedicadas puramente a su amiga; entonces ella reaccionó,

agradeciendo las cortesías también, sólo que con muchas menos palabras y un

gesto huraño en el rostro.

—Bueno, nos despedimos ya. —Geraldine se colgó del brazo de su

prometido.

—Sí, ya es hora de que alguien se vaya a la cama. —Con su mano libre,

Max acarició el cabello de su hija. La niña se pegó a su cadera, tenía cara de

sueño—. ¿Vamos, Stefan?

—No, la noche todavía no acaba para mí. No te preocupes, tengo mi

llave para entrar. —Se palmeó el abrigo, sobre el lado izquierdo, indicando

que allí dentro, en el bolsillo, tenía la llave que su hermano le había dado.

En ese exacto momento, Máximo se arrepintió de habérsela entregado.

—¿Seguro?

Máximo no quería separarse de su hermano allí, tenía un mal

presentimiento: antes de salir se había arrimado a cuchichearle algo al oído a

Ultra Negro; cuando él los vio, ambos pretendieron disimular;

seguro que

tenían planes. Los celos lo carcomían por dentro; no quería que se fuese con

él, no podía comprender cómo era posible que ella creyera que podía tener

algo que ver con su hermano. ¡Si eran el día y la noche! Pero, por Dios, ¡si él

mismo no era mucho más compatible de lo que era su hermano con ella! Aun

así, le entraron ganas de decirle que su hermano era un tanto mujeriego, un tipo

demasiado egoísta y hedonista; alguien con un nulo sentido de la responsabilidad, un fiestero, un...

Se detuvo. ¡Por favor, ¿en qué pensaba?! Ella era incluso más joven que

Stefan, seguro que no esperaba encontrar en su hermano a un príncipe azul.

¡Qué estúpido era! Probablemente

Teodelina, más que saber perfectamente

bien en qué estaba metiéndose, había generado aquel resultado, porque era

exactamente eso lo que deseaba.

—Max, deja a tu hermano tranquilo; él todavía es joven.

El comentario de Geraldine fue una puñalada directa a su corazón.

—Que disfrute la noche, ya que puede —continuó diciendo—, pues no

tiene que levantarse temprano mañana para ir a trabajar.

Simón estiró un brazo apresuradamente para detener un taxi.

—Bueno, yo también soy de los que debe trabajar mañana por la mañana,

así que os dejo.

Y ahí se fue por la alcantarilla la última esperanza de mantener alejado a

su hermano de Ultra Negro; si él

hubiese ido con ellos, al menos  
restaría una

ínfima posibilidad de que ambos se  
involucrasen demasiado, no del  
modo en

que él temía.

—Buenas noches a todos —  
exclamó abriendo la puerta del taxi.  
A toda

velocidad se montó en él. Antes de  
que el vehículo arrancase, le guiñó  
un ojo

a su amiga. A Máximo se le

revolvieron las tripas.

—Bien, nosotros también nos vamos. —Geraldine se acercó a su cuñado

para despedirse de él, luego saludó a Ultra Negro.

Máximo cruzó un apretón de manos con su hermano y, cuando fue la hora

de decirle adiós a Teodelina, se quedó pasmado, parado frente a ella. Era

obvio que el contacto físico no era

lo suyo; es más, le daba la impresión de

que, cada vez que Geraldine o alguien se atrevía a darle un beso en la mejilla,

o estrechar su mano, ella se ponía lívida.

—Vamos, papá, tengo sueño —  
lloriqueó la cría, salvándola de  
aquel

incómodo momento. Teodelina  
pudo respirar otra vez cuando el  
prometido de

Geraldine dio un paso atrás al ser tironeado por la mano por su hija.

—Buenas noches.

—Buenas noches. Gracias por la comida —entonó Teodelina.

—No hay de qué. —Le hubiese gustado decirle muchas cosas más,

hacerle cientos de preguntas, pero ése no era el momento ni el lugar; además,

no debía. ¿Por qué involucrarse con ella?

«¡Lárgate de aquí y no pienses más en ella!», se dijo a sí mismo, dando

otro paso hacia atrás solamente porque Julieta tiraba de él; de haber sido de

otro modo, jamás habría abandonado aquel sitio, no si su hermano permanecía

allí con ella.

Geraldine se dio media vuelta y comenzó a avanzar en dirección al

automóvil.

Le resultaba en extremo difícil moverse.

Stefan lo miraba con un tono un tanto desafiante en los ojos. Teodelina, un

par de pasos por detrás de él, le sostenía la mirada. Evidentemente los dos

estaban muy seguros de lo que hacían; eso lo puso frenético, le dieron ganas de

gritar a los cuatro vientos que Stefan no le convenía.

«A ella le importará una mierda mi opinión; es más, apenas si es

consciente de que existo. Lo único que desea de mí en este instante es que me

largue, que me convierta en humo, que la deje a solas con mi hermano, que es

más joven, más divertido y probablemente mucho más interesante que yo»,

pensó.

Finalmente no le quedó más

remedio que dar media vuelta,  
dejándolos

atrás. La cena trepó por su garganta,  
la piel se le puso fría, sintió como  
si

alguien intentase darle la vuelta,  
igual que a una camiseta, por el  
estómago.

Aquello era simplemente  
irracional: no quería verla con su  
hermano; con

cualquiera, menos con su hermano.

Teodelina esperó. Los tres entraron en el vehículo, las luces del mismo se

encendieron, el motor se puso en marcha y, luego, guiado por Máximo, que iba

al volante, se alejaron.

Sin pronunciar ni una palabra, echó a andar.

—¡¿Eh?! ¿Adónde vas? ¡Creía que nos iríamos juntos!

—Camina —entonó ella sin darse la vuelta, sin detenerse.

Oyó que él echaba a correr tras sus largos pasos, los cuales eran ahora todavía más largos a causa de los zapatos de tacón de más de diez centímetros.

Sin aminorar la marcha, giró en la esquina y, desde allí, desactivó la alarma de su coche.

—Tienes buen gusto. ¿Es tuyo?

—No, lo robé —le contestó muy seria, bajando el bordillo para entrar

por la puerta del conductor.

—¿Adónde vamos?

—¿Adónde crees que vamos? —le espetó ella, abriendo la puerta de un

tirón.

—No quieres ir a beber algo antes.

—Tengo bebidas en mi apartamento.

—Bueno, entonces puedo invitarte a desayunar mañana.

—Cierra la boca y entra en el vehículo, ¿quieres?

Entraron los dos casi al unísono. Teodelina no perdió el tiempo; encendió

el motor y, en una única y un tanto brusca maniobra, sacó el coche del lugar en

el que había estado estacionado. Pisó el acelerador al máximo; lo único que

quería era terminar con eso cuanto antes.

«Puedo invitarte a desayunar mañana», había dicho él. Eso no sucedería.

—Oye, quita el pie del acelerador; si quieres deshacerte de mí, tan sólo

dímelo. Puedes dejarme donde quieras, buscaré un taxi e iré a beber unas

copas por ahí. Tal vez ya no estás de humor.

Aflojó la tensión sobre su pie derecho.

—¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Parece que estés desesperada por acabar con esto cuanto antes.

—¿No es lo que quieres? —  
inquirió incómoda; que adivinase sus  
sus

intenciones no le gustó nada. Ante  
todo necesitaba mantener distancia  
con él,

no física, sino psíquica.

—Soy un ferviente admirador de  
mantener las cosas simples, pero no  
soy

una puta; al menos podrías mirarme a la cara cuando...

Teodelina estrujó el pedal del freno con ambos pies. La frenada fue tan

violenta que el cinturón de seguridad se le clavó en el hombro.

La peor parte

se la llevó Stefan, quien aún no se había abrochado el cinturón de seguridad;

golpeó con ambos brazos contra la guantera en el intento por evitar salir

disparado por el parabrisas delantero.

—¡Loca! ¡¿Acaso quieres matarme?! ¡¿Qué sucede contigo?!

—Baja de mi coche. ¡Ahora! —  
Tenía ganas de lanzarse a su yugular y

dejar que se muriese desangrado allí mismo, en mitad de la calle.

—¿Por qué has frenado así?

—¡Que te bajes de mi coche!

—Pero ¿qué tienes? Teodelina, yo

no...

—Que te largues, no quiero volver a verte.

—Teodelina, por favor, no es culpa mía; casi salgo despedido...

Teo le clavó las uñas al volante. Su corazón latía a cien kilómetros por hora y tenía la sensación de que le explotaría de un momento a otro. Entendía

que él probablemente no comprendiese lo que acababa de decir, sin embargo

ella no podía evitar que aquello le doliese, que volviese a poner en carne viva

el gran dolor del pasado.

—Tiemblas. No me iré a ninguna parte.

Stefan hizo todo lo contrario de bajarse del automóvil: se acercó a ella y

posó su mano sobre su mejilla izquierda, pese a que ella hizo el amago de

apartar la cabeza.

—Tranquila, no voy a hacerte daño.

Eso mismo le había dicho alguien más, un tiempo atrás, el hombre que la

obligó a prostituirse... el hombre para el que luego trabajó llegando a un

arreglo al que ninguna de las otras chicas había podido acceder jamás.

Los

dos primeros meses en aquel infierno habían sido los más desagradables y

tenebrosos de toda su existencia.  
Todos aquellos hombres... tanta  
desgracia,

tanta decadencia, el desprecio que  
comenzó a sentir por su propio  
cuerpo, el

mundo que creó dentro de su cabeza  
para huir de todo lo demás cuando  
ya no

soportaba la realidad. Su primera  
reacción fue intentar escapar;  
cuando

entendió que no lo lograría, cuando

se lo hicieron comprender a golpes,  
con

violencia extrema, se deprimió, se  
derrumbó, deseó la muerte más que  
a nada.

Con el correr de los días, se  
convirtió en una zombi, en un ente;  
lo fue hasta

que comprendió que, si continuaba  
por aquel camino, realmente  
encontraría la

muerte, y algo muy oculto dentro de  
ella misma le hizo saber que

aquello sería

permitirles ganar. Dando manotazos de ahogado, logró salir de aquel pozo

oscuro... al menos, durante los momentos de soledad, cuando sobre su piel no

se deslizaban manos pesadas e impuras. Recuperó un poco de peso y también

sus fuerzas, y con la fuerza física reconstruyó su fuerza mental. Se propuso

alcanzar lo máximo a lo que podía aspirar: no ser una víctima o una sometida.

No permitiría que la convirtiesen en eso de por vida. A aquel tipo que le dijo

que jamás la lastimaría le demostró que era capaz de mucho más, aparte de

quedarse tendida en una cama mientras...

Teodelina apretó los dientes.

Ella era inteligente, rápida, sagaz, y

se lo hizo saber a él; le propuso

ocuparse también del otro negocio que circulaba junto con la prostitución.

Aquel individuo se lo permitió. Al principio a modo de prueba, mientras ella

continuaba con sus tareas habituales. El muy cretino la había amenazado con

que le cortaría una mano si le robaba el dinero de las ventas o las drogas que

le daba para vender, le dijo que se arrepentiría de por vida si intentaba engañarlo.

Teodelina no tenía intenciones de engañarlo, no al menos por el momento.

Se convirtió en una de sus mejores vendedoras; ella, además, entregaba y

cobraba de los grandes clientes; eso llegó después, cuando aquel desgraciado

se dio cuenta de que de verdad

trataba con alguien a quien podía sacarle más

jugo de aquel modo que prostituyéndola. Después de todo, a los clientes ella

no les agradaba; muchas veces, en medio de la cita, ella tenía arranques de

furia y los golpeaba, los mordía. Había perdido más de un buen cliente por sus

arranques de ira, pero lo que no sabía él era que ella había

comenzado a

hacerlo a propósito cuando se metió a vender drogas para él, con un único fin:

huir de aquello, y al final lo consiguió. Después de eso, rara vez le asignaban

algún cliente.

Stefan enmarcó su cabeza con suavidad.

—Quizá simplemente deberíamos ir a tomar un café a alguna parte.

—No... no hace falta. Estoy bien.

—Podemos vernos mañana —le propuso él sin quitar su mano de encima

del pequeño hueco que se formaba detrás de su oreja—. No hay problema; me

quedaré en la ciudad por tiempo indefinido y si de verdad quieres volver a

verme...

Con el mismo ímpetu intempestivo con el que pisara el pedal del freno,

se arrancó el cinturón de seguridad para luego abalanzarse sobre él y comenzar a tocarlo y besarlo.

A Stefan le costó un instante reaccionar; sin embargo, cuando le siguió la

corriente, le demostró estar tan interesado como ella.

Apresurados, llegaron al *loft* de Teodelina. Sin parar de besarlo, ella

abrió la puerta y lo lanzó dentro del apartamento a oscuras. Stefan se deshizo

de su abrigo; ella se arrancó su chaqueta de cuero.

Pegándose a él otra vez para besarlo, porque su lengua se le antojaba

familiar a como había imaginado la de Máximo, notó su creciente erección

debajo de los pantalones. Llevaba mucho tiempo sin estar con un hombre y lo

añoraba. Su vagina se tensó de gusto. Alzó sus caderas para pegarse a él,

tirando de él por el cinturón de sus pantalones. Stefan tenía el pecho duro

como una roca y sus senos, a causa

de la excitación, estaban más o menos

igual. Él, con una mano, la cogió por la nuca y con la otra por su trasero,

apretando su carne. El apretón le recordó los límites de su propio cuerpo, allí

donde comenzaría el placer.

Si bien Stefan le gustaba, por un momento había dudado en que aquello

funcionase entre ellos, pero

funcionaba y, de hecho, muy bien.  
Stefan besaba

bien y sabían qué hacer, al igual  
que el resto de su cuerpo. Su  
interior se

humedecía, preparándose para  
recibirlo. Tenía muchas ganas de él,  
de su pene

en su vagina y también de su boca  
entre sus piernas. Con sólo  
pensarlo, se le

escapó un jadeo.

Tropezaron con los muebles

mientras se arrancaban la ropa el uno al otro

a tirones. Ella lo guio hasta la cama con su lengua, con una mano por encima

del pantalón de él.

Allí de pie frente a la cama, Stefan se agachó frente a ella y levantó uno

de sus pies por el tobillo para apretar la suela contra sus pantalones, allí

donde se notaba su erección. Stefan

jadeó mientras su otra mano subía por la

pantorrilla de ella hasta llegar a su trasero, para empujar su pelvis hacia

delante. Su boca y nariz se pegaron a sus pantalones para soltar su aliento

caliente sobre ella. Teodelina se estremeció.

—Tengo tantas ganas de ti... —  
gruño sobre sus pantalones,  
apretando

sobre su miembro el zapato de ella todavía un poco más—. Estoy tan duro...

Ella no consiguió responder nada, ya estaba medio ida de placer. Su

cuerpo necesitaba un contacto más intenso. Necesitaba contundencia. Su

aliento caliente la excitaba, pero no era suficiente; por eso, se desabrochó los

pantalones, bajó el cierre y metió su mano derecha por dentro de su

ropa

interior.

—Estamos iguales —entonó Stefan.

Le quitó el zapato y bajó su pie al suelo. Luego le quitó el otro, mientras

Teodelina empezaba a sentir que el placer comenzaba a abrirse paso hacia el

exterior de su cuerpo.

—Mejor me dejas a mí, que eso se me da muy bien, ya verás. Te dejaré

gritando de placer.

Teodelina abrió los ojos y lo miró.  
Tembló de gusto.

Él, de un tirón, quitó su mano de en  
medio.

Alzándose sobre sus rodillas,  
Stefan metió los dedos dentro de la  
cintura

de sus pantalones. Besó la parte  
baja de su vientre y comenzó a tirar  
de los

pantalones y la ropa interior hacia  
abajo. Su boca fue bajando, con sus

manos,

hasta encontrar su pubis. Su lengua se hizo sitio por donde quiso, para

excitarla primero con cosquilleos, volviéndola loca después al utilizar toda la

boca.

Las rodillas de Teodelina fallaron en sostenerla por un segundo cuando él

tornó más profundo el movimiento de su lengua. Ella se prendió de su cabeza,

gimiendo de placer. Casi había olvidado lo que era estar con un hombre, con

un hombre así como él. Tenía por costumbre tomar las riendas de la situación,

pero resultaba evidente que Stefan también estaba acostumbrado a ser quien

guiara en el camino del placer.

Apartando sus piernas tanto como dieron sus pantalones, internó su

cabeza en ella para darle un

orgasmo que le arrancó un grito y,  
sin darle

tregua, cuando ella todavía  
boqueaba en búsqueda de oxígeno  
después de

estallar, la cogió por la cintura y la  
empujó hasta la cama. La obligó a

recostarse sobre el colchón y le  
quitó los pantalones para luego  
quitarse los

suyos.

Trepó sobre ella para lamer sus  
pezones.

La erección de él la rozó y ella enloqueció.

—Necesito que me folles ahora. Puedes ahorrarte el resto de los preliminares, Stefan.

—¿Tienes preservativos?

Escurriéndose de entre sus brazos y piernas, Teodelina fue hasta la mesita

de noche y del cajón sacó un par. Fue ella quien se lo colocó, tomándose su

tiempo para acariciarlo también, bajo la atenta mirada de Stefan.

—Hazme gritar otra vez —le pidió tirando de él hacia abajo por su

espalda al tiempo que le rodeaba la cintura con sus piernas.

—Tus deseos son órdenes.

Clavando los dedos en su espalda, tiró de su cuerpo hacia ella. De un

solo empujón, Stefan la penetró, arrancándole todo el aire de los pulmones.

Jadeos de gusto se le escaparon al sentir su fuerza. Resultaba agradable,

y un respiro, librarse al mando de alguien más. Entregar las riendas de la

situación no era común en ella; es más, ni siquiera confiaba demasiado en

Stefan, pero estaba tan cansada, tan tensa, que bajó la guardia y se soltó por

completo a su cuerpo, a su fuerza, a

sus empujones en búsqueda de más profundidad.

Stefan no falló en su palabra. Volvió a hacerla gritar de placer.

Teodelina no precisó de más alcohol para olvidarse de todo. Hacía

mucho tiempo que no perdía la cabeza de aquel modo.

\* \* \*

Eran las tres de la mañana y Máximo todavía continuaba tendido

en su

cama con los ojos abiertos contemplando el techo. Pasó un minuto más y

entonces se hartó, ¿qué sentido tenía continuar pensando en su hermano junto a

Ultra Negro? ¡Ridículo!  
Simplemente ridículo. Ambos podían hacer lo que les

viniese en gana con sus vidas, ya que él tenía su propia vida, sus propios

problemas, su prometida.

Con cuidado de no despertar a Geraldine, quien se había quedado a pasar

la noche, se levantó de la cama. Si continuaba allí tendido, su cerebro no

pararía de trabajar. Tenía que darle un giro a sus pensamientos y, para eso,

nada mejor que cocinar.

Fue directo a la cocina, cerró la puerta y sacó huevos, harina y

demás

ingredientes para preparar platos para el desayuno.

\* \* \*

Teodelina ni siquiera recordaba en qué momento se había quedado dormida.

Quitándose de encima el brazo de Stefan, se escurrió de la cama rogando

que él no se despertara.

Deslizó su cuerpo por entre las mantas y sábanas y se alejó de la cama.

Desnuda y descalza, caminó hasta el sector de cocina y puso la cafetera a

funcionar; luego fue directa a la ducha, así comenzaba una de sus largas noches

de insomnio, o al menos eso creía.

Envuelta en su bata de seda, que era un viejo regalo de Nicole, bebió una

taza de café, encogida sobre una de las sillas de la cocina, sin quitarle la

mirada de encima al hombre que dormía en su cama, preguntándose qué

mierda había hecho, en qué pensaba al llevarlo allí, al meterlo en su vida, al

no sacarlo a empujones cuando los dos quedaron saciados el uno del otro.

A la media hora se quedó sin

fuerzas para seguir dándole vueltas a los

nervios y el miedo que sentía por haberse permitido mantenerlo allí.

Dejó la taza vacía sobre la mesa y regresó a la cama; se acostó junto a él

sin tocarlo, él, por lo visto, sintió su presencia, giró sobre el colchón y la

atrapó en un abrazo.

Intentó quitárselo de encima; Stefan la apretó todavía más contra su

pecho.

Se le acabaron las ganas y las fuerzas de resistirse a aquello. Eran

incontables la cantidad de veces que había deseado un abrazo semejante. No

resultó fácil aceptarlo, pero al final acabó rindiéndose y durmiéndose entre

sus brazos.

\* \* \*

—¿No te parece? —Geraldine

esperó un momento, pero Máximo

continuaba sin reaccionar, con la cabeza en la luna y la mirada perdida en uno

de los cuadros de Ultra Negro; por lo visto él ni siquiera había oído una sola

de sus palabras—. ¿Max, no te parece? ¿Max? ¿Max?

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Ella lo miraba con evidente cara de enojo.

—No has oído ni una palabra de lo que te he dicho, ¿no es así? Hoy

estás

con la cabeza en cualquier parte.

—Es que esta noche apenas he pegado ojo. Perdón, ¿qué decías?

—¿Es sólo eso? Estás así desde anoche, huraño, como ido. De mal

humor. Te conozco, cuando te cierras así es porque algo te ronda por la mente.

—No es nada —mintió—. Cansancio solamente.

—Tal vez deberías dormir una

siesta. Hoy tienes el día para descansar.

—Sí, supongo que hoy me acostaré temprano.

—¿Eso significa que no vendrás esta noche? Después de lo que pasó, y

como hoy el restaurante no abre, pensaba que vendrías a hacerme compañía.

Todo aquí está impecable, no queda ni rastro de lo que sucedió, aun así, me

gustaría que vinieses a darnos apoyo.

—No tengo con quién dejar a Julieta y mañana tiene colegio.

—Puede quedarse con tu hermana, pasaremos a buscarla después de cenar.

—No creo que sea buena idea.

—Máximo, se supone que debes apoyarme. Últimamente las cosas entre

nosotros... Desde que nos

comprometimos, parece que pasas el tiempo

haciendo hasta lo imposible para huir de mí. Sabes que éste es un proyecto

muy importante para mí.

—¿Cuál, la exposición o nosotros?

—En otro momento de su vida ni se le

hubiese ocurrido soltar nada semejante. Él no era del tipo de persona que

buscaba meterse en

confrontaciones, mucho menos crearlas; es más, prefería

alejarse lo más lejos posible de esa clase de situaciones y, por qué no decirlo,

huir. Discutir, definitivamente, no era lo suyo. Por esa misma razón, su

matrimonio anterior se alargó más de la cuenta. Por eso, para los momentos

desagradables en el local, tenía a Liliana. Hoy ese miedo suyo a las

confrontaciones se había quedado en casa, o tal vez lo había perdido por

alguna parte... quizá anoche, cuando vio a su hermano quedarse en la acera,

frente a la puerta del restaurante, junto a Ultra Negro; en ese momento tuvo

ganas de decirle a él todas las cosas que pensaba.

Geraldine, probablemente, ni siquiera pudo creer lo que captaban

SUS

oídos. Puso una cara tal que, a la fracción de segundo, Máximo se arrepintió

de haber perdido los papeles justo en ese momento.

—Por lo visto, lo tuyo es más que cansancio.

—No, perdona, no he querido decir eso.

—Es la segunda vez en cinco minutos que me pides perdón. Eso no me

sirve.

—¿Qué quieres que haga, ya te he dicho que...?

—Vete a casa, descansa; quizá mañana, si no te domina el agotamiento,

podamos vernos.

—Te llamaré por la tarde.

—Estaré muy ocupada durante todo el día.

Máximo dio un paso al frente, acercándose a ella.

—Te amo —dijo, y le estampó un rápido beso sobre los labios.

Geraldine le devolvió un beso medido, airado, uno de castigo por lo que

acababa de decirle... aunque, para él, no estaba muy lejos de la verdad. Su

cabeza era un mar de confusión; cada día, cada hora que pasaba, su

compromiso le suscitaba más y más dudas, más miedo. No deseaba cometer el

mismo error dos veces y temía que, por no ir a la confrontación, acabase

metido en un problema mucho peor. Su miedo era ése, y al mismo tiempo la

posibilidad de estar malinterpretando sus dudas ante este nuevo matrimonio,

por el simple hecho de perder la soltería de nuevo. Sabía que amaba a

Geraldine, que le gustaba y

disfrutaba con su presencia, que la convivencia

entre los dos solía ser pacífica, pero sentía dudas realmente profundas sobre si

de verdad deseaba casarse otra vez, sobre si lograrían mantenerse juntos o si

eso acabaría en desastre, igual que su matrimonio anterior.

¿Para qué mentirse a sí mismo? Deseaba huir de allí, mantenerse alejado

hasta aclarar sus ideas.

—No me vendría nada mal que me lo demostrases más a menudo;

últimamente lo nuestro se ha convertido en compromisos y nada más. ¿Dónde

quedó el placer? Antes solíamos disfrutar las cosas que hacíamos juntos.

—Los dos hemos estado bajo mucha presión. Nuestros trabajos...

—Deberíamos tomarnos unas vacaciones.

—No creo que sea momento para eso.

Ella resopló fastidiada.

—No, por lo visto no es momento para nada.

No, no lo era. Máximo no era capaz de pensar en su trabajo —por eso

agradecía que los lunes el restaurante permaneciese cerrado —; tampoco podía

pensar en el trabajo de Geraldine, sin importar que la galería lo relacionaba

directamente con aquello que le quitaba el sueño. Ni siquiera tenía cabeza

para planear unas vacaciones; lo único que ocupaba toda su capacidad

cerebral era que la última vez que vio a su hermano fue en compañía de Ultra

Negro y que él no había regresado a casa todavía.

No le preocupaba que le hubiese sucedido algo (si bien existía la

posibilidad de que hubiera tenido un accidente, que acabase preso o cualquier

otra cosa, pues Stefan era proclive a meterse en ese tipo de problemas); lo que

lo carcomía por dentro era la amarga posibilidad de que hubiese pasado la

noche con ella. La mera idea de imaginarlo a su lado le reblandecía los

músculos; por eso se sentía débil y

sin fuerzas.

Con pocas palabras, se despidió de Geraldine; ni el más elaborado y

persuasivo discurso hubiese servido de nada para quitarle a ella su enfado, de

modo que ni se molestó en intentarlo. Con prisa, salió de la galería. Mientras

se dirigía en dirección a su coche, sacó el móvil y llamó a su hermano. Sonó,

sonó, pero nadie atendió.

Teodelina dio un salto. El pitido la despertó en mitad de un sueño, mejor

dicho, de una pesadilla, de una de esas torturas recurrentes de las que no

lograba desprenderse ni siquiera cuando caía inconsciente a causa del alcohol.

Era un móvil; no el suyo.

Su piel desnuda estaba empapada en sudor; tenía el cabello pegado a

la

nuca y al rostro, y se sentía sucia, agotada y, sobre todo, angustiada. Las

pesadillas la dejaban siempre en ese estado de indefensión y turbación y, para

colmo, ahora, para empeorarlo todo, tenía a un hombre en su cama. Se había

olvidado de él. Stefan dormía de lado, dándole la espalda, con la cabeza

arqueada debajo del perfil de la almohada, una mano sobresaliendo del

colchón y la otra junto al pecho, como sosteniendo todo el peso del tórax, y las

piernas enredadas en las sábanas. Respiraba tranquilamente, lo que le indicó

que todavía se encontraba profundamente dormido; ni se percató de que su

móvil acababa de sonar.

Maldijo por lo bajo para no despertarlo, pensando que no debió

permitirle que pasara la noche allí.

«¡¿Por qué mierda hiciste eso?!», se

preguntó a sí misma enfurecida bajándose de la cama.

—Carajo —gruñó al caer con el pie descalzo sobre la hebilla del

cinturón de los pantalones de su compañero de cama. La condenada pieza de

metal se le clavó en el talón. Así de

repente, juntamente con el dolor que le

subió desde el pie hasta la pierna, un infernal dolor de cabeza amenazó con

partir su cráneo en dos.

Su mañana iba de mal en peor. ¿Cómo se suponía que se desharía de

aquel tipo? Lo quería fuera de su cama, fuera de su apartamento, en ese mismo

momento.

No podía parar de preguntarse qué la llevó a permitirse y permitirle a él

aquello. ¿Arrepentida? ¡Por supuesto que sí!

Presa de un ataque de nervios que por un par de segundos la tuvo paralizada de pies a cabeza, lo observó dormir; él descansaba plácidamente.

—Levántate y lárgate —le dijo en voz muy baja. En realidad no deseaba

despertarlo, simplemente quería que su voz actuase igual que un mensaje

subliminal; que él, de pronto, abriese sus ojos, recogiese sus cosas y, sin una

palabra de por medio, se marchase de allí para no volver nunca más—. Vete,

por favor; vete y no vuelvas —le rogó desesperada. Sentía que la corriente

comenzaba a arrastrarla a un gran

torbellino de angustia en el que terminaría

ahogándose. Y él... así, tan tranquilo, tan relajado en su cama. ¿Acaso ella le

había dado la idea de que así debía sentirse?

«¿¿Por qué le permitiste abrazarte anoche?! ¿Debiste sacarlo de tu cama,

de tu vida, cuando todavía estabas a tiempo! ¿A tiempo?»

Retrocedió de espaldas un par de

pasos hasta quedar acorralada  
contra

una de las sillas de la mesa que se  
encontraba en el sector de la  
cocina. A una

parte de su ser le gustaba lo que  
veía, y mucho, pero un ochenta por  
ciento de

su persona había entrado en pánico  
debido a lo agradable que le  
parecía

aquello al otro veinte por ciento.

Una vocecita dentro de su cabeza le

susurro «la cagaste, chica».

¿Cómo haría para decirle que no quería volver a verlo, que se fuera, si en

realidad no deseaba eso, de verdad que no?

«Probablemente sea él quien no quiera volver a cruzarse contigo en esta

vida», pensó. Eso la amargó todavía más.

¡Por eso no debía sentir nada! ¡Esas cosas eran siempre así!

—Estúpida —se dijo a sí misma al tiempo que se movía para correr a

buscar algo con que vestirse, mientras el cuñado de la dueña de la galería en

la que exponía continuaba dormido, tendido cuan largo era en su cama.

«¡En tu cama, estúpida, en tu cama!  
¡El cuñado de Geraldine, en tu  
cama!

¡Lo próximo que sucederá será que  
tendrás que acudir a una cena  
familiar o

algo así!»), exclamó dentro de su cabeza, mientras revolvía en la ropa tirada

sobre el perchero de metal en busca de unos pantalones que estuviesen medianamente limpios.

Encontró unos negros y se los puso con prisa. Junto con el pantalón, dio con una camiseta gris que llevaba estampada al frente el logo de una marca de

zapatillas. La prenda aún tenía la etiqueta, era un regalo de Simón

que todavía

no había estrenado. Arrancó la etiqueta tirando del precinto de plástico y se

enfundó en ella. Pescó un par de calcetines y sus botas militares. Saldría de

allí, dejaría la puerta abierta para que Stefan pudiese largarse; con un poco de

suerte, él se ofendería por su abandono y no regresaría... De ser necesario,

pasaría la noche en casa de Simón, o tal vez en un hotel; sí, ésa era mejor idea.

Si Simón se enteraba de cuál era su plan, la llevaría de vuelta a rastras al

apartamento para enfrentar la situación. Con un poco de suerte, incluso jamás

se plantearía llamarla por teléfono.

Ató los cordones de sus botas a toda velocidad. Se disponía a coger su

chaqueta, móvil y llaves cuando el móvil de Stefan volvió a sonar.

Su corazón se paralizó del susto. El aire ya no entró en sus pulmones. En

un gesto que hasta a ella le pareció demasiado infantil, se echó al suelo y

comenzó a gatear en dirección a la puerta por entre sus esculturas, cuadros y

los pocos muebles y trastos esparcidos por aquí y por allá en el

amplio *loft*.

El aparato paró de chirriar y ella se preguntó cómo mierda no se le ocurrió apagarlo antes.

La puerta quedaba a nada más que un metro de distancia y ya tenía en su

poder la chaqueta, el móvil y las llaves; todo lo encontró desperdigado por el

suelo a causa de las prisas con las que había entrado anoche.

Creyó que lo lograría.

El maldito tono del móvil de Stefan atronó en el aire otra vez.

—¿Teodelina?

—Maldición —murmuró por lo bajo, quedándose a cuatro patas, petrificada sobre el suelo.

—¿Teodelina?

«La puta madre», soltó dentro de su cabeza. El móvil sonaba y sonaba.

—¿Qué haces ahí?

En ese instante deseó que la tierra la tragase viva. Se moría de la

vergüenza. El teléfono había parado de sonar y, por consiguiente, no quedó

más que silencio, su silencio, el cual no podía cubrir con respuesta alguna.

Giró la cabeza y vio a Stefan levantarse de la cama a medida que se

envolvía en las sábanas.

Procurando disimular, se levantó.

Le sonrió, medio sin gracia, pues no

pretendía ser una sonrisa de buenos días; más bien era una de nervios, de

miedo. Stefan la malinterpretó.

—Buenos días. —También sonreía.

Ella se levantó, soltó su chaqueta sobre una de sus viejas esculturas y,

para disimular, colocó la llave en el ojo de la cerradura como si eso fuese lo

que había ido a hacer: recoger y acomodar las cosas que había tirado por ahí

la noche anterior.

No logró devolverle el saludo, porque no consiguió encontrar su voz;

tampoco a su verdadera persona, a Ultra Negro, que no debía haberle permitido a ese hombre pasar la noche en su casa.

Stefan rodeó la cama. Levantó sus pantalones y, en los bolsillos de

éste,

rebuscó en pos de hallar su móvil; allí no estaba. Recogió también su ropa

interior y sus calcetines, fue a por su camisa y luego, por último, a mitad de

camino entre la cama y ella, encontró su abrigo. Allí estaba el condenado

aparato, en uno de los bolsillos internos.

—Mi hermano —anunció a modo

de explicación, después de echarle una

mirada a la pantalla—. Debe de creer que todavía tengo diez años. Te apuesto

lo que sea a que está preocupado porque he pasado la noche fuera de casa.

Quizá no fue muy buena idea instalarme en su apartamento.

Stefan manipuló el aparato durante un par de segundos y luego lo bajó y

la miró.

«Vístete y lárgate, vístete y lárgate», repitió ella una y otra vez en su

mente, adivinando en su mirada que se encontraba a punto de avanzar hasta

ella. No quería que se le acercase, tampoco podía alejarse.

Recorrió la distancia que los separaba encogiendo los hombros dentro

del abrigo de la sábana; parte de la

tela colgaba a los costados de sus piernas

y, por detrás, la arrastraba, como si fuese una gran capa. Le sonrió abiertamente.

Se detuvo delante de sus pies.

—Buenos días. —Todavía no había tenido respuesta a eso. Se inclinó sobre ella y le estampó un beso en una mejilla y después, moviéndose lentamente, en la otra.

Al menos había tenido la decencia de no besarla en la boca. Ella estaba

tiesa, inmóvil.

—He dormido de maravilla. Tu cama es muy cómoda.

Sintió el plástico de la carcasa del móvil crujir dentro de su mano derecha.

—Durante la noche te han comido la lengua los ratones o es que eres de

ese tipo de persona que por la mañana sufre de mal humor... —En vez de

enojarse ante su mutismo, le sonrió todavía más—. Sí, debe de ser eso último;

imagino que tienes por costumbre salir de noche y que no amanece hasta el

mediodía. ¿Te ha despertado mi móvil, no es así? El frenético de mi hermano

ha llamado cinco veces. Lo

lamento.

Apenas si lograba resistirse a su mirada.

—Pero... ¿ya estás vestida? —Se le acercó todavía más; tomando los

extremos de la sábana, le rodeó la cintura con los brazos, envolviéndola a ella

también. Sin despegar los labios, tocó con éstos los de ella y luego bajó por su

piel hasta su cuello.

Teodelina comenzó a librarse de la parálisis física, no así de la que

mantenía trabado su cerebro. Su cuerpo se hizo eco de los besos, pero su

cabeza continuaba avanzando hacia un lugar muy distinto. «¡Quítatelo de

encima!», le gritaba mientras su cuello caía de lado para hacerle espacio a él,

y a sus labios.

—Pensaba que podríamos

desayunar en la cama.

—Mi desayuno no es más que café

—soltó. Su voz sonó áspera a causa

del miedo, y medio perdida por culpa del placer que sus besos le hacían

experimentar. Stefan sabía lo que hacía, no era un novato; de hecho, ningún

hombre antes... Se hallaba a un paso de perder la cabeza otra vez —. No tengo

nada de comer —articuló con suma

dificultad, mientras él  
desabrochaba el

botón de sus pantalones.

—No importa, después te invito a  
desayunar.

Teodelina lo frenó sujetándolo por  
las muñecas. Ya no sabía si  
deseaba

que se largase de allí o que la  
llevase otra vez a la cama;  
simplemente se

moría de miedo por descubrir que  
cualquiera de las dos posibilidades

pudiera

hacerse real. Lo que ella deseaba era regresar en el tiempo, borrar lo sucedido.

—¿Qué?

—No sé. —Aquello se le escapó.

—Que no sabes, ¿qué? —bromeó él, mirándola con dulzura. Aquel

hombre no tenía la mirada de anoche, aquella firme, un tanto impenetrable, la

que se imponía así sin más, sino una que demostraba que, detrás de eso, existía

un hombre permeable, un hombre al que le gustaba acariciar, reír y desayunar

por las mañanas. Nada que ver con el hombre que ella creyó que él era; sin

duda no el tipo de hombre que se larga por la mañana así sin más, no aquel a

quien le daría lo mismo si la volvía

a ver o no.

Sus manos soltaron el botón de sus pantalones y ella, entonces, liberó sus

muñecas; los dedos de Stefan se desliaron por su cintura con delicadeza, ya

sin intentar nada.

—Planeabas deshacerte de mí, ¿no es así?

—No necesitas llevarme a desayunar; con lo de anoche alcanza y sobra.

—No planeaba pagarte lo de anoche con un desayuno, más bien mi

intención era que tuviésemos una cita, o algo así.

—¿Para qué?

—Sé que eres un hueso duro de roer, es decir, me lo imaginaba. ¿Se suponía que sería algo de una noche y nada más, no?

A Teodelina el corazón se le aceleró otra vez.

—¿Qué tiene de malo que sea eso, un desayuno y, tal vez, algo más?

—No vives en esta ciudad y...

—¿Tan desesperada estás por deshacerte de mí? ¿A qué le temes?

Stefan alzó una de sus manos hasta la mejilla derecha de ella; acarició su

piel con el dorso de los dedos.

—Mis intenciones son buenas.

—¿Esperas que crea eso? Yo tampoco soy una niña.

—Por eso mismo, porque ya no somos unos críos, te lo digo. Podemos

hacer que esto sea algo mucho mejor que el folleteo de una noche y ya. Sin

presiones. No perdemos nada.

«Yo, todas mis defensas», pensó ella.

—En un segundo me visto y nos vamos a desayunar. —Giró la cabeza en

dirección a los amplios ventanales

por los que entraba el sol a raudales—.

Fuera hace un día precioso. Conozco un lugar espectacular en el que sirven el

mejor desayuno de toda la ciudad. Dame un minuto y ya verás que no te

arrepentirás.

Ella asintió con la cabeza, pero comenzó a arrepentirse al instante.

El móvil de Stefan volvió a sonar, esta vez, dentro de su mano.

—Es mi hermano. —Atendió la llamada alzando el aparato hasta su oreja

—. *Bruder*, ¿tanto me extrañas?

\* \* \*

—¿Dónde estás? No es que te extrañe, Stefan. Creí que algo malo te

había pasado.

—Hermano, soy mayorcito, no tienes que estar pendiente de mí, puedo

cuidarme solo.

—Si no ibas a volver a dormir a casa, al menos podrías haberme

avisado. —Abrió la puerta del coche y se metió dentro—. Seas adulto o no, si

te hubiese pasado algo anoche, papá no dudaría en echarme la culpa.

—Por favor, Max —canturreó él.

—¿Dónde estás? —Necesitaba una respuesta. Deducía, al menos, que en

la cárcel no estaba, pues en ese caso no podría hablar por teléfono; en un

hospital tampoco, se lo oía bien... de hecho, de bastante buen humor. La opción

que le quedaba, sinceramente, era la menos terrible para cualquier otra

persona, pero la peor para él.

—Estoy perfectamente, Max.

La esquiva respuesta le confirmó su peor temor.

—Te fuiste con Ultra Negro anoche...

—¿Así la llamas tú?

Max sintió que se le retorcían las tripas.

—¿Cómo la llamas tú? —La verdad es que no deseaba oír la respuesta a

la pregunta que acababa de formular, mas necesitaba saber si de verdad se

encontraba con ella.

—Por su nombre.

En su tono de voz notó que sonreía y eso le hizo hervir la sangre de los celos.

—¿Estás con ella ahora?

—Sí.

—No lo puedo creer —soltó alzando la voz.

Una mujer que pasaba tranquilamente por la calle lo miró. Para disimular

los posibles gritos que pudiesen salir de su garganta, encendió el motor del

vehículo. Una furia desatada comenzaba a apropiarse de su pecho.

—Ella es una artista de Geraldine.

—¿Y qué pasa con eso?

—Si algo le sucediese... Esa chica es muy importante para el futuro de

Geraldine, Stefan, si lo arruinas...

—¿Si lo arruino? ¿Qué pasa?, ¿por

qué crees que lo arruinaría?  
Además,

no tiene nada que ver.

—Si la dejas y ella se enoja...  
bien, me da la sensación de que esa  
chica

es un tanto temperamental y podría  
querer tomarse la revancha contra  
la

galería... y eso afectaría mucho...

—Primero y principal, sí, lo es, y  
eso me agrada.

Ante eso, Máximo se quedó mudo.

—Segundo: ¿por qué piensas que voy a dejarla?

—Tú...

—¿Yo? —Stefan hizo una pausa—.

Tercero: ¿de verdad crees que lo

arruino siempre todo?

Sinceramente, hermano, lo que más me molesta es que

ponderes más un aspecto monetario que mi felicidad. Eso no habla muy bien

de ti.

—Stefan, no bromeo.

—Me encuentro perfectamente bien, gracias por preocuparte y, descuida,

si algo me sucede, encontraré el modo de hacerle saber al viejo que no es

culpa tuya, que te desvives por cuidar de mí como el hermano amoroso que

eres.

—No lo arruines, Stefan.

—No planeo hacerlo.

—Por favor, no... —Máximo se quedó con el resto de la frase

atragantada, puesto que su hermano le cortó la comunicación así sin más—.

¡Mierda!

El volante de su automóvil pagó las consecuencias, recibiendo un golpe de su puño derecho.

Tardó un rato en masticar la furia,  
los celos y todos los otros  
sentimientos

que lo aturdían en ese instante.  
Solamente entonces, puso primera y  
salió al

tráfico sin destino preciso, puesto  
que no sabía adónde ir o qué hacer.  
¿Volver

a su casa para qué, para permitir  
que todo eso le quemase la cabeza?  
¿Ir al

restaurante a trabajar, aunque en

realidad no tuviese nada que hacer allí?

Ninguna opción le parecía viable, ni siquiera la que se le ocurrió cuando pasó

por delante de su tienda de delicatessen favorita, ¡ni ánimo para comprar

comida tenía!

Vagó un buen rato por las calles de la ciudad hasta que al final paró en su

casa, se cambió de ropa y salió a

correr; de algún modo tenía que sacarse de

encima todo aquello. Corrió más de una hora y media, pero de poco sirvió: las

ganas de ahogar a su hermano aún seguían allí. ¿Por qué cuernos se le había

ocurrido llevar a Stefan a cenar con ellos? ¿Por qué Ultra Negro tenía que

haber elegido justo anoche para ir a cenar a su restaurante? ¡Qué

distintas

habrían sido las cosas si la hubiese encontrado a ella allí sin todos los demás

de por medio!

8

—¿Eres siempre tan callada, o es por mí?

Teodelina acabó de beber el último sorbo de su segunda taza de café bien

fuerte. El fondo albergaba un poco

de poso amargo que tragó sin querer. Bajó

la taza y bajó el mal sabor hacia lo profundo de su garganta con un poco de

agua. Se secó la comisura de los labios con los dedos.

—¿Esperas que me aburra y desista? ¿Por qué será que tengo la

impresión de que no deseabas salir a desayunar, no al menos conmigo?

—No hacía falta que me trajeses aquí. No habría pensado mal de ti

por

largarte por la mañana.

—No, porque era eso mismo lo que querías, que me largara para no volver a verme nunca más.

Teodelina se sintió muy incómoda sentada en aquella silla al sol, de frente a un hombre que parecía leerla a través de la piel o, peor aún, como si

alguien le hubiese contado todos sus secretos enseñándole cómo era

ella y de

qué modo reaccionaba ante diferentes estímulos.

—No tiene nada de malo que lo pasemos bien también fuera de la cama.

—Se inclinó sobre la mesa—. Creo que eres una artista excelente y una persona única.

—¿Con quién crees que hablas?

—Con una mujer que prefiere no creer ni una palabra de lo que digo,

pese a que no miento. Eres arisca y sé que intentarás de todo con tal de

alejarme de ti... —Se le acercó todavía más, cubriendo con su pecho casi todo

el ancho de la mesa—. No lo lograrás. Es más sencillo para ti alejarme y

pones todas tus armas a trabajar en ello; sin embargo, no importa qué

artilugios emplees, no estoy dispuesto a rendirme fácilmente.

—No me interesa echarme novio.

—Mi novia me abandonó hace unos días, de modo que no siento especial

interés por adjudicarme la etiqueta de novio otra vez. Lo que digo es que...

simplemente te encuentro fascinante.

—¿Acaso te golpeaste la cabeza anoche?

Le sonrió.

—No, que recuerde. —Stefan se alejó para reclinarse otra vez sobre

el

respaldo de su silla en aquella soleada terraza—. Mi padre tiene un dicho que

repite muy a menudo y es «perro ladrador, poco mordedor». —Alzó una ceja y

la miró con picardía—. Gruñe todo lo que quieras.

—Si crees que me muero por pasar el tiempo contigo, te equivocas.

—Lo que en verdad te mata es exactamente eso. Te conozco hace

pocas

horas e igualmente no me resulta complicado entender el modo en que

funcionan las cosas para ti. Eres una solitaria empedernida. Despreocúpate, no

pretendo mudarme a tu apartamento. Entiendo que anoche, cuando saliste a

cenar, no fue buscando algo como esto, el caso es que aquí está, y sabes tan

bien como yo que no te desagrade  
del todo. Escucha, sólo te pido que  
me des

el tiempo necesario para  
demostrarte que puedo ser más que  
el revolcón de

una noche. Sé que te gusto; de otro  
modo, pese a la implacable  
oposición de tu

forma de ser, no habrías llegado  
hasta aquí. Imagino que, si así lo  
deseabas,

me hubieses sacado a patadas de tu

apartamento, pero no, aquí estás, conmigo.

—Eres un engreído.

—No, soy sincero, tanto como tú. No harías nada simplemente por quedar

bien con los demás, o porque eso es lo que se supone que se espera de una

persona en tu situación. Te importa una mierda lo que las personas piensen,

haces de tu vida lo que quieres,

cuando quieres y como quieres. Has venido a

desayunar conmigo porque también te apetecía.

No le gustó sentir tanto miedo, y mucho menos que él fuese quien lo

generaba; sólo se había sentido tan asustada durante una temporada en

particular y aquello de verdad había sido realmente malo.

Se dijo que era una verdadera estupidez ponerse así por un tipo que

simplemente le pedía que volviesen a verse otra vez. Ella deseaba volver a

verlo y, por desgraciada, no sólo en su cama. Stefan era pura energía; era

fuerte, tenía presencia y carácter... sobre todo le encantaba que no se sintiese

intimidado por su carácter, que no intentase cambiarla, corregirla o lo que

fuese; él simplemente parecía

conocerla demasiado bien. Eso mismo era lo

que le ponía la piel de gallina: que alguien llegase a conocerla tan bien en tan

poco tiempo. De un plumazo, Stefan le había arrancado su armadura y ella ni

siquiera se había percatado del momento en el que eso había sucedido. ¿Quién

mierda era él y por qué insistía en mantenerse a su lado? ¿No debería

haber

corrido en dirección opuesta a la  
suya ya? Intentó encontrar razones,  
más allá

de las que él exponía, para  
permanecer a su lado y no las  
encontró; no había

nada que pudiese querer de ella. No  
era por dinero, pues, por lo que él  
le

contó anoche, resultaba obvio que  
tenía suficiente. Ella tampoco podía  
darle

fama; era conocida, pero dentro de un círculo particular y no era de ese tipo de

artistas a los que les gusta ser fotografiados y salir en revistas. Tampoco tenía

contactos en ningún otro ámbito de los que él pudiese pretender aprovecharse.

Mirándolo directo a los ojos, le preguntó mentalmente qué podía querer

de ella. Por supuesto, por única

respuesta obtuvo una mirada firme,  
mas no

repelente, de esos ojos celestes  
profundos, medio escondidos  
dentro de su

rostro, que parecían ocultar algo.

—Prometo no convertirme en una  
molestia, mucho menos en una  
carga.

—No prometas nada, la gente no  
suele cumplir sus promesas.

—¿Tú no cumples con lo que  
prometes?

—¡Claro que sí!

—Entonces, dime, ¿qué te hace pensar que yo no soy como tú? Tu ego de

artista es tan grande que crees que eres única y perfecta. Perdón —se apresuró

a añadir—. Me retracto de lo primero, única sí eres, de eso no me cabe

ninguna duda. ¿Perfecta? Nadie lo es. Oye, al menos dame el beneficio de la

duda, puede que de verdad no seamos tan distintos como tú crees.

—Míranos —le indicó ella, alterada por la conversación y por sus ganas

de fumar. Había hecho el intento de encender un cigarrillo, pero, pese a que se

encontraban al aire libre, el mozo le pidió por favor que no fumara en el

establecimiento. La diferencia en sus respectivos aspectos era más

que

evidente.

—Cuando estás desnuda realmente no somos muy distintos. Bueno,

dejando a un lado las partes obvias.

—Sonrió, sus ojos brillaron—.

Hablando

con sinceridad, en serio se nos da muy bien en la cama y creo que podría ser

de igual manera fuera de ella.

¿Sabes lo que en realidad me gusta de ti? Eres

independiente, no necesitas la aprobación de nadie, eres fuerte, tanto física

como mentalmente, tienes mucho carácter. En algunos aspectos podría decirse,

en cierto modo, eres casi como un hombre, como yo, y no me da vergüenza

admitir que eso me agrada, y mucho. Sé lo que piensas; Teodelina, aceptar lo

que te propongo no es darte por

vencida ni someterse a nadie, ni loco te

pediría que te sometieras a mí; lo que me gusta de ti es eso mismo, que eres mi

igual y ni muerta dejarías de serlo.

—¿Quién te ha convencido de que, cada vez que abres la boca, sueltas

una verdad universal o algo así?

—Sonará pedante, pero ha sido la vida. —Soltó un suspiro y palmeó los

apoyabrazos de su silla—. Pediré la cuenta, sé que te mueres por salir a fumar.

Stefan pagó por el desayuno. Cuando salían del café, puso una o dos

veces sus manos sobre la cintura de ella como si se conociesen de toda la

vida, como si tuviesen la más cómoda de las intimidades. Aquello hizo que

Teodelina se sintiese de lo más

extraña; sus gestos no eran raros para otras

parejas, pero, más allá de la cama, ella no estaba acostumbrada al contacto

humano; es más, desde pequeña, los abrazos, los besos, incluso que la

cogieran de la mano, le resultaba de lo más incómodo. Los gestos de su

acompañante eran lo que podía interpretarse como una galante cortesía, puesto

que en ningún momento intentó

nada, ni siquiera besarla, cosa que tampoco

hizo cuando, tras acompañarla a su coche, se despidió de ella diciéndole que

entendía que seguramente deseaba pasar un rato sola.

Eso sí, Stefan no se fue con las manos vacías: le dijo que tenía pensado

pasar a buscarla esa noche para llevarla a «otro lugar increíble», como del

que acababan de salir, sólo que éste abría por las noches.

Más allá de toda la incomodidad, de lo extraña que se sentía en

situaciones de ese calibre, más allá de que no era del tipo de persona que

disfrutaba tirándose al sol igual que una iguana, el sitio que Stefan había

escogido para salir a desayunar no era del todo desagradable. El café era

bueno, y también le pareció sabroso

el trozo de cruasán que picoteó con los

dedos mientras Stefan devoraba con fruición su ensalada de fruta, sus tostadas

y su cruasán, todo acompañado de café y jugo.

Quería volver a besarlo, sí, y se quedó con las ganas cuando él se apartó

para cerrar la puerta de su vehículo, como todo un caballero. Lo quería otra

vez en su cama también.

Le gustaba, y mucho, por qué no admitirlo, pero... ¿llevar eso más lejos?

La última vez que algo así le funcionó fue... ¿nunca? De hecho, mal había

funcionado con Simón y peor aún le había ido con Nicole las tantas veces que

fueron y vinieron de esa relación. Todos los demás no habían sido más que

momentos, encuentros que tenían un único objetivo.

Stefan se despidió con la mano al tiempo que le sonreía.

«Qué voy a hacer contigo —pensó sin poder quitarle la vista de encima,

mientras ponía el motor de su coche en marcha—. Carajo, como si no tuviese

suficientes problemas.»

Con los dientes, sacó un cigarrillo de la cajetilla y lo encendió; dando

la

primera calada, sacó el automóvil de su estacionamiento. Luego cogió su

teléfono, lo puso en manos libres y llamó a Simón.

—Cuervito, ¿qué pasa? Estoy en mitad del caos, preparando una sesión

fotográfica para esta noche —soltó Simón a toda prisa; detrás de su voz se

colaban otras tantas voces igual de

alteradas.

—Stefan ha pasado la noche en mi casa, hemos desayunado juntos. Dice

que quiere volver a verme, que le gusta, que no importa lo que yo haga, que no

lograré alejarlo. —Tragó en seco pisando el freno ante al semáforo que se

ponía en rojo—. Me gusta, Simón. Me gusta mucho.

Simón permaneció mudo durante un

par de segundos.

—Estoy en la oficina, ven ya mismo. Me lo contarás con todo lujo de

detalles y, de paso, me echarás una mano; aquí estamos desbordados de

trabajo y tu sentido artístico tampoco nos vendrá mal. ¡Por Dios, Cuervito, no

puedo creer lo que dices! Ven ahora mismo.

Cuando el semáforo se puso en verde, Teodelina pisó el acelerador

a

fondo.

\* \* \*

— *Bruder, ich bin zurück.* —  
canturreó Stefan al entrar en el  
apartamento.

Con un pie, cerró la puerta al  
tiempo que lanzaba las llaves en  
dirección a la

angosta mesa arrinconada contra la  
pared, debajo del espejo en el cual  
no

pudo ni quiso evitar mirarse—. Maaax, ¿dónde estás? He pasado por la

panadería de al lado, he traído sándwiches. Dime que tienes una cervecita fría

en la nevera. ¡Vamos! ¿Estás en la cocina? ¿Max? —Empujó la puerta de la

cocina y se encontró con su hermano de pie frente a la nevera abierta,

bebiendo agua directamente de la

botella. Máximo iba en pantalones negros de

deporte, camiseta y zapatillas de correr y, por lo sudado de su camiseta y

empapado cabello, resultaba obvio que acababa de regresar—. ¿Desde cuándo

bebes directamente de la botella? Creía que eras más maniático.

Máximo le lanzó una mirada de odio y cerró la puerta de un golpe.

Continuó bebiendo.

—He traído el almuerzo —insistió Stefan, sacudiendo la bolsa con el abultado paquete de sándwiches a la altura de su rostro.

Max bajó la botella.

—Sí, ya te he oído.

—¿Tienes hambre? A mí me crujen las tripas. Por favor, no me digas que

no quieres tragarte otra vez las calorías que acabas de gastar porque no lo

resistiré. Tengamos un almuerzo digno de dos hermanos. ¿Hay cerveza? —

Curioseó abriendo la puerta de la nevera.

—De hermanos habría sido tener la delicadeza de llamarme anoche para

avisarme de que no vendrías a dormir.

—No me dio tiempo. —Stefan sacó una botella de cerveza.

Los dientes de Máximo crujieron,

no pudo evitarlo; lo que eso implicaba

le ponía los pelos de punta.

—¿Me lo perdonas? De verdad que no quería arruinar el momento con

Teodelina. Ella es muy difícil. — Buscó dos vasos y los colocó sobre la mesa,

junto a la botella de cerveza: luego fue a por un par de platos—. Lo bueno es

que creo que nos irá bien.

Mientras su hermano se movía por ahí, haciendo y deshaciendo igual que

si estuviese en su casa, Máximo se pegó al borde de la encimera; necesitaba

que algo más que sus piernas sostuviesen el peso de su cuerpo, ya que las tenía

flojas y sin fuerzas, y no sólo a causa de la carrera de hora y media que había

dado alrededor del parque, es

decir, de las vueltas y vueltas que dio alrededor

de éste.

Stefan abrió la botella de cerveza y le pasó un vaso a su hermano, pese a

que él aún continuaba con la botella de agua entre las manos; luego fue a por el

paquete de sándwiches, que extrajo de la bolsa, arrojando esta última, hecha

una bola, sobre la encimera. Muy

tranquilo, tomó asiento y abrió el paquete.

—Teodelina es intensa, en mi vida había conocido a una mujer igual.

—No parece más que una niña —se oyó decir.

—Bueno, no opinarías lo mismo si hubieses experimentado la noche que

he vivido con ella. —La sangre de Max hirvió dentro de sus venas—. Sí es

joven. ¿Sabes que tiene veintiuno?

Asintió con la cabeza. Sí, lo sabía, pero no se lo había contado ella, y ese

ínfimo detalle le provocaba intensos celos. Estaba injustamente celoso, ya que

no tenía por qué sentir aquello. Fuera como fuese, no lograda dejar de pensar

en qué más sabría Stefan sobre ella que él desconocía.

—Me costó un buen esfuerzo que me confesase su edad; es más, hasta

ahora que tú me lo confirmas, ni siquiera estaba seguro de que me hubiese

dicho la verdad. ¿Qué sabes de ella? —Frunció la nariz y le dio un gran

mordisco al sándwich que acababa de coger—. No mucho, por lo visto —

articuló con la boca llena—. Quizá deba preguntarle a Geraldine. —  
Bebió

cerveza—. De todas formas,

supongo que tarde o temprano la propia

Teodelina me lo contará todo. Aparenta ser dura, pero en realidad no lo es.

—¿Qué tramabas?

Stefan bajó el vaso; el nivel de cerveza había bajado a la mitad.

—¿Por qué te pones así a la defensiva?, ¿acaso eres su protector?

—No quiero que causes problemas.

—No creo ser un problema para ella, de otro modo no habría aceptado

que quedemos en vernos esta noche otra vez; bueno, al menos ella no comparte

tu opinión acerca de eso.

—Es una buena chica, no me gustaría que...

—¿Una buena chica? —Soltó una carcajada—. Hermano, ella no es

ninguna tonta. Tranquilo, sabe cómo defenderse.

—Qué sentido tiene lo que haces si tarde o temprano te irás.

—Eres condenadamente aburrido, ¿lo sabías?, y, además,apestas. No te

vendría mal una ducha.

Enfurecido, Máximo estampó el vaso de cerveza contra la encimera y se

largó de la cocina. Su hermano lo llamó una y otra vez, pero él no le hizo el

menor caso. Sí, necesitaba una

ducha... y además era  
imprescindible que

saliese de la cocina si no quería  
terminar estrangulando a su  
hermano.

\* \* \*

En el vestíbulo del edificio,  
Teodelina se cruzó con al menos  
una docena

de chicas escuálidas (todavía  
mucho más delgadas que ella), muy  
altas y de

piernas kilométricas. Todas iban

impecablemente vestidas, con sencillez pero

con el toque típico que las caracterizaba como modelos: una llevaba un gran

bolso de cuero que repetía una y otra vez el mismo y fácilmente reconocible

logo; otra lucía un gran reloj que era imposible no ver; una tercera tenía sobre

la cabeza unas gafas de sol que había visto seis meses atrás en una

valla

publicitaria mientras caminaba por Roma, a donde viajó con Simón para

pasear; fue en esa ciudad en la que su amigo conoció a su actual pareja. En fin,

salvo por pequeños detalles, todas aparentaban haber sido cortadas con la

misma tijera: largos cabellos, pantalones tejanos pegados a sus esbeltas

figuras —por supuesto, cortos de piernas—, bailarinas, camisetas o blusas no

demasiado llamativas. En cierto modo, bien podría haber sido una de ellas; de

no ser porque le faltaban unos cuantos centímetros, y por lo mucho que

desentonaban junto a ellas sus *piercings*, tatuajes y ropas oscuras; sin

embargo, tenían en común que sus

huesos estaban casi al aire.

Una de esas chicas se metió en el ascensor con ella, después de que un

agente de seguridad llamase a Simón para verificar que el encargado de moda

de la revista realmente estuviese esperando a aquella extraña criatura de

aspecto tan turbador, la cual en nada se parecía a las jóvenes que normalmente

recibía.

Uno de los guardias de seguridad no le quitó la vista de encima en ningún

momento: sus ojos se pegaron a ella en cuanto entró en el edificio por una de

las puertas giratorias, y apenas si parpadeó mientras esperaba a que la

autorizasen a subir al piso doce, lugar en el que ya había estado en más de una

ocasión, aunque por lo visto nadie allí lo recordaba, y la siguió muy de cerca

hasta que las puertas del ascensor se cerraron.

La modelo la miró, primero disimuladamente, por lo bajo, a través de los

espejos del ascensor, en los cuales se reflejaba hasta el infinito; a

continuación, con más descaro, directamente.

Teodelina odiaba que se quedasen

observándola; es más, ella prefería pasar desapercibida, no ser vista, que la gente ni siquiera se percatase de su presencia.

La chica también iba al piso doce, lo cual no era ninguna sorpresa.

Teodelina supuso que para ella sí resultó una sorpresa ver que, al entrar, ella

se le había adelantado al presionar el botón del duodécimo piso; no daba para

nada con el perfil de persona que quisiese o pudiese llegar allí.

—Me gusta el tatuaje de tu cuello  
—le dijo la joven con una voz dulce y

suave que no coincidía con su gran altura; sin embargo, sí con sus delicados

ojos azul verdoso y su larguísimo y sedoso cabello castaño claro.

—Gracias. —La voz le salió algo áspera.

—Tienes suerte, a mí en la agencia

no me permiten tatuarme.

Teodelina se encogió de hombros.

—¿Vienes por lo de la sesión de fotos de esta noche?

¿En serio esa chica creía que era una modelo? Pensó que era estúpido,

pero la verdad es que no le desagradaba que la creyese una de ellas. Al final,

sintiéndose demasiada tonta por haberse puesto contenta por lo que tomó como

un alago, contestó que no con la cabeza.

—¿Es por otra? ¡Qué pena!, me hubiese gustado que trabajásemos juntas.

—La chica se acomodó la correa del bolso por encima de su huesudo hombro

y le tendió una mano de dedos muy largos con uñas muy cortas y pulcras—.

Soy Elena.

Teodelina se quedó medio

pasmada; no estaba para nada acostumbrada a

estrechar la mano de extraños en los ascensores; por lo visto aquella chica no

tenía ningún problema con eso.

En un acto irreconocible para su persona, al final terminó presentándose

y devolviéndole el saludo.

—Tienes un nombre muy bonito. ¿Te llaman Teo?

—Sí, a veces me llaman así.

—Mis amigos me llaman Lena; puedes llamarme así si quieres.

Teodelina no pudo terminar de decidir si aquella chica era muy tonta o

demasiado amable.

—¿Para qué agencia trabajas?

—No soy modelo.

—¿De verdad? Creí que lo eras.  
¿Eres asesora de moda?

—No, eso tampoco. Pinto, esculpo.

—¡Una artista! Eso es genial, me encanta. Me gustaría mucho ver algo de

tu trabajo. Siempre me ha gustado el arte, pero soy un desastre dibujando y

mucho más pintando. La semana pasada volví de París; ya había ido muchas

veces, sin embargo por primera vez tuve oportunidad de ir al Louvre. ¿Lo has

visitado alguna vez? Es impresionante.

Teodelina negó con la cabeza, nunca había estado en aquel famosísimo

museo.

—Oye, ¿te gustaría que volviésemos a vernos? No suelo estar mucho en

Buenos Aires, me paso el tiempo viajando de aquí para allá todo el año, pero,

como ahora empieza la temporada

de desfiles por aquí, creo que me quedaré

una o dos semanas. ¿Qué te parece si nos encontramos para tomar algo?

En un trayecto de diez pisos, Teodelina acababa de conseguir una cita.

La modelo rebuscó dentro de su bolso y finalmente sacó un bolígrafo, con

el que, aprovechando el papel de la revista de moda que cargaba debajo

del

brazo (por supuesto la revista era el número anterior publicado por el mismo

sello editorial para el cual estaba a punto de fotografiarse) y arrancando un

trozo de papel, le anotó su número.

—¿Me das el tuyo? Soy desconfiada. Además, no quiero perderte el

rastro; no serías la primera que dice que llamará y luego nunca más

da señales

de vida.

Las puertas se abrieron en el piso doce.

La chica se la quedó mirando, expectante.

No supo si fue por el elogio que le brindó, si porque era realmente

amable y dulce, si porque estaba completamente con el ego y el ánimo por las

nubes por su noche con Stefan o

qué, el caso es que, mientras salían del

ascensor, le pasó su número de móvil. Además, no podía negarlo, Elena le

gustaba y los gestos del cuerpo de la modelo, así como todas sus actitudes,

denotaban que la atracción era mutua.

—Ha sido un placer conocerte, Teo. Te llamaré pronto —dijo la chica

guardando en el bolso el bolígrafo y la revista para ir directamente al

mostrador de entrada, detrás del cual estaba la recepcionista, que sí la

conocía.

La chica la saludo con un gesto algo parco; no se agradaban demasiado,

pero no había razón para que necesitasen mucho más que soportarse.

Así, medio de refilón mientras terminaba de entrar en la recepción

de la

revista, la cual no era más que un  
corredor alfombrado de blanco, con  
paredes

blancas y con el logotipo de la  
revista en grandes letras plateadas  
colgando de

la pared del fondo, vio, a través de  
unas pesadas puertas de cristal, a  
Simón

moverse entre un montón de  
percheros repletos de ropa,  
acomodados a uno y

otro lado del pasillo, lo que estrechaba todavía más el corredor.

Simón la vio y la saludó con la mano. Con sus largas zancadas, fue hasta

la puerta para salir a recibirla.

—¡Cuervito! —exclamó alzando la voz, tanto que, tanto la recepcionista

como Elena, se dieron la vuelta para mirarla.

Su amigo le estampó un beso en cada mejilla.

—No puedo creer que te esté sucediendo esto. —La agarró de la mano y

comenzó a arrastrarla hacia dentro —. Ven aquí, la curiosidad me carcome por

dentro.

La modelo le sonrió y a ella también se le escapó una sonrisa mientras se

alejaban.

Simón pescó el gesto de ambas al vuelo.

—¿Qué ha sido eso?

Teodelina le dejó ver el papel que tenía dentro de su mano derecha.

Simón lo cogió y desplegó.

—Éste es el número de móvil de Elena Biles.

—No sabía su apellido; según ella, sus amigos la llaman Lena.

—¿Te burlas de mí? Sé perfectamente bien quién es Lena; esa chica es la

nueva Giselle Bündchen. Los

diseñadores de todo el mundo se mueren por

tenerla en sus campañas. Me costó horrores conseguirla para la sesión de fotos

de esta noche.

—¿La sucesora de quién?

—Nadie que tú conozcas. ¿Te ha dado su número?

—Dijo que quería que saliésemos a tomar algo.

—¡¿Qué?! ¿Estás en papel de

graciosa hoy?

Negó con la cabeza.

—Le gustan las chicas. Te has dado cuenta, ¿no? Sí que estás hecha toda

una conquistadora. Ahora parece que tienes un nuevo *target*, las modelos y los

que parecen modelos. El tal Stefan... —suspiró Simón.

—No es cierto, no tiene nada que ver con eso.

—Considerando que Nicole

también es modelo...

—¡Tenías que mencionar su nombre! ¿Para qué? ¿No quedó claro que no

quiero volver a hablar de ella? Simplemente finjamos que nunca existió.

—No seas infantil, Teo, mira lo bien que te ha venido cortar con ella de

ese modo, al final se te ha caído la venda de los ojos. En un fin de semana has

conseguido hacerte con dos bombones que cualquiera envidiaría.

Teodelina resopló mientras continuaban caminando.

—Por cierto, y no te enojés por lo que voy a preguntar, ¿ella todavía no

ha pasado a recoger sus cosas?

—No.

—¿No?, eso es extraño. ¿Tampoco ha llamado? ¿No has vuelto a llamarla

tú?

—No quiero volver a saber de ella, no quiero hablar con ella, no quiero que menciones su nombre otra vez.

—Pero ¿no te parece raro? No digo que no deba caérsele la cara de

vergüenza por plantarte de este modo, pero... fuiste tú la que me contó que su

novio era un tipo de cuidado, que el sujeto andaba en negocios truculentos y

que todo su entorno...

—Le dije un millón de veces que lo dejara; si ella no quiere hacerlo, no es asunto mío.

El individuo verdaderamente era de cuidado.

Teodelina había conocido a Nicole cuando tenía dieciséis años. Ésta, dos

años mayor, ya era modelo por aquella época; bueno, en realidad, Nicole

hacía de todo un poco. La primera vez que se vieron fue en un bar en el que

ella solía trabajar por las noches como camarera, *stripper* o lo que fuera que

se necesitase. Teodelina había ido allí para entregar unas drogas, ya que por

aquel entonces lograba despegarse poco a poco de la esclavitud de quienes

aún gobernaban su vida. Teodelina,

nada más verla, bailando sobre el escenario, se quedó prendada de ella; no por su cuerpo, mucho menos por los movimientos con los que seducía a sus clientes, sino por sus ojos, sus brillantes y vivaces ojos verdes. En cuanto sus miradas se cruzaron, se enamoró de Nicole; así de simple, así de profundo y claro.

Teodelina debía entregar aquellas drogas y largarse de allí; sin embargo,

no logró abandonar el lugar. Utilizando algo del dinero que tenía guardado

para lo que planeaba que sería su fuga, pidió una bebida y esperó en el bar

hasta que Nicole terminó su actuación. Para su sorpresa, ya que ni siquiera

tenía un plan con el que encarar a la hermosa chica de largos cabellos rubios y

ojos verdes, fue ésta quien se le

acercó. Congeniaron desde un primer

momento, fue como si se conociesen de toda la vida. Esa noche hablaron hasta

que se quedaron sin palabras; no allí, en la barra del local, sino en la calle,

sentadas en el bordillo de la acera, cada una con una cerveza en la mano.

Nicole le contó sobre su vida y Teodelina hizo lo propio con la

suya.

Ambas deseaban salir del círculo en el que vivían; juntas lo lograrían.

Sin ninguna intención clara, sin saber que al comentar aquello su vida

cambiaría, Teodelina le explicó que amaba pintar y dibujar, que siempre había

sentido pasión por aquello. Nicole, con una gran sonrisa en el rostro, le contó

que ella conocía a un pintor

famoso, que posaba para él como su modelo, dos

o tres tardes por semana. Le prometió que se lo presentaría, ya que eran muy

buenos amigos, y así lo hizo. De hecho, el primer encuentro se llevó a cabo la

semana siguiente, cuando Teodelina se repuso de la paliza que le dieron por

regresar tarde aquella noche. Fue así cómo Teodelina conoció a quien

un

tiempo más tarde se convertiría en su maestro y mentor, a lo más parecido a un

padre de lo que tendría jamás, a Miguel.

Nicole y Teodelina se hicieron muy amigas, hasta el punto de que lo que

ambas sentían se hizo tan obvio que ninguna de las dos logró rehuir de aquello

ya más.

Teodelina comenzó a escabullirse de su esclavitud para encontrarse con

Nicole y para conversar sobre su pasión por el arte con Miguel.

Las cosas parecían querer mejorar para la vida de ambas, las dos tenían

planes juntas, para largarse y vivir su vida; sin embargo, el destino truncó lo

que pretendía ser un destino ideal.

La policía cayó en la casa en la que

los mafiosos mantenían a Teodelina y

a otras chicas encerradas para que trabajasen para ellos. Teodelina intentó

escapar, al igual que sus captores; sabía que, si la policía ponía sus manos

sobre ella, sus planes con Nicole se irían a pique. Y, de hecho, así fue; todos

sus planes quedaron arrastrados por tierra, incluso aquellos con los que

pretendía convertirse en una gran artista igual que Miguel, el amigo de Nicole.

La metieron en un centro para menores y allí las cosas no mejoraron.

Teodelina había tenido problemas con la autoridad toda su vida; llevaba

demasiado tiempo cuidando de sí misma y, que la encerrasen para

desintoxicarla de su adicción a las drogas, ganada de su esclavitud, y

que le

impidiesen salir para ver a Nicole, incluso para recibir sus clases de pintura,

lo empeoró todo.

Fueron meses tortuosos y, cuando logró escaparse de aquello, ya poco

quedaban de sus sueños. Buscó a Nicole, pero ella, literalmente, había

desaparecido sin dejar rastro. Nicole jamás la había buscado y ni se molestó

en dejar tras de sí alguna pista que le permitiese llegar hasta ella; el amor de

su vida, simplemente, se había marchado a cumplir sus sueños de libertad sin

ni siquiera esperarla.

Con el corazón roto, Teodelina vagó mucho tiempo por la calle, viviendo

de limosnas, robando, cayendo de nuevo en lo peor de lo peor... así, hasta que

una noche, por casualidad, pasó por delante de una galería de arte y reconoció

el nombre y el estilo del artista que exponía. A la mañana siguiente fue en

busca de Miguel; él la acogió en su casa sin pedir nada a cambio, sin

meditarlo ni siquiera dos segundos. Teodelina daba lástima por aquella época;

estaba muy delgada, era una zombi, pero él no dudó, porque desde un

principio había visto en sus manos, en sus dibujos y pinturas, algo que lo

cautivó.

Nicole reapareció seis meses después. Había estado en Europa

trabajando como una verdadera modelo. Se encontraron entonces. A

Teodelina le hubiese gustado ser lo suficientemente fuerte como para negarse a

ella, para no permitir que volviese

a irrumpir en su vida para lastimarla

después una vez más, tal como ya lo había hecho, como admitía haberlo hecho,

por cobardía, por miedo. Lo cierto fue que se tragó su orgullo y el dolor

pasado y volvieron a estar juntas. Esa vez la reconciliación duró casi un año,

doce meses tras los cuales Nicole volvió a marcharse, no por huir, no

por

cobardía, sino porque juntas eran dinamita: se amaban con locura y peleaban

del mismo modo, con la misma pasión.

Teodelina conoció a Simón entonces, en la fiesta de inauguración de una

nueva exposición de Miguel en la que ella hizo una pequeña participación, a

partir de la cual comenzó a vender

cuadros a un ritmo increíble. A sus casi

dieciocho años, Teodelina ya era una promesa del arte, un personaje que ya

por aquel entonces Simón bautizó como Cuervito. Y jamás dejó de serlo.

Simón y Teodelina duraron como pareja un par de meses; su amistad fue

mucho más allá. Mientras tanto, Nicole reapareció un par de veces

más; la

última y más significativa, el día del entierro de Miguel.

Esa noche, después de uno de los días más tristes en la vida de

Teodelina, ambas acabaron juntas en la cama de nuevo, pero Nicole la dejó

por la mañana para volver con su nuevo novio, un hombre dueño de una

agencia de modelos que había conocido en Europa.

Tras esa última vez, Nicole estuvo desaparecida casi un año, hasta que un

buen día la llamó llorando para contarle quién era en realidad su novio: un

tipo que traficaba con drogas, violento, un hombre que la trataba mucho peor

de lo que nadie la había tratado antes.

Otra vez comiéndose su orgullo, Teodelina le rogó que regresara a

Buenos Aires; ella ya tenía su arte, su nombre en el medio, se mantenía sola,

no dependía de nadie, era libre, como siempre había deseado serlo; podrían

serlo juntas. Nicole no aceptó.

Desapareció de nuevo, por un par de semanas, y, cuando volvió a dar

señales de vida, fue para contarle que las cosas le iban mejor con su novio,

que todo estaba mucho más

tranquilo y que de verdad era feliz.  
A Teodelina no

le quedó más opción que soportar  
aquello. Tras un silencio de un par  
de

meses, aceptó que no la recuperaría  
nunca, que su destino no era estar  
juntas.

El tiempo pasó, obligándola a  
acostumbrarse a las intempestivas

llamadas de Nicole para contarle  
sobre lo que hacía o dejaba de  
hacerle su

novio. Incluso tuvo que soportar aquello cara a cara, las pocas veces en que

ella regresó al país y, llorando, la llamaba para que se vieran.

El cuento era siempre el mismo, pero Nicole nunca se decidía a abandonarlo.

El último silencio entre ambas había sido tres meses atrás, y concluyó

con una de sus llamadas, en la que le contó cuán asustada estaba; su

novio le

había dado una paliza después de que discutieran cuando ella descubrió que él

la engañaba; el engaño no fue el único motivo por el que se enfrentaron, ni lo

único que Nicole descubrió... su novio estaba completamente metido en el

negocio de las drogas, tráfico de drogas en mayúsculas. El asunto de las

drogas no era nada nuevo; sin embargo, no tenía ni la menor idea de que

aquello era algo realmente grande y peligroso. Su novio tenía conexiones con

mafias de países de toda Europa, en especial Europa del Este. En realidad, la

agencia de modelos no era más que una tapadera, una fachada; la mayoría de

las chicas, más que hacer de

modelos, se encargaban de transportar las drogas

hasta los clientes, cuando no a traficadas por toda Europa; las jóvenes eran

mulas y raramente trabajaban realmente como modelos.

Teodelina volvió a rogarle que lo abandonase, que saliese de aquel

apartamento que compartía con su pareja en ese exacto momento. Nicole no lo

hizo, sino todo lo contrario: el

sujeto logró convencerla de que

verdaderamente la amaba, que no existía razón para que se separasen... y eso

no fue todo, pues Nicole acabó convirtiéndose en una de sus mulas.

Hasta el cansancio le insistió en que lo dejara, que acabaría muerta o,

como mínimo, presa, pero Nicole no le había hecho caso. Ella repetía que se

amaban, que no podía abandonarlo;

él tenía problemas, debía una importante

suma de dinero, y ella tenía que estar con él. Éste le había prometido que todo

terminaría cuando lograra devolver aquella pasta; entonces no habría más

drogas, no habría más modelos, nada, sólo serían ellos dos.

Obviamente ese momento jamás llegó. El tiempo transcurrió y el hombre

no sólo no dio señales de querer dejar el negocio, sino que se metió en otros

todavía peores. Nicole había llamado a Teodelina quince días atrás para

contarle que su novio se había aliado con unos mafiosos que llevaban a chicas

de países pobres de Europa del Este a ciudades como París y Londres,

engañadas bajo promesa de

convertirlas en reconocidas  
modelos, cuando en

realidad no hacían otra cosa que  
convertirlas en prostitutas, a las  
cuales

empujaban a la drogodependencia,  
al alcohol y a vidas miserables y  
sin ningún

futuro.

Teodelina, enfurecida, le había  
gritado que no podía aceptar  
aquello; las

dos habían estado una vez en la

situación que ahora padecían esas muchachas

y sabían perfectamente bien lo que se sentía. ¡No podía permitirlo!

Le costó horrores convencerla, pero al final lo logró. Nicole dejó a su

novio y ahora... y ahora no tenía idea de dónde se encontraba.

—¿Teo? ¿Cuervito?

Teodelina sacudió la cabeza y parpadeó.

—¿Te encuentras bien? Te has puesto pálida. Parece que hayas visto un

fantasma.

—Estoy bien, no es nada.

—¿No te preocupa que ella ni siquiera haya mandado a alguien para

recoger sus cosas? ¿No se te ha ocurrido que podría haberle sucedido algo

malo? ¿Cuánto le costaría a aquel hijo de puta borrar a una mujer del

mapa?

Teodelina parpadeó y se aclaró la garganta. Tenía las manos frías y un nudo en el estómago.

—El tipo es un abusador, un maltratador, un mafioso. Demasiado peligroso. —Hizo una pausa—. ¿Y si la siguió hasta aquí?

Instantáneamente a Teodelina se le puso la piel de gallina.

—¿Cuán poderoso era? ¿Cómo de grande era su negocio?

—No estoy segura. Nicole tenía mucho miedo de que la siguiese hasta

aquí; el tipo la amenazó varias veces, no quería que lo dejara. Supongo que

tenía todos los malos contactos que alguien como él puede desear.

—Teo, ¿cómo es que jamás me has contado eso? Nicole podría estar en peligro.

—Sí, porque probablemente debe de haber vuelto con él.

—¿Cómo se llamaba el sujeto?

—No tengo ni la menor idea; ella jamás quiso revelarme su nombre,

insistió en que era lo mejor para preservar mi seguridad.

—¿Ella te contó todas esas cosas y tú no haces nada para saber dónde

está? ¡Teo, Nicole lleva desaparecida casi tres días y optas por quedarte de

brazos cruzados!

—Dudo de que esté desaparecida,

debe de haber vuelto con él. Lleva

años viviendo esto y, realmente, nunca se propuso dejarlo.

—No tienes la certeza de eso. Sé que Nicole te ha jodido la vida más de

una vez, entiendo que estés lastimada y dolida, pero, por Dios, Cuervito, esto

va más allá de tu relación con ella.

—Deliras.

—Deberías dar parte a la policía.

—Estás loco, no pienso hacer eso. Si resulta que simplemente se fue por

ahí, sólo servirá para echarle a la policía encima. Simón, Nicole ha estado

traficando con drogas para su novio.

—Llámalas.

—No haré eso.

—Teo, no seas cabeza dura. No le preguntaste al portero del edificio por

ella, no sabes a qué hora dejó tu apartamento, si salió sola, si alguien pasó a

buscarla...

—No tengo ganas de pasar por esa vergüenza.

—Cuervito, no seas rencorosa; ella te ayudó muchas veces.

—Y, como bien acabas de decir, la cagó otras tantas. Muchas más.

—Óyeme bien: si algo le pasa, no te lo perdonarás jamás. Te conozco,

tenemos que buscarla. Tengo mucho trabajo hoy; prometo que te echaré una

mano mañana. Por lo pronto, procura averiguar si tus vecinos la vieron salir o

entrar, si no notaron nada extraño.

—No voy a contactar con la policía, Simón. ¿Acaso ya has olvidado lo

que pasó el viernes en la galería? Esa detective cree que todo es por mi culpa.

¿Qué pensará de mí si, además, se entera de que una exnovia mía ha desaparecido así, como si se la hubiera tragado la tierra?

—No lo he olvidado. Teo, el detalle aquí es que el exnovio de tu exnovia

es un delincuente de primera.

—Y si ella volvió con él, si resulta que otra vez descubrieron que se

amaban, y yo acabo lanzándoles la policía encima... El tipo es un traficante de

drogas que además está aliado con mafiosos cuyo negocio es la trata de

personas. Nicole acabaría presa. Nada de eso, Simón. Nada de esto es cosa

nueva; ella es así, dice que lo abandonará, llora hasta desahogarse en mi

hombro, me dice que me quiere, que no sabe qué haría sin mí, y luego... —

Apretó los dientes, no podía seguir

adelante—. Y luego regresa a él como si

nada hubiese sucedido, obviando todo aquello que nos enfurecía y

desagradaba cuando nos conocimos, porque eso mismo era lo que nos oprimía,

lo que nos tenía esclavas. Es su vida, Simón; ella no hace más que elegirlo una

y otra vez, siempre, por encima de mí, por lo que siento por ella, por lo que

nos unió. Nicole simplemente no quiere dejarlo, no lo abandonará jamás.

Supongo que la única diferencia ahora, la razón por la cual no ha regresado a

por sus cosas, es que ha entendido lo que me hace y lo que se hace a sí misma.

Tiene vergüenza, por eso no ha venido a buscar su equipaje, por eso no ha

llamado ni ha respondido a mis

llamadas. Me alegro de que así sea,  
porque,

sinceramente, ya no me quedan  
fuerzas para volver a hablarle, y  
mucho menos

para volver a verla. Se terminó  
entre nosotras dos, y ahora es  
definitivo. Se

terminó para siempre.

Simón se quedó mudo.

Una chica bajita, muy delgada,  
encaramada a unos zapatos de  
plataforma

con tacones que daban vértigo, apareció en el corredor llamando a Simón; la

muchacha llevaba colgadas en los brazos, y alrededor del cuerpo, prendas

bordadas en lentejuelas de todos los colores.

—¿Puedes venir a ver cómo va quedando?

—Sí, claro, en seguida voy.

La chica se lo agradeció, dio media vuelta y desapareció por donde

había

llegado, por la misma puerta de la que brotaba el bullicio que un grupo de

alterados trabajadores de la moda provocaba en las horas clave previas a una

de las sesiones de fotos más importantes de la temporada.

—Por cinco minutos no te comportes a la defensiva y escucha bien:

tenemos que encontrarla. Ya cargas

suficiente peso sobre tus hombros,  
no

querrás quedarte encima con esto  
también. Necesitas cerrar el asunto  
como

corresponde, no así, con un simple  
silencio y con presunciones que  
podrían no

ser ciertas. —Simón hizo caso  
omiso de la mala cara de su amiga  
—. Ahora

ven aquí, sígueme; mientras reviso  
que la sesión de fotos no se

convierta en un

circo del mal gusto, me lo contarás todo sobre Stefan. Y, además, así, tal vez

puedas aprovechar algún que otro momento para echarle un vistazo a Lena

mientras la peinan y maquillan.

El rotundo cambio de tema por parte de Simón se debió a las lágrimas

acumuladas en los ojos de Teodelina; al detectarlas, supo de

inmediato que

debía parar. Además, ella realmente tenía parte de razón: Nicole había sido

siempre así y, por lo visto, no lograba despegarse de esa relación enfermiza

que la unía a su novio.

—No pienso discutir sobre Stefan delante de ella —entonó Teodelina, tragándose sus lágrimas.

—Veo que quieres mantener

abiertas tus opciones.

Para qué negarlo: pese a lo que comenzaba a sentir por Stefan, no podía

desmentir que Lena le había gustado, aunque, de todos modos, eso tampoco

implicaba que fuese a pasar algo entre ambas.

— *Fuck you, sweetie.*

— *The same to you, my love* —le contestó Simón.

Teodelina perdió a Simón en cuanto entraron en aquella enorme sala

blanca de luces cegadoras, que olía a perfume francés, a cuero y a ropa nueva.

El lugar era el paraíso de cualquier mujer adicta a la moda; en el suelo,

abarcando todo un lado del ambiente, cuidadosamente acomodados,

descansaban cientos de pares de zapatos de todos los modelos, formas y

diseñadores. No era muy adepta a los zapatos de tacón; sin embargo, resultaba

innegable que cada uno en sí mismo era una obra de arte.

Dos de las tres paredes restantes estaban recubiertas por hileras de

percheros de las que colgaba ordenadamente mucho dinero en ropa de

diseñador, realmente mucho dinero. La pared restante la ocupaba una gran

mesa forrada de joyas y accesorios; a un lado de esa mesa había una puerta,

que estaba abierta hacia un ambiente espejado y todavía más luminoso. En un

espejo de aquel lugar, Teodelina vio reflejado el rostro de Lena; la chica

sonreía. Llevaba en una de las manos un café, y en la otra un móvil desde el

cual mandaba mensajes de texto a

alguien, mientras al mismo tiempo conversaba con el batallón de estilistas que la rodeaba.

## 9

Así de pasada, mientras Simón iba y venía componiendo conjuntos de ropa

que combinaba con piezas de joyería, hermosísimos zapatos y ocasionalmente

algunos bolsos que tenían la apariencia de costar un dineral, quizá tal vez

mucho más que una de sus obras, le fue contado todo sobre Stefan. El

veredicto de su amigo fue que se estaba enamorando. Entonces Teodelina

terminó de enloquecer. Eso no podía ser cierto, no debía permitirlo, suficiente

escarmiento tenía con lo que le había sucedido con Nicole.

En un acto de autodefensa, utilizando su móvil, se puso, ahora sí, a buscar

en Google al hermano de Stefan para intentar empujar, lo más lejos de sí

posible, aquel sentimiento que, si crecía, podía llegar a convertirse en algo

capaz de causarle mucho dolor si las cosas no resultaban bien.

En un principio no vio nada demasiado interesante. Máximo Verti había

tenido un par de restaurantes, este último uno de los más famosos. Un

centenar

de buenas críticas se acumulaban en artículos que llenaban las primeras

páginas del buscador. Todo el mundo quería comer en su local y, más que

nada, ser visto allí; MAX era *él* lugar, el mejor escenario para ser

fotografiado, para ser visto. Teodelina encontró una infinidad de fotografías de

artistas ocupando mesas, posando delante de la puerta del restaurante

con sus

respectivas parejas o amigos, o simplemente solos; un par de esas fotos

también retrataban a Máximo con sus más ilustres clientes, y unas pocas, muy

pocas, es más, no eran más de media docena y, por lo visto, todas

correspondían a la misma sesión fotográfica, con Máximo vestido de chef, en

la cocina de su restaurante, en

distintas poses, cocinando o simplemente de pie

en medio de su moderna y hermosa cocina.

Teodelina volvió al origen de la búsqueda y continuó saltando de página

en página, en pos de algo más interesante sobre él, algo más personal.

Deseaba conocer otros detalles de él, más allá de aquello que era evidente

para todos.

Justo cuando creía que no daría con nada más, se topó con un texto que

llamó su atención; era la noticia de un periódico local y el titular rezaba

«Cirujano acusado de mala praxis».

No tardó ni medio segundo en ir directa a la noticia para leerla. Era un

artículo antiguo, de diez años atrás. Con el corazón acelerado, alzó la vista.

Lena llegaba ya maquillada y con rulos en la cabeza, para probarse los

conjuntos que Simón había escogido.

Procurando intimidad, se hizo a un lado después de que Lena registrase

su presencia con un parpadeo y una gran sonrisa. Era hermosa, no podía

negarlo; además, sus ojos irradiaban paz, eso de lo que ella tenía escasez,

sobre todo esos últimos días.

Decidida a no cerrar ninguna puerta, y a mantener en pie sus intenciones

de no involucrarse demasiado con nadie, le hizo un gesto con el que le

correspondió, haciéndole entender que también estaba interesada.

Simón

atrajo la atención de Lena, y eso le dio vía libre para leer.

Estaba tan sedienta de información que captó lo más interesante,

sacándole una fotografía mental al

texto. «Joven promesa de la cirugía  
cardioriorácica acusado de mala  
praxis.» «Paciente muere durante  
intervención.» «Familia del  
paciente acusa al joven cirujano y a  
la clínica»...

errores de procedimiento, mala  
administración de anestesia, paro  
cardiopulmonar...

Máximo Verti había trabajado como  
cirujano en una de las clínicas más  
famosas de Buenos Aires.

Teodelina volvió atrás, saliendo de aquel artículo. En Google introdujo

una nueva búsqueda y así dio con más datos. No le costó ni diez minutos

enterarse de que aquello había sido un verdadero escándalo, ya que no sólo

acusaban a Máximo de haber incurrido en serios errores durante una operación

que debía ser sencilla y rápida, sino que también acusaban al

anestesiólogo, al

equipo asistente durante la intervención, a la clínica... de más de una decena

de fallos que supuestamente habían causado el fallecimiento del paciente.

La prensa se había llenado la boca con el nombre de Máximo Verti;

literalmente habían gastado su nombre, arrastrándolo por el suelo,

refregándolo por el barro, hasta que se realizó el juicio. Lo habían

tomado

como blanco de todas las culpas, poniéndolo por delante de todos los demás,

manchando su nombre y arruinando su carrera para siempre, si bien lo

declararon inocente. Para cuando el proceso del juicio acabó, Máximo ya no

trabajaba en la clínica y, por lo que pudo averiguar, jamás volvió a ejercer

como médico. Es más, encontró un

pequeño artículo en el que, en

conmemoración al aniversario de un año de haberse dictado sentencia sobre su

juicio, se relataba que Máximo había salido del país y que se lo había visto

vagar por las calles de París, con una apariencia irreconocible.

A Teodelina los ojos le funcionaban muy bien. En la primera foto, un

Máximo Verti extremadamente joven, con una amplia sonrisa, ojos

centelleantes, impecablemente vestido de traje, con corbata, gran reloj,

lustrosos zapatos, cabello muy acicalado, de pie en lo que debía de ser la

oficina de la clínica en la que trabajaba; en la segunda imagen, en una callecita

de París, con muchos kilos de más, barba de unos días, ojos apagados, gorro

de lana cubriendo una cabellera que

requería un urgente corte de pelo,  
una

gran camisa campera de aspecto  
viejo y deprimente, pantalones  
oscuros como

de combate y botas de cuero, con la  
cabeza gacha y una bolsa de  
compras

colgando de su mano derecha, la  
cual estaba enfundada en un yeso  
que le

llegaba hasta los nudillos.

«Un cirujano con la mano rota —

pensó Teodelina—. Lo perdiste todo; tu

reputación, tu tacto, tu don, tu fuerza... todo lo que eras.»

Se le estrujó el corazón al volver a echarle un vistazo a la segunda

fotografía. De esa imagen a ahora, Máximo había perdido muchos kilos; se lo

veía mejor, sin duda tenía una apariencia muy distinta. Ya no iba de

vagabundo, pero aún no había

recuperado la chispa de sus ojos.

Evidentemente cambiar una carrera, en uno de los mejores quirófanos de la

ciudad, por una en una de las mejores cocinas de la ciudad, no lo hacía del

todo feliz, ¿o es que lo que vivió simplemente le arrancó la chispa, al igual

que a ella?

Observaba la imagen sin parpadear, cuando le entró una llamada.

Cerró el navegador y contestó.

—Hola, soy Stefan. ¿Estás ocupada?

La música comenzó a sonar a su alrededor, estallaron un par de risas

también. Teodelina echó un vistazo sobre su hombro derecho y vio a Lena

prácticamente desnuda, usando sólo unas diminutas bragas color carne,

mientras, sin dejar de reír, enfundaba sus largas piernas dentro de un pomposo

traje de noche color carne, con metros y metros de tul del color de su piel, y

delicados y bellos bordados. Simón le ofrecía sus manos. Alguien pululaba

alrededor de ellos con un par de pendientes de brillantes, y otra persona se les

acercaba con una bandeja llena de copas de *champagne*.

Teodelina no era así; sin embargo, sintió vergüenza al verla desnuda;

no

precisamente porque le molestase ver casi cada centímetro de la piel de

aquella joven mujer, sino porque su intención era verla cuando se encontrasen

a solas, no frente a un montón de gente. Aunque en realidad nadie parecía estar

viéndola del mismo modo en que ella lo hacía. Notó que, de su piel, de sus

pechos, incluso desde su plano  
vientre, desde sus angostas caderas,  
desprendía aquella misma luz  
eterna que sus ojos albergaban.

Se le fue la voz y creyó que no  
volvería a encontrarla jamás, Lena  
se la

había robado.

Quiso contestarle a Stefan y no lo  
logró.

—Teo, ¿dónde estás? No me digas  
que has salido de fiesta sin mí.

Obligando a su cuello a girar la cabeza, porque le era imposible

ordenarle a sus ojos que dejaran de mirar, apartó la cara, quedando dirigida a

uno de los percheros, que contenía trajes igual de aparatosos y lujosos que el

que se estaba probando Lena.

—No, no es eso; estoy en el trabajo de un amigo.

—Suenan como si estuviesen pasándolo muy bien.

—Supongo que así es.

—¿También estás pasándolo muy bien? No me gusta no ser yo la razón de

que te diviertas —le dijo impostando la voz en un tono muy sexy.

—A decir verdad, no; esto no es lo mío, he quedado en medio de la

organización de una sesión fotográfica para una revista de moda.

—Podría ser lo tuyo, eres una

mujer muy bella.

—Recuerda que te advertí de que ese tipo de halagos no funciona conmigo.

—Lo recuerdo; eso no impide que aún continúe sintiéndome libre de decir lo que pienso. Tienes un cuerpo increíble y un rostro que, sin duda, daría muy bien fotografiado desde cualquier ángulo.

—Stefan, malgastas saliva.

—Si tanto te molesta, voy directo al grano. ¿Nos vemos? No puedo dejar

de pensar en ti; sólo escuchar tu voz, hace que me muera de ganas de besar tu

boca, tu cuello, tus hombros, tus pechos... tu piel es la más rica que haya

probado jamás.

En un parpadeo, Teodelina recordó una serie de imágenes de la noche

anterior. Básicamente experimentó

lo mismo que él.

—Podemos vernos en mi apartamento en una hora y media, más o menos.

—¿Tanto me harás esperar? Mierda, si con sólo escuchar tu voz empiezo

a ponerme duro. Bueno, supongo que tendré que resistirlo. Te advierto de que

lo único que ganarás con esta espera es que te desee todavía más.

Teodelina trago en seco, ella

también lo deseaba. Con él se sentía

verdaderamente a gusto; no por el simple hecho de que sus cuerpos se

ajustaban a la perfección a la hora del sexo, sin sensaciones raras, sin

incomodidad o vergüenzas o recatos, sino porque, por alguna inexplicable

razón, pese a que casi ni siquiera lo conocía, tenía ganas de contarle la

historia de su vida, hablarle de sus gustos, de lo que odiaba, compartir

con él

sus dolores y aquellas malditas pesadillas recurrentes que le traían a la

actualidad los recuerdos de las tortuosas noches del pasado. Incluso sentía que

quería pintar con él presente, que quizá su energía la inspirase para volver a

crear algo más, aparte de aquel autorretrato con el que rompiera con más de

cuatro semanas de bloqueo artístico, y mental también.

Desearlo tanto, quererlo de ese modo, era un verdadero suicidio a su

modo de ver; la verdad era que estaba harta de morir de amor... había muerto

muchas veces de ese modo por culpa de Nicole y no quería volver a repetirlo.

Su mayor anhelo era no estar atada a nada ni a nadie.

—Probablemente no le darás crédito a mis palabras, o tal vez

simplemente pienses que estoy loco, pero...

—¿Qué, Stefan? —le gruño, incómoda.

—No puedo parar de pensar en ti. Sé que me prometí a mí mismo que no

me lanzaría a nada similar por un tiempo; supongo que, cuando llega,

simplemente no puedes evitarlo.

«¡No jodas!», exclamó ella dentro de su cabeza, al tiempo que

experimentaba algo así como poner un pie dentro del infierno o, tal vez,

asomarlo a un profundo abismo a sabiendas de que estaba a punto de perder el

equilibrio.

—No puedo evitarlo. De verdad que no quiero arruinarlo contigo, Teo.

—No me conoces.

—No es eso lo que siento, Teodelina. Está bien, de acuerdo, no voy a

insistir con esto, porque entiendo que no te gusta; solamente quería que lo

supieses, eso es todo. Te veo luego en tu casa, ¿sí?

—¿La has visto?

La voz de Simón le llegó por detrás, sobresaltándola. Cortaba la

comunicación con Stefan en ese momento y, sin embargo, no podía

quitarse de

la cabeza sus palabras: para él también fue algo más que una cosa de una

noche y ya.

El miedo se esparció dentro de su cuerpo, de forma virulenta.

Se dio la vuelta y, entonces, las palabras sobraron.

Lena era tan distinta a ella... con aquel vaporoso y femenino vestido, las

diferencias se tornaron todavía más notables. No por ello la halló menos

hermosa que antes, sino todo lo contrario: la modelo, enfundada en su

angelical y lujosa prenda, con rulos en la cabeza y una copa de *champagne* en

las manos, mostrando la más pura de las sonrisas en los labios, le quitó el

aliento y la ayudó a lanzar a lo más

profundo de su cráneo lo que le pasaba

con Stefan, y el discurso que él le había soltado segundos atrás.

Se preguntó en qué se convertiría ella al estar junto a una persona como

Lena. ¿Se le contagiaría su luz, su cantarina sonrisa, la gracilidad y femineidad

de sus movimientos?

Una terrible confusión se apoderó de su mente.

¿No sería mejor ser completamente  
célibe? Era un desastre para las  
relaciones y siempre lo sería.

—¿No te parece magnífico, el  
vestido? —le susurró Simón  
mientras le

pasaba un brazo por encima de los  
hombros al tiempo que la empujaba  
en

dirección a Lena.

Sus miradas se cruzaron.

Teodelina no supo exactamente

cuándo le puso Simón una copa de

*champagne* en las manos y así, sin más, la plantó frente a Lena, mientras se

llevaba a todos los demás, supuestamente para revisar el siguiente cambio.

—No tenía ni idea de que fueses amiga de Simón.

Teodelina apuró media copa antes de alzar la cabeza para mirarla. Lena

era unos cuantos centímetros más

alta que ella y, sobre los tacones, lo era

todavía más.

—Eso complicará cualquier intento por tu parte de huir de mí —añadió sonriéndole.

—En ningún momento he mencionado que tenga planeado hacer tal cosa.

No tengo pensado huir de ti.

—Los que no son del medio usualmente no quieren tener nada

que ver...

—No soy como el resto de las personas —soltó, interrumpiéndola.

—Sí, me he dado cuenta de eso. —  
Le sonrió—. Simón dice que no

puedo, ni debo, perderme visitar tu exposición. Según él, tu obra es magnífica.

¿Puedo?

—Si puedes, ¿qué?

—Visitar tu exposición.

—Claro, claro —balbuceó como una tonta, sin poder dejar de mirarla

completamente embelesada.

—¿La recorrerías conmigo?

«El escape perfecto a todo lo demás», pensó.

—Sí, cuando quieras.

—¿Cuándo?

—¿Mañana?

—¿Mañana por la noche? Me

parece genial. ¿Es una cita, entonces?

Teodelina no lo pensó dos veces, era mejor así.

En su elegante traje, Lena fue hasta su bolso, cogió su móvil y guardó en

él los datos sobre la galería.

Conversaron un rato, hasta que Simón reclamó la presencia de Lena otra

vez; el fotógrafo estaba listo para tomar unos primeros planos.

Con Lena lejos, ocupada en su trabajo, Simón se apoderó de Teodelina y

la obligó a contárselo todo, incluso lo que acababa de suceder con la modelo.

Teodelina se lo explicó; guardaba tanto dentro que tenía la sensación de

que estaba a punto de explotar. Además, necesitaba que alguien la ayudase. Se

moría porque Simón le diese *el*

consejo que la ayudase a seguir adelante con

todo. Por supuesto, era iluso esperar que éste tuviese la respuesta a todo.

—No hay soluciones mágicas para estas cosas, Cuervito —le había dicho

él—. Intenta tomarlo todo con calma, con naturalidad; la verdad se abrirá paso

por sí sola, y entonces todo será mucho más sencillo.

Sintiéndose presionada por todos los flancos, Teodelina abandonó la revista cuando la presencia de Simón fue requerida frente al fotógrafo;

además, su ánimo se agrió, puesto que su amigo volvió a la carga con el asunto

de Nicole y ella no tenía ganas de discutir sobre eso otra vez. Tenía en mente

algo más inmediato: en una hora, tendría a Stefan en su apartamento.

Teodelina detuvo el vehículo frente a la entrada de su edificio.

El motor enmudeció, todo quedó en silencio, salvo su cerebro, que

continuaba trabajando a toda máquina, torturándola con recuerdos.

Tal como si hubiese sucedido ayer, tenía impresa en sus retinas la última

ocasión en que vio a Nicole, la noche en que durmieron juntas antes

de que

ella desapareciese una vez más. La recordó sentada en el borde de su cama,

girándose para mirarla. Le había pedido que se quedase con ella, a lo que

Nicole respondió con un simple «no puedo, tú sabes que no puedo quedarme».

Ni siquiera cuando le dijo que la quería, Nicole accedió, al menos, a darle una oportunidad.

La odió y amó tanto en ese momento... mucho más que nunca antes,

porque, pese a la distancia que ella se empeñaba en imponer entre ambas,

Teodelina continuaba oyendo su risa, viendo su amplia sonrisa, su rostro

relajado mientras dormía al otro lado de su cama, el tacto y el sabor de su

piel, sus gestos, su manía de

chuparse los dedos al comer; si hasta tenía

grabado el modo en que ella se cepillaba el cabello cada mañana.

Llena de rabia, le dio un puñetazo al volante. Una tormenta tronaba dentro

de su cerebro mientras que en su vientre sentía como si un tornado revolviere

sus tripas. Eso era lo que Nicole le causaba cada vez que pensaba en ella.

Experimentar aquello resultaba más tortuoso con el pasar de los días, porque

su intención era olvidarse por completo de que ella existía; parecía que el

recuerdo de Nicole se aferraba con uñas y dientes para no ser lanzado al

olvido, a la oscuridad a la que Teodelina empujaba todos y cada uno de los

malos momentos acumulados

durante su vida. Le hacía esto a propósito, para

lastimarla todavía más, negándose a permitirle vivir en paz, succionando todas

sus energías, sus ganas de volver a pintar, incluso la voluntad de moverse o

comer. Con ese nivel de ansiedad, le daban ganas de perder el conocimiento

del modo que fuese, la hacía desear tener el poder de apagar su mente.

Por un momento, barajó la opción de volver a arrancar el motor y poner

rumbo al gimnasio para sudar hasta el agotamiento durante una o dos horas; no

se sentía con ánimo para ver a Stefan. Aunque hiciera lo mismo que la noche

anterior en su cama, hoy no lograría ni la mitad del placer conseguido y no

deseaba terminar la velada

frustrada y amargada.

—Mierda, ¿por qué no te largas de una vez y me dejas vivir en paz? —

despotricó en voz alta como si Nicole pudiese oírla.

Teodelina dio un respingo sobre el asiento del coche cuando alguien

llamó con unos golpes a la ventanilla del conductor.

—Hola —exclamó Stefan desde el otro lado del cristal—. Nosotros sí

que tenemos un *timing* perfecto. Te

he visto llegar desde la esquina.

¿Con

quién hablabas?

—Con nadie —le respondió  
abriendo la puerta. Stefan la ayudó,  
como

todo un caballero, detalle al que no  
estaba acostumbrada y  
probablemente no

se acostumbraría jamás. Sus  
experiencias con los hombres nunca  
habían sido

demasiado buenas, salvo con

Simón, pero su amigo no contaba

verdaderamente, porque Simón siempre había sido eso, más un amigo que

ninguna otra cosa; el título de amante no le había cuadrado jamás, lo de ellos

siempre había resultado más una hermandad, y sus gestos eran producto de un

cariño fraternal, no de las galanterías de alguien que pretende enamorar o

agasajar a la mujer deseada y amada.

Sin demora, Stefan posó una de sus manos sobre la cadera de Teodelina y, moviéndose lentamente y con delicadeza, la besó.

No servía para engañar a nadie; se negaba a posar para los demás, a pretender cosas que no era o no sentía, y, por eso, le fue imposible deshacerse de la capa de hielo que la cubría.

La sensualidad de las intenciones de Stefan no logró derretir aquella capa.

—¿Qué sucede? —le preguntó él al oído, acariciándola con los labios —.

No pareces muy feliz de verme. Creía que querías reunirte conmigo.

«Sí, eso quería hasta que el puto recuerdo de mi ex lo ha arruinado todo»,

le hubiese gustado decirle.

—Si no es un buen momento, puedo irme y nos vemos mañana.

No pudo decirle que se fuera; es más, ni siquiera lograba decidir qué era

lo que realmente deseaba.

—Podemos ir a comer... o pedir algo y quedarnos en tu apartamento. Si

no estás de humor, me basta con pasar el rato juntos. Verte también es una

buena fuente de placer.

La mano de Stefan trepó por su espalda por debajo de sus ropas. Su piel

se encendió.

—¿Qué me dices?

Teodelina cerró la puerta del vehículo y conectó la alarma del mismo.

—Subamos.

La sonrisa en los labios de Stefan se amplió todavía más.

Fue extraño entrar con él al

edificio, así, simplemente andando, apenas

sin hablar, manteniendo cierta distancia. Esta nueva forma de relacionarse con

Stefan sin duda era muy distinta a la que ambos compartieron en su primer

encuentro; diferente y poco común para Teodelina, quien ni siquiera tenía

recuerdo de haber invitado a pasar a su apartamento por segunda vez a

ningún

individuo con el que hubiese compartido una noche de cama.

Se sentía mucho más que rara, y lo peor era que Stefan no parecía

experimentar la misma incomodidad; todo lo contrario, se lo veía relajado,

sonriente, tal parecía que se sintiese en su casa, como si conociese el lugar a

la perfección. Así, de ese modo, él atravesó el *hall* de entrada,

andando con la

cabeza en alto, yendo directo al ascensor. Por lo visto, pese a que anoche

habían entrado besándose, muy pegados el uno al otro, sabía exactamente

hacia dónde debía ir; ella esperaba que básicamente estuviese viéndolo todo

por primera vez, pero evidentemente no era así y eso la sorprendió. Ella ni

siquiera recordaba cómo habían hecho para atravesar la puerta de entrada,

mucho menos cómo subieron a su apartamento.

Stefan pulsó el botón de llamada del ascensor, se volvió y la cogió por la

cintura con manos firmes; las yemas de sus pulgares se metieron por debajo de

su camiseta.

—¿Qué me hiciste? —le susurró al

oído, para luego besar su piel.

Teodelina alzó la cabeza; el ascensor venía bajando por el cuarto piso.

—¿Por qué no puedo parar de pensar en ti?

Su cuerpo reaccionaba a sus caricias, pero su mente se encontraba muy

lejos de allí.

—Nunca he conocido a nadie igual. Haces que no quiera separarme de ti,

que desee saberlo todo de ti.

Los ojos de Stefan aparecieron delante de los suyos.

—Me muero por conocer los pensamientos que dan vueltas por tu cabeza

mientras te tengo en mis brazos. —  
La apretó contra él—. ¿Dónde estás ahora?

—Ha llegado el ascensor —dijo ella para evitar tener que darle una respuesta. Hizo el amago de avanzar para meterse dentro de

éste, y así subir a

su apartamento; él la frenó.

—Estaba perdido hasta que te conocí.

—Exageras. No me conoces, Stefan.

—Sí te conozco. Lo que sucede es que te gustaría que no hubiese vuelto a

aparecer en tu vida. No soy estúpido; me bastó con cruzar unas pocas palabras

contigo, con pasar un par de minutos a tu lado, para entender que todo esto, esa

armadura que cargas encima, es con la que intentas protegerte del dolor. Tu

rudeza... tu frialdad es tu arma. Aparentas ser una roca; sin embargo, por

dentro eres tierna —las manos de él treparon por la columna de ella—,

suave... dulce. No necesitas protegerte de mí. No te lastimaré,

Ultra Negro.

—No sabes lo que dices; no pretendo nada, simplemente soy así... y, sí,

todo el mundo lo hace, todo el mundo hiere, incluso sin querer. El mundo es

una porquería y la gente acostumbra a ser cruel.

—No es cierto; no sé qué tipo de gente has conocido antes que a mí, pero

yo no soy así, al menos intento no

serlo. Quieras admitirlo o no, se nota que en

tus ojos hay dolor, lo percibo.

—Es momento de que te largues. —  
Ya no soportaba eso, no quería oírlo

hablar así, porque, cada palabra que él entonaba, cavaba más y más hondo en

su pecho, penetrando la coraza que, frente a él, había pasado de ser una gruesa

y resistente placa de metal a fino

papel que de nada la protegería, ni siquiera

de la lluvia.

Moviéndose con la agilidad de un gato, casi pudo deshacerse de él, pero

Stefan acabó siendo más rápido que ella: cuando se alejaba retrocediendo de

espaldas, la sujetó por las muñecas con fuerza, sin provocarle dolor pero sí

indicándole que no estaba dispuesto

a soltarla, no al menos sin dar batalla.

—No pienso dejarte ir; me importas, y mucho. Te has convertido en la

roca de la cual puedo aferrarme. Te necesito y, sin duda, mi miedo no es menor

que el tuyo.

—No tengo miedo.

—No, estás aterrada y eso es bueno.

—Suéltame.

—Lo digo en serio, Teo; no seas cobarde, ten coraje y confía en mí.

—Nada de esto es buena idea —  
chilló al borde de la desesperación.  
No

soportaba que él sacase de su  
cabeza cada uno de sus miedos, de  
sus

pensamientos, porque, cuanto más  
profundo penetraba él en su  
existencia,

menos deseos sentía de dejarlo

partir, de empujarlo lejos de sí;  
todo lo

contrario, con cada inhalación lo  
necesitaba más y más.

Stefan la soltó, dio un paso atrás y  
se quedó mirándola fijamente.

—Dame la oportunidad de  
demostrarte que no soy un jodido  
cretino, ni

un cruel sádico. Soy solamente una  
persona normal, tan susceptible de  
cometer

errores como de hacerlo bien.

Arrastrando los pies sobre el suelo de mármol de la entrada, rehuyendo de su mirada, Teodelina le pasó por el lado y se metió en el ascensor.

Stefan giró sobre sus talones lentamente para quedar otra vez frente a

ella.

Él parpadeó una y dos veces; a la tercera, ella reunió valor y, sacando su

voz de un lugar profundo, le pidió que subiese al ascensor.

La pura verdad era que no quería que se fuera, pero sí que dejase de

hablar... porque, con el correr de los días, su pasado amenazaba con instalarse

definitivamente en el presente y ella no deseaba volver a ser esa persona, y

mucho menos a sentir o experimentar lo que le tocara vivir a su versión más

joven.

—Formamos un buen dúo.

Teodelina lo miró en silencio. Sin despegar los labios, se movió para colocarse frente a él mientras las puertas del ascensor se cerraban.

Extendió una mano, colando sus dedos por dentro de la cintura del pantalón de él. Dando un paso, quedó colocada entre sus pies. Alzó la cabeza

para rozar con la nariz la piel de su cuello. Tenía la impresión de que no

conseguiría acostumbrarse al hecho

de que un hombre como él le gustase tanto.

—Me gusta cómo huele tu piel.

Stefan se sonrió, entornando los párpados.

—Y a mí me gusta el sabor de la tuya.

Alzándose sobre las puntas de los pies, aproximó su boca a la de él.

—Me gustan tus labios —añadió, y luego rozó con la punta de su lengua el labio inferior de él.

—Tu boca me hace perder la cabeza.

Stefan atrapó el labio superior de ella entre los suyos y comenzó a

besarla. Sus manos fueron al trasero de Teodelina y ella se pegó contra él

colgándose de su cuello. Sus dedos se internaron en el cabello de Stefan y le

dio un tirón por la nuca para apartarlo apenas un poco de su boca. Lo

suficiente para poder mirarlo a los ojos por un segundo otra vez. Lo enfrentó,

lo desafió. ¿Miedo? No, en ese terreno ella no tenía miedo, sabía muchos

trucos para ese juego.

En respuesta, él le apretó el trasero.

—Realmente nosotros nos entendemos.

—¿Tú crees?

—Entiendo perfectamente que

quieres tener el control y no me molesta

cedértelo. Sé que, de cualquier modo, contigo es placer asegurado.  
—Le

dedicó una sonrisa sexy—. Haz de mí lo que quieras, Ultra Negro.

—¿Seguro?

—¿Te parece que estoy mintiendo?

Su pene, endureciéndose debajo de la tela de los pantalones, decía la verdad.

—Me tienes en tus manos —agregó quitando las manos del trasero de

ella para alzarlas a la altura de sus hombros en señal de rendición—.

Mi

cuerpo es tuyo.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

—Tan sólo dime lo que quieres que haga y eso obtendrás.

Teodelina lo soltó.

—Sígueme —le pidió dándole la

espalda para salir de la cabina.

—Como ordenes.

Con él siguiéndola un par de pasos por detrás, avanzó hasta la puerta de

su apartamento. Abrió la puerta y lo dejó pasar. Stefan se quedó muy quieto a

un lado de la puerta, evidentemente decidido a obedecer. Eso le agradó; tener

a semejante hombre bajo su control la hizo relajarse. Se quitó la

chaqueta y la

arrojó sobre el sillón.

—Ve hasta la cama.

Él asintió con un ligero movimiento de cabeza y hasta allí se movió.

Esta

vez fue el turno de ella de seguirlo.

La visión de su trasero le arrancó una sonrisa, sobre todo porque le hizo

gracia fijarse en él de ese modo. Estaba encontrándole otra vez el

gusto a los

hombres.

Stefan se detuvo a los pies de la cama y giró sobre sus pies para

enfrentarla. Con una sonrisa, alzó la cabeza y le enseñó sus palmas como

diciéndole que allí estaba, rendido.

—Desvístete.

La sonrisa de Stefan se extendió hacia un costado.

Ella se cruzó de brazos y lo enfrentó, demostrándole que esperaba que

obedeciese de una buena vez.

—Muy bien —susurró él con voz sedosa.

Se quitó la chaqueta y la colocó sobre los pies de la cama. Enfrentándola

otra vez, fue a por su camisa. Soltó el botón de su cuello y fue bajando

lentamente, liberando los botones uno a uno. Apartó un poco la

prenda,

dejando al descubierto parte de su pecho.

Teodelina dio un paso al frente. Sus manos fueron a la hebilla del

cinturón de Stefan para soltarla. Él la dejó hacer.

Bajó el cierre de sus pantalones y lo enfrentó con los ojos una vez más.

—Es bueno saber que te pones así por mí —entonó al tiempo que posaba

su mano sobre la erección de él por encima de su bóxer.

—No hay mucho que pueda hacer contra eso. Me excitas.

Stefan tendió una mano en dirección a su entrepierna, pero Teodelina le impidió tocarla, apartando sus caderas hacia atrás.

—Soy yo la que te toca a ti, no tú a mí.

—¿Y qué se supone que hago yo aquí?

—¿Disfrutar? —Dicho esto, sacó la mano de encima de su pene—.

Acaba de desvestirte.

Stefan obedeció. Se quitó la camisa y luego se sentó sobre el borde de la

cama para quitarse el calzado y los calcetines. Fue a por sus pantalones y, por

último, mirándola fijamente a los ojos, se quitó la ropa interior. Su erección,

libre, quedó frente a ella.

—Esto es ligeramente injusto. ¿Te percatas de ello?

—Cierra la boca y acuéstate en la cama.

Stefan rio.

—Como usted mande, general.

Un amago de sonrisa apareció en los labios de Teodelina.

Stefan se recostó sobre la cama, apoyado sobre sus codos.

Teodelina se sacó la camiseta. Debajo no llevaba más que su piel.

—Las injusticias no me gustan —  
soltó a modo de broma sin ni  
siquiera

saber de dónde había surgido esa  
cuota de humor.

Él rio mientras ella comenzó a  
quitarse las botas.

Se aproximó a la cama, soltó el  
botón de sus tejanos y bajó el  
cierre.

—Tu cuerpo me gusta mucho,  
Teodelina.

El regocijo de placer ante sus

palabras fue directo desde su cerebro hasta

su entrepierna, inundándola de calor. Casi sin querer, enderezó la espalda

cuadrando los hombros, por lo que sus pequeños pechos quedaron alzados. No

pudo evitarlo. Se sentía estupenda.

—¿Ah, sí?

—Sí —le contestó él, riendo.

—¿Y qué harás al respecto?

Teodelina comenzó a bajarse los pantalones.

—Darte todo el placer que pueda.

A ella le gustó mucho la mirada en sus ojos; la excitaba. Así, de pie frente a la cama, se quitó las bragas.

—Más te vale que lo hagas.

Trepó sobre la cama con una rodilla y luego alzó la otra. Sobre sus

rodillas avanzó por encima de él; al

llegar a su cintura, bajó sus manos al

colchón. Quedaron cara a cara, mirándose a los ojos, pero sin tocarse.

—Demuéstrame lo que puedes hacer.

—Te correrás en mi boca —dijo él agarrándola por las caderas. Apoyó

su cabeza en la cama y la arrastró con él.

La nariz de él le hizo cosquillas. Cosquillas que, al instante, se

desviaron

en lo que comenzaba a trazarse como un camino de placer que sabía que la

llevaría muy lejos. La lengua de Stefan comenzó a cumplir su promesa. Su

lengua, sus labios, toda su boca estaba allí para guiarla al placer. Su clítoris

comenzó a arder, también su vagina. Se sentía en llamas, necesitando cada vez

más y más de él, por lo que comenzó a moverse ligeramente sobre su boca

para guiarlo allí donde más ansiaba su tacto, sus caricias. A Teodelina siempre

le había parecido que nadie como una mujer para darle sexo oral a otra mujer,

pero con Stefan ese mito poco a poco comenzaba a caerse por su propio peso;

él sí que sabía qué hacer y cómo

hacerlo.

Él clavó sus dedos en el trasero de ella y ésta comenzó a sentir que los

músculos se le tensaban llenos de la energía de ese orgasmo que estaba por

llegar para hacerla estallar de gusto.

Stefan le daba lo que quería y más, pero fallaba en algo; a Teodelina le

faltaba alguien allí, y ése era el hermano de Stefan. Casi sin querer, se lo

imaginó por detrás de ella acariciando sus pechos, con su pene por detrás de

su trasero. A falta de las manos de Máximo, se acarició con las suyas.

Con la respiración desbocada de tanto placer, jadeó hasta llegar a un espectacular orgasmo que la hizo correrse sobre la boca de Stefan, pero él no

se detuvo y continuó devorándola hasta que Teodelina tuvo que pedirle que

parase porque ya no conseguía sostenerse sobre sus rodillas.

Apenas si lo oyó cuando le pidió un preservativo.

Todavía intoxicada de placer, fue a buscar uno a la mesita de noche y se

lo entregó.

Lo vio colocárselo y, cuando él estuvo listo, lo tomó entre sus manos y

colocó la punta de su miembro sobre su vagina, todavía húmeda

del orgasmo

anterior.

Con fuerza, movió las caderas hacia abajo y hacia delante para acoplarse

en él, disfrutando de la presión que ejercía el pene de Stefan dentro de su

vagina.

Las manos de él llegaron otra vez a sus caderas, más solamente se

limitaron a acompañar los

movientes de ella, primero  
circulares y después

hacia delante y hacia atrás, en  
busca del clímax de ambos.

Los dos acabaron gimiendo y  
jadeando, disfrutando el uno del  
otro hasta

alcanzar lo más alto del pico de  
placer.

\* \* \*

—Papi, tengo hambre.

Máximo ni siquiera se había

percatado de que su hija lo acompañaba

dentro la cocina; no tenía recuerdo del momento en el que ella llegó. Con la

cuchara de madera, meneaba el *rissotto* mientras su mente flotaba muy lejos de

allí, perdida en el mismo limbo del cual su seguridad no conseguía salir, en la

misma negrura en la que se mezclara la certeza de que su

decisión de contraer

matrimonio, una vez más, era la correcta, en la misma en la que se diluyera,

también, lo que creyó que era un amor concreto, una relación que tenía futuro.

—Ya casi está.

La niña le echó un vistazo a la mesa puesta, había sitio para dos.

—¿Tío Stefan no va a cenar con nosotros? ¿Tampoco Geraldine?

Máximo apagó el fuego y tapó la cacerola.

—Geraldine tenía trabajo en la galería, cielo, y tío Stefan...

Julieta se sentó a la mesa y se quedó mirando a su padre, expectante.

—Tío Stefan salió.

—¿Con una amiga?

Por lo visto su hija no necesitaba demasiadas explicaciones. Asintió con

la cabeza.

—¿Tiene novia otra vez?

—No lo sé. —En ese exacto momento su boca se agrió al imaginar a

Stefan en compañía de Teodelina.

—¿Cuándo vas a llevarme a la galería otra vez? Hace mucho que no voy.

¿Andrea no ha preguntado por mí?

—Bueno... —Máximo comprendió que ya no le sería posible dilatar el

momento de la verdad. Cogió la silla y la arrastró hasta el extremo de la mesa,

para colocarse frente a su hija.

—¿Qué?

—Ha pasado algo feo, algo triste.

—¿Dónde, con quién?

Julieta se puso seria. A sus diez años, su cara de preocupación era la de

un adulto.

—En la galería, Juli, en la galería.

—Pero no acabas de decirme que Geraldine tenía trabajo en la galería

esta noche.

—Sí, la reabrirán esta noche... es que... —Max la cogió de las manos —.

Es Andrea, Juli. Algo pasó en la galería y ella...

—¿Qué le ha ocurrido a Andrea?

—Lo siento mucho, hija, Andrea ha

muerto.

Instantáneamente, los ojos de su hija se llenaron de lágrimas.

Máximo la abrazó.

Julieta se echó a llorar.

—Ya, mi cielo.

—¿Por qué no estás triste?

—Sí que estoy triste por lo que le ha sucedido a Andrea, Juli.

Su hija lo empujó.

—Pero si anoche estabais todos de lo más felices en tu restaurante.

—Sólo fue una cena, y que comiésemos juntos y conversásemos, incluso

que riésemos, no significa que por eso no estemos tristes, que no nos duela lo

que ha pasado.

—¿Geraldine está triste?

—Claro que sí —le respondió dudándolo; en ese momento no tenía ni la

menor idea de lo que sentía Geraldine. Él fue el primero en impresionarse al

enterarse de que su prometida había decidido reabrir la galería tan pronto. Eso

todavía le molestaba.

—¿Y esa chica?, la que comió con nosotros, la que se fue con tío Stefan

anoche, ¿ella también está triste?

—¿Teodelina?

—Sí, ella. —Julieta se limpió las lágrimas del rostro con las mangas de

su pijama.

—¿Por qué preguntas por ella?

—Conocía a Andrea, yo las vi una vez hablando.

—¿En la galería? Sí, bueno, Teodelina expone sus cuadros en la galería

de Geraldine, de modo que...

—No, no en la galería —se

apresuró a interrumpirlo su hija—.

En la

calle. Las vi una tarde; yo iba en el coche con mamá, salíamos del dentista.

—Eso fue hace un mes, o más... —

Un mes atrás, Geraldine todavía

luchaba con Ultra Negro para convencerla de que expusiese en su galería.

—Sí, no sé. Fue la última vez que fui al dentista.

—¿Y dónde las viste?

—Estaban sentadas en un café, en una mesa en la calle.

—¿Juntas?

—Sí, estaban hablando.

—¿Y te vieron?

—No, no lo creo; las vi porque nos detuvo el semáforo un momento.

—¿Estás segura de que era la chica con la que cenamos anoche?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo has dicho

antes?

Por respuesta, su hija se encogió de hombros.

—¿Le dijiste a Andrea que la habías visto con alguien por la calle? —Su

curiosidad podía más; le intrigaba saber qué había estado haciendo Andrea

con aquella chica, en un café, bastante antes de que ésta firmase un contrato

para exponer en la galería de

Geraldine.

—Sí, se lo conté la última vez que la vi, el día que fuimos a buscar a

Geraldine, cuando estaba pintando la galería para prepararla para la exposición.

—¿Qué te contestó ella?

Julieta se refregó la cara y se echó atrás sobre su silla, muda y con la

vista clavada en el suelo.

—Juli, ¿qué pasa? ¿Qué fue lo que

te contestó Andrea cuando le dijiste que la habías visto con esa chica en un café?

—Me dijo que debí equivocarme, que no era ella la persona que vi.

—¿Lo negó? Pero... ¿por qué? — La pregunta, en realidad, no iba dirigida

a su hija, sino más bien a su cerebro, a su curiosidad. ¿Qué motivo tenía negar

que se había encontrado con Ultra Negro en un café? Eso no era

ningún

crimen.

Un momento, su cerebro derrapó en una pronunciada esquina. «Me

sorprende, ¿un hombre? Oí que dicen por ahí que es gay. Tal vez sea

bisexual», había dicho Geraldine la noche de la apertura de la exposición,

cuando él le comentó que había visto a Ultra Negro alejarse en compañía

masculina, la misma con la que apareció anoche en su restaurante, de la que

luego se enteró que no era más que un amigo; para lo demás, por lo visto, la

oscura muchacha tenía a su hermano. Cabía la posibilidad de que Geraldine

tuviese algo de razón en lo que decía, que a la chica le gustasen tanto hombres

como mujeres.

Por otra parte, no tenía ni idea de qué orientación sexual tenía Andrea, lo

que sí le resultaba sospechoso era que lo hubiese negado; no tenía nada de

malo que se encontrase con alguien para tomar algo. ¿Acaso le daba vergüenza

ser vista con otra mujer? ¿Qué había detrás de eso?

—Pensé que estaba equivocada, que no era ella a quien yo había

visto.

—Julieta jugueteó con el dobladillo del mantel en un gesto ansioso; pasados

unos segundos, alzó la vista—. No es cierto, no me equivoqué. Ayer, cuando vi

a esa chica rara, me di cuenta de que era ella con quien yo había visto a

Andrea. Sé que era ella. Lo que no entiendo es por qué Andrea me mintió. ¿No

era mi amiga?

—Sí lo era, Juli, no te preocupes por eso.

—Entonces. ¿por qué me trató de mentirosa? Tendría que habérselo

preguntado a esa chica ayer, a ver si era ella con quien yo vi a Andrea esa vez.

Sin entender muy bien por qué, Máximo se puso nervioso.

—Esa chica da miedo.

—¿Teodelina?

Asintió con la cabeza.

—Es rara.

—Sí, viste raro; es que a veces los artistas son un tanto extravagantes.

—No es eso. Es por el modo en que te mira.

—¿Te miró mal?

—No a mí, a ti.

—¿Qué?, no te entiendo.

—¿No te diste cuenta?

—Darme cuenta, ¿de qué, Juli?

—Te espiaba, te miraba seria, casi con cara de enojada.

¿Lo espiaba? Ni siquiera se había percatado de eso, pues le dio la

sensación de que Ultra Negro se concentraba en su hermano; Julieta debió de

quedarse con una impresión equivocada.

—Esa chica siempre es muy seria.

—Por momentos parece mala; en

otros, me da la impresión de que es triste.

—¿Sí?

—Sí, pero no me gusta.

—¿Cómo estaba la vez que la viste con Andrea?

—No sé, no estoy segura. —Se encogió de hombros—. Muy seria. —Se

reacomodó sobre su silla—. ¿Qué cuadros pinta?

Máximo sacudió la cabeza. Él todavía no podía quitarse de la cabeza

aquel encuentro, al cual trataba de dar forma en su mente; sin embargo, su hija

ya saltaba hacia el siguiente tema.

—Retratos. —Irguió la espalda y se palmeó los muslos—. Retratos de...

—la realidad impactó sobre su nuca con la contundencia de un yunque—...

retratos de mujeres. —Solamente mujeres.

Se preguntó qué había detrás del tema elegido por la artista, qué la

motivó a crear aquellas obras, que en su mayoría irradiaban cierto aire de

furia y, al mismo tiempo, de tristeza. Todas las mujeres retratadas, o al menos

la mayoría de ellas, parecían esconder un gran secreto y penas, muchas penas.

Penas mezcladas con rencor.

Máximo se puso de pie.

—Sus obras son completamente negras. Sólo utiliza pintura negra.

—¿Por eso la llaman así, Ultra Negro?

Máximo asintió con la cabeza y fue a buscar la cena.

—Si Ultra Negro era amiga de Andrea, ella también debe de estar triste.

—Sí, cielo, supongo que sí.

Destapó la cacerola y le dio unas vueltas al *rissotto* para terminar de integrar la mantequilla y el queso mientras envidiaba a su hermano por tener la

oportunidad de pasar tanto tiempo junto a Teodelina; él se moría por tener al

menos unas horas para hacerle unas cuantas preguntas y, así, despejar las

dudas que ella le suscitaba.

No podía parar de resultarle raro

imaginarse a Teodelina en un café,  
en

plena tarde, acompañada de  
Andrea. Ciertamente la artista no le  
parecía del

tipo de persona que sale de su  
madriguera a la luz del día, y  
mucho menos para

tomar un café al sol. Ni de lejos la  
veía como a la clase de chica que  
sale con

sus amigas a cuchichear por ahí.  
Aún menos si la amiga en cuestión

negaba

haberse encontrado con ella.

¿Habrían tenido un amorío?

Máximo terminó quemándose con la cacerola caliente, puesto que estaba

demasiado distraído dándole vueltas al asunto sin poder apartar de sus ojos la

imagen de Ultra Negro.

En un gesto un tanto infantil, tras servir la cena a su hija, Máximo cogió

su móvil y llamó a su hermano, no una, sino dos veces. Sobradamente sabía

que él no contestaría porque se encontraba con ella. Para su propia vergüenza,

a sabiendas de que hacía el ridículo, y de que su intención no era otra que

interrumpirlos, le dejó dos mensajes de voz: el primero, preguntándole si

llegaría a cenar; el segundo, para

pedirle que lo avisase si no volvía a dormir.

\* \* \*

Stefan ahogó la campanilla de su móvil escondiéndolo debajo de la

almohada. Teodelina dormía a su lado y no quería que se despertase. El

maldito aparato sonó una vez más y él maldijo por lo bajo. Por suerte

Teodelina ni se inmutó.

En cuanto el silencio reinó otra vez,

comprobó en la pantalla del teléfono

que las dos llamadas no eran de otra persona más que de su hermano.

—Te mueres por alejarme de aquí  
—le dijo en voz baja mientras

escuchaba sus mensajes—. Lo lamento, hermanito —añadió cuando el segundo

mensaje concluyó.

Con dedos ágiles, tecleó un mensaje de texto:

No te preocupes por mí, no volveré a casa esta noche.

Cuando Teodelina despierte, pediremos algo de comer.

Que tengas buenas noches.

Besos a mi sobrina.

Stefan pulsó «Enviar» y sonrió.

Apagó el teléfono y se levantó de la cama sigilosamente. El sol hacía rato

que se había ocultado; el apartamento estaba prácticamente a

oscuras, los

únicos reflejos de luz que recordaban los perfiles de las esculturas y los

bastidores de Teodelina eran los brillos anaranjados de la luz del alumbrado

público de la calle. La iluminación no era mucha, la suficiente como para

moverse sin tropezar con nada.

Teodelina se echó la capucha sobre la cabeza. Tenía el cabello empapado en

sudor, la ropa pegada al cuerpo por la misma razón, y la piel ardiendo a causa

del esfuerzo físico.

Atravesó las puertas del gimnasio concluyendo que las dos horas y media

de ejercicio que acababa de realizar no le bastaban para desahogar los nervios

que apenas si le permitían respirar. Sentía que se ahogaba, que dentro de poco

explotaría si no acababa de eliminar de su organismo la tensión que le corría

por las venas.

Pasar la mañana en el gimnasio no había sido el remedio que ella

buscaba tras dormir por segunda vez, de forma consecutiva, con Stefan en su

cama. Apenas se reconocía a sí

misma en aquellos gestos, en aquellos actos.

Otras mujeres permitían que sus parejas pasaran la noche en sus apartamentos;

mujeres muy distintas a ella, mujeres que se sentirían felices por esa razón y

por tener al lado a un hombre que no dejase de repetirles una y otra vez, con

entusiasmo, lo bueno que había sido conocerlas.

Lo que para otros era un motivo de felicidad, ella lo vivía igual que si tuviese una soga atada al cuello, pese a que no podía evitar saberse a gusto

con él.

A cada hora que pasaba, la lazada se apretaba un poco más contra su piel.

Los músculos de su cuello comenzaban a contraerse apretando la laringe... si

hasta sentía la presión en sus ojos y

cerebro.

Tenía ganas de salir corriendo, de huir. Lo hubiese hecho de no ser por el

plomo en sus pies; algo le impedía moverse del lugar en el que se encontraba,

pese al miedo que esa nueva sensación infundía en ella.

—Por Dios santo —exclamó Simón. Por supuesto, él jamás podía

responderle con un simple

«hola»—. Llevo toda la mañana esperando a que

me llames; temía llamar yo e interrumpir algo. Cuervito, me has tenido en vilo

más horas de las que soy capaz de resistir. Eso no se hace, ya comenzaba a

desear roerme las uñas; a punto he estado de arruinarme la manicura. Si hasta

me has hecho sudar dentro de mi camisa nueva. Ni siquiera he

logrado

concentrarme en mi trabajo. No he hecho más que desastres esta mañana; la

gente no para de preguntarme qué es lo que me pasa hoy.

—Buenos días, Simón —le contestó ella con el tono más calmado que

logró evocar, si bien por dentro era un manojo de nervios.

—¿Acabas de despertarte? ¿Está él ahí? No me digas que has tenido

una

de esas noches de sexo, porque no lo soportaría. Es como hablar de un

fastuoso festín frente a los que se mueren de inanición. ¡Suerte la tuya! Te digo

que, si mi vida sigue así, la monogamia va a pasar a la historia. ¡Un momento!,

¿no debes estar con él ahora? Abusa de las gracias de ese hombre por mí,

Cuervito.

—Ya basta, Simón. No estoy en casa, acabo de salir del gimnasio.  
Stefan

se fue temprano esta mañana, tenía cosas que hacer.

—¿Del gimnasio? ¿Se fue temprano? Acaso las cosas no sucedieron

como debieran. ¿Te ha privado de un mañanero? Que necesitates ir al

gimnasio por la mañana no es buena señal, al gimnasio van los que no tienen

buen sexo.

—Por favor, Simón, ¿de dónde mierda sacas esas ocurrencias?  
Para que

te quedes tranquilo: sí, sí tuve buen sexo, y varias veces durante toda la noche;

no he venido al gimnasio para descargarme por eso, sino por...  
¡Mierda, que

no sé qué hacer! Stefan es...

—¿Perfecto para ti?

—No lo digas ni en broma. Soy yo la que no está lista para la

monogamia; es más, jamás lo estaré, no sirvo para eso. Toda esta situación me

vuelve loca. Lo conocí el fin de semana y ya se ha quedado a dormir en mi

casa dos días. ¿Es que acaso no extraña su cama, su soledad?, porque yo sí.

No sé qué hacer con él ahí, me siento invadida. Se me acaban las

palabras, ya

no sé qué más decir, y para colmo él tiene esa manía...

—¿Qué manía? ¿Va al baño y deja la puerta abierta?, ¿se ducha y te deja

el baño sucio?, ¿tiene malos modales en la mesa?, ¿se come sus mocos? ¡¿Qué,

Cuervito, qué tiene de malo ese hombre?!

—No hace nada, ése es el puto problema. Su manía es repetir una y

otra

vez, como un loro, cuán feliz lo ha hecho conocerme, que soy la mujer ideal

para él. Y por ahí va. Si no actuase de un modo tan normal, diría que algo falla

dentro de su cerebro, que está obsesionado. En contraposición, tiene

momentos de total desprendimiento, en los que todo es informal, libre.

—No seas neurótica, Cuervito. No

pasa nada, no tiene nada de malo que

puedas estar así de bien con alguien.

—Nada de esto entra dentro de mis planes.

—No puedes pretender que la vida encaje con precisión dentro de tus planes, es imposible controlarlo todo. Relájate y disfrútalo.

—No quiero que lo próximo que suceda sea que se mude a mi casa.

—¿Acaso te lo ha pedido?

—¡No, por Dios, no!

—No es tan malo que le hayas pegado así a un hombre. Siempre cabe la

posibilidad de que alguien se enamore de ti.

—No quiero que él se enamore de mí.

—Lo que tú quieras no cuenta; recuérdalo, no puedes controlarlo todo.

—¿Qué mierda voy a hacer ahora?  
Me es imposible manejar algo así.  
Se

me va de las manos, Simón.

—Déjate llevar.

—No es el consejo que esperaba  
oír.

—Termina con él, entonces.

Teodelina enmudeció. Tampoco  
deseaba eso. ¿Por qué,  
simplemente,

Stefan no podía comportarse como

cualquier otro hombre: huyendo del  
compromiso, del amor, de las cosas  
serias, de involucrarse tan pronto  
con una

mujer que apenas acababa de  
conocer?

—No quieres terminar con él, eso  
es obvio. Me parece bien, serías  
una

estúpida si lo hicieses. Escúchame:  
cálmate. Todo saldrá bien.

—No puedo, porque tengo la  
impresión de que no será así.

—Podrías intentar ser un poquitín más positiva, ¿no te parece?

—No está en mí ser así.

—Sí, ya lo sé.

Teodelina lo oyó inspirar hondo.

—Cosas peores te sucedieron y saliste bien parada. Sé que has sufrido

suficiente para una vida; quizá sea el momento de que entiendas que, tal vez, lo

que viene a continuación será

mejor; que te mereces un poco de felicidad y eso

es lo que obtendrás. Sí, lo tuyo no es pensar en positivo, pero si empiezas esta

relación creyendo que Stefan te romperá el corazón, acabarás por mandar tu

recién nacida relación con él a eso mismo, al desastre. Intenta crear algo, no

acabarlo. Eres una persona creativa, con una imaginación

increíble; utiliza eso

que empleas para crear tus cuadros en esta situación para que te brinde más

felicidad todavía, que te ayude a deshacerte de los viejos miedos. Stefan no es

uno de esos tipos, Teo. Es alguien completamente distinto, a quien

probablemente le gustas así tal cual eres, sin detenerse a pensar cuán mal

podría resultar todo esto.

—Tal vez a él le importe un cuerno.

—Un tipo que tiene que salir del país en el que vive porque su novia terminó con él no suena a insensible.

—Creo que peor sería que fuese todo lo contrario. No me interesa festejar aniversarios de una semana y, mucho menos, el día de San Valentín.

—Tampoco he dicho que sea de ese tipo de hombres; lo que digo es que

es probable que sea muy parecido a ti, con la única diferencia de que él ha

sufrido menos y, por ello, no teme enamorarse; todavía le quedan fuerzas y

ganas para eso.

Teodelina dio la vuelta a la esquina, media manzana la separaba de su

apartamento. Cuando alzó la vista y vio lo que vio, su mañana terminó por

agriarse.

—La puta madre que los parió; lo que me faltaba.

—¿Qué?, ¿qué te pasa?

—Tengo visita.

—¿Quién?, ¿Nicole?

—No, Simón, no es ella; es la detective que está a cargo de la

investigación de lo sucedido en la galería. La mujer conversa con el portero

de mi edificio frente a la puerta y ya me ha visto. ¡Carajo!

—Tranquila. No reacciones mal con ella; tú no tienes nada que ver con

eso y, si descargas tu mal humor con esa policía, no harás otra cosa que

ganarte problemas.

—Tengo que colgar.

—Sí, claro. Llámame más tarde para contarme qué quería.

—Lo que quiere esa mujer es acabar de arruinar mi vida, encerrarme.

Se despidieron. Teodelina se guardó el móvil en el bolsillo de la cazadora.

—La esperaba —le dijo Resa en cuanto ella se paró frente a ambos.

—Buenos días, señorita Cassel — la saludó el portero, cambiando la escoba de mano—. Le dije a la detective que usted había salido; que, por la

dirección que había tomado, había ido al gimnasio y que, como había salido

muy temprano, seguramente no tardaría mucho en regresar.

Teodelina lo insultó dentro de su cabeza, ¿es que no tenía nada mejor que

hacer que vigilarla? ¿Qué más le habría contado? De sobra sabía que era un

bocazas; así como la chusma del barrio, él no perdía la oportunidad

de

comentar por ahí lo que hacían o dejaban de hacer los ocupantes del edificio.

—Y parece que tenía razón —soltó la detective tras revisar su aspecto

con mirada atenta. Teodelina estaba empapada en sudor y tenía la cara roja por

el esfuerzo físico—. ¿Cree que podemos conversar un rato?

—Quiero darme una ducha.

—No me importaría subir con usted y esperarla un momento.

Teodelina iba a abrir la boca para replicar; sin embargo, no llegó a nada.

—De verdad que me gustaría mucho que fuese ahora. No tengo problema

en esperarla.

Entendió que no tenía sentido negarse; lo único que lograría con dilatar

ese encuentro sería cabrear a la

detective, y lo que ella menos quería era

crearse todavía más problemas.

La guio hasta el ascensor y se despidió del portero de su edificio

insultándolo mentalmente todavía un poco más.

Por los bordes de la capucha detectó la implacable mirada de la

detective, que registraba, para posterior análisis, cada uno de sus movimientos

y gestos.

Uno de los ascensores se encontraba detenido en la planta baja, de modo

que no tuvieron la necesidad de esperar. Teodelina se metió dentro de la

cabina y la mujer la siguió. Sin dilación, pues no tenía razón para demorar lo

que sucedería de un modo u otro, presionó el botón de su piso y las puertas se

cerraron.

—¿Vives sola?

Teodelina asintió con la cabeza.

—Qué bien que no necesites compartir apartamento.

Su respuesta fue una ligera mirada de refilón; después se concentró en el

indicador lumínico, que señalaba que el ascensor pasaba del segundo al tercer

piso.

—Ramón me comentó que esta mañana te vio salir con alguien.

Esperaba que, de un momento a otro, soltase aquello. Había maldecido

por lo bajo cuando Stefan y ella salieron esa mañana y, barriendo la acera, se

encontraron al portero, quien, al verla acompañada, le sonrió abiertamente.

—¿Tu novio?

—No es asunto suyo.

—Solamente preguntaba.

—Sí, claro.

Las puertas se abrieron en el piso de Teodelina. Ella descendió a la

cabeza sin invitarla a bajar; por ella, el ascensor podría caerse hasta el

subsuelo en ese mismo instante.

Sin preocuparse de si la seguía o no, sacó las llaves y abrió la puerta.

Cuando se dio la vuelta, la

detective se encontraba justo detrás de ella.

—Ramón no es muy discreto —  
continuó diciendo mientras  
registraba

desde la entrada el estado de la  
cama, la cual se encontraba desecha  
y con las

sábanas revueltas, las dos tazas de  
café sobre la mesa, la ropa tirada  
por el

suelo—; también me comentó que  
el viernes pasado te visitó una

mujer más o

menos de tu edad. Según él, una chica muy bonita y alta, de ojos claros y

cabello rubio y largo que parecía una modelo. Mencionó que la muchacha

llegó cargando varias maletas como equipaje. ¿Una amiga?

Teodelina estrujó la manija de la puerta dentro de su mano derecha.

—También mencionó que no volvió a verla.

Cerró la puerta, dio media vuelta y caminó en dirección a la cocina;

estaba muerta de sed.

—Tienes muchas visitas útilmente.

Abrió la nevera y extrajo una lata de Red Bull, la cual abrió y comenzó a

beber instantáneamente.

—¿Este apartamento es tuyo, no? Es enorme. Por lo que tengo entendido,

vives aquí desde hace unos dos

años. —Examinó todo a su  
alrededor—.

Parece que menos. ¿Todavía no has acabado de amueblarlo?

—No me gustan los muebles —  
soltó zanjando el asunto—. Me  
figuro que

no ha venido para conversar sobre  
la decoración de mi apartamento.

—No, claro que no. ¿No quieres  
darte una ducha primero?

—Dígame qué quiere y acabemos  
con esto de una buena vez. Qué  
sentido

tiene fingir que es una visita social, si no lo es; yo no le gusto y usted no me

gusta.

La detective le sonrió sin enseñar los dientes, pero con las cejas en alto y

los ojos brillando.

—¿Conoces a un hombre llamado Patricio Conde?

El nombre no le sonaba de nada. Negó con la cabeza.

—Es un artista plástico.

Teodelina se sacó la cazadora, la arrojó sobre la mesa y recuperó su lata

de Red Bull.

—No tengo ni la menor idea de quién es, jamás lo he oído nombrar.

—Iba a exponer en la galería en la que tú expones ahora.

Vació la lata y la arrojó al cubo de basura.

—Su contrato estaba casi

arreglado; se suponía que sus obras deberían

estar expuestas ahora mismo.

—Su nombre sigue sin decirme nada.

—Jamás llegó a firmar el contrato, porque finalmente tú decidiste

exponer.

—Lo que decidan la dueña de la galería y su socio no es responsabilidad

mía.

—Entiendo que no. Lo que no me queda claro es por qué decidiste

exponer, así, de la noche a la mañana, si siempre te habías negado a hacerlo.

La dueña de la galería me dijo que ella, en un principio, te propuso que tus

obras estuviesen expuestas durante el verano, pero que tú, en pocas palabras,

le dijiste que era ahora o nunca. ¿De repente tuviste prisa porque

sucediese?

No entiendo a qué se debió lo súbito de tu decisión. ¿Sabías que ese otro

pintor debía exponer antes que tú?

—Le repito que no había oído antes su nombre.

—¿Es alguien de tu sector y jamás lo has oído nombrar?

—Yo no estoy en el medio, simplemente pinto, eso es todo. Hago lo que

me gusta y lo que los demás decidan hacer con eso es decisión suya, no mía. A

mí no me interesa salir fotografiada en revistas junto a otros pintores o

famosos mecenas; yo simplemente hago lo que me da la gana y no me meto con

nadie.

—¿No crees que a ese tal Patricio Conde pueda haberle molestado que

decidieses así, de repente, exponer,

arrebatándole su posibilidad de ser  
lanzado a la fama?

—¿No he hablado en castellano?  
No tengo ni la menor idea de quién  
es

ese tal Conde.

—La señora Arias insinuó que te  
beneficiarás mucho con las ventas  
que

se produzcan durante la exposición.

—Mis cuadros ya se vendían bien  
antes.

—¿Ah, sí? Entonces, cuéntame, ¿qué esperabas sacar de esta nueva experiencia, si no fue por el dinero de la venta de los cuadros, que, de cualquier modo, hubieses obtenido? ¿Fama?

—Creo que usted no ha escuchado nada de lo que le he dicho. La fama me importa una mierda; no encuentro ningún placer en toparme con una

fotografía mía en una revista, y mucho menos con ver mi rostro en

la

televisión.

—Y volvemos a lo mismo, ¿por qué lo hiciste, entonces?

—Por qué me dio la real gana, por eso. Ahí tiene su respuesta.

—No soy idiota, Teodelina. Sé perfectamente bien que ocultas algo.

—Por este camino no llegará a encontrar al culpable del asesinato de

Andrea.

—No coincido contigo.

—Yo no la maté, grábese eso en la cabeza. No tengo nada que ver con esto.

—Entonces, ¿por qué tengo el presentimiento de que sí?

—No es culpa mía que usted sea pésima en su trabajo. —En cuanto acabó

de pronunciar aquello, se arrepintió. Se había jurado no

echarse más tierra

encima, pero no lo había logrado; con eso, ahora tenía barro hasta las rodillas.

La gélida mirada de la detective la atravesó.

—En cuanto des un paso en falso, serás mía. Cuídate, porque te

lamentarás cuando te ponga las manos encima.

—No le tengo miedo.

—Pues deberías. Sé perfectamente

bien qué estilo de vida llevabas y el

que llevas ahora, lo que cuesta todo esto, tu automóvil, tus viajes... Puede que

en el pasado fueses la víctima, pero también sé que ya no lo eres. Controlas tu

vida y, por lo tanto, no te quedará más remedio que responsabilizarte de tus

actos. Sé que escondes algo — caminó un par de pasos hasta

quedar justo

enfrente de Teodelina—, descubriré qué es.

—Lárguese de mi casa. Ahora.

—Estévez te enseñó mucho, ¿fuiste una de sus alumnas más aplicadas, no

es así?

—Usted no tiene la menor idea de cómo sucedieron las cosas o por qué;

es más, creo que, de haber estado

en mi lugar, no lo hubiese resistido.

—¿Y tú te mantuviste en pie más que bien? Saliste de todo eso airoso,

mientras que la mayoría de las chicas quedaron marcadas por el estigma.

¿Sabías que algunas se suicidaron con el correr del tiempo, mientras que otras

quedaron con serios daños psicológicos? Es más, otras tantas ni siquiera

lograron despegarse de ese estilo de vida.

Teodelina sintió como si le apuñalasen el corazón. Había huido de aquel

grupo lo más rápido posible por una simple y sencilla razón: ver las caras de

las chicas con las que compartía aquel martirio no hacía más que mantener

todas las heridas abiertas y sangrantes. Simplemente tenía que

alejarse de

aquello lo máximo posible. Toda distancia era poca, incluso hoy.

—Eso no era un estilo de vida, era a lo que nos obligaban, ahí no había elección.

—Sin embargo, te las arreglaste muy bien.

—Era la ley de la selva: o comes o te comen. Usted jamás lo entenderá, no tiene ni la más remota idea de cómo era aquello.

—No creo ni una sola de tus palabras, Teodelina.

—¡Lárguese! —Las lágrimas estaban a punto de saltársele de los ojos.

La detective dio un paso atrás.

—Esto no termina aquí y lo sabes.

—Salga de mi apartamento.

—Llegaré al fondo de todo.

—¡Lárguese de una puta vez! —El grito emergió desde lo más profundo

de su garganta. Nada ni nadie hubiese sido capaz de contenerlo, porque en él

estaba todo el dolor, el rencor y la ira que le generaba el recuerdo de aquellos

tiempos. Ya había pasado por eso una vez, ya había tenido que defenderse por

intentar dejar de ser la víctima, por no someterse a lo que los hombres y sus

leyes parecían querer apañar a toda

costa, durante el juicio a quienes la habían

sometido en cuerpo y alma. Revivirlo todo era simplemente agotador.

\* \* \*

Desde la puerta de la calle del edificio en el que vivía, Máximo se

despidió de su hija por última vez. La niña lo saludó desde la ventanilla del

automóvil y luego se puso a charlar con su amiga; la madre de esta

última puso

en marcha el motor del vehículo.

Julieta pasaría la noche fuera. No es que le alegrase deshacerse de su

hija, ése no era su pensamiento, pues amaba cada momento que compartía con

ella. Desde su separación de Constanza, no hacía más que añorar la

normalidad de la vida familiar, gestos simples como arroparla antes de dormir

o verla despertarse con cara de dormida, tenerla allí para cenar juntos, para

mirar la televisión o verla hacer sus deberes en silencio; sin embargo, hoy

suspiraba aliviado al saber que tendría la noche libre para correr detrás de las

respuestas que necesitaba. También lo relajaba saber que Stefan no pasaría la

noche junto a Teodelina. Antes de

irse, un par de horas atrás, lo había informado de que tenía planeado un rápido viaje para visitar a unos amigos; no

especificó dónde y la verdad era que eso le importaba un cuerno; le bastaba

con saber que, por cuarenta y ocho horas, su medio hermano estaría fuera de la

ciudad.

Esperó a que el automóvil traspasase la bocacalle y se metió a

toda prisa

en el edificio; no tenía más que un par de horas antes de tener que presentarse

en el restaurante para comenzar la jornada laboral, una nueva semana.

Subió, se pegó una ducha, recogió un par de cosas que necesitaría y,

después de coger las llaves de su vehículo, salió de casa.

De por sí era una persona tranquila, meditabunda; jamás en su vida se

había propuesto meterse en problemas, y aún menos hurgar donde nadie lo

había llamado, pero algo dentro de sí lo empujaba a entrometerse en eso.

Simplemente le resultaba imposible mantenerse de brazos cruzados, mucho

menos aislado. Intuía que, detrás de la muerte de Andrea y del acto de

vandalismo contra la galería, había algo grande, algo más que un

intento de

robo. Un móvil así parecía muy poca cosa, incluso en la actualidad, cuando

mataban a la gente por el poco dinero que pudiesen llevar encima. Ese *algo*

tenía un nombre y un rostro.

«Detrás de la galería están tus cuadros —pensó mientras ponía el motor

de su coche en marcha—, detrás de Andrea estás tú. Ultra Negro.»

Teodelina bajó de su automóvil después de estacionar frente a la galería.

A través de las amplias vidrieras, en las cuales se reflejaba por

momentos el cielo celeste y un sol brillante y, en otros, las frondosas copas de

los árboles, vio a las personas que se paseaban tranquilamente entre sus obras,

alzando una mano de vez en cuando

para señalar tal o cual cosa. Entre ellos,

divisó a Geraldine junto a una pareja que tenía igual pinta de estirada que ella.

Atravesaba la acera cuando la dueña de la galería alzó la cabeza. Sus

miradas se cruzaron y, en ese instante, el rostro de la mujer se descompuso.

Teodelina no detuvo su andar firme. Entendió que Geraldine no se

alegraba de

verla y le importó una mierda. Estaba furiosa, ¿con qué objeto le había dicho

todas aquellas cosas a la detective? ¿Qué ganaba con embarrar su camino de

ese modo? Sí, la galería estaba llena de visitantes, suponía que, en su mayoría,

más curiosos morbosos que verdaderos compradores, pero ¿qué sentido tenía

llenar el lugar de personas que no entendían y jamás comprenderían su arte?

Nunca se arrepintió tanto como en ese instante de exponer. ¡Si Geraldine

le había caído mal desde el principio! Tan pulcra, tan meticulosa y perfecta,

tan condenadamente estirada y falsa. Iba a tener que explicarle quién era ese

tal Patricio Conde y qué pintaba en

toda la historia. No pensaba dejarse  
arrastrar tierra abajo.

Hecha una furia, entró en la galería  
quitándose las gafas oscuras de  
encima del puente de la nariz.

Geraldine llegó a ella en cuanto  
atravesó el dintel de la puerta,

interponiéndose entre ella y el  
amplio espacio iluminado de la  
galería, igual

que si no quisiese dejarla entrar.

«¡Y una mierda con lo que tú quieras!», exclamó Teodelina dentro de su

cabeza, esquivándola.

Geraldine pronunció su nombre a modo de saludo.

—Tenemos que hablar —le soltó. Si ella no se molestó en pronunciar un

simple «hola», Teodelina ni siquiera se sintió en la necesidad de hacerlo.

—Tengo clientes —dijo señalando

con la cabeza a unas personas que  
en

ese momento estaban más ocupadas  
mirándola, resistiéndose a apuntar  
en su

dirección, ya que evidentemente la  
habían reconocido, que  
preocupándose por

prestarle atención a sus cuadros.  
Aquellas personas no estaban allí  
para

comprar una de sus obras, sino para  
curiosear.

—Pues que esperen, los cuadros no se irán a ninguna parte.

—No quiero ser desatenta.

—Seguro que lo entenderán. —  
Teodelina se volvió hacia la pareja  
con la

que Geraldine había estado  
conversando—. Oigan ustedes —  
exclamó alzando

la voz—: si no van a comprar nada,  
¿por qué mejor no se van?

La mujer abrió los ojos de par en  
par.

—Teodelina, por favor, son clientes.

—Y yo soy quien pintó todas estas putas obras —le contestó sin

preocuparse por controlar el tono de su voz—. Necesito hablar contigo ahora

mismo. —Teodelina sintió que se ponía violenta y no se preocupó por

calmarse; estaba cabreada de verdad y no tenía la menor intención de ocultarlo

—. Y lo digo en serio. Si no

quieres que monte un escándalo,  
mejor me invitas

a pasar a tu oficina. Ahora.

La pareja que conversaba con  
Geraldine literalmente se escapó de  
la

galería pasando por detrás de  
Teodelina.

Geraldine resopló.

—Perfecto. Como quieras. Pasa. —  
Con una mano, le indicó el camino  
que Teodelina ya conocía.

Ésta echó a andar a la cabeza.  
Cortesías para qué, si la que se  
suponía

debía preservar a su artista la había  
mandado al paredón así sin más.

La puerta se cerró detrás de  
Geraldine. Teodelina llevaba  
solamente unos

pocos segundos dentro de la blanca,  
pulcra y ordenada oficina; sin  
embargo,

ya daba vueltas de pared a pared  
igual que un animal enjaulado.

—¿Qué mierda significa todo eso que le dijiste a la detective? ¿Qué pretendías? ¿Quién cojones es ese Patricio Conde del que le hablaste y por

qué nunca me contaste a mí nada sobre él? Sinceramente, Geraldine, no te

entiendo. ¿Crees que tengo algo que ver con lo que sucedió? Porque si es así...

—Nada de eso. Por favor Teodelina, en ningún momento fue

mi intención

inculparte. No te entiendo, dices que la detective interpretó aquello como...

—Esa mujer interpreta las cosas como le da la real gana y no como son.

—No fui yo la que en un principio le contó lo de Patricio Conde, fue mi

socio... y, cuando la detective me preguntó sobre él, no me quedó más remedio

que decirle la verdad. ¿Qué fue exactamente lo que te dijo ella?

—Insinuó que podía tener algo contra él y que por eso decidí exponer,

arruinando sus posibilidades de hacerse famoso o algo así. ¡Ni siquiera tengo

la más puta idea de quién es el tipo! Además, también insinuó que ese tal

Conde puede haber sido el responsable del acto de

vandalismo, que se vengó

de mí por eso. La verdad es que esa detective está loca. Desconozco por

completo qué ideas le rondan por la cabeza, lo que sí sé es que no le caigo

bien y que la está tomando conmigo.

—Todo eso es completamente ridículo.

—Pues acláraselo tú a ella, porque a mí no me cree. Te lo aseguro, esa

mujer no parará hasta verme tras las rejas.

Geraldine soltó una carcajada suave de lo más falsa, que a Teodelina hizo

que le dieran ganas de partirle el florero, que contenía un aparatoso ramo de

rosas, en la cabeza.

—Por favor, exageras. Dudo de que nada de eso sea tan así.

—Como sea, creo que te fuiste de la lengua. Antes de hablar con ella,

al

menos podrías haber tenido la delicadeza de mencionarme a ese otro artista.

Yo no tenía ni la menor idea de que él existía, mucho menos que se suponía

que expondría en el mismo lapso de tiempo que me diste a mí.

—Me juzgas por escogerte a ti antes que otro artista. Vamos, Teodelina,

seamos francas: claro que me

interesaba mucho tenerte a ti; que nos eligieses

fue un gran honor.

A Teodelina le dieron ganas de decirle que se guardase su falsa adulación

donde mejor le cupiese.

—Conde seguro que tendrá su oportunidad. Además, tú fuiste muy clara,

era ahora o nunca. No mentí al decirle aquello.

—Simplemente podrías haber evitado tener que contárselo.

Geraldine volvió a reír. Caminó hasta su escritorio y se sentó en su gran

silla.

—Sé que no tienes nada que ver con esto. Vamos, no te preocupes; todo

se resolverá muy pronto y quedará en el olvido, o como un mal recuerdo.

—¿Es que no me has oído decirte

que esa mujer cree que todo esto es culpa mía?

—Hablaré con ella.

Teodelina apretó los dientes e inspiró hondamente unas tres veces antes

de lograr aplacar, al menos un poco, la bronca que sentía. Esa mujer no

comprendía ni una palabra de las que ella pronunciaba.

—¿Quién es ese tal Patricio

Conde?

—No te preocupes por él.

—Quiero que me digas cómo encontrarlo. Necesito hablar con él.

—¿Para qué? Teodelina, todo esto es de lo más ridículo.

—Necesito saber si tiene algo que ver con lo que sucedió.

—No exageres. Hablaré con la detective, todo se resolverá.

—Seguro que tienes su número.

Geraldine se puso de pie.

—Te repito que no hace falta que hables con él.

—Podría ser el responsable y, desde ya, que ni loca permitiré que me

metan en tremendo lío por su culpa. No pienso consentirlo. Dame su número,

por favor.

—No sé dónde lo tengo.

Teodelina la observó con una ceja

en alto.

«Mentira, si está claro que eres una condenada obsesa del orden que fijo

que lo tiene todo muy bien organizado.»

—Al menos dime dónde puedo encontrarlo.

—Teodelina, vuelve a tu casa. Quédate tranquila, hablaré con la detective

para aclarar todo el malentendido.

—Si ese tal Conde es el responsable, te juro que, en cuanto lo vea, voy a

partirle la cara.

Teodelina notó que los músculos del rostro de Geraldine se ponían

rígidos; la sonrisa se le borró del rostro y le dio la sensación de que ya no

tenía más ganas de reír.

—Solucionaré esto. Ahora, por favor, cálmate. Todo saldrá bien. Mira,

para que te alegres el día te contaré que Ferrarotti ha estado aquí hoy, más

temprano.

Ferrarotti era un italiano al que le sobraba el dinero. El tipo era uno de

los hombres más ricos de Europa y, por casualidad, uno de sus máximos

admiradores y también uno de los grandes, sino el más grande, entusiastas de

su trabajo y coleccionista de sus

obras.

—Estamos en tratos por la compra de cinco de tus obras; las más grandes

y caras.

La sonrisa volvió al rostro de Geraldine. Teodelina hasta pudo ver cómo

se le iluminaban los ojos con el símbolo del dólar.

—Lo he tentado a que también se lleve una de tus esculturas. Incluso

insinuó que quiere organizar una fiesta en tu honor en su casa de la Toscana,

para enseñar tus cuadros a todas sus amistades. ¿Qué te parece? Es una idea

genial. ¿Entiendes lo que eso significa? Algo así te abrirá las puertas de

Europa.

A Teodelina no le entusiasmaba la idea lo más mínimo; es más, algunas

de sus obras ya se habían mudado a Europa y sin la ayuda de una fiesta

organizada por Ferrarotti. Hasta ahora, todo lo que había logrado había sido

producto de su esfuerzo y duro trabajo, no de favores de otros. La única ayuda

que recibió, y muy al principio, fue la de su maestro, a quien ya no tenía

oportunidad de agradecersele.

\* \* \*

Máximo estacionó su vehículo debajo de la sombra de un árbol; un automóvil acababa de dejarle aquel espacio libre.

Giró la llave dentro del interruptor de arranque y el motor enmudeció.

Movió la cabeza hacia su izquierda. A través de la ventanilla y el soplido

del aire acondicionado, observó la fachada del edificio en el que hasta unos

pocos días atrás había vivido

Andrea.

Inspiró profundamente, para reunir valor, y salió del coche.

Por un momento empezó a sentirse mal consigo mismo otra vez; sabía que

lo que estaba a punto de hacer no era correcto, mucho menos racional, nada a

lo que su antiguo yo se hubiese atrevido; ese antiguo yo que se había quedado

perdido en alguna parte, al final de

la semana anterior.

Sabía que Micaela, la joven con la que Andrea compartía apartamento,

no había dudado de él cuando llamó para decirle si podía pasar por el

apartamento a buscar unos papeles que Geraldine necesitaba y que

supuestamente habían quedado en poder de Andrea.

La mentira era un artilugio sólido; Micaela no tenía por qué sospechar de

él, ya que jamás le había mentado ni tenía razones para hacerlo.

De buen grado la compañera de cuarto accedió a dejarle un juego de

llaves al portero para que él pudiese entrar y buscar aquellos papeles que en

realidad no existían.

En la calle hacía calor, pero no fue por eso por lo que Máximo comenzó a

sudar profusamente, sino porque

sabía que había llegado hasta allí para

revisar entre los efectos personales de Andrea.

Al menos se sabía con suerte por una razón: los padres de Andrea

todavía no habían tenido tiempo de recoger sus pertenencias.

Mientras cruzaba la calle, pensó que no tenía ni la menor idea de qué

buscaba en realidad. Necesitaba evidencias, algo que lo ayudase a determinar

si cabía la posibilidad de que entre Andrea y Teodelina hubiese existido

alguna clase de relación; mucho mejor si hallaba pruebas que directamente se

lo confirmasen. De todas formas, ni siquiera sabía qué haría si las encontraba.

Su plan, después de esto, era un tanto vago. Por la mañana también se

había puesto en contacto con un

viejo compañero de escuela que no veía desde

hacía un año, pero con el que de vez en cuando intercambiaba correos

electrónicos. Como quien no quiere la cosa, le comentó que necesitaba

efectuar averiguaciones sobre una persona. Su amigo era muy hábil para ese

tipo de cosas; es más, le encantaba jugar a detectives; acordaron que  
Máximo

le pasaría muy pronto algunos datos sobre la persona en cuestión, para que él

pudiese averiguar el resto.

Sin pedir autorización, se metería en el pasado de Ultra Negro.

Durante horas se repitió a sí mismo que nada de eso tenía sentido;

terminó aceptando que no podía quedarse de brazos cruzados.

A una parte de su mente le costaba creer que Teodelina pudiese ser

responsable de la muerte de Andrea, mientras que la otra mitad estaba casi

completamente segura de que lo sucedido no era el producto de un intento de

robo, sino de una situación mucho más complicada que involucraba a la

esquiva artista de un modo muy profundo.

Máximo pulsó el botón de la portería y se anunció. En menos de

dos

minutos, tenía las llaves del apartamento de Andrea en su mano y esperaba el

ascensor.

No era la primera vez que visitaba el lugar; sin embargo, jamás había ido

en calidad de espía, de mentiroso. Se sentía corrupto de la punta de la cabeza

a los dedos de los pies y se le caía la cara de vergüenza. Lo peor del

caso era

que el entusiasmo que todo eso le provocaba lo hacía sentirse bien, vivo,

como hacía mucho tiempo que no se sentía. Fue como si se quitase de encima

diez años. Incluso las piernas cansadas por la visita al gimnasio de esa

mañana dejaron de dolerle. Su cuerpo rebosaba adrenalina.

Cerró la puerta dejando el resto del

mundo al otro lado de ésta.

Inspiró hondo. El aire estaba impregnado de una mezcla del perfume que

solía llevar Andrea con algún otro. Giró la cabeza hacia su derecha,

identificando así la fuente de la cual emanaba el perfume: uno de los

estrafalarios abrigos de la asistente de Geraldine colgaba del perchero que se

encontraba de pie a poca distancia

de la puerta. Era rojo, uno de los favoritos

de ella, el que tenía el interior con lunares negros.

Apartó la cabeza y se concentró en el ambiente.

Intensos rayos de sol anaranjados se filtraban por las rendijas de la

persiana bajada hasta la mitad. Por debajo de ésta, se veía la gran colección

de cactus de la compañera de cuarto de Andrea, dispuesta al

calor de la tarde.

—Bien. —Se despegó de la puerta —. Aquí estoy —entonó en voz alta.

Dio un par de pasos. A su izquierda se encontraba la puerta que daba a la

cocina de azulejos de un amarillo pálido y muebles de color beige al que les

habían pintado, a mano, flores de color naranja y rojo. Al otro lado, se

repartían el espacio una mesa redonda con seis sillas, un sofá negro, dos pufs,

uno verde estridente y otro violeta, y una mesita de centro tapizada de velas,

ceniceros, revistas de moda y fotografía y unos cuantos cachivaches. Más allá

de la puerta del baño había otras dos puertas, una daba al cuarto de Andrea.

Hacia esta última se dirigió,

tragando en seco, procurando evitar que su

conciencia, que su madurez de adulto, le ganasen el pulso a su curiosidad, a su

instinto y a la obsesión que se generó desde que conoció a aquella chica el

viernes por la noche.

Andrea no tenía cama, solamente un gran colchón tirado en el suelo. El

edredón era de algo similar al terciopelo, de un tono violeta, del

cual

realmente no se veía demasiado, puesto que sobre él descansaban al menos

dos docenas de almohadones de todas las formas, pero en un único color: el

negro.

Máximo levantó la vista y lo que vio sobre la cabecera del colchón hizo

que se le aflojasen las rodillas. Una tela completamente pintada de

negro. La

iluminación no era la mejor, puesto que la persiana estaba medio bajada; aun

así, distinguió lo que las cargadas pinceladas representaban. Era el mar, un

mar negro y tormentoso, picado, revuelto.

Con el pulso acelerado, rodeó el colchón y se acercó a la obra en busca

de la firma del autor, a pesar de que

ya sabía quién había pintado aquello.

Confirmarlo no lo sorprendió lo más mínimo.

«Aun así, esto no es prueba de nada —se dijo a sí mismo—. ¡Mierda!

Este cuadro debe de valer un dineral.»

Máximo estaba al tanto de lo que costaban los cuadros de Ultra Negro.

Dudaba de que Andrea tuviese lo suficiente como para pagarlo, o que

fuese tan

loca de gastar todos sus ahorros en algo así.

—Tal vez fue una inversión. —  
¿Quién mejor que ella podía saber que

realmente el precio de ese cuadro no haría más que incrementarse con el

tiempo?—. O quizá ella te lo regaló.

Simplemente no podía quedarse con la duda.

Tragó en seco y se puso manos a la obra, pero, primero, pidió disculpas

mentalmente a Andrea por entrometerse entre sus cosas, en su vida privada.

—Acabaré preso o al menos metido en un buen lío si alguien se entera de

lo que he estado haciendo aquí.

Dicho eso, abrió el primer cajón de la mesita de noche.

Las manos le temblaban.

Geraldine se pidió un café. Apoyó los antebrazos contra el bode de la

mesa, disponiéndose a esperar, tanto por el café como por quien se suponía

que debía llegar de un momento a otro, ese mismo alguien que se había negado

a responder sus llamadas durante la última semana.

Se cruzó de piernas. Su pie enfundado comenzó a repiquetear

en el aire

enloquecidamente, tanto que la vibración sacudía su cuerpo, y éste, la mesa.

La espera duró muy poco; escasos segundos después, Patricio apareció

por la puerta.

Al verlo, Geraldine se envaró de inmediato. Descruzó las piernas y

volvió a cruzarlas hacia el otro lado.

Patricio la registró con una mirada y hasta allí llegó su reconocimiento;

no hubo sonrisas ni cualquier otro gesto. Simplemente parecían dos

desconocidos que hubiesen acordado reunirse allí para participar de una cita

formal o de negocios.

El recién llegado, un hombre joven de veintiochos años enfundado en

unos tejanos, camiseta negra y camisa leñadora en tonos grises, entonó un

escueto «hola» al tiempo que apartaba la silla para tomar asiento.

Geraldine recorrió su aspecto con la mirada. Su veredicto fue una nariz

fruncida y unos labios que se agriaron cuando sus ojos llegaron a los pies del

hombre. Lucía unas zapatillas de deporte sucias y raídas, con los cordones

flojos y sueltos.

—Comenzaba a creer que no

vendrías.

—No he llegado tarde, Geraldine.

—¿Cómo lo sabes, si ni siquiera usas reloj?

Patricio se rascó la nariz con un dedo manchado de pintura.

—¿No llevas encima el móvil? Te he llamado hace cinco minutos y no me

has respondido.

Sin levantarse de la silla, Patricio palpó los bolsillos de sus

pantalones.

—Supongo que lo he olvidado en casa.

—No te lo compré para que lo dejases por ahí tirado.

—No lo he dejado tirado, Geraldine, simplemente lo tenía enchufado a la

corriente porque no tenía más batería. Me he olvidado de cogerlo antes de

salir. No te pongas loca. Si planeas ponerte histérica, avísame, porque

yo no

tengo intención de soportar una de tus escenas. Durante demasiado tiempo he

permitido que hicieses de mi vida lo que te viniese en gana. Hasta aquí hemos

llegado.

—No me vengas con eso, no eres víctima de nadie, Patricio. De no ser

por mí, hoy no estaría donde estás.

—¿Y dónde carajo se supone que estoy? No soy nada para nadie, mucho

menos para ti. Te deshiciste de mí sin remordimiento alguno.

—Basta de tonterías. Te ofendiste por una estupidez. Supéralo, eres

demasiado mayor como para hacer este tipo de escenas; además, ya te dije que

expondrás en dos meses. ¿Qué son dos meses si has esperado hasta ahora?

Actúas como una criatura caprichosa.

—Me mentiste, me engañaste.

—Patricio, no seas patético; fue un simple cambio de planes.

—Me cambiaste por esa loca desquiciada que ni siquiera sabe lo que es

el arte.

—Esa loca desquiciada pagará el apartamento que querías, de modo que

deja ya de fastidiarme con eso.

Los ojos de Patricio se abrieron de par en par.

—Sí, así es; ayer entregué la paga y señal del apartamento que vimos juntos, el que tanto te gustó.

—No juegues conmigo.

—No juego, simplemente intento explicarte que, a veces, hay que hacer

pequeños sacrificios. No se puede tener todo, y mucho menos todo a la

vez.

Querías un apartamento para ti, un sitio amplio, donde pudieses montar tu

estudio, estar cómodo, que tuviese luz y todo lo demás... pues lo tendrás, y,

luego, expondrás en la galería. — Geraldine remoloneó con un sobre de azúcar

entre sus dedos—. Eso si no...

—Si no, ¿qué?

—Me imagino que te has enterado por las noticias de lo sucedido en la galería.

La tez olivácea de Patricio se tornó todavía más verdosa.

—Llevas más de una semana sin responder a mis llamadas o correos electrónicos, y tampoco contestas a tu puerta. Súbitamente desapareciste. Luis

le habló de ti a la detective que lleva a cabo la investigación sobre

el ataque a

la galería y el asesinato de Andrea.  
¿Supongo que te has enterado de  
que la

han matado?

Patricio no contestó ni que sí ni que  
no, simplemente se quedó sentado

allí, convertido en roca, en roca  
fría y sólida cuya frente empezaba a  
mostrar

los primeros signos de la aparición  
de sudor.

—Luis le explicó a la detective que tu exposición estaba planeada para la

misma fecha que la de Ultra Negro, que al final nosotros decidimos posponer

tu muestra para darle prioridad a la suya. La policía me pidió que le

confirmase eso y, como comprenderás, no pude negarlo. No tenía sentido

hacerlo. Si realmente eres responsable de lo que sucedió,

mejor que

busquemos un buen abogado y que nos organicemos. La verdad es que, en vez

de eso, me dan ganas de matarte por estúpido e impulsivo, y no soy la única

que tiene ganas de apretar sus manos contra tu cuello. Ultra Negro ha pasado

hoy por la galería reclamando sangre, ni más ni menos que la tuya. ¿Y sabes

por qué? Porque esa condenada detective que no tiene nada mejor que hacer

que complicarnos la vida; fue a su apartamento a preguntarle si te conocía.

Ella cree que tú cometiste esos actos de vandalismo contra la galería por celos

o algo así. Me figuro que también sospecha que eres responsable de la muerte

de Andrea.

—¡Eso no! —Su voz se disparó en la tranquilidad del café igual que el pitido agudo de una alarma contra incendios. Al notar que todo el mundo lo

miraba, Patricio se encogió sobre sí mismo.

La camarera llegó con el café.

Patricio no fue capaz de recuperar el habla; sin embargo, como siempre,

fue Geraldine quien se encargó de tomar las riendas de la situación,

pidiendo

otro café y una porción de tarta.

—No fui yo, no la maté. Te lo juro, Geraldine, yo no lo hice. ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—Pienso eso de ti porque eres un idiota. Lo de la pintura contra la fachada si fue obra tuya, ¿no? Lo primero que me dijeron cuando me llamaron

para contarme lo que había sucedido en la galería fue que

alguien había

arrojado pintura negra sobre la fachada del edificio e inmediatamente pensé en

ti. Cuando me contaron que también habían matado a mi asistente, me dije «el

muy estúpido fue descubierto por Andrea, se asustó, quizá forcejearon,

pelearon o lo que sea, y el idiota la mató».

—Yo no la maté, Geraldine. —

Patricio rompió en llanto—. Te juro por lo

que más quieras que no fui yo. Sí, tienes razón sobre la pintura. Me comporté

como un completo imbécil. Fue una niñería, pero, cuando llegué a la galería,

allí no había nadie, todas las luces estaban apagadas, la puerta estaba cerrada;

si Andrea se encontraba por allí en alguna parte, yo no la vi. No tengo

ni idea

de qué fue lo que le ocurrió. No soy responsable de su muerte. —Se prendió

de las manos de Geraldine con gran desesperación—. Por favor, dime que me

crees. Estoy muy asustado. El sábado, cuando me desperté y vi en las noticias

lo que había sucedido, entré en pánico. Salí de casa y no he vuelto por allí

desde entonces. He estado esperando que la policía venga a por mí, puesto que

recordé que había cámaras de seguridad fuera. Mi rostro debe de haber

quedado grabado.

—Nada de eso, el sistema de seguridad falló. Nadie tiene nada contra ti.

Por cierto —se deshizo de él para coger su taza y beber un sorbo de su café—,

también había cámaras instaladas dentro, tampoco funcionaron.

Patricio se pasó las manos por el pelo en un gesto maniático y con el rostro desencajado.

—Llevo días saltando de casa en casa. Mis amigos no entienden por qué

no puedo regresar a mi apartamento.

—Que yo sepa, la policía todavía no te anda buscando; no dudo de que

no tardarán mucho más en necesitar unas cuantas respuestas por tu parte.

—Por Dios.

—Eres un imbécil, lo arruinaste todo.

—No me digas eso.

—Nos pusiste en riesgo a los dos.

—No fue mi intención.

—¿Qué diré cuando me pregunten por ti, cuando averigüen que vives en

un apartamento mío? ¿Y qué pasará si alguno de tus vecinos cuenta que me ha

visto allí, que voy a menudo, que nos ha visto salir y llegar juntos una infinidad de veces?

—Perdón, Geraldine, no fue mi intención.

—Debería dejar que te pudieras en la cárcel; es más, no sé por qué

debería creer que no tienes nada que ver con la muerte de Andrea, bien

podrías ser responsable de eso también.

—Yo jamás tuve nada contra Andrea.

—Empezó a caerte mal cuando ella comenzó a demostrar una

desproporcionada admiración por Ultra Negro. Fuiste tú quien le dijo una

tarde, en medio de la galería y prácticamente a gritos, que no entendías por

qué le gustaba tanto, y cito con

palabras textuales, «esa friki lesbiana que se

creo un vampiro». Yo no fui la única que oyó tu comentario. Recuerda que esa

tarde la sala recibía la visita de muchos clientes, y que Luis y yo salíamos de

mi oficina en ese mismo momento.

—¿Luis le contó eso a la detective?

—No lo sé, no se lo he preguntado.

—No te importa lo que me suceda,

¿no es así?

—La verdad, Patricio, hasta hace un rato te creía culpable de todo, de modo que pensé «ni de broma, éste no me arrastrará cuesta abajo».

—¿Tanto me desprecias?

—No me vengas con esas tonterías; una relación de dos años no se basa en el desprecio. Simplemente estoy decepcionada, muy decepcionada. Te

prometí que te convertiría en un

artista reconocido y tú no haces más que

complicarme las cosas.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Vamos? Todavía no estoy segura de que estés contándome toda la verdad.

—Lo juro, no sé nada más, Geraldine. No contesté a tus mensajes durante

la última semana porque estaba enfadado, simplemente me hacía de

rogar... Es

que estuviste tan distante en las últimas semanas que creí que se había acabado

y, ahora, después de lo que pasó en la galería... no sabía si me creerías o no.

Tenía claro que no tendrías dudas sobre que la pintura lanzada tenía mi firma,

supe que te cabrearías, quizá tanto que mis palabras de inocencia no valdrían

nada para ti cuanto te dijese que de modo alguno lastimaría a Andrea.

Geraldine se cruzó de brazos para contemplarlo en silencio.

—Dime que me crees, dime que sabes que no fui yo quien mató a Andrea.

Por favor, Gera, te lo ruego; por nosotros, tienes que creerme, yo no la maté y

no tengo ni la menor idea de quién pudo ser. Tienes que ayudarme. Por favor.

Geraldine se mantuvo en silencio.

—Por favor. Por favor, Gera. Yo te amo y haría cualquier cosa por ti.

—Si Máximo se entera de esto, será culpa tuya, y si eso sucede, me

cercioraré de que continúes siendo un fracasado por el resto de tus días.

—Nadie tiene por qué enterarse de nada.

—No quiero volver a oír ni una queja ni un solo reclamo por tu parte.

—Claro.

—Harás lo que te diga sin discutir.

—Gera...

—Lo harás —zanjó ella alzando la voz—. Si quieres salir de esto sin

mácula, harás lo que te diga y punto. Es sí o no, Patricio. Sin medias tintas. Ya

te ocupaste de tirar por tierra todo lo que he intentado construir para ti, de

modo que ahora solamente te

limitarás a recibir órdenes y acatarlas sin

rechistar. O estás conmigo o te quedas solo, así de sencillo.

\* \* \*

Máximo pisó la calle. Creyó que se liberaría de la horrible sensación que

presionaba sobre su cabeza, pegando las vértebras de su espina dorsal, una

contra la otra, empujando hacia abajo igual que si la fuerza de

gravedad

hubiese aumentado de pronto por miles, mientras rebuscaba entre los objetos

personales de Andrea. No lo consiguió. Ahora la sensación era la de quien se

escapaba de la escena de un crimen. Realmente, algo no muy distinto.

Tal como había quedado con la compañera de apartamento de Andrea,

lanzó las llaves al buzón después de salir.

A paso raudo, caminó hasta su automóvil. Se largó de allí casi sin prestar

atención al tráfico, puesto que tenía la mente confusa. Aparte del cuadro, no

había encontrado nada, absolutamente nada. Ahora todo era mucho peor,

puesto que la presencia de aquella obra allí, en el cuarto de la

fallecida,

suscitaba toda una serie de nuevos interrogantes.

Su móvil sonó cuando apenas se había alejado unas pocas manzanas del

apartamento; era del restaurante, lo necesitaban allí.

## 11

Le ardían los ojos. Parpadear ya no la ayudaba a contrarrestar la sensación de

tenerlos llenos de arena. Era la una de la madrugada y la traspasada no

solamente se evidenciaba en esa parte de su cuerpo; su cuello estaba tieso, sus

hombros, tirantes. Le dolía la cintura; llevaba casi seis horas de pie, pintando

sin ser capaz de detenerse. No quería hacerlo, temía que la inspiración se

evaporase así, de repente, del

mismo modo en que había llegado de la nada,

tras la llamada que recibió de Stefan, para comunicarle que, si bien habían

planeado encontrarse para cenar, él no podría asistir a la cita.

Stefan se deshizo en disculpas que ella no necesitaba ni quería recibir,

porque eso implicaba que él también estaba demasiado involucrado en aquello

que sucedía entre ambos, y no le

gustaba ni un poco. Suficiente tenía con

soportar lo que comenzaba a sentir por él.

«Será mejor que lo dejes ahora, antes de que esto se te vaya de las

manos», se dijo a sí misma al apartarse de la frente, con un antebrazo, un

mechón de cabello que se le había desprendido de su coleta.

Sacudió la cabeza, fastidiada por la confusión en su mente.

Mordió el mango del pincel y soltó un gruñido sosteniendo todavía la

madera entre sus dientes, la cual crujió ante la presión de su mandíbula.

—¡Maldición!

Así de fácil perdía las ganas de pintar. De todos modos, en verdad no

importaba demasiado: las bases para un nuevo cuadro, para una nueva

colección, ya estaban sentadas. La

idea le encantaba. «La ciudad en la noche.»

Era así como más la conocía, como más le gustaba. Ese primer cuadro, un

callejón entre dos edificios que claramente se identificaban como fábricas o

depósitos, un hombre parado justo entre ambos, debajo de una farola...

Observar otra vez su obra, en el silencio de la noche, le dio

escalofríos

de gozo. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se sintió así de

inspirada.

Dejó de masticar el pincel y lo colocó dentro del frasco de vidrio con

disolvente, para limpiarlo; lo haría por la mañana. Usualmente no dejaba los

pinceles sucios, aquella era una manía enfermiza que heredó de

Miguel, pero

estaba demasiado cansada como para tomarse el trabajo de despojarlo de

hasta el último rastro de óleo negro para, acto seguido, refregarlo una y otra

vez, debajo del chorro de agua, con jabón blanco para quitarle el disolvente y

la pintura que hubiese podido quedar. Suficiente tenía con que se vería en la

obligación de refregarse las manos y brazos con un trapo embebido en el

mismo disolvente que usaba para los pinceles, con el fin de quitarse las

manchas con las que siempre, indefectiblemente, quedaba marcada al pintar.

La noche anterior tampoco había dormido mucho y eso le pasaba factura en

este momento; además, para qué

negarlo, tenía hambre. Sus tripas no paraban

de crujir y sentía que tenía el ombligo pegado a las vértebras. Ni siquiera

pudo engañar a su estómago cuando se bebió una lata de Red Bull media hora

atrás.

Tomó un trapo limpio de la bolsa en la que guardaba retazos de tela, lo

embebió en disolvente y comenzó a refregar con éste sus antebrazos.

Estaba

tan concentrada en lo que hacía que dio un respingo cuando su móvil comenzó

a sonar.

—Que no sea Stefan —pidió en voz alta mientras se acercaba al aparato,

que había quedado sobre su mesita de noche. Tenía identificado el número de

Stefan. Si era él, no respondería. No le importaba que hubiese

podido terminar

con eso que tenía que hacer antes de lo planeado, ella simplemente quería

tomar un poco de distancia, poner cada cosa en su lugar.

El número de teléfono fijo que titilaba en la pantalla no era el de Stefan,

tampoco el de nadie que ella conociese.

Se preguntó quién sería a esa hora. A punto estuvo de no responder, sin

embargo contestó después de arrojar el trapo húmedo y sucio con disolvente y

pintura negra. Ya todo el *loft* olía a la mezcla de ambas sustancias, todo amalgamado con el olor de sus cigarrillos.

—Hola. ¿Ultra Negro? Es decir... perdón, ¿Teodelina?

—¿Quién es?

—Soy Máximo... Máximo Verti.

Teodelina giró la cabeza y vio la

hora brillando en el reloj del

microondas. Eran la una y treinta y cinco. Su cerebro reaccionó al instante: él

había dicho que un día que ambos tuviesen insomnio, podrían reunirse. ¿Para

eso la llamaba? Más allá de los nervios que esa estupidez generaba en ella,

nervios desproporcionados y sin razón de ser, no tenía por qué perder el

control frente a un hombre así, tan normal, tan mundano, tan del montón. ¿Del

montón?, ¡un cuerno! Desde que lo conocía, se le había aparecido más de una

vez en sus sueños.

—¿Hola, estás ahí?

—Sí, aquí estoy.

—Puede que parezca una pregunta un tanto estúpida y fuera de lugar.

«¡Ahí viene! —exclamó Teodelina

dentro de su cabeza—. Busca a su hermano. ¡Esto es lo peor!»

—¿Has cenado ya?

Ante la mención de la cena, su estómago crujió.

—No.

—¿Quieres volver a comer en mi restaurante? Esta vez cocinaré yo.

—La verdad es que estaba pintando y, para serte sincera, no tengo ganas de arreglarme para salir. Lo de la

otra noche fue un suceso muy aislado. No

suelo ir a lugares de moda, no al menos a aquellos para los cuales necesite

convertirme en una de las modelos de mi amigo Simón para entrar.

—Entiendo. Bueno, en realidad no hay necesidad de que vistas nada en

particular. Estamos cerrando. Esta noche hemos terminado un poco más

temprano de lo normal. Aquí nada

más quedan algunos de mis empleados y

están a punto de irse, de modo que seremos solamente nosotros dos, sin

formalidades. Yo tampoco estoy muy elegante que digamos: en este momento

visto unos zuecos de cocina blancos que me hacen parecer un enfermero, tengo

la chaqueta algo salpicada de comida y los pantalones que llevo

son un tanto

ridículos.

—Es tarde y supongo que debes de estar cansado después de trabajar

toda la noche.

—Sí, estoy cansado, aun así tengo que cenar y no me gusta comer solo.

Quedamos en que compartiríamos nuestro insomnio. Sé que, por más que vaya

a casa, no podré dormir. —Máximo hizo una pausa para permitirle

responder,

pero ella no emitió sonido, evidentemente ni por teléfono era una persona

conversadora—. ¿Ibas a acostarte ahora?

—No.

—Ven entonces. Puedo prepararte tu plato favorito. Bueno, si tenemos

aquí los ingredientes. ¿Cuál es tu plato favorito?

—No creo tener uno, en verdad.

—Bueno, ya se me ocurre qué cocinar para ti. Tal vez, al probarlo, se

convierta en tu plato favorito.

Teodelina tenía ganas de ir, mas ninguna voluntad para aceptar que así

era.

—La comida incluye postre y bebida. Te prometo que no soy tan mala

compañía. Sé que a simple vista no tenemos mucho en común, pero...

—No tenemos nada en común.

—No es así exactamente, tenemos dos personas en común. —Por la línea

le llegó un gruñido de ella—. Toma esta cena como un soborno; intentaré

convencerte para que me vendas el cuadro que me gustó, aquel del que

hablamos, el que me dijiste que no estaba en venta.

A Teodelina eso último le hizo gracia.

—Ok.

—¿Sí? ¿Eso es un sí?

—Sí. Es un sí.

—Bien —exclamó si bien pretendía no sonar tan entusiasmado al

respecto. Tuvo que recordarse a sí mismo que la invitación escondía detrás

sus intenciones de aclarar lo máximo posible sobre ella, así como diluir sus

dudas sobre si podía estar o no

involucrada en la muerte de Andrea  
—. Estaré

aquí esperándote... cocinando.  
¿Recuerdas dónde es?

—Sí, claro.

—Sí, por supuesto. Nos vemos  
luego.

—Nos vemos.

—Ven con mucho apetito. —  
Máximo se dio un golpe en la  
cabeza; no

lograba contenerse, aún continuaba

sonando demasiado entusiasmado.

Entusiasmado y ansioso por verla, también nervioso, ni siquiera tenía idea de

cómo encararía el asunto, o de qué hablaría con ella. Lo había dicho: más allá

de que los unían Stefan y Geraldine, no tenían absolutamente nada en común.

Así y todo, se moría por pasar un rato con ella a solas, por cocinar para ella.

Teodelina le dio una última y profunda calada a su cigarrillo antes de

llegar a la puerta del restaurante. Arrojó la colilla al suelo y la apagó con la

suela de su bota militar.

Echó un vistazo. La malla metálica estaba bajada, pero, frente a la puerta

propriadamente dicha, había una abertura rectangular por la que

podría pasar.

Agachándose, golpeó el cristal para anunciar su llegada. El lugar se

encontraba a oscuras y al otro lado de la puerta colgaba un cartel de

«cerrado». Al fondo del salón se divisaba un tenue brillo, allí por donde

estaba ubicada la cocina.

Creyendo que tal vez no pudiese oírla desde allí, se dispuso a sacar su

móvil para avisarlo de que se encontraba en la puerta. Máximo no le dio

tiempo.

Desde el fondo del restaurante emergió una franja de luz que delineó un

camino que acababa en ella; Máximo salió de la cocina y se encaminó hacia la

entrada.

Por un momento, Teodelina tuvo ganas de dar media vuelta y

regresar a su

automóvil.

Se le hizo tarde, pues el novio de Geraldine llegó a la puerta, quedando

así iluminado por los reflectores que alumbraban y resaltaban la fachada del

restaurante. Sonreía.

Registró su aspecto en un parpadeo.

Sí, era cierto, esos zuecos lo hacían

verse un tanto ridículo, y todavía

más los pantalones negros que parecían unos

bombachos de gaucho; sin embargo, la chaqueta de cocinero le daba cierto

aire interesante... —ladeó la cabeza—... tal vez, por el modo en que las

solapas parecían ensanchar su cuello y pecho; quizá por el toque de las

mangas, arremangadas hasta los codos. También podía ser que no

tuviese nada

que ver con su aspecto, sino con el aroma que su cuerpo acarreaba: la mezcla

de frescos aromas de la cocina, por detrás de su perfume.

—Bienvenida.

—Gracias.

—¿Puedes pasar por ahí o...?

—Sí, claro —le contestó agachándose cuando él amagó retirarse para

levantar la persiana; en verdad no hacía falta.

—Cuidado con la cabeza.

Teodelina enderezó la espalda, quedando así frente a frente con su anfitrión.

—Espero que tengas apetito, porque creo que he exagerado un poco con

la cantidad de comida que he preparado. ¿Te gusta la pasta? He amasado

espagueti casero.

—Sí, claro —le contestó ella, incómoda ante su entusiasmo y jocosidad.

Máximo cerró la puerta.

—Me alegra que hayas venido.

—Tengo hambre —contestó en un tono seco. Bien, en realidad ése no era

el único motivo por el que estaba allí. Sentía curiosidad sobre su vida y su

pasado; algo en él le parecía fuera de lugar, le daba la sensación de que aquel

tipo se pasaba la vida actuando, fingiendo; en resumidas cuentas: mintiéndose

a sí mismo. No es que creyese que, cuando le sonreía, en verdad no lo sintiese,

sino más bien que se esforzaba por ser amable con los demás porque le

resultaba imposible serlo consigo mismo.

—No eres la primera mujer que me contesta eso —dijo sonriéndole—.

La verdad es que es un honor tenerte aquí.

—Mientras no me pidas mi autógrafo. —Inquieta, sus pies eran incapaces

de permanecer en el mismo lugar más de un segundo seguido. Esquivó su

mirada mirando a un lado y al otro del salón en penumbras—. Te golpearé si

me pides que me saque una foto contigo para colgarla por ahí —le espetó por

culpa de los nervios.

Máximo soltó una carcajada.

—Eso ni se me había ocurrido; por otra parte, el único autógrafo tuyo que

quiero es el que figura en ese cuadro que me gustó.

—No importa cuánto insistas con eso, ese cuadro no está a la venta, es

mío.

—Tienes tiempo para meditarlo mejor. Te prometo que cuidaré de él, lo

honraré cada día. Sí me lo vendes, podrás comer aquí gratis de por vida.

—Quizá tu propuesta no sea de mi interés, aún no sé qué tal cocinas.

—No demoraré más el momento de demostrarte que soy muy buen

cocinero; quizá no tan bueno como eres tú pintando, pero me defiendo.

—Tampoco eres bueno adulando.

—Eso último no ha sido intencionado, no pretendía adulararte; sin

embargo, permíteme decirte que nunca antes había visto nada parecido. Posees

mucho talento, todavía mucho más si se tiene en cuenta lo joven que eres.

—Para que te sirva de consuelo, no me siento muy joven.

—Te sentirás mejor después de

comer lo que te he preparado.

—¿Siempre eres tan positivo?

—No, no siempre; de cualquier modo, no creo que tenga nada de malo

ser así.

—Puedes llegar a ser exasperante.

—Traducido: ¿estoy sacándote de tus casillas?

—Tu ánimo parece el de alguien que acaba de levantarse después de

dormir doce horas de plácido sueño sin haber precisado de nada ajeno a su

persona para haber llegado a eso.

—Bueno, no suelo tomar pastillas para dormir, y tampoco es que esté

hecho unos cascabeles. Yo puedo tener mi cuota de oscuridad también.

—La verdad es que no lo parece.

—¿No tienes tú momentos de luz?

Teodelina soltó una carcajada seca

y socarrona.

—No te creo —replicó él, enfrentándola.

—¿No se pasa la pasta?

Máximo sonrió pícaro, aceptando que no le respondería.

—Tienes razón; mejor pasemos, no quiero que se arruine la comida.

Teodelina lo siguió rumbo a la cocina, andando unos pocos pasos por

detrás de él, observando su nuca, el

ancho de su espalda y lo alto que llevaba

los hombros. Ese último gesto no parecía el de alguien que escondía su

verdadero yo de los demás; sin embargo, aquello bien podía ser fingido

también.

—¿Hace cuánto que tienes este restaurante? —preguntó, si bien ya sabía

la respuesta.

—Casi dos años.

—¿Y cuánto tiempo llevas siendo chef?

—Bueno, mi primer curso de cocina lo hice hará unos nueve años. En un

principio fue por *hobby*. —Máximo se detuvo frente a la puerta de vaivén, la

cual sostuvo para ella—. Fui interesándome cada vez más por la cocina, hasta

que al final...

Por la puerta abierta, llegó a la nariz de Teodelina un esplendoroso buqué

de aromas. Sus tripas vacías gruñeron.

—... al final entendí que realmente amaba esto. —Con un movimiento de

cabeza, le indicó que pasase a la cocina.

Teodelina entró, se hizo a un lado para dejarlo pasar y lo esperó.

—Realmente siento placer en lo

que hago, lo disfruto. Por eso no me molesta ponerme a cocinar a las dos de la mañana.

—Las dos de la mañana es la mejor hora para pintar —soltó ella, y a él le dio la impresión de que acababa de oír una gran confesión.

—¿Estoy quitándote tu hora de más productividad?

—No, en realidad no.

—¿Bloqueo?

—De hecho, esta noche he tenido unas cuantas ideas. Si no se largan de

mi cabeza espantadas por alguna cosa, supongo que volveré a pintar con

normalidad.

—¿Entonces sí estabas bloqueada?

—Jodidamente bloqueada —  
admitió al tiempo que, siguiendo la  
mano

con la que Máximo le indicaba algo, descubrió una mesa puesta

para dos.

Bien, en realidad no era una mesa, sino dos banquetas altas situadas contra una

encimera de mármol negra.

Había colocado dos de los manteles individuales violeta oscuro que se

usaban en el salón del restaurante, una serie de platos, cubiertos y copas,

servilletas, una botella de vino ya descorchada, una tabla de madera

con una

montaña gigantesca de pan, que hizo que de pronto se le antojase comérselo

todo junto con los rulos de mantequilla fría que estaban en un plato entre cubos

de hielo para evitar que se derritiesen. También había una jarra de agua y un

cuenco con queso rallado, cuyo aroma se mezclaba con el de la albahaca y el

de los cubos de tomate fresco que aguardaban dispersos sobre una tabla

blanca. Al otro lado de la misma encimera, a pocos centímetros, estaban los

fogones en los que por un lado bullía el agua dentro de una cacerola y, por

otro, se calentaba una enorme sartén todavía vacía. El calor del fuego

desprendía de esta última una

mezcla de perfumes residuales de  
otras comidas

preparadas en ella.

Teodelina también divisó, en otro  
sector de la cocina, un bol con  
mezcla

que parecía un batido de chocolate  
y dos pequeños moldes.

Allí dentro hacía calor, pero se  
estaba tremendamente bien.

—Me alegra oír que ese bloqueo ya  
es historia.

—Prefiero no cantar victoria antes de tiempo.

Máximo le sonrió.

—Toma asiento. —Volvió a indicarle las banquetas; sin embargo, él no

fue a sentarse, sino que se movió hacia el otro lado de la encimera—.

¿Quieres servir el vino mientras termino con esto?

Se sacó la chaqueta de cuero y la dejó sobre otra de las islas de trabajo

pulcras y ordenadas. Allí todo era muy prolijo y, por lo visto, cada cosa tenía

su lugar... cada sartén, cada cucharón, todo estaba perfectamente acomodado

para aprovechar el espacio al máximo y evitar el caos.

También se arremangó la fina camisa que llevaba sobre la camiseta de

tirantes; realmente era un ambiente caldeado. Allí dentro todos debían

sudar a

mares.

Máximo removió la pasta, que nadaba en el agua, bajó la llama del fuego

y fue hasta una de las tantas neveras que había para regresar con un bol de

acero cerrado tapado con papel film; dentro, nadaban en agua unas bolitas

blancas.

—¿Qué es eso?

Máximo apartó el plástico y le enseñó el contenido.

— *Boconccinos*. Mozzarella.

A Teodelina se le hizo la boca agua cuando los vio de cerca, pese a que

en su vida los había probado. No era una gran *gourmet*, su paladar no era

demasiado experimentado; es más, ella podía arreglarse con un poco de

comida china fría del día anterior,  
unas galletitas o algo de comida  
rápida

comprada de paso por el lugar más  
próximo. Bueno, eso hacía antes de  
casi

perder por completo las ganas y la  
voluntad para comer y alimentarse.

Máximo sacó un par de piezas del  
agua, escurriéndolas bien; cogió  
una,

la partió por la mitad y se la  
entregó.

—Prueba. Son de lo mejor.

Teodelina la cogió con los dedos,  
de sus dedos.

Máximo volvió a sonreírle. Por un  
momento a ella le dio la impresión  
de

que ese mismo tipo de sonrisas le  
dedicaba él a su hija; finalmente él  
apartó la

mirada, como para proporcionarle  
la privacidad necesaria para probar  
el

queso, y, por su parte, se dispuso a

cortar, con una enorme cuchilla, el resto de

las piezas de mozzarella en cubos parejos.

Teodelina se llevó el queso a la boca y lo masticó. De verdad tenía muy

buen sabor. Era consistente y, al masticarlo, por momentos hacía, entre sus

dientes, el mismo sonido que pudiese hacer la goma, pero así y todo era

sabroso. El sabor del queso desató su apetito por completo, liberándolo del

lugar en el que fuese que se había mantenido encerrado, o tal vez oculto,

apartado de ella.

—Está bueno.

—Te dije que era bueno.

—Dime, ¿qué es lo que preparas?

—Simples espaguetis cortados a cuchillo con tomates frescos,

mozzarella

y albahaca. —Al mencionar esta última, Máximo acercó a la nariz de ella un

ramillete de hojas de un verde vibrante. Teodelina tampoco había probado

antes la albahaca, solamente reconocía su aroma porque, cosa de un mes atrás,

Simón tuvo una etapa culinaria (se había atacado con ser una buena ama de

casa) y había comenzado, en la terraza de su apartamento, lo que se suponía

que sería una huerta. Compró plantas de menta, tomillo, orégano, albahaca y

otras tantas cosas más. El proyecto de huerta se fue al cuerno cuando las

plantas empezaron a secarse, puesto que ni Simón ni Pierre recordaron jamás

regar las pobres plantas. Ella había

estado allí cuando, por primera vez  
en su

vida, Simón metió los dedos en la  
tierra para plantar algo;  
simplemente se

limitó a mirarlo hacer, desde la  
sombra y con una cerveza en la  
mano. El

aroma quedó grabado en su nariz,  
puesto que tomó uno de los  
planteles de

albahaca atraída por su aroma y se  
lo acercó a su rostro para captar su

fresco

y delicioso aroma. Después del olor de los óleos con los que pintaba, el

perfume de la albahaca, definitivamente, era uno de sus preferidos.

—¿Te gusta la albahaca?

—Me gusta su perfume.

Máximo tomó un buen puñado de hojas y se dispuso a picarlas en la

misma tabla en la que tenía el

tomate y el queso.

—¿Cuánto tiempo llevas tú pintando?

Teodelina sirvió vino en las dos copas. Le pasó una a Máximo, bebió un

trago de la suya y justo entonces se dignó responderle.

—Desde los dieciséis, más o menos.

—Hubiese jurado que lo hacías desde pequeña. ¿Fue por incentivo de tus

padres o siempre te gustó?

—Creo que, en el fondo, siempre me gustó, sólo que no lo supe hasta que

me hice un poco mayor. Jamás se me pasó por la cabeza que pudiese dedicarme a esto por entero.

—Tus padres deben de estar orgullosos de ti —entonó a medida que

recogía de la tabla los cubos de tomate para arrojarlos a la sartén caliente,

dentro de la cual comenzaba a desprender su aroma un delgado fondo de aceite

de oliva.

—Eso lo veo difícil: mi madre murió cuando yo tenía quince años y

jamás conocí a mi padre.

Máximo sintió que había metido la pata hasta el fondo.

—Lo lamento.

—No tienes por qué. Lo de mi

madre sucedió hace mucho y, por lo que

respecta a mi padre —se encogió de hombros—, siempre me dio igual.

—¿No tienes tíos, primos, hermanos?

Teodelina negó con la cabeza.

—Nadie. Siempre fuimos solamente mi madre y yo, y, bueno, en realidad

ella... —Teodelina se encontró a sí misma contándole cosas que le

había

llevado meses juntar el coraje para discutir con Simón después de que se

hiciesen amigos. ¡¿Por qué se las contaba a él?! Le dio rabia que se estuviese

exponiendo a sí misma de ese modo. En ese momento, su temperamento

deseaba ahogar su boca por soltar todo aquello.

Máximo la miraba, posiblemente

esperando por más, por el resto de la

historia.

Un sudor frío cubrió su espalda.

Algo cambió en su anfitrión, quien desvió la mirada, dio un paso al

costado y comenzó a sacar la pasta de la cacerola directamente a la sartén,

ayudado de unas pinzas.

—Simón, así se llama el hombre que te acompañaba la otra noche,

¿no?

Parece un buen amigo tuyo.

Teodelina volvió a respirar.

—Lo es.

—Mis padres se divorciaron cuando yo tenía trece años. Mi padre era

piloto de una aerolínea comercial; viajaba constantemente y prácticamente

casi ni paraba en casa. Mi hermana y yo apenas lo veíamos. Sólo

aparecía de

vez en cuando, con un poco de suerte para nuestros cumpleaños.

Sus viajes

acabaron con la familia y desgastaron su relación con mi madre, la cual ya de

por sí nunca fue muy buena. Me costó entenderlo en su momento; sin embargo,

sé que separarse fue la decisión más saludable e inteligente que pudieron

tomar. Ahora se llevan mejor que nunca; son muy buenos amigos. Bueno, no sé

por qué te cuento esto, supongo que ya oíste la misma historia de los labios de

Stefan.

No, Stefan y ella no conversaron jamás sobre sus respectivos pasados.

Terminada de colocar la pasta, Máximo arrojó sobre ésta la albahaca

picada y los cubos de mozzarella y zarandeó la sartén hacia delante y hacia

atrás, provocando que su contenido formase una especie de ola que rebasó los

bordes del recipiente y volvió a entrar.

Máximo se percató de que ella lo contemplaba muy atenta.

—¿Quieres intentarlo?

—No, gracias, prefiero cenar. Si lo intento, la comida acabará por el

suelo.

—No es tan difícil.

—Tanto da; huele bien y no quiero estropearlo. Es tu trabajo y, además,

tengo hambre.

Su anfitrión dejó reposar otra vez la sartén sobre el fuego, aprovechando

el momento para beber un poco de vino.

—¿Cómo os lleváis vosotros dos?

Máximo hizo un gesto con la boca después de tragar el vino. Bajó la copa.

—¿Te refieres a mi hermano y a mí?

Teodelina le contestó que sí con la cabeza.

—Bien, supongo. No tengo la misma relación con él que la que tengo con

mi hermana, pero está bien. Es decir, él creció en un país con costumbres

distintas a las mías, y siempre tuvo a mi padre ahí para él. Cuando Stefan

nació, yo era un adolescente. No sé... —remoloneó, apagando el fuego—,

vivimos experiencias completamente distintas y, además, somos bastante

diferentes también. Eso sin mencionar los quince mil kilómetros de distancia

que nos han separado la mayor

parte del tiempo. Bien, ya sabes, mi padre se

mudó a Alemania de forma permanente al poco de conocer a Sonja, la madre

de Stefan; mi hermana y yo íbamos de visita, pero nunca pasamos allí más de

un mes. No se puede forjar una relación demasiado fraternal conviviendo con

alguien unos pocos días al año. De cualquier manera, mi padre siempre

intentó

fomentar la cordialidad entre sus dos familias, pero, para qué mentirte, la que

sin esforzarse demasiado lo consiguió mucho mejor que él fue Sonja; es una

persona muy agradable y sumamente estimable. —Máximo se interrumpió para

estirarse sobre la encimera y recoger los platos hondos; en éstos serviría la

pasta ya lista.

—¿Te hubiese gustado vivir su vida? —Teodelina no tuvo ningún reparo

en ser así de directa; ¿para qué andarse con rodeos si le daba la impresión de

que, en algún punto, Máximo no terminaba de tragar a su hermano?

Su primera reacción fue quedarse con los platos en el aire. Sí, para

algunas cosas le hubiera gustado tener su vida, sobre todo en ese

momento...

en que él la tenía a ella.

Posó los platos sobre su lado de la encimera.

—Muy a menudo no comparto la forma de proceder de mi hermano.

—¿Es habitual que te contengas tanto, todo el tiempo?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sabes lo que quiero decir. No tiene nada de malo que me digas que, a

veces, puedes envidiarle el hecho de ser libre, de que le importe una mierda lo

que tú piensas de él o lo que crees que debería hacer.

—¿Qué te hace creer que eso es así?

—Tus hombros se tensan y desvías la mirada cuando quisieras decir algo

y no lo haces.

Máximo se tensó y sintió un tirón desde su hombro izquierdo, que le

subió por el cuello hasta la base del cráneo.

—¿Cómo lo sabes? —intentó hacerle frente sosteniéndole la mirada.

—Lo haces en este momento.

Hubo un instante de silencio en el que se miraron fijamente.

—¿Cuál de todas las cosas que hace tu hermano te gustaría hacer sin que

te preocupasen las consecuencias?

—Debo preocuparme por las consecuencias de mis actos; soy padre,

llevo un negocio, no puedo simplemente ser impulsivo.

—Otra vez... lo has hecho otra vez. ¿Por qué te niegas a darme la primera

respuesta que se te cruza por la cabeza? De verdad que no hace falta que

sueltes respuestas elaboradas y políticamente correctas. Prometo no

juzgarte,

¿quién soy yo para hacerlo? De hecho, me ofende que creas que soy de ese

tipo de personas que, después de oírte decir algo que quizá el resto de la

sociedad no apruebe de la puerta para fuera, salen luego a contarlo por ahí,

diciendo «oh, mirad lo que ha dicho, ¡qué horror!». Mierda, si prácticamente

me insultas creyendo que soy así.

—No ha sido mi intención.

—¿Me juzgas tú a mí?

A Máximo se le escapó el aliento.

—No te preocupes, sé que así es, quizá tanto más que juzgas a tu

hermano; por eso me ha parecido de lo más raro que me hayas invitado.

Empiezo a creer que nos envidias y, al mismo tiempo, deseas sofocar lo que

somos para no tener que ver aquello en lo que te gustaría convertirte, en lo que

temes ser. —Teodelina se concentró por completo en él; sus ojos serían

todavía mucho más bonitos si no estuviese todo el tiempo conteniéndose—.

¿Por qué me has invitado?

Máximo se quedó con la boca abierta, sin lograr articular ni una palabra.

—Una parte de mí te desagrada

mucho, ya lo sé. De haberme visto por

primera vez en la calle, me hubieses esquivado para evitar cualquier contacto

o, al menos, pensado mal de mí. No te preocupes, eso no es nada nuevo, estoy

acostumbrada a que la gente me mire mal.

—Eso no es cierto; yo no te miraría mal, simplemente...

—Simplemente, ¿qué?

Máximo sentía su corazón rebotar una y otra vez contra sus costillas.

—No te entiendo.

—Ni yo a ti. —Teodelina apartó la mirada, buscó su copa y bebió más

vino—. Me muero de hambre. ¿Sirves ya? Ese queso derretido se ve

increíblemente tentador.

Accidentalmente, o a propósito, ella le sonrió, provocando una sonrisa

también en él.

Sirvió la comida, le pasó los platos y fue a sentarse junto a ella.

Mientras degustaban los primeros bocados, conversaron sobre

gastronomía. Ella le preguntó cosas acerca de la organización de la cocina, de

cómo conseguía las materias primas, sobre cómo había hecho para levantar

aquel negocio de la nada. Luego, sencillamente, comieron en paz

durante un

rato.

—¿Duele mucho hacérselos? —  
curioseó Máximo, apuntando con un  
dedo

en dirección a la parte interna de su  
muñeca izquierda, sobre la piel  
donde

llevaba tatuada una estrella negra,  
haciendo referencia a ése y a los  
demás

tatuajes que decoraban su anatomía.

—No demasiado. Algunos un poco más que otros.

Recogió la copa de vino y, antes de beber, le preguntó.

—¿Simboliza algo?

Ella aún estaba con la muñeca vuelta hacia arriba.

—Fue mi primer tatuaje. Lo hice por mi madre.

—Seguro que ella estaría orgullosa de ti.

—No le gustaban los tatuajes.

—Lo digo por lo que eres, no por haberte tatuado una estrella en su honor.

—Mi madre no era de ese tipo de personas.

Máximo vio a Teodelina encogerse en sí misma. Experimentó el instinto de abrazarla, pero se contuvo, pues imaginó que a ella no le agradaría su gesto.

Teodelina sacudió la cabeza, irguió la espalda y cogió su copa.

—Mi mamá era muy estricta; estricta más que nada con los demás, no

tanto consigo misma. Ella jamás hubiese aprobado que yo llevase este estilo

de vida. —Apartó los ojos de él un momento; una parte de su ser no quería

permitirle que continuase hablando, mientras la otra, desesperadamente,

necesitaba y quería desahogarse con él—. Mi padre era un hombre casado y

mi madre, su secretaria... mejor dicho, lo fue hasta que quedó embarazada. Su

secretaria y amante durante más de cinco años. Su historia fue de lo más

trillada; por lo que sé, él siempre le decía que quería divorciarse para casarse

con ella y, por supuesto, eso nunca

sucedió. Mi madre representó un absurdo

papel toda su vida adulta; ella decía que lo más importante era la moral, el

deber... lo repetía sin parar una y otra vez. Fue tan absurda de llevar al

extremo el hecho de sentir vergüenza por haber quedado embarazada sin estar

casada, por convertirse en la típica historia de «la otra». ¿Sabes lo que

hizo

cuando mi padre le dijo que no quería saber nada más de ella, y mucho menos

de mí?

Máximo le contestó que no con la cabeza.

—Como presentía que todos ya sabían de su historia con el jefe, y como

la barriga comenzaba a notársele, simplemente renunció a su trabajo. Por

supuesto, y como era de esperar, mi padre no se lo impidió; se lavó las manos

y ella se lo puso todavía más fácil.

—Ella debería haber...

—Debería haberlo obligado a hacerse cargo —soltó Teodelina sin

dejarlo terminar la frase—; tendría que haberle roto la cara de un golpe

cuando él le dijo que no pretendía separarse de su esposa para formar una

familia con ella. Debería haberle montado un escándalo, gritar a los cuatro

vientos que llevaban años juntos. Pero no, mi mamá simplemente se fue de

allí, allanándole el camino al muy hijo de puta. ¿Puedes creer que hasta los

diez años me hizo creer que mi padre había muerto? Me dijo la verdad un día

que tuvo uno de sus tantos

problemas de salud, que la dejó en una cama de

hospital durante quince días. En esa ocasión se asustó de un modo tal que

creyó que moriría y me lo contó todo, allí mismo, en una horrorosa sala de

urgencias de un hospital sombrío y deprimente. Lo recuerdo igual que si fuese

hoy, ella con la máscara de oxígeno puesta, jadeando las instrucciones

necesarias para que yo encontrase,  
dentro del trastero de casa, una  
pequeña

caja que contenía un par de fotos de  
mi padre, sus datos, viejas cartas  
que él le

envió y un par de cachivaches que  
le regaló para comprar su silencio.

—Lo lamento.

Teodelina bebió un largo sorbo de  
vino.

—¿Por qué?, nada de eso es culpa  
tuya. Al menos, en ese sentido, tú

no

pareces un hijo de puta, me da la impresión de que eres un buen padre.

—He tenido mis metidas de pata.

—Ninguna como ésa.

—Espero que no. —Máximo aguardó un momento—. ¿Nunca lo has

buscado?

—En un principio quise hacerlo; pensaba en él como en mi

salvador... lo

que más deseaba era que alguien me llevase muy lejos de allí, que me diese

una nueva vida. Vivir con mi madre no resultaba sencillo; ella descargaba en

mí todas sus angustias, sus fracasos del pasado, y supongo que, en parte,

también el odio que sentía por mi padre por haberla dejado sola. Desde

pequeña me envió a un colegio de monjas locas que básicamente disfrutaban

torturando a sus alumnas, en especial a mí, que no las soportaba y que siempre

fui lo que podría llamarse una rebelde.

Máximo esbozó una tenue sonrisa, con la que deseaba decirle que se compadecía de ella por eso.

—Las monjas eran un grano en el culo, de verdad; ni se te ocurra

jamás

meter a tu pobre hija en un colegio así. Nos castigaban si por debajo del borde

de la falda se nos veían las rodillas, si nos comíamos las uñas, si nos

poníamos pendientes o alguna pulserita, si nos soltábamos el pelo, si

hablábamos demasiado alto, si nos reíamos mucho... A decir verdad, mi madre

tampoco estaba muy lejos de eso. Ella se había educado con esas mismas

monjas, de modo que en casa era más o menos lo mismo... o todavía peor, pues

mi madre vivió enferma toda su vida, sobre todo de los pulmones. No sé qué

enfermedad tuvo de pequeña, pero nunca se recuperó del todo. Vivió más de la

mitad de su vida en hospitales y yo,

gracias a eso, mucho tiempo con las monjas o en casa de vecinos que no eran más que extraños para mí.

Teodelina inspiró hondo y se sirvió más vino.

—En todo caso, en cuanto le di señales de querer buscar a mi padre, mi

madre me lo prohibió. Ni te explico cuánto me chilló. Ese día le funcionaron a

la perfección los pulmones; creo que todos los vecinos la oyeron

cuando me

gritó que era una hija desagradecida, una malnacida que prefería largarse de

allí para vivir con un hombre sin moral, con alguien que jamás me había

querido.

—Me imagino cómo debió de haberte hecho sentir eso.

—Como una mierda.

—Todos los padres se equivocan.

—Mi madre se equivocaba demasiado a menudo. —Bebió más vino—.

El asunto es que sacó la caja de donde estaba y volvió a esconderla en otro

lugar. A partir de ese momento, algo se rompió entre mi madre y yo, lo poco

que existía entre nosotras, porque, si bien creo que me quería, por otro lado

también le revolvió las tripas

mirarme a la cara todos los días y que yo le

recordase a él, a lo que ella hizo, a lo que fue. Ni te explico la cantidad de

veces que soñé con fugarme.

—Yo me fugué de casa cuando mis padres anunciaron que se

divorciarían, pero no llegué muy lejos; regresé cuando se hizo de noche.

Estaba enojado; para la hora de la cena logré comprender que era lo

mejor

para todos.

—Probablemente lo era. —Hizo crujir sus dedos; se moría por fumar y

sabía que allí dentro no podía—. Lo peor de todo fue que me sentí

grandiosamente libre cuando mi madre murió —tragó saliva—; me había

quedado completamente sola, sin nadie, sin nada en este mundo, y así y todo

me sentí mucho mejor de lo que me hubiese sentido antes. Mi madre acababa

de morir y yo me sentía bien.

Máximo se estremeció. A pesar del calor de la cocina, en los brazos se le

puso la piel de gallina.

—No soy una hija de puta, no quería que ella muriese y, por supuesto, en

el instante en que la perdí, comencé a necesitarla más que nunca, a

extrañarla,

pero fue igual que si lograra liberarme de un gran lastre.

—¿Qué fue de ti cuando ella falleció?

—Me quedé en la calle.

La vio inspirar hondo, como intentando recomponerse otra vez;

obviamente le afectaba recordar todo aquello. Aun así, le daba la sensación de

que ella era mucho más fuerte que

él.

—En realidad, lo primero que hice fue abandonar el colegio. Eso sí que

no fue nada malo; me sentía rebosante de felicidad por no tener que volver a

verles las caras a esas malditas brujas agrias. Luego... el apartamento en que

vivíamos era alquilado; con ayuda de una amiga me las arreglé para vender

todo lo que pude, incluso la ropa de mi madre. Preparé una maleta para mí;

sabía que tarde o temprano el dueño del apartamento vendría a reclamar su

propiedad. A los vecinos les dije que una prima de mi madre vendría a

buscarme. Con el poco dinero que conseguí reunir y con unas escasas

posesiones, incluida la caja en la que mi madre guardaba las fotos de

mi

padre, simplemente me largue de allí, de noche, para evitar que nadie me

viese.

—¿A dónde fuiste?

—Mi amiga, que era tan rebelde como yo, tenía algunos amigos.

A Máximo eso no le sonó bien.

—¿Qué clase de amigos?

—Algo tarde comprendí que eran

de lo peor; la verdad es que no se

podía esperar otra cosa... Mi amiga era mucho peor que yo por aquella época;

ella vivía en el colegio, en el internado, pero se escapaba casi todas las

noches para estar con su novio, quien anduvo metido siempre en cosas raras,

si bien oficialmente era músico por las noches. El novio de mi amiga vivía en

una casa ocupada junto con otra media docena de personas; allí me mudé. Al

principio fue un *shock*. El lugar era un asco, infestado de cucarachas y ratas,

no teníamos agua caliente, ni gas, ni nada, y nadie tenía dinero. Poco a poco

fui acostumbrándome a esa clase de vida, a hacer lo que quería, a vivir a la luz

de las velas, a comer lo que fuese

que pudiese llevarme a la boca, a vivir sin

reglas ni horarios. Por supuesto me encantó tener la posibilidad de hacer lo

que me daba la gana, ya nadie repetía sobre mi hombro una y otra vez que

debía ser una niña buena y educada que tenía que cepillarse en cabello y

mantener sus uñas limpias y cortas.

Máximo vio a Teodelina mover los

dedos y mirarse las uñas, muy cortas

pero manchadas de pintura, de sus óleos negros.

—¿Cómo pasaste de eso a esto... a tu vida actual, me refiero?

—Es una larga historia. ¿Cómo llegaste tú a esto? ¿Siempre quisiste ser

chef?

Máximo se puso de pie y retiró los platos.

—No, de pequeño quería ser astronauta.

—¿Y por qué no eres astronauta?

Máximo dejó los platos en el fregadero.

—Porque por la cabeza se me cruzó la idea de ser médico.

—¿Y qué fue de eso? —preguntó ella, a pesar de que ya sabía la respuesta.

—No quieres saber nada sobre eso.

—Claro que quiero. Me lo debes. Lo que acabo de contarte no es una historia inventada. Básicamente me he puesto en ridículo ante ti, así que espero lo mismo.

—Ni tú ni tu historia sois ridículas.

—Tampoco pensaré que tu historia lo es.

Máximo volvió a rodear la encimera, pero, en vez de ir a sentarse junto a

ella otra vez, se dirigió hacia la

otra encimera, en la que había un bol con un

batido de chocolate; lo cogió y comenzó a verterlo dentro de los moldes que

Teodelina había visto antes.

—Logré convertirme en cirujano, en uno muy bueno y a una pronta edad,

por lo que me granjeé alabanzas y respeto, y después lo eché todo a perder.

Teodelina saltó de su banqueta al

suelo y comenzó a caminar hacia él.

—Lo eché a perder, me asusté y simplemente, así, salí corriendo con el

rabo entre las piernas, sintiéndome avergonzado, tanto por haber arruinado mi

carrera como por huir. Los padres cometen errores, te lo dije; yo en ese

entonces sencillamente me largué, dejando sola a mi esposa y a mi hija recién

nacida. Me fui y lo dejé todo sin dar mayores explicaciones. Me comporté

como un cobarde.

Teodelina se detuvo frente a Máximo; éste se giró e introdujo los moldes,

ya cargados con la pasta de chocolate, dentro del horno.

—Lo sabía.

—¿Qué es lo que sabías?

—Te busqué en Internet, leí sobre

esa demanda que te impusieron.

—Ahora me siento todavía más ridículo. ¿Para qué has dejado que te lo

contara si ya lo sabías?, ¿es que acaso te quedó un trauma gracias al cual

disfrutas poniendo a los demás en situaciones incómodas y dolorosas?

—No

era su intención dar un portazo delante del rostro de ella, sobre todo porque le

agradaba estar a su lado; sí, al final de la noche eso había pasado de ser una

oportunidad creada para averiguar algo sobre Andrea a convertirse en un rato

para pasar junto a ella, pero ahora, en ese instante, tenía la sensación de que

ella se reía de él.

—Nada de eso. Es que yo tampoco te entiendo... sentía curiosidad.

Supongo que en algún punto hiciste

bien en huir.

—No es así, fue un error.

—Quizá realmente no quisieses ser ese cirujano que eras, o el marido que eras.

—No puedes renunciar a ser padre, o al menos no debes desentenderte así como así de tu paternidad.

—No lo has hecho, hoy estás aquí para tu hija.

Máximo se alejó de ella, necesitaba

poner distancia entre ambos.

Teodelina lo turbaba mucho más ahora, después de escucharla contar su

historia, expresando sus sentimientos al hablar, con gestos y miradas.

—¿No estás mejor ahora contigo mismo que antes, cuando eras cirujano?

—Supongo que sí. Ha pasado mucho tiempo desde entonces, he madurado.

—Me refería a que si ahora no eres más tú mismo que antes.

Ella tenía razón, todavía una parte de sí continuaba contenida.

—¿Tú eres tú misma ahora?

Teodelina le sonrió con sorna.

—¿Te cabe alguna duda?

—Entonces, ¿así eres tú?

—Soy artista plástica, no actriz, Máximo. Pretender ser otra cosa jamás

ha sido lo mío. Sé que no lograría engañar a nadie por más que me lo

propusiese; lo intenté con mi madre durante mucho tiempo y no dio resultado,

mejor dicho, salió como una mierda. Ésta soy yo, tal cual como me ves ahora.

No tengo secretos.

—¿No?

Teodelina se cruzó de brazos, enfrentándolo.

—¿Qué insinúas? Anda, pregunta lo que quieras. Seamos sinceros. ¿Qué

sentido tiene que nos comportemos de otro modo? Es lo más justo, lo único

que debería caber entre dos personas.

—Dudo que todo el mundo piense como tú.

—El resto del mundo puede irse al carajo. Aquí solamente estamos tú y

yo. Mira, para demostrarte mi sinceridad, te diré un par de

verdades. Primera:

Geraldine me cae mal.

Máximo se sonrió; no es que lo supiese de antemano, pero sin duda lo

intuía.

—Segunda: la primera vez que te vi creí que eras un estirado; sin

embargo, un instante después me agradaste, pese a que todavía no te entiendo.

Máximo se mordió el interior del

labio.

—Vamos, no des tantas vueltas,  
Máximo.

—No tienes que demostrarme nada.

—No te preocupes, prometo no  
preguntarte nada incómodo; de  
hecho, no

te preguntaré nada de nada. No será  
un ida y vuelta.

—No es eso.

—Tienes cara de estreñido en este  
instante.

Máximo soltó una carcajada tensa y nerviosa; quería preguntarle por

Andrea, pero ya no tenía valor, simplemente no podía creer que la joven mujer

que tenía enfrente pudiese tener algo que ver con la muerte de la asistente de

Geraldine y, por lo demás, si en algún momento habían estado juntas o no, ése

no era asunto suyo.

—¿No tienes curiosidad?

En ese instante la única curiosidad de Máximo consistía en averiguar qué

se sentía al besarla y abrazarla, al acariciar su cabello y los agudos salientes

de sus huesos por debajo de la piel, a la altura de los hombros.

—Tampoco tienes que contarme nada.

Teodelina le sonrió, parpadeando lánguidamente.

Se quedaron así, mirándose

fijamente, en silencio.

Más tarde Máximo no recordaría quién fue de los dos el que interrumpió

aquel momento de silencio e intimidad entre ambos. Tal vez hubiese sido la

alarma de horno, para avisar de que los postres de chocolate ya estaban listos.

Lo más importante de aquella noche fue que Máximo se soltó a partir de entonces. Fue más sí mismo de lo

que había sido en mucho tiempo.

Conversaron de todo y de nada en particular, de sus respectivos viajes, de sus

gustos en arte, de cocina, incluso de libros y películas, de sus salidas

favoritas; se contaron anécdotas divertidas, se rieron el uno del otro, bebieron

un poco más. No volvieron a tocar temas escabrosos del pasado, ni siquiera

del presente, simplemente fueron

ellos dos, esa noche.

Máximo llegó a casa a las cinco de la mañana, tras despedirse de

Teodelina y poner orden en la cocina del restaurante. Su casa estaba vacía; por

supuesto que no contaba con su hija, quien se hallaba en casa de una amiga,

pero si le cayó mal no encontrar a su hermano. Que pasase toda la noche fuera

mientras él comía con su novia (o

fuera lo que fuese que Teodelina era para él)

no era muy buen síntoma.

Si bien por un lado no quería que Stefan le rompiese el corazón a

Teodelina, o que le hiciese cualquier daño, por más mínimo que éste fuese, por

otro se ilusionaba con que Stefan hubiese encontrado a alguien más, dejando

así libre a Teodelina. Pero ¿libre para qué, si él no estaba libre?

Teodelina vio el sol nacer de lo más profundo del río.

El horizonte color naranja cubrió las oscuras aguas con una pátina cobriza.

Le dio una honda calada a su cigarrillo. Soltó el humo, que se arremolinó

en su rostro.

No tenía sueño, sus ojos estaban muy abiertos y su mente, clara; sin

embargo, el cansancio se hacía sentir en sus articulaciones, en especial en sus

pantorrillas, cuello y hombros.

Sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta de cuero y rebuscó entre los

mensajes de voz guardados.

—Hola, Teo —exclamó la cantarina voz de Nicole, estallando en su oído

—. Mi avión acaba de tocar tierra. ¡Por Dios que no puedo creer que

esté

aquí! Te he extrañado horrores. He sido una estúpida todo este tiempo.

Soy

completamente consciente de que no merezco que me dejes entrar otra vez en

tu vida; lo cierto es que siempre hemos sido tú y yo, y así debía ser.

Te quiero

como nunca he querido a nadie. —

Se oyó una suave carcajada de Nicole—.

Ya me he puesto sentimental, y estoy llorando. Si me pongo así ahora, no sé

qué haré cuando te vea. Estoy tan orgullosa de ti... me muero por ver tus

cuadros, por estar en esa exposición. Ahh, esto es increíble. Bien, nos vemos

en un par de horas. Te quiero, Teo, siempre te he querido y siempre te querré.

Teodelina bajó el móvil y alzó la

vista, al tiempo que se llevaba el pitillo

a los labios otra vez. Tenía los ojos empañados en lágrimas.

\* \* \*

Desde el coche, Máximo distinguió una gran cantidad de visitantes

paseándose por la galería, con sus rostros dirigidos a la oscuridad de los

cuadros de Ultra Negro. Había soñado toda la noche con aquella oscuridad,

con los secretos que encerraba. Ni aunque hubiese querido hubiera sido capaz

de liberarse de ella tan fácilmente. Teodelina se había instalado en sus sueños,

todas las versiones posibles de ella... la que vivió una niñez dura, la que podía

ser sincera, la que le arrancó más de una sonrisa, la que lo hizo sentirse como

un idiota, la que podía ser fría y

dura como el hielo, la que besaba y se

acostaba con su hermano, aquella que su hija había visto con Andrea, la

Teodelina que era un misterio, la mujer que no conocía pero que necesitaba y

deseaba... todas ellas: Teodelina, Ultra Negro y los miles de nombres más que

pudiese tener. Todas ellas en una sola lo hicieron despertar

empapado en

sudor, con una erección, turbado y con un fuerte dolor de cabeza.

Pensar en ella lo cubrió de sudor frío otra vez.

Cuando abrió los ojos esa mañana, decidió que no podía permitir que eso

que le sucedía continuase arrastrándolo por un camino que, fuera como fuesen

las cosas, no resultaría en nada bueno. Al menos, si se dejaba

arrastrar de ese

modo tenía que cerciorarse de saber a la perfección en qué se estaba

metiendo, para, así, tener la opción de ser completamente responsable de su

decisión.

Máximo entró en la galería. Se le puso la piel de gallina. Fuera un

sofocante calor ardía sobre las aceras; allí dentro, el aire acondicionado hacía

que el aire oliese a plástico, a sintético, aplacando y lanzando otra vez hacia

las telas el dulce aroma del óleo; a él siempre le había dado la sensación de

que el perfume de esas pinturas olía a hogar... el aroma de óleo le parecía

reconfortante, cálido.

Qué pena que oliese a plástico, a nuevo, a sintético, eso le quitaba parte

de su vida a las obras de Teodelina.

—Máximo, hola. Qué bien verte por aquí.

—Parece que yo no soy el único que ha decidido volver —entonó él al

reconocer un par de rostros que había visto la noche de la inauguración. Si

había algo que él nunca olvidaba era una cara, y allí había un par de ellas

conocidas.

Luis asintió, sonriendo con satisfacción.

—Todo va incluso mucho mejor de lo esperado con la exposición en sí.

Todo lo demás es una locura y todavía no puedo creer lo que le sucedió a

Andrea, pero esta muestra, en los pocos días que lleva abierta, ha puesto a

nuestros pies un camino que nunca creí que transitaríamos. Es como si una

bomba hubiese estallado en el epicentro del arte en la ciudad; de repente todos

nos conocen, todos los críticos nos llaman y los artistas que antes no querían

ni oír hablar de nuestra galería pasan por aquí a echarle un vistazo a nuestras

instalaciones. Realmente parece algo increíble. La galería está en boca de

todos y no tengo ni idea de cómo

haremos para organizar exposiciones con

todos los artistas que se han mostrado interesados en exponer aquí en los

últimos días. Ya hemos empezado a discutir seriamente con Gera la

posibilidad de comprar el edificio de al lado. Creo que podremos obtenerlo a

muy buen precio. El local es increíble y requerirá una inversión considerable;

aun así, continuaría siendo un negocio rentable, podríamos programar varias

exposiciones al mismo tiempo. Sería grandioso.

—No tenía ni idea de que era para tanto.

—Lo es, es realmente genial. Simplemente increíble.

—Me alegro mucho por vosotros, de verdad; sé cuánto esfuerzo le habéis

puesto a esto.

—Pues prepárate, porque, si sale la oportunidad de comprar la propiedad

de al lado, tú también serás parte de eso. Ya sabes cómo se pone Geraldine

con el trabajo, de modo que también te tocará a ti vivir toda esa experiencia

con nosotros. —Luis le sonrió—. Lo lamento. —Le palmeó un hombro—.

Entre la boda y eso, acabaremos

contigo.

A Máximo le dio ardor de estómago en cuanto oyó pronunciar la palabra *boda*.

Se encogió de hombros, intentando disimular su indigestión.

—¿Está Geraldine?

—Sí, está dentro conversando con alguien... creo, no tengo idea. Yo salí

un momento y, cuando volví, ya estaba allí. La verdad es que ni

siquiera sé

dónde tengo la cabeza, tal vez  
tuviese una reunión programada.  
Ahora que

somos menos aquí, esto es un  
verdadero caos. Nos cuesta mucho  
hacernos a la

idea de que Andrea no regresará.  
Es difícil trabajar sin ella, todos  
aquí la

extrañamos horrores. Ya sabes,  
todos tenemos sentimientos  
encontrados. Esto

es un éxito, y de cualquier modo no es lo mismo sin ella.

—Entiendo, entiendo. Daré una vuelta por aquí mientras la espero.

—Es difícil parar de admirar sus obras, te entiendo; uno se queda como

embobado. Esa chica es una verdadera artista. Bueno, te dejo, tengo que

atender a unos clientes.

—Sí, claro; nos vemos.

Luis se alejó y Máximo se quedó vagando entre las obras, recorriendo las

sinuosas superficies creadas por las densas pinceladas de óleo negro.

Igual que si fuese un gran planeta, y él, algo menos que una luna, un

simple y pequeño asteroide, la fuerza gravitacional de aquel retrato lo atrajo

hacia su órbita.

Máximo acabó plantado frente al bastidor, frente a frente con aquel

rostro

fusionado con uno que ya le resultaba muy familiar.

Apenas parpadeaba. Con los ojos veía lo que tenía enfrente y, con su

mente, lo que recordaba de la noche pasada. La negrura ya no le parecía una

masa compacta, sino una mezcla en la que comenzaban a surgir colores con

todos sus tonos, igual que explicaciones, como justificativos

de tanta

oscuridad, elementos individuales.  
De lejos podía no apreciarse la  
variedad

de la paleta en apariencia azabache,  
pero de cerca era muy distinto;  
Teodelina

era algo más que el negro compacto  
que dejaba ver al mundo.

—El arte nunca fue mi fuerte.

Máximo se dio la vuelta al  
reconocer la voz. La detective Resa  
se hallaba

parada a su izquierda.

—No me parecen gran cosa. —Dio un paso al frente sin quitar los ojos de encima de la pintura de Ultra Negro—. ¿A usted le gusta?

Máximo se dio cuenta de que todo su cuerpo, y no solamente su mente, se

ponía a la defensiva. La detective no le caía mal; sin embargo, no le gustó ni

un poco el tono que usó para hablar de los cuadros de Teodelina.

—Sí, mucho —contestó  
envarándose.

—¿Y qué le parece ella? ¿La  
conoce?

Captó que le hablaba de Teodelina,  
pero quiso ponérselo difícil. Le  
puso

cara de no tener ni idea de qué  
hablaba.

—Teodelina Cassel. ¿La conoce?  
Como mínimo podría decirse que  
es

extraña.

—Es diferente.

—Se pasa de diferente.

—¿Tiene motivos para afirmar eso?

—He cruzado un par de palabras con ella.

Máximo se alejó sin previo aviso; la detective lo siguió.

—¿Qué podría decirme de ella?

—No es asunto mío hablar de ella.

—¿Ustedes son amigos?

—¿Acaso esto es un interrogatorio formal?

La detective le sonrió con sorna.

—No, no lo es, pero, si usted es su amigo, tal vez tenga interés en ayudarla.

—¿A qué se refiere?

—Supongo que quizá ella le comentó sobre lo que conversamos. Sé que

su amiga oculta algo. Ella se escuda en lo que le sucedió en el pasado;

sin

embargo, sé que ya no es una víctima de eso, hace mucho tiempo que dejó de

serlo. Es más, comienzo a dudar de que alguna vez haya sido la inocente que

pretendió hacer creer que era. Me imagino que ese otro artista no es el único

enemigo que tiene; ha debido granjearse unos cuantos a lo largo de su corta

vida.

—¿De qué otro artista habla?

—De ese que se supone debía estar expuesto ahora mismo de no ser

porque la señorita Cassel le planteó a su prometida que, si no exponía en este

momento, no sería nunca.

—Eso es irrelevante. Dudo de que las cosas fuesen así como las plantea

usted y, aunque así fuera, eso no

significa nada.

—Me imagino que usted está al tanto de cuánto le costó a su prometida

convencer a la señorita Cassel de que expusiese en su galería.

—Sí, por supuesto.

—Y no le parece raro que así, de la noche a la mañana, ella decidiese

hacerlo y con tanta prisa. Su prometida le ofreció a ella los meses de verano

para exponer y la artista, entonces, la presionó.

—Dudo de que Teodelina supiese que había alguien más para exponer.

—Ella también lo negó, y no la creo.

—Me parece que usted está mirando en la dirección equivocada.

—¿Y usted en qué dirección mira?

Máximo se la quedó mirando.

—¿Qué hacía ella en su restaurante anoche, a las tres de la madrugada?

Se le cerró la garganta.

—¿No es usted el que la ha visitado en su apartamento las últimas

noches, no es así?

Su corazón se aceleró. Máximo entendió que le hablaba de su hermano,

quizá, sin saberlo.

—El portero me dijo que ella estuvo con un hombre joven, de

cabello

rubio y ojos claros, muy alto. ¿Es el novio de la señorita Cassel?

A Máximo le costó tragar. No pudo ni quiso responder.

—¿Tal vez sepa quién es la chica que llegó a casa de la señorita Cassel

el viernes al atardecer, cargada con un montón de equipaje?

No, no tenía ni la menor idea e intuía que no deseaba saberlo.

—O quiere ocultarme algo, o tal vez usted tampoco la conozca demasiado bien.

—¿Por qué sospecha de ella?

—Si me lo pregunta es porque no tiene ni la menor idea de a quién está tratando.

Adjudicarle un asesinato a una persona no era algo que pudiese hacerse a

la ligera. ¿Qué otras cosas oscuras

poblaban el pasado de Teodelina, que así,

sin más, la detective parecía querer insistir en achacarle semejante acto?

—Tal vez conozca mejor a ese otro artista; su nombre es Patricio Conde.

—Jamás lo he oído nombrar.

—Entonces me imagino que no tiene ni la menor idea de dónde lo

podemos encontrar. Se largó con lo puesto, según me dio la impresión.

Hasta

ahora no ha regresado.

Máximo no entendía nada, estaba más que perdido.

—Fuimos a buscarlo a su casa, y resulta que se ha ido. Dudo de que haya

sido una casualidad; de repente ya no va a ninguno de los lugares que solía

frecuentar. Tengo la impresión de que no desea hablar conmigo. —

Resa

inspiró hondo—. A eso se debe mi visita, he venido a preguntarle a su prometida si ella sabe dónde puedo localizarlo.

—Dudo de que lo sepa; que fuese a exponer aquí no implica que...

—No se lo tome a mal, señor Verti, pero, por lo visto, usted no está al tanto de muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—El apartamento en el que vivía Patricio Conde es de su futura

esposa.

Máximo se sintió igual que si alguien le hubiese arrojado un cubo de agua

helada sobre la cabeza.

—Comprenderá que necesito aclarar esto con su novia. Quizá ella pueda

ayudarme, diciéndome dónde puedo dar con él.

Máximo separó los labios; ninguna palabra emergió de éstos.

En efecto, la detective tenía toda la razón: no tenía ni la menor idea de lo

que sucedía a su alrededor.

Se sintió como un idiota e intentó no pensar en lo peor. Lo intentó, pero

no resultó, no al menos del todo. ¿Por qué ese artista vivía en un apartamento

de Geraldine?, ¿por qué ella jamás le había contado nada sobre él?, ¿qué más

sabía de Teodelina?, ¿por qué no tenía ni la menor idea de las cosas que

sucedían a su alrededor, bordeando su vida, o incluso dentro de ella?

—Si me disculpa, veré si puede atenderme ahora.

Ni siquiera entonces logró recuperar la movilidad de su mandíbula.

Se quedó allí plantado igual que si tuviese pies de cemento, viendo a la

detective caminar hacia la recepción, donde fue atendida.

A Resa le costó pocos segundos exponer su prisa. Le bastó una llamada

telefónica de la recepcionista transmitiendo, probablemente, el mismo mensaje

que lo había dejado helado a él para hacer salir a Geraldine de su despacho,

dentro del cual estaba reunida con una mujer que reconoció como su

buena

amiga y arquitecta.

Geraldine se despidió ésta y, a toda prisa, recibió a la detective

haciéndola pasar a su oficina, sin ni siquiera reparar en la presencia de él.

Sólo cuando la puerta se cerró detrás de las dos mujeres, recuperó la

capacidad de moverse.

\* \* \*

Teodelina se levantó de la cama y envolvió su torso con las sábanas. La

cama quedó por completo deshecha; bien, en realidad tampoco es que hubiese

estado muy prolija antes de la llegada Stefan y su ímpetu, quien la arrastró

directamente hacia allí, después de decirle hola y comenzar a besarla.

—¿Por qué te vas?

Stefan la atrapó, pescándola por la

sábana al estirar uno de sus  
musculosos y largos brazos.

Ya había soportado casi media hora  
tirada en la cama al lado de él, sin  
hacer nada más que recibir sus  
caricias. No estaba acostumbrada a  
esas cosas;

enloquecería si permitía que pasase  
los dedos por su cabello una vez  
más. Le

gustaba estar con él, pero todo eso  
era más de lo que podía soportar;  
tanta

intimidación la volvía loca.

—Son las cuatro de la tarde, Stefan.

El aludido giró la cabeza y fisgó su reloj de encima de la mesita de noche.

—Sí y, con eso, ¿qué?

—¿No tienes nada más que hacer?

Stefan sonrió.

—No, no hay nada más que yo desee hacer que pasar un buen rato contigo

en la cama.

—Entiendo que estés de vacaciones o algo así, lo que sucede es que yo

—tironeó de la sábana, él no aflojó el agarre— tengo cosas que hacer.

—Te ayudo.

—No necesito que me ayudes.

—¿Qué tienes que hacer?

«¡Estar jodidamente sola por un rato para aclarar mi mente!», gritó ella

dentro de su cabeza.

—¿Pintarás? Puedo quedarme aquí mientras lo haces.

Volvió a tironear de la sábana, esta vez de un modo más enérgico, para que él comprendiese que quería que la soltara.

—Te sale por los poros la desesperación por librarte de mí —  
entonó él

riendo, al tiempo que, sin soltar la sábana, gateó por la cama hasta llegar al

borde del colchón—. ¿Esperas a alguien más? —le susurró casi de labio a

labio.

Teodelina le contestó que no con la cabeza.

—¿Te verás con amigas con las cuales hablarás de mí?

—Puedes largarte de aquí ahora, y no regresar jamás, si en serio piensas

que soy de ese tipo de mujer.

—Bromeaba. —La sujetó por la cintura—. Amigas seguro que tienes; el

portero del edificio me comentó que el viernes pasado vino alguien a visitarte,

una chica muy bonita que traía un montón de equipaje.

Teodelina no pudo evitar dar un respingo.

—El tipo es terriblemente indiscreto.

Ella ya se había percatado de eso.

—Creo que se me acercó con la firme intención de averiguar qué rol

ocupo yo en todo esto, y quizá también para ver si lograba sacarme quién era

esa chica que vio, que lo dejó fascinado.

No le importó ser brusca, intentó zafarse de él. Stefan era más fuerte que

ella.

—Suéltame.

—No te pongas así; no fui yo el que anduvo por ahí hablando de ti, sino tu portero.

Teodelina lo fulminó con la mirada. Entendía que él nada tenía que ver, pero de todas maneras no quería hablar de eso.

—¿Quién era ella? Acaso un familiar... una amiga —acercó todavía más

su rostro al de Teodelina—, una antigua novia... ¿una novia?

—¡Que me sueltes, coño!

—En ningún momento salió a colación discutir ese pequeño asunto de la

exclusividad, pero yo...

Teodelina le propinó un empujón que surtió el efecto deseado: Stefan no

lo esperaba, por lo que cayó sobre la cama torpemente.

—¡Fuera de mi casa!

La mueca de sorpresa de Stefan,

resultado de la caída, se intensificó con

aquel grito de ella.

—Teodelina, por favor, no te pongas así. No tienes por qué reaccionar tan

mal, simplemente jugaba; bien, no con todo, la verdad es que me gustaría que

fuésemos solamente nosotros dos. Entiendo que es algo repentino, nos conocemos hace días nada más...

Teodelina tenía la impresión de estar a punto de explotar, si hasta la mandíbula le temblaba.

—No hay problema si estabas con ella; todo ha sucedido muy rápido, es

sólo que... si vamos a seguir adelante, me gustaría que quedasen fuera terceras

personas.

Stefan se le acercó otra vez.

—Ni yo mismo esperaba esto,

acabo de salir de una relación...

—No hay terceras personas —  
gruñó temblando como una hoja—.  
Ahora

vete.

—¿Qué? Teodelina, vamos...  
Tienes razón, no ha sido el modo  
correcto

de encarar la situación, es que,  
cuando el portero me contó sobre  
aquella

chica, ardí en celos. Sé que pido  
demasiado, tenerte es mucho más

de lo que

podría esperar. —Le tendió la mano—. Perdón. Me largaré ahora si quieres,

pero, por favor, no me prohíbas volver.

Teodelina tenía los puños tan apretados que sus uñas, a pesar de estar

muy cortas, se le clavaban en las palmas de las manos.

—Dime que no me prohibirás volver.

Stefan volvió a agarrarla de la cintura, pero esta vez ella no volvió a

resistirle, pese a que, por una parte, se sentía muy violenta con él; la otra

parte, la que gritaba más fuerte en ese preciso instante, únicamente deseaba

besarlo.

—Podemos ser sólo tú y yo —le susurró, y acercó sus labios a los de

ella. Bajando la vista, miró su boca igual que si pidiese permiso para hacer lo

que estaba a punto de hacer—. No quiero tener que compartirte con nadie,

quiero ser lo único que necesites. Dime que ella ya es historia, que me escoges

a mí.

Simplemente cerró los ojos y permitió que la besase. Por debajo de sus

párpados, vio el rostro de Nicole. Éste, a decir verdad, pasó fugazmente; para

cuando Stefan la devolvió a la cama, no hacía más que ver a un sonriente

Máximo Verti.

Tuvo que gritarle a su mente que simplemente se apagase, que lo dejase

ir, que se dejase llevar, cuando Stefan comenzó a besarle el cuello. Por suerte,

llegó a un punto en el que no pudo pensar en nada más que en quien compartía

la cama con ella en ese instante... en él, y en lo que le hacía sentir al

acariciarla con su mano para excitarla, para darle un orgasmo solamente con

lo que hacía con los dedos.

\* \* \*

Máximo contó hasta diez antes de lanzarse a paso raudo en dirección a

Geraldine, quien se había quedado parada bajo del dintel de la puerta de su

oficina, con el rostro desencajado y la mirada perdida en un punto indefinido.

La detective acababa de salir de la galería, sin pronunciar palabra ni girarse

hacia atrás.

A Geraldine le costó reaccionar ante su presencia allí.

—Tenemos que hablar —le dijo él

y, sin esperar que ella diese respuesta

alguna a su demanda, se metió en el despacho. Durante la espera, se había

convertido en una sólida roca de tensión y pretendía descargarse ahora—.

¿Dime qué sucede aquí? Tengo la impresión de que soy el hazmerreír de este

lugar. Esa mujer... la detective...

Geraldine cerró la puerta. Tenía el

rostro tenso, los hombros tiesos.

—Enterarme de esto por terceros sólo lo ha empeorado todo. ¡Me siento

como un estúpido! ¡¿Has estado jugando conmigo?! ¿Qué necesidad tenías?

Somos adultos, Geraldine, podríamos haberlo solucionado de otra manera. Sé

que lo nuestro últimamente se ha enfriado un poco; admito que estoy un poco

rutinario y que no me he puesto con el asunto de la boda como debería, pero

esto... esto... ¡Maldita sea, ¿quién es ese tal Patricio Conde?! ¡Di algo, por

amor de Dios! —soltó a toda prisa, andando de un lado al otro del despacho

igual que un animal enjaulado, enjaulado y furioso. La cara le ardía; se sentía

en extremo ridículo.

—Cálmate, por favor, no es lo que crees. No sé qué te ha dicho esa

mujer... No puedes ponerte así. Al menos deberías escuchar lo que tengo que

contarte. Creo que merezco tu confianza; a decir verdad, me molesta

soberanamente que prefieras dar crédito a lo que un extraño te dice que

continuar dándole valor a nuestra relación. ¿Cuándo te he dado yo

motivos

para que pienses lo peor de mí,  
Máximo?

—Jamás me has hablado de él.

—Máximo, no te cuento todo lo que  
sucede en mi trabajo.

—Ese tipo va más allá de tu  
trabajo; la detective me ha dicho  
que vive en

un apartamento que está a tu  
nombre.

—Sí, así es, vive en el apartamento

del centro; se lo alquilo desde hace unos meses. Es un magnífico artista, un buen sujeto, y me pidió ayuda porque

no lograba alquilar nada sin un aval. ¿Qué creías? No sé para qué te lo

pregunto, si ya sé lo que creías. Es insultante.

Máximo sabía que no tenía razones para desconfiar de su palabra; de

cualquier forma, no se sentía nada bien con la situación.

—La detective insinuó que ese tal Conde puede tener algo contra Ultra Negro...

Geraldine lo interrumpió.

—Sí, por aquello de que movimos su exposición para más adelante para

recibir en este momento a Ultra Negro. Eso no son más que tonterías. Patricio

es un hombre tranquilo que jamás se mete con nadie.

—¿Lo conoces lo suficiente como para afirmar eso?

—Lo conozco desde hace un tiempo; fue alumno de una artista plástica

que ha expuesto con nosotros varias veces. A ella la conozco desde mis

comienzos y a él, desde hace un par de años. Nunca lo había tratado mucho

hasta hace un par de meses, cuando surgió lo del apartamento. Fue entonces,

también, cuando vi su trabajo y le propuse que expusiese con nosotros. La

detective y tú exageráis. Ni Patricio atacaría la galería, y mucho menos

mataría a alguien, ni yo te haría a ti nada semejante a lo que has insinuado. Sí,

he pasado varias veces por casa de Patricio, sólo por cuestiones laborales;

también comí con él en un par de ocasiones. Te lo cuento por las

dudas, no

vaya a ser que luego la detective te venga con eso también y vuelvas a ponerte

como una furia porque no te lo expliqué. Todo esto es absolutamente ridículo.

No tengo ni la menor idea de quién atacó a Andrea; sí puedo asegurarte que no

fue él.

—La detective insinuó que ese tal Patricio está fugado desde que

ocurrió

lo del vandalismo y el asesinato de Andrea.

—Tonterías. Se lo acabo de explicar a la detective y ahora te lo digo a ti:

ayer mismo vi a Patricio; nos encontramos para tomar un café, hablamos de lo

sucedido aquí... Él estaba sumamente afligido por lo que pasó con Andrea, se

enteró por las noticias. ¡Por todos

los santos, si él la conocía! Todos estamos

en *shock* por eso, pero él no la mató. —Geraldine caminó hasta su escritorio

—. No se fugó, Máximo, salió de viaje un par de días, eso es todo.

—¿Sabes adónde?

—No se lo pregunté, tampoco es que me meta en la vida de todos.

—¿Cómo estás tan segura de que no fue él?

Geraldine se dejó caer en su sillón.

—La detective Resa es una inepta, un ejemplo más de lo desastroso del

cuerpo policial de este país. Esa mujer lo único que desea es encontrar un

chivo expiatorio sobre quien echar todas las culpas. No debe de tener ni la

menor pista de nada y, como no tiene a quién incriminar, se lanza sobre el

primer idiota que se le cruza por delante. Insinuó una sarta de sandeces que no

tienen ni pies ni cabeza. Entiendo que no le guste Teodelina, yo también guardo

mis reservas para con ella, pero, sinceramente, meter en la misma bolsa a

Patricio es una gran estupidez.

—La detective insinuó que Ultra Negro se ha granjeado un montón de

enemigos a lo largo de su vida.

—Sí, lo mencionó. No dudo de que así sea.

—¿Por qué?

—Resa no me dio demasiadas explicaciones, simplemente dijo que

Teodelina había tenido un par de encontronazos con la ley.

—¿Qué tipo de encontronazos?

—Por favor, Máximo, salta a la vista.

—¿Qué es lo que salta a la vista?  
Para mí no está tan claro.

—Es evidente que es una artista  
magnífica y que también le faltan  
unos

cuantos tornillos.

Máximo meneó la cabeza,  
fastidiado; le sentó pésimamente  
que Geraldine

hablase mal de Teodelina.

—Esa chica anda en algo raro y,  
por lo que insinuó la detective, no  
es de

ahora. Seguro que de por medio hay drogas y vete tú a saber Dios qué más. No

me extrañaría que hubiese estado presa por lesiones o algo así, es

terriblemente agresiva. A decir verdad, si me lo preguntan, más que lanzar

alguna sospecha sobre Patricio la lanzaría sobre ella.

—No puedo creer que digas eso. Tienes sus cuadros colgando allí fuera

—rugió sin poder contener su furia.  
La Teodelina con la que él había cenado

esa madrugada tal vez aparentase ser el tipo de persona que Geraldine

insinuaba; sin embargo, le daba la impresión de que no lo era o, al menos,

deseaba creer que no.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—¿Le has dicho eso mismo a la

detective?

—Aparentemente lo que yo opino de Teodelina no le llega a los talones a

su realidad.

—Eso no lo sabes.

—Resa la investigó, Máximo. Debe saber sobre ella mucho más de lo

que yo sé, de lo que tú sabes. ¡Ah, por favor, no entiendo a qué viene todo

esto! Ultra Negro no tiene nada que

ver con nosotros. Resa se ocupará de

averiguar si es culpable o no y, mientras tanto, espero que a esa chica no se le

ocurra pasar por aquí. Sería muy extraño tenerla aquí sin saber si ella asesinó

a Andrea o no.

—¿Por qué la mataría? ¿Qué razones podría tener?

—Máximo, acabemos con esto, me duele la cabeza. No es problema

nuestro.

Máximo retrocedió un par de pasos, alejándose de su prometida. Sentía

que, más que un par de pasos, lo distanciaba de ella una eternidad; era como si

algo se hubiese roto.

Geraldine volvió a sus papeles.

—Resa mencionó que un hombre joven, alto, rubio y de ojos claros ha

visitado a Teodelina estos últimos

días; creo que se refiere a tu hermano.

Deberías advertirlo de que se aleje de ella si no quiere tener problemas.

Una punzada de miedo atravesó su corazón en ese instante, ¿le habría contado Resa que Teodelina y él se vieron anoche en su restaurante?

—También mencionó a una chica alta, muy delgada, de cabello largo y

aspecto de modelo, quien

supuestamente llegó a casa de Teodelina la tarde del

viernes, la de la inauguración, con un montón de maletas.

Geraldine levantó los ojos y lo miró. Máximo esperó que le preguntase

qué había estado haciendo la noche anterior con Teodelina; la pregunta nunca

llegó.

—Soy yo, tu pobre y abandonado amigo —le contestó Simón, con voz quejumbrosa, cuando Teodelina respondió a la llamada del videoportero—.

Traigo un corazón destrozado y un kilo de helado que se derrite.

Teodelina advirtió que exageraba su mueca, pero ésta, en el fondo, era

real. Simón no era el único golpeado por la partida de Pierre. Si bien ella no

era una ferviente admiradora de las relaciones a largo plazo, así como

tampoco de la convivencia y mucho menos del casamiento —ya de por sí le

costaba mantener la monogamia—, creía que tal vez otros pudiesen tener ese

estilo de vida. Había visto a Simón feliz junto a su pareja, y eso le hizo

plantearse que quizá, para algunos afortunados, diese resultado; sí, tal vez

otros podían ser felices, tener lo que a ella se le negaba, aquello a lo que no

estaba acostumbrada, aquello que ni siquiera sabía si quería o no. Lo lamentó

por Simón. No pensaba llorar con él, Simón tampoco esperaba eso de ella;

tampoco lo consolaría diciéndole que pronto encontraría a alguien más;

seguro que Simón hallaría a alguien

más con quien divertirse, pero

¿enamorarase?, ¿volver a sufrir así?,  
¿para qué?

—Pasa, yo pongo el alcohol.

—Estupendo —le contestó él,  
alzando la vista hacia la cámara  
que se

encontraba junto a la puerta de  
entrada del edificio—; me olvidé  
de ese

detalle y creo que voy a necesitar  
mucho.

—Cuando se acabe, saldremos a por más.

—Bendita seas, Cuervito.

Teodelina presionó el botón que abría la puerta de abajo.

Simón estaba acostumbrado a convivir con el descontrol de su casa, si

bien nunca dejaba de taladrarle la cabeza con ese asunto de encontrar una

decoradora, de comprar más muebles, de llamar a alguien para

que fuese a

hacer la limpieza... y eso a Teodelina, hasta ahora, le había dado igual.

Mientras su amigo subía, recogió un par de prendas usadas y las introdujo a

presión dentro del canasto de la ropa sucia, dentro del cual ya no cabía ni un

alfiler. Siempre había odiado ordenar y limpiar, tanto como lavar la ropa, pero

nada más que planchar; esos malos hábitos se instalaron definitivamente en

ella cuando se largó del apartamento que compartiera con su madre para vivir

en aquella casa semiderruida, con un montón de jóvenes a los que les importaba menos que a ella el orden y la limpieza.

Arrancó las sábanas de la cama, deseando tener unas limpias para poner.

Las que acababa de quitar olían demasiado al perfume de Stefan y, ahora que

después de tres días había podido deshacerse de él, deseaba eliminar

cualquier rastro de su persona. No es que lo hubiese pasado mal, solamente

necesitaba distanciarse de aquello; no quería terminar en el mismo estado en

el que Simón se hallaba en ese momento. Además, demasiadas

cosas pasaban

por su cabeza como para continuar pensando en él; ese día se cumplía una

semana exacta desde que aquel viernes por la noche le complicase la vida de

un modo fenomenal.

Las sábanas no entraron en el canasto, de modo que hizo con ellas una

bola y las colocó encima de la tapa de éste.

Más tarde buscaría sábanas limpias, si es que tenía... eso si recordaba

dónde encontrarlas. Por lo pronto cubrió el colchón con una colcha.

El fregadero de la cocina era una montaña de vajilla sucia. La dejó tal

cual estaba, no tenía tiempo para ocuparse de eso, el ascensor no tardaría tanto

en subir los pocos pisos que la distanciaban de la planta baja.

Agradeció que,

al menos, Simón hubiese olvidado su juego de llaves, brindándole así un poco

de tiempo para organizarse.

Arrojó un par de latas vacías a la basura (el cubo también estaba

demasiado cargado, rebosante) y tiró también una caja de pizza y dos envases

en los que había llegado la comida china que Stefan insistió en pedir la última

noche, de la cual ella apenas si probó bocado.

Vació los restos de café viejo en el fregadero y pateó el par de Converse

negras que había usado el día anterior hacia debajo de la cama.

El timbre de la puerta sonó. Corrió a atender.

En lugar del rostro de Simón se encontró con una bolsa que llevaba

impreso el logo de la heladería favorita de su amigo.

Simón bajó la bolsa.

—Ahora tendrás que prometerme que, si no encontramos a nadie para cuando cumplamos los cuarenta, me darás un hijo y te casarás conmigo.

Tampoco me vendría mal que te comprometieras a envejecer a mi lado.

—No siento lástima por ti, el tipo es un verdadero idiota —mintió; en verdad Pierre no le caía mal... bueno, no hasta que abandonó a Simón.

—No es cierto, me quería y yo lo quería, nos llevábamos bien,

completamente compatibles tanto fuera como dentro de la cama.

—No lo glorifiques. Es un jodido hijo de puta que te ha dejado porque no

está seguro de nada. De seguir contigo acabaría por enloquecerte con tantas

idas y venidas, que ni él sabe lo que quiere.

—No lo glorifico, lo quería. —

Simón le arrebató la puerta de las manos,

entró y la cerró.

—¿Qué es eso? No me digas que vienes a mudarte aquí porque no quieres

estar solo —soltó al ver la gran bolsa que portaba Simón en la otra mano.

—Tonta. —Le lanzó la bolsa—. Es para ti. Para que enriquezcas un poco

tu guardarropa —le dijo mientras

se alejaba caminando en dirección  
al área

de cocina, llevándose consigo la  
bolsa con el kilo de helado.

—¿Cuántas veces te he repetido  
que no quiero que me hagas esta  
clase de

regalos, que para mí no son  
regalos? Me complicas la  
existencia con esto,

porque luego te emperras en  
obligarme a usar todas estas cosas.

—Teodelina

tiró la bolsa encima de la mesa; una prenda íntegramente bordada en

lentejuelas negras sobre un fondo de encaje se escapó de su interior.

Simón le puso mala cara al fregadero repleto de platos sucios.

—No entiendo cómo todavía este sitio no ha sido invadido por ratas y

cucarachas —murmuró para estirarse hacia la alacena en busca de unos vasos

dentro de los cuales servir el helado.

Teodelina cogió la prenda negra, la cual, a pesar de su color, reflejaba la

luz en cientos de tonalidades distintas; era un vestido, no muy corto, sin

mangas y con una espalda lo suficientemente escotada como para que se le

viese todo el trasero.

—¿Acaso parezco una Barbie? Puedes llevarte esta porquería, no pienso

ponérmela.

Le arrojó el vestido. Simón lo atrapó en el aire.

—¡Estás loca! Más respeto. —  
Sacudió la prenda—. Es Cavalli.  
Amamos

Cavalli, y tú lo amarás porque hoy,  
tu mejor amigo, está deprimido y  
necesita

salir.

—Ya sabía yo que no venías  
simplemente a comer helado o a  
beberte mi

alcohol.

—Esto no es más que la previa, la antesala de lo que será el resto de la

noche.

—No me jodas, yo no pienso ponerme eso.

—Sí lo harás. Eres mi amiga, me quieres, y te lo pondrás. —Le estampó

el vestido contra el pecho—. Esta noche tengo una fiesta que organiza la

revista y no pienso ir solo. Vendrás conmigo te guste o no. —Simón se dio

media vuelta y regresó a la cocina —. Ahora, ¿dónde tienes vasos limpios? —

Abrió una de las puertas de la alacena—. Este lugar es un asco, mi vida.

Teodelina soltó el vestido sobre la mesa.

Simón se estiró y rebuscó dentro de la alacena, prácticamente

metiéndose

de cabeza dentro de ésta.

—¿Qué es esto?

Simón sacó el brazo; dentro de su mano salió una especie de estuche de

plástico negro.

—¿Qué es y por qué guardas esto ahí? Se supone que ahí guardas, como

mucho, la comida y la vajilla. Eres terriblemente desordena.

Teodelina se abalanzó sobre él.

—Eso no es mío.

—Entonces de quién...

Le arrebató el estuche de las manos. Era una especie de sobre, que

cerraba con cierre, del tamaño de un libro.

—¿Se lo habrá dejado Nicole?

Teodelina había tenido el mismo pensamiento.

Abrió el estuche; dentro había un montón de papeles y... Simón le arrancó

el pasaporte de las manos.

—Es el pasaporte de Nicole.

Teodelina retrocedió.

—Nicole se dejó su pasaporte aquí.

—Simón la miró—. Cuervito...

—No tengo ni la menor idea de qué hacían estas cosas dentro de mi

alacena; es más, no sabía que estaban ahí.

—Que se dejara su equipaje es una cosa, pero... ¿su pasaporte? No

llegará muy lejos sin esto.

Se hizo un silencio.

—¿Le has preguntado a tu portero o alguno de tus vecinos por ella?

Quedamos en que harías eso.

—No, no he tenido tiempo.

—Teo...

—Seguro que conseguirá uno nuevo.

—Teo...

—Simón, por favor, no volvamos a eso. No quiero ni pensar en...

—Creo que algo le ha sucedido. Nada de esto es normal. Nadie se larga

así, abandonando todo lo poco que le queda, dejándolo a sus espaldas.

—Ella... —comenzó a decir; Simón no le permitió terminar la frase.

—Nada, Teo, simplemente tenemos que encontrarla.

—No quiero volver a verla —dijo al tiempo que se alejaba de él.

Simón no le permitió escaparse.

—¿Hay algo que no me has contado?

—No, Simón.

—Entonces sé clara conmigo. Reacciona. Tenemos que averiguar qué ha

sido de ella. Lo haremos ahora mismo. Ven conmigo.

\* \* \*

—Esto es ridículo.

—No, no lo es. Sabemos que tu portero es un entrometido y un chismoso,

y también que vio a Nicole cuando llegó a tu apartamento.

Teodelina le echó un vistazo a la puerta cerrada. Simón había tocado el

timbre dos veces. Se moría por tener un cigarrillo en las manos, pero se los

había olvidado arriba, en su

apartamento.

—¿Quién es? —preguntó el hombre desde el otro lado de la puerta.

—Soy Teodelina, del séptimo piso, Ramón.

La puerta se abrió.

—Hola, buenas tardes —soltó Simón en el mismo tono dicharachero de siempre.

El portero escrutó a Simón de pies a cabeza; ya lo conocía. Así y todo,

no

dejaba nunca de sorprenderse de la apariencia de éste, su forma de vestir era

algo más que particular.

Teodelina simplemente emitió una especie de gruñido a modo de saludo.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Esperamos que pueda ayudarnos con una cosa —comenzó a decir

Simón, a sabiendas de que todo

esto a Teodelina le resultaba muy difícil.

Además, ella, de por sí, no solía hablar demasiado con las pocas personas que

formaban su grupo de conocidos—. ¿Es cierto que usted vio a una chica alta,

muy bonita, de cabello claro y largo, ojos verdes, que vino a visitar a

Teodelina el viernes pasado?

—¿La chica que llegó con muchas

maletas? Sí, la vi. También conversé

un poco con ella; parecía una muchacha muy simpática y amable. Muy guapa.

Me dijo que venía a su apartamento —añadió mirando a Teodelina.

—Sí, entonces sabe a quién me refiero.

—Claro, claro. ¿Era una pariente suya?

—Una vieja amiga —contestó Simón por Teodelina, a quien el

portero

había dirigido la pregunta—.  
¿Podría decirme cuándo la vio? ¿A  
qué hora

llegó ese viernes?

—Serían algo así como las siete y  
media o las ocho. La ayudé a meter  
su

equipaje dentro del ascensor. Iba  
con prisa, me dijo que usted —miró  
a

Teodelina— inauguraba una  
muestra esa noche y que no quería

llegar tarde a

la fiesta. Volvió a salir elegantemente vestida cosa de una hora u hora y media

más tarde.

—¿Vio si alguien la esperaba fuera, si subió a algún automóvil, si se

encontró con alguien?

—No, creo que no. Yo estaba asomado a la ventana cuando ella salió. La

vi partir, como ya le he dicho, muy

arreglada, cargando una bolsa negra de

viaje. Fue directa hacia la calle.

—¿Cargaba una bolsa de viaje? —  
inquirió Simón, extrañado.

—Sí, llevaba en una mano una de esas carteritas de mano que no tienen

tiras, que usan las mujeres...

—Un *clutch* —precisó Simón.

—Eso, era todo brillante, y del hombro colgaba la bolsa. Me

pareció

raro. Ésta parecía pesada y recuerdo que me pregunté cómo hacía para

mantener el equilibrio portando aquella cosa subida a esos zapatos tan altos

que llevaba.

Simón miró a Teodelina.

—Así que llevaba una bolsa.

—Así es.

—¿Volvió a verla después, esa noche o en algún otro momento?

El hombre negó con la cabeza.

Teodelina se mordió las uñas. Simón le puso mala cara y acto seguido

continuó con el interrogatorio.

—Le sonará raro, pero... ¿no vino nadie por aquí preguntando por ella?

Su nombre es Nicole.

—No, nadie. —El portero movió la

cabeza hasta Teodelina—. Creí que se quedaría en su casa.

—Dígame —saltó Simón, distrayendo la atención del portero de

Teodelina hacia él—, ¿no ha visto a nadie rondando por aquí estos últimos

días, no ha notado nada extraño?

El hombre volvió a negar con la cabeza y luego, inmediatamente, se concentró en Teodelina otra vez.

—Me dio la impresión de que acababa de llegar de viaje. ¿Ha vuelto a

salir?

Simón sopesó la posibilidad. No le parecía demasiado plausible. Sí,

había salido con una bolsa, pero el resto de su equipaje había quedado en el

apartamento de Teo; además, si le había dicho al portero que iría a la fiesta de

inauguración de la muestra, ¿por

qué nunca llegó? ¿Qué llevaba dentro de

aquella bolsa?

—¿Le ha ocurrido algo malo? —  
disparó el portero, alterándolos a los

dos.

—Bueno, en realidad no lo sabemos; usted no se preocupe. —  
Simón

tomó a Teodelina por el hombro, con la firme intención de llevársela de allí y

resolver ese asunto los dos solos, por su cuenta—. Le agradecemos mucho su

ayuda, de verdad que sí.

—¿Está desaparecida? —insistió el hombre, mientras Simón tiraba de su

amiga, haciéndola retroceder de espaldas.

—Puede ser que sea como usted ha dicho, que volvió a salir de viaje; en

todo caso, le agradecemos mucho

su ayuda.

—Tal vez...

—Muchas gracias —soltó  
Teodelina, cortándolo.

—De verdad que es usted muy  
atento —añadió Simón,  
dirigiéndose ya al

ascensor.

—Quizá...

—Hasta luego —se despidió  
Simón, tironeando finalmente de  
Teodelina

hacia el interior del cubículo. A toda prisa, presionó el botón que cerraba las

puertas.

El portero quedó fuera y ellos dos, dentro de la moderna cabina de acero

y espejo.

El aparato comenzó a moverse.

—¿Crees que se fue a alguna otra parte?

—No lo sé, no tengo ni idea. Quizá

le mintió al portero, tal vez no tenía pensado ir a la inauguración.

—Sí, se fue con una bolsa, pero ¿para qué dejó todas las otras cosas en tu

casa?, ¿para qué vino hasta aquí, si en realidad no pensaba quedarse?, ¿para

qué tomarse la molestia? ¿Qué sentido tenía ponerse en contacto contigo si

tenía pensado largarse así sin más, sin avisarte, sin despedirse,

mintiendo,

dejando todo lo demás atrás?

Teodelina se recostó contra la placa de espejo, apuntalando las manos y la cadera sobre la barandilla de acero.

—Ella quería regresar, estaba harta de aquel tipo...

—Sí, eso ya me lo contaste.

—Y no tenía dinero.

Simón alzó una ceja, interesado.

—No tenía ni un centavo. Una tarde me llamó llorando, diciendo que

quería dejarlo, que quería regresar al país, pero que no tenía cómo volver.

—¿Pagaste su regreso?

—Hice algo más que eso —le respondió ella al tiempo que la boca se le

ponía amarga y en el estómago se le formaba un nudo.

—No te entiendo.

—Nicole tenía muchas deudas.

—¿Qué clase de deudas?

—Nicole gastaba un dineral por día en...

—¡Ni me lo digas! Ya lo sé. No era en ropa.

—Ella le debía pasta a su novio.

—¿Es broma? ¡No me jodas!, ¿le debía dinero de drogas a su novio el

traficante de drogas, abusador, maltratador y...?

—Sí, eso mismo. Ella tenía miedo de dejarlo. Ya te dije que me costó

mucho hacer que reuniese el valor suficiente. Ella no quería simplemente

escaparse, porque temía que él pudiese seguirla. El tipo estaba, además,

obsesionado con ella, pero cuando Nicole le propuso devolverle todo el

dinero que le debía, él aflojó un poco.

—¿Cuánto dinero le diste?

—Mucho, fue más o menos como un divorcio, uno costoso. No olvides que Nicole trabajaba mucho y bien; el tipo quiso que ella le resarciese por el

dinero que ella no le haría ganar en el futuro, tanto por su trabajo como por su

consumo de drogas.

—¡Ese tipejo es una reverenda mierda!

—Eso mismo. No fue fácil negociar

con él y por momentos creímos que no le permitiría largarse.

—Entonces...

Las puertas del ascensor se abrieron al llegar al séptimo piso.

—Le di a ella el dinero que su novio pidió como compensación por

dejarla partir. —Teodelina salió del ascensor—. Por eso no me quedó más

remedio que exponer. Necesito el

dinero de los cuadros para pagar  
mis

cuentas, ya que gran parte de mis  
ahorros desaparecieron, por no  
decir todo.

—¿Hiciste eso por ella? No me  
malinterpretes, no es que me  
sorprenda,

para nada, sé muy bien qué clase de  
persona eres, sé que harías  
cualquier cosa

por los que amas.

—No te pongas jodidamente

sentimental, Simón. —No quería continuar

con aquella conversación; toda la situación la hacía sentirse increíblemente

ridícula y estúpida; se dio media vuelta e insertó la llave en la cerradura.

—¿En qué quedó con su novio? ¿El tipo cogió la pasta y le permitió irse?

Teodelina puso un pie dentro de su apartamento.

—No, no fue tan sencillo. Nicole cobró el dinero y se lo entregó, pero él,

en el último momento, se arrepintió.

—¿Cómo que se arrepintió?

—Primero le dijo que la amaba, que no podía dejarla partir.

Simón puso cara de horror.

—Luego pidió más dinero.

—Malparido.

—Un hijo de puta —recalcó

Teodelina, entrando en el piso—.  
De esos

que parece haber por miles en  
todos lados.

—¿Le enviaste más dinero?

Teodelina negó con la cabeza.

—¿En qué quedaron entonces?

—Pensé que no lo convenceríamos,  
que no la dejaría ir. Ella le había

contado a él algunas cosas sobre  
mí... —Teodelina fue directamente  
a buscar

sus cigarrillos, Simón la siguió de cerca.

—¿Qué clase de cosas?

—Que pinto. No sé muy bien qué más le explicó, pero sí sé lo que le mostró.

—¿Lo que le mostró? No te entiendo.

—El muy desquiciado puso como condición que —se llevó un pitillo a

los labios—, terminada la

exposición —lo encendió—, le enviase el cuadro.

—¿El cuadro?

—Sí, el cuadro —dijo soltando el humo de la primera calada.

—Pero de qué cuadro... —Simón lo comprendió antes de acabar la frase.

Se tapó la boca con ambas manos. Sabía muy bien a qué obra se refería—. El

retrato en que vosotras dos aparecéis fusionadas. Mierda,

Cuervito, ese tipo

está rematadamente loco. Es un desgraciado desquiciado.

—Me has sacado las palabras de la boca —dijo llevándose el cigarrillo

a los labios para darle otra profunda y larga calada—. Cuando pinté el cuadro,

le envié una foto de éste por correo electrónico a Nicole. Ella debió de

habérselo enseñado a él y quizá también le explicó que era un

retrato de

nosotras dos.

—¿Él sabía sobre vosotras?

Asintió con la cabeza.

—¿Y el desgraciado, a sabiendas de que ella regresaba al país con tu

ayuda, le pidió a cambio un retrato en el que salís las dos fusionadas?

—Me comprometí a enviárselo en cuanto finalizase la exposición, por

eso ese cuadro no está a la venta.

—El sujeto es un enfermo. Ninguna de las dos debió acceder a semejante

condición. ¿Qué hará si no se lo envías?, ¿venir aquí a llevárselo, o peor, a

llevársela a ella por los pelos? Debisteis denunciarlo a la policía o... o... no

sé, quizá contratar a un asesino a sueldo para que lo borrara del mapa.

—Ninguna de esas dos opciones

era plausible.

—Entregarle el cuadro tampoco parece muy racional.

—A mí me agrada menos que a ti imaginar lo que ese tipo podría hacer o

pensar al ver el cuadro. Me revuelve las tripas, me da asco. Sé de lo que los

hombres como él son capaces; conocí a unos cuantos.

—No, creo que ninguno debió de estar tan loco como éste.

Teodelina atacó su cigarrillo una vez más.

—¿Y si la siguió hasta aquí? ¿Y si se arrepintió de dejarla partir y fue tras ella?

—¿Y si Nicole se arrepintió de abandonarlo y regresó a París?

—¿Allí es donde vivía con él?

—Por lo que sé, él tiene propiedades en varias capitales europeas.

—¿Adónde debías enviarle el

cuadro?

—A una dirección en París.

—¿No tienes un número con el que puedas ponerte en contacto con él?

—No pienso llamarlo. Tu idea es ridícula. ¿Qué pretendes que le diga?

«Hola, soy la estúpida que pagó lo que tu novia te debía, la que te regalará uno

de sus cuadros para que te calientes la cabeza ahora que ella te ha dejado;

quería saber si, por una de esas casualidades, Nicole no regresó contigo,

porque, ah, resulta que a mí también me ha dejado.»

—No, yo no...

—Simón, lo más probable es que Nicole me haya engañado a mí también.

Todos estos días no he hecho más que darle vueltas a todo esto y, ¿sabes qué?,

he llegado a la conclusión de que lo

más probable es que ella me haya mentado

descaradamente. Quizá no le debía ningún dinero a su novio, quizá solamente

quería huir de él y me usó a mí para costear sus planes. Es probable que esté

por ahí, riéndose de mí y de él.

—Teo, no... yo no lo creo.

Teodelina sentía lágrimas de furia, dolor y vergüenza pugnando por saltar

de sus ojos.

—En cuanto Ramón mencionó esa bolsa de viaje, me la imaginé huyendo

con mi dinero.

—Su equipaje, su pasaporte...

—Tal vez consiguió otro, con un nombre nuevo, para que ni él ni yo la

encontremos jamás.

—Eso no puede ser cierto.

—¿Por qué no? Las dos estamos demasiado acostumbradas a mentir, a

engañar, a sobrevivir cueste lo que cueste.

—No eres así, no al menos en ese sentido. Sí, eres una superviviente, pero tú no harías...

—Sí, Simón, yo ya hice todas esas cosas. Ya estafé, mentí, robé, hice lo

que necesité hacer...

—Hiciste lo que necesitabas hacer para salir de ese oscuro mundo en el

que habías caído. Tragaste lo más amargo de la vida y seguiste adelante; eso

quedó en el pasado, tu vida ahora es muy distinta, ya no vives así.

—Dejémoslo como está, quieres.

—Estrujó el cigarrillo dentro del

cenicero que había sobre la mesa. Tomó la cajetilla de tabaco, se llevó otro

pitillo a los labios y lo encendió.

Simón se limitó a observarla en silencio.

—Si fue así, te debe una explicación.

—No quiero una explicación, Simón; lo único que necesito es que me

deje en paz, que tú me dejes en paz. Ahora sirve el helado, que ya debe de

estar todo derretido.

—Teo, evitar esto no dará resultado.

—Si planeas seguir en esa tesitura, mejor vete. Creía que habías venido

para que te ayudase a olvidarte de Pierre, no a revolver entre mi mierda.

—Sí, así fue, pero...

—Bien, entonces eso haremos; comeremos el helado, tomaremos unos

tragos y luego iremos a esa puta

fiesta que tienes.

Simón meneó la cabeza.

—No es necesario que vengas, si no quieres.

—¿Estará la modelo esa que conocí la otra tarde?

Los ojos de Simón se abrieron de par en par.

—Sí, creo que sí.

—Perfecto. Creo que podría probarme ese vestido —dijo apuntando con

el cigarrillo en dirección a la prenda negra con lentejuelas—. Después de

todo, no pudimos concretar la cita que teníamos planeada y me quedé con las

ganas.

Simón se abstuvo de opinar; sabía que Teodelina era así: cuando uno la

presionaba demasiado para llegar con ella a sus lugares más oscuros y

dolorosos, ella simplemente se

salía por la tangente, por lo general con

actitudes, como mínimo, algo  
alocadas, cuando no  
autodestructivas o  
arriesgadas.

En la alacena encontró dos tazas  
que estaban limpias y en ellas  
sirvió el

helado.

\* \* \*

Máximo agradeció que Stefan

continuase roncando a pierna suelta,

desparramado en el sofá cama de su estudio después de pasar una noche de

juerga, supuestamente en compañía de amigos (esperaba de todo corazón que

eso fuese cierto; lo prefería así antes que saber que su noche pudiese haber

involucrado a Teodelina).

Cuando se levantó, a las seis y

cuarto de la mañana, Stefan recién  
atravesaba la puerta, de modo que,  
como mínimo, contaba con que  
Stefan  
dormiría hasta el mediodía.

Llevó a Julieta a casa de su madre  
y, de allí, se encaminó a una  
dirección  
que no había visitado nunca antes,  
una dirección que consiguió de  
manera  
furtiva.

Estacionó frente al edificio que mostraba el número de la calle que buscaba. Apagó el motor y, aún con las manos sobre la llave metida en el

interruptor de arranque, se asomó por la ventanilla para echarle un vistazo.

Sus ojos ascendieron sobre la estructura de un edificio de apartamentos muy

moderno y, en apariencia, también bastante lujoso.

No tenía claro qué esperaba encontrar, pero no era lo que tenía enfrente,

eso seguro. Un lugar mucho más oscuro y sombrío tal vez, más cerrado, mucho

menos luminoso y pulido. No algo con tanta vegetación, con unos jardines tan

amplios.

Por un instante se preguntó si no se había equivocado al tomar los datos

de la dirección del ordenador del mostrador de recepción de la galería. Los

nervios se habían apoderado de él durante esos cinco minutos que consiguió

de regalo, justo cuando hablaba de Ultra Negro con Pilar y el teléfono sonó,

brindándole una oportunidad única, para, más allá de echarle un vistazo al

portafolio digital que Geraldine

había hecho de la artista, escurrirse entre los

archivos para conseguir su número de teléfono y dirección, incluso la fecha de

su cumpleaños. No había anotado esta última en el papel que en ese instante

tenía entre las manos, para comprobar si la altura de la calle era la correcta;

sin embargo, la recordaba perfectamente. Un 24 de mayo,

veintiún años atrás.

Los nervios volvieron a atacarlo. Su yo normal nunca hubiese hecho nada

semejante... no robaría datos de alguien que apenas si conocía del ordenador

del trabajo de su prometida; no habría cenado a escondidas con su artista;

jamás hubiese mentido del modo en que le mintió a la compañera de

apartamento de Andrea, ni tampoco

se hubiese atrevido a caer sin invitación

en la casa de ese mismo alguien que apenas si conocía, un sábado por la

mañana, sin haber sido invitado. Así, a simple vista, no tenía ninguna

justificación para su presencia allí; su visita no tenía razón de ser. Ninguna

razón de ser.

Miró el papel.

—Séptimo piso —leyó.

Quitó la llave del contacto, guardó el papel dentro de uno de los bolsillos

de su chaqueta, cogió la bolsa que contenía el paquete con distintas piezas de

bollería y salió del automóvil.

Se preparaba para llamar al apartamento de Teodelina por el

videoportero cuando una pareja se acercó. El muchacho insertó una llave en la

moderna cerradura de la puerta de

vidrio. Al verlo, le preguntó si entraba.

Máximo no lo pensó dos veces, contestó que sí, que iba al séptimo piso. La

chica que acompañaba al muchacho hizo una mueca rara. Probablemente conocía a Teodelina y ella no le agradaba demasiado.

La pareja se fue por la escalera, mientras él presionaba el botón del ascensor, que llegó cinco segundos más tarde.

No tenía ni idea de qué le iba a decir o cómo haría aquello; lo que sí

tenía claro era que deseaba averiguar qué sucedía y si ella tenía algo que ver

con Patricio Conde y con la muerte de Andrea.

El ascensor llegó al séptimo piso antes de que estuviese listo para eso.

Salió de la cabina para quedarse parado en el rellano, delante de la

puerta de Teodelina.

Por un momento deseó que ella no estuviese allí.

Tocó el timbre y se alejó de la puerta un paso para darle espacio.

No se oyó ni el más mínimo sonido, nadie respondió a la puerta.

Tocó otra vez y oyó el timbre sonar dentro del apartamento.

Sigilosamente, se aproximó a la puerta. No llegó a tocar la placa de madera con la oreja, pero se colocó

lo suficientemente cerca de ésta como

para oír algo de movimiento... tal vez fuesen pasos.

Sí, definitivamente eran pasos que avanzaban hacia él.

Máximo volvió a retroceder.

El pulso se le aceleró y sintió que sus venas se cargaban de adrenalina

que desparramaban por sus músculos una suerte de carga eléctrica que hacía

que se sintiese raro, y casi incómodo, al permanecer allí de pie, inmóvil.

Un sonido metálico le indicó que alguien manipulaba la cerradura desde

el otro lado de la puerta.

Ésta se movió lentamente hasta formar una rendija de unos pocos

centímetros por la cual apareció, delante de una oscuridad cortada por unos

pocos y muy delicados rayos de luz,

el rostro de Ultra Negro.

La joven mujer tenía los ojos hinchados y apenas abiertos, el pelo

revuelto y marcas en la cara, típicas de alguien que está recién levantado de

dormir.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo has subido? —soltó con voz ronca desde

el otro lado de la cadena que mantenía la puerta entreabierta—.

¿Quién te ha

dejado pasar? ¿Cómo mierda has  
averiguado...? —Teodelina  
sacudió la

cabeza. Qué pregunta más tonta la  
suya, seguro que su prometida le  
había dado

su dirección. O quizá hubiese sido  
Stefan. Pero... ¿qué mierda hacía  
allí?!—.

¿Qué puta hora es? —Se restregó la  
cara con una mano y, con esa misma  
mano,

se apartó el pelo del rostro.

—Pasan de las diez treinta, creo.  
¿Te he despertado? Lo lamento. Te  
he

traído el desayuno. —Le enseñó la  
bolsa—. ¿Puedo pasar? —No  
pretendía

resultar invasivo, y mucho menos  
serlo, pero, sin querer, dio un paso  
al frente,

a lo que ella respondió empujando  
la puerta casi hasta cerrarla. Con  
urgencia,

reaccionó—. No, Teodelina, por favor, no te tomes esto a mal. Sí, supongo que

no debí aparecer por aquí así como así, sin avisarte. Entiendo que no me

esperabas.

Teodelina lo miró de arriba abajo. No, no lo esperaba y, sin duda, ése no

era el mejor momento para que cayese por su casa sin previo aviso.

—Tal vez no ha sido una jugada

limpia averiguar tu dirección sin

pedírtela directamente; deseaba hablar contigo y... no quería que fuera por

teléfono.

Teodelina no se movió, pero Máximo sintió como si le cerrase la puerta

en la cara.

—Oye, está bien, lo entiendo. Te he despertado y básicamente te estoy

acosando porque robé tu dirección

del ordenador de la recepción de la galería

de mi novia y nadie sabe que estoy aquí, ni siquiera mi hermano, y si bien

también tengo tu teléfono, no quería llamarte antes porque temí que no

quisieses recibirme. Me imaginé que te molestaría, pero la verdad es que... —

soltó a toda velocidad y luego se detuvo—... yo...

—Tú, ¿qué?

—Yo...

—No has debido venir. Que comiésemos juntos la otra noche no significó

nada. Fue error mío, no debí ir a tu restaurante.

—No, no fue un error. —Máximo se acercó a la puerta un poco más —.

Necesito hablar contigo. Por favor, es importante.

—Como sea, no puedes pasar ahora.

—¿Teo?

La voz femenina provino de las profundidades del apartamento a oscuras.

Máximo retrocedió involuntariamente y Teodelina bajó la mirada por un segundo.

—Ahh... lo lamento, yo no... no sabía que... —Decir que estaba incómodo

en la situación era poco—. Perdón, debí llamar antes, no creí que...

yo... —

Por lo visto era cierto, a Teodelina también le gustaban las chicas; ¿sería eso o

simplemente estaba malinterpretando toda la situación?

Unos pasos llegaron hasta ellos.

—¿Va todo bien?

Teodelina se apartó un poco, Máximo la vio pasar por delante de la

rendija que formaba la puerta

entreabierta, luciendo nada más que una

camiseta verde militar de manga corta y ropa interior. Por un fugaz instante vio

sus largas, blancas y delgadas piernas y lo que le pareció que era un gran

tatuaje negro sobre su pantorrilla izquierda; no logró distinguir cuál era el

dibujo.

Ella se volvió hacia su izquierda

para dirigirse a quien la acompañaba.

—Sí, no te preocupes.

—¿Quién es?

Un bellissimo rostro de facciones perfectas apareció por encima de la cabeza de Teodelina.

—Hola, buenos días —le dijo la chica, sonriéndole.

—Buenos días —contestó Máximo. Las mejillas comenzaron a arderle de

vergüenza—. Lo lamento, no sabía que Teodelina tuviese compañía. No ha

sido mi intención molestar.

La mujer sacudió una mano por delante de su rostro como desestimando

todo el asunto, y a continuación, con esa misma mano, recogió su largo cabello

para anudarlo sobre su cabeza en un moño.

—Y yo no sabía que ella tuviese

tantos amigos —su sonrisa se amplió

todavía más—, y todos tan guapos.

Máximo se puso más rojo todavía.

—¿Entras? —le preguntó directamente a Máximo, sin ni siquiera prestar

atención al rostro de Teodelina, quien ponía cara de horror.

—No quiero molestar. Yo solamente traje algo de desayunar, necesitaba

hablar con ella; en otro momento será.

—Humm... —entonó la muchacha, mirando el paquete que cargaba en la

bolsa con rostro de quien lleva pasando hambre mucho tiempo—. ¡Qué rico!

Me muero de hambre.

Su mano delgada apareció por detrás de Teodelina, quitando la cadena.

La cara de frustración y

desconcierto de Ultra Negro fue patente; perdía

el control de la situación y eso era inaceptable.

La muchacha apareció abriendo la puerta mientras Teodelina era relegada

a un segundo plano. Vestía tan precariamente como su anfitriona, con la única

diferencia de que su camiseta era de raso y tul negro; su ropa interior seguía la

misma línea.

Máximo alzó la cabeza; no estaba acostumbrado a que lo recibiesen así,

menos aún dos mujeres a quienes apenas conocía. Se preguntó si no se

vestirían antes de permitirle pasar. Por lo visto, aquello no era un problema

para ninguna de las dos. La chica que acompañaba a Ultra Negro abrió la

puerta de par en par, para luego arrebatarse la bolsa de las manos.

—Vamos, pasa. Teodelina preparará café.

Los ojos de Teodelina se abrieron como platos a causa de la sorpresa.

—No os preocupéis por mí; yo debería estar saliendo ya; me vestiré,

tomaré algo y os dejaré a solas para que podáis conversar tranquilos —

añadió, y se dio media vuelta para alejarse, internándose en la

oscuridad del

apartamento.

—No, Lena, no hace falta que te vayas...

La aludida siguió su camino sin detenerse. Continuó caminando meneando

sus caderas, avanzando con piernas de gacela, para alzar una mano por encima

de su cabeza, que luego sacudió, otra vez con aquel gesto, como diciendo que

no importaba, que estaba todo bien.

Teodelina se volvió hacia él, fulminándolo con la mirada.

—De verdad que yo no...

—Cierra tu jodida boca. Acabas de joderme la mañana —le gruñó ella, para después darle la espalda y seguir a la tal Lena.

Máximo entró detrás de ella.

El apartamento era enorme, terriblemente espacioso, sin paredes y

prácticamente desprovisto de mobiliario alguno. Más allá de la cama, que más

o menos distinguió en las profundidades oscuras del espacio, vislumbró una

mesa con un par de sillas y un viejo y ajado sillón de cuero. Había cuadros y

esculturas por todas partes, también pinceles, tubos de pintura, rollos de papel

por los que se entreveían esbozos

de obras, ceniceros, una  
antiquísima y raída

alfombra persa, un par de lámparas  
muy modernas de acero, ropa

desparramada por todos lados,  
latas de Red Bull, cajetillas de  
tabaco.

—Pon un poco de luz aquí, quieres  
—le pidió Lena a Teodelina—.

Apenas si puedo ver mi propia  
nariz.

Máximo vio a Teodelina coger una  
especie de mando de control

remoto

de encima de la mesa, sobre la que descansaban varias latas de cerveza y un

cenicero repleto de colillas y ceniza. Teodelina presionó un par de botones y

entonces sí, la luz comenzó a copar el espacio que antes ocupaba la oscuridad,

al ritmo en que las persianas que cubrían los amplios ventanales, todo sobre el

lado izquierdo del apartamento, ascendían movidas por un sistema automatizado.

Antes de que éstas llegasen al tope, el sol ya entraba a raudales, y

también la brisa matinal, ya que las ventanas se encontraban abiertas.

Máximo se esforzó por no mirar en dirección a la cama; era consciente de

que había irrumpido en un momento íntimo, muy privado, que no le incumbía,

pero, si miraba hacia el otro lado, tenía a dos mujeres moviéndose frente a la

encimera de una moderna cocina en paños menores.

Se sintió como un viejo muy fuera de onda junto a dos jóvenes de una

generación completamente diferente, a la que no acababa de comprender. Por

un fugaz instante, se le cruzó por la cabeza que su hija pudiese hacer lo mismo

algún día.

—Tu casa es un asco, Teo —le dijo la chica entre risas, mientras

Teodelina parecía esforzarse por poner un poco de orden, con manos inquietas

y quizá también un tanto temblorosas. Le arrancó de las manos la jarra de la

cafetera eléctrica y la llenó de agua.

—¿Dónde tienes el café?

—Allí —le indicó una puerta de la alacena negra que recorría todo el espacio superior del área de cocina.

Máximo reparó en que el mobiliario de cocina era el mismo que

Geraldine había querido poner en su apartamento cuando lo remodeló; al final

decidió no colocar porque valía tres veces más que cualquier otro. El mismo

aspecto caro tenía la enorme nevera de acero, el microondas, que de

casualidad era el mismo que él tenía en su casa (uno especial para *gourmets*)

y la gigantesca cocina de seis fuegos e impresionante horno que le hizo sentir

envidia de ella (le hubiese gustado tener una así en su casa); esta última tenía

todo el aspecto de no haber sido utilizada jamás.

Teodelina llenó, con el agua de la jarra, el depósito de la cafetera. Abrió

un cajón, sacó un filtro y lo colocó dentro del embudo que Lena llenó de café.

Ésta cogió la bolsa con la bollería, la cual había dejado sobre la

encimera, y, antes de dar un paso más, se volvió en dirección a Teodelina para

estamparle un rápido beso sobre los labios.

Máximo se quedó de piedra y no fue el único, Teodelina se puso rígida de

los pies a la cabeza.

El tiempo se detuvo por un momento, al menos para ellos tres, allí dentro.

La incomodidad se disipó en el aire, permitiendo que, finalmente, el

espacio volviese a circular junto con el tiempo.

Lena caminó hasta la mesa y colocó

la bolsa sobre ésta para luego sacar el paquete de dentro. De regreso, se llevó consigo la bolsa y las latas vacías,

también el cenicero.

—¿Dónde tienes el cubo?

Teodelina golpeó con los nudillos la puerta que tenía a su izquierda.

Lena tocó la puerta con los dedos, hizo presión y la puerta se abrió,

permitiendo que apareciese ante ella un cubo de basura, que tenía

diferentes

recipientes. Arrojó las latas a un lado, las cenizas en otro.

Cerró la puerta empujándola con uno de sus largos y delgados pies de

finísimos e igualmente largos dedos.

Los tres volvieron a mirarse entre sí.

—Entonces... ¿no me presentarás a tu amigo?

Teodelina puso los ojos en blanco.

—Él es Máximo —entonó sin despegar ni la cadera ni las manos del

borde de la encimera de granito.

La que sí se apartó fue quien la acompañaba. La chica caminó hasta él.

—Soy Elena. Llámame, Lena, todos mis amigos me llaman así. —Le

tendió una mano.

—Soy Máximo Verti —le contestó

devolviéndole el apretón.

—Un placer. Entonces... ¿de dónde os conocéis vosotros dos? —les

preguntó mirándolos a ambos por turnos.

La cafetera comenzó a emitir el típico sonido del borboteo. Las primeras

gotas cayeron dentro de la jarra.

—Es el prometido de la dueña de la galería en la que expongo.

—«Además de ser el hermano del

tipo con el que me acuesto y por el cual

creo sentir algo; la putísima madre», completó Teodelina dentro de su cabeza.

—Ah...

Máximo vio a la chica morderse el labio como queriendo contener una sonrisa.

—¿Qué?! —le espetó Teodelina.

—No, nada. Mejor busco mi móvil, supongo que ya debo de tener más

de

media docena de mensajes.

De camino hacia la cama, Lena abrió el paquete, sacó un cruasán y se

alejó mordisqueando la punta.

—De verdad que lamento mucho todo esto —dijo él, y Teodelina lo miró

con el mismo odio de antes.

—¿Vas a salir corriendo a contarle esto a tu hermano?

—¿Qué? No, yo... no, lo que sea que hay entre vosotros... es asunto vuestro.

—Tienes toda la razón, nada de esto es asunto tuyo.

Tampoco lo era lo que venía a preguntarle.

—No me importa lo que pienses de mí. —Mentira, sí le importaba, y se arrepentía horrorosamente de haber traído a Lena a casa anoche. Simplemente

no debió hacerlo. Sí, definitivamente fue muy mala idea, a pesar de que lo

había pasado muy bien con ella.

Teodelina desvió la mirada de Máximo a Lena; ella no paraba de

toquetear los botones de su móvil mientras enfundaba sus kilométricas y

delgadas piernas dentro de los pantalones negros que llevaba la noche

anterior. Recordó las piernas de

Lena anoche y se atragantó con saliva. Así,

sin más, se sintió terriblemente incómoda. Volvió su atención a Máximo otra

vez—. ¿A qué has venido?

—Es importante, pero creo que deberíamos hablarlo a solas, cuando...

—No podré quedarme a hacer un café. —Soltó Lena, interrumpiéndolos

—. Han adelantado mi sesión de

fotos para dentro de una hora. —Se les

acercó cargando en una mano un par de sandalias negras con tacones asesinos.

Se guardó el móvil en uno de los bolsillos de los pantalones y comenzó a

calzarse las sandalias sin dejar de caminar en dirección a Teodelina —.

Perdón, tengo que irme.

Su cruasán había quedado olvidado

por algún lado.

—Dónde dejé mi chaqueta.

Teodelina apuntó en dirección al sillón de cuero.

—Ah, sí —contestó ella, sonriéndole—. Oye, te llamo luego.  
—Sin darle

tiempo a responder nada, volvió a besarla, sólo que esta vez se detuvo un

momento más sobre los labios de Teodelina.

Máximo apartó la mirada. En ese instante deseó que la tierra se lo

tragase; no estaba acostumbrado a ver a dos mujeres besándose.

—Ha sido un placer conocerte, Máximo. Espero volver a verte pronto.

—Le estampó dos besos, uno en cada mejilla—. Os dejo para que hagáis lo

que tengáis que hacer. —Le guiñó un ojo a Teodelina—. Adiós —dijo

despidiéndose de ambos.

Tanto Máximo cuanto Teodelina, los dos, se quedaron allí parados como

dos tontos, viéndola partir.

Teodelina se cruzó de brazos.

—Ahora... ¿vas a explicarme a qué mierda has venido? —le soltó ella

cuando Lena cerró la puerta a sus espaldas.

Máximo se aproximó a la mesa.

—Primero me vendría bien una taza de ese café —dijo en tono

conciliador, apuntando con la cabeza en dirección a la cafetera ya llena.

Añadió un «por favor» cuando Teodelina lo miró con todavía peor cara.

—Acaso no tienes nada mejor que hacer. ¿No tienes una vida? ¿No deberías estar con tu noviecita?

Teodelina destilaba odio.

—Entiendo que estés enojada conmigo...

—Qué bien que lo entiendas, así no tendré necesidad de pedirte que te vayas.

—No ha sido mi intención interrumpir.

—Lo has hecho. No tenías ningún derecho a aparecer así en mi vida. La

cena de la otra noche no significó nada. No sé por qué mierda has venido y la

verdad es que no me interesa, tan sólo agradecería que te largases.

—La otra noche hablaste de sinceridad —comenzó a decirle mientras se

le acercaba.

—No sé de qué cojones va todo este rollo, pero, si no quieres que te deje

estéril, mejor te largas. Has caído en mal lugar.

Máximo aunó coraje. Inspiró hondo.

—Dijiste que podía preguntar cualquier cosa.

—Bueno, ahora retiro lo dicho.

—Es tarde para arrepentirte.

—Eres tú el que se arrepentirá de haber venido.

—Solamente intento ayudarte.

—Si hay algo que no necesito es la ayuda de un pobre diablo que no tiene

nada mejor que hacer que caer de sorpresa en la casa de alguien que tiene

visitas.

—¿Así llamas a eso, tener visitas?

—Ni te atrevas a meterte en mi vida. Anda, ve, corre a contárselo a tu

hermano.

—No tengo intención de hacerlo, ya te lo he dicho.

—¿Qué harás entonces, vender la noticia a algún periódico

sensacionalista? ¡Eres patético! —  
escupió apartándose de él para tener

espacio para maniobrar. En el gimnasio había acumulado algo de experiencia

enfrentándose con algunos hombres en una lucha cuerpo a cuerpo, y con

buenos resultados. Los hombres creían que, por ser ella una mujer, contaban

con alguna ventaja. Estaban equivocados; sabía cómo y dónde golpearlos.

—No podrías estar más equivocada  
—intervino él, siguiéndola

sigilosamente. Parecían dos gatos enfrentados a punto de enzarzarse en una

pelea. Por ahora sólo se mostraban las garras y los dientes, los dos con el pelo

erizado y todos los sentidos alerta.

—Ah, ya entiendo qué es lo que pasa aquí. El otro día atiné contigo: te

mueres por ser como tu hermano, por tener lo que tu hermano tiene. Pues bien,

te has equivocado, conmigo no se jode; pescaste la idea muy mal, compañero,

no me pondrás un dedo encima.

Máximo sintió que se ponía rojo de la vergüenza.

—¿Qué...? No, no es eso.

—Vamos, que no eres ninguna inocente palomita.

—Yo...

—Atrévete a tocarme y lo pagarás caro.

—Teodelina, la razón por la que he venido aquí no tiene nada que ver con

eso.

—¿Ah, no? No te creo nada. Eres un jodido patético que ni siquiera se

atreve a ser sincero consigo mismo.

—Deja ya de decir esas cosas, ¿quieres? He venido aquí por una única

razón.

—Saldrás de aquí con tus testículos en una mano —bramó ella.

Máximo retrocedió.

—He venido porque necesito saber por qué Andrea tenía uno de tus

cuadros en su habitación, y qué hacías tú con ella en un café hace

aproximadamente un mes. He venido porque necesito que me aclares todo este

maldito rollo que no me deja pegar ojo por las noches.

El rostro de Teodelina se puso blanco como las telas de los bastidores

sin usar que estaban apoyados en la pared del fondo.

—¡Lárgate!

—La detective Resa cree que tú tienes algo que ver con su muerte y yo...

—¡Que te largues de mi casa!

—Ella me pidió que te advirtiese de que no parará hasta

desenmascararte. Pero si yo descubro que tú tuviste algo que ver...

Máximo no logró terminar la frase. Teodelina se abalanzó sobre él,

lanzándole un puñetazo que impactó de lleno en su nariz. Oyó los huesos crujir

y un dolor agudo que se extendió igual que la ola de un tsunami sobre su frente

y cráneo, y por los lados hasta los oídos. Trastabilló y acabó cayendo

de

espaldas, llevándose por delante una de las sillas que rodeaban la mesa.

Teodelina se le echó encima otra vez.

Máximo pensó en una única cosa en ese momento: ella lo asesinaría; la había descubierto y no permitiría que revelase su verdad.

¿Cómo había sido tan tonto de manejar aquello de tan mal modo? Sí, de

corazón esperaba que no fuese culpable, quería creer que no lo era. Había

sido ingenuo, un estúpido, y ahora su estupidez y la obsesión que sentía por

ella serían los responsables de su muerte.

Vio que ella se preparaba para lanzarle una patada, así, con los pies

descalzos.

Se transformó en un ovillo,

procurando no pensar en el dolor en su cara,

en la sangre que le caía por la nariz.

La patada impactó contra sus costillas del lado derecho.

—Maldito cretino, ¿tienes el descaro de acusarme de su muerte?  
¡No

tienes ni idea! Eres un desgraciado, igual que todos los hombres.

—Y tú estás loca.

Ella volvió a patearlo; esta vez logró reaccionar. Máximo la agarró por

el tobillo después de que lo golpease por segunda vez.

—Suéltame, desgraciado.

—Si vas a matarme, por lo menos antes podrías tener la decencia de

decirme por qué lo hiciste —soltó escupiendo sangre para todos lados.

Teodelina tironeó de su pie, pero no logró liberarlo.

—¿Estás pirado o qué? ¡¿Matarte?!  
¿Tu vida es tan condenadamente

aburrida que no tienes otra cosa que  
hacer que inventarte historias  
ridículas?

No voy a matarte, aunque  
sinceramente mereces que te  
muelan el cuerpo a

palos. ¡Claro que no maté a  
Andrea! ¡¿Qué mierda se os ha  
metido en la

cabeza a todos?! Jamás le hice  
daño a Andrea; al menos, no

intencionadamente.

Máximo la soltó. Teodelina se apartó y él consiguió incorporarse; su

nariz no paraba de sangrar.

—¿Saliste con ella?

—¿Nos viste?

—No, no fui yo... —No pensaba meter a su hija en eso—. Fue alguien

que conozco.

—¿Ya se lo has contado a tu noviecita?

Obviamente a Teodelina le agradaba tan poco Geraldine como a

Geraldine le agradaba ella. Además, sin duda, tenía serios problemas con las

relaciones serias y estables entre personas.

—No, ni pienso hacerlo. Al menos, no si no es necesario.

—¿Eso qué significa?

—Salías con ella, ¿sí o no?

—Fue... no duró nada. Ella nunca había estado con una mujer y a mí me

caía bien, pero definitivamente no había química entre nosotras, al menos no la

suficiente. Además, creo que Andrea se asustó. Me refiero a que no esperaba

que eso le gustase tanto...

—Ok, no necesito tanta información.

—Has sido tú quien ha pedido sinceridad.

—Alguien más puede haberos visto juntas y, si yo lo averigüé, es

probable que Resa también se entere de que vosotras dos tuvisteis algo. Oye,

esa policía está desesperada por encontrar un motivo para echarte la culpa

encima. Me dijo que te advirtiese de que no pararía hasta desenmascararte;

mencionó que creía que no eras inocente, que sabía lo que habías hecho en el

pasado.

—Ésa es otra que no tiene nada mejor que hacer.

—Si no descubrimos quién mató a Andrea, depositará toda la culpa sobre

tus hombros.

—Eso ya lo sé.

—¿No sabes quién pudo ser?

—Solamente sé que yo no lo hice. Jamás mataría a nadie, y menos aún a

una mujer.

—Sí, ya me he dado cuenta de que no pondrías demasiados reparos en acabar con un hombre.

—Tú te lo has buscado.

Teodelina se estiró hacia la encimera, cogió un trapo y se lo lanzó.

Máximo lo atajó en el aire.

—Buscaré hielo.

## 14

La nariz ya no le sangraba; lo malo era que aún continuaba doliéndole

horrores. Frente al espejo del baño de ella, palpando con cuidado los huesos y

cartílagos, determinó que no estaba rota, pese a que, ante el golpe, había

sonado muy mal. Por suerte Teodelina tenía en su casa analgésicos fuertes,

pero éstos aún no le habían hecho efecto.

Bajó la bolsa de hielo cuando ella le pasó la taza de café.

—Gracias.

Teodelina se encogió de hombros para luego sentarse a la mesa frente a

él.

—Yo le regalé ese cuadro. Era una de mis primeras obras; Andrea lo vio

la primera vez que vino aquí. Lo elogió; de hecho, no paraba de mirarlo. —

Recordaba bien el momento, a pesar de que esa noche había bebido de más,

aunque tal vez no lo suficiente como para olvidar lo desinhibida que se sintió

frente a Andrea. Habían salido juntas, habían transpirado como dos locas

bailando en uno de sus lugares

favoritos. No pararon de reírse en toda la

noche y ella no pudo evitar coquetear; eso la hacía sentirse fuerte, más viva.

Andrea le había seguido el juego. Una cosa llevó a la otra y, de hecho, fue

Andrea quien la besó primero, justo frente a aquel cuadro—. Lo nuestro no

duró mucho; nos vimos un par de veces fuera de los compromisos

formales de

trabajo. Solía ser ella quien llamaba para que nos viésemos. Al principio fue

divertido; para ella todo era una novedad, emocionante... Supongo que sentía

que estaba haciendo algo que estaba prohibido, se sentía audaz. Me figuro que

se asustó cuando se dio cuenta de que nadie le prohibiría nada, que podía

continuar con eso si quería, y ella quería. No creo que estuviese preparada

para percatarse de eso. No digo que hubiese estado reprimiéndolo ni nada por

el estilo, aunque no lo sé, no la conocía lo suficiente. —Suspiró, se sentía

agotada—. Solamente pienso que ella necesitaba distanciarse para pensar y yo

la verdad es que... —dejó de

hablar al ver cómo Máximo la miraba—. ¿Te

molesta, no es así?

—No, no es que me moleste; no estoy acostumbrado a este tipo de cosas.

Teodelina le sonrió con sorna.

—Sí, claro, me imagino.

—No tengo nada contra la comunidad gay, es sólo que yo no... para ti

parece muy sencillo.

—No tiene por qué ser complicado.  
Sentirse atraído por alguien no es  
privativo de sexos opuestos, es  
algo universal.

—Supongo.

—¿Supones? Oye, no necesito que  
lo apruebes; la manera en que yo  
viva

mi vida no es asunto tuyo.

—No pretendía...

—Para juzgar todos se sienten  
buenos, sobre todo aquellos que no

se

atreven a ser valientes.

—No me ataques; no te juzgo, no digo que lo que haces esté mal, cada

cual es feliz como puede. Es que, simplemente, no tengo por costumbre

conversar sobre este tipo de cosas así tan abiertamente.

—Por eso tienes esa cara de amargado, te reprimes todo el tiempo.

—Lo que yo haga con mi vida tampoco es asunto tuyo.

—La verdad es que no entiendo a qué has venido, y mucho menos

comprendo qué razones podrías tener para continuar aquí. Listo, ya has

cumplido, sabes que no soy la responsable de su muerte y me has advertido de

que Resa me odia. Perfecto, gracias, puedes irte. No necesito que me ayudes

con esto, toda mi vida me las he arreglado sola.

—Solamente un necio rechaza la ayuda que necesita.

—Bueno, seré una necia entonces. Al menos yo sé quién soy.

—Para ya de agredir, te comportas como una niña. ¿Por qué te resulta tan

difícil comprender que no te dañará que yo te ofrezca mi ayuda?

—¿Y por qué mierda quieres ayudarme?

—Me caes bien.

Teodelina soltó una estruendosa carcajada.

—No se nota.

—¡Eres increíble! Eres tú la que no permite que te demuestre que me

caes bien. Vengo aquí con las mejores intenciones y tú...

—¿Qué pretendes que haga? No parece querer ayudarme, sino

acecharme. Me has investigado, te has metido en mi vida.

—Sabía que tú no me dirías nada.

—Eso es porque sé que no eres capaz de entender nada de lo que te diga.

—Te quejas de que todos te juzgan, pero tú eres la primera en juzgar a los

demás.

Mirándolo fijamente, sin pestañear, Teodelina bebió un largo sorbo de su

café. Bajó la taza.

—Bien. —Toqueteó la taza con sus largos dedos de uñas negras—.

Terminamos porque ella se asustó y la verdad es que para mí fue un alivio.

Eso era demasiado complicado para las dos. Lo cerramos en buenos términos

y, para serte sincera, me sentí mal por haber avanzado sobre eso con ella a

sabiendas de que pudiese no estar haciéndole precisamente un favor.

Me sentí

culpable y responsable de su angustia, de su turbación. Creí que... como el

cuadro le gustaba tanto, se lo envié a su apartamento con una nota que decía

que podíamos continuar siendo amigas como antes. Al principio fue incómodo;

con los días recuperamos lo que teníamos antes de acostarnos. Te lo repito,

ella me gustaba, no tenía absolutamente nada en su contra y, para que no

queden dudas, no me preocupaba que pudiese contárselo a alguien. No es un

secreto que me gustan tanto hombres como mujeres. No es que vaya por ahí

gritándolo a los cuatro vientos, pero tampoco nadie se sorprenderá al oír ese

rumor. Su muerte... —apretó los

dientes; no solía llorar, mucho menos

demostrar sus sentimientos frente a los demás, mas eso no implicaba que no

tuviese sentimientos. Sufría por lo de Andrea, aún hoy continuaba sufriendo, y

lo peor del caso es que se sentía responsable. Quien perpetró el ataque en la

galería claramente tenía algo contra ella. Se imaginaba que tal vez ese

alguien

pudiese haber averiguado que salieron, que ella la apreciaba, y por eso la

habían matado—... El hijo de puta que la mató tendrá que vérselas conmigo.

—Resa mencionó a ese tal Patricio Conde.

—Sí, pero no tengo ni la menor idea de quién es, no lo conozco ni de

nombre. Le pregunté a tu novia por

él y, a decir verdad, fue muy esquiva

conmigo; simplemente me dijo que el tipo jamás lastimaría a nadie, que no

tenía nada que ver.

—Entonces, ¿no sabías que Geraldine tenía planeado que él expusiese

justo en este momento?

—Ni la menor idea.

—Resa me explicó que no te

decidías a exponer y que, de repente, así, de

la noche a la mañana, accediste.

Teodelina soltó un bufido.

—Lo planteó como que dijiste que era o ahora o nunca.

Puso los ojos en blanco.

—Sí, lo hice; no es un delito.

—Para Resa, sí. ¿A qué se debió tu súbito cambio de opinión, tus prisas?

—Necesitaba el dinero. ¿Feliz?

—No te gustará que te lo pregunte, pero Resa también querrá saberlo...

—¿Que para qué lo necesitaba?

—Exacto.

—Para ayudar a una amiga.

—¿Qué clase de amiga?

—Te estás metiendo en terreno pantanoso. No te conviene, todos los que

se involucran conmigo acaban mal. Terminarás metido en un gran problema.

—Ya soy mayorcito, me responsabilizo de mis propios actos.

—Una amiga que además es una ex. Ninguna sorpresa, ¿no?

—Por qué no se lo dijiste a Resa. Podrías aclarar las cosas, así ella dejará...

—No, no puedo, y ella no me dejará en paz si le digo la verdad,

será todo

lo contrario; además, es una cuestión muy complicada.

—Si continúas callando, todo se complicará todavía más para ti.

Teodelina se levantó de su silla para ir a buscar más café.

—De verdad, Máximo, ¿por qué mejor no te largas? Meterte conmigo no

te comportará nada bueno, te lo aseguro. Además, nosotros dos vivimos en

mundos muy distintos; no perteneces al mío y jamás lograrías comprender

cómo funciona.

—¿Qué tipo de antecedentes tienes?

Tomó la jarra, se volvió y lo miró. Por lo visto no importaba cuánto

intentase apartarlo de eso, él no se largaría. Ella no quería involucrarlo; sin

embargo, por otro lado, sentaba terriblemente bien tener a alguien a quien

soltarle todo lo que tenía atragantado, cosa que ni siquiera quería decirle o

revivir con Simón. Máximo podía no entender su mundo, pero al menos le

brindaba cierta sensación de estabilidad; lo percibía como si fuese un refugio

antibombas de sólida roca.

—Es la última advertencia. Tienes un negocio que funciona, una familia,

contraerás matrimonio. ¿De verdad quieres involucrarte en esto?

Una bomba de adrenalina estalló dentro del pecho de Máximo, quien asintió con la cabeza.

—Te conté que, cuando mi madre murió, me fui con lo puesto, a vivir a

una casa ocupada.

—Sí...

—Llegué allí por intermediación de una compañera de escuela, cuyo

novio era un camello de bajo calibre. Un pobre desgraciado que se daba aires

de grandeza, cuando en realidad no era nada. Yo tenía algo de dinero de las

cosas que había vendido de nuestro apartamento, pero el dinero no duró mucho. Él me dio trabajo.

—Vendiste droga.

—No, yo simplemente me ocupaba de preparar las dosis. Un par de

veces hice entregas, eso no duró mucho. Yo lo odiaba; además, el muy hijo de

puta se aprovechaba de mi situación. Me pagaba cuando quería, como quería y

cuanto quería. El tipo era un cabronazo que no tenía nada de bueno. Lo soporté

todo lo que pude, porque en ese entonces no tenía nada más y la verdad es que

comenzaba a sentirme un tanto sola

y desamparada. Creí que me las arreglaría;

sin embargo, cuando pasó la emoción del primer momento me di cuenta de que

estar por mi cuenta no resultaría nada sencillo. Las cosas se fueron a la mierda

cuando una noche el novio de mi amiga se metió en mi cuarto e intentó abusar

de mí. No llegó muy lejos, lo golpeé y arañé, y las ganas se le

pasaron cuando,

de un mordisco, le arranqué un pedazo de oreja. El problema fue que, después

de eso, no me quedó más opción que largarme de allí.

Máximo tragó en seco.

—Fui a parar a la calle por primera vez. Es horrible no tener un techo.

—

Teodelina sonrió con tristeza—. Uno infectado de ratas y cucarachas es mejor

que nada.

—¿Qué te pasó entonces?

—De casualidad, una tarde volví a ver a uno de los chicos que vivía en

la casa. Me dijo que podía conseguirme trabajo y un lugar en el que vivir. No

lo pensé dos veces... fui una inconsciente, me fui con él. Sólo quería salir de la

calle. Fue la peor decisión que haya tomado jamás.

—¿Por qué?

—Caí en manos de traficantes de personas. En cuanto llegué a la casa en

que supuestamente viviría trabajando en un taller de costura, me golpearon,

drogaron y encerraron en un cuarto. No había taller de costura como te imaginarás, sino un prostíbulo.

Máximo pensó en su hija y el estómago le dio un vuelco.

—Me quitaron todo lo que tenía... incluidas mis ganas de vivir. Me

convertí en un ente, en una cosa que no sentía y que prefería no tener que ver ni

oír. —Sintió que se encogía por dentro. Se sentó a la mesa otra vez, rellenó la

taza de Máximo y luego la suya—. Por suerte, para pasar de un modo menos

consiente esos momentos, nos permitían consumir algunas drogas.

Había

chicas que preferían colocarse por completo, quedar completamente fuera de

órbita, pero ellas eran a las que peor les iba; yo comprendí que tenía que ser

capaz de defenderme de ser necesario, de mantener las cosas dentro de mi

control al menos lo máximo posible. Fue... no fue fácil, pero poco a poco fui

prescindiendo de las drogas. No es sencillo ser un esclavo estando consciente

de ti mismo las veinticuatro horas del día, pero fui capaz de encontrar mis

momentos de fuga sin drogas. Al principio sentí asco de mí misma, me quería

morir. Por supuesto allí no te permiten suicidarte ni escaparte de ningún modo.

Poco a poco me fui endureciendo,

hasta que llegué al punto de tomar  
cierto

control sobre la situación. Fue  
entonces cuando las cosas  
mejoraron un poco.

—¿Cómo?

—Le demostré a los asquerosos  
dueños del circo que yo era más  
valiosa

fuera de las camas que dentro.

—¿Cómo hiciste eso?

—Le jodí al novio de mi amiga

muchos de sus clientes. Los tipos con los

que fui a parar también vendían drogas, sólo que a otro nivel: su mercado era

mucho más amplio y movían muchísimo más dinero. No fue fácil; poco a poco

los convencí de que era buena para el negocio. Conseguí muchos clientes,

clientes que después fueron mis clientes, e incluso clientes que ya

trabajaban

con ellos pidieron que yo los atendiese. Pronto ya no fui obligada a

prostituirme, solamente me dedicaba al negocio de las drogas. Las cosas

mejoraron, incluso se me permitió hacer mi propio dinero. De allí es de donde

proviene la respuesta a tu pregunta. Nos atraparon, a todos. Por intentar

defenderme y huir del calvario de

la prostitución, me culparon por tráfico de

drogas. A nadie le interesó escuchar mis razones, mis explicaciones. Si no me

mandaron a la cárcel fue porque era menor de edad y porque un psicólogo

determinó que yo... —Se detuvo; de repente ya no deseaba continuar hablando.

Máximo no se sintió con la capacidad ni con el permiso de

empujarla

más allá en busca de lo que ella se tragó al preferir no decir.

—¿Adónde te enviaron, si no fue a la cárcel?

—A un centro para menores, de la cual me escapé al mes. Volvieron a

atraparme. Así entré y salí un par de veces de allí; por suerte esa tortura al

final acabó, supongo que esa última vez ya todos se habían cansado de correr

tras de mí. Fui a parar a la calle de nuevo, pero fue distinto entonces: ya había

aprendido a cuidar de mí misma, a no confiar en la gente, a defenderme. —

Inspiró hondo al recordar el modo en que vivía, durmiendo de día, despierta

de noche para evitar los peligros de las calles regidas por la ley de la selva—.

Mi vida no era demasiado por

entonces, hasta que, por casualidad,  
me

encontré con alguien que una amiga  
me había presentado, un pintor con  
cierta

categoría y prestigio en el sector.  
Se llamaba Miguel; él me acogió en  
su casa

y se transformó en mi maestro.  
Gracias a él es por lo que hoy  
puedo hacer de

mi vida lo que me da la real gana.  
Me dio un futuro, una forma de no

dependen

de nadie, de libertad. Eso le molesta a muchos. A Resa principalmente, quien

cree que yo sigo en eso... supongo que también piensa que me gustó ser una

esclava, que vendí drogas porque quise hacerlo. Esa tipa nunca lo

comprenderá, por una simple y sencilla razón: jamás estuvo en mi lugar. No

tiene ni idea de lo que es o cómo se

siente una. Yo hice lo que debía hacer

para subsistir. No quería morir, tampoco enloquecer. Tenía que hacerlo, es

todo, no me quedaba más opción. Esa amiga que me presentó a Miguel, mi

maestro, es la misma amiga y ex a la que le di el dinero para ayudarla.

—Entonces... Resa conoce tu pasado.

—Cuando fui a su oficina tenía una

carpeta con mi expediente encima del

escritorio.

—Ella debe pensar que el dinero...

—Probablemente piensa que el dinero es para drogas o algo así.

—Tienes que decirle la verdad.

—Prefiere verme como la culpable; le importará un cuerno lo que le

cuenta. Simplemente no creerá en mí porque ya ha decretado que no soy como

el resto de los mortales.

—Si le explicas que el dinero fue para ayudar a una amiga, si tu amiga

testifica que así fue...

Teodelina soltó una estruendosa carcajada que sorprendió a Máximo.

—¿Por qué te ríes así?

—Porque lo que propones es simplemente imposible.

—No veo cómo puede ser eso...

—Primero y principal, mi ex, Nicole, se esfumó, desapareció del mapa, y

me figuro que no desea que la encuentre, y segundo, no puedo contarle a nadie

nada de ella, porque el dinero que le presté fue para pagar una deuda que ella

tenía con su novio. Eso si no me mintió, porque, si no, es probable que esté

por ahí, viviendo a lo grande a

costa mía.

—Para, para. Un momento, no entiendo nada.

—Lo que pasa es que la vida de las personas como yo, como mi ex,

parece ser un círculo vicioso. Ella se enredó con un hijo de puta que está en el

mismo negocio de quienes me tuvieron a mí retenida, con la salvedad de que

el sujeto en cuestión se dedica a esto de un modo internacional:

trafica con

drogas por toda Europa y, además, lleva a las grandes capitales europeas

chicas de Europa del Este, engañadas bajo el cuento de que serán convertidas

en supermodelos, cuando, en realidad, terminan prostituyéndose. El novio de

mi ex, además, es un desquiciado abusador y malparido al que le faltan unos

cuantos tornillos. El tipo de verdad es un caso serio. Es peligroso, muy peligroso. Está obsesionado con ella. Para que te quede claro, te diré algo

más: ¿recuerdas ese cuadro que quieres comprarme?

—Sí, claro que sí.

—Bien, en él nos retraté a ella y a mí, fusionadas.

Máximo había acertado.

—Cuando pinté ese cuadro, le

envié a ella un correo electrónico con una

foto de éste; el sujeto lo vio, y puso como condición que, para permitirle

partir, yo debería enviarle el cuadro.

—¿Qué?

—Así de retorcido es el individuo. Por eso no puedo venderte el cuadro;

debo enviárselo a él cuando termine la exposición. Y lo haré,

porque no

quiero tener más problemas.

—Recapitulando: lo que dices es que, si la mencionas a ella, tendrás que

nombrarlo a él...

—Y eso no hará más que perjudicarme todavía más.

—Pero... ¿has dicho que puede ser que ella te mintiera?

—Sí, existe la posibilidad de que me engañara con aquella historia.

Ésa

es mi relación con Nicole, siempre ha sido así de disfuncional. Ella me dijo

que estaba cansada de él, que quería dejarlo; entonces yo la proveí del dinero

para comprar su libertad. Se suponía que Nicole se quedaría conmigo. Ella

llegó de Europa el viernes de la inauguración de la exposición; quedamos en

que nos veríamos en la galería; nunca llegó. Dejó todas sus cosas aquí,

incluido su pasaporte. Bueno, en realidad no lo dejó todo, se fue con una bolsa

de viaje. Mi portero la vio partir. Yo no la vi ni llegar ni salir, porque ya

estaba en la galería. Intenté ponerme en contacto con ella, pero no respondió a

mis llamadas. No ha vuelto a dar

señales de vida. Como te he dicho,  
ha

desaparecido del mapa. Y puede  
que lo haya hecho llevándose todos  
mis

ahorros consigo.

Máximo se tomó un momento para  
digerir sus palabras.

—¿No has pensado en la  
posibilidad de que su novio la  
siguiera hasta

aquí?

—Como te he comentado, ni siquiera estoy segura de que su historia sea

real. Ya no sé qué creer, mucho menos en quién.

—Tenemos que averiguar qué ha sido de ella para sacarnos la duda.

¿Cuánto sabe su novio de ti?

—Desgraciadamente, mucho, creo.

—Puede haber sido él quien atacó la galería.

—Lo dudo, Máximo. De haberla

seguido, el tipo se me hubiese venido

encima directamente. No creo que le dé el cerebro para lanzar pintura sobre la

fachada de la galería, y no tenía motivos para matar a Andrea.

—Has dicho que está loco de remate.

—Sí, pero...

—¿Cómo se llama el sujeto?

—No tengo ni la menor idea,

Nicole jamás mencionó su nombre;  
me dijo

que era por seguridad.

—¿Adónde debes enviarle el  
cuadro?

—A París, a una dirección de un  
apartado de correos.

—Tenemos que averiguar a quién  
pertenece ese apartado de correos,

entonces. Pásame los datos, tengo  
un amigo que...

—No, no, no. —Teodelina se

levantó de un salto. Fue a por sus cigarrillos—. No hace falta que te involucres en esto.

—Es muy tarde para eso, necesito saber quién asesinó a Andrea y,

sinceramente, no me interesa verte encerrada como la responsable de ello,

cuando en realidad no lo eres. — Máximo estiró un brazo en dirección a ella,

con la palma hacia arriba, y movió sus dedos—. Los datos.

Teodelina le dio una calada a su pitillo recién encendido.

—¿Estás seguro de esto?

—Completamente.

Teodelina regresó a la mesa. En silencio, se sentó. Un delgado hilo de

humo blanco ascendía desde su cigarrillo. Se miraron. Máximo sintió la

tensión que circulaba entre ambos; era algo que no lograba controlar, algo en

cierto modo agradable, que no estaba seguro de si era recíproco; después de

todo, ella se acostaba con su hermano y, obviamente, también había pasado la

noche en compañía de esa otra chica.

—Eres muy extraño —decretó ella, reclinándose sobre la mesa. Sus

codos quedaron plantados a la mitad de la distancia que los separaba antes. Se

llevó el cigarrillo a los labios.

A la nariz de Máximo llegó el olor del tabaco mezclado con el dulce

aroma que desprendía la piel de ella; su aliento olía a café.

—Mira quién lo dice —bromeó nervioso. Tenía ganas de estirar un

brazo, sujetarla por el cuello y comenzar a besarla y, por qué no, también de

llevarla a la cama y besar toda su piel.

—A tu novia no le gustará nada esto  
—le susurró ella apenas moviendo

los labios. Sus ojos entornados  
brillaban con intensidad y todo su  
cuerpo se

confabulaba para crear una imagen  
y una acción que lo seducía, o al  
menos él

lo captaba de ese modo. Tal vez  
ella simplemente siempre fuese así.

—Que esto quede entre nosotros, al  
menos por el momento; así será más  
seguro para ella también.

Teodelina le sonrió. Había sido más que obvio su intento de disimular

que no quería contarle la verdad a Geraldine para que ella no enloqueciese o

le hiciese una escena de celos.

—Sí, claro. —Se echó hacia atrás, hasta quedar con la espalda recostada

en el respaldo de la silla—. Me parece bien.

—Tampoco metamos a mi hermano

en esto.

—No, claro que no.

Por el momento, Teodelina necesitaba tomar distancia de Stefan.

Volvieron a quedarse en silencio.

—Deberías apagar ese cigarrillo y comer un poco. —Empujó el paquete

de bollería hacia ella.

Teodelina lo miró, luego a él y, realizando un lánguido parpadeó, se

llevó

el cigarrillo a los labios otra vez.

—¿Cómo sabes que Andrea tenía uno de mis cuadros?

Se le subieron los colores al rostro.

—¿Qué?

Lo enfrentó con la sonrisa de quien se encuentra muy por encima de lo

que los gestos demuestran de los pensamientos y sentimientos; ella parecía

adivinar desde sus incomodidades hasta sus pensamientos.

—No te lo tomes a mal, es que yo creí que tú... bueno, no es que creyese,

es que... cuando me contaron que te habían visto con Andrea... —  
Desvió los

ojos y sujetó la taza de café. Alrededor de Teodelina giraba, a una velocidad

pasmosa, un torbellino que amenazaba con devorarlo—. Y

como nadie más

sabía de eso... —inspiró hondo para luego soltar el aire por la nariz.

Necesitaba darse tiempo para organizarse; sabía lo que quería decir, pero no

tenía ni idea de cómo decirlo para que ella no lo odiase ni lo despreciase.

Verse a sí mismo conversando así con ella, en su apartamento, dentro de su

intimidación, incluso dentro del torbellino que ella generaba, le resultaba

simplemente increíble; así de extraño debía de ser estar junto a una criatura

mítica, a un personaje salido de alguna historia muy bizarra y al mismo tiempo

extraordinaria—. Imaginé lo peor. Lo lamento. En realidad no sé por qué, no

tenía ningún derecho, simplemente

me dejé llevar por lo que creí saber de ti.

Perdón. Todo esto es por no entenderte.

Teodelina se lo quedó mirando fijamente. Moviéndose muy despacio,

bajó el brazo y estrujó el cigarrillo dentro del cenicero para apagarlo.

Atrajo

el paquete de bollería hacia ella y echó un vistazo. Moviendo su largo dedo

índice de aquí para allá, sopesó sus opciones. Finalmente se decantó por una

de las piezas. Sacó del paquete una tortita negra. Le dio un mordisco.

Máximo la observó comer.

—Tal vez no seamos de mundos tan distintos —entonó ella antes de coger

su taza de café para llevársela a la boca.

Máximo no pudo evitar festejar su pequeña victoria con una sonrisa.

—Entonces, ¿cómo podemos hacer para encontrar a tu amiga sin

involucrar a la policía?

Teodelina se calzó la bota izquierda y comenzó a entrelazar los cordones

por los ganchos de metal.

Ella giró la cabeza y lo miró. Máximo se había puesto a lavar los platos

apilados en el fregadero; su excusa

había sido lavar las tazas que usaron para

beber el café del desayuno.

—Tenemos un par de conocidos en común, quizá sepan algo.

—Sería bueno ponernos en contacto con ellos.

—¿Y qué me dices de ese otro pintor? —Se levantó de la cama y echó a

andar hacia él—. El tal Patricio Conde; deberíamos hacerle una visita

también.

Máximo enjuagó el plato que tenía entre las manos, que llevaba un buen

rato fregando; los restos de comida pegados eran tan viejos que, de secos,

parecían haberse fosilizado sobre la loza.

—Supongo que puedo obtener su dirección.

—Igual que como obtuviste la mía —acotó, y él le sonrió avergonzado

—.

Tal vez tengas dones para la investigación privada.

—No lo creo. Como sea, intentaré conseguir sus datos, aunque no sé si

nos servirán de mucho: Resa intentó localizarlo, sin suerte.

—¿Quién es ese amigo tuyo al que le pasarás los datos sobre el apartado

de correos en París? —curioseó Teodelina, apostándose contra el borde de la

encimera junto a él.

—Es un viejo colega de la infancia. Tiene un estudio de abogados.

—No me caen bien los abogados.

—Lisando es un buen tipo; fue él quien me defendió cuando me interpusieron la demanda por mala praxis.

—¿Y qué va a poder hacer él?

—No él directamente, sino la gente que trabaja para él. Cuenta con un

equipo de personas que se ocupan de hacer investigación. Normalmente

utilizan sus servicios para los casos que tienen entre manos; son eficientes y

eso es lo que cuenta. Lisando no tendrá problemas en echarme una mano con

eso.

—¿Efectúan trabajos internacionales?

—Es un estudio muy importante,

Lisando tiene clientes de muchas partes

del mundo. Esto no será una novedad para ellos.

—Bueno, si crees que logrará averiguar algún dato...

—Tenemos que intentarlo. Lo llamaré esta misma tarde; intentaré que nos

reciba cuanto antes.

—¿Nos?

—Es importante que le cuentes todo

lo que sabes sobre él.

Teodelina demostró su desagrado con una mueca.

—De acuerdo. —Sacó un cigarrillo y lo encendió—. ¿Y qué hago

mientras tanto? No esperarás que me quede aquí con los brazos cruzados.

—Me resulta imposible imaginarte así. ¿Qué puedes contarme de Nicole,

además de lo que ya has mencionado? Has dicho que se dejó

sus cosas aquí,

incluido su pasaporte. ¿Ella haría algo así, irse sin decir adónde, sin dar más

explicaciones? A mí no me parece algo normal; es más, yo ya habría ido a la

policía.

En vez de responderle, cerró por él el grifo y le dijo que ya dejase eso en

paz. Le lanzó el trapo, que él atrapó con las manos mojadas, y se alejó

hacia el

sector de su apartamento en que tenía organizado su atelier.

Máximo la siguió.

—La amé durante mucho tiempo — comenzó a decir, soltando el humo del

pitillo—, más de lo que ella me debe haber querido jamás.

—Bueno, a veces eso sucede, que uno en la pareja ame al otro más de lo

que ese otro... —Máximo detuvo tanto sus pasos como su hablar. Teodelina se

dio la vuelta tras frenar en seco, para mirarlo con una cara de pocos amigos

con la que lo instaba a cerrar la boca.

—No necesito que te compadezcas de mí, y mucho menos que te sientas solidario con mi relación.

—Yo solamente...

—No, M, guárdatelo; esas cosas no van conmigo.

—Bien, no diré nada.

—Gracias.

Teodelina dio media vuelta y continuó andando, además de hablando.

—Le debo mucho. Congeniamos de inmediato y así, de la nada, se convirtió en el eje de mi mundo, en el epicentro de mi vida; ella me salvó del

derrumbe y me presentó a Miguel.

—¿Tu maestro?

—Exacto. Pero Nicole, así como me salvó esa vez, me hundió hasta el

fondo otras tantas. Ella sabía que la quería incondicionalmente, de modo que

no le importó lastimarme una y otra vez. De sobra sabía que esta estúpida aquí

presente volvería a recibirla con los brazos abiertos cada vez que

ella

decidiese regresar.

Teodelina giró la cabeza y lo espió. Aquella mirada le dijo mucho. Ella

no solía hablar de su vida privada, mucho menos de esto, con extraños; en

resumidas cuentas, toda la historia era para ser escuchada, pero no repetida.

—En ésta, su última reaparición después de perderse durante mucho

tiempo sin dar señales de vida, fue distinto. Desde un principio me di cuenta

de que ya no era igual, ya no la amo como antes. Si la ayudé y me dispuse a

recibirla fue para hacerle honor a los viejos tiempos, para echarle una mano,

no porque quisiese que volviera conmigo. —Ésa era una verdad a medias,

pues la seguía queriendo; sin

embargo, comprendía que eso no  
funcionaría

jamás—. Cuando no apareció la  
noche de la inauguración, primero  
me

preocupé... estaba ansiosa por  
verla otra vez, necesitaba  
asegurarme de que, al

mirarla a la cara, no me desarmaría  
frente a ella. —Se detuvo frente a  
unos

cuadros que se encontraban  
apoyados contra una de sus viejas

esculturas, una

de las primeras—. Cuando regresé a casa y no la encontré, me puse furiosa,

creí que me tomaba el pelo.

—¿Qué pasó después?

—La llamé a su móvil una infinidad de veces y no respondió. Me

preocupé. Ese estado no duró mucho; después de tanto tiempo, de todo lo que

pasamos, de que me decepcionase

una y otra vez, fue más fácil hacer perdurar

el enojo que la preocupación. Tener una buena razón para odiarla es un alivio.

—Odiar a alguien no es un alivio.

—Es mejor que amarlo con locura  
—sentenció ella, quitando el bastidor

que estaba al frente. Al mover el cuadro, Teodelina dejó al descubierto un

retrato. Máximo tenía muy buen ojo

para los rostros y en ese que observaba

ahora detectó curvas y formas que había visto antes, en el cuadro que tanto le

gustaba.

—Es ella —anunció haciéndose a un lado.

Máximo contempló el retrato un momento.

—Es una mujer hermosa.

—Lo es y sabe que lo es. Se

aprovecha de eso.

Máximo la vio admirar su propia obra con ojos tristes.

—También es una tonta que se deja arrastrar por el primer estúpido que se le cruza por delante.

—Es difícil adivinar eso por un retrato.

—En realidad nunca terminé de determinar si, en ese sentido, es tonta o

sabe perfectamente lo que hace.

Siempre tuvo muy claro adónde quería llegar;

el verdadero problema, creo, es que estaba dispuesta a todo con tal de

lograrlo. Tengo la impresión de que siempre supo a qué se arriesgaba al meterse con ese tipo con el que se enredó.

—¿A qué te refieres con eso?

—A que por momentos me da la impresión de que ella lo usó a él y me

usó a mí; por eso, en cierto modo no me extraña que dejase todo lo que

pertenecía a su antigua vida aquí, y con eso me refiero a sus ropas y a su

pasaporte.

—¿Qué es lo que ella quería, cuál era su objetivo?

—Tener dinero, mucho dinero. Nicole siempre me decía que su sueño era

comprarse una casa en la playa y

vivir sin hacer nada, simplemente disfrutando de la vida. Tal vez lo consiguió.

—¿Tu dinero? —arriesgó Máximo.

—El dinero que le envié era mucho, pero no el suficiente como para

largarse y tener una vida holgada.

—¿Entonces?

—Ella me mintió una infinidad de veces. Es probable que aquella

historia de que le debía dinero a su novio no fuera más que un cuento, también

eso de que el tipo no le permitía largarse. He llegado a la conclusión de que es

probable que ella me haya robado a mí y a él, que nos engañara a los dos para

salirse con la suya.

—Por eso no crees en la posibilidad de que sea ese tipo quien atentó

contra la galería.

—Exacto. Me inclino más por la posibilidad de que el tal Patricio Conde

esté detrás de todo esto; puede que sea un poco exagerado creer que él mató a

Andrea a sangre fría —le dio una calada al cigarrillo—, aunque también

puede que sea un enfermo psicótico o algo así.

Máximo se le acercó; sin que

mediase una sola palabra, le arrebató el

cigarrillo de la mano. Hacía años que no fumaba, pero en ese momento de

verdad lo necesitaba; la mañana venía siendo mucho más intensa de lo que él

estaba acostumbrado a vivir. Intensa y surrealista. Todavía no podía creer que

estuviese conversando en esos términos con Ultra Negro, con la

misma chica

que no terminó de caerle bien la primera vez que la vio, con la mujer que se

había apoderado de sus sueños y deseos, por más de una noche desde que se

conocieron.

La falta de costumbre le provocó un arranque de tos, a lo que ella

respondió quitándole el pitillo.

—Mejor lo dejas ya.

—He perdido la práctica.

—¿Fumabas mucho?

—Sí.

—¿Cuando eras *hippie* o algo así?

—No soy tan viejo.

—Sí, ya me he dado cuenta —dijo ella riendo.

—Resumiendo: ¿no hay nadie más que pueda haber hecho esto?

—Si fue algo contra mí, no, no lo creo. Resa tiene razón en una cosa:

sí,

en el pasado me gané muchos enemigos por distintas razones, recuerda que le

quité clientes a alguien y que yo salí libre, o bueno, más o menos, cuando otros

fueron a la cárcel y están todavía encerrados. A todos ellos los conozco y sé

que hacer algo así no es su estilo. Quieren verme muerta, M. Lanzar  
pintura

sobre la fachada de la galería o  
asesinar a una antigua novia no  
significa nada

para ellos.

—Si tú lo dices.

—Creo no equivocarme. Quizá  
deberías considerar la posibilidad  
de que

no haya sido en mi contra.

Máximo la miró de reojo.

—Geraldine no tiene enemigos,  
Teodelina.

—No, claro que no, ella no tiene mi pasado.

—No he querido decir eso.

—Supongo que tú conoces muy bien a tu prometida —soltó ella alejándose de él.

—Es infantil darme la espalda cada vez que te digo algo que no te gusta.

—No te rompí la nariz, pero puedo volver a intentarlo.

Y ahí estaba ella otra vez, Ultra Negro, cruda, dura y agresiva.

—Ok, ok, está bien. Intentaremos averiguar lo que podamos con lo que

tenemos. Hazme un favor, procura ponerte en contacto con los conocidos que

tenías en común con Nicole y mira si podemos hablar con alguno de ellos.

— *Quid pro quo*. ¿Harás que te acompañe con tu amigo abogado y por

ello aceptarás someterte a

experimentar mi vida? —Notó el modo en que

Máximo se quedaba mirándola—. ¿Qué? ¿Se te ha trabado el cerebro?

—Me sorprende que...

—¿Qué?, ¿que sepa hablar? Odiaba a las mojas, la escuela me aburría

horrores y jamás completé mis estudios; sin embargo, no soy una iletrada.

—Yo simplemente...

—No todos necesitan tener

colgando en su casa un diploma universitario.

—No es necesario que digas esas cosas, y mucho menos a mí, ya conoces

mi historia.

—Como sea, tendrás que estar dispuesto a trasnochar.

—No te preocupes, creo que sobreviviré a eso.

—Me deleitaré viéndote hacerlo — canturreó ella cruzándose de brazos

al tiempo que adquiriría una postura  
altiva y divertida.

Máximo pensó que también sería  
toda una experiencia presentársela  
a

Lisando.

—Perfecto, tendrás tu oportunidad  
y yo la mía. Ahora mejor me voy.

—Como quieras.

—Creí que ya te estabas cansando  
de mí. —Teodelina no respondió  
nada

a eso, lo que le dio pie para pensar que probablemente no fuese así. Más allá

de los enredos y las preocupaciones reales, había disfrutado el par de horas

que habían compartido juntos y, por lo visto, ella también, o al menos, no lo

había pasado tan mal—. Bien, me largo entonces. Te llamaré en cuanto tenga

novedades.

—Perfecto.

—Ya tienes mi número, así que puedes llamarme cuando quieras.

—Sí.

—Ten cuidado.

—Puedo cuidarme sola. Cuídate tú las espaldas, que no estás

acostumbrado a este tipo de vida.

—Gracias, yo también soy mayorcito ya.

—Sí, me he dado cuenta, tienes

unas canas por ahí... —dijo ella

señalando hacia algún punto de su cabeza.

Máximo hizo un torpe gesto con el que intentó taparse el pelo. Ella se desternilló de la risa.

—Ok, lárgate ya o los de ahí fuera comenzarán a creer que te he secuestrado o algo así.

—¿Los de ahí fuera?

—Vete.

Máximo comenzó a caminar en dirección a la puerta, ella lo siguió.

Abrió la puerta para él.

—Gracias por las pastas del desayuno.

—Ah, no es nada. —Máximo no sabía cómo despedirse de ella, los dos

se quedaron ahí, medio gravitando sin sentido—. Bien, me voy. —En realidad

lo último que quería en ese momento era tener que irse, tener

que apartarse de

su lado.

—Adiós.

—Adiós.

Máximo salió del apartamento y caminó hacia el ascensor. No la veía,

pero supo que ella aún no había cerrado la puerta.

—Máximo.

Se volvió.

—¿Sí?

—Por favor, no se lo cuentes a Stefan.

Entendió perfectamente a qué se refería; no era por el asunto de la muerte

de Andrea, sino por aquella chica con que la había encontrado.

—Él y yo... nosotros... esto es...

—No tienes nada que explicarme.

—Pero, como eres su hermano, supuse que...

—Vosotros sabréis lo que hacéis.

La verdad era que ella dudaba de tener alguna idea de qué hacía junto a

Stefan.

El ascensor llegó al séptimo piso y las puertas se abrieron.

—Cuídate —le dijo él, tras meterse dentro de la cabina.

—Tú también.

Teodelina se quedó allí hasta que las puertas se cerraron, y mucho

más.

## 15

En cuanto abrió la puerta de su oficina, divisó al que se convertiría en su

cuñado al cabo de pocos meses; Stefan deambulaba entre las obras de Ultra

Negro. Lo notó serio, podría decirse que hasta enojado.

Geraldine no salió de su oficina, se quedó espiando por detrás de la

puerta. Tenía un presentimiento. No era del tipo de persona que suele tener

corazonadas, mucho menos de las que las siguen (ni siquiera le sucedía en el

trabajo; no acostumbraba a arriesgar demasiado; antes de tomar una decisión,

siempre lo analizaba todo), pero algo la hizo quedarse allí, simplemente

observándolo.

Había otras personas paseando por la sala que conversaban y estudiaban

los cuadros mientras disfrutaban de sus imágenes. Stefan parecía no disfrutar

de lo que veía. En vez de eso, le dio la impresión de que éste se detenía frente

a cada obra intentando imponerse a ellas, como retándolas a ser más fuertes

que él.

Sintió un frío en el pecho cuando su cuñado alzó una mano, con sus dedos

en forma de garra, amenazando con tocar el cuadro o, peor aún, destrozarlo y

convertirlo en jirones.

No sabía si su intención era arruinar la obra o qué, sin embargo le dio

miedo.

De un tirón abrió la puerta y lo llamó por su nombre.

Stefan bajó la mano.

—¡Geraldine! Qué bien que puedas  
recibirme —entonó éste,  
cambiando

por completo el rictus de su rostro.

Intercambiaron dos besos, uno en  
cada mejilla.

—Lamento haberte hecho esperar;  
conversaba con un coleccionista de

Londres que quiere adquirir uno de  
los cuadros de Ultra Negro.

—¿Has cerrado la venta?

—Al final sí. El tipo quería a toda costa que bajase mi comisión; hemos

discutido como media hora. Por eso he tardado. Me sorprende verte aquí,

¿también has venido a comprar una de sus obras?

Stefan le lanzó de soslayo una mirada al cuadro que tenía cerca.

—Bueno, no lo creo; supongo que ya tengo derecho a recibir uno gratis

—bromeó él, sonriendo.

—Sí, claro, seguro que sí.  
Entonces, las cosas entre Teodelina  
y tú van

bien.

—Muy bien.

—Me alegro por ti, quién lo  
hubiese dicho.

—Es distinta a todas las mujeres  
que he conocido antes.

—No me cabe la menor duda, es un  
caso muy particular. Para serte

sincera, no creí que fuese a gustarte, no me parecía tu prototipo de mujer.

—La vida te da sorpresas.

—Sí, por supuesto.

—Por ejemplo, nunca creí que mi hermano fuese a contraer matrimonio

de nuevo. Pensé que se había llevado un buen susto con la primera. Siempre lo

creí un poco cobarde como para arriesgarse una segunda vez. La que

tiene

valor eres tú, por aceptar su propuesta. ¿No tienes miedo de que mi hermano

huya en cuanto las cosas se compliquen?, es así como reacciona.

La sonrisa de cortesía de Geraldine se borró de su cara.

—Sí —continuó diciendo Stefan—, no me cabe la menor duda de que la

valiente aquí eres tú. Lo quiero, es mi hermano; sin embargo, ¿para qué

engañarnos?, es un blandengue, siempre lo ha sido, incluso cuando pretendía

no serlo. No tiene las agallas para arriesgarse a nada, para vivir la vida como

debiera. Vive su vida así, siempre escondido detrás de sus pequeñas cosas.

No sé por qué, intuyo que fuiste tú quien propuso la idea de casaros, me temo

que eso jamás saldría de él.

Una de sus migrañas llegó, para arruinarle el resto de la tarde. Le

estallaba la cabeza y hasta le resultaba difícil mantener los ojos abiertos.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —mintió—. Estoy cansada, eso es todo. Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Bueno, tal vez esto te suene raro... He venido para hablar de Teodelina,

¿podemos pasar a tu oficina?

—¿A hablar de ella? No comprendo.

—Es una tontería, es que es muy reservada y me gustaría que me contases

todo lo que sabes de ella.

—Stefan, sales con ella, pregúntale lo que quieras saber.

—Teodelina no es ese tipo de mujer, Gera, y lo sabes. Vamos, necesito

que me eches una mano en ese asunto. Creo que lo mío con ella va en serio y,

antes de seguir adelante, me gustaría saber algo más. Teodelina se pone loca

cada vez que intento averiguar algo sobre su pasado. Ya la conoces.

—No, a decir verdad la conozco poco y nada.

—Al menos podrías intercambiar notas conmigo —bromeó Stefan—.

A

lo mejor no sé alguna de las cosas que tú sí sabes.

—De verdad que no quiero meterme en vuestra relación.

—Por favor, Gera, haré lo que sea por ti si me ayudas con ella.

Máximo

es un tanto voluble, fácil de influenciar; si puedo ayudarte con él, juro que lo

haré.

La oferta le resultó tentadora; tener a su cuñado de su parte no era para

despreciar.

—Ven, pasemos. ¿Puedo invitarte a un café?

—Sí, eso me apetecería mucho. Muchas gracias, Gera, de verdad que

estaré en deuda contigo.

Geraldine le pidió dos cafés a una de las recepcionistas y guio a su cuñado hasta su oficina; se acomodaron uno a cada lado de su escritorio.

—Cómo te he dicho, no sé mucho de ella, y la mayoría de las cosas son

rumores.

—¿Qué clase de rumores?

—¿Me permites que te sea completamente sincera, Stefan?

—Sí, claro.

—No creo que debas involucrarte más con esa chica, su cordura es dudosa. Podría ser peligrosa.

—Sí, en eso coincido contigo; está algo loca y puede ser peligrosa, pero

eso es lo que tiene de divertido.

—Stefan, no bromeo. La detective Resa cree que ella es la responsable

de la muerte de Andrea, mi asistente, y del acto de vandalismo que sufrió la

fachada de la galería.

—Es un tanto extravagante, pero no la creo capaz de matar a nadie. Le

faltan agallas para eso, pese a que intenta parecer muy dura frente a las

personas.

—Es serio, Stefan, tu vida podría correr peligro.

—¿Qué más te dijo la detective?

—Que Teodelina tiene antecedentes penales. Estuvo envuelta con unos

tipos que obligaban a otras chicas a prostituirse, vendió drogas para ellos. —

Geraldine no notó que su cuñado se inmutase siquiera ante su revelación—.

Creo que vivió en la calle un tiempo y que fue la amante de su maestro de

pintura, el hombre con el que vivía, un tipo cuarenta años mayor que ella.

—No lo entiendo por el lado de ella, sí por el lado de él —ironizó

Stefan, riendo.

—Estoy segura de que tu hermano

tampoco está muy feliz con que te relaciones con ella.

—No necesito su permiso. ¿Qué más puedes contarme?

—Sólo lo que dicen las malas lenguas: las parejas no le duran mucho,

básicamente una noche y, además... bueno... ¿De verdad quieres que te diga

esto?

—Por supuesto, Geraldine; quiero

que me lo cuentes todo.

—Dicen que es bisexual y que tiene raros hábitos a la hora de...

Stefan soltó una carcajada.

—¿Raros hábitos? —la parodió sin parar de reír—. Así que también le gustan las mujeres. Bueno, eso no es ninguna novedad.

—¿No te molesta?

—Confía en mí: cuando estamos solos, eso no se nota. ¿Qué otras cosas

sabes?

—No tiene familia y el único amigo que le conozco es ese tal Simón.

Están muy unidos; dudo de que ella tenga a nadie más. Es muy huraña, un tanto

malhablada, de muy mal carácter y creo que tiene algunos problemas de

adicción.

—Sabe beber, es todo, y tal vez le guste mucho el sexo.

—Ah, por favor, Stefan, no quiero oír eso.

—No te horrorices tanto, cuñada, no tiene nada de malo.

—Está demasiado delgada, le sobresalen los huesos por todos lados. ¿No

has notado que apenas come y fuma muchísimo?

—¿Algo más?

Geraldine se levantó de su sillón, rodeó el escritorio y se sentó sobre el

borde de éste, justo frente a Stefan.

—Deberías buscarte a alguien distinto.

—No veo razón para hacer algo así.

—No es que a mí me lo parezca, Stefan, es que está clínicamente loca.

Stefan se movió hacia delante sobre el asiento de su silla.

—¿Ah, sí?, ¿quién lo dice?

—Un amigo de una amiga conoce a

uno de los médicos que la atendió

cuando ingresó en el centro para  
menores después de que  
desbarataran la

banda de traficantes para los que  
ella trabajaba. Como era menor no  
la

enviaron a la cárcel; además, el  
perito psiquiátrico que la vio  
determinó que

necesitaba otro tipo de tratamiento.  
Me contaron que las cosas que  
hacía

ponían los pelos de punta a todo el personal; agredió tanto a médicos como a

otros internos, incluso a sí misma.

—¡Cómo te arriesgas! Expones los cuadros de una persona mentalmente

inestable.

—No te lo tomes todo a broma — Geraldine percibió con claridad el tono

irónico de Stefan—, esto es muy serio.

—Dijiste que ella era menor de edad cuando eso pasó, por eso deduzco

que de eso hace tres o cuatro años por lo menos.

—¿Y tú crees que está curada? La chica no hacía más que escaparse de

los institutos en que la internaban. Yo creo que debe de estar peor ahora que

antes, y, ¿sabes por qué?, porque nadie la controla. Hace lo que

quiere.

Stefan estiró un brazo y posó su mano sobre la rodilla izquierda de su

cuñada.

—Aprecio que te preocupes tanto por mí.

Geraldine notó la mano caliente de Stefan a través de la tela de su falda,

y un cambio en la mirada de éste, quien la observaba con los ojos entornados.

—A mi hermano le ha tocado la lotería contigo —le dijo en un susurro—.

Ya no quedan muchas mujeres... — le sonrió, su mano se movió ligeramente

hacia arriba por la pierna de Geraldine—... muchas mujeres como tú.

Golpearon a la puerta e inmediatamente ésta se abrió. Geraldine dio un

respingo, Stefan quitó su mano de

encima de ella.

Era una de las empleadas de la galería, que llegaba con dos tazas de café.

\* \* \*

Teodelina trajo de regreso a la luz del día todas las piezas de equipaje de

Nicole y las dispuso en el suelo, junto a una de las ventanas abiertas. También

llevó hasta allí el sobre que contenía el pasaporte y los papeles,

a los cuales,

hasta ahora, no les había echado un vistazo.

Se paró frente a aquellas cosas, con un cigarrillo en la mano y un nudo en

el estómago.

Hacía mucho calor, por lo que estaba sudando a mares; bueno, en

realidad sudaba más a causa de los nervios.

Dejó todo como estaba y fue a

buscar un ventilador.

Lo llevó hasta las maletas y lo encendió, para así sumar su efecto al de la

brisa que entraba por la ventana.

El sol comenzaba a bajar rumbo al horizonte.

Contempló las pertenencias un momento más, hasta que el segundo pitillo

acabó consumido por completo.

Tenía la boca seca, de modo que

fue a por un vaso de agua al que agregó

hielo. Lo bebió por completo a tal velocidad que el agua le cayó por los

costados de la cara, mojando su cuello y sus ropas. Cuando acabó, bajó el

vaso, el hielo aún estaba allí.

En dos zancadas llegó a la nevera, abrió el congelador y sacó la botella

de vodka. Volcó suficiente líquido

dentro del vaso para cubrir el hielo  
y

regresó junto a las maletas.

Se sentó en el suelo, meneando el  
vaso con una mano.

Los hielos tintinearón contra el  
cristal.

Inspiró hondo, se llevó el vaso a  
los labios y lo bebió todo sin  
detenerse

a respirar.

El alcohol le quemó la garganta y

desató una oleada de calor que tuvo como epicentro su frente.

Colocó el vaso a un lado sobre el suelo y cogió el sobre con el pasaporte.

Lo hojeó; éste tenía sellos de España, Italia, Portugal, Francia, Holanda,

Alemania, Austria, Suiza, Rusia y Suecia, entre otros.

—Por lo visto has estado viajando mucho —entonó en voz alta.

Los viajes tenían fechas que no iban más allá de un año y medio atrás, poco después de la fecha de emisión del pasaporte.

Además de eso, no encontró nada más en éste.

Se detuvo en la fotografía de Nicole por un momento. Ella se veía muy

bien, elegante, con su larga cabellera rubia oscura cuidadosamente peinada; un

toque de maquillaje, lo justo y

necesario para resaltar su belleza natural. Sus

ojos brillaban como siempre, y apenas si podía contener la sonrisa que

perpetuamente afluía en ella cuando se encontraba frente a una cámara; esa

sonrisa sexy tan suya, con la que tantas veces había intentado y conseguido

comprar su perdón.

Colocó el pasaporte en el suelo y

sacó los papeles del interior del sobre.

Uno era el formulario de migraciones; había un folleto del *duty free* de

París. Se topó con un recorte de un periódico en francés que hablaba de su

exposición. Le impresionó ver un artículo venido desde el otro lado del

charco, con su nombre impreso en él; sabía que en el exterior se

seguía su

trabajo, incluso con más entusiasmo que en su propio país, pero prefería no

ser testigo directo de aquellas cosas, pues la ponían nerviosa; prefería fingir

que nadie la conocía.

Hizo el recorte a un lado.

Cuando vio que había otro recorte más de diario, se le pusieron los pelos

de punta, ¿acaso Nicole no sabía que ella odiaba eso?

Iba a apartar el trozo de periódico, más sus dedos no hicieron caso de las

órdenes que le dictaba su cerebro. Desplegó el papel.

No era una reseña de arte, sino un artículo de la sección de sucesos. Una

chica de diecisiete años había aparecido muerta en un pequeño apartamento

del barrio Latino de París. La joven era una muchacha de nacionalidad ucraniana.

El francés de Teodelina era un tanto básico; de cualquier modo, logró

comprender gran parte del texto. Se sospechaba que la muchacha era víctima

de delincuentes que se dedicaban a la trata de blancas. La chica había sido

asesinada a golpes; además de eso, se detectó en su cuerpo todo un

cóctel de

drogas ilegales y gran cantidad de alcohol. La verdadera identidad de la

víctima era desconocida, ya que, si bien se encontró un pasaporte entre las

pocas pertenencias que había en el lugar, éste era falso. El nombre de la titular

no coincidía con ningún registro.

Una fotografía de la víctima estaba disponible en el mismo artículo

para

quien pudiese brindar alguna información sobre la misma.

Allí mismo también figuraban los datos del contacto sobre la explotación

de jóvenes y los contactos de estas mafias con la droga y el modo en que

coaccionaban a sus víctimas.

A Teodelina le resultó más que familiar todo aquello que leyó.

El estómago se le revolvió, y no a causa del alcohol recién ingerido, sino

de lo que acababa de leer. Apartó el artículo de su vista y cogió el vaso; poco

quedaba de vodka, el líquido era más agua del hielo derretido que otra cosa.

De cualquier modo, su organismo agradeció el trago.

Lo que seguía en la pila de papeles era una postal en blanco con una

fotografía de la torre Eiffel y luego una foto de Nicole, obviamente tomada por

ella misma, en la que también se veía el mismo emblemático paisaje de París.

Puso la fotografía sobre el montón; debajo había un pequeño catálogo de

una galería de arte holandesa y debajo...

Se le cortó el aliento y el vodka trepó por su garganta, quemándola

otra

vez.

Era una fotografía de Nicole con una chica, con la chica del artículo. No

le quedaron dudas: la foto estaba tomada muy de cerca, probablemente por

alguna de ellas dos; sin embargo, desparramándolo todo por el suelo, buscó el

artículo y comparó los dos rostros. Era ella, la joven que había

aparecido

asesinada a golpes.

Aquella fotografía no era la única.

Las nerviosas manos de Teodelina fueron moviéndose para pasar los

retratos en que ambas aparecían por lo que creyó que eran diversos puntos

turísticos de París. Se las veía muy juntas, siempre sonrientes, bien vestidas.

Desesperada y necesitada de una

explicación, arrojó el resto de los

papeles al suelo; había dibujos hechos con bolígrafo de tinta azul sobre hojas

rayadas; un portavasos de un bar de París; una entrada de cine para una

película que ni siquiera miró; una pluma blanca; una rosa seca dentro de una

cartulina rosa plegada por la mitad; una página de una revista con una gran

publicidad de una marca de bolsos

en la que aparecía Nicole posando, sosteniendo una cartera; una hoja de menú en portugués, y finalmente...

Teodelina apartó todo lo demás. Era un pasaporte azul, un pasaporte ucraniano escrito en alfabeto cirílico y en inglés.

La fotografía del mismo tenía el mismo rostro que aparecía en el artículo

del periódico y en los otros retratos con Nicole.

En un papelito, frente a la foto, había algo escrito. Primero, un número,

que parecía un teléfono, luego algo más.

—Olena, hermana de Halyna — leyó.

Teodelina apartó el papel.

—Halyna —repitió en voz alta.

Al borde de la histeria, lo removió todo para encontrar el artículo otra

vez. Halyna no era el mismo

nombre con el que figuraba la chica. Según el

pasaporte, el cual obviamente era falso, la muchacha se llamaba Iryna.

—Al menos no mentías en eso — murmuró.

Nicole sí había estado involucrada en la trata de personas y conocía a la

chica asesinada, probablemente más de lo que prefería creer.

Y qué tal si toda la historia era

cierta, si su novio realmente era un delincuente que obligaba a muchachas a prostituirse, un loco capaz de matar a

golpes a una de ellas, a una chica que salía en muchas fotografías junto con su

novia.

No parecía muy difícil de creer que él tuviese más de un motivo para

deshacerse de ambas.

Teodelina revolvió todo el equipaje

de Nicole en busca de más pruebas;

no encontró nada más que un par de prendas de ropa que reconoció en las

fotografías, una blusa en particular, y ésta no la lucía Nicole, sino la otra

muchacha.

No le costó entender por qué Nicole no le había hablado de ella, pero sí

le había contado todo lo demás; ellas tenían una relación.

Teodelina quedó de rodillas entre toda la ropa, zapatos y demás, que había revoloteado por los aires buscando algo, una confirmación.

—¿Dónde estás Nicole? ¿Qué te ha sucedido?

\* \* \*

—¡Ah!, hola, Máximo, ¿cómo estás? Quieres hablar con Geraldine,

supongo —soltó la empleada de la galería muy apresurada, sepultada de

trabajo y sin tiempo para conversar; la galería era un hervidero de visitantes y

todos demandaban atención.

—Bueno, en realidad...

—Está reunida con alguien, Sofía acaba de llevarle café. ¿Quieres que le

diga que te llame cuando se desocupe?

—No, en realidad no hace falta. Quizá tú puedas ayudarme.

—Dime.

Frente a ella, al otro lado del mostrador, se detuvo un hombre con cara de

querer preguntarle algo. Le pidió que aguardase un segundo y volvió a

prestarle atención a Máximo.

—El otro día Geraldine me mostró fotos de unos cuadros de un pintor que

iba a exponer justo ahora. ¿Patricio Conde? —Referirse a las fotos era

un

hecho que no despertaría sospechas. Máximo jamás había visto ninguna obra

de dicho artista; sin embargo, sabía perfectamente que Geraldine sacaba

fotografías de todos sus aspirantes a nuevas revelaciones de la ciudad. Si el

tal Conde estuvo tan cerca de firmar contrato con ella, tales fotos debieron de

existir y era creíble que ella se las habría mostrado; después de todo, eran

pareja. Por un segundo Máximo reflexionó sobre el hecho de que ella jamás le

había contado ni una palabra sobre él, cuando, en realidad, siempre le hablaba

de su trabajo. Terminó entendiendo que eso probablemente se debía a lo

distanciados que habían estado el

uno del otro en el último tiempo.

—Sí, Patricio.

—¿Podrías decirme dónde puedo encontrarlo? De verdad que estoy muy

interesado en sus obras —soltó sin tener ni la menor idea de qué tipo de obras

pintaba el susodicho.

—¿Quieres comprar uno de sus cuadros?

—Sí, ¿por qué? ¿Qué tiene de raro?

—Máximo rogó que ella no supiese que Resa lo estaba buscando.

—Bueno... nada.

Máximo sintió que se guardaba algo.

—¿Tienes algún número donde pueda localizarlo? —preguntó asomando

la vista hacia fuera por la ventanilla de su automóvil; estaba estacionado en la

acera de enfrente de la entrada del

apartamento de Geraldine, el que

supuestamente ella le alquilaba a dicho artista. El portero y los vecinos le

habían dicho que llevaban un par de días sin ver a Patricio.

Había llamado al apartamento; nadie contestó, ni a la puerta, ni al número

de teléfono fijo que por casualidad todavía tenía en la agenda de la época en

la que Geraldine vivía allí.

—Puedo pasarte su número de móvil, aunque dudo de que puedas

comunicarte con él por este medio, Patricio siempre olvida llevarlo consigo y,

por lo general, lo tiene sin batería. Puedo pasarte el número de su casa.

—No, ése ya lo tengo, vive en el viejo apartamento de Geraldine.

Se hizo un silencio en la línea.

—Hola, ¿todavía estás ahí?

—Sí, claro. ¿Por qué no pruebas de buscarlo en el Arts?

—El Arts, ¿qué es eso?

—Es como su segunda casa; es el café de un amigo suyo, un café artístico

que tiene en la planta alta una especie de galería. José, el amigo de Patricio,

vive allí mismo, sobre la galería. Cuando Patricio está sin inspiración,

normalmente va allí. Yo, cuando

Geraldine me pedía que me comunicase con

él y no lograba hallarlo por ninguna parte, si lo llamaba ahí, solía dar con él.

—Bueno, estoy en la calle con el coche, ¿podrías darme la dirección del

lugar?

—Sí, claro, ¿tienes para anotar?

Máximo tomó del asiento del acompañante el bloc de notas y el bolígrafo

con los que había estado trabajando en el registro de datos de su investigación.

—Dime...

Tomó nota de todos los datos.

—Mil gracias, lamento la interrupción.

—No hay problema. ¿Aviso a Geraldine de que has llamado?

—No, no hace falta que la molestes, ya la veré por la noche. Gracias.

—De nada.

\* \* \*

—Y ahora, ¿qué? —jadeó Simón después de ver las fotos y papeles que

Teodelina le enseñó, tras escuchar toda la historia de sus labios.

—Necesito encontrar a Nicole.

—Sí, eso es evidente; necesitamos preguntarle qué significa todo esto.

—Simón, ¿crees que podrás averiguar si alguien tuvo noticias

de ella?

Tal vez esté trabajando para alguien. Fotos, una campaña, algún desfile...

—Sí, claro. De hecho es buena idea, no sé cómo no se me ha ocurrido

pensar en eso antes. Preguntaré. Quizá la hayan visto.

—Yo la buscaré en los lugares que solíamos visitar antes, con nuestras viejas amistades.

—Sí —murmuró Simón para luego quedarse pensativo, con la mirada

clavada en la fotografía en la que aparecía Nicole con la chica del recorte del

periódico.

—Máximo intentará averiguar algo sobre el tal Patricio Conde.

—¿Piensas que el tipo tiene algo que ver?

—No lo sé —golpeó el cigarrillo contra el borde del cenicero para

quitarle el material incinerado y volvió a llevárselo a los labios. Le dio una

profunda calada—. Tenemos que ir descartando opciones.

—Sospechosos, querrás decir. ¿No crees que es hora de ir a la policía?

—No, porque estoy segura de que ya vendrán a por mí, es cuestión de

tiempo. Solamente necesito encontrar las armas con las que defenderme

cuando ese momento llegue.

—Es probable que necesites protección.

—No conseguiré eso de Resa, considera que soy culpable.

—Si las cosas son como parecen, es probable que el novio de Nicole fuese quien mató a esta chica. — Simón cogió una de las fotografías en las que

aparecía Nicole con Halyna y la lanzó hacia Teodelina.

La fotografía quedó justo delante de ella, no pudo evitar mirarla.

—No tenemos la certeza de que fuera él el homicida, Simón.

—A mí no me cuesta mucho creerlo. Tú misma lo describiste como un

loco desquiciado.

—Sí, pero no todos los locos desquiciados tiene madera de asesinos.

—Nicole lo engañaba con esa chica. El tipo se enteró, se puso loco,

ciego de celos. Considerando que

es un traficante y un abusador de mujeres,

no resulta difícil de creer que está detrás de esto.

—Arriesgas demasiado.

—Y tú prefieres no ver que podrías correr peligro. Escucha, tanto si fue

ese hombre como si no... Si el tal Patricio Conde es, en realidad, el

responsable de la muerte de Andrea, lo mismo da, puede que el sujeto te tenga

manía porque le arruinaste su posibilidad de éxito.

—No fui yo, fue Geraldine.

—En última instancia...

Teodelina se levantó de la mesa, dándole un empujón a la silla.

—¿Por qué insistes en colocar esto sobre mis hombros? ¿No te parece

que ya he tenido suficientes problemas para una vida?

—Qué más quisiera, como tu amigo, como persona que te quiere,

que

evitarte todos estos malos tragos.  
—Simón se levantó de su silla y fue  
hasta

ella—. Oye —la sujetó por los  
codos y Teodelina giró la cara—:  
negar que la

posibilidad de que esto ronde a tu  
alrededor tampoco me parece muy

coherente. Simplemente deseo  
cuidarte. Guardo la secreta  
esperanza de que un

día aceptes convertirte en la madre

de mis hijos —bromeó con un tono dulce

en la voz.

—Vete a la mierda —soltó ella, pero no en serio; aun así, intentó zafarse

de sus manos. Simón no se lo permitió.

—Esconderte ya no es una opción, Cuervito. No lo será nunca más. Es

momento de que salgas de tu cueva y enfrentes la realidad. Ése será el único

modo de liberarte del pasado. Ya ves que, intentar ocultarlo debajo de las

suelas de tus botas y detrás de tus ropas negras, no da resultado.

Teodelina estrujó la lata de Red Bull que acaba de sacar de la nevera

dentro de su mano derecha. Por un instante deseó tener al alcance de sus

manos algo que la ayudase a escapar de la realidad, para perder

la conciencia,

tal vez para siempre. Ya no comprendía —menos que nunca— qué significado

tenía la vida si lo único que experimentaba una y otra vez eran las mismas

miserias y dolores del pasado.

—Tenemos que encontrar a Nicole.

—Sí —le respondió Simón, soltándola.

—Con Máximo veremos a un

abogado amigo suyo para intentar averiguar

a quién pertenece el apartado de correos al que se supone que debo enviar el

cuadro. Tal vez así nos hagamos con un nombre.

—Eso será de mucha ayuda. ¿Por qué no vienes a pasar un par de días a

casa? Pierre ya no está por ahí, de modo que sólo seremos tú y yo.

—No va a sucederme nada, Simón;

estoy bien aquí, ésta es mi casa. No voy a dejarla simplemente porque puede que por ahí ronde un chiflado que me

tiene en el punto de mira. Sé cómo defenderme. Además, olvidas que yo estoy

más loca aún.

Simón torció el gesto al oír eso último.

—No digas esas cosas.

—Si a mí no me molesta, menos

debería molestarte a ti que yo las diga.

Teodelina prácticamente huyó de Simón, disimulando su huida con una

acción tan mundana como apagar su cigarrillo en el cenicero que estaba sobre

la mesa.

Encendió uno nuevo.

—Intentaré averiguar si alguien la vio.

—Gracias.

—No tienes que agradecerme.

Teodelina se encogió de hombros.

—Teo.

—¿Sí?

—Necesitas todo el apoyo posible ahora.

—Sí, por eso te agradezco la ayuda que me brindas.

—No me refería a eso. ¿Por qué no lo buscas?

—¿Que lo busque?

—Lámalo, después de todo es tu padre.

Teodelina se envaró. Lo último que necesitaba en ese momento era hablar

de su padre.

—¡¿Acaso te has vuelto tarumba?!  
¿Me estás jodiendo? ¿De verdad te

parece que tengo ganas de eso ahora?

—Necesitas toda la ayuda posible;

si Resa cree que eres culpable, no te

vendría mal tener un abogado y...

—¡Cierra la boca!

—Teo, no te pongas así. Solamente digo que...

—Sé lo que dices. No necesito a un extraño metido en mi vida; sin

importar una mierda quien sea, no necesito nada de él.

—Es un buen momento para que le des la oportunidad de ser tu padre.

—Simón, haces que me arrepienta de haberte contado nada sobre él. Eres

el único que lo sabe porque creí que serías juicioso con este asunto, lo que

menos me esperaba es que lo sacases a colación en un momento así.

—Tan sólo medita la posibilidad de ponerte en contacto con él.

—No tengo intención de hacerlo. Ahora hazme un favor, vete.

—No seas así, Teo. Solamente...

—Vete, quiero estar sola.

Simón bajó la vista. No estaba enojado con Teodelina por echarlo de su

casa; sabía que ella necesitaba un momento para pensar en eso, y eso mismo

estaba haciendo: pidiéndoselo. Recogió sus cosas y se fue; después de todo,

tenía mucho que hacer.

El café Arts era la planta baja de un antiguo edificio francés, reformado y

con las paredes pintadas de un rojo subido de tono, casi color sangre, sangre

seca.

Había una gran barra de madera en la parte trasera, similar a la de las

viejas tiendas de provisiones. El lugar estaba poblado de mesitas de madera

de segunda mano, al igual que las sillas; no había dos iguales.

De las paredes colgaban muchos cuadros; expuestas también estaban un

par de esculturas.

Sobre una pared, una gran biblioteca y un surtido revistero.

Las mesas se encontraban casi todas ocupadas por visitantes de aspecto

tranquilo y sencillo. Artistas y enamorados del arte, supuso él.

A la izquierda de la entrada, por una abertura recortada en la gruesa

pared de unos treinta centímetros, colgaba un cartel que indicaba el acceso a

la galería del primer piso. Estirando el cuello, Máximo vio la escalera de

mármol blanco que hacia allí ascendía.

Caminó hacia la barra, se acomodó en uno de los altos taburetes y pidió

un café.

A su lado una chica muy menuda,  
vestida con prendas de todos los

colores, superpuestas en una gruesa  
capa que a él, tan sólo verla, le dio  
calor,

leía tranquilamente un libro. Tenía  
rastas en el cabello y la oreja  
izquierda

perforada de *piercings* desde la  
parte superior hasta el lóbulo.  
Llevaba gafas y

las uñas de color naranja.

Ella movió la cabeza en cuanto él

pidió su café. La vio mirarlo de reojo.

No hacía falta que nadie le dijese, siquiera con la mirada, que desentonaba en

aquel lugar, sobre todo por su aspecto.

Procuró no permitir que eso lo incomodase; tenía que actuar lo mejor

posible si no deseaba levantar sospechas.

Apartó la vista de la chica y

examinó a quien preparaba su café en ese

momento. Era el único hombre de los empleados del local, el resto eran

camareras. Bueno, a menos que hubiese alguien más en la trastienda, ése tenía

que ser su hombre.

—José, dos cortados, por favor — le pidió una de las camareras, la cual

pasó hacia el lado interno de la

barra para coger de una pila un plato y colocar

en él dos cruasanes.

Sí, definitivamente ése era su hombre. Victoria le había dicho que el

amigo de Patricio se llamaba José.

El tipo le colocó su café delante de las manos y partió otra vez en

dirección a la cafetera, que soltaba vapores y humos perfumados, para

preparar el pedido que acababan de

realizarle.

Le dio un primer sorbo a su café. Era fuerte; así le gustaba. Al igual que

siempre, omitió agregarle tanto azúcar como edulcorante.

La camarera se llevó las dos tacitas de café. El tal José se puso a trajinar

en el ordenador que estaba en el extremo de la barra, no muy lejos de Máximo.

No tenía ni idea de cómo proceder

para evitar encontrarse con un muro impenetrable. Era muy probable que Resa o alguno de los suyos hubiese

pasado ya por aquí, buscando a Conde también.

Si quería recibir algo más que negativas, tales como las que suponía que

el tal José le había dado a la policía, debía ser muy cuidadoso.

—Disculpe —le dijo, y luego se aclaró la garganta. El hombre

aparentemente estaba muy concentrado en la suya. La chica a su derecha

levantó la vista, pero el tipo no—. Disculpe. —Ahora sí, logró llamar su

atención—. Podría decirme quién es el encargado de la galería que está

arriba.

—Soy yo. ¿Por qué? —le soltó él en un tono bastante áspero. Tenía cara

de pocos amigos.

—Ah, un placer. Mi nombre es...

—dudó un segundo y, a continuación,

soltó el primer nombre que se le ocurrió—. Simón —articuló el nombre del

amigo de Teodelina; tal vez fuese porque, a petición suya, ella le había pasado

el número de teléfono y dirección de él; Simón era la persona más cercana a

Teodelina y, si todo ese asunto era tan feo como se perfilaba, necesitaba tener

contacto con su círculo más íntimo. A continuación soltó el apellido de soltera

de su madre—. Simón Ponce. Soy comprador de arte. Trabajo para un coleccionista privado.

José lo miró con desconfianza, también la chica vestida con todos los

colores del arco iris.

—Mi cliente vio hace un tiempo una obra de un artista llamado Patricio

Conde.

El dueño del café afiló su mirada al oír el nombre de Patricio.

—¿Quién es usted y qué quiere?

—Soy Simón Ponce —repitió intentando sostener en pie aquella historia

inventada. Se le caía la cara de vergüenza por engañar, mas, después de todo,

resultaba menos difícil y malo de lo que fue mentirle a la compañera de apartamento de Andrea—. Mi cliente quiere que le consiga una de las obras de

Patricio Conde, el problema es que no recuerda dónde vio sus cuadros y

mucho menos sabe cómo encontrar al artista. Después de mucho averiguar he

llegado hasta aquí, me dijeron que aquí, en el Arts, lo conocían y tal

vez...

—¿Es policía?

—¿Perdón? No, no soy policía, tan sólo me gustaría...

—Patricio no está aquí y no sé dónde puede encontrarlo.

—Es una pena, porque mi cliente está dispuesto a pagar muy buen dinero

por una de sus obras. De hecho, le sugerí que adquiriese un par, porque según

creo el artista se convertirá en alguien de renombre en un futuro no muy lejano.

Sinceramente creo que tiene futuro, pero por las dudas no se lo diga, no

queremos que el precio de sus cuadros trepe por las nubes. —Se aproximó a

la barra y puso su mejor cara de póquer—. También me pagan por conseguir

buenos precios.

—Me temo que su cliente tendrá

que esperar.

—Esperar, ¿por qué?

—Vuelva en otro momento, amigo.

El dueño del café rodeó la barra.

—Escuche, al menos podría decirle que se ponga en contacto conmigo.

Le dejaré mi número.

—Lárguese —le gruñó, alejándose en dirección a una de las mesas, que

acababa de vaciarse.

—Tan sólo dígame...

—No me interesa quién es usted o qué quiere; si no desea que lo saque de

aquí a patadas, mejor desaparezca.

—Al menos podría decirme si arriba...

—La galería está cerrada —soltó subiéndolo el tono.

Se hizo un profundo silencio entre los parroquianos que ocupaban el salón.

Máximo comprendió que no bromeaba cuando se percató de que empuñaba un cuchillo que hasta entonces había acompañado la porción de

verduras a medio comer que un cliente había dejado.

—Bien, me voy. Tranquilo, ya me voy. —Alzó las manos y le enseñó sus

palmas vacías para demostrarle que no pretendía nada malo.

—¡Fuera!

—Sí. No tiene por qué ponerse así; si es su amigo, debería entender que

ésta es una oportunidad que no puede desperdiciar.

—Patricio ya tuvo su oportunidad y por eso terminó así.

—Así, ¿cómo?

El tipo lo miró, pero no respondió.

—Así, ¿cómo? ¿Qué le ha sucedido? ¿Dónde está? ¿Qué le ha pasado?

¿Por qué no quiere decirme dónde encontrarlo? Tal vez mi cliente esté

dispuesto a ayudarlo. Tiene mucho dinero y contactos. Quizá juntos podamos

resolver...

—¡Lárguese! —chilló  
amenazándolo con el cuchillo.

—Tranquilo. Ya estoy fuera.

Sin darle la espalda, Máximo salió del café.

Volviéndose para mirar atrás a cada

rato, Máximo llegó a su automóvil.

Tenía la respiración entrecortada y el pulso acelerado. Además, estaba furioso

consigo mismo por no haber conseguido nada. Lo único que había hecho José

para ayudarlo era demostrarle que, de veras, Patricio estaba metido en un buen

lío.

Antes de abrir la puerta, sacó el móvil y marcó el número de

Teodelina;

quería contarle lo que acababa de pasar.

—¡Ey, oiga! ¡Señor!

Máximo giró la cabeza y vio a la chica de la barra del café correr hacia

él.

—Simón, ¿no? —La chica se detuvo jadeando frente a él.

—Sí.

—Mi nombre es Marina; conozco a Patricio. ¿De verdad usted puede ayudarlo?

—Tal vez, Marina, al menos puedo intentarlo. ¿Tú sabes dónde está?, ¿dónde puedo dar con él?

—Es un artista genial, pero de un tiempo a esta parte ha tomado muy malas decisiones.

—¿Qué tipo de malas decisiones? Sí me lo cuentas, quizá pueda hacer

algo por él.

—Patricio es muy buena persona, muy ingenuo, por eso ha terminado

donde ha terminado.

—¿Dónde ha terminado?

—Enredado con gente que nunca le ha convenido, que de verdad jamás lo

ha querido, que están con él porque saben que un día se convertirá en un artista

famoso.

—Sí, no tengo dudas de que tiene talento; si está metido en problemas,

todo eso se irá al traste. Dime dónde está, le echaré una mano.

—Ella lo dejó tirado y él no quiere meter en problemas a sus amigos.

—¿Ella?

—Esa maldita mujer.

—¿Quién es? —Máximo sintió que se le ponía amarga la boca—.

Cuéntame todo lo que sepas.

—No puedo; si José me ve hablando con usted... —lanzó una mirada

hacia atrás, en dirección al local—, tan sólo búsquelo en esta dirección. —La

chica le pasó una servilleta doblada—. Oiga, tenga cuidado, la policía ya vino

a buscarlo. Le juro que puede confiar en él, Patricio no tuvo nada que ver,

jamás lastimaría a nadie. Es una de

las personas más buenas que  
conozco. Por

favor, ayúdelo si puede. —La joven  
apretó entre las manos el libro que  
había

estado leyendo antes.

—Haré lo que pueda. Lo prometo.

—Gracias. —Dicho esto, la joven  
dio media vuelta y salió corriendo  
en

dirección opuesta al café.

Máximo tampoco perdió el tiempo.

A toda prisa se ocultó dentro de su coche. Puso el motor en marcha, marcó el número de Teodelina y colocó la

función de manos libres; luego se lanzó al tráfico.

—Soy Máximo —soltó en cuanto ella respondió. Estaba tan

entusiasmado, tan excitado, que ni siquiera reparó en lo opaco de la voz de

Teodelina—. ¿Puedo pasar a por ti ahora? Me gustaría que me

acompañases a

un sitio.

—¿Qué?, ¿de qué hablas? ¿Iremos a ver a tu amigo el abogado?

—No, no es eso. Creo que sé dónde podemos encontrar a Patricio Conde;

es más, tengo la impresión de que él no es lo que creíamos. He hablado con

alguien que lo conoce; me ha dicho que Patricio no lastimaría a nadie jamás y

que él se había... —El semáforo se puso en rojo delante de él, frenó en seco.

Una mujer... Geraldine... su apartamento... la galería.

—¿Máximo? ¿Hola?

—Sí, perdón. ¿Puedes venir conmigo? Me gustaría que me esperases en

el vehículo; no es conveniente que él te vea llegar conmigo, porque

probablemente a ti te conozca y eso lo pondría en alerta. —«Y a mí

también»),

pensó sintiéndose un idiota. Una voz en su cabeza le decía que quizá entre

Patricio y Geraldine hubiese más que una relación de negocios, sin embargo

no podía acabar de creerlo—. Estaré ahí en diez minutos a más tardar.

—Puedo ir con mi coche.

—No es necesario. No tardo, te veo en diez minutos, ¿sí?

—Sí, bueno, está bien. —Ella también lo notó extraño.

Máximo cortó la comunicación y le echó una silenciosa mirada al

aparato. Sentía el impulso de llamar a Geraldine y pedirle explicaciones; pero

eso, en ese momento, lo arruinaría todo, tanto si sus sospechas eran reales

como si no.

Máximo la llamó para que bajase. Le extrañó que no tocase el timbre, que no

pidiese subir. Apenas si lo conocía; sin embargo, igualmente le pareció raro

tanto secretismo, tanto «paso a por ti», «tú bajas», «te llevo a un lugar sin

decirte adónde».

Máximo le había dicho que estaba estacionado justo frente a la puerta; la

manzana estaba llena de vehículos y ella no tenía ni la menor idea de cuál era

el suyo, no se lo había preguntado. Por un momento se quedó desconcertada,

hasta que vio su cabeza emerger por encima de un techo azul metalizado muy

oscuro; él le hizo señas con una mano.

Lo notó distinto, sin saber precisar en qué se diferenciaba del Máximo

que había visto por última vez. Él volvió a entrar en el automóvil antes de que

ella llegase a éste. Le abrió la puerta desde dentro.

—Bien, aquí estoy. ¿Me contarás de qué va todo esto? Te advierto de que

no pienso quedarme dentro del coche mientras lo enfrentas.

Máximo tendió una mano hacia ella.

—¿Me invitas? —Le señaló el cigarrillo.

Teodelina tardó un instante en reaccionar, finalmente le pasó el pitillo.

—¿Y a ti qué te pasa?

Se llevó el cigarrillo a los labios y aspiró varias veces sin responder.

—Nada.

—No me tomes por idiota. Si simplemente no deseas contármelo, dilo,

puedo resistir la verdad. La verdad es preferible a cualquier mentira.

—No era mi intención tomarte por idiota.

—Entonces dilo, escúpelo. —Le arrebató el cigarrillo de los dedos y se

lo llevó a los labios. Aspiró hondo —. Algo te sucede, eres demasiado transparente como para que no se te note.

Teodelina volvió a llevarse el pitillo a los labios mientras él la

observaba fijamente. A Máximo lo encandilaba aquella forma de mirar

que

ella tenía: firme, dura y tan clara. Grabó y almacenó en su cerebro cada uno de

los gestos de ella: su modo de sostener el cigarrillo, los movimientos de los

músculos de su rostro al fumar, la pasividad de su mano izquierda mientras el

resto de su cuerpo parecía en tensión, en alerta.

La deseó de verdad por primera

vez, como probablemente les hubiese

sucedido a muchos hombres después de tener el placer de admirar su persona.

Mentalmente y en pocos segundos, engañó a Geraldine, imaginando las formas

de su cuerpo debajo de aquellas ropas oscuras, casi sintiendo el calor de su

cuerpo en las yemas de sus dedos y el sabor de su boca dentro de la

suya. No

lo hizo por despecho, ni siquiera tenía pruebas de que Geraldine realmente le

hubiese sido infiel, sólo un presentimiento que tal vez no fuese más que un

invento y, por qué no reconocerlo, quizá muy dentro suyo, la creación de un

pretexto que le diese el motivo ideal para huir de la situación, para no asumir

la responsabilidad de tener que tomar una decisión sobre su relación con ella,

sobre el estancamiento que experimentaba, sobre sus propias inseguridades.

Volvió a la realidad y le pidió perdón, también mentalmente, a Geraldine,

por comportarse de forma tan cobarde con ella cuando en realidad le sobraban

agallas para otras cosas; por

ejemplo, para meterse en el lío en el que se había

zambullido a causa de la joven que ahora tenía al lado, fumando un cigarrillo,

porque, debía enfrentarlo: en verdad había caído en ese embrollo en mayor

medida porque, desde que la conoció, no pudo parar de pensar en ella. Sí,

también deseaba descubrir quién era el responsable de la muerte de

Andrea.

Cada noche, tan pronto como apoyaba la cabeza en la almohada, un imaginario

contador de certeza ascendía más y más en un porcentaje que ya superaba el

sesenta por ciento, confirmándole que, de no encontrarse ella de por medio,

probablemente lo hubiese dejado todo en manos de la policía, como entendía

que debía ser.

Sólo que... ella estaba allí, fumándose el cigarrillo que compartían, y no

podía evitar desear tenerla a su lado, al menos así en silencio, sin siquiera

tocarla. Allí, dentro de su automóvil, con ella, era un mundo aparte,

incomparable a cualquier otro.

—Ok, si no quieres, no tienes que contármelo. Probablemente no es

asunto mío y mejor así, tengo suficientes problemas.

Con sus palabras, Teodelina marcó otra vez distancias con él. Máximo

tuvo la sensación de que ella se alejaba al tiempo que el mundo, el universo en

el que solamente eran ellos dos, tomaba una forma oblonga que no dejaba de

estirarse y deformarse hacia una espiral descendente por la que él caía o,

mejor dicho, era succionado.

Lo repensó. Si de verdad no le interesase lo que le sucedía, jamás habría

preguntado nada.

Fuera como fuese, decidió dejarlo para otro momento. No quería quedar

como un tonto frente a ella, para lo cual tenía todos los números comprados,

tanto si de verdad Geraldine lo engañaba o había engañado como si

no; si

abría la boca para contarle aquello, no serviría más que para ponerse en ridículo.

Encendió el motor del coche.

—Conde se arrepentirá de haber nacido si de verdad es culpable de lo

sucedido en la galería. Juro que haré que se arrepienta.

—Quedamos en que tú me esperarías en el vehículo, por si

algo me

sucede.

—No pienso permitir que te enfrentes a un posible asesino solo; además,

me sobran las ganas de patearle el trasero.

—Nada de eso. Esto es serio; si de verdad el tipo tuvo algo que ver...

—Si de verdad tuvo algo que ver, la policía no podrá hacer mucho con él

después de que yo lo deje.

—Por favor, no he pasado a buscarte para que hagas algo alocado.

—¿Perdón? Esta... «misión» es algo intrínsecamente alocado. Por no

decir irresponsable y, quizá, suicida.

Sólo entonces Máximo cayó en la cuenta de que no había tomado muy en

serio lo que se disponía a hacer; si

el tipo era quien ellos creían que era,

probablemente no se tomaría muy bien su visita.

—Bien, entiendo tu punto de vista; llamaremos a la policía en cuanto lo

veamos, que ellos se encarguen de él.

—Nada de eso. —Teodelina levantó el culo del asiento y rebuscó algo en

el bolsillo trasero de sus

pantalones.

Ella lo trajo hacia su vista, dentro del puño cerrado. Apartó los dedos y

entonces le enseñó la navaja.

—¡Estás chiflada! No, no, no. No usarás eso.

—Es para defensa propia.

—Dame eso —soltó él, extendiendo la mano hacia ella. Pescó su puño,

pero no logró arrancarle de los

dedos el arma. El brusco movimiento hizo que

también tironease del volante. Por poco chocan con un vehículo que circulaba

por la derecha.

—Suéltame. ¿Quieres matarnos?!

—¡No soy yo quien hará que nos maten! Dámela; no puedes usar eso. Si

alguna cosa sucede, Resa... la detective te tiene entre ceja y ceja. Ella

encontrará el modo de culparte.

Sus palabras funcionaron,  
Teodelina dejó de forcejear.

—La llevaré yo, y te prometo que,  
si es necesario, la usaré.

—No tienes ni idea de cómo usarla,  
dudo de que en tu vida hayas  
luchado

contra nadie.

—Siempre hay una primera vez  
para todo —entonó deseando desde  
lo

más profundo de su alma no tener que llegar a eso.

Teodelina abrió el puño. Máximo cogió la navaja y se la metió en el

bolsillo del pantalón, mientras que con la otra mano mantenía la dirección del

coche.

—No tienes madera para eso.

—Pues tendremos que arreglarnos con lo que hay.

—Todavía no comprendo por qué

haces esto —dijo mientras él se

acomodaba sobre el asiento—. ¿Es una suerte de aventura para ti, una fuga?

Porque, de ser así, puedo conseguirte algo menos arriesgado y casi igual de intenso.

Máximo se tomó un momento antes de contestar.

—Es algo que tengo que hacer, que necesito hacer.

—¿Cómo planeas sacarle la verdad a ese tipo?

—No lo sé con seguridad; me las ingeniaré sobre la marcha, supongo.

—

Lo suyo sería más que improvisación, y eso era completamente irresponsable

por su parte; una locura, en pocas palabras. Aun así, no deseaba detenerse, ya

que, a pesar de todo, esto, ella... ella por encima de todo, hacía que

se sintiese

más vivo que nunca antes y, por ende, mucho más susceptible a la vida

también. «Incluso a la muerte», pensó un segundo después.

Teodelina le sonrió abiertamente.

Ahora le pareció mucho más joven que antes.

—Suenan bien para mí. Me gusta — añadió rebotante de energía—,

mucho. —Se palmeó sus delgados

muslos después de dejar colgando  
el

cigarrillo de sus labios—.  
¡Hagámoslo!

\* \* \*

Máximo detuvo su automóvil en  
medio de dos zonas de descarga.  
Por

delante, un gran camión blanco con  
cabina refrigerada, más que  
estacionado,

parecía abandonado; por detrás, un  
gran contenedor de basura, lleno

hasta los

topes y con la tapa abierta cayendo por detrás. Había bolsas de basura por

todas partes, cajones de madera, cajas de cartón...

La manzana, y también el barrio, no eran una zona pintoresca, sino todo lo

contrario; el lugar era un círculo fabril y de depósitos; por allí no había

amables vecinos, y mucho menos

bonitas hileras de casas, sino paredones

grises y un tráfico de grandes camiones con remolques. Sin transeúntes por las

aceras, el lugar parecía desierto.

«Tiene que ser por aquí, en alguna parte», pensó Máximo tras verificar la

dirección en el papel. Era imposible comprobar la numeración de las

propiedades.

—¿Seguro que es por aquí?

—Sí. Eso creo —añadió después de desabrocharse el cinturón de seguridad—. Bajaré para echar un vistazo.

—Quizá la chica te haya engañado. Por aquí sólo hay fábricas.

Máximo había sopesado esa posibilidad.

—Tal vez no, debemos cerciorarnos. Espérame aquí.

—De ninguna manera; voy contigo

y eso no es discutible.

Máximo sabía que, aunque lo discutiesen, jamás llegaría a un acuerdo con

ella. Además, por qué no admitirlo, se sentía más seguro, incluso más valiente,

con Teodelina a su lado.

Los dos abandonaron la seguridad del coche; al mismo tiempo probaron

el extraño aroma del aire, seguramente producto de alguna de

las fábricas

cercanas.

Teodelina encendió un cigarrillo y lo observó todo a su alrededor,

girando sobre sus pies. Su mirada, igual que la luz de un faro, recorrió los

trescientos sesenta grados del panorama.

—Creo que es por allí. —Le señaló hacia la izquierda, después de

comprobar que la numeración de la

calle ascendía en esa dirección; se encontraban en el tres mil siete y se dirigían al tres mil catorce.

Teodelina cruzó la calle sin mirar, pero en verdad no importaba, no había

un alma allí; lo único que se movía en los alrededores eran las hojas de los

pocos árboles que quedaban en pie, en una calle invadida por el cemento, y lo

único que se oía era un lejano

ronronear metálico y el viento arremolinándose

en los altos y vetustos edificios de sombrías fachadas.

—Me pregunto cómo vino a parar aquí ese tipo —soltó Máximo,

siguiéndola con una corta carrera.

Ella se volvió y le lanzó una mirada burlona.

—¿De verdad crees que puedes llegar a conocer a una persona por

completo? No te creía tan ingenuo,

M; al menos, no lo suficiente como para

pensar que, por lo poco que sabemos de ese tipo, pudieses esperar prever algo

sobre él.

—Es sólo que no me lo imaginaba en un lugar semejante. Es un artista

plástico. —Trepó al bordillo de la acera por detrás de los pasos de ella.

—Y con eso, ¿qué? No lo dice todo de él; recuerda el motivo de nuestra

presencia aquí. —Se detuvo y lo miró—. ¿De verdad siempre crees y esperas

lo mejor de todo el mundo?

Máximo no logró controlar el rubor que invadió su rostro. Sí,

probablemente fuese demasiado ingenuo, muy blando, poco agudo para

algunas cosas; sin duda carecía del coraje y la determinación de ella, de lo

que suponía que era su espíritu de

supervivencia. Pensó que probablemente,

de haber tenido la vida que ella tuvo, no habría sobrevivido, no al menos tan

entera como ella estaba hoy, a pesar de todo.

—No siempre todo es lo que aparenta ser.

—Lo sé.

—Muchos lobos se esconden detrás de la piel de un cordero.

—No hace falta que lo digas; no tengo la edad de mi hija, sé que existen

personas realmente malas.

—Bien por ti, tan sólo te falta recordarlo más a menudo.

—¿No te parece que el mundo ya es de por sí lo suficientemente sórdido como para pasar las veinticuatro horas del día sospechando de todo el mundo?

—La vida ha sido demasiado buena contigo; tienes suerte.

—No es así, Teodelina; simplemente digo que prefiero darle una

oportunidad a las personas.

—Insisto, eso es porque todavía te quedan ganas; a mí, las miserias de

los seres humanos ya no me sorprenden, estoy demasiado acostumbrada a

encontrarme con cosas muy oscuras detrás de los rostros más luminosos. Todo

el mundo tiene su veta retorcida y

sádica. Probablemente ese tal  
Conde la

ocultaba frente a los demás como  
suelen hacer muchos; por eso  
prefiero a las

personas que se muestran tal cual  
son, por eso yo me muestro como  
soy. Por

eso no me sorprende que ese tipo se  
haya escondido aquí... las opciones  
son

infinitas y muchas pueden ser muy  
malas. Si tuvo razones para

asesinar a

alguien, para sabotear mi exposición, realmente no es nada extraño que haya

venido a parar a un lugar como éste. Su vida real no debe de tener nada que

ver con aquella que dejó ver con su profesión, con la careta que llevaba puesta.

—En síntesis, no confías en nadie.

—No confiarse es una buena

defensa, un modo de no decepcionarse tanto.

—¿Qué pensarás de mí, entonces?

—Las personas como tú no pueden engañar a nadie. Si, hipotéticamente

hablando, tú matases a alguien por alguna extraña razón, por un suceso fuera

de órbita y sin precedentes en este mundo —entonó ella, remarcando que

aquello era simplemente imposible para un hombre como él—, te entregarías

solo a la policía porque eres demasiado correcto, demasiado transparente... tal

vez excesivamente bueno, cuando

no debieras serlo.

—No soy así, no soy un santo.

—No, seguro que no, nadie lo es; la diferencia reside en que,

simplemente, no podrías ocultarlo por mucho tiempo, perderías la lucha contra

tus remordimientos. Te ahogarías en deseos de redimirte.

—¿Cuándo has sacado todas esas conclusiones sobre mí?

Ella no contestó.

—¿Nunca te ha pasado por la cabeza la opción de que, quizá, te estés

equivocando conmigo? Puede que también yo, como los demás, solamente

muestre una careta, no mi rostro real.

Teodelina lo escudriñó por un momento, en el más completo silencio.

—¿Cuál fue la dirección que mencionaste? —soltó por

respuesta.

—Tres mil catorce. —No valía la pena continuar discutiendo con ella;

enfrentarla no tenía ningún sentido, porque estaba en lo cierto. A su

imposibilidad de engañarse a sí mismo, era a lo que más temía: simplemente

le resultaba imposible huir de su propio ser. Por eso, le asustaba sentir todo

aquello por la chica que lo acompañaba en ese instante. No

conseguiría

ocultarlo mucho tiempo más, así como tampoco lograría continuar

pretendiendo que entre Geraldine y él todavía hubiera algo por lo que

continuar luchando.

—Es allí. —Teodelina apuntó en dirección a un edificio pintado de

celeste, cuyo frente descascarado comenzaba a caerse a pedazos sobre la

acera. A todas luces el lugar sufría

las consecuencias de un prolongado período de abandono.

Ella se volvió a llevar el cigarrillo a los labios y le pidió la navaja.

—Como bien mencionaste, soy demasiado correcto, demasiado

responsable; de ningún modo te la entregaré. No lograría vivir con la culpa si

cometieses alguna locura —añadió en tono burlón.

Teodelina despegó los labios,

preparada para refutarlo, pero acabó

cerrando la boca otra vez. Le dio una última calada a su cigarrillo y lo arrojó

al suelo para apagarlo con la suela de su pesada bota.

—Bien, Sherlock, ¿cuál es el plan? ¿Llamarás a la puerta y le dirás que quieres mantener una amable conversación con él?

—De hecho, no; pensaba intentar colarme por alguna ventana.

—Uauu, tal vez sí me equivoqué contigo.

—Sí, quizá comenzarás a fiarte de la gente otra vez —soltó puramente para espolearla.

Ultra Negro le lanzó una fulminante mirada de odio y luego le dio la

espalda. Tomó distancia de la pared de la propiedad y se movió paralelamente

a ésta, examinándolo todo. Ella regresó a él después de un momento.

—Parece no haber cámaras de seguridad y creo que quizá podemos

trepar por esa ventana de allí; el enrejado está roto y muy oxidado en aquella

parte. ¿Lo ves?

Alzó la cabeza. Sí, lo veía; el amplio ventanal tenía los cristales rotos y

el enrejado, en parte, caído por uno de sus ángulos. Sí, si apartaban los

alambres podrían entrar; el

problema era que, si bien la ventana se encontraba

a la altura de la cabeza y le bastaba con trepar por las molduras que decoraban

la fachada a la altura de su rodilla, el lugar era en extremo visible para cualquiera que pasase por la calle.

—Medio mundo nos verá entrar.

Ella resopló.

—Vamos, no seas cobarde. Sígueme.

En tres largas zancadas de sus delgadas piernas enfundadas en un

descolorido pantalón negro, Teodelina llegó a la ventana, apartó el alambrado

rectangular que, igual que un retazo de tela, comenzaba a deshilacharse, y

apartó el ángulo tirando de la malla metálica hacia fuera al tiempo que

empujaba con una pierna contra la pared, para hacer palanca. Hizo el espacio

suficiente como para que pudiesen colarse hacia dentro del edificio sin dejar

jirones de sus ropas o piel colgando del enrejado.

No necesitó de su aprobación, mucho menos de su ayuda. Mientras

Máximo todavía no terminaba de asimilar la fuerza de esa chica de aspecto

anoréxico y carente de vida, ella trepó por la pared con la destreza de un

mono, o quizá, mejor dicho, de una araña, ya que se colgó de la pared

utilizando sus extremidades. En un parpadeo, ella tenía medio cuerpo dentro

del hueco de la ventana.

Teodelina se paró sobre la ventana y lo llamó.

—¿A qué esperas? Si vacilas tanto, acabarán pescándonos, o, peor aún,

lo pondrás en alerta si es que se encuentra aquí dentro.

Máximo inspiró hondo, puramente para infundirse valor. La tensión tenía

en alerta su organismo y una gran cantidad de adrenalina corría por sus venas;

aun así, dar aquel paso determinante no resultaba nada sencillo. Teodelina

tenía toda la razón del mundo, eso era peligroso.

Quizá no fuese lo más lógico y maduro, pero suprimió de su mente

cualquier preocupación de que algo realmente malo pudiese sucederle. Ni de

pequeño había tenido muchos sentimientos de invencibilidad e inmortalidad;

sin embargo, en ese instante, prefirió creer que simplemente saldrían de allí

airosos e indemnes.

Teodelina volvió a tomar el liderazgo de la situación al ser la primera en

saltar al interior del edificio, cayendo desde la ventana hacia un suelo cubierto

de mugre, cortando el aire denso de tanto polvo y un olor áspero que hacía

picar la garganta. Máximo entró tras ella y, juntos, se ocultaron detrás de lo

que parecía ser una antigua bobinadora de transformadores.

Lentamente y en silencio, Teodelina se asomó. La única iluminación allí

procedía de los ventanales, de los que estaban rotos, porque los cristales que

todavía continuaban en pie estaban tan sucios que no dejaban pasar ni el más

mínimo resplandor.

—Al fondo hay una escalera y, a la izquierda, una puerta. Aquí no hay señales de ningún ser vivo.

Máximo asintió con la cabeza.

—¿Primero la puerta?

«Sí, primero la puerta», contestó él simplemente asintiendo con la

cabeza; no quería que nadie le saltase por la retaguardia mientras subían hacia

la siguiente planta.

A gachas, los dos fueron esquivando y, al mismo tiempo, ocultándose

detrás de las piezas de oxidada maquinaria y viejos trastos en desuso. Se

movieron sigilosamente, ella más

que él, quien parecía nacida para moverse

por la vida, por el mundo de los hombres, con el privilegio de pasar por

completo inadvertida si así lo quería; debía de tener alma de fantasma, de

sombra entre sombras.

Llegaron a la puerta y se ocultaron junto a una caja fuerte del tamaño de

una nevera; la puerta de la misma

se encontraba abierta y, del interior, emanaba un profundo olor a humedad.

Teodelina se acercó a Máximo y, casi rozando la oreja de él con sus

labios, le susurró al oído que derribaría la puerta, que se mantuviese alerta.

Como integrante del sexo masculino, se sintió tocado en su hombría. No

es que tuviese alma de macho tira puertas, y mucho menos de

guerrero, sin

embargo, si alguien debía hacerse cargo de la situación, era él; después de

todo, era más grande, más fuerte, más...

Teodelina lo dejó solo con sus tontas cavilaciones. Pasó por delante de la

puerta y pegó la espalda contra la pared mientras se preparaba.

—Alto —le susurró en la voz más baja y audible que pudo emitir.

—¿Qué?

—Déjame a mí.

—¡No! Tú simplemente saca la navaja y prepárate para pelear.

—¿¿Qué?! ¡No, no! Teodelina, quizá mejor...

Ella no le permitió terminar: se paró frente a la pared e inspiró hondo

varias veces, soltando el aire igual que un toro furioso. Sus ojos refulgieron, y

dio un pequeño salto con el que impulsó una patada que tenía la fuerza

suficiente como para quebrarle a él todas y cada una de sus costillas.

La puerta se abrió con un gran estrépito.

A Máximo siquiera le dio tiempo a sacar la navaja del bolsillo trasero de

sus pantalones.

—La madre que lo parió —gruñó Teodelina sin moverse de delante

de la

puerta.

De un salto, Máximo llegó a ella.

—¡Carajo!

Su reacción fue instantánea. De un empujón, apartó a Teodelina. Motu

proprio, su mano derecha rebuscó dentro del bolsillo trasero de sus

pantalones. Con ella pisándole los talones, en una carrera igual de frenética,

saltó de un bulto de cajas a otro.

—Llama a emergencias —le ordenó mientras que, con un brazo, sujetaba

al joven por la cintura, usando su mano libre para cortar, al ras del tubo de

hierro que atravesaba el techo a media altura, la soga que lo mantenía

colgando de una horca perfectamente anudada.

Antes de terminar de marcar el

número, Teodelina ayudó a Máximo a

bajar al muchacho, quien todavía estaba caliente, mas, por lo que pudo

percibir, ya no respiraba.

Entre los dos lo bajaron al suelo.

Con sus delgados pero fuertes dedos, Teodelina liberó su cuello.

Sabiendo perfectamente lo que hacía, echó hacia atrás la cabeza del joven

hombre, para así liberar su garganta y, tapándole la nariz, lanzó la primera

bocanada de oxígeno dentro de su garganta, para después hacer presión sobre

su pecho.

Máximo sacó el móvil y llamó a una ambulancia.

Teodelina volvió a insuflar aire dentro de sus pulmones, e hizo presión

sobre sus costillas. Le pareció

percibir un ligero pitido. Acercó la oreja a sus

labios y lo oyó mejor, respiraba.

El hombre tosió; sus pupilas se movieron debajo de sus párpados y el

azul de sus labios dejó de avanzar sobre su rostro.

Apresuradamente, Máximo facilitó la dirección de donde se encontraban.

—¿Es él?

—No lo sé, no lo he visto jamás. Su rostro no me parece conocido;

imagino que no puede ser otro que Patricio Conde.

Teodelina se puso en pie y revisó el lugar con la mirada. Sobre una vieja

mesa de hierro había un saco de dormir enrollado, una mochila, una libreta y

trozos de carbonilla. También había una botella de whisky; eso no la

sorprendió; ya había sentido en la

boca de él el aroma ahumado de  
aquel

alcohol.

Se alejó del hombre que tosía y de  
Máximo, quien todavía se  
encontraba

en contacto con el personal de  
emergencias, para echar un vistazo  
a lo que

contenía la mochila.

—No habéis debido, no habéis  
debido... —gimió el joven una y  
otra vez.

—Tranquilo, silencio; la ambulancia viene en camino.

—No, no, no.

—¿Eres Patricio Conde, no es así?

—Sé quién eres, ¿cómo me has encontrado?

Su voz sonó apagada, áspera, probablemente a causa de la presión de la

cuerda sobre su garganta y cuerdas vocales.

—¿Sabes quién soy? —preguntó

sintiéndose como un gran idiota  
otra

vez. A su cabeza vino de nuevo  
aquella turbulenta idea de que, tal  
vez, algo

más que una estricta relación  
comercial uniese a aquel artista con  
Geraldine.

—No lo hice, no fui yo.

—Entonces, ¿por qué huiste?,  
¿porque has intentado acabar con tu  
vida?

Conde derramó un par de lágrimas

y ya no dijo nada más.

Teodelina regresó. Lo primero que Máximo vio de ella fueron sus botas

de combate negras.

—Es hora de que nos larguemos de aquí.

—¿Qué?!

—La ambulancia viene en camino y él, en ese estado, no irá a ninguna parte. Larguémonos ya.

—No podemos dejarlo.

—No planeo estar aquí cuando llegue la policía.

—Pero tenemos que averiguar la verdad.

—La policía se ocupará de sacarle la verdad.

—Me pareció entender que no creías que la policía fuese capaz de eso.

—Perfecto. Si tú quieres quedarte, por mí no hay problema. Nos vemos

en otro momento. Suerte. —Dio media vuelta y se alejó un primer paso.

Máximo se puso de pie de un salto.

—Oye, espera.

—Si nos encuentran aquí, harán preguntas que no podremos responder, y

no quiero más problemas de los que ya tengo.

—Dice que no lo hizo, que no fue él.

Teodelina se detuvo y espió a Conde por encima de su hombro izquierdo.

—Sí, ya lo he oído.

Fue entonces cuando Máximo la notó más extraña de lo normal; parecía

inquieta, ansiosa y lo peor del caso, lo que más mala espina le dio, fue que

evitaba mirarlo a los ojos.

—¿Qué sucede?

Así de la nada y con un movimiento bastante brusco, Teodelina lo cogió por el cuello de la chaqueta y tironeó de él.

—¿Qué crees que haces?

—Créeme, esto es por tu bien; tenemos que salir de aquí ahora mismo,

los dos. No bromeo, Máximo. Tenemos que largarnos ya.

Vaciló un momento, si bien tuvo claro que aquella petición de ella, que le

había sonado casi desesperada, no era normal. Como un ruego, eso le pareció,

y eso que no lograba imaginársela a ella rogándole a nadie nada, nunca...

jamás.

—Supongo que no iré a ninguna parte. Bien, vamos, larguémonos de aquí.

—A decir verdad tampoco tenía ganas de encontrarse cara a cara con los

servicios de Urgencias, y mucho menos con la policía; no tenía ganas de

explicarle a nadie por qué había jugado a los detectives con una situación tan

seria. Menos responder a acusaciones de invasión de la propiedad privada y

el hecho de portar arma blanca, entre otras cosas.

Para su sorpresa —por poco le da un ataque o algo así—, Teodelina,

usando la misma mano con la que lo había aferrado de la chaqueta, lo agarró

por la muñeca y echó a correr.

No tuvo más remedio que seguirle el paso.

Con mucha menos elegancia y cuidado que en el camino de ida,

regresaron a la ventana, pasaron entre el enrejado suelto y el marco de hierro y

atravesaron la calle corriendo hasta el automóvil.

Máximo rodeó el vehículo y abrió la puerta. Creyó que Teodelina lo

seguía, pero se equivocó. Vio a Teodelina regresar hasta el edificio para

detenerse frente a la puerta cerrada.

«Qué mierda hace», pensó.

El corazón le subió hasta la garganta cuando la vio agacharse, recoger el

extremo de sus pantalones y sacar un arma de su bota. ¡Un arma!

Sujetando aquel instrumento con la pericia de alguien con sobrada

experiencia, Teodelina disparó, no una, sino dos veces a la puerta.

Con el primero, la cerradura voló por los aires con un estruendo que, sin

duda, debió llamar la atención de todo ser vivo a dos manzanas a la redonda.

El segundo no fue más discreto. Teodelina, sujetando entonces el arma con una

sola mano, lanzó otra de sus patadas, abriendo así la puerta de par en par.

No se tomó ni una milésima de segundo para contemplar su obra.

Corriendo como una gacela, regresó al coche.

—¡Arranca ya! —le gritó al cerrar la puerta de un portazo—. Ahora sí

que no nos queda ninguna duda de que la policía lo encontrará.

Máximo no tuvo nada que responder a eso, giró la llave en el

contacto y

pisó el acelerador.

En su vida había conducido tan rápido como atravesando media ciudad

de regreso al apartamento de Teodelina.

El silencio tomó posesión del espacio entre ellos hasta que el motor se

apagó.

\* \* \*

—Ven, sube. Necesitas beber algo fuerte, estás pálido.

Sin apartar las manos del volante, Máximo giró la cabeza y la miró.

—¿Qué pensabas hacer con el arma?

—Lo que fuese necesario, y eso incluye cuidar de ti.

—Tendrías que haberme contado que la llevabas. ¿La tienes registrada?,

¿posees el permiso de armas, para disparar?

Teodelina soltó una carcajada seca.

—¿A ti qué te parece?

—¿Por qué tienes un arma...?

¿Quién te enseñó a disparar?

—Tengo un arma porque no tengo ganas de morir, y la vida me enseñó a

disparar.

—No te pedí una respuesta poética, quiero la verdad —soltó enojado.  
No

estaba para bromas, mucho menos

para las de ella.

—No tengo por qué darte explicaciones; no eres quién para reclamarlas,

no eres nadie.

—Tienes razón, no soy quién, no soy nadie, solamente el estúpido que

quiere ayudarte.

—No te pedí ayuda.

—No, por supuesto, y tampoco la necesitas, ¿no es así? Seguro que no

necesitas a nadie, que puedes valerte muy bien por ti misma.

—¿Cuándo te has convertido en un imbécil, o es que ya lo eras y no me había percatado de ello?

—Adelante, ¡agrédeme! Eso te hace sentir superior, ¿no? —Máximo

sabía que se estaba desquitando con ella, cuando, en realidad, la joven no

tenía nada que ver con lo que pasaba en ese momento por su cabeza; sus

miedos y su cabreo involucraban a otra mujer. De todas maneras, le enfurecía

que ella hubiese llevado un arma cargada sin decirle ni una palabra al

respecto.

—No te hagas el sobrado conmigo, no tienes ni la menor idea de quién soy.

—Tienes toda la razón del mundo, no tengo ni la menor idea de quién

eres.

Teodelina soltó un gruñido de furia y se bajó del coche.

Al cerrar la puerta tras su espalda, por poco hace añicos el cristal de la

misma.

\* \* \*

Teodelina cerró la puerta y pegó la espalda contra ésta.

Su apartamento se encontraba en silencio, y una suave brisa corría

entre

sus pinturas y esculturas.

Suspiró.

Intentaba calmarse y eso todavía no daba resultado alguno, aún sentía el latido de su corazón en los oídos.

Con manos temblorosas, bajó el cierre de su chaqueta de cuero y, a tirones, sacó la pequeña libreta negra, la cual había enganchado en la cintura

de sus pantalones.

—Mierda, ¿qué voy a hacer contigo ahora? —le dijo al cuaderno en

cuyas páginas había leído una verdad que no sabía si revelar o no y, mucho

menos, cómo hacerlo para no causar daños severos.

Se arrancó la chaqueta y caminó hacia la mesa; la arrojó junto con el

cuaderno sobre ésta. También liberó el arma de la caña de sus botas; se

deshizo de su móvil, en el que no tenía ni llamadas ni mensajes, y buscó sus

cigarrillos. Encendió uno y fue hasta la nevera. Necesitaba un trago.

## 17

—¿Dónde te has metido todas estas horas?

Máximo dio un respingo. No contaba con encontrarse a su hermano allí;

de hecho, esperaba no tener que

verlo en lo que restaba del día.

Cerró la puerta y arrojó las llaves y el móvil sobre la mesita de la entrada.

—Pareces agitado. No creo que hayas salido a correr con esta ropa, ¿o

sí?

Evitando la mirada de Stefan, mientras se quitaba la chaqueta, caminó en

dirección a la cocina; necesitaba un

buen vaso de agua.

No le hizo falta mirar atrás para saber que él lo seguía; éste apagó el televisor y se levantó del sofá.

Fue directo hacia la nevera y sacó la jarra de agua; iba a cerrar la puerta

de la misma cuando su hermano apareció por detrás, para coger la botella de

vino blanco.

—Acompáñame con una copa,

¿quieres?

Stefan sacó dos copas de cristal.

—No, gracias; tengo que trabajar.

—Sacó un vaso y se sirvió agua.

—Una copa de vino no te hará ningún daño.

—Ya te he dicho que no quiero beber.

Máximo alzó tanto la voz que su hermano se quedó observándolo,

impávido.

—¿Y a ti qué te sucede?, ¿has tenido un mal día?

—No me pasa nada, Stefan.

—¿Tienes algún problema?

Máximo no le contestó; se sirvió agua y comenzó a beberla.

—¿Es el negocio?, ¿los clientes se quejan de que la comida no es buena?

Las ganas de romperle la nariz de un puñetazo se quedaron circulando por su brazo de ida y vuelta hacia

su cerebro durante un par de segundos más,

tras rellenar el vaso por segunda vez.

—Es mi sobrinita, ¿te ha dado algún disgusto?

Máximo estaba en un tris de echarlo de su apartamento.

—¿Tu ex, entonces? Esa mujer no te dejará vivir en paz jamás. Y eso que

ahora tiene un nuevo marido. ¿No le basta con torturarlo a él?

—Stefan, bebe tu vino y para, ¿quieres?

Por desgracia, Stefan lo siguió con su copa y con la botella de vino.

—¿Es un problema de señoritas, de faldas? ¿En qué te has metido,

hermanito? —Stefan se estiró sobre la mesa y le palmeó un hombro—. ¡Bien

por ti! Ya comenzaba a creer que estabas medio muerto.

—¿Qué ridiculeces dices?

—¿Quién es?, ¿la conozco?

—Stefan, déjate de tonterías de una vez.

Stefan sonrió y volvió a inclinarse sobre su hermano; en esta ocasión, en

lugar de palmearle el hombro, lo olfateó igual que un sabueso.

—Mi hermano es un jodido mentiroso. ¡Uno muy malo!

—No sé de qué hablas.

—Hueles a tabaco, mi amigo, a

tabaco y a un perfume que no es el tuyo.

¿Perfume? Teodelina sí olía de un modo particular, pero dudaba de que

ella usase perfume; ese olor, simplemente, era el aroma de su piel, su sudor, su

aliento.

Stefan cogió su copa y la alzó.

—Tengo muy buen olfato. No tiene por qué haber secretos entre nosotros.

Dime, ¿qué has estado haciendo?

El teléfono comenzó a sonar.

Máximo suspiró aliviado, al tiempo que se levantaba a atender.

—Máximo, soy yo, María Eugenia. ¿Estás viendo la televisión?, ¿ya lo has visto?

—Ver, ¿qué?

—Parece que aún no te has enterado. Enciende la tele y pon cualquier

canal de noticias.

Máximo buscó el control remoto del televisor de la cocina, en el cual

solía ver las noticias por la mañana... eso cuando su hija no pasaba la noche

allí y, en vez de noticias, veían los dibujos animados. Como esa mañana había

desayunado solo, el canal de noticias aún estaba sintonizado.

Se le aflojaron las piernas cuando

reconoció la fachada de la fábrica en

la que, junto a Teodelina, se habían metido para buscar a Conde.

—¿Qué?, ¿qué pasa? —curioseó Stefan.

—La detective a cargo de la investigación informó de que el sospechoso

fue trasladado a un hospital de la zona; está estable y fuera de peligro. Quien

dio el aviso de emergencia no se

identificó. Se cree que la llamada se efectuó

desde un teléfono móvil, pero el número no ha sido identificado. Y, pese a que

la puerta del lugar fue abierta con disparos, los investigadores no tienen dudas

de que fue un intento de suicidio, uno que probablemente, quien o quienes

entraron en la propiedad, lograron frustrar. Fuentes cercanas informan

de que

el artista plástico Patricio Conde es uno de los sospechosos del asesinato de

Andrea Fuentes, la recepcionista de la galería Arte Bi, y del posterior acto de

vandalismo contra dicho establecimiento, en el que en este momento se

exponen obras de la reconocida artista Ultra Negro —completó la periodista

ya desde los estudios.

—Máximo... ¿Máximo?

—Sí, sí, aquí estoy.

—¿Geraldine lo sabe? Tienes que contárselo.

—Tengo que colgar. Hablaremos luego.

María Eugenia todavía no había acabado de despedirse cuando su

hermano cortó la comunicación.

A toda velocidad, marcó el número

de la galería. Sofía contestó; ella aún

no sabía nada y tampoco tenía idea de dónde se encontraba Geraldine.

Máximo la llamó tanto a su apartamento como a su móvil, sin obtener

respuesta.

—Tengo que salir, nos vemos luego.

—Pero... ¿adónde vas? Ese tipo del que hablan, ¿es quién mató a la chica

de la galería de Geraldine? No entiendo nada. ¡Máximo! ¡¿Máximo, adónde

vas, vuelve aquí?! ¡Máximo!

\* \* \*

—¿Tan pronto te has olvidado de mí?

Teodelina vio a Stefan sonreírle a la cámara de seguridad de la entrada y,

por ende, a ella. No estaba del todo segura de querer contar con su compañía

en ese momento; lo que sí sabía que no quería era a él hablándole, diciéndole

que sentía cosas por ella.

Soltó un suspiro al apartar el rostro del micrófono del videoportero.

—¿Subes? —le propuso al decidir que necesitaba algo con lo que

entretenerse para no pensar, para no continuar enroscándose en la frustración

con la cual se había quedado como compañía, cuando Máximo se alejó

con su

automóvil, doblando en la esquina,  
y mucho menos con la  
incertidumbre que le

provocaba el diario íntimo de  
Patricio Conde. Leyó lo suficiente  
de este

último como para desear poder  
meter la cabeza en un balde de agua  
fría y

poder abandonar allí sus  
preocupaciones, su cabreo.

La excursión de la tarde no hizo

más que empeorar su día. En aquel

diario Conde no ponía ni una palabra sobre Andrea, pero sí su odio hacia ella.

No decía ni una palabra sobre el acto de vandalismo contra la galería; sin

embargo, leer unas pocas páginas le dejó la certeza de que, si Conde no lo

había hecho, ganas no le faltaban.

Fuera como fuese, tenía demasiadas cosas dentro, cosas que quería

comentar con Máximo; pasó la última hora y media pensando en un modo de

volver a acercarse a él, de plantear el asunto. Nada, no tenía ni la menor idea

de cómo hacer para bajarse de su orgullo, de su distante y fría forma de ser,

sin sentirse débil y desarmada, y, lo peor, sin lastimarlo.

Apartar todo aquello de su mente, aunque fuese por un par de horas,

sonaba bien. Era una fuga con todas las de la ley; es que, en este momento, ella

simplemente no podía hacer nada más.

—Encantado.

Teodelina no perdió el tiempo: lo arrastró directamente a la cama y, allí,

se liberó, al menos por un rato, de sus pesares.

\* \* \*

—¡Detective Resa!

Máximo suponía que la encontraría allí. Cuando la llamó para decirle que

acababa de oír las noticias, ella le explicó que estaba en el hospital en el que

había sido internado Conde y que aún no tenía novedades sobre el caso.

En esa corta charla telefónica, Máximo supo que Resa tampoco había

logrado comunicarse con Geraldine. Él le explicó que no tenía ni idea de si

ella estaba al tanto de lo sucedido.

—Verti, no creí que fuese a venir hasta aquí. —La detective se alejó del

mostrador principal del tercer piso del hospital—. De hecho, no ha debido

venir.

—Necesitaba saber si ha averiguado algo.

La mujer se detuvo frente a él.

—Entiendo que desee que el caso se esclarezca pronto. Hallar al

culpable de la muerte de la señorita Fuentes también es mi prioridad; sin

embargo, por experiencia sé que ponerse ansioso no sirve de nada. Tiene que

permitirnos hacer nuestro trabajo.

—¿Lo han interrogado ya?

—No, todavía no. Los médicos aún

continúan atendiéndolo. Según me

dicen, si bien su salud no corre peligro, se encuentra muy alterado y no creen

que resista bien la presión.

—¿Ha hablado algo? ¿Saben qué ha sucedido? He oído que intentó suicidarse.

—Sí, así fue.

—¿Por qué?, ¿es culpable?

—Apenas he tenido la oportunidad

de verlo unos pocos segundos; no

para de decir que es inocente. Los médicos han tenido que sedarlo, porque no

paraba de repetirlo a gritos.

—Y usted, ¿le cree?

Resa ladeó la cabeza e hizo una mueca.

—Tengo sobrada experiencia con asesinos, señor Verti.

—Máximo, por favor, llámeme Máximo.

El rostro de la detective perdió un poco de su aire marcial.

—Hablando de tú a tú, confiando en su buen juicio... por un momento

sospeché de él... ahora no creo que tenga lo que se debe tener para hacer lo

que le hicieron a la señorita Fuentes.

—¿Perdón?, no le entiendo. ¿De qué habla?

Resa inspiró profundamente.

—Uno aprende a ver el odio en las heridas. No todos los asesinatos

provienen de los mismos sentimientos y situaciones, no todos los asesinos son

iguales, ni matan por lo mismo. El tipo de heridas, el lugar en el que son

infligidas, lo que resta en la escena del crimen... todos esos detalles nos

entregan ciertas pautas, forman un patrón... Había odio en las heridas

de esa

chica. Furia contenida.

A Máximo se le revolvió el estómago.

—¿Furia?

—Todavía no hemos determinado qué nivel de relación había entre

Conde y Fuentes, pero a mí, en este momento, no me parece que hubiese nada

de lo que, según entiendo, debería haber para que se diese un

desenlace

semejante al que se dio.

—¿Insinúa que fue un crimen pasional?

—No exactamente... Tal vez no. Es complicado. Lo lamento, no puedo

contarle nada más. Le prometo que, en cuanto sepa algo, se lo comunicaré a

usted y a su prometida.

Máximo se pasó las manos por el cabello, sintiéndose agotado.

—No se preocupe, tendremos novedades pronto. En cuanto el juez firme

la orden, allanaremos el apartamento de Conde en busca de más pistas.

—Pero usted acaba de decir que no cree...

—No me fío de nadie, ni doy nada por sentado.

—Sí, claro, entiendo. —Se movió sobre su sitio, incómodo por el

silencio que acababa de formarse

entre ambos. Alzó su móvil y le lanzó una

mirada. Todavía no había ni mensajes ni llamadas de Geraldine; tal parecía

que se la hubiese tragado la tierra.

—Al final logré comunicarme con su prometida, viene hacia aquí. ¿Se comunicó usted con ella?

Máximo bajó su teléfono, procurando disimular su incomodidad. No le

preguntó en qué número la había encontrado, si en el de su casa, en el móvil o

en la galería, pero, fuera como fuese, él ya había llamado y dejado mensaje en

todos ellos y, si Resa logró hablar con ella, probablemente también le

hubiesen llegado sus mensajes. No le había contestado porque no tenía tiempo,

o porque no quería.

—No todavía.

Resa asimiló su respuesta con un asentimiento de cabeza.

—Bien, confío en que pronto todo quede muy claro.

Máximo no supo qué añadir a eso.

—Detective Resa.

Máximo espió por encima del hombro de la detective. Un hombre muy

alto, con gafas, enfundado en típicas ropas de doctor, con bata blanca incluida,

la llamó desde la recepción.

—Discúlpeme. Tengo que atender esto. Cuando llegue su prometida, si la

ve...

Máximo sintió como si le clavase una espada en las tripas con aquella frase.

—... pídale que me espere; en seguida regreso.

\* \* \*

—Estamos bien otra vez, ¿no?

Teodelina tenía la vista clavada en el cielorraso blanco cuando Stefan le

habló. Soltó una bocanada de humo y apartó de su cara la mano con la que

sostenía el cigarrillo. La estela blanca que dejó el mismo al ser movido se

entremezcló con el humo que emergió de sus labios.

—Somos muy similares, nosotros

dos —continuó diciendo—. No  
estar

juntos prácticamente sería un  
crimen. Cuando dos fuerzas así de  
semejantes se

encuentran, tienen todo que ganar.  
Me siento poderoso cuando estoy  
contigo, e

intuyo que te sucede lo mismo  
cuando estás conmigo. Lo nuestro,

definitivamente, no es algo común.

—¿Adónde quieres llegar?

Stefan giró la cabeza, ella notó su movimiento. Nada en esa situación le

agradaba; le repelía cuando él se ponía a recitar ese tipo de discursos. Aun

así, giró también la cabeza y lo miró.

—Quiero que seamos solamente nosotros dos. No pido ninguna

formalidad, no soy mi hermano, no sé si nací para el matrimonio, lo que sí

creo... estoy convencido de que nací para estar junto a una mujer de tu calibre.

Me ha costado mucho encontrarte y no quiero perderte. Entiendo que

probablemente en este momento desees echarme de tu cama, seguro que te

gustaría cerrarme la boca de un golpe, pero... —se incorporó recostándose

sobre su hombro izquierdo— puedo ser todo lo que necesites que sea y

más.

No me van los melodramas; sin embargo, lo nuestro es serio, es fuerte, y nada

tiene que ver con lo empalagoso. Nos veo a los dos como supervivientes,

como soldados... duros guerreros. Pasaste por tus cosas, lo intuyo, yo también

por las mías, y aun así los dos estamos aquí, enteros, o más que eso. Somos

distintos al resto de las personas. Nadie más que nosotros lograría comprender

eso. Los demás no pueden ver lo que nosotros vemos, lo que veo en ti, lo que

seguro ves en mí. Sé que nadie más te entiende como yo; alguien como mi

hermano jamás podría verte tal cual eres.

—¿Por qué dices eso?

Le cayó mal que él creyese que ella

no podía estar junto a alguien como

Máximo, que jamás encajaría con una persona que llevase una vida tranquila y

normal, completamente mundana, sin malos recuerdos, sin antecedentes

policiales, de esas personas que tienen el tipo de vida común que ella tanto

deseó tener de pequeña.

—Porque eres de un mundo completamente distinto, eres

especial.

Diferente.

—Diferente, ¿cómo? —Por un momento sintió que la trataba como si

fuese un espécimen de feria y eso la hizo empequeñecer; se sintió como alguna

vez se sintiera antes y eso no le gustó. Encontrarse con viejas debilidades le

provocó retortijones de estómago. Cada fibra de su anatomía vibró

hasta casi

llevar su cuerpo a un estado de completo descontrol.

Muchos antes la trataron de loca, de criminal, incluso de deficiente.

Como él la miraba ahora, la reducía a eso otra vez.

Stefan se inclinó sobre ella para quitarle un mechón de cabello de la frente; continuaba rígida, paralizada por los temblores internos que ahora

atacaban su cerebro, nublándole el pensamiento, acortando su capacidad de

reacción.

—Diferente en todo, de todas las maneras posibles. Eres especial, por

eso no encajas aquí.

Los brazos se le aflojaron de miedo; Stefan decía justo aquellas palabras

que ella no deseaba escuchar.

Éste le sonrió.

—Tampoco encajo aquí. Pero tú...

—su sonrisa se amplió—, me haces

sentir menos solo.

Con aquellas palabras, la situación se dio la vuelta; él ya no ostentaba el

poder de ambos, sino que remarcaba que la necesitaba y eso era apuntar hacia

una debilidad que los dejó otra vez codo a codo. Los temblores cedieron poco

a poco.

—Sé que no te sientes cómoda con esa clase de cosas, pero, si me

abrazaras, me sentiría aún mejor, menos solo, menos loco, mucho menos

incomprensido.

Stefan se movió para poner su rostro en la mano en la que ella sostenía su

cigarrillo, y luego, bajando lentamente, apoyó su cabeza sobre el pecho de

ella, al tiempo que la cogía por la cintura.

Sin comprender muy bien por qué, Teodelina acompañó su movimiento,

permitiéndole acurrucarse sobre ella. Su peso, encima de su cuerpo, le sentaba

bien. Le hubiese gustado que alguien le permitiese acurrucarse así en sus

momentos de soledad y desesperación.

Stefan se apretó todavía más contra ella, y así se quedó.

Pocos minutos después, por lo pacífica de su respiración, Teodelina

comprendió que éste dormía plácidamente.

Esperó otro par de minutos más y luego salió de debajo de él,

abandonando la cama para ocuparse de los pensamientos que volvían para

preocuparla.

Máximo se incorporó al verla  
atravesar la puerta principal de  
aquel

deprimente hospital, para entrar en  
la igualmente deprimente sala de  
espera,

de incómodas silla de plástico, que  
olía a desinfectante y a dolor.

Ella no dio con él de buenas a  
primeras, probablemente porque no

esperaba encontrarlo allí. Su mente  
no estaba con él, Máximo no

esperaba eso.

La notó preocupada mientras se movía medio sin sentido, sin saber adónde ir.

Geraldine detecto el mostrador de informes y allí se dirigió; Máximo fue

tras ella, esquivando las sillas ocupadas por los pacientes que esperaban ser

atendidos.

La llamó. Ella no lo oyó hasta la tercera vez que entonó su nombre.

Geraldine le dedicó una mirada incrédula.

—No esperaba verte aquí —fue lo primero que soltó—. ¿Qué haces en el

hospital?

—Supe de Conde por las noticias —mintió—. Te llamé para avisarte.

¿Has oído mis mensajes? No me has respondido.

—¿Tus mensajes?

Geraldine apartó la mirada.

—Resa me llamó hace un rato; estaba ocupada, lo siento, no oí tus

mensajes. ¿Has visto a la detective? Me dijo que la buscase al llegar, que me

esperaría en no sé qué piso... se me escapó eso último. Fue una sorpresa que

llamase; todavía no puedo creer lo que ha sucedido. ¿Sabes algo de él?, ¿ha

sobrevivido?, ¿está consciente?, ¿ha dicho algo?

—Lo tienen ingresado en el tercer piso. Me parece que todavía lo están

tratando; según creo, Resa aún no ha tenido tiempo de hablar con él.

—Todavía no me lo puedo creer. Resa me contó que lo encontraron por

medio de una llamada anónima que fue efectuada al teléfono de emergencias.

Máximo asintió con un movimiento de cabeza.

—Es una locura.

—Supongo que, de los tres, me refiero a Resa, a ti y a mí, eres tú la que

mejor lo conoce. ¿Por qué huiría?, ¿por qué intentar suicidarse? Si no es

culpable, ¿por qué simplemente no se entregó e intentó aclararlo todo? No

tienen nada en su contra, únicamente sospechas como las pueden tener sobre

cualquier otro, ya que no hay ni una sola huella, ni un rastro de ADN, nada...

no tienen nada y, aun así, él huyó.

—Patricio no lo hizo, ya te lo dije; no sería capaz.

—Si es así, entonces ha sido una tontería comportarse como un forajido,

rematándolo todo con un intento de suicidio.

Geraldine le puso una mano sobre el hombro.

—Vete a casa. Buscaré a la detective y se lo aclararé todo. Espérame

allí, nos veremos en un rato, ¿sí? Bueno, en realidad ya es hora de que vayas

al restaurante. Iré allí cuando salga, creo que me vendrá bien una rica cena.

—No tengo prisa; ya he llamado para avisar de que iría más tarde. Los

chicos pueden arreglárselas

perfectamente bien solos por una noche.

—No hace falta.

—Quiero hacerlo, necesito hacerlo; yo, tanto como tú, preciso saber qué fue lo que le sucedió a Andrea.

—Conde no la mató, Máximo. Esa suposición es de lo más ridícula. No

deberías darle cabida a los desvaríos de Resa.

—A ti no te costó mucho dar cabida

a las sospechas que ella tenía o,  
según creo, todavía tiene sobre  
Teodelina.

—¿Teodelina? ¿Te refieres a Ultra  
Negro? ¿Desde cuándo tienes tanta  
familiaridad con ella?

—Es su nombre, ¿no?

Se hicieron frente con las miradas,  
en profundo silencio, como si  
intentasen leerse el pensamiento.

—Te comportas de un modo

extraño. Me hablas en un tono que no es el

de siempre. ¿Qué te sucede?, jamás te permites faltar al restaurante...

—Es un asunto importante; todos deseamos saber quién fue el asesino de

Andrea.

—Andrea era mi asistente, Máximo.

—¿Eso qué significa?

—Que no entiendo por qué insistes

en involucrarte tanto.

—La conocía —soltó sorprendido no solamente por la frialdad de sus palabras, sino también por la de sus gestos y mirada.

—Tal parece que es algo personal para ti.

—¿Hablas en serio? ¿Debería serme indiferente si encuentran o no a su

asesino?

—No he dicho eso.

—¿Qué es lo que te molesta, entonces?

—No es lugar para discutirlo, Máximo. Vete a trabajar, nos veremos más tarde.

—No pienso ir a ninguna parte. —  
Alzó tanto la voz, que un par de personas que esperaban para ser atendidos se dieron la vuelta para mirarlo.

—¿Cuál es tu problema?

Máximo apretó los dientes; sabía que aquél no era el sitio ideal para discutirlo, ni tampoco tenía demasiada idea de cómo plantearlo.

—Mi problema es que necesito la verdad, eso es todo. Necesito saber por qué razón una persona inocente de los cargos que se le sospechan huye

para luego intentar acabar con su vida. Vamos, subiré contigo.

\* \* \*

Teodelina cogió el diario de Patricio Conde, sacó el teléfono inalámbrico

de su base y salió al balcón; cerró la puerta a sus espaldas, para así tener más

privacidad. Antes de marcar el número, encendió un cigarrillo. Dejó el

encendedor sobre la maceta de tierra árida que un día contuviera una

exuberante planta, regalo de Simón,

la cual había sucumbido a su incapacidad

para la jardinería, poco tiempo después de que la instalase allí, aclarándole a

su amigo ya desde el principio que no duraría mucho.

Le dio una calada al pitillo y marcó el número de Simón.

Sonó tres veces antes de que éste contestase.

—Soy yo, ¿interrumpo?

—Hola, Cuervito, ¡qué bien escuchar tu voz! No, no interrumpes nada;

acabo de entrar en casa, hoy he tenido un día fatal en el trabajo. ¿Qué tal tú?

—También he tenido un día movido, es una larga historia.

—Soy todo oídos. ¿Quieres que lo hablemos por teléfono o nos vemos?

Podrías venir, puedo pedir comida, beberemos algo.

—Tengo compañía.

—¿De qué clase? ¿Por fin te has decidido y has vuelto a llamar a Elena?

Esa chica está loca por ti.

—No, no es ella. Es Stefan.

—¿Lo que tienes para contarme lo involucra a él? Entiende que aquí, tu

buen amigo, está sin pareja, no quieras darme envidia.

—No, no quiero hablarte de él; de

hecho, prefiero no pensar en él en este

momento.

—¿Eso por qué?

—Es complicado.

—Esperaré a que asimiles lo que tengas que asimilar. Entonces —  
suspiró

—, ¿de qué quieres que hablemos?

Teodelina se aclaró la garganta; el cigarrillo se consumía entre sus dedos.

—De su hermano.

—¿Del prometido de la dueña de la galería, de ese hombre tan buen mozo

que nos invitó a la cena en su restaurante? No me jodas, ¿te acostaste con él o

le caíste a golpes? Contigo todo es así, o amor u odio.

—Simón, no digas tonterías, no es nada de eso. Lo que sucede es una jodida mierda.

—El tipo te gusta de verdad.

—No tiene nada que ver con eso.

—Pero te gusta, o al menos te interesa de algún modo; de otra forma, no

sería un tema de conversación.

—Sí, me cae bien. Por ahora no la ha cagado, creo que es un buen tipo.

Por eso mismo te llamo: lo que sucede es que creo que tengo en mis manos la

prueba de que lo están jodiendo, y

bien, y eso me enfurece. No sé qué hacer.

—Explícate mejor.

Teodelina empezó por explicarle quién era Patricio Conde y las

circunstancias que lo unían a ella; hasta ahora no había tenido tiempo de

contarle nada sobre ese otro artista que tenía asegurada una exposición para el

mismo período en que, ahora, se presentaba la suya. También lo puso

al

corriente de las sospechas de Resa y sobre cómo Máximo y ella dieron con él.

—Fue así como di con su diario.

—Entonces, ¿el sujeto fue quien mató a la chica, quién atentó contra la

galería?

—Aquí no dice ni una palabra sobre eso. La mayoría de las notas y

comentarios son de tono un tanto deprimente y melancólico; tiene anotaciones

sobre nuevos proyectos y cuadros que planea realizar y sobre quien, creo,

tiene como musa; de hecho, he encontrado un par de fotografías de Conde con

ella en situaciones, digamos... íntimas.

—Me parece que ya entiendo por dónde van los tiros.

—Por lo que tengo entre mis manos, parece que entre Conde y Geraldine

hay algo más que una relación comercial, mucho más.

—¿Tienes idea de si es algo actual? Mira, no soy detective de policía; sin

embargo, se me ocurre una escena que podría explicar muchas cosas. Quizá

ella tuvo una aventura con él, luego lo dejó y él, en revancha, atentó

contra su

galería y mató a esa pobre chica.

—Cuando lo bajamos de la horca, Conde entonó, con lo que le quedaba

de voz, que no había sido él.

—No debiste llevarte ese cuaderno de allí, Cuervito; es una evidencia,

eso podría demostrar que él tenía un móvil. Resa va tras de ti también; no hace

falta ser un genio para deducir que,

si ella lee y ve lo mismo que tú, se

dedicará a otras cosas en vez de a acosarte a ti.

—No creo que Máximo tenga ni la menor idea de lo que ha hecho su prometida.

—¿Y ése es problema tuyo porque...? ¡Por nada, Teo! ¿Te juegas la

cabeza para que ese tipo no se entere de que su prometida lo engañó o lo

engaña? Oye, tarde o temprano se enterará. Además... no te entiendo, lo que

suceda entre esos dos no es asunto tuyo, es una cuestión de pareja. No me

queda claro, ¿a quién intentas proteger con esto?

—Si hubiese dejado el diario donde lo encontré, seguro que hubiese

acabado provocando un gran escándalo.

—Lo haces por él, ¿no es así? De verdad te agrada el hermano de Stefan.

—Tengo que encontrar el modo de arreglar esto.

—Entrégale a Resa el cuaderno, cuéntale la verdad.

—No puedo hacer eso, metería a M en un problema por partida doble: no

sólo seguimos a aquel tipo, sino que, además, me llevé evidencias, eso por no

mencionar que disparé a la cerradura de aquel lugar para abrir la puerta.

—¿Que qué?! ¡Tiene que ser broma!

—¿Entiendes por qué no puedo llevar a cabo tu plan?

—¿Qué sucede contigo?, ¿en qué pensabas?

—No tengo ni idea.

—Pensé que te habías puesto, como meta, no meterte en problemas.

—Los problemas me buscan.

Simón soltó un largo suspiro.

—En todo caso, lo único que importa ahora es qué hago con esto que

tengo en mi poder.

—Cuervito, lo más importante es que te asegures de quedar libre de toda

sospecha. ¿Tienes idea de si Conde ha hablado, si la policía lo ha interrogado,

si está vivo?

—Ni la más mínima; supongo que vivo ha de estar; dentro de todo, se lo

veía bien cuando lo dejamos. No creo que fuese a morir.

—Tenemos que buscarte un abogado, alguien que nos guíe, que nos

indique la mejor forma de entregar la evidencia que tienes entre las manos.

—Te repito que eso no sucederá, no

al menos por el momento.

—Cuervito —Simón entonó su apodo, el mismo que él le había puesto, en

un tono serio y profundo—: no puedes anteponer la tranquilidad de Máximo

Verti a tu libertad. Oye, te amo... entiendo que te llevaste contigo ese cuaderno

porque el tipo te cae bien y deseas protegerlo, pero, por amor de Dios, mide

las consecuencias de tus actos. Me hace feliz que alguien te genere esos gestos

heroicos; sin embargo, recapacita: todo será más fácil para ti si se lo cuentas a

él y luego, no sé... le envías de manera anónima ese diario a Resa; eso es algo

que se puede arreglar. Además, tarde o temprano todos los engaños salen a la

luz. Si tanto lo aprecias, entonces

cuéntale la verdad. Mira, incluso quizá él ya

lo sabe.

—No lo creo; él no tiene ni idea... si lo supiera, no se comportaría del

modo en que lo hace. Cuando la mira, cuando habla de ella, es como si se

sintiese culpable por algo, como si creyese que le debe algo. No actuaría de

esa manera si supiese que ella lo ha engañado o, peor aún, lo engaña.

—Tal vez él la ha engañado también a ella.

—Eso sí que no me lo trago; ni por error, no es ese tipo de hombre.

—¿Cómo puedes estar tan segura, si apenas lo conoces?

—No sabe mentir, es transparente.

—Teo, no lo pongas sobre un pedestal.

—No hago eso.

—Por lo general no te involucras demasiado con nadie, lo común es

que

las personas no te gusten; lo que te sucede con este tipo es todo lo contrario, y

me preocupa. Sé que no debería decirte esto, porque soy yo el que siempre

insiste en que hagas amistades, en que busques a personas a quien querer, en

que no huyas de la gente cuando las relaciones comienzan a ponerse

familiares... pero esto es todo lo

contrario: das demasiado por  
alguien a quien

ni siquiera conoces. No quiero que  
acabes dolorosamente  
decepcionada.

—Exageras; además, nada de eso  
va a pasar.

—Lámalo y cuéntale lo que  
encontraste, tiene derecho a saber  
la verdad.

—No creo que quiera saberla.

—Es un adulto, puede resistirlo.

Con las palabras de Simón retumbando en sus oídos, Teodelina ladeo la

cabeza y echó un vistazo al interior de su apartamento, Stefan todavía dormía.

—¿Has logrado averiguar algo sobre Nicole?, ¿alguien la ha visto?

Simón comprendió que no valía la pena continuar presionándola, ella

necesitaba su tiempo para procesar todo aquello, sobre todo el hecho de que

se arriesgaba demasiado para proteger a alguien que no era ella misma, sino

prácticamente un desconocido.

—Nada de nada, es como si se la hubiese tragado la tierra. Ninguna de

nuestras amistades sabe nada de ella; incluso la busqué a través de los

contactos de algunas agencias de modelos. Nada, cero. En ese sentido, a

menos que no esté usando su nombre, no ha dado la cara para hacer ningún

trabajo.

—¿Crees que ha abandonado el país? Bueno, en realidad, con el dinero

que me quitó, tenía lo suficiente como para tomarse unas vacaciones.

—Eso va a ser difícil de saber, pues dejó sus auténticos documentos

contigo. Si ha adoptado otra identidad, dudo de que la encontremos.

—Me hubiese gustado que viniese a mí de frente; siempre fui sincera con

ella y lo peor del caso es que sé, y seguro que ella también sabía, que

diciéndome la verdad habría conseguido el mismo resultado. No tenía más que

pedirme el dinero por las buenas, contarme que deseaba empezar de

cero en

algún otro lugar, lejos de su novio, incluso lejos de mí. Lo hubiese entendido.

Teodelina se sintió débil al ser testigo de su propio discurso. El enojo

hacia Nicole se diluía con los días, y una buena parte de lo restante se esfumó

esa misma tarde cuando encontró las fotos de Geraldine y Conde; la verdad

dicha en buena hora podía evitar muchas desdichas.

—Lo intentaré una vez más. Máximo prometió acompañarme a los viejos

lugares que frecuentábamos juntas.

—Encuentra el modo de decirle la verdad.

—Ya veré. ¿Hablamos mañana?

—Sabes que puedes llamarme cuando quieras.

—Gracias —le contestó después de

exhalar el humo del cigarrillo.

—Recuérdalo, te quiero y aquí estoy para ti.

Teodelina, sin saber qué responder a aquello, soltó un carraspeo y

finalmente dijo adiós. Le dio una última calada al pitillo para después

apagarlo en la tierra seca de la maceta.

## 18

Máximo le entregó el vasito con

café y se sentó a su lado. Por el  
corredor

circulaban una infinidad de  
policías; entre ellos no estaba Resa,  
la detective

continuaba encerrada en la  
habitación del sospechoso o de lo  
que fuera que

era considerado Conde.

—Gracias.

—De nada.

—De verdad que no tienes que

quedarte, ya has perdido mucho tiempo.

Veré qué es lo que quiere esa mujer y me largaré a casa. He tenido un día muy

largo y lo único que quiero es ducharme y acostarme.

—¿Has desistido de la cena?

—Tenemos todo el futuro por delante para que me prepares muchas

cenas. —Dicho esto, Geraldine se acurrucó a su lado.

—Casi ni hemos tenido tiempo de hablar de eso.

—Hablar, ¿de qué?

—De nosotros, de la boda.

—Ya te he dicho una infinidad de veces que no tienes de qué preocuparte,

lo tengo todo bajo control. La organizadora de enlaces que contraté es una

mujer increíblemente expeditiva y de buen gusto; estoy muy tranquila desde

que ella decidió aceptarnos como clientes. Ya le pediré una cita para que la

conozcas. Sé que no tienes tiempo para esas cosas; confía en mí, todo saldrá

de maravilla.

—No necesitamos una gran fiesta.

—Eso lo dices porque ya tuviste una. Quiero una hermosa fiesta con todo

lo que eso implica, me la merezco. No me hagas un desaire ahora;

acordamos

que haríamos algo bonito para todos nuestros familiares y amigos.

—No necesitamos demasiado, Geraldine, algo simple...

Ella se apartó bruscamente, contemplándolo seria; casi se derramó el

café por encima a causa de la sacudida que dio su cuerpo.

—Pretenderé no haber oído lo que acabas de decir.

—No ha sido un sacrilegio. ¿No te parecería mejor que, en vez de tanta prisa para organizar una boda, nos tomásemos un poco de tiempo solos tú y

yo? Apenas pasamos momentos juntos últimamente. Lo que antes eran nuestros

finés de semana privados, ahora no son más que desfiles públicos, con tantos

eventos a los que asistimos; eso, si estamos juntos, claro está, porque

tú

últimamente trabajas mucho.

—Lo dice quien se pasa casi todas las noches encerrado en su

restaurante. Además, cuando no estamos juntos los fines de semana es porque

tienes que cuidar de tu hija.

—Es el único momento que tengo para ella y no puedo llevarla de aquí

para allá como un paquete a las

fiestas de tus amigos.

—¿Otra vez te han sobrevenido las ganas de discutir?

—No, simplemente intento mostrarte que lo nuestro se ha convertido en...

—¿En qué? —le espetó ella.

—No lo sé.

—¿Ya no me amas?

—No es eso.

—Yo sí te amo y todavía deseo

casarme contigo. Quizá tu problema es

que no quieres casarte conmigo.

—Geraldine, no digas tonterías.

—Estás frío, distante.

—Nada de eso.

—Siempre con la cabeza en cualquier parte.

—No —mintió, en especial en este momento, en el que su mente divagaba

entre ella y Teodelina, en lo que habían vivido juntos esa tarde. Dentro de su

cabeza también rondaban las sospechas que tenía sobre Conde y su prometida.

—Ve a casa, descansa. Hablaremos en otro lugar y con más tiempo, éstas

no son las circunstancias ideales para charlar sobre nuestro futuro.

—No necesito ir a ninguna parte, yo...

—Vete. Si no es muy tarde, te llamaré cuando acabe aquí.

—Es ridículo que tengas que quedarte para hablar de un hombre del que

poco conoces —soltó para ver cuál era su reacción. No pudo determinar nada,

pero le molestaba, igual que una astilla de vidrio clavada en la planta del pie,

lo que le sonaba, por parte de ella, a unas desesperadas ganas de

sacarlo de

allí.

Se puso de pie y la miró, intentando adivinar lo que pasaba por su cabeza.

Geraldine le devolvió la mirada sin turbarse.

—Llámame, seguro que estaré despierto toda la noche.

—No te quedes en vela por mí, no es necesario que los dos tengamos una

mala noche.

Se despidieron con un escueto beso en los labios.

Por última vez, y sintiendo más que nunca la astilla, Máximo la vio

sentada en aquella fría e incómoda silla de sala de espera de hospital.

Las puertas del ascensor se cerraron.

De allí fue directo al restaurante; necesitaba despejarse por un par de

horas, y el mejor modo era

haciendo aquello que tanto amaba y  
con lo que

tanto disfrutaba.

\* \* \*

Teodelina lo sacudió, sujetándolo  
por el hombro; Stefan dormía

profundamente.

—¿Qué... qué... qué pasa? —le  
dijo con voz de dormido. Se acostó  
boca

arriba, parpadeando. Pareció ver su  
rostro y recordar dónde se

encontraba—.

¿Qué sucede?, ¿qué hora es?

—Son las doce menos cuarto.  
Tienes que irte; olvidé que había  
quedado

con un amigo.

Teodelina, vestida de negro  
riguroso, casi al igual que siempre,  
en una de

sus manos sujetaba su chaqueta de  
cuero; en la otra, un cigarrillo  
recién

encendido.

—¿Estás vestida? —No fue exactamente una pregunta, sino la asimilación

de un hecho.

—¿Te espero o sales solo? No creo que regrese hasta mañana —dijo con

la firme intención de hacer que se largase de allí; no lo quería en su casa si

ella no estaba—. La puerta cierra sola.

—¿Ya te vas?

Asintió con la cabeza y se llevó el pitillo a los labios.

—¿No puedo ir contigo?

No tenía intención de presentarlo en sociedad a sus pocos conocidos; por

momentos adoraba contar con su compañía y en otros, cada vez más a menudo,

deseaba verlo lo más lejos posible.

Ante el silencio de ella, Stefan se

levantó de la cama.

—Eres dura. Doblegarse no es un pecado, no al menos en situaciones de

este calibre; estar con alguien no es malo, eso no te hace ni menos dura ni

menos fuerte.

—No es eso, es que se supone que era una reunión entre mi amigo y yo.

—¿Quién es ese amigo, el personaje con quien fuiste a comer

al

restaurante de mi hermano?

La mirada de odio que le dedicó no necesitó explicación. Lo que provocó

semejante reacción fue el tono despectivo que él utilizó para referirse a

Simón.

—¡Lárgate!

—Teo, no te pongas así. Perdón, lo lamento. ¿Es tu mejor amigo, no?

Lo

siento, soy un idiota. No es que tenga nada en contra del tipo... bueno, en

realidad sí, le tengo celos, seguro que te conoce mucho mejor que yo y desde

hace mucho más tiempo. Sé que probablemente le cuentas a él todas tus cosas.

Desearía ser yo ese oído.

—Recoge tu ropa, ya llego tarde —  
soltó ella dándole la espalda. En

ese

momento solamente quería sacárselo de encima; no le interesaba ponerse a

meditar si deseaba tener una relación con él en el futuro o qué.

—No es que tenga nada contra los tipos como él.

—¿Los tipos como él? —Teodelina giró la cabeza; casi se desnuca al hacerlo.

Stefan soltó la cintura de sus bóxers

sobre los huesos de su cadera.

—Es gay, se le nota mucho, aunque te mira de un modo extraño, igual que

si te desease.

—Haré ver que no he oído lo que acabas de decir. —Volvió a darle la espalda con toda la intención de dejarlo allí.

—¿Te has acostado con él?

Teodelina se detuvo en seco. Giró lentamente y lo enfrentó.

—Con quien me acueste no es problema tuyo y, por el modo en el que van

las cosas, jamás lo será.

—No entiendo cómo es posible que una mujer pueda acostarse con un

tipo gay. A mí, personalmente, me incomodan un poco.

—¿Es que no tienes el cerebro suficiente como para darte cuenta de que

lo que dices me molesta?

—Eso es porque todavía no entiendes el modo en que este mundo

funciona de verdad.

—¿Qué?

—Pretendes ser dura y recia, autosuficiente e independiente, alguien

curtido capaz de llevarse el mundo por delante, pero en verdad no tienes idea

de nada.

—No, eres tú quien no tienes idea de nada. Lárgate y no vuelvas.

—Tú no eres como él, como los demás, como la chusma que se escapa

por las rendijas de este mundo maltrecho. La vida no te lo puso fácil; sin

embargo, tú eres como yo, no como ellos.

—¿Ellos? ¿De qué mierda hablas?

—Las personas como nosotros somos diferentes; nacimos para dar

ejemplo, para imponer orden.

—¿Acaso has consumido algo antes de venir a verme, o es que eres así

todo el tiempo, sin tener la necesidad de intoxicarte?  
¿Chusma?, ¿crees que

Simón es chusma por ser gay?  
Tengo malas noticias, Stefan: te has equivocado

conmigo, yo me acuesto también con mujeres... de modo que lo siento, te

decepciono, soy de esa misma

chusma y, por suerte, gracias a Dios, no soy

como tú.

—No importa lo que hayas hecho en el pasado, o cuánto te esfuerces en

ponerte en su lugar, no eres como él. —Terminó de enfundarse los pantalones

—. Lo sabes bien, eres distinta a los demás.

—Y tú, un jodido desquiciado. Recoge tus cosas y lárgate ahora

mismo.

Stefan pilló su camiseta del suelo.

—Te conozco mejor de lo que te conoces a ti misma; no hablo en vano,

tarde o temprano te darás cuenta de que tengo razón.

—No quiero volver a verte.

—Es mentira. Tranquila. —Terminó de recoger el resto de sus cosas—.

Tómate tu tiempo para comprenderlo.

Stefan pasó junto a ella y, antes de pasar de largo, le estampó un beso en

la mejilla.

—Ve, haz lo que tengas que hacer; nos veremos luego.

\* \* \*

Tan pronto como se sentó al volante, encendió un cigarrillo, puso el

motor en marcha y bajó la ventanilla. Los primeros acordes de uno de sus

temas preferidos de su banda favorita atronaron en los altavoces del

automóvil.

Pisó el acelerador y salió quemando llantas.

\* \* \*

Liliana entró en la cocina, atravesando la puerta de vaivén. La mayoría

de los cocineros ya tenía ordenada y limpia su estación de trabajo; la jornada

había concluido, la cocina estaba cerrada y lo único que circulaba por las

mesas, a esa hora tardía, eran expresos, unas pocas copas de vino y de

*champagne* y algunos tragos provenientes de la barra.

—Hemos tenido una noche muy buena —le dijo a Máximo, avanzando en

su dirección—. Todo ha salido fantástico: despachamos a todos

clientes muy

satisfechos. Ahora sólo quedan un par de mesas ocupadas; no tardarán en irse.

Máximo levantó el paño, con el que terminó de darle el último toque a la

encimera de acero de su área de trabajo, la cual relucía como nueva, lo dobló

y se lo colgó de las tiras del delantal que le rodeaban la cintura.

—Sí, mucho trabajo, pero todos han

estado espectaculares hoy —entonó

alzando la voz para que los chefs lo oyesen—. Muy buen trabajo, muchachos;

estoy orgulloso de vosotros, realmente os habéis lucido.

La cocina se pobló de sonrisas cómplices y orgullosas, detrás de las

cuales se filtraba el trabajo de una noche agotadora, en la que no habían tenido

ni un momento de descanso, ni un

respiro hasta el final; eso, debido a que el

salón había estado siempre ocupado y a que los dos salones privados

albergaron cinco grupos diferentes de más de una docena de personas en un

lapso de casi seis horas.

—Es hora de irse a casa; nos vemos mañana. Buenas noches a todos y

que descanséis.

Un coro fue deseándole buenas noches. Los chefs, pinches y demás personal de la cocina comenzaron a retirarse.

—Dani, no te olvides de que mañana viene el proveedor de chocolates

—le comentó a su chef *pâtissier* al ver que ella se encaminaba en dirección a

la puerta con su abrigo ya puesto y su bolso colgando del hombro.

—No me olvido. Mañana a las

siete y media estaré aquí para recibirlo.

Dijo que, además, traería otras cosas que quiere enseñarme.

—Pide muestras de todo, las probaremos juntos después.

—Sí, claro, no te preocupes. Hasta mañana.

—Hasta mañana, que descansen.

Continuaron saliendo. Máximo se volvió hacia Liliana, su mano derecha.

—¿Has cenado?

—Sí, gracias a Ricardo; preparó pasta con una espléndida salsa de

langostinos. —Le sonrió—. No me pude resistir. ¿Tú no has cenado?

—No, no vine de casa, estuve ocupado.

—¿Vas a cocinar ahora?, ¿no ha quedado nada? Tendrías que haberles

pedido a los chicos que te dejaran algo listo, o bien podrías haberte sentado a

comer en algún momento.

Detectó que Liliana se sentía mal por él porque ahora tendría que prepararse algo y, probablemente, comer solo.

—No te preocupes, me haré alguna cosa rápida y me marcharé a casa.

—¿Quieres que te acompañe? Sé que no te gusta comer solo.

—No, nada de eso. Ve e intenta despachar a los que aún quedan, así puedes irte a casa. Libera al resto

de los chicos también, ya es tarde y han

trabajado duro.

—Claro... puedo hacer eso y, después, regresar aquí para hacerte un rato

de compañía, hace mucho que no nos sentamos a charlar... extraño nuestras

conversaciones. Ni siquiera hemos tenido tiempo todavía de hablar de tu boda

y no sé cómo está Juli. Tampoco

hemos podido hablar sobre tu hermano, el

cual, por cierto, es muy buen mozo; no me habías comentado ese dato.

—Porque ése es un dato menor, Lili. En serio, no te preocupes por mí,

estaré bien. Si quieres, y si todo sale bien, comeremos juntos mañana y

conversaremos un poco. Ahora anda, vacía el local y vete a casa a descansar,

que has corrido de aquí para allá toda la noche.

—¿Y tú no tienes que ir a casa?, ¿no te espera Geraldine?

Negó con la cabeza.

—Es aquí donde quiero estar esta noche. Este sitio me hace mucha falta

últimamente, creo que tengo ganas de pasar un rato aquí solo.

—Humm... Te conozco, no estás bien, algo te pasa; mejor me quedo.

—No es nada, necesito un poco de soledad... cosa que en mi apartamento

no encuentro, porque allí está el buen mozo de mi hermano.

—Sí, cierto. Bueno, entonces te allanaré el camino. Ahora mismo me

deshago de todo el mundo.

—Gracias.

Dijo que se prepararía la cena, ésa era su intención; sin embargo, al

quedarse solo en la cocina, no tuvo ganas de nada, ni siquiera de moverse del

lugar en el que estaba. Tenía la mente nublada y el cuerpo con una sensación

pulsante, igual que un gran palpitar, que parecía una bomba en su cuenta atrás.

A lo único que atinó un par de minutos después, y más que nada para no

levantar sospechas, para no dar

lástima, fue a picar un poco de cebolla,

machacar dos dientes de ajo y poner sobre el fuego una sartén con aceite. En

una cacerola aparte, puso a calentar un poco de caldo de verdura.

Al cabo de no más de veinte minutos, Liliana volvió a entrar en la cocina;

vestía su abrigo y de su mano colgaba un gran bolso negro.

—Máximo, te buscan. Creí que era

una clienta, pero ella dice que te  
conoce, que necesita verte.

—¿Ella? —dijo intuyendo quién  
podía ser o, mejor dicho, deseando  
que

fuera alguien en particular. Por una  
ínfima fracción de segundo, se  
lamentó: no

debía pensar en ella, sino  
Geraldine. Esperar a Ultra Negro, y  
no a su

prometida, le dio cargo de  
conciencia.

—Me parece que es esa chica con la que cenaste la otra semana, con tu

hermano y Geraldine.

—Teodelina.

—No me ha dicho su nombre; de hecho, ha sido bastante ruda, sólo ha

soltado así, de buenas a primeras, que necesitaba verte. Ha demandado verte,

añadiendo que sabía que te encontraría aquí. Prácticamente se

ha colado, a

empujones y con muy malos modos, dentro del salón cuando Ale y Charlie se

han ido. Le he comentado que ya estábamos cerrados. Puedo decirle que se

vaya si quieres, ya no queda nadie.

—No, no hace falta, está todo bien. Me imaginaba que vendría. —Eso

último se le escapó, pero a Liliana no le pasó por alto el hecho de que así

había sido.

—¿La esperabas?

—No exactamente.

—¿Seguro que quieres quedarte a solas con ella?

Asintió con la cabeza y ella se quedó mirándolo como si quisiese acotar

algo más, algo que al final no dijo.

—Claro, bien, como desees.

—Iré a recibirla, tú vete a casa.

Nos veremos mañana.

Máximo se puso a la cabeza de camino al salón. Le dio la impresión de

que no fue su imaginación la que le hizo ver que los ojos de ella se iluminaban

al cruzarse con los suyos. Ese fulgor no duró mucho; su rostro se volvió duro

cuando Liliana apareció en escena.

Ahora, la mirada de Teodelina relampagueaba.

—Buenas noches —saludó Lilitiana,  
despidiéndose. Cuando pasó por

delante de Teodelina, hubo un gran  
estallido de chispas. No se  
agradaban ni un

poco.

—Buenas noches —se despidió  
Máximo.

Teodelina la siguió con los ojos,  
girando el cuello lentamente, sin  
mover

el cuerpo.

Mientras la veía seguir a Liliana con la mirada, la recorrió con la vista.

Llevaba tejanos negros, unas botas de cuero acordonadas que le llegaban a

mitad de las pantorrillas, una simple camiseta negra, su chaqueta de cuero y

una especie de largo pañuelo negro rayado al cuello. Su cabello permanecía

sujeto detrás de la nuca y sus

dedos, crispados, con los brazos caídos al

costado del cuerpo y, sin embargo, con los hombros y el mentón en alto.

—Huele a que algo se quema —fue lo primero que salió de la boca de

Ultra Negro. No un «hola», no un «qué bien que hayas podido recibirme» o un

«mira, he venido porque...».

—Se quema el aceite —fue lo que soltó él en vez de un «hola, qué

bien

que has venido; tenía ganas de verte. ¿Por qué no te quedas a cenar conmigo?».».

Con miedo a provocar un incendio en la cocina y, de ese modo, arruinar lo que

podía ser una muy buena noche, dio media vuelta y salió disparado rumbo a la

cocina.

La sartén desprendía una densa humareda. Poco faltó para que de

allí

saliesen llamas. Se arrancó el paño de la cintura del delantal y, con éste, cogió

la sartén y la apartó del fuego hasta llevarla a la amplia pila. No abrió el agua

fría porque sabía que eso no haría más que empeorar las cosas, simplemente

dejaría que la sartén se enfriase allí.

—¿Cocinando o intentando quemar

la cocina? No me digas que el

negocio va mal y pretendes calcinar el local hasta los cimientos para cobrar el

seguro.

—Pretendía prepararme algo de cenar.

—¿A esta hora?

—A esta hora —declaró él en respuesta.

—¿Qué ibas a preparar?

—Planeaba freír unas albóndigas de carne que hay preparadas, y

acompañarlas con un *risotto*. *Risotto ai funghi*. Algo simple. Probablemente

con portobello, *shiitake*, gírgolas... no sé qué hay por ahí. Pensaba ponerle

tal vez unos *funghi porcini*.

—En castellano —le dijo ella, sonriendo.

El gesto a Máximo le sorprendió mucho. Quiso besar aquella

sonrisa. Le

resultó imposible no sonreír a la par.

—Arroz con setas.

—Suenan tentador. Tengo hambre. ¿Me invitas a comer?

Ni falta que hacía que se lo preguntase, pensaba hacerlo.

—Claro. Allí en ese estante se encuentran los arroces, busca el que dice

*carneroli* —le pidió mientras se

apartaba del fregadero para  
caminar hasta su

estación de trabajo otra vez.

Ella hurgó entre los envases que se  
apretujaban en el reducido espacio

que conformaba el estante de acero,  
a un lado de los fuegos. Encontró el  
arroz.

—¿Éste? —Le enseñó el  
contenedor.

—Ese mismo —le contestó  
mientras cogía dos nuevas sartenes,  
que

colocó sobre el fuego—. Pon un poco de aceite en estas dos, un espejo sobre

el fondo nada más, mientras busco las setas y las albóndigas.

—Me encantan los carbohidratos.

—¿Cocinas?

—¿Tengo apariencia de ser alguien que cocina?

—No, la verdad es que no; tampoco la de quien come muchos carbohidratos.

—Ya sé lo que estás pensando... —  
Lo miró fijamente un momento—.

Creo que ya está caliente, ¿pongo las cebollas y el ajo en la sartén?

—Sí, por favor. —Después de todo, si sabía algo sobre cocinar.

Ella arrojó el contenido de la tabla sobre el hierro y el aceite caliente.

—¿Es eso, no? ¿Piensas que tengo algún desorden alimenticio? —

continuó diciendo, retomando el asunto.

—Yo...

—No eres muy original. De hecho, sí hubo de eso —soltó así como si

nada, mientras buscaba entre los utensilios que estaban dentro de una especie

de balde de acero, algo que evidentemente no encontraba. Al final dio con

ello, una cuchara de madera, con la que meneó las cebollas y el ajo.

—¿Hubo? —Regresó a su lado con un contenedor con toda una

variedad

de setas dentro y otro igual con albóndigas de carne precocidas.

—No tengo la costumbre de sentarme a comer, tampoco tengo el tiempo y,

a decir verdad, últimamente también me faltan las ganas. En todo caso,

siempre he sido más huesos que carne.

—¿Cuándo tuviste ese problema?  
—le preguntó quitándole la cuchara

de

madera, al tiempo que le señalaba el arroz. Teodelina comprendió el mensaje,

agarró el envase y lo destapó—. Pon dos puñados grandes.

Ella volcó un puñado de arroz dentro de su mano izquierda.

—¿Así?

—Un poco más.

—¿Ahora?

—Listo, echa otro igual.

Ella lo hizo; entonces él le devolvió el cucharón para apartarse a cortar

las setas.

—Se desató hace unos cinco años, cuando caí en manos de aquellos tipos

que te conté, al principio, en los primeros tiempos. Ni siquiera tenía ganas de

vivir, así que, imagínate, ni hablar de comer. Tenía la esperanza de

morirme de

hambre. No lo logré, luego... bueno, como consumía algunas drogas y fumaba

mucho, además del tipo de vida que llevaba, nunca recuperé el hábito de

comer. Aquello se me hizo normal. No odio la comida, simplemente es que no

es lo que más me interesa de este mundo.

—¿Qué es lo que más te interesa?

—Tengo mis pinturas.

—Tus magníficas pinturas —acotó él.

A ella se le escapó una sonrisa.

—Es la primera vez que un soldado raso habla de esa forma sobre lo que

hago.

—¿Un soldado raso?

—Alguien que no está directamente relacionado con el arte, una persona

normal, no un coleccionista ni un conservador o una de esas personas esnobs

que se pasean por las galerías noche y día gastando una burrada de dinero con

la que montarse un museo privado. Entre ellos, yo soy una moda, un caso

exótico. Dudo de que realmente interpreten o disfruten lo que hago. Incluso, al

principio, querían que pintase con

colores.

—Supongo que no serías tú si lo hicieses.

Ella le sonrió otra vez. Máximo se acercó a ella, no adrede, sino para

arrojar un par de cucharadas de caldo de verdura dentro de la sartén.

—¿A los soldados rasos no suele gustarles lo que haces?

—Me tienen miedo y no les gusta lo que ven en mis cuadros o, por lo

menos, no suele gustarles.

—A mí me gusta.

—Sí, ya lo dijiste.

Se miraron en silencio. Máximo ni se preguntó por qué ninguno de los dos había sacado aún a colación el tema de Conde.

—¿Cuánto apetito tienes?

—Demasiado —le contestó ella, con una sonrisa pícaro.

—Entonces seremos generosos con

las albóndigas también.

Lamentó tener que alejarse de ella para ir a meter en el horno una bandeja

con ocho piezas de carne, mientras las setas se doraban en la sartén. Antes de

apartarse, le dijo que echara sobre el arroz dos cucharones más del caldo.

De regreso hacia ella, Máximo trajo consigo una buena botella de vino

tinto y dos copas.

—Listo, eso bastará para que los dos rodemos de vuelta a nuestros respectivos hogares.

Ella terminó de descorchar el vino, le pasó una copa y se quedó con la otra.

—Salud —entonó acercando su copa a la de él.

—Salud.

Brindaron.

—¿Cuánto me costará esta magnífica cena?

—¿Otra igual a ésta?

—Si esperas que cocine para ti, morirás de hambre.

—No me refería a eso, quería decir que espero que me permitas invitarte

a cenar otra vez.

—Te contesto después de probarla, ¿sí?

—¿Por qué?, ¿crees que no será de

tu agrado?

—Ya veremos —bromeó ella—, todavía estás bajo período de prueba.

Cocinaron y bebieron un rato en silencio. Máximo se ocupó de preparar

una de las mesas del salón para la cena. Entre los dos, llevaron las copas, el

vino y la comida hacia allí, cuando estuvo lista.

—Muy bueno —se metió más arroz

en la boca—; de verdad cocinas bien

—le dijo después de beber un poco más de vino.

—Gracias, pensaba abrir mi propio restaurante —bromeó.

—¿No te arrepientes de haber abandonado la medicina?

Ante cualquier otro, Máximo se hubiese cerrado por completo por la

simple mención de ese tema; bueno, en realidad ningún otro (amigos o

familiares) hubiese mencionado jamás ese asunto, porque sabían de sobra que

era un tema sensible; con ella nada de eso sucedió, por una simple y sencilla

razón: no lo decía con ánimos de juzgarlo, nada de eso; probablemente sólo

era simple curiosidad y se interesase por él, hasta el punto de intentar

comprender lo que lo llevó a ese

rotundo cambio en su vida. Tenía sabor a

halago, un sabor mucho más sabroso que el del arroz, las albóndigas o incluso

el vino.

—No. Al principio sí, sin embargo creo que no por las razones correctas;

es decir, siempre creí que eso era lo que en verdad deseaba hacer con mi vida,

estaba convencido y convencí a los

demás de ello. En la universidad me fue

muy bien; era un excelente estudiante, de esos que siempre obtienen muy

buenas calificaciones, de esos que jamás se despegan de sus profesores; era el

preferido de muchos, no así de mis compañeros. Durante mi época de estudio,

perdí parte de la pasión que sentía por la profesión, o por lo que creí

que

sería, pero, como me iba bien, continué. Luego, cuando me licencié, la

situación avanzó de un modo todavía más vertiginoso: ante mí se abrieron

puertas que ninguno de mis otros compañeros hubiese rechazado jamás... tuve

todas las oportunidades, las mejores, y en cierto modo las aproveché. Todo

era lo que debía ser, lo mejor. Hice una carrera meteórica que, al final, acabó

llevándome por delante. Cuando sucedió lo que sucedió, me rendí, no tenía

ganas de pelear; de hecho, entré en pánico, me sentía el peor ser humano del

mundo, le había fallado a todo el mundo. Escapé con el rabo entre las piernas

y, durante mi exilio, me percaté de

que principalmente me había fallado a mí

mismo, porque me engañé hasta el punto de vivir una farsa. Al final se

descubrió que no había sido culpa mía, que lo que pasó era prácticamente

inevitable, le hubiese ocurrido a cualquiera. Cualquiera otro con la vocación y

la pasión suficientes habría regresado, pero yo no lo hice; allí simplemente no

había nada más para mí. Este lugar es mi pasión; sin embargo, tampoco es lo

más importante del mundo para mí. Desde que nació mi hija, las cosas son

mucho más claras; cuando tienes niños, tu escala de valores cambia

rotundamente, y para siempre. Me costó comprender eso último, ahora lo tengo

muy claro. No hay nada que no dejaría de hacer, o no hacer, por

ella, todo lo

demás parece superfluo. Por eso todavía lamento mucho, y sé que me

lamentaré siempre, haber huido del modo en que lo hice cuando ella nació.

—Dudo de que tu hija recuerde eso, seguro que jamás te lo ha echado en cara.

—No, claro; ella apenas si tiene noción de lo que pasó; el problema es

que yo sí, y todavía me pesa.

—¿Ahora eres más tú mismo de lo que eras antes?

Máximo la miró en silencio. Antes de conocerla creía que así era; en ese

momento, lo dudaba mucho, puesto que, quien creía que era hacía un par de

semanas, no desearía tanto besarla.

—¿Dudas?

—¿Tú sabes quién eres?

—Al menos sé quién no soy.

Alzó su copa por ella.

—Eso es importante.

—Entonces eres el tipo que se casará en segundas nupcias. —A él se le

cerró el estómago al oír aquello de sus labios—. El matrimonio no es para mí;

de hecho, las relaciones no son lo mío.

—No pretendo ser indiscreto,

pero... entre mi hermano y tú...

—¿De verdad deseas hablar de eso? —Máximo tragó en seco—.

Vosotros dos sois el día y la noche.

—Supongo que tener el mismo padre no nos une mucho. Sí, somos muy

distintos.

Se miraron en silencio.

—Es agradable conversar contigo. Es fácil.

—A mí también me gusta hablar contigo.

Permanecieron en silencio un momento.

—No acabo de entender lo que significa exactamente tener una familia;

yo nunca la tuve, siempre fuimos mi madre y yo y, en verdad, ella nunca estuvo

demasiado bien, por lo general siempre era solo yo para todo. Fue así desde

pequeña.

—No te preocupes, los lazos sanguíneos no siempre significan

demasiado; ya ves lo que sucede entre mi hermano y yo.

—Es cierto; de cualquier modo sabes que lo tienes.

—A veces los amigos suplen la familia.

—Simón...

—¿Es un buen amigo?

—A veces creo que a él le gusta que le hagan la vida difícil. Me soporta

hasta lo indecible —confesó entonando en voz alta algo que sabía desde hacía

mucho tiempo, pero que jamás le había dicho a nadie, ni siquiera al propio

Simón.

—Debe de quererte mucho.

Teodelina cogió su copa y remoloneó con ella en el aire un

instante.

—Es lo único que tengo —susurró por fin. El vino y la exquisita comida,

además de la buena compañía, acabaron por soltarle la lengua.

—Estoy aquí para ti para lo que necesites.

Para sus adentros, Teodelina se dijo que Stefan no había tenido ninguna

razón para creer que ella no tenía nada que ver con personas como Máximo.

—Lamento haber reaccionado así en el coche.

—Yo también lo lamento; me asusté con el arma, con Resa, con lo que sucede... No quiero que tengas problemas.

—No es tu labor evitarme problemas, M.

—Para eso están los amigos.

—¿Eres mi amigo? —Teodelina bajo la copa; se moría de ganas de rodear la mesa, sujetarlo por el

cuello y besarlo, pero todo era complicado,

demasiado complicado—. Te meterás en problemas. ¿Es eso lo que quieres?

—Ya no sé qué es lo que quiero. — Esa respuesta abarcaba su pregunta y

muchas otras, las cuales no dejaba de hacerse ni siquiera cuando dormía.

—¿La amas?

Ni de casualidad esperaba que ella

le formulase semejante pregunta.

—Deberías amarla para querer casarte una segunda vez, ¿no?

—El matrimonio implica mucho más que eso.

—Supongo, pero ¿de qué sirve pasar el resto de tu vida junto a alguien si

en realidad...? —No tenía ni la menor idea de cómo hacer para abrirle los

ojos sin ser desagradablemente directa; si él la amaba y ella le

decía la

verdad, se convertiría, en parte, en responsable de su decepción, y no quería

eso, no quería alejarlo de ella, no quería que la odiase por mostrarle la

realidad, porque incluso cabía la posibilidad de que él ya lo supiese y

prefiriese hacer la vista gorda para continuar así, con sus planes de vida.

«Hay gente que prefiere vivir en la penumbra antes que quedar cegado

por la luz. Muchos prefieren vivir en la ignorancia —se dijo—, para así no

sufrir más decepciones. ¿Será ése el caso de Máximo?»

—¿De verdad que no te gustaría casarte alguna vez? —le preguntó en vez

de contestarle, ya que se encontraba a un paso de hacer una tontería.

—Te lo he dicho, no soy de ese tipo

de persona. —Negó con la cabeza;  
la

mera idea le ponía los pelos de  
punta, aunque, a decir verdad, le  
agradaría

pasar un tiempo con él. Se preguntó  
si, además de poder charlar, reñir y  
luego

reconciliarse... de ser amigos,  
podrían pasar buenos momentos en  
la cama—.

Me cuesta confiar en la gente.

—Bueno, todo el mundo es

susceptible de cometer errores,  
nadie es la

excepción; a veces hay que estar  
dispuesto a perdonar.

—Supongo que solamente amando  
demasiado a alguien puedes  
hacerlo.

No lo sé, yo creo que me dolería  
demasiado que alguien me  
engañase; sería

todavía mucho peor si yo hubiese  
depositado en esa persona tantas  
esperanzas

o amor.

—Todo depende de cuán grande sea tu necesidad de estar con esa

persona. —Cada vez se convencía más y más de que no estaba seguro de

querer pasar el resto de su vida con Geraldine; era eso o que tenía a Teodelina

demasiado cerca, hecho que, por lo visto, nublabá su juicio. Se preguntó qué

sucedería con él si ella

desaparecía. ¿Todo volvería a la normalidad?,

¿sentiría otra vez entusiasmo por contraer matrimonio?, ¿sería capaz de

perdonar a Geraldine, si de verdad lo había engañado con Conde?

—Yo básicamente creo que el amor destruye. Vi cómo destrozó a mi

madre. Por desgracia, por más que uno se empeñe en evitarlo, a veces sucede

que alguien aparece y, ¡carajo!, te

enamoras —entonó alzando la voz  
mientras

pensaba en Nicole— y las cosas no  
funcionan y quedas jodido para  
siempre.

—No, para siempre, no. Tú misma  
lo has dicho: por más que te  
emperres,

no lograrás evitarlo y tarde o  
temprano aparecerá alguien más.

—Incluso así, puedes evitar dejarte  
arrastrar por el sentimiento.

—Eso no es vida. No al menos una

vida que valga la pena vivir.

—¿Alguna vez te han engañado?  
Porque a mí, sí.

No supo qué responder a eso.

Teodelina se quedó esperando; no sabía qué más decir o hacer para

descubrir si Máximo sabía o deseaba saber sobre Geraldine y Conde.

—Creo que es demasiado para una noche, sobre todo considerando todo

lo que ha pasado hoy. No te lo he comentado aún: lo de Conde ha salido en las

noticias. Fui a verlo al hospital, hablé con Resa; todavía no había tenido

tiempo de interrogarlo.

—Sí ciertamente no fue él, no tengo ni idea de quién pudo ser —soltó

ella desistiendo de llegar al punto que le interesaba, Máximo había dejado

claro que no quería discutir el

asunto.

—No sé qué planea hacer Resa a continuación, pero me parece que

debemos prepararnos por si ella...

—¿Viene tras de mí otra vez?

—Tenemos que encontrar a tu amiga para que ella salga de testigo, para

que así podamos explicar para qué necesitabas el dinero de la exposición. Le

pediré a mi amigo el abogado que

nos reciba mañana. ¿Puedes?

—Supongo que sí, aunque no sé si es buena idea...

—Quiero ayudarte con esto, quiero hacer lo que es justo.

—No será sencillo dar con ella. Mi amigo Simón ha intentado averiguar su paradero y nada, tal parece que se la haya tragado la tierra o, al menos, no

está trabajando.

—Habías sugerido que fuésemos a

buscarla a los lugares que vosotras  
frecuentabais.

Ella le sonrió.

—¿De verdad vendrías conmigo?

—Por supuesto. —En realidad se  
sentía demasiado viejo para salir a

bailar o para pretender que lo hacía  
y, sobre todo, para simular estar en  
la

onda en un grupo del que se  
encontraba a cientos de kilómetros  
de distancia...

si a simple vista ya quedaba claro que sus aspectos eran diametralmente

opuestos.

—Más difícil que dar con Nicole será dar con su novio, exnovio o lo que

sea.

—Confía en mí; con esos datos que tienes, lo encontraremos. Mi amigo es

verdaderamente bueno.

—Todavía me pregunto por qué haces esto.

—¿Qué, exactamente?

—Por qué confías en mí. No sabes prácticamente nada sobre mí, incluso

todo lo que te he contado podría ser una mentira y, aun así, continúas creyendo

en mí cuando digo que no lo hice, que no maté a Andrea, que no arrojé la

pintura contra la fachada de la

galería.

—Te creo, es todo.

—Estás loco, ¿lo sabías?

—¿Por meterme en esto?

—Por creer en mí.

—¿No debería?

Teodelina se levantó de su silla y rodeó la mesa lentamente para

detenerse a la derecha de Máximo. Se inclinó hacia delante despacio; los ojos

de él no se desprendían de los suyos, y eso fue lo que le dio valor para

terminar de decidirse, porque, en verdad, estaba aterrada; no deseaba arruinarlo, pero quería besarlo, mucho... demasiado.

Las yemas de sus dedos se posaron poco a poco sobre la piel del cuello

de él. Sin que mediase palabra, se le acercó más y más. Apenas si rozó sus

labios contra los de él, pero, si bien deseaba mucho más y además percibió

que él no la rechazaba, se detuvo allí, en aquel simple tacto que le aflojó las

rodillas y que le produjo la misma sensación en el corazón que cuando pintaba.

Apretando los labios, deslizó sus uñas por la piel de él, teniendo cuidado

de no lastimarlo.

Tanto sus labios como sus dedos perdieron contacto con él.

—Ciertamente no deberías —jadeó dentro de la boca entreabierta de él.

Se sentía tan bien al tocarlo, al tenerlo así de cerca. No pudo evitar excitarse,

estremecerse por dentro al imaginar lo que podrían llegar a hacer juntos.

«No, no debería —pensó él—; simplemente así es.»

—En seguida regreso.

Máximo quiso decir «sí, claro»,  
mas de sus labios no brotó más que  
un

jadeo entrecortado.

La cena le había trepado por la  
garganta, y así, intentando bajarla  
con

pequeños sorbos de agua, la vio  
alejarse en dirección al baño.

—Qué mierda —se gruñó a sí  
mismo cuando ella desapareció  
detrás de

la puerta de los servicios. «No

debería haber hecho eso, no debería haber

permitido que lo hiciera» —se repitió dentro de la cabeza una docena de

veces—. «¡Qué cojones! Sí, lo he disfrutado, quiero cien momentos como éste

con ella y mucho más. Para qué negarlo.»

De un salto, se levantó de su silla.

—Mierda, este día se pone cada vez más extraño. —Miró en

dirección a

la puerta de los servicios; de hecho, se quedó embobado observándola,

intentando decidir qué hacer a continuación. ¿No debería intentar discutir lo

sucedido con ella, aclararlo? ¿Qué pensaría ella de él ahora, si hasta hacía

unos minutos habían estado discutiendo sobre su casamiento? ¿Le parecería

correcto que un hombre a pocos

pasos del altar aceptase aquel gesto de otra

mujer? Bueno, en realidad aceptarlo no era gran cosa, lo malo era que quería

más.

Se sintió culpable, culpable por aceptarlo, por desear más; culpable por

no pensar en Geraldine del modo en que se suponía que debía, por no priorizar

el respeto que debía existir entre

ambos, ya que tenían una relación seria.

Culpable por todo, incluso por intuir que su reacción no era más que un modo

de sabotear lo que en el fondo ya creía terminado y perdido, y tal vez no fuera

por la sospecha de infidelidad de ella; intentando tener la mente fría,

comprendió que eso no era más que una excusa, algo que lo llevó a abrir los

ojos y ver lo que llevaba mucho tiempo allí, ¿o no?

—¡Mierda! —soltó al no poder decidir de dónde provenía lo que experimentaba.

Frustrado, recogió los platos sucios.

\* \* \*

Teodelina apoyo las manos sobre la piedra gris, alzó la cabeza y soltó un

largo suspiro de exasperación

mientras se miraba al espejo intentando leer en

su rostro una explicación para su último movimiento... uno realmente

innecesario con alguien como M de por medio. En cualquier otro momento de

su vida, con cualquier otra persona, lo que acaba de suceder no hubiese

significado absolutamente nada, no era nada, pero... ¡mierda, sí, con M sí era

algo!

Sentía temblores en las entrañas.  
Sudaba frío y le costaba respirar.  
Creyó

que acabaría expulsando la cena de  
su estómago. Tenía miedo de volver  
a

mirarlo a la cara otra vez.

«¿¿Qué coño haces?! —se preguntó  
a sí misma—. ¿Joderle la vida

todavía un poco más? ¿Qué ganas  
con confundirlo? ¿Y si en realidad  
para él

está todo ok, aunque su novia lo

engañe?, ¿para qué lo desorientas?  
¡Nada de

esto lo ayuda! Echártelo sobre tus  
hombros igual que si fuese un fardo  
no

soluciona nada, ¿qué harás tú con  
él?, ¡¿con esto?! ¿Qué va a pasar  
ahora?

Recuerda a Stefan.» Bien, sabía que  
con Stefan, en realidad, no le  
pasaba nada

realmente serio, no al menos algo  
que fuese del mismo calibre que lo

que

Stefan exclamaba a los cuatro vientos. «De todos modos, meterse con

hermanos nunca puede acabar en nada bueno, mucho menos con el prometido

de la dueña de la galería de arte en la que expones, menos cuando todavía

sospechan que puedes ser la responsable de la muerte de una mujer con la cual

te viste un par de veces, aunque algunos todavía no lo sepan.»

—¡Carajo! —exclamó tirándole un puñetazo a la superficie de granito

gris. El golpe desprendió una fuerte punzada de dolor que le subió desde el

puño izquierdo por el antebrazo hasta la axila.

Se sentía como si lo estuviese corrompiendo y no quería eso; él le

agradaba exactamente por eso, porque parecía demasiado naif,

demasiado

bueno y dulce, tal como le hubiese gustado ser, como ella misma habría

podido ser de haber tenido otra vida, como quizá hubiese sido si se hubiera

encontrado con más personas como él en el pasado.

\* \* \*

Máximo regresó a la mesa con el postre. Dos copas de una suave crema

de peras.

Cuando se volvió para colocar la  
suya al otro lado, vio a Teodelina  
salir

del baño.

—¿Postre? Dudo de que pueda  
comer nada más.

—Es crema de peras: no la he  
preparado yo, pero de todas  
maneras está

muy buena. Es el postre de la  
temporada, el que más solicitan  
nuestros

comensales —explicó en el tono más casual que pudo fingir, mientras la

tanteaba para saber si debía mencionar su acercamiento o no.

—¿Puedo pedirte un café luego?

Ella se había detenido a unos pocos pasos de él.

—Sí, claro. Pruébalo. —Le indicó su silla, ya que le dio la impresión de

que ella no deseaba volver a acomodarse frente a la mesa, sino

más bien salir

corriendo; obviamente se sentía tensa, pero no parecía disgustada, sino...

¿esquiva?, ¿arrepentida? En un segundo lo vio; tardaría más de eso en asimilar

el dolor que le causó ver que para ella no había sido nada sobre lo que

reflexionar, nada de importancia, nada que pudiese dar pie a alguna otra cosa,

ni de tipo físico ni mucho menos de tipo sentimental. Eso último le amargó

todavía más la boca y la noche, ya que, debía admitirlo, un lazo indescriptible

lo había unido a esa oscura chica, uno que iba más allá de la atracción física,

incluso de sus deseos de protegerla, y que tampoco tenía nada que ver con una

actitud paternalista; sin duda no

sentía por ella lo que sentía por su hija, era

algo más, igualmente profundo pero de un modo completamente distinto.

Ella tomó asiento, él la siguió. Teodelina cogió la cuchara que

acompañaba la copa y la enterró dentro de la crema de un modo un tanto

grosero. Se la llevó a la boca. Así fue, una cucharada tras otra en el más

sórdido de los silencios. Lo que

durante la comida había fluido entre ellos ya

no circulaba, se había esfumado; ella se había cerrado por completo.

—Espero que acabe pronto —soltó ella de repente, al posar por última

vez la cuchara de postre sobre el plato.

No supo a qué se refería exactamente; temió preguntar. En momentos así,

le daba la sensación de que ella se fastidiaba en su compañía.

—¿Lo de mañana sigue en pie?  
¿Concierto una cita con mi amigo?

—Sí, claro, si dices que puede ayudarnos...

—Confío en que así sea. —Su confusión era total; intentar entender a

Teodelina a ratos se le hacía imposible.

—Creo que es mejor dejar el café para otra ocasión.

Ella se puso de pie y recogió su chaqueta de la silla.

—Sí, bien, como prefieras.

—Gracias por la cena... y por todo lo demás.

—No hay problema; ha sido un placer y, ya te lo dije: estoy tan interesado como tú lo estás por dar con el asesino de Andrea.

—Era una chica buena.

—Lo sé.

Se puso su chaqueta de cuero.

—A veces me pregunto si hubiese

habido alguna diferencia si no me

hubiera acostado con ella, qué  
habría sucedido si no hubiera  
dejado que... Lo

nuestro no fue nada en su momento,  
pero se me ha ocurrido que... tal  
vez el

asesino la mató a propósito, por mí,  
porque sabía que habíamos estado  
juntas.

—Ni siquiera sabemos quién fue o  
si esa persona está relacionada

contigo; no tienes que culparte por

lo sucedido. Sean cuales sean las razones

por las que esa persona entró en la galería y mató a Andrea, así sea alguien

que tiene algo en tu contra, tú no tienes la culpa.

—Hice cosas de las que no me siento precisamente orgullosa; las hice

porque no me quedaba otra alternativa, eran mi única opción entre tantas cosas

malas. Creí escoger los caminos menos malos; aun así, todo lo que toco queda

impregnado de mi pasado y eso no es bueno.

—No digas eso.

—No lo digo para que sientas lástima por mí.

—No es que me des lástima, puedes con todo y mucho más, pero no creas

que es culpa tuya. Eres una buena persona.

—No sabes eso.

—Sí, lo sé, lo siento.

—Estás equivocado. —Le parecía ver en M todo lo que a ella le faltaba.

—Eres una buena chica; sin importar lo que digas, lo que intentes hacer

creer a los que te rodean, lo eres.

Teodelina retrocedió, alejándose de él.

—Eres un buen hombre, M,

demasiado bueno. Ten cuidado, a veces la

gente se aprovecha de personas como tú.

Por un par de segundos, cundió el silencio entre ambos.

—Tengo que irme; nos vemos mañana.

—Sí, claro. Te llamaré para decirte a qué hora.

—De acuerdo.

Máximo le abrió la puerta.

—Buenas noches —se despidió ella, poniendo entre ambos, y con toda la

premura de que fue capaz, la mayor distancia posible. Máximo no pretendía

otro beso en los labios; bueno, en realidad sí, pero al actuar de esa manera

ella le indicó que toda distancia física entre los dos era poca, ni siquiera un

beso en la mejilla como pueden

hacer dos amigos.

La vio alejarse a paso raudo hasta su automóvil; de camino encendió un

cigarrillo.

Se sintió todavía más tonto cuando ella salió disparada a una velocidad

tal que las gomas de las ruedas del coche chirriaron estruendosamente en el

silencio de la madrugada.

Tan pronto como abrió los ojos, decidió que llamaría a Resa para interesarse

por la situación de Patricio Conde. Su objetivo principal con aquella llamada

era lograr sonsacarle a la detective lo que el sospechoso pudiese haber

declarado. Necesitaba saber en qué estado se encontraba la investigación y,

por cómo habían discurrido las

cosas durante los últimos días entre  
Geraldine

y él, llamarla a ella para procurar  
obtener alguna respuesta clara era  
tiempo

perdido; ella se cerraba sobre sí  
misma cada vez que él intentaba  
tocar el

tema... lo que le daba una razón  
más para sospechar sobre el tono  
de su

verdadera relación con el artista.

Armado con una taza de café y el

teléfono, se encerró en su cuarto

después de comprobar que Stefan dormía plácidamente, roncando y todo, en su

estudio, desparramado, igual que siempre, sobre el sofá cama.

Un hombre le contestó, alguien que se identificó también como detective;

se le escapó su apellido, culpa de la ansiedad que lo invadía. Después de

identificarse, pidió hablar con la

detective Resa.

—Aún no ha llegado. ¿Quiere dejarle un mensaje?

—No, está bien, la llamaré más tarde.

—¿Era por algo urgente?

—Tan sólo deseaba saber...

—Ah, aquí viene —soltó el tipo, interrumpiéndolo—. Si aguarda un minuto, le paso la llamada.

—Sí, muchas gracias, esperaré.

Lo pusieron en una línea de espera con esa típica música aburrida de

fondo. Máximo se quedó contemplando su cuarto, las blancas paredes, la

impecable limpieza y orden. Su habitación le pareció todavía más aburrida y

fastidiosa que la música, tanto que le resultó completamente ajena; es más, le

dieron ganas de sacar hasta el último cuadro y el último mueble,

vaciarla, y

empezar de cero.

—Maldita crisis de los cuarenta que se me ha adelantado —gruñó

apartando las cortinas para dejar entrar el sol. Fuera como fuese, sitió un gran

impulso de salir corriendo a comprar un par de latas de pintura y cambiar

aquel lugar de forma rotunda; lo malo era que no tenía ni idea de qué dirección

quería que tomase el cambio.

—Resa al habla.

Dio un respingo al oír su voz.

—Hola, hola, sí, soy Máximo Verti. Lamento molestarla tan temprano.

—No se preocupe, no es problema. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Llamaba para preguntarle sobre Conde. ¿Cómo está él? Sé que

probablemente, para proteger la investigación y todo eso, no debe contarme

demasiado, pero... ¿pudo hablar con él?, ¿le dijo algo?, ¿explicó las razones

por las cuales intentó acabar con su vida?

—Señor Verti —comenzó a decir ella después de soltar un largo suspiro.

—Máximo, llámeme Máximo, por favor; el señor Verti es mi padre.

—Máximo: no puedo contarle nada; como bien ha dicho usted, la investigación continúa.

—¿Ha hablado? ¿Ha dicho algo?

—Entiendo que el caso lo afecte, usted conocía a la señorita Fuentes...

—¿Fue él quien la asesinó?

—No tenemos ninguna prueba de eso.

—¿Sospecha de él?

—Señor Verti —entonó ella alargando cada sílaba con la intención de

hacerle comprender que no podía

discutirlo con él. Máximo insistió.

—¿Por qué intentar suicidarse si en realidad se es inocente?

—Nadie es completamente inocente

—soltó ella entre exasperada y

cansada, pero no con él; su fastidio era generado por una fuente distinta, eso le

dio pie para no detenerse allí.

—¿A qué se refiere? ¿Usted no cree que haya sido él, pero... aun así...?

—Es un asunto delicado.

—Claro que sí, una persona ha muerto.

—Señor Verti, el asesino sabía lo que hacía.

—¿Cómo?, no comprendo. ¿Qué me estoy perdiendo?

—La escena del crimen era un verdadero caos; la fiesta que se celebró

con anterioridad al asesinato dejó el lugar sembrado de rastros de ADN.

Máximo la dejó seguir.

—Sin embargo, el cuerpo estaba limpio.

—¿Limpio?

—Más allá de la firma personal del asesino, de su modo de actuar, no

tenemos más rastro de él. Sin duda usó guantes, incluso tal vez tomó alguna

otra medida para no ser identificado. Y aquí no termina todo: tengo la certeza

de que ésta no ha sido su primera vez; sabía lo que hacía, la suya no

fue una

reacción al azar. Los peritos creen que es una persona entrenada, no sólo

porque tiene fuerza física, sino porque sabe cómo luchar, cómo evitar las

reacciones de sus víctimas, tanto como para no salir lastimado, como para

impedir cualquier posibilidad de escape de ésta. Creen que, básicamente, la

dejó indefensa con su destreza.

—¿Destreza? —Máximo se atragantó con su propia saliva. Por suerte

había dejado su taza de café sobre la mesita de noche.

—Lo que todavía no nos queda claro es si sabía o no lo del sistema de

seguridad: tanto si sabía que había uno instalado como que éste fallaba.

—Pero... no entiendo, ¿por qué

alguien de esas características...?

—Creemos que no partió del lugar inmediatamente después de cometer el

asesinato.

—Y eso, ¿por qué?

—No lo sabemos. ¿Tiene usted alguna idea? —soltó esto último en un

tono socarrón.

—No tiene sentido. ¿Qué pruebas tiene de que así fue?

—Lo lamento, no pudo decírselo. Lo que sí voy a decirle es que dudo de

que esa persona haya sido Patricio Conde. Ya se lo dije a su prometida, ¿no ha

hablado usted con ella?

—No.

—Sin embargo, sí tengo otro tipo de pruebas en su contra. Una huella

dactilar, de pintura negra, en un poste de luz a un par de metros de la galería.

—Entonces fue él quien atentó contra la fachada del edificio de la galería.

—El abogado de Conde ya fue puesto al tanto de esa situación.

—¿Ya tiene abogado?

—Sí, ayer se presentó en el hospital.

—Aun así, no comprendo, ¿por qué hizo lo que hizo? ¿Es que acaso tenía

miedo de que, por ser culpable del

acto de vandalismo contra la galería,

también lo acusasen de homicidio?  
¿No hubiese sido más sencillo aclararlo

todo?

Resa permaneció en silencio.

—Hola, ¿sigue ahí?

—Sí, aquí estoy. Escuche: debo colgar ya, tengo mucho trabajo por hacer.

—Entiendo.

—Hable con su prometida, probablemente ella haya conversado con el

abogado de Conde; él sabe en qué condiciones se encuentra la causa contra su

defendido, y el resto de los pormenores del caso.

—Sí, claro, eso haré.

—Una última cosa. —Resa hizo una brevísima pausa—. Máximo, me cae

bien, por eso le diré lo que voy a

decirle.

Máximo esperó en silencio.

—Tenga cuidado con lo que hace, con quién se relaciona. Esto no es un

juego de niños, tampoco un pasatiempo inocente. Hay una persona muerta y

alguien más estuvo a punto de morir ayer.

—Soy consciente de ello.

—No juegue con fuego.

—No sé a qué se refiere.

—Sé quién pasó anoche por su restaurante.

Se le cerró la garganta y el corazón se le disparó.

—¿Me vigila? ¡No, un momento, la vigilan a ella! ¡No tiene pruebas para

hacer nada semejante!

—Sólo tomo precauciones, no quiero que nadie más intente suicidarse.

—Teodelina no tiene nada que ver con eso. —El rugido le salió de las entrañas; no podía creer que la acusase de empujar a alguien a hacer algo

semejante o, mucho peor, de disfrazar un asesinato como un suicidio.

—Usted no lo sabe.

—Claro que lo sé, ella quiere encontrar al culpable.

—Esa mujer tiene un pasado que habla por sí mismo, un pasado que

todavía no ha terminado. Muchos de sus antiguos enemigos han ido

desapareciendo poco a poco en confusos episodios y ella siempre aparece en

medio. Existen varias causas ligadas a la banda para la que ella primero

trabajó prostituyéndose y luego traficando drogas.

—¡¿Qué dice?! ¡La obligaron a eso! Eso es ridículo. Si lo que insinúa es que...

—No insinúo nada, solamente me remito a los hechos. Teodelina Cassel

no es cualquier persona. Incluso si, por una extraña razón, estos sucesos no

tienen nada que ver con ella, continúa pesando sobre su cabeza una historia

que dudo de que llegue a un final feliz. No entiendo qué fue lo que sucedió con

Conde, tenemos una llamada

anónima, un disparo de bala que voló la

cerradura de la entrada...

—Ella no asesinó a Andrea.

—Máximo, anoche me confirmaron que Fuentes y Cassel fueron vistas

juntas fuera del ámbito laboral de la galería, y en un modo de relacionarse más

afectuoso que el estrictamente comercial.

—Usted no tiene derecho a meterse

en su vida privada.

—Es mi obligación hacerlo, porque esa vida privada involucra a Fuentes.

¿Sabía usted de esa relación? Seguramente también me gritará por lo que le

preguntaré a continuación: ¿qué relación tiene usted con Cassel?

—No pienso responderle.

—Se meterá en problemas, ya está en problemas. Le sugiero que se

busque un abogado.

—Que no le quepa la menor duda de que lo haré, y Teodelina también

conseguirá uno. Está usted muy equivocada, Resa.

—Y usted peca de inocente, Verti. Pídale que le cuente toda la verdad.

Mi sano consejo es que intente aclarar su vida lo máximo que pueda.

—No necesito sus consejos.

—Sí que los necesita, porque por

detrás de sus espaldas suceden una  
infinidad de cosas que usted  
desconoce y, por lo tanto, cualquier  
decisión que

tome bajo esas condiciones jamás  
podrá ser la más acertada.  
Búsquese un

abogado, y cuanto antes, porque me  
agradaría mucho tener la  
oportunidad de

preguntarle qué hizo durante el día  
de ayer, Verti. También se lo  
preguntaré a

Cassel.

La mente de Máximo quedó en blanco. No supo qué decir; quería cortar

la comunicación y no era capaz de mover un solo músculo.

—Es imposible mantener un secreto oculto por siempre, Verti. Los

hechos, al final, siempre salen a la luz; me encargaré de que así sea. Ahora, si

me disculpa, debo colgar. Que tenga un buen día.

Resa cortó la llamada antes de que él lograra encontrar el modo de responderle.

Sabía que era muy probable que Resa acabara descubriendo que

Teodelina y él habían encontrado a Conde, probablemente él mismo se lo diría

cuando recuperase la voz, ¿o no? En todo caso, si no se lo decía él, incluso si

no podía probarlo, sospecharía que andaban en algo juntos Teodelina y

él.

El juego se había acabado. Resa había dicho que tenía razones para creer

que Andrea no era la primera víctima del asesino y después había insinuado

que Teodelina estaba involucrada en la desaparición, es decir, la muerte —

probablemente— de quienes en el pasado la habían sometido a tan tortuosa

existencia. ¡Si esos desgraciados eran los responsables de que su vida fuese lo

que era: una tela cubierta de negro!

—¿Con quién te peleabas?

Stefan irrumpió en su cuarto con una cara de dormido imposible de

disimular. Si bien su hermano ya estaba en casa cuando llegó de su cena con

Teodelina, sospechaba que no llevaba mucho tiempo durmiendo.

Máximo no pudo definir qué le molestó más: que entrase sin llamar, su

cara de dormido, que se metiese en asuntos que no eran de su incumbencia o

que se bebiese su café así tan tranquilamente.

En ese instante quiso girarle la cara de un puñetazo para que dejase de

beberse su café, de invadir su casa y, por qué no, también que parase de

acostarse con Teodelina.

Se tragó su ira. Las cosas que debía resolver no se solucionarían de ese modo; después de todo, a Teodelina nadie la obligaba a verse con Stefan.

—No me peleaba con nadie y, en todo caso, no es asunto tuyo. ¿Te has

caído de la cama?

—No, me despertaron tus gritos.

—No gritaba.

Stefan caminó hasta su cama y allí, a los pies, retomó el asunto

tranquilamente.

—¿Discutías armoniosamente con tu futura esposa? —curioseó en tono

burlón, para luego beber un sorbo de café.

—No estoy para juegos, Stefan.

—¿Sabes qué?, también comienzo a considerar el ponerme serio.

Máximo se levantó de la cama.

—¿Ponerte serio?

—Quiero comprar un apartamento en la ciudad, o tal vez mejor una casa,

con jardín..

—¿Eso es ponerse serio? ¿Para qué quieres una casa aquí, no vives

en...?, ¿dónde me dijiste que vivías?

—Bueno, en realidad tengo algunas propiedades por Europa. —Stefan se

levantó y lo siguió hasta el vestidor, donde Máximo recogía ropa limpia para

vestirse después de darse ducha—. Me he hartado del Viejo Continente;

además, me parece mucho cambio pedirle que se mude a Europa conmigo, ya

es suficiente con lo que tenemos ahora, ella no está acostumbrada a este tipo

de cosas.

—¿Qué?! —La exclamación le

salió, otra vez, de las vísceras.

—Teodelina y yo, lo nuestro va en serio. No digo que pienso proponerle

matrimonio mañana; sin embargo, no puedo negar que me tienta tener un futuro

con ella. Es especial. Dudo de que encuentre a otra mujer igual en todo el

mundo.

—Bromeas; la conoces hace apenas dos semanas y tú no eres del tipo...

dudo de que ella tampoco... te apresuras demasiado.

Stefan le tiró un golpe, con aire amistoso, al hombro, golpe que a Máximo

le cayó terriblemente indigesto.

—Deberías saberlo, hermano, eso hace el amor. ¿Qué no harías tú por tu

amada Geraldine?

Máximo se desembarazó de su hermano.

—Es una locura; papá jamás estará de acuerdo con eso.

—Max, no necesito la autorización de papá. Además, te equivocas, al viejo le encantará saber que me instalo en la misma ciudad que mis hermanos

mayores y que, al final, he encontrado a la mujer indicada. Sé que Teodelina

no tiene el aspecto de... bueno, tampoco es el tipo de chica que papá hubiese

elegido para mí, pero soy yo quien me acuesto y me acostaré con ella por

mucho tiempo, de modo que no se trata de su elección, sino de la mía. Por lo

menos, hasta ahora, papá está muy interesado en el trabajo de Ultra Negro. Le

envié por correo electrónico unas fotografías de sus cuadros y dice que son

especiales; tal vez le consiga

nuevos clientes. Creo que Teodelina necesita a

alguien que le dé verdadero impulso a su carrera y, no te enojas, es sin ánimos

de ofender: Geraldine no está a la altura. Sí, su galería es respetada; sí, ella

sabe de arte... —Hizo un gesto que Máximo no logró descifrar, como si

sintiese pena o... vergüenza—. No está a la altura de lo que mi chica se

merece, creo que deberíamos...

Stefan no logró terminar la frase: el puño cerrado de su hermano, al

impactar contra su mejilla izquierda, le cerró la boca y no sólo eso, le partió

el labio, hizo crujir su nariz y, de propina, le arrebató la taza de café de las

manos.

—No vuelvas a soltar nada semejante —le gritó, mientras Stefan,

agarrándose el rostro, vociferaba una retahíla de insultos en alemán —. Tal vez

debas buscarte otro lugar en el que quedarte. —En cuanto chilló eso último,

cosa que hizo sin pensar, se arrepintió. No quería que Stefan fuese a caer con

sus maletas a casa de Teodelina, ¡era lo último que deseaba! Y, sin embargo,

como un tonto, lo enviaba directo

hacia allí. ¡Si acababa de decirle que

pensaba tomarse en serio su relación con ella!

—Lo lamento.

—¿Qué mierda te pasa a ti esta mañana?! —gritó Stefan recuperando la

verticalidad, aunque todavía no soltaba su rostro. Un delgado hilo de sangre

corría por su barbilla.

—Voy a por hielo.

—¡No quiero que me traigas nada!  
¡Me largo de aquí! —Stefan dio  
media

vuelta y enfiló en dirección a la  
puerta.

—No, perdona, no era en serio, no  
tienes que irte. Es que lo que has

dicho... no tenías necesidad. —  
Odiaba tener que tragarse eso, pero  
más

hubiese odiado ver a su hermano  
instalado en el apartamento de la

mujer que

no podía quitarse de la cabeza—. He empezado el día del peor modo y tú no

sabes cuándo cerrar la boca.

—Ya te has encargado de hacerlo por mí.

Stefan atravesó el salón comedor en dirección a la cocina.

—De verdad, quédate, aunque sea por apiadarte de mí; no quiero que el

viejo me llame para regañarme por haberte echado de casa. —Odiaba tener

que comportarse de ese modo, mentir de esa manera—. Si quieres comprar

una casa, te ayudaré a buscar una, pero no te vayas, tómate las cosas con

calma. No tienes por qué apresurarlo todo.

Stefan sacó una bolsa de guisantes congelados del congelador y se la

colocó sobre la cara, del lado izquierdo, entre la boca y la nariz.

—¿Estás bien?

—No golpeas tan duro, hermano. El día que te golpee yo, descubrirás lo que significa golpear fuerte.

Máximo se lo quedó mirando; vio en sus ojos que de verdad tenía ganas

de devolverle el puñetazo.

—Oye, tengo que salir, tengo cosas que hacer. Tú quédate aquí,

discutiremos tus planes luego.

—¿Sabes cómo puedes compensarme lo que acabas de hacer?

—Qué... ¿cómo?

—Con una cena, una cena de parejas: Geraldine, tú, Teodelina y yo, todos

en tu restaurante. ¿No te parece una idea espléndida?

«No, ni remotamente», pensó.

—Ehh...sí, ya organizaremos algo.

—Tendrás que esmerarte, esto me dejará un moretón —acotó ladeando la

cabeza para recordarle el golpe que le había dado en la cara.

—Sí, claro.

—¿Serás amable con Teodelina? Ella es distinta, pero es una chica...

—De verdad que tengo prisa, Stefan, lo discutimos más tarde.

—Sí, lárgate antes de que me vengan otra vez las ganas de devolverte el

gesto.

Máximo se fue de allí, no porque tuviese miedo de que lo golpease, sino

porque temía que continuase soltándole los planes en los que incluía a

Teodelina, ¡y esa maldita cena que quería hacer!

¿Es que acaso su hermano no tenía ni idea de las sospechas que recaían

en Teodelina por la muerte de

Andrea? ¿Cómo podía hacer tantos planes y ni

siquiera molestarse en defenderla? Le daba la impresión de que, para él,

Teodelina no era una persona, sino más bien una suerte de objeto de

adoración, alguien sin capacidad de raciocinio o de tomar sus propias

decisiones. Hablaba de ella como si la realidad fuese otra. Se preguntó si ella

apañaba esa ficción. Sí,

probablemente Teodelina no le había contado ni una

sola palabra de nada; de sobra comprendía que era en exceso reservada y que,

si bien tenían una relación, ésta no incluía conversaciones en las que se

compartiesen preocupaciones ni, mucho menos, pasados dolorosos.

Esquivando el charco de café, el cual no pretendía detenerse a limpiar

(su antiguo yo sí lo hubiese hecho, pero el que de repente estaba cansado del

blanco de las paredes no), terminó de recoger la ropa y se encaminó al baño

para darse una ducha. En cuanto terminase, llamaría a su amigo y luego a

Teodelina.

\* \* \*

Teodelina se paró en la esquina en que acordó encontrarse con

Máximo.

El sol pegaba fuerte, el calor apretaba, sobre todo dentro de sus ropas negras y

cerradas, calentando también, casi al rojo vivo, el metal de la cadena y el

colgante prendido de ésta. En un rápido vistazo a su alrededor, a través de los

cristales oscuros de sus gafas de sol, encontró la agradable sombra de un árbol

y bajo ésta se guareció a esperarlo.

Ansiosa, se mordisqueó las uñas arruinando el esmalte negro que las

cubría. Desde la acera de enfrente alguien la miró con mala cara. Que eso le

sucediese no era ninguna novedad; por lo general no le afectaban las

reacciones similares a ésta; es más, casi se sentía segura viviendo en esas

condiciones, manteniendo así, al margen de su existencia, al resto

del mundo.

Sin embargo, esa mañana los nervios le jugaban una mala pasada; era

consciente de que necesitaba la ayuda del amigo de Máximo, el abogado, y no

quería caerle mal, o al menos no demasiado mal, no lo suficiente como para

que se negase a ayudarlos. No es que tuviese planeado comportarse de un

modo servicial y sumiso con nadie, aún menos con un extraño, pero en el

fondo temía que el tipo tuviese, o le funcionasen mejor, las dos neuronas que a

Máximo por lo visto le hacían cortocircuito, llevándolo a meterse en sus

asuntos para ayudarla, a inmiscuirse en un lío que no era realmente suyo, un lío

que podía poner en riesgo su vida.

Después de la llamada de Máximo poco más de una hora atrás, puso su mayor empeño en deshacerse de la oscuridad que le dejara una mala noche de

sueños en los que revivió, todos mezclados y en escenas de lo más dolorosas,

días pasados. Tampoco fue agradable soñar con lo que deseaba; resultaba

frustrante tener únicamente en sueños a un hombre que de verdad

le gustaba y

que, además, le daba miedo que le gustase. Sinceramente no quería

complicarle la vida a Máximo todavía más; le remordía la conciencia

empujarlo en dirección opuesta a lo que solía ser la vida normal de él, aunque

sabía que, en teoría, no lo obligaba a nada, pues, si entre ellos pasaba algo,

era responsabilidad de los dos.

La culpa era más grande que esa seguridad, puesto que, de no ser por lo

que había pasado con Andrea, probablemente la vida de ambos jamás se

hubiese cruzado. Además, tenía la firme convicción de que él no podía vivir

su vida, ni ella la de él. La mirada acusadora de las mujeres que pasaron en

ese instante por su lado fue la

confirmación de dicha tesis. Ella no pertenecía a

aquel lugar y probablemente Máximo comprobase que él no pertenecía a los

lugares que ella pretendía mostrarle, a los que él había insistido en

acompañarla para ayudarla a dar con el paradero de Nicole.

Comenzaba a arrepentirse de haber accedido a reunirse con él allí, de

darle rienda suelta a la locura de él.

Las ganas de largarse a un sitio muy lejano, sola, le sobrevinieron otra vez, igual que la noche del estreno en la

galería, cuando Nicole nunca llegó. Quizá eso mismo debió hacer.

Se preguntó si sería muy tarde para eso, para empezar de cero.

Convertirse en alguien distinto, en otra ciudad, con otras personas, sin pasado... Eso podía arreglarse, conocía a quien podía hacerlo por una suma

que bien valía la pena. Si se iba, sería para no regresar jamás.

Sacó la cajetilla de cigarrillos, se llevó uno a los labios y lo encendió.

No surtió el efecto deseado, sino todo lo contrario, pues se sintió todavía peor.

La taza de café que se bebió después de que Máximo la despertara con su

llamada ardía dentro de su estómago y amenazaba por subirle

por la garganta

para chocar en la boca con el humo del pitillo.

De verdad deseó largarse, lo más trágico fue que no pudo, sus pies no se

movieron del lugar.

—Hola. Llego tarde. Un tráfico infernal. ¿Llevas mucho tiempo

esperando? —soltó él a toda velocidad después de llegar a ella por la espalda

sin hacer ruido.

Le bastó con sólo mirarlo a los ojos para determinar que su ansiedad no

era menor a la suya, sino tal vez todo lo contrario: mucho mayor. No había que

ser adivina para saber lo que debía de pasar por su cabeza en ese instante:

«correcto, hasta aquí he llegado; ahora, ¿cómo se la presento a mi amigo el

abogado?».

El letrado se preguntaría qué hacía con alguien como ella. Le diría que estaba loco por meterse en esa historia.

—¿Llevas mucho esperando? —  
repitió ante su mutismo.

Teodelina negó con la cabeza, aspiró por el filtro del cigarrillo una vez

más y, solamente entonces, consiguió encontrar su voz.

—Un par de minutos nada más.

—Me topé con todo el tráfico de Buenos Aires camino hacia aquí.

—No hay problema.

Máximo se detuvo a observarla nada más que un par de segundos, con los

ojos entornados; ella se sentía fatal y a él le brillaba la mirada. Eso la hizo

sentirse pésimamente, él parecía entusiasmado.

—¿Te encuentras bien?

—Sí... todo bien.

—¿Cómo has dormido?

—Como siempre.

—¿No has logrado descansar demasiado?

—No importa; de todas formas, no es ninguna novedad. ¿Seguro que

deseas hacer esto? Resa quiere sangre y no parará hasta encontrarla, sobre

todo ahora que ha descartado que Conde tuviese responsabilidad

alguna sobre

la muerte de Andrea. Bien podrías hacerte a un lado y esperar a que ella

encuentre al asesino, así procedería cualquier otra persona. No tienes por qué

salir en mi defensa.

—Sí tengo, eres inocente y no soporto las injusticias.

—Máximo, mencionaste así de pasada que Resa te contó algunas cosas

sobre...

—Sé que no tienes nada que ver con lo que ella insinuó que...

—No, no lo sabes. No es coherente que alguien como tú tome parte en una situación de esta calaña motu proprio.

—No toleraré que Resa te ponga en el papel de verdugo cuando eres la víctima.

—Hace mucho tiempo que dejé de ser una víctima, M. Agradezco tus

buenas intenciones. Creo que deberías guardarlas para alguien que en verdad

las merezca. Puedo buscarme un abogado por mi cuenta; sé defenderme, no es

la primera vez que me encuentro en problemas y, por lo general, suelo arreglármelas sola y a mi modo.

—No deberías arreglártelas sola si alguien te ofrece su ayuda.

—Oye, no sé cómo decírtelo para que te quede claro, es que tú eres...

—  
soltó un bufido de frustración—. No deberías ser tan bueno con las personas.

Soportas más de lo que tienes que soportar y...

—No necesito saber más de lo que ya sé sobre ti, no al menos esa parte,

porque me imagino que lo que te sucedió es imposible de comprender para

alguien que no haya vivido la

misma experiencia; ni el nivel de empatía más

alto puede ponerme a mí en tu lugar, de modo que no pienso juzgarte por...

La mano de Teodelina voló hasta sus labios, para taparle así la boca.

—No me estás escuchando, M. No prestas atención a lo que digo. ¿Por

qué no quieres escucharme? Hazlo, por favor. Te pido que seas coherente,

porque yo no puedo.

Máximo cogió la mano de Teodelina y la apartó de sus labios. No la

soltó.

La mano de él rodeando la suya provocó que su piel se erizara. Se sentía

tan bien, era tan suave y cálida, tan segura, la notaba tan condenadamente bien

contra su cuerpo...

—Si te hubiese conocido antes, probablemente habría sido yo quien

borrarse a esos hombres del mapa.

Teodelina apretó su puño libre, porque lo que él dijo derritió parte de la

coraza negra que la cubría. Sintió su cuerpo debilitarse y solamente quiso que

él la atrapase en la caída. Deseaba caer en él, soltar todos los miedos a un

lado y permitir que la atajase. En silencio, se quedó mirándolo y deseando con

la inocencia más absoluta que aquello que acaba de decirle fuese verdad. A

pesar de todo, volvió a sentirse como una chiquilla de dieciséis años, libre

para sentir cualquier cosa, para esperarlo todo, incluso un hermoso final rosa

en vez de una larga historia negra como era su vida desde que tenía uso de

razón.

—Esa detective jamás podrá probar nada; a esos hechos los devoró el

pasado y allí se quedarán, al igual que todo lo demás. Pero, si Resa se sirve

de ese pasado para intentar darle forma a lo que ha sucedido ahora, es

probable que, con la ineficiencia de las fuerzas policiales y su sed de dar la

apariencia de funcionar de veras,

acabe construyendo un caso sin pies  
ni

cabeza pero que tendrá resonancia  
y toda la publicidad que pueda  
desear.

—No creo que Resa busque eso,  
simplemente está equivocada; ella,  
como mucha gente, no comprende...

—Tampoco tú terminarás de  
comprenderlo jamás; es mi vida, M,  
no la

tuya. Tienes otras cosas de las que  
ocuparte; deberías dar media vuelta

y

regresar a casa con tu familia, con la que se convertirá en tu esposa.

—No puedo seguir adelante con mi vida sabiendo que podría cometerse

una gran injusticia que quizá, si todo sale bien, logre ayudar a evitar.

—Y luego, ¿qué?

—¿A qué te refieres?

—A nada, no me hagas caso. Llama

a tu amigo y dile que gracias por

todo, que no necesitarás su ayuda.

—Decidida a dejarlo en paz, a no  
joder su

existencia tanto como el destino se  
había ocupado de joder la suya,  
sacó las

llaves de su coche del bolsillo de  
sus pantalones y hacia allí se  
dirigió.

—¿Adónde vas? ¡No haré eso!

Estoy contigo en esto hasta el final

—le

espetó cortándole el paso.

—No quieres terminar con una causa judicial sobre tus hombros.

Recuerda que tienes una niña. Ya te pesa haberla abandonado una vez; si

sigues con esto, será como darle la espalda una segunda vez. Tienes que ser

responsable; puedo sola con mis líos.

—¿Cuál es el problema contigo?  
¿De verdad no quieres que te ayude

0

simplemente quieres sacarme del medio? ¿Te fastidio al intentar ayudarte?

¿Temes deberme algo después?  
¿Qué es? Entiendo que no tengas costumbre de

recibir la buena voluntad de otros; sí, tuviste una mala experiencia...

—¿Mala experiencia, a eso resumes mi vida?

—No intento empequeñecer el calvario por el que seguramente

debiste

de pasar, no tengo la menor intención de minimizar los hechos; si me lo

permites, te diré que creo que tú, con tu comportamiento, no haces más que

empeorarlo todo un poco más. Extiendes el pasado sobre tu presente, incluso

sobre tu futuro. De esta manera no le das a la vida la oportunidad de resarcirte

por lo que te ha hecho. No soy idiota, también desconfiaría de todos si hubiese

pasado por lo que tú —hizo una breve pausa—, pero en algún momento

deberás bajar las barreras al menos un poco, y permitir que el agua vuelva a

mojar tus pies o, de otro modo, el pasado nunca te abandonará, vivirás en él

por siempre. No quieres eso... ¿o

sí?

—Ya no tengo nada que perder... tú podrías perderlo todo. ¿Estás

dispuesto a eso por alguien a quien apenas conoces, por alguien que ha hecho

demasiadas cosas malas?

—Esta discusión es estúpida, creía que mi posición había quedado clara.

También sé cuidarme solo. —Dio un paso al costado decidido a mostrarse

firme, resuelto—. Haré esto lo quieras tú o no; no voy a apartarme únicamente

porque no quieras que me meta. El asunto es de mi incumbencia. Verte a ti

culpada de un acto que no cometiste no me dejará tranquilo, quiero al

verdadero culpable de la muerte de Andrea tras las rejas.

«Podría no terminar allí —pensó ella—. Si Resa se queda con las ganas

de echarme sus garras encima, revolverá todo mi pasado antes de quedarse

tranquila, antes de dejarme en paz.»

—¿Vienes conmigo o no? —le preguntó lleno de miedo, puesto que no

tenía ni la menor idea de qué haría si ella le contestaba que no.

Ir era aceptar que, por fin, quería

desprenderse del pasado; eso y admitir

que necesitaba su ayuda y, sí, que temía deberle ese favor y mucho más,

además de transformar su relación en algo más que la idea para un cuadro. Ir

con él significaba coger un bastidor en blanco, pinceles y pintura y disponerse

a pintar lo que fuese que saliese de su interior, sin restricciones, sin

miedos, al

igual que siempre, con sinceridad pura y dura.

Teodelina apretó los dientes, Máximo no despegaba la vista de sus ojos.

Los segundos significaron una tortuosa espera para Máximo.

—Si la situación empeora, te harás a un lado; prométemelo, pensarás

primero en tu hija, en tu vida.

Le contestó que sí con la cabeza

solamente con la intención de dejarla

tranquila.

—Vamos, ven conmigo, Lisando nos espera.

\* \* \*

Sí, Lisando Bloch los esperaba en una de las tantas salas de reuniones

con las que contaban las instalaciones de sus oficinas, que no eran solamente

un bufete de abogados. Además de

asesoría legal, brindaban servicios de

investigación y seguridad.

Todos los empleados de la firma se vestían bajo un mismo código:

elegante, caro, sobrio, aburrido.

Una mujer de edad indescifrable, quien se anunció como la secretaria del

señor Bloch, los acompañó hasta aquella sala de oscuras paredes de madera.

Al fondo del salón, más allá de la larga mesa de reuniones rodeada de más de media docena de sillas de madera y cuero, entre dos ventanas, lucía,

bajo el resplandor blanquecino del sol de la mañana, un inmenso ramo de

flores. Sobre la mesa, en una bandeja de plata, un botella de cristal con agua y

tres vasos.

El lugar olía a madera, a limpio.

La mujer salió cerrando las dos hojas de la puerta a sus espaldas tras

anunciarles que el señor Bloch los acompañaría en un momento.

Máximo se quedó parado junto a la puerta, ella echó a andar rodeando la

mesa.

Estudió el espacio con calma. Así fue cómo encontró un proyector

disimulado entre las cenefas y la pantalla correspondiente al otro

lado del

salón. También detectó sensores de movimiento, que seguramente debían

formar parte de un sistema de alarma.

No halló cámaras escondidas, si bien no descartó que pudiese haberlas,

quizá también micrófonos.

El lugar le ponía los pelos de punta. Se sentía igual que una gran mancha

negra en un cuadro blanco. Quería fumar y allí no había un solo cenicero,

razón por la cual comprendió que no estaba permitido. Tal vez si se asomaba a

la ventana... Vio los detectores de humo, pero no creyó que fuesen a

encenderse por la estela de humo y el calor de su cigarrillo.

—¡Max!

La exclamación sonó acto seguido a que las puertas se abriesen de par

en

par y por ellas entrase un hombre todavía más alto que Máximo,

impecablemente vestido y acicalado, de rostro y físico agraciados, y con una

de esas personalidades que parecen ser imposibles de vencer.

Los amigos se abrazaron y palmearon sus respectivas espaldas al tiempo

que reían.

—¡Al fin te dignas aparecer! Ya te hacía con diez kilos de más,

convertido en uno de esos chefs y dueños de restaurante del tipo borrachines

que le dan a la botella todo el día.

—No ha pasado tanto tiempo desde la última vez que nos vimos; además,

lo último que supe de ti era que andabas por no sé dónde de viaje.

—Mi mujer. Me largué bajo amenaza, como siempre; sus

acusaciones se

fundamentan en que trabajo demasiado y que para qué sirve el dinero que gano

si no lo disfruto. En fin, no fue la única voz que saltó en mi contra: mi médico

me ordenó un descanso, así que me fui primero a pasear unos días por Europa,

luego regresé y, no sé cómo, acabé a la semana en las Bahamas,

achicharrándome al sol. Volvimos y

mi suegro nos invitó al sur. En fin,  
nada,

eso y el trabajo. ¿Cuál es tu excusa?

—El restaurante va muy bien,  
mucho trabajo.

—¿Para cuándo una sucursal del  
mismo?

—Veremos, he pensado en eso.

—Ok, me invitas a una cena y lo  
discutimos, me gustaría invertir.  
Pero

ahora... —Alzó la vista y miró a

Teodelina; se dirigió hacia ella ya  
tendiéndole la mano.

Teodelina no detectó nada extraño  
en el modo en que la miraba; le dio  
la

impresión de que él había visto  
cientos de personas como ella antes  
o como si

no detectase nada distinto entre ella  
y él.

—Lisando Bloch, un placer  
conocerle. ¿Eres Teodelina, no es  
así?

—Sí —medio balbuceó, en *shock* por la efusividad del abogado.

—Max me contó algunas cosas sobre ti y la verdad es que me picó la

curiosidad. No te lo tomes a mal, pero me salió la vena profesional y te

busqué en Google. Tus obras sí que son impresionantes. Nosotros tenemos una

fundación que promueve el arte en todas sus expresiones,

especialmente en la

pictórica. Estoy muy interesado en tus obras; me gustaría, si te interesa, que

algún día nos sentemos a charlar un poco. Tenemos una magnífica colección,

me gustaría mostrártela. —Tomó una gran bocanada de aire que

inmediatamente soltó por la boca aparatosamente—. Pero primero a lo

nuestro... según tengo entendido,

tenemos asuntos más urgentes que discutir.

¿Café?

—Me sentaría muy bien uno —  
respondió Máximo.

Teodelina asintió con la cabeza, en realidad por no decir que no.

—Genial, porque yo necesito mi cuarta taza de la mañana o no llegaré al

mediodía.

Lisando Bloch levantó el auricular

del teléfono que se encontraba en el centro de la mesa, al otro lado de la bandeja, y ordenó café y refrigerios.

Colgó y los invitó a tomar asiento.

Mientras Teodelina rodeaba la mesa para sentarse al otro lado — Máximo

había tomado la cabecera y Bloch se ubicó con la mayor naturalidad del

mundo a su izquierda—, Lisando la siguió con la mirada, ahora sí,

tomándose

más tiempo para observarla de pies a cabeza, igual que si pretendiese radiografiarla.

—Bien... —el abogado se acomodó un poco mejor sobre su silla. En ese

exacto momento llamaron a la puerta; era una empleada que portaba un

servicio de café que se dedicó a servir mientras el letrado se disponía a

comenzar con su trabajo. De una mesa de apoyo lindante, había cogido un bloc

de hojas; del interior de su elegante chaqueta, sacó una pluma—... dime todo

lo que sepas del sujeto —le pidió a Teodelina, mirándola a los ojos—.

Máximo me adelantó algo, pero necesito oírlo de ti, todo lo que recuerdes.

Lo primero que hizo Teodelina fue entregarle el papel en el que había

anotado el número, la dirección y demás datos del apartado de correos al que

se suponía que debía enviar el cuadro.

—Es un buen comienzo. ¿París? ¿Qué más sabes sobre él?

—Básicamente, que es un hijo de puta.

Teodelina creyó ver que Máximo ponía cara de horror ante su insulto. El

rostro del abogado Bloch

permaneció imperturbable.

—No es ninguna novedad; no te preocupes, los hijos de puta no suelen

ser más inteligentes que nosotros. Tengo empleados muy buenos, magníficos,

los cuales se diría que prácticamente obran milagros. Daremos con el tipejo,

que de eso no os quepa la menor duda. Empieza por el principio, quiero saber

de él todo lo que tú sepas.

Así lo hizo ella: le contó todo lo que sabía sobre la pareja de Nicole, que

era lo mismo que le había contado a Máximo. Por desgracia, no contaba con

más armas para identificarlo. Bueno, en realidad se había guardado una, una

sobre la que hasta ese momento no le había dicho ni una palabra a Máximo.

De su chaqueta de cuero, Teodelina extrajo el recorte de periódico y la

fotografía de Nicole con aquella chica, la misma que había aparecido

asesinada en un pequeño apartamento de París.

Con sumo cuidado, Bloch tomó lo que ella le entregaba.

—La de la derecha es Nicole —le explicó—. Por lo que intuyo, la

muchacha de la izquierda es la misma a la que se refiere este

artículo.

Encontré ambas cosas entre documentos y otros papeles sin importancia que

Nicole se dejó en mi casa.

Bloch comenzó a leer el artículo.

—¿Qué es esto? —le preguntó Máximo a ella.

—Lamento no haberte contando nada sobre esto antes, tenía la esperanza

de que te largaras antes de

arriesgarte a hundirte hasta el  
cuello, conmigo.

—Es un artículo sobre el asesinato  
de una muchacha en París. La chica

que aparece aquí en esta fotografía  
con Nicole. Es la misma mujer —le

explicó Bloch a Máximo,  
enseñándole él la foto y la  
impresión que figuraba en

el artículo a efectos de que alguien  
pudiese reconocer a la muchacha  
sin

identificar que había perdido la

vida brutalmente.

Máximo le echó un vistazo.

—Trata de personas —entonó Bloch en voz alta, sin levantar la vista del

recorte de periódico que continuaba leyendo—. No quiero adelantarme a tus

pensamientos, aunque, después de lo que me has dicho, no me resulta nada

difícil imaginarme cuál es tu razonamiento.

—No entiendo nada; ¿alguien podría explicármelo?, ¿quién es esa chica?,

¿quién la mató?

—Creo que fue él —le respondió Teodelina a Máximo y a Bloch.

Máximo le arrebató a su amigo el recorte.

—No sería el primero de su especie en deshacerse de una de sus mujeres

de semejante modo, pero no tenemos ninguna prueba. Aquí pone

que la policía

no tiene absolutamente ninguna prueba; el cuerpo estaba limpio de cualquier

pista que pudiese arrojar datos sobre la identidad del autor del asesinato,

también la escena del crimen se quedó sin aportar nada a la investigación.

—Lo sé. No tengo ninguna prueba más que el hecho de haber oído a

Nicole decirme una infinidad de

veces que su novio era violento.  
Eso y saber

a qué se dedicaba.

—No todos los violentos acaban matando. Y, con respecto a lo que

suponemos respecto al hombre... bien, todavía no tenemos pruebas de nada.

Entiendo que ella te contase todas aquellas cosas; sin embargo, ésa es la voz

de alguien que no está. No es que dude de lo que me cuentas,

solamente quiero

que entiendas que debemos manejar la situación con muchísimo cuidado.

Tomar las cosas a la ligera no dará resultado.

—Creo que ella lo engañó con esa chica y luego él tomó represalias.

—Ésas no son más que conjeturas, Teodelina; no acusaremos a nadie de

nada hasta que no nos aseguremos sobre qué suelo pisamos.

—¿Por qué no me enseñaste esto antes?! —repitió Máximo, taladrándola

con la mirada, interrumpiendo la conversación entre su amigo y ella.

Teodelina se encogió de hombros.

—¡Puede que el tipo sea un asesino! ¡Podrías correr un grave peligro!

—Calma, Máximo. Mantengamos la calma, ¿de acuerdo? Para seros

sincero, esto es mucho más de lo que creí que sería. —Bloch hizo

una pausa

mientras tomaba todavía más notas a toda velocidad; su café había quedado

abandonado a un lado, tenía cosas más interesantes entre manos—. Teodelina,

Máximo me dijo que Nicole está desaparecida.

—Sí. Llegó al país el día de la inauguración de mi exposición, de eso

hizo ayer dos semanas. Sus cosas

quedaron en mi apartamento; ella jamás

apareció. Como te he dicho, sus documentos quedaron allí también, al igual

que sus ropas y esto. Por momentos creo que se largó con mi dinero, lejos de

mí, lejos de ese loco que asesinó a esa chica ucraniana.

—¿Ucraniana? ¿Cómo sabes que era ucraniana? —le espetó Bloch.

—Aquí pone que se llama Iryna; no

es cierto. —Extrajo el pasaporte—.

Ahora sí tomarás en serio lo que digo. —También sacó de su bolsillo el

papelito que decía «Olena, hermana de Halyna» el cual llevaba, además, un

número de teléfono—. Se llama Halyna.

—Carajo —jadeó Bloch tras abrir el pasaporte y coger el papel.

—Creo que Nicole se quedó con esto a modo de defensa personal,

para

tener pruebas en su contra, para defenderse de él en caso de que hiciese falta.

—Tendrías que habérmelo mostrado todo junto —le dijo Bloch

mirándola muy fijamente. Le pasó el pasaporte y el papel a Máximo.

—Es la misma muchacha —balbuceó Máximo.

—No sabía si podía confiar... si me creerías.

—No es que no confíe, no puedo abordar un caso semejante sobre los

comentarios de una novia dolida, Teodelina. Necesitaba más que eso si

pretendía hacer bien mi trabajo.

—No te preocupes, Lisando, tampoco me había contado o mostrado nada

de esto —soltó dolido mirando a Teodelina de reojo, mientras le devolvía

todo el material a su amigo.

—Ninguno de los dos comprende lo que realmente significa vivir dentro de un mundo como ése. Pasé por eso, sé con qué tipo de gente trata uno.

—Has venido en busca de mi ayuda, tendrás que confiar en que podré

lidiar con esto. ¿Qué sabes de Nicole?

—Nada de nada. He hecho mis propias averiguaciones; un amigo

me ha

ayudado con eso. Es como si se hubiese convertido en humo. Ha desaparecido.

—¿Y crees que se fue con tu dinero?

—Es una posibilidad; ella quería dejar a su novio y tal vez quisiese cortar conmigo también.

—Pero ¿no crees que si Nicole se fue con tu dinero, el cual se suponía que era para saldar las deudas que

tenía con el tipo en cuestión, existiría tal

vez, tomando en consideración esto que has puesto en mis manos — cogió la

foto, el recorte, el pasaporte y el papel—, la posibilidad de que él pudiese

haberla seguido, quizá para recuperar su dinero, tal vez con la idea de no

dejarla partir así tan fácilmente? Una posibilidad, como dices, es

que su novio

pueda haber matado a esa chica por celos... piénsalo, de ser de esta manera, la

habrías dejado partir así como así.

—No lo sé.

—No es muy difícil conseguir una identidad falsa, no lo niego; sin

embargo, ¿por qué dejaría todas sus cosas en tu apartamento? No hay razón

para abandonarlo todo. Tenemos

que intentar dar con ella también.

—De eso no me cabe la menor duda —acotó Máximo.

Bloch asintió con la cabeza.

—Atacaremos todos los frentes posibles.

—Me parece genial. Cuanto antes le paremos los pies a Resa, mejor.

Como te dije por teléfono antes de venir, la detective cree que Conde pudo ser

responsable del acto de vandalismo

contra la galería, pero no del asesinato de

Andrea.

—¿De eso quiere acusarte a ti?

Teodelina asintió con la cabeza.

—Oídme: necesito que seamos totalmente sinceros con esto, y quiero ser

sincero también contigo, Teodelina. Si quiero llegar al fondo del asunto,

necesito hacer algunas averiguaciones sobre ti. Máximo

me comentó que

necesitaréis un abogado; me contó lo que hicisteis.

Teodelina se puso roja. Le gritó a Máximo con la mirada por aquello; él

en ningún momento siquiera le había dicho que haría algo semejante, y mucho

menos le pidió permiso para pedirle a Bloch que se convirtiese en su abogado.

—¿Hay algo que deba saber? No

estoy aquí para juzgarte, sólo para defenderte. Oí tu historia y estoy dispuesto a ayudarte, pero me gustaría saber

si... Máximo me ha comentado que esa detective básicamente te acusó de la

desaparición de varios miembros de la banda que te mantuvo retenida contra

tu voluntad en condiciones que, me imagino, debieron de haber sido muy

parecidas a las que sufrió esta chica. —Posó su mano sobre el pasaporte de

Halyna.

—Yo no era la única que tenía algo en su contra.

—Imagino que no.

—Tampoco maté a Andrea, lo juro.

—Es bueno saberlo. ¿Qué hay del arma con la que le disparaste a la cerradura?

—No llegarán a nada por ella.

—¿Significa que está limpia?

—¿Eso qué quiere decir? —soltó Máximo, irrumpiendo en la

conversación que, por un momento, lo había dejado a un lado.

—No se ha cometido ningún delito con ella —le explicó a su amigo—.

¿Seguro? —insistió, volviéndose en dirección a Teodelina.

—Totalmente.

—Bien, genial; creo que eres lo suficientemente inteligente como para

decirme la verdad.

—Es la verdad.

—Entonces, ¿me convertiré en tu abogado también? Ya tengo a Máximo

como cliente. —Bloch le sonrió.

Teodelina asintió con la cabeza.

—Sé que esto debe de ser incómodo para ti... ¿Existe la

posibilidad de

que alguna de esas viejas relaciones decidiese volver a tu vida para

complicarte la existencia, por la razón que sea?

—Si así es, nadie se ha hecho ver. Llevo mucho tiempo sin saber nada de

ninguno de ellos. Hace tiempo que logré despegarme de todo eso.

—Bien, de todas formas no descartaremos nada. El asesinato

de esa

chica a simple vista no parece tener ni pies ni cabeza; por lo tanto, debe de ser

algo muy enrevesado, que tanto puede tener que ver contigo como no.

—Sí, ya he pensado en eso. Lo que creo es que, si alguien hubiese

intentado complicarme la vida, habría firmado su obra. Es decir, si quisieran

vengarse de mí, seguro que no se

perderían la oportunidad de decírmelo, de

hacérmelo saber para que yo tuviese claro que son ellos.

—Y otra vez, ¿no has oído ni una sola palabra de nadie?

—De nadie.

Máximo releyó el artículo y después se concentró en la fotografía de la

muchacha.

—Lisando...

—¿Sí?

—¿Hay forma de que accedamos al expediente del caso de esta

muchacha?

—No sería nada sencillo; tampoco un imposible. ¿Por qué?

—La mataron a golpes.

—Sí, eso dice aquí.

—Andrea murió de la misma manera. Según Resa, su asesino era fuerte y

tenía una gran destreza física.

Teodelina giró el cuello tan rápido para volverse hacia él que los

músculos le dieron un doloroso tirón.

—Máximo, puede no ser el mismo tipo —soltó Bloch, pescando de

inmediato lo que rondaba por la cabeza de su amigo.

—Al menos podríamos intentar salir de dudas. Resa también puso muy en

claro que el lugar estaba limpio de todo rastro o pista que pudiese llevarnos al

asesino. —Alzó el recorte de periódico—. Eso mismo dice aquí.

—Puede que sea una simple coincidencia, además... ¿por qué iría contra

esa muchacha?

—¿Sabes que salí con ella, no?

Bloch asintió con la cabeza.

—No es razón suficiente. ¿Le

contaste a Nicole sobre eso?

Sí, se lo había contado porque se sintió mal al respecto, pero...  
¿habría

sido ella capaz de discutirlo con su novio? En ese instante se preguntó cuánto

sabría el tipo de su vida, de su historia, de su persona. Sintió escalofríos.

—Ahí lo tienes —soltó Máximo—. Nicole puede habérselo contado a ese tipo.

—¿Y vosotros creéis que ese sujeto grabó en su mente ese hecho y luego

vino hasta aquí y mató a Andrea?  
¿Por qué?

Teodelina no podía terminar de asimilar esa posibilidad.

—Pudo haber averiguado que Nicole regresaba con Teodelina.

Bloch permaneció pensativo un momento.

—No puedes negar que es una posibilidad —insistió Máximo.

—Me figuro que el tipo tiene razones de sobra para tenerme manía.

Además, si hizo eso con aquella chica... —Teodelina se quedó sin aliento. Si

así era, eso significaba que el novio de Nicole andaba dando vueltas por ahí,

en la ciudad, por lo cual, tanto Nicole como ella, y todos los que las conocían,

corrían peligro.

—Bien, no descartaré esa posibilidad; intentaré conseguir toda la

información posible sobre la muerte de esa chica en París y compararé los

datos con los del asesinato de Andrea. También intentaré dar con la hermana

de la chica, quizá pueda darnos alguna pista.

**20**

Juntos, pisaron otra vez la calle.

El sol brillaba allí fuera. El aire era más caliente, tal vez porque era casi

mediodía, o quizá solamente les diese esa sensación porque, en las oficinas de

Bloch, bocas de metal soltaban a los pulcros y elegantes ambientes constantes

ráfagas de insípido aire frío.

En silencio, se alejaron de las puertas del edificio.

Teodelina encendió un cigarrillo.

Aspiró profundamente; llevaba un rato

añorando ese sabor en su boca.

—Confío en Lisando, sé que logrará ayudarnos. Es inteligente y, además,

cuenta con un grupo de empleados que meten miedo. Si existe algo por

descubrir en alguna parte, ellos lo descubrirán.

A sus palabras, Teodelina respondió soltando una espiral de humo que se

elevó hacia las ramas del árbol más cercano.

—¿En qué piensas? Llevas un buen rato sin decir nada. Me da la impresión de que tienes algo en mente.

Teodelina se llevó el pitillo a los labios una vez más.

—Pensaba en salir a buscar a Nicole esta misma noche. ¿Me acompañas?

—Sí, claro; prometí que lo haría.

—No tienes que venir si no quieres, puedo ir sola.

—Quiero ir. Además, no pienso dejarte sola. Desde nuestra conversación

con Lisando se me hace cada vez más plausible la posibilidad de que ese

sujeto siguiera a Nicole hasta aquí; podría rondarnos en este mismo momento,

podría ser cualquiera.

—En eso tienes razón, no es

imposible. Lo mejor sería que te quedases

en casa.

—Quedarme escondido en mi casa no servirá de nada, Teodelina. Estoy

metido en esto hasta el cuello y no pienso salirme ahora, y no porque sea muy

tarde —acotó.

—¿Qué debo hacer para que te alejes y continúes con tu vida?

—¿Es eso lo que deseas?

No tuvo el coraje de decirlo en voz alta; así y todo, encontró las fuerzas

para contestar que no con la cabeza. No quería que se alejara de ella y por eso

necesitaba oír de sus labios, tantas veces como fuese posible, que no pensaba

abandonarla, que la acompañaría hasta el final. Cada vez que él lo repetía, un

punto de sutura ayudaba a cerrar

cada una de las heridas del pasado.

No es

que Máximo fuese a curarlas todas de un día para el otro, pero, sin duda, la

ayudaba a sentirse mejor.

—Bien; no pienso irme.

¿Almorzamos juntos?

—¿Te has planteado como meta engordarme para cuando llegue Navidad?

Máximo le sonrió.

—Lo lamento, es una mala costumbre la que tengo de acabarlo todo con

una comida. —Sin que ella se percatase de lo que venía a continuación, le

arrebató el cigarrillo de la mano—. Deberías dejarlo. —Se lo llevó a los

labios y le dio una calada, luego lo posó sobre los labios de ella—. ¿Podría

ser tu último cigarrillo?

Ella aspiró profundamente y después se apartó.

—No es el mejor momento.

Máximo se lo llevó a los labios otra vez.

—Ahora, ¿qué?

Teodelina comenzó a repiquetear la punta de su bota de combate sobre el

bordillo adoquinado de la acera.

—No lo sé.

—¿Qué harás cuando esto termine?

—Si termina bien y salimos vivos de esto, querrás decir.

Máximo asintió con la cabeza.

—No tengo ni idea. No sé por qué, tengo la sensación de que las cosas ya

no son como antes para mí. —A decir verdad no tenía ni idea de cómo

recuperar su antigua vida, la de antes de que Andrea fuese asesinada, la de

antes de conocerlo a él. ¿Podría, simplemente, volver a sus cuadros, a su

trabajo, a sus salidas sin compromisos? Ante todo, sabía que necesitaba

arrancar de cuajo ciertos escollos que transformaban su vida en una situación

incontrolable. Fuera como fuese, tenía que terminar con Stefan; lo que había

creído sentir por él no era más que

una necesidad materializada en el sujeto

incorrecto; para eso necesitaba a alguien como el hombre que tenía enfrente,

sólo que ese hombre tampoco era el ideal, porque él ya tenía una vida y

compromisos, que ella, en parte, no se sentía capaz de alterar, incluso con lo

que podían ser pruebas en mano de que su prometida lo engañaba. Además, él

era completamente distinto, su vida jamás podría acoplarse a la de ella.

¿Qué

haría con un hombre que tenía una hija de diez años?, ¿con un hombre elegante,

dueño de un restaurante de moda, con amigos abogados?, ¿un individuo que

comía bien, no fumaba salvo cuando estaba con ella y que probablemente

desayunase cereales y jugos de

fruta mientras ella se atiborraba de Red Bull y

su dosis de nicotina?

—Sé que no es asunto mío, pero...

—¿Qué?

Quería contarle los planes que Stefan le había hecho saber esa mañana

simplemente porque necesitaba saber si ella estaba dispuesta a seguirlo,

incluso si él le pedía que no lo

hiciese, que no se tomase en serio su relación

con su hermano. «¡¿Qué derecho tengo yo a pedirle nada semejante?! —se

gritó a sí mismo dentro de su cerebro—. ¿Pedirle que se quede conmigo

cuando yo voy camino a asentarme con otra mujer?»

¡Ya ni siquiera estaba seguro de querer seguir adelante con eso! En ese

momento en lo único que podía pensar, lo único que cabía dentro de su mente,

era ella, la mujer que tenía delante.

—Nada, lo hablamos esta noche. ¿Dónde me llevarás? —le preguntó

intentando sonreír para no inclinarse sobre ella y besarla, como realmente

deseaba.

—Tengo en mente un par de lugares, dudo de que los conozcas.

—¿A qué hora?

—¿Irás al restaurante esta noche, no?

—Puedo salir antes, no hay problema con eso.

—No creo que haga falta, puedo pasar a buscarte a eso de la una, si te

parece.

—Sí, claro, me parece genial. Si no puedo pasar yo a por ti, es lo mismo.

—No, está bien, pasaré a recogerte.

—Temía que, si le permitía pasar a

su apartamento, terminarían no saliendo de allí—. Debo irme. —

No aguantaría

un segundo más en su presencia sin meter la pata. No tenía que ir a ninguna

parte, simplemente debía huir de él. Por la noche, si se componía otra vez en

una sola pieza, si se sentía segura de no arruinarlo, intentaría sacar el

tema de

Geraldine y su infidelidad; ahora sólo podía pensar en comérselo a besos y

eso lo echaría todo a perder.

Le arrebató el cigarrillo.

—Nos vemos esta noche.

—Por supuesto. Ten mucho cuidado; si notas algo extraño, si crees que

alguien te sigue o lo que sea, no dudes en llamarme.

—Voy a estar bien.

—Cuídate.

—Lo mismo te digo.

—Hasta la noche.

—Hasta la noche. —Pese a que algo muy intenso tiraba de su cuerpo

hacia él, logró alejarse un paso y luego otro, y uno más. A un par de metros de

distancia de aquella esquina, se dio la vuelta: Máximo continuaba

parado en el

mismo sitio.

Obligándose a no volverse una vez más, caminó directa a su automóvil.

\* \* \*

—¿Dónde estabas? Llevo una hora esperándote —le ladró Stefan en

cuanto la tuvo suficientemente cerca como para que su tono de voz pudiese ser

tomado como un síntoma de enojo y no como un intento por su parte de

que lo

oyese.

Teodelina lo vio de pie en la puerta de su edificio nada más doblar la esquina.

—¿Tienes el móvil apagado? Te he llamado al menos tres veces.

Sí, lo había apagado tan pronto como había entrado en la sala de reuniones de Bloch y había olvidado encenderlo otra vez.

Apartó sus ojos de él; no tenía ganas de discutir, solamente quería que él

se largase de allí y no volviese jamás. ¿Por qué no se largaba y ya? ¿No decía

que tenía una vida al otro lado del océano?

—¿No piensas responder a ninguna de mis preguntas? ¿Ni siquiera

merezco un simple «hola»? ¿Me ignorarás? —le escupió cuando ella sacó las

llaves para abrir la puerta.

—Creía que había quedado claro que te dije que no volvieras.

—Sigues enfadada, con que es eso.

Teodelina iba a abrir la puerta, pero se arrepintió; no quería que él se

metiese en el edificio tras sus pasos.

—Stefan...

—Perdón, sé que soy un idiota.

—Mira, no creo que nosotros...

—Te amo. Estoy aterrado, pero te amo. Tenía que decírtelo. Lamento lo

de anoche; fui un bocazas, de verdad que no pienso así... es que me vuelve

loco el imaginar que puedas estar con alguien más, que hayas estado con

alguien más. Te quiero para mí como nunca he querido a nadie. Eso soy, un

bocachanca que no piensa antes de hablar. Soy puro impulso, al igual que tú,

por eso congeniamos tan bien.

Puede que dentro de la cama si congeniasen, sin embargo fuera, fuera era

otra cosa, una muy distinta; eso lo comprendía ahora que había pasado más

tiempo con él.

—Dame una oportunidad.

—¿Para qué? ¿Qué sentido tiene?  
Tu existencia está en otra parte, no  
aquí. Se suponía que se trataba de  
unas vacaciones. De verdad lo  
hemos

pasado bien; sin embargo...

—No ha sido eso para mí; acabo de  
decirte que te amo y me sueltas, así,  
sin más, que ha sido cosa de unos  
días.

—Stefan, no me conoces.

—Sí, te conozco, tal vez mejor de

lo que te conoces a ti misma.

—Lo dudo. Yo no...

—No puedo creer que me haya equivocado al pensar que tomabas en

serio lo nuestro. Hay alguien más, ¿es eso? ¿Quién? —Los ojos se le

desorbitaron, parecía a un paso de perder la cabeza. Le dio la impresión de

que ese arretrato lo llevaría al abismo de un arranque de locura, y su cara

mudó a la total placidez. Aquellas reacciones hicieron que a Teodelina se le

erizase la piel de todo el cuerpo—. No importa, de verdad que no importa,

estoy dispuesto a olvidarme de eso, aunque me duela en el alma.

—Stefan...

—Invítame a subir.

No se puede remplazar al sol con la luna, pero, cuando es de noche, la

luna es lo único que hay.

\* \* \*

—¿Ocupada? —le preguntó a modo de saludo.

—Ya no. —Geraldine sonaba como si estuviese de muy buen humor. Al cabo de un segundo, Máximo se enteraría de por qué—. No hace ni cinco

minutos que he cerrado una venta estupenda. Un californiano apareció así de la

nada, dio una vuelta por la galería y, sin dudarlo demasiado, adquirió tres

cuadros de Ultra Negro. Mucho antes de que cierre la muestra, lo tendré todo

vendido.

—¡Fantástico! —Máximo no pudo sonar todo lo emocionado que debería

de estar. Le hacía feliz escuchar aquellas noticias por Teodelina; que sus

cuadros se vendiesen significaba que ella recuperaría parte de sus ahorros.

—¿Y a que no adivinas quién me ha llamado? ¡Marisa Gallego! La artista

que te comenté hace algún tiempo que me encantaría tener en la galería.

¡Increíble! Ha sido ella la que se ha puesto en contacto conmigo. Yo había

intentado hasta el cansancio poder

cruzar al menos dos palabras con ella, pero

su secretaria siempre me ponía excusas. Como si tal cosa, me ha dicho que si

me parecía bien que almorzásemos juntas un día de estos, que tenía una nueva

colección que deseaba mostrarme. ¡Estoy que no quepo en mí de felicidad! Por

fin parece que el negocio levanta el vuelo.

—Imagino que esa comida no será hoy; pensaba pasar por ahí en un rato y

que luego saliésemos juntos a comer algo, a dar una vuelta... hace un siglo

que...

—Estoy desbordada de trabajo.

—Es que, como hoy es sábado, pensé que tal vez podríamos...

—Y para esta noche también he hecho planes: es el cumpleaños de

Lorena y ha organizado una salida sólo para mujeres. Perdón por eso. Me

encanta que intentes buscar tiempo para nosotros, para pasar un ratito, sobre

todo después de que haga tanto que no hacemos ese tipo de cosas, pero hoy no

puedo.

—No, claro que no. No te preocupes. Tenemos reservas para un par de

grupos grandes esta noche, de modo que me figuro que tendremos bastante

agitación.

—Genial. Entonces... podríamos vernos mañana. Me muero por pasar un

rato a solas contigo —la voz de Geraldine se dulcificó.

Pensar en la intimidad con ella le resultó incómodo, porque poco

generaba en su persona.

—Quería preguntarte... ¿sabes cómo está Conde?, ¿pudiste hablar con

Resa? La detective me explicó esta mañana que él ya tiene abogado.

A través de la línea le llegó un sonido ahogado.

—No tengo ganas de hablar de eso.

—¿No por teléfono?

—No, simplemente no quiero discutir sobre eso. No quiero más

amarguras; tengo intención de dejar

atrás lo que pasó.

—Estamos hablando de la muerte de Andrea, Geraldine.

—Sí, lo sé.

—Ese hombre podría ser responsable.

—No, no lo es. Cometió una tontería, eso es todo. Si hablaste con Resa,

supongo que ella te contó lo que ocurrió. Conde fue quien atentó contra la

galería; arrojó la pintura contra la fachada, nada más. Del resto no sabe nada

de nada y la verdad es que, si es por mí, lo dejaré correr. No me interesa

culparlo de nada. Seguramente lo movieron los celos por Ultra Negro. Una

tontería, si me permites que te lo diga. Nada, me olvidaré de eso y ya; mejores

cosas están por venir.

—Un momento... ¿qué?

—Nada, Máximo... que me importa un cuerno lo de la pintura, tengo planeado seguir adelante.

—¿No te importa?

—En lo más mínimo.

Máximo tenía la sensación de tener gusanos removiéndose en su estómago.

—Supongo que Conde debe de caerte muy bien. Te conozco; de

otro

modo hubieses removido cielo y tierra para hacerle pagar por lo que hizo. —

Recordó las palabras de Resa. Rumió el asunto en silencio un momento y

luego lo soltó—. ¿Fuiste tú quien le pagó el abogado que lo defiende?

—Sí. Conde no pasa por su mejor momento y me consta que no es una

mala persona, solamente un poco impulsivo y tal vez un tanto infantil.

Lo que

intentó hacer lo demuestra.

Máximo no supo cómo insistir para arrancarle lo que sospechaba,

porque, oyéndola hablar en ese tono tan distante, las dudas, en vez de

disolverse, incluso se solidificaban, igual que lava a los lados de la ladera de

un volcán.

—¿Qué te contó Resa?

¿Acababa de ser ése un paso en falso? ¿Geraldine necesitaba averiguar

qué era lo que sabía, o sólo estaba montando un enredo descomunal donde ni

siquiera había hilo con el que realizar una sola puntada?

—No mucho.

—Bueno, supongo que no nos queda más que esperar a que encuentre al

verdadero culpable. Ése es su

trabajo.

—¿Todavía crees que fue Teodelina?

—Resa me preguntó si sabía que Andrea y ella salieron, y no, no sabía

nada. No sé, Máximo. Como te acabo de decir, no quiero pensar más en eso.

En poco más de dos semanas mi relación comercial con Ultra Negro habrá

terminado.

Traducido, eso significaba que le importaba una mierda lo que le sucediese a Teodelina.

—No fue ella.

—De todos modos, Máximo, no es asunto nuestro. Sinceramente ni

siquiera necesito saber si es cierto que tuvieron un amorío. Ya te lo he dicho,

necesito dar un paso al lado y dejar todo esto atrás; he tenido suficiente.

La rabia comenzó a apoderarse de

su cuerpo. Tenía que cortar o acabaría

iniciando una pelea. Su desidia lo volvía loco. No deseaba ver eso en la mujer

con la que se suponía que iba a contraer matrimonio.

—Hablamos mañana, ¿sí? Si no estamos demasiado cansados, tal vez

podamos almorzar juntos.

—Claro, hasta mañana.

Apenas si fue capaz de esperar a que ella se despidiese para cortar la

comunicación.

\* \* \*

—¿Me traes algo de beber? Me muero de sed. —Stefan se despatarró

sobre el colchón—. Aquí hace un calor sofocante.

Teodelina lo miró por encima de la puerta de la nevera. Ya había notado

que él sudaba a mares; además de eso, estaba extraño, más meloso y efusivo

de lo normal. Olía a algo extraño.

Intentó no preocuparse por eso; lo imperativo ahora era hallar un modo

de terminar con Stefan de una manera definitiva; de sobras comprendía que lo

que tenía con él no les servía de nada a ninguno de los dos, menos todavía a

ella. Engañarse de esa forma no era sano; pretender remplazar a un hermano

con el otro no tenía sentido, y mucho menos aferrarse a los sentimientos de una

persona cuando no se siente nada por ella.

Se inclinó dentro de la nevera.

No, no sentía nada por Stefan. Sí por Máximo; contar con su compañía

era lo mejor que le había pasado en

mucho tiempo, sobre todo porque él era

distinto a todos los demás, alguien completamente ajeno a su entorno, a su

historia.

¿Cómo haría para terminar con Stefan sin arruinarlo todo?

En eso mismo pensaba cuando, incorporándose con una botella de agua

en la mano, chocó contra el cuerpo de Stefan. Ni siquiera lo había

percibido

llegar.

Stefan le arrebató la botella de la mano. Con sus fuertes puños, rompió el

precinto de plástico. Se llevó la botella a los labios y comenzó a beber igual

que si hubiese pasado horas perdido en un caluroso desierto bajo los rayos del

sol.

El agua le caía por los costados del rostro, por el cuello y el pecho.

Prácticamente derramaba más de la que bebía.

Lo que en un principio le olía extraño, ahora desprendía un insoportable hedor.

Tenía sobrada experiencia en eso.

—¿Qué te has tomado?

Stefan bajó la botella. Se secó la boca con el antebrazo derecho.

Bajó el

brazo y le sonrió. Fue una sonrisa tonta.

—¿Qué, me regañarás? —le dijo en un tono entre jocoso y de furia. Se

dio media vuelta y, de la brusquedad con la que se movió, prácticamente

incrustó la botella de agua en la mesa—. Vamos, no juegues a la santurrona —

continuó diciendo después de volverse hacia ella otra vez. Su

sonrisa tonta

había desaparecido; en cambio, portaba una especie de máscara flácida que

hacía que su rostro se viese igual que si fuese de cera, una cera que se derretía

a causa del calor. El sudor bañaba toda su piel—. Sé muy bien que tienes lo

tuyo.

—Yo no tengo nada, dejé todo eso hace mucho.

Stefan se dio media vuelta y caminó hacia sus pantalones. Tras rebuscar entre los bolsillos de éste, con el mismo trabajo que puede conllevar buscar un

objeto muy pequeño dentro de un gran bolso abarrotado de cosas, cogió algo.

Regresó a Teodelina con el puño cerrado.

Teodelina no vio venir lo que sucedió a continuación: Stefan la agarró

por la muñeca derecha y le enderezó los dedos que ella había apretado en un

potente puño, para colocar sobre su palma una pequeña bolsita con pastillas.

—Son de las buenas —aseguró, soltándolas.

—Es éxtasis.

—Sí que lo es —contestó con total calma. La esquivó para ir directo

hacia la mesa y así recuperar la botella de agua. Bebió un trago muy

largo—.

Es de lo mejor, te lo aseguro.  
Deberías probar una, te las regalo.  
Te vendría

bien relajarte un rato; desde que  
nos encontramos abajo he notado  
que llevas

una cara de muerto que ni siquiera  
una hora conmigo en la cama ha  
podido

solucionar.

Teodelina soltó la bolsa de  
pastillas sobre la mesa. El pulso le

temblaba.

Una sola vez en su vida había tomado una de éstas; no fue su peor experiencia,

pero simplemente no tenía intención de volver a eso.

—Llévatelas, no las quiero. No quiero tener nada que ver con esto.

—Puedes venderlas.

La sugerencia la estremeció de pies a cabeza.

—Llévate esta mierda y nunca

vuelvas a traer nada así a mi casa.

Stefan se cruzó de brazos en clara actitud de enfrentamiento.

—¿Qué usa usted, señora santurrona? Perfecto, no son las drogas de

diseño... entonces, ¿qué es, con que acompañas el vodka que tienes en el

congelador?

—Te estás pasando de la raya.

—¿Algún porrito de hachís?,

¿cocaína?, ¿anfetaminas?

—¿Son las pastillas o eres así de idiota siempre?

Todo sucedió demasiado rápido, de modo que no fue mucho lo que

Teodelina atinó a hacer para defenderse. Subió los brazos; no sirvió de mucho.

El puño de Stefan golpeó primero contra el borde externo de su antebrazo, fue

hueso contra hueso, lo que disparó un agudo dolor que la ensordeció,

por eso

su reacción fue nula cuando el puño continuó viaje hasta su mejilla.

Por una fracción de segundo, su visión quedó en blanco.

Los viejos miedos y dolores saltaron sobre su piel, llenándola de pánico

y de odio. Se había jurado que eso no volvería a sucederle jamás y ahora ni

siquiera conseguía reaccionar. Trastabilló un par de pasos,

temerosos pasos

que dentro de su cabeza duraron una eternidad porque temía que no se quedase

en un único golpe, sino en una descarga de dolor, en una paliza con todas las

de la ley. Eso no ocurrió; aun así, el dolor que soportaba en el alma, que era

todavía mayor que el que latía con saña en su mejilla, no remitió.

Alzó la cabeza en pos del

responsable. Lo halló todavía junto a la mesa,

mirándola con cara de nada, mientras que con la mano izquierda se agarraba el

puño derecho.

—Hijo de puta —gruñó sin que le importase un cuerno si eso lo enfurecía

todavía más.

—Perdona, Teo... no sé qué me ha pasado.

—Me importa una mierda lo que haya pasado por tu cabeza volada de

éxtasis. Vete y no vuelvas, y hazme el grandísimo favor de llevarte tu puta

mierda, porque no la quiero aquí.

—Teodelina, tienes que entender...

—amagó con dar unos pasos al frente,

ella con retroceder otros tantos—. Estoy loco por ti.

—Estás loco y punto. Y no me

pidas que lo entienda. Esto jamás

funcionará. Regresa a tu casa, regresa a Europa. No quiero volver a verte.

—No me digas eso.

Teodelina vio cómo los ojos de Stefan quedaban inundados de lágrimas

en cuestión de una fracción de segundo.

—Quiero una vida contigo. Te lo juro, la de esta tarde será mi última

pastilla. Tampoco es que consuma tanto, es que hoy la necesitaba...

—Sí, claro. ¡Lárgate! Juré que no permitiría que nadie más me pusiese

una mano encima. Debería estar haciendo que te arrepintieses de ello. —El

dolor se había convertido en un intenso latido sobre el pómulo de su mejilla

izquierda, el cual, igual que fuego, se extendía hacia su nariz y oído.

Por suerte

no había corte en los tejidos, porque, en realidad, su brazo se llevó la peor

parte.

—Es cierto, sé que no hay nada mejor que tener la cabeza clara y limpia

las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana; lo que sucede es

que, cuando llegué aquí... cuando te conocí... —De una zancada,

Stefan

eliminó la distancia que los separaba.

Teodelina retrocedió con brusquedad; debajo de la cama se encontraba el

arma; si se tornaba necesario, la sacaría, al menos para darle un buen susto.

—Pusiste mi vida patas arriba justo cuando creía que tenía el control otra

vez.

—Lo lamento, no fue mi intención; es obvio que de nosotros juntos no saldrá nada bueno. Terminémoslo así, sólo vete.

—No hay nada que no esté dispuesto a hacer por ti.

—Lo que sucede es que no necesito que hagas nada por mí. No quiero esto, seguro que tampoco tú.

—Yo sí te quiero.

—No sabes lo que dices.

—Lo que pasa es que no sabes amar, no tienes ni idea de lo que significa

eso, de otro modo no dirías esas cosas. Estás dañada, herida; lo entiendo.

—No, no entiendes nada, es que simplemente no eres tú. Esto no tiene

sentido.

—Sí que lo tiene. —Stefan se abalanzó sobre ella, esta vez no para

golpearla; se prendió de su cintura y comenzó a llorar desconsoladamente.

Teodelina se tambaleó ante el impacto de aquel cuerpo compacto y duro.

Hizo el amago de agacharse a recoger el arma, pero no llegó a nada. Stefan

apretó el agarre en su cintura y sus lágrimas comenzaron a mojar la vieja

camiseta negra que llevaba puesta.

—Stefan, es culpa mía; no debí permitir que llegásemos hasta aquí. Yo...

—lo sujetó por los brazos en un intento de soltarse de él, no consiguió mucho;

pese a que ella tenía horas de gimnasio encima, él era demasiado fuerte. Su

puño había dejado una marca a fuego de ello, en su mejilla—... tienes razón, el

daño en mí es demasiado profundo

—soltó sintiéndose una estúpida.

No tenía

ningún sentido explicarle a Stefan, en semejantes condiciones, que había sido

sólo sexo y nada más—.

Únicamente te lastimaría más y más si continuamos

con lo nuestro. Perdona, nunca funcionará. No te amo y sé que tampoco te

amaré más adelante.

Las palabras surtieron efecto,

Stefan la soltó. Pasó de estar de rodillas a

plantarse frente a ella con los ojos llenos de odio.

—Lo mejor para los dos es que no volvamos a vernos.

Stefan ni siquiera parpadeó ante sus palabras. Le costó un momento

reaccionar y, cuando lo hizo, se movió en silencio y sin prisas. Buscó sus

ropas y, a medio vestir, salió del apartamento sin emitir ni una sola

palabra.

Las pastillas de éxtasis quedaron sobre la mesa.

Teodelina permaneció al menos cinco minutos parada junto a la cama, por

si tenía que recoger el arma de allí. Había aprendido a ser fuerte,

independiente, a no dejarse amedrentar por nadie; sin embargo, lo cierto era

que en algún punto las locas y dispares reacciones de Stefan la

asustaban más

de lo que quería admitir, sobre todo desde que él la miró con esa última mirada tan llena de desdén.

Cuando recuperó el control de su cuerpo, medio dando tumbos, corrió

hacia la puerta, pasó la llave y puso la balda de seguridad.

El corazón le latía en las sienes.

Se preguntó si en algún momento lograría algo de paz en su vida.

Mientras se lanzaba en dirección a la cama, a paso raudo, se arrancó la camiseta; quería borrar todo rastro de Stefan y sus lágrimas estaban impresas en ésta.

Arrancó las sábanas de la cama y las fundas de las almohadas; también

recogió la ropa del suelo, de la cual se había desprendido cuando entró con

Stefan asido de sus caderas.

Lo cogió todo y lo arrojó al cesto de la ropa sucia.

Puso sábanas frescas y limpias. Acomodó la estancia. Cogió la botella de

agua, vació su contenido en el fregadero y, luego, la tiró a la basura. Las

pastillas tuvieron un final similar. Se las llevó consigo al baño, las echo una a

una al inodoro, hizo correr el agua y luego arrojó la bolsa al cubo de

basura.

Abrió la ducha. Necesitaba quitárselo de encima por completo.

Comprobó que no sería tan fácil, pues al mirarse al espejo vio que el golpe en

su pómulo comenzaba a mostrar signos visuales del dolor que la aquejaba por

dentro. Se encontró pensando en cómo haría para que el hematoma que

seguramente le saldría no fuese un

problema con Máximo; él seguro que se

preocuparía, haría preguntas al respecto; no se pondría nada feliz. No quería

preocuparlo, y mucho menos meterlo en más de sus problemas, sobre todo

cuando su propio hermano tenía parte en ellos.

No le diría ni una palabra al respecto. Sobradamente comprendía que entre

Stefan y Máximo se ensanchaba un universo descomunal que los separaba a

más no poder.

Inventaría una excusa, una mentira, no podía ser tan difícil. Sí, con él lo

sería.

Desistió de continuar amargándose por lo que no podía cambiar.

Se desnudó y se metió bajo el agua.

\* \* \*

Poseído por la ansiedad, salió de la cocina una vez más, en dirección al salón. Todavía quedaban un par de mesas ocupadas; casi todos los comensales

transitaban la etapa de la sobremesa, unos pocos recién terminaban de cenar,

otros disfrutaban de sus postres. El aroma predominante en el sobrio y

moderno salón era el del café expreso. La gran cafetera italiana era una de las

joyas del restaurante, una de sus felicidades y orgullos; un bien preciado,

también, para muchos de los habituales de la casa, de esos que esa misma

noche habían llenado las mesas. Había sido una noche de sábado infernal, muy

buena, pero agotadora; todo su equipo daba muestras de ello, incluso Liliana,

quien, siempre impecable, se veía a

esa hora ojerosa y despeinada. No era la

única que evidenciaba el trajín de la jornada laboral; al pasar por delante de

uno de los espejos que adornaban las paredes, Máximo vio su reflejo:

despeinado, transpirado, con cara de cansado, los ojos un tanto enrojecidos y,

para colmo, se había quemado la mano con aceite en un tonto accidente de

esos que se suponía que no deberían suceder. No era nada de importancia,

pero le fastidiaba ser imprudente en la cocina. Culpa de la ansiedad otra vez.

A decir verdad, estaba más nervioso por su salida de la noche con Teodelina

que por todos los peligros y problemas que flotaban alrededor de ambos.

Temía en lo que pudiese acabar

aquello; eso, a completa conciencia de que no

estaba muy seguro de querer ponerle traba alguna a sus deseos.

Pasando entre los empleados, ya más relajados a razón de que lo peor de

la noche había pasado ya, fue hasta la cafetera. Liliana se encontraba allí,

preparándose un café.

—¿Agotado?

Máximo asintió con un movimiento de cabeza.

—Bebe uno y luego márchate, yo termino aquí.

—Estoy bien, un café me repondrá.

—Tienes cara de necesitar dormir.

—Es sábado. —Cogió una taza y un plato de encima de la máquina (la vajilla estaba caliente), los puso sobre la rejilla, debajo de uno de los picos

por donde salía el sabroso café.

—¿Tienes planes?

—¿Sorprendida?

—No es que me sorprenda que salgas...

Sí debería sorprenderle; por lo general él no salía mucho, menos de noche, menos después de una jornada semejante.

—¿Geraldine va a pasar a buscarte?

Por un instante dudó sobre qué respuesta dar.

—No, tenía el cumpleaños de una amiga.

—¿Viene tu hermano?

Iba a contestarle que no, cuando, en perfecto *timing*, Teodelina apareció por la puerta.

Liliana giró la cabeza. La vio, acto seguido se volvió hacia él otra vez con las cejas en alto.

—Somos amigos —comenzó explicando, aunque en realidad no tenía por

qué excusarse de nada, si bien necesitaba defenderse. Eso era un mal síntoma

—. Me pidió que la acompañe a un lugar.

—¿A esta hora? Perdón, no es asunto mío; habla el cansancio, no yo.

—No es nada, Lili.

—Solamente intento protegerte de que te metas en problemas; a veces me

da la sensación de que algunos

hombres no entienden muy bien cómo son las mujeres.

—No soy tonto y ella no es...

—De verdad que no es asunto mío; te quiero, somos amigos y sólo deseo

que seas feliz.

—Lo paso bien a su lado.

Máximo alzó una mano, llamándola. Teodelina echó a andar hacia ellos.

—No te preocupes, me encargo de cerrar. —Dicho eso, Liliana dio

media vuelta y se alejó con su café en dirección al encargado de caja, quien

revisaba unas cosas en el ordenador.

—Hola. —Teodelina se detuvo al otro lado de la barra.

Tardó en responderle; es que su cerebro se perdió requisando cada

centímetro de su apariencia. Quedó embobado frente a aquella imagen;

de

nada sirvió que pusiese todo su empeño en no pensar en su piel. Al admirar su

rostro, descubrió un golpe en su mejilla izquierda, el cual obviamente ella

había intentado disimular con maquillaje.

—¿Ocupado? —entonó ella con una media sonrisa, que era, en realidad, una enorme sonrisa contenida.

Sacudió la cabeza para quitarse la tontería y la vergüenza de encima.

—No, solamente... iba a tomar un café mientras te esperaba. ¿Quieres uno?

—No, gracias. —Se acercó un poco más a la barra—. Tienes cara de

cansado. Puedo ir sola, no hay problema.

Bebió un sorbo del café; no pensaba permitir que se fuese sola a ninguna

parte, no quería ver que se alejaba de él; podría olvidarse del cansancio,

incluso de la quemadura de su mano, en un segundo.

—Nada de eso. Me cambio y nos vamos. —Con un sorbo más, terminó de

beber su intenso *ristretto*, quemándose hasta el alma. El fuerte café se le subió

a la cabeza más rápido que un chupito de vodka con el estómago

vacío,

empujando así el cansancio hasta un recóndito y oscuro rincón de su cerebro.

—¿Qué te ha pasado ahí? —  
curioseó apuntando su mejilla.

—Nada importante, fue en el gimnasio.

Ella ya le había contado que de vez en cuando practicaba un poco de

boxeo y algunas artes marciales, con ellas había aprendido a defenderse.

—¿Quieres acompañarme atrás o me esperas aquí mientras me cambió?

Puedo pedirle a los chicos que te sirvan algo —dijo apuntando con la cabeza

en dirección a los dos bármanes que conversaban animosamente con dos

clientas, en el otro extremo de la barra.

—No quiero beber nada, estoy bien. Te acompaño atrás.

—De acuerdo.

—Todavía no me acostumbro a verte así vestido. —Teodelina le sonrió

después de alzar la cabeza de sus zuecos y sus pantalones a cuadros.

—Todos los cocineros utilizan el mismo tipo de ropa.

—No he dicho que no me guste.

—Entonces, ¿por qué me siento tan ridículo vestido así junto a ti?

—Soy yo la que desentona aquí, no

tú.

—A mí me gusta mucho como  
vistes.

—Y a mí me gusta como vistes.

Máximo le sonrió; ella le devolvió  
el mismo gesto. Se sostuvieron la

mirada el uno al otro hasta que él  
no lo soportó más y se movió para  
guiarla

camino a la cocina.

Todavía había gente trabajando allí.  
Más de una cabeza se dio la vuelta

para verlos entrar.

—Chicos, os presento a Teodelina.

—Se volvió hacia ellos y se los

presentó, así, muy informalmente.

Luego se la llevó de allí en dirección a su

oficina.

Al entrar, cerró la puerta.

—Bonito lugar, tiene tu estilo.

Allí no había mucho más que un escritorio, dos sillas de madera tipo bar,

con el respaldo curvo, una lámpara de pie de bronce, muchos papeles y cajas.

Olía a madera y a masa dulce, como a bollos o algo así. Teodelina detectó una

puerta en el extremo opuesto de la pequeña salita; creyó identificar un baño.

—Toma asiento; me cambio y en un segundo estoy contigo.

Desabotonando su chaqueta, Máximo caminó en dirección al

baño y allí

se metió. Entornó la puerta, pero no la cerró.

Teodelina no se sentó; con pasos lentos y tranquilos, comenzó a moverse

por la oficina, echándole miradas curiosas a todo lo que se le presentaba

delante.

—¿Alguna novedad de tu amigo el abogado? —preguntó metiendo los

dedos debajo de la tapa de una caja blanca que se encontraba en lo más alto de

una pila de cajones de madera con la marca de una afamada bodega (eran

botellas de *champagne*); la caja en cuestión no tenía identificación alguna. En

realidad no esperaba que el hombre consiguiese mucho en tan pocas horas,

simplemente quería, con la

conversación, tapar cualquier ruido que pudiese

desprenderse de sus acciones. Le fascinaba la idea de tener al alcance de la

mano una porción de la vida de Máximo, una en la que ella no participaba del

todo. En verdad, más que nada, le gustaría ir a su apartamento, pero ése era

terreno vedado hasta que Stefan se largase de allí; lo que menos le

apetecía

era tener que encontrárselo otra vez... es más, ni siquiera quería tener que

pensar en él.

—No, nada. —Pateó los zuecos a un lado. Bajó la tapa del inodoro y se

sentó sobre ésta para comenzar a quitarse los calcetines. En una bolsa a medio

metro de donde se encontraba tenía la ropa que había preparado por la

tarde

para salir con ella; le costó horrores elegir qué ponerse, no quería desentonar

junto a ella. Con los calcetines en la mano, se inclinó y tironeó de las asas de

la bolsa—. Tendremos que tener paciencia; Lisando es bueno, estoy seguro de

que obtendrá resultados muy pronto. Espero que, para el lunes, pueda decirnos

algo, no antes.

—Sí, sí claro. —Teodelina soltó la tapa, dentro de la caja había un

montón de delgadas velas del mismo color berenjena que el de la pintura del

restaurante. Se alejó de allí y fue en dirección al escritorio.

Máximo se quitó los pantalones a cuadros que comenzaba a odiar; de

ahora en adelante usaría solamente los negros. Se quitó también la camiseta

blanca que llevaba debajo de la chaqueta.

—Odio la perspectiva de tener que ir a buscarla de este modo. Odio

tener que ir a buscarla —soltó ella en lo que a Máximo le pareció un

desgarrador rapto de sinceridad por su parte.

—¿Qué es lo que te molesta en realidad? —Abrió la bolsa, sacó la pila

de ropa y los zapatos, y metió dentro su uniforme de cocinero—.

No quiero ser

indiscreto, es que... —comenzó a enfundarse los ajustados pantalones negros

que su hija le había escogido como regalo para el último Día del Padre, unos

que decidió comprar a pesar de que Constanza, su madre, le explicó que no

eran para alguien de la edad de su padre. Máximo decidió conservarlos en

cuanto Julieta le contó que su madre había dicho eso cuando los eligió. Jamás

se había atrevido a usarlos, eran para un muchacho en sus veinte, no para

alguien que pisaba los cuarenta.

De todos modos, los pantalones ascendieron por las piernas sin el menor

esfuerzo.

En el exacto momento en que se subía el cierre, Teodelina apareció

en el

umbral de la puerta.

—¿Qué has dicho?

Máximo alzó la cabeza. Primero, se sintió un tanto cohibido porque iba

desnudo de la cintura para arriba; segundo, porque no pudo determinar si

había enojo en su tono de voz o en la mueca de su rostro.

Tragó en seco.

Hizo el ademán de coger la camiseta negra que había dejado sobre la

tapa del inodoro; sin embargo, ella lo miró fijamente, igual que si tuviese un

arma en la mirada, como diciendo «si te mueves, disparo».

Titubeó.

—Digo que... ¿no quieres verla o temes que si la llegas a ver...? —  
Calló;

ella lo observaba sin parpadear,

incluso le dio la impresión de que contenía el

aliento—. ¿A qué le temes?, dudo de que alguien como tú se arredre ante nada.

Teodelina dio un paso al frente, luego otro. No quedaron más de cuarenta

centímetros separándolos.

—Quiero que sea historia —comenzó a decir muy lentamente y con un

tono de voz que no era más que un

susurro—. Me saca de quicio tener que

volver a ella una y otra vez como si fuese lo único en este mundo.

—Tal... tal vez... —tartamudeó. La cercanía del cuerpo de ella, frente a su torso desnudo, lo alteraba—... sea un buen momento para darle un cierre a

la relación.

—Nicole siempre decía que yo era la más fuerte de las dos —  
Teodelina

se mordió el interior del labio inferior—; no es cierto. Ella siempre hizo de mí

lo que quiso; era poco a lo que yo, proveniente de ella, podía decir que no, sin

importar que fuese bueno o malo. Creo que siempre supo que me controlaba

sin demasiado esfuerzo; no es que piense que lo hacía a propósito,

simplemente... —Se acercó todavía más a él y bajó la vista—.

¿De qué es esa

cicatriz?

Máximo tuvo que hacer un esfuerzo para no cogerla de la cintura.

—Una operación de hernia... de cuando era pequeño —articuló

procurando controlar el temblor de su voz. El aliento de ella le rozaba el

pecho.

—¿Puedo pedirte un favor? Quizá lo consideres una tontería; es

importante para mí y espero... haré todo lo que pueda para que no se convierta

en un nuevo problema para ti.

—¿Qué podría convertirse en un problema?

—Si la vemos, ¿podrías fingir que estás conmigo? No sé qué mierda va a

ser de mí si, por una de esas casualidades, nos topamos con ella.

Probablemente ni siquiera la veamos, pero sé que no podré

controlarme si la

veo. Prométeme que no dejarás que caiga a sus pies otra vez. Ya hice el papel

de idiota el tiempo suficiente. Lo único que quiero de Nicole es que me

permita continuar con mi vida en paz.

—Claro, no hay problema; considéralo hecho.

—Gracias. —Teodelina dio un paso atrás—. Bonitos pantalones,

creo

que mi amigo Simón tiene unos iguales.

—¿Te burlas? ¿No son para mí, no es cierto?

—No es una burla; no soy de hacer bromas, y mucho menos de soltar

cumplidos a la ligera. Te quedan muy bien. —Volvió a acercársele. Lo cogió

por la cintura del pantalón y le abrochó el botón.

El pulso de Máximo se disparó.  
Ella tardó en apartar sus manos.  
Eso,

sumado a que, como si nada, le  
sostenía la mirada con una  
rotundidad

imposible de equiparar (casi le  
dolía el cerebro de lo penetrante de  
la mirada

de ella), le hizo tomar conciencia  
de lo loco que estaba por aquella  
chica, y no

solamente por aquel cuerpo, sino

por esa mirada, también por lo que decía,

sobre todo por lo que sentía, por lo que era más allá de las apariencias, más

allá de su coraza negra. Así, en un segundo, comprendió que, sin importar si en

algún momento sucedía algo entre ambos, más allá de un beso ocasional o del

palpitar eléctrico que se generaba entre ambos cuando estaban uno

frente al

otro, él ya no tenía nada que hacer junto a Geraldine... eso estaba acabado,

terminado; no quedaba absolutamente nada lo bastante valioso por lo que pelear.

—Vístete ya, tenemos una noche muy larga por delante.

Y eso fue todo; Teodelina se dio media vuelta y salió caminando

tranquilamente.

Regresar a la normalidad le debió de haber llevado uno o dos minutos;

justo entonces su cerebro se destrabó, permitiéndole realizar una acción tan

sencilla como era vestirse.

Se enfundó la camiseta negra, unos calcetines y un par de zapatos negros.

Por encima, una chaqueta negra. Cogió la bolsa y salió del baño. Ella lo

esperaba fuera, muy repantigada en una de las sillas, tan reclinada sobre ésta

que el camafeo descansaba sobre su ombligo.

—Cuando tú quieras —le dijo él.

—Andando, tengo mi coche fuera.

—Yo también tengo el mío.

—No tiene sentido que salgamos en dos automóviles; además, yo sé

adónde nos dirigimos, tú no. Deja eso aquí —le dijo haciendo

referencia a su

bolsa—. Cuando terminemos, te traeré de regreso para que lo recojas.

—No me molesta...

—Mejor mi coche —soltó ella, interrumpiéndolo. Se levantó de la silla,

le quitó la bolsa de las manos y la arrojó a un lado—. Luego venimos a por

ella.

Le costó entender que esa chica, así de mandona y dura, pudiese dejarse

gobernar por una joven de su misma edad. Cuánto debía amarla, quizá tanto

que nunca podría decirle que no.

## 21

Ni uno solo de sus empleados, colegas y amigos dejó de notar su salida junto a

aquella chica, y mucho menos el aspecto que ambos llevaban. Sintió sus

miradas en la nuca, sobre todo la de Liliana.

¿Qué sentido tenía ocultar lo que tan obvio era? Procuró relajarse y seguir adelante.

Iba a abrirle la puerta a Teodelina, pero ella no necesitaba eso; tiró de la

puerta de madera y cristal y salió a la fresca noche sin ni siquiera preocuparse

en mirar atrás para ver si él la seguía. Caminaba con paso firme y,

al mismo

tiempo, igual que si no existiese gravedad, era como si tuviese el mundo

comprado, la vida a sus pies.

Máximo tuvo que apresurar el paso para seguirle el ritmo.

A los pocos metros, las luces de un pequeño vehículo negro se

encendieron y la alarma sonó al desconectarse. Teodelina lo rodeó y, sin

mediar palabra, se metió en él. La imitó.

El motor se puso en marcha.

—Bien, allá vamos —entonó ella poniendo primera.

Y así fueron. Máximo perdió el rumbo por completo. Teodelina lo llevó a

una parte de la ciudad a la que él nunca había ido; fueron a parar a una calle

oscura y despoblada, en la que los únicos que se arriesgaban a entrar

eran

unos cuantos personajes góticos, de negro riguroso e impecables pieles

pálidas. Teodelina cruzó un par de saludos y monosílabos con un par de

personas a las que, por lo visto, conocía. También debía de tener cierta

relación con quien custodiaba la puerta, ya que le bastó con unas pocas

palabras para que los dejaran

entrar.

En el lugar sonaba una música ensordecedora que a Máximo le impedía

oír sus propios pensamientos.

Dieron un par de vueltas por el local, Teodelina con el cuello estirado y

la mirada saltando de un rostro a otro, buscando uno en particular. A la media

hora, y con señas, le indicó que fuesen hasta la barra. Allí se

inclinó sobre el

mostrador y, a gritos, llamó a alguien. Ese alguien acudió a ella con una

enorme sonrisa. Teodelina no se molestó en presentarle a la mujer de cabello

teñido de rojo furioso. Cruzaron un par de palabras hasta que finalmente la

pregunta surgió de los labios de su guía.

—¿Sabes algo de Nicole?

La mujer negó con la cabeza y pronunció unas palabras que él no logró

escuchar. Cinco minutos más tarde, Teodelina lo arrastraba otra vez hasta la

salida y, después de allí, a otro lugar muy similar, a unos veinte minutos de

viaje en coche, de viaje a toda velocidad; a Teodelina le gustaba pisar el

acelerador.

Tampoco hubo suerte en ese local, ni en el tercero, ni en el cuarto. Por lo

menos Máximo, a medida que saltaban de establecimiento en establecimiento,

iba aclimatándose más y más al entorno. Ya comenzaba a aprenderse de

memoria gestos y poses que la concurrencia compartía; también reconocía la

música que sonaba en esos lugares;

un tema en particular, para su sorpresa, le

agradaba. Su asombro no terminó ahí: al cabo de dos horas, ya tenía ganas de

no seguir saltando de local en local; quería quedarse en uno y beber un trago,

relajarse un rato, mimetizarse con la marea negra, con la fuerza de espíritu de

la concurrencia, que, a pesar de tener un aspecto lúgubre, como de

muertos en

vida, se sentían, al menos desde fuera, mucho más vivos que algunas personas

que van por la calle a pleno luz del día, vestidas con todos los colores del

arcoíris y con una enorme sonrisa en el rostro.

A las cuatro de la madrugada, después de una búsqueda completamente

infructuosa, pues nadie,

absolutamente nadie, supo decirles nada sobre el

paradero de Nicole, Teodelina decidió relajarse. Llegaron a un sitio en lo que

antiguamente había sido el puerto, en lo que eran las bodegas por aquel

entonces.

Teodelina le señaló el lugar.

Máximo giró la cabeza.

—¿La cripta? ¡Qué adecuado!

Teodelina puso los ojos en blanco.

—Ahora está muy de moda; viene gente que no es del círculo, curiosos.

Máximo detectó por los alrededores, estacionados a un lado y a otro de

la calle, muchos vehículos de alta gama, muy caros.

—Vamos, bajemos; este antro es mi última opción.

Ya habían visitado más de media docena de lugares.

—Además, creo que necesito beber un trago.

También necesitaba uno. Máximo se bajó con ella. Deseaba disfrutar de

lo que quedaba de la noche. Tal vez no fuese el momento ni la situación, pero

se le antojó sacarle jugo a la hora y poco más que le quedaba a la oscuridad.

Esperaba que ella le permitirse, de verdad, acompañarla un rato en su mundo.

¿Qué tal bailar un poco? Le apetecía soltar el cuerpo de la forma más

despreocupada, ya se había olvidado de cuándo era la última vez que había

salido a bailar.

En cuanto pisó la acera, Teodelina encendió un cigarrillo.

—Aquí vinimos en una de nuestras primeras salidas —guardó el

encendedor en el bolsillo de los pantalones—; era ella quien lo

conocía. La

primera vez que vine, yo estaba más perdida entre todo esto de lo que estás tú

ahora.

—Me cuesta imaginar eso.

Teodelina le dedicó un atisbo de sonrisa.

—No nací así; bueno, tal vez en cierto modo sí, pero lo fui descubriendo

poco a poco. Fue ella la que me dio

el empujón inicial.

—¿Seguisteis viniendo después de separaros?

—Sí, más de una vez nos topamos en los lugares de siempre; por eso me

extraña que nadie sepa nada de ella. —Le indicó que cruzase la calle—. Lo

que más me temo es que ha dejado el país.

—Todavía existe la posibilidad de que, allí dentro, alguien sepa algo

de

ella.

Teodelina soltó un largo suspiro, y se llevó el pitillo a los labios.

—Fui una ilusa al esperar dar con Nicole; es obvio que ella no quiere volver a verme. Sabía que la buscaría en los lugares de siempre.

—Encontraremos el modo de explicar lo del dinero; además, tranquila,

Resa en realidad no tiene ninguna

prueba en tu contra.

—Se las inventará si eso es lo que necesita. —Aspiró profundamente por

la boquilla del cigarrillo y luego lo arrojó a la calle para apagarlo con la bota.

—No se lo permitiremos.

Teodelina se quedó observándolo en silencio.

—Andando, te invito a unas copas.

—No voy a decir que no a eso.

Acepto. Vamos.

A Teodelina le bastó con un simple movimiento de la cabeza para que el

personaje que custodiaba la puerta de entrada apartase de su camino el cordón

que daba paso a una escalera que parecía sumergirse en las profundidades más

sombrías de la tierra. Para su sorpresa, ella lo cogió de la mano para guiarlo

al local que tan bien conocía.

Lo primero que percibió fue el ritmo de la música en vivo; una banda,

compuesta solamente por chicas, ocupaba el escenario a lo lejos, más allá de

los sillones y mesas de opulento estilo gótico y la pista de baile propiamente

dicha, en la cual una multitud seguía con el cuerpo las ondas sonoras que emergían de los instrumentos.

Lo que más le sorprendió del sitio fue lo cuidada y elaborada que era la

decoración, básicamente toda negra, con unos pocos toques de morado y rojo.

La concurrencia lucía un único color; bueno, al menos aquellos que debían tener aquel lugar como su segundo hogar; otros que estaban allí a saber

por qué razón se veían como pulpos en un garaje. Teodelina le había

hablado

de aquella gente, «curiosos», los cuales desentonaban tanto entre la multitud

como un par de gacelas entre leones y, de hecho, tenían casi la misma cara de

pánico que unas gacelas entre un grupo de leones hambrientos. Con puños

tensos, se aferraban a sus vasos de cerveza, incluso a sus botellas de agua

mineral. Máximo no hubiese ni creído que allí vendían algo tan inocuo como

podía ser el agua.

Ella resopló al verlos y a continuación, con una mano por delante de la

nariz, apuntó en dirección a la barra.

Máximo la siguió en el exacto momento en el que un grupo de muchachos

que vestían unos pantalones muy

parecidos a los suyos se presentó ante el

grupito de turistas. Se preguntó si comenzarían una riña.

Dio unos pasos siguiendo a su guía y después se dio la vuelta para ver

qué sucedía. Nada en absoluto, allí no había violencia alguna. Un muchacho, el

más alto y larguirucho de los tres, que iba escondido detrás de una lacia y

larga cabellera castaña, se acercó a

la chica que había tomado una  
fotografía

con su móvil segundos atrás. En un  
gesto nada común para esta época,  
se

inclinó en dirección a ella y le  
tendió la mano; comprendió que la  
invitaba a

bailar. La chica le sonrió en  
respuesta. Su mano blanca y  
delicada se posó

sobre la del muchacho. La chica les  
dijo algo a sus compañeros y,

luego, los

dos restantes muchachos y los turistas se fueron en dirección a la pista de

baile.

Teodelina lo llamó; acudió a ella.

Cuando llegó a su lado, pedía dos

cervezas al tiempo que sacaba dinero de su bolsillo.

—Yo invito.

—No, está bien, la primera ronda corre de mi cuenta.

—¿Y bien...? —Recorrió el establecimiento con la mirada—. ¿Nada?

—Ni siquiera reconozco a los que atienden la barra. Todo ha cambiado

mucho por aquí desde la última vez que vine.

—¿Cuánto hace de eso?

—Un año, más o menos. Últimamente salgo mucho con Simón y a él estos

lugares no le gustan nada. Juntos

hacemos otras cosas.

Las cervezas llegaron. Teodelina las recogió de la barra y le pasó una.

—Suele arrastrarme a las fiestas que organiza su revista, incluso a

desfiles de moda y ese tipo de eventos. Le fascina llevarme a los restaurantes

de moda y a todo nuevo bar que abren.

—¿Por eso caíste en el mío?

Le contestó que sí con la cabeza.

—Tendré que agradecersele. —Eso último básicamente se le escapó; sin

embargo, ella ni siquiera dio señales de reparar en su comentario.

—¿Qué haces tú para divertirte, dónde vas con Geraldine? Porque asumo

que como pareja vosotros...

—¿Podríamos no hablar de ella esta noche?

—Por mí, ningún problema.

—Gracias.

Teodelina se llevó la boca de la botella a los labios y bebió sin quitarle

la mirada de encima.

—¿Qué? —Quería besarla, solamente necesitaba una señal de su parte,

indicándole que no le rompería la mandíbula de un golpe si lo intentaba.

Por respuesta, Teodelina le señaló con la cabeza la pista de baile.

—¿Te animas?

—¿No tienes miedo de pasar vergüenza? Debe de hacer más o menos

quince años que no salgo a bailar y nunca... —Súbitamente ella le tapó la boca

con una mano. Sus dedos olían a tabaco, a cuero y, por detrás de eso, a la

calidez y suavidad de su piel.

Lentamente bajó la mano, se llevó la botella a la boca y, a medida que

bebía, que bebía todo el contenido, fue alzando la base de la botella. Al

acabarla, la estampó contra la barra mientras se secaba los labios con el dorso

de la mano—. Bailarás conmigo; no te lo estoy proponiendo. —Se sacó la

chaqueta y luego se la anudó a la cintura—. Te lo estoy ordenando. Andando.

Esta vez, en lugar de arrastrarlo tirando de él por la muñeca, lo cogió de

la mano.

Apenas se había alejado dos pasos de la barra, Teodelina ya se mecía al

ritmo de la música.

Allí no había un paso en particular que imitar, y eso resultaba en parte

reconfortante; aun así, Máximo se sentía un vejestorio entre tanta juventud,

oxidado; tenía las rodillas rígidas, sin embargo lo más entumecido de todo no

eran sus músculos, sino, más bien, su espíritu.

Ella no se contentó con llevarlo hasta la pista de baile: a empujones hizo

espacio para ambos en el centro mismo de la multitud y, entonces, se desató

por completo. La vio alzar los brazos y moverse sin límites, sin

reparo alguno,

igual que si nadie la viese, como si no le prestasen atención. Por momentos

Teodelina cerraba los ojos, giraba y se perdía en su propia mente. A él le fue

imposible perderla de vista. Intentó moverse un poco.

Sin que mediase ni una mirada, Teodelina lo rodeó, le puso las manos

sobre los hombros y le arrancó la

chaqueta, la cual, luego, rodeándole la

cintura, le ató a la altura de los pantalones.

—No tengas miedo, nadie te mira —le susurró al oído desde atrás.

A él no le preocupaba que lo viese nadie más que ella. Intentó algo, se

movió medio sin gracia. Su guía no se burló, tampoco puso cara de

avergonzada; todo lo contrario, se plantó frente a él y comenzó a acompañarlo

en sus movimientos y después a saltar, sacudiendo los brazos y la cabeza.

Máximo lo mandó todo a la mierda mentalmente y la imitó. ¿Qué más daba?

A los pocos minutos, el entumecimiento era historia, igual que su

vergüenza, igual que lo pulcro de su aspecto; allí, entre toda esa gente que

bailaba liberándose por completo,

bailando sin parar, acabó empapado en sudor.

Ante sus ojos, Teodelina se convirtió en una persona muy distinta;

tampoco él era el mismo que un par de horas atrás.

En un momento dado, cuando parecía que ya no quedaba ninguna barrera

que derribar, Teodelina se le acercó y, sujetándolo por la cintura de los

pantalones, juntó su cuerpo al de él. Máximo sabía lo que venía a

continuación; de hecho, llevaba gran parte de la noche deseándolo; ella rozó

sus labios una y otra vez, inspirando sobre su boca, asomando su lengua sobre

sus labios y, entonces, él ya no logró aguantarse más. Con fuerza, la aferró por

la cintura y comenzó a besarla apoderándose de su boca,

perdiéndose dentro

de ésta. Le pareció extraño y casi increíble volver a besar a alguien de aquel

modo. Fue como si en un segundo se le cayesen de encima una decena de años

y muchas barreras.

Los brazos de ella acabaron enredándose alrededor de su cuello, su

lengua en la de él. Sintió a Teodelina empujar sus caderas

contra las suyas, sus

pequeños pechos contra su torso.  
Una de sus manos trepó, usando de  
escalera

la columna de ella, colándose por  
debajo de la fina blusa que vestía.  
Su piel

era absolutamente deliciosa.  
También su carne y huesos pegados  
a los suyos.

No tenía intención de continuar  
conteniéndose y, por eso, su mano  
bajó por el

trasero de la chica. La reacción de Teodelina fue gemir dentro de su boca

cuando él coló su mano entre sus piernas.

—Me gustas... me gustas mucho —  
entonó ella, apenas apartándose de sus

labios para luego tomar entre los suyos el labio inferior de él—. Me gusta tu

sabor. Me gusta tu cuerpo pegado al mío. Me gusta cada segundo que

paso

contigo, M. —La lengua de ella tocó sus dientes. Teodelina bajó uno de los

brazos, que había estado rodeando su cuello, para acabar posando su mano

sobre la que él tenía en su trasero —. Y me gusta mucho tu mano ahí.

Máximo sintió que comenzaba a ponerse duro. De ser por él, le habría

quitado los pantalones allí mismo

para hacerla suya.

—Llevo deseando esto más tiempo del que suelo esperar por algo.

Ante las palabras de ella, a Máximo se le escapó una sonrisa.

—Llevó conteniéndome desde que te vi en mi restaurante.

—Entonces deberíamos recuperar el tiempo perdido. Ya no estoy con

Stefan; eso... en realidad nosotros no... —No acabó la frase, pero él

comprendió igualmente lo que

quería decirle—. Lo terminé esta tarde.

—Creo que Geraldine...

—¿La amas?

Negó con la cabeza.

—No, ya no.

—¿Por qué sigues con eso?

—No lo sé.

—No es que yo quiera... lo que quiero decir es que no puedo... no soy ese

tipo de mujer. Me conoces. —  
Todavía no tenía el coraje de  
decirle que tenía

en sus manos lo que podía ser una  
prueba que demostraba que  
Geraldine lo

engañaba con aquel tipo. No es que  
quisiese destruir su vida, no es que

pretendiese tener con él lo que  
Geraldine le daba; tal vez él  
quisiese eso a

cualquier precio. A ella,  
sinceramente, no le importaba si él

aceptaba su

infidelidad y seguía adelante con ella, tan sólo se negaba a permitir que

continuasen mintiéndole, pues Máximo se merecía algo mejor que eso; por

eso, ella tampoco hacía promesas que en el futuro no pudiese cumplir —. Me

gustas mucho; el tiempo que paso contigo es... —No encontraba las palabras;

expresarse por medio de ellas no era lo suyo, lo suyo era la pintura negra.

En respuesta, Máximo la besó otra vez.

—¿Por qué me escoges para volver a confiar?

Algo atontada, recibió lo más parecido a un abrazo que experimentaba

desde hacía mucho tiempo, al menos, a uno sincero.

—Porque me aceptaste primero, sin

preguntar, sin intentar cambiar nada.

Máximo la besó otra vez como si quisiese devorarla o fundirse con ella.

Ni siquiera Stefan la había besado así.

—Soy un jodido desastre; no sé hacer esto, siempre lo arruino.

—¿Cómo podrías arruinarlo?

—Confía en mí, sé que puedo, siempre lo hago.

—¿Ya quieres terminar conmigo?

—No, no es eso, es más bien que...

—Que no quería perderlo nunca;  
que

prefería tenerlo como amigo por siempre que de pareja por un par de semanas

o, con mucha suerte, por un par de meses.

—No iré a ninguna parte hasta que me echés a patadas de tu lado.

—Estás muy jodido, M —le dijo ella con una sonrisa.

—Lo estaba, ya no.

Cuando salieron de La cripta, amanecía.

No lograron averiguar absolutamente nada de Nicole; nadie la había

visto, ni siquiera oído una sola palabra de ella. Si aún se encontraba en la

ciudad, se esforzaba por pasar desapercibida; cero contacto con ninguna de

sus viejas amistades, nada de pasar

por los lugares que le gustaban.  
Nada de

nada; si todavía se encontraba  
cerca, se paseaba por allí igual que  
un

fantasma.

Máximo también comenzó a creer  
que probablemente había salido del  
país con documentos falsos.

Ahora no les quedaba más que  
esperar a que Lisando tuviese  
noticias

sobre su ex, para intentar aclarar un poco las cosas.

—Te llevó a tu casa —soltó ella, con un cigarrillo entre los labios, tras

poner el motor en marcha.

—No puedo invitarte a subir —dijo procurando ser lo más claro posible.

—Ya sé que no —le contestó ella con una sonrisa torcida, que así salió

por evitar que se le cayese el pitillo

de la boca. Maniobró con el volante al

poner primera para salir del estacionamiento.

—¿Y si me invitas a tu casa? —En otro momento de su vida ni se le

hubiese ocurrido ser así de directo.

—No es buena idea. No quiero que, después, te amargues pensando en

cómo se lo explicarás a ella.

—¿Por qué supones que...?

—Eres demasiado bueno como para hacer algo así y seguir con tu vida

como si nada.

—Lo que dices me hace quedar como un idiota.

—No creo que ser leal sea de idiotas. Quedan pocos hombres justos en

este mundo.

—No soy uno de ellos, te deseo desde la primera vez que te vi.

—Te dije que no es que creyese que fueses un mojigato; los santos no existen, solamente digo que no te sentirás bien engañándola.

—No tenía pensado pensar en ella mientras...

—Espero que no. De todas formas, no será esta noche. Estoy cansada y me parece que nuestras existencias ya son lo suficientemente complicadas.

—Dime la verdad, ¿no me quieres en tu cama?

—Haré ver que no he oído eso último que acabas de decir.

—Es que todavía me resulta difícil de creer que esto realmente suceda

entre nosotros —dijo sin poder evitar sonreír de satisfacción.

—No es que te haya caído del cielo el mejor regalo del mundo.

—No puedo creer que te des tan poco valor.

—Sí que estás mal, M.

A las seis y diez de la mañana,

Teodelina lo dejaba frente a la  
puerta de

su apartamento, quedando antes en  
hablar esa misma tarde, después de  
que

ambos durmiesen un poco.

\* \* \*

Máximo cuidó de no hacer  
demasiado ruido al abrir la puerta;  
no quería

despertar a Stefan, prefería evitar a  
toda costa tener que hablar con él  
de nada,

tenía claro que hasta mirarlo a los ojos le costaría. Además, no sabía cómo

explicar que recién llegaba de la calle después de pasar toda la noche fuera;

no es que tuviese que darle explicaciones, pero...

Sus deseos se hicieron trizas nada más abrir la puerta.

Stefan se encontraba sentado en el sillón del salón, en una postura un tanto rígida, con la espalda muy

erguida, una mueca seria en el rostro y los

ojos algo desorbitados.

—¿Dónde has estado toda la noche?

—Buenos días, Stefan.

—Que dónde estabas.

—He salido. ¿Qué has hecho tú?, ¿recién te levantas o acabas de llegar?

—¿Qué haces así vestido? —Se levantó del sillón—. Hueles a

tabaco y a

alcohol, el olor llega hasta aquí.

Arrojó las llaves sobre la mesita de la entrada; conservó su móvil en el

bolsillo de los pantalones; en éste tenía guardado el número de Teodelina, y no

quería que ella llamase y él viese su nombre en la pantalla.

—Voy a la ducha y a la cama. Hablamos luego.

—Teodelina rompió conmigo ayer

—lanzó cuando él esquivaba la mesita

del café, rumbo al pasillo y de allí a su cuarto.

—Lo lamento.

—No te creo. —Stefan se le plantó delante—. De casualidad estaba

asomado al balcón hace nada. No he podido pegar ojo en toda la noche y

necesitaba un poco de aire, tenía la sensación de que enloquecería. Ahora es

más que eso, estoy furioso. ¿Crees que soy idiota?! ¡Acabas de bajar de su

coche!

Teodelina debió de haberlo llevado hasta el restaurante para que

recogiese su automóvil, no hasta el apartamento. Se odió a sí mismo por no

haberse esforzado lo suficiente en convencerla de ello.

—¡Eres un hijo de puta! ¡Eres mi hermano! ¿Cómo has podido

hacerme

eso? Te dije que quería comprar una casa para vivir con ella. ¡Lo has hecho a

propósito! Te morías de celos de mí, de lo que tenía con ella.

—Stefan, no es lo que...

—Debería coger el teléfono y llamar a Geraldine para decirle que te

follas a Teodelina.

—No es así, Stefan; lamento lo

vuestro, pero yo no...

—Eres una mierda y ella es todavía peor. ¡Es una puta! ¡No le ha costado

nada saltar de uno a otro! ¡Seguro que lo ha disfrutado!

—¡Cierra la boca, no sabes lo que dices!

—Esto no se va a quedar así.

—Stefan, no ha pasado nada.

—Mentira. La conozco, seguro que ella...

—No digas nada más, no permitiré que continúes insultándola.

—Debería partirte la cara por defenderla, ¿acaso no sabes que todas las

mujeres son iguales, todas la misma mierda?, incluso tu querida Geraldine.

—Stefan, tranquilízate.

—Ni se te ocurra decirme lo que debo hacer —rugió Stefan; de repente

su pulso se había acelerado,

respiraba agitadamente y su rostro estaba casi

morado de tan rojo.

—No voy a discutir contigo en este estado; ve a acostarte y en un par de horas lo hablaremos.

Vio que el puño de su hermano se le acercaba a toda velocidad; lo

esquivó por poco. Lo cierto fue que Stefan no se dio por satisfecho al errar el

golpe sobre su mandíbula. Dando

un salto descomunal, se le echó encima,

bufando y gruñendo, tirando golpes a diestro y siniestro, acorralándolo contra

la pared. No deseaba aquello; sin embargo... Stefan lo golpeó duro primero a

la altura de las costillas del lado derecho y luego en el rostro; tenía que

defenderse, librarse de él. Lanzó un par de puñetazos, procurando no

ser

demasiado contundente, aunque era evidente que su hermano no pretendía

guardarse nada, pues simplemente estaba como fuera de sí, como si no viese a

quién tenía enfrente, tanto es así que podía decirse que lo usaba de saco de

boxeo. Todo era demasiado confuso: iban prendidos el uno del otro, rebotando

contra las paredes y los muebles,  
sin dejar de golpearse.

Máximo intentaba calmarlo con  
palabras, quitárselo de encima

tironeando de su ropa, pero no  
había forma, Stefan no tenía  
intención de parar.

Con el cuerpo dolorido,  
comprendió que era momento de  
acabar con aquello,

pues no tenía sentido alguno seguir  
recibiendo golpes de eso modo,

defendiéndose con actitudes

blandas, si su hermano, por lo visto, lo que

deseaba era herirlo de verdad.

Un par de semanas atrás había tomado, en el gimnasio, unas clases gratis

de jiu-jitsu. Sabía que no contaba con el entrenamiento suficiente como para

provocarle mayores daños, tampoco era esa su intención, simplemente quería

acabar con aquello. Stefan lo tenía

asido por el cuello de la camiseta;  
la

maniobra que inició era una de las  
más sencillas: metió un brazo por  
entre los

dos de su hermano, le rodeó el  
cuello por el lado izquierdo para  
cogerlo por

la axila derecha al tiempo que trabó  
su pierna derecha con la suya,  
montó todo

el peso del su hermano sobre su  
espalda y lo lanzó hacia delante.

Stefan cayó

pesado y un tanto desconcertado; probablemente no esperaba que le hiciese

algo semejante.

El suelo del apartamento sonó con fuerza ante la caída del musculoso

cuerpo de Stefan. Máximo lo inmovilizó contra el suelo tirando del brazo con

el que aún lo tenía sujeto por la camiseta.

Stefan soltó un quejido de dolor; intentó librarse de la trampa de las

manos de su hermano, pero lo único que logró fue sentir todavía más dolor en

el hombro.

—Suéltame.

—Si prometes calmarte.

—Me dislocarás el hombro.

—No quiero lastimarte, Stefan. —  
Un hilo de sangre le corría por la nariz.

A él no le había importado golpearlo una y otra vez.

—Es un poco tarde para eso.

—No es lo que crees.

—¡Mentiroso!

—Vosotros habéis terminado.

—Eres igual que ella. ¡Los dos sois una mierda! —A continuación, Stefan

le dedicó toda una sarta de insultos en alemán—. Suéltame, me largo de aquí.

No quiero volver a ver tu cara ni la de ella. Sois tal para cual.

Máximo lo soltó y retrocedió para poner distancia entre ambos.

A Stefan le costó levantarse del suelo, el golpe había sido duro.

—Eres un pobre infeliz. Un imbécil que cree que se las sabe todas.

¡Jamás fuiste perfecto ni nunca lo serás! Tu vida es patética. Tú eres patético.

—Stefan, sólo permíteme que te explique que...

—No quiero que me expliques nada. —Sujetándose por el codo el brazo

por el que Máximo lo había mantenido contra el suelo, irguió la espalda y lo

enfrentó—. ¿Sabes una cosa? Me importa una mierda que te hayas revolcado

con ella, porque antes yo me llevé a la cama a tu prometida. Ahora estamos

empatados.

Máximo oyó las palabras; sin embargo, su cerebro no logró procesarlas.

Paralizado, se quedó mirándolo sin acabar de decidir si era verdad o mentira

lo que acaba de soltarle.

—Y no soy el único; por lo que sé, ella ha tenido a más de uno mientras...

—¡Cierra la boca y lárgate de mi casa!

—Es lo que te mereces.

—¿Cómo pudiste?

—Soy un hombre, y hago lo que me da la gana, igual que tú.  
Recriminale

a ella que sea tan ligera de...

—¡Fuera de mi casa! Lárgate en este instante si no quieres que te mate.

Fuera de aquí. ¡Fuera, fuera, fuera!  
¡Llévate todas tus porquerías, no quiero

nada tuyo aquí! ¿Cómo pudiste?

—Fue ella quien lo empezó.

—Me importa una mierda; eres mi hermano, Stefan. ¡Mi hermano!

¿Entiendes lo que eso significa?

—¿Lo entiendes tú?

—Vete, vete ahora mismo. No quiero que estés aquí cuando salga de la

ducha. ¡Lárgate!

Máximo le sostuvo la mirada durante un par de segundos; no lo soportó,

no podía creer lo que su hermano  
había hecho, lo que Geraldine...  
Sentía las

tripas revueltas, dolor de cabeza y  
una tensión insoportable en los  
brazos.

Quería... quería... azotó la puerta  
de su cuarto con una fuerza tal que  
ésta soltó

un crujido nada halagüeño.

**22**

Teodelina lo intentó; sin embargo,  
no logró descansar demasiado.

Nada más

llegar, se arrojó sobre la cama;  
dormitó como mucho dos horas  
hasta que las

pesadillas, mezcladas con la  
realidad, acabaron despertándola.  
Abrió los ojos

agitada y cubierta en sudor;  
enredada en sus ropas, en las  
sábanas, sentía el

corazón palpitándole en las sienes.  
De descansar, ni hablar; por lo  
visto su

mente tenía otros planes, imposibilitándole liberarse de los problemas que la

acosaban una y otra vez. No lograba apartar a Nicole de sus pensamientos,

tampoco a Máximo; no tenía ni la menor idea de qué hacer con respecto a

ninguno de los dos.

Su cabeza era un revoltijo confuso, empeorado por la falta de sueño;

tanto era así que lo único que tenía

claro era que sólo deseaba que  
Nicole

aclarase, si las cosas se ponían así  
de feas, que ella le había prestado  
el

dinero de sus ahorros y que por eso  
había necesitado exponer.

Verdaderamente, lo principal ni  
siquiera era eso: necesitaba saber  
que

estaba viva y bien; con el correr de  
las horas, sentía más y más miedo,  
pues le

parecía casi imposible que Nicole no se hubiese puesto en contacto con nadie,

incluso si sus planes fueron, desde un principio, abandonar el país y

desaparecer. Nicole no era del tipo de persona que podía hacer nada sola... no

porque no pudiese, más bien porque no le gustaba estar sola, no sabía ser así;

cuanta más gente la rodease, mejor para ella. Sus amigos y compañías,

incluso

los meros conocidos, siempre fueron, para ella, de un valor incalculable.

Simplemente necesitaba personas a su alrededor siempre.

No, no podía simplemente haberse fugado y ya. No a menos que algo la

obligase a hacerlo, algo realmente muy malo; quizá su ex pisándole los

talones.

Teodelina se levantó. Planeaba

darse una ducha, pero antes haría un llamada que llevaba muchos días postergando. Antes de coger el teléfono,

encendió un cigarrillo.

—Tony, soy Teo.

—¿Teo? ¿Teodelina? ¿Como la Teodelina que solía pasearse por aquí

esperando conquistar a mis camareras para llevárselas a la cama? Dime algo

más, todavía no puedo creer que esté escuchando tu voz.

—Eres un jodido pervertido.

Tony era el antiguo jefe de Nicole, el dueño del bar en el que ella

trabajaba cuando se conocieron.

De ser por ella, Teodelina no hubiese vuelto a hablar con él nunca en toda

su vida; más que nada, porque deseaba dejar el pasado en el pasado. Tony no

era una mala persona, aunque tampoco un santo; aun así, había tenido, años

atrás, un par de gestos agradables tanto con ella como con Nicole... bueno,

sobre todo con Nicole, de ahí la razón de esa llamada. Nicole no tenía

familiares, sin embargo siempre había tenido a Tony y lo tendría. Si alguien

podía saber de ella, era él. Tony la

adoraba y la quería bien, era como la hija

que nunca tuvo. Coleccionaba las fotografías de revistas de moda, incluso de

publicidades, en las que salía Nicole.

—¡Sí, eres tú! No me lo puedo creer, ni siquiera imaginaba que

conservases mi número.

Teodelina no le dijo que recordaba ese número de memoria, que jamás lo

había olvidado tras llamar allí a Nicole tantas veces.

—Ni yo me creo que todavía estés ahí. ¿El bar todavía funciona?

—Mejor que recién inaugurado.

—¿Te he despertado?

Tony vivía en un apartamento situado encima de su local.

—A decir verdad, todavía no me he acostado. Tuvimos mucho trabajo

anoche, una despedida de soltero; por poco destruyen el negocio.

Unos

capullos. Todavía no he aprendido que no debo meterme en esas cosas.

—Dejan buen dinero.

—Sí, cierto, por eso todavía lo hago. Dime, ¿a qué debo el honor de tu

llamada un domingo a estas horas en las que, los que son como nosotros,

recién caen rendidos?

—Bueno, yo salí anoche y, a decir

verdad, no tengo sueño.

—Yo estoy muerto y, si bien me alegra saber que estás viva, preferiría

que, si no tienes nada importante que decir, conversemos quizá esta noche, con

una copita de algo, aquí en el bar, cortesía de la casa.

—Gracias por la invitación; estoy un tanto ocupada.

—Ah, entiendo, tú te lo pierdes. La semana pasada contraté a una chica

muy bonita; de hecho, me recordó a Nicole en cuanto la vi, deberías

conocerla. En fin, entiendo que ahora te mueves dentro de otro círculo; oí algo

acerca de tu exposición, todo un éxito.

—Tony, no gastes saliva en palabrería. Dime, ¿sabes algo de ella?

—Algo, ¿de quién?

—Nicole, Tony, Nicole.

—Deduzco, por tu pregunta, que no está contigo. ¿Por qué?, ¿qué ha

pasado esta vez entre vosotras? No os parece que ya sois mayorcitas para

seguir con el mismo juego de siempre.

—¿Hablaste con ella y te contó que venía?

—Sí, así fue. Me dijo que venía para quedarse contigo... definitivamente.

Es evidente que no era nada tan

definitivo. ¿Qué ha hecho, o has sido tú la que

lo ha arruinado?

—No creo haber hecho nada.

—¿Cuándo habéis reñido, anoche?  
¿Por eso no puedes dormir? Dale unas

horas; regresará y haréis las paces con sexo. ¿Eso hacen las parejas, no?

—Tony, cierra la boca. Nicole llegó a Buenos Aires el viernes de la

inauguración de mi exposición. Me avisó de su llegada; de hecho, estuvo en mi

apartamento, dejó todas sus cosas aquí, pero a la inauguración nunca se

presentó y no sé nada de ella desde entonces; nadie sabe nada de ella. La he

buscado por todas partes... ¿No la has visto o has hablado con ella en los

últimos días?

—La última vez que conversamos por teléfono fue el jueves antes de que

se subiese al avión. Se la notaba feliz, contenta por volver. ¿Cómo es eso de

que nadie sabe nada de ella?

—Ni rastro. Dejó todo su equipaje y sus documentos en mi apartamento.

—Eso es... como mínimo diría que extraño.

—¿Te contó Nicole algo sobre su

novio?

—Evidentemente te contó alguna cosa a ti también.

—¿Qué sabes?

—Poco y nada, pero, según deduzco, era un reverendo hijo de puta.

—Nicole le debía dinero. Le presté lo que necesitaba para saldar sus deudas.

—¿Y...?

—Eso, entre otras cosas; el tipo era un enfermo. —Le mencionó el

cuadro y sobre cómo el sujeto había puesto como condición, para dejar partir

a Nicole, que éste le fuese enviado; también le explicó todo lo que sabía sobre

él.

—Me sobra experiencia con hijos de puta de ese estilo, por aquí vienen a

menudo. Tenemos que encontrarla.

—Ya no sé dónde buscarla, Tony, por eso te he llamado. Temo que algo

malo le haya sucedido; al principio pensé que se había fugado con mi dinero,

pero ya...

—Entonces lo buscaremos a él; no es agradable decirlo, pero cabe la posibilidad de que, si damos con él, la encontremos a ella.

—Estoy en eso. Un amigo me está ayudando; tiene un buen amigo que

es

abogado y se dedica a hacer investigaciones; espero tener noticias de él entre

esta tarde y mañana.

—Dime todo lo que sepas sobre el sujeto, intentaré buscarlo por mi cuenta.

Teodelina se lo contó todo, le pasó los mismos datos que al amigo de

Máximo.

—¿Tienes con qué cuidarte las espaldas? —le preguntó Tony después de

terminar de tomar nota.

—Sí.

—¿Qué más?

—Mis problemas no terminan ahí.

—Me lo imaginaba. ¿Qué es? Dime. Te conozco desde hace mucho; sé

que no confías ni en tu propia sombra, pero despreocúpate: tú y

yo ya pasamos

de largo esa etapa en la que podrías  
quedar debiéndome algo si te hago  
un

favor, somos viejos conocidos.  
Escúpelo. ¿Qué es?

Dudó un momento; sin embargo, al  
cabo de unos segundos, se lo  
explicó

todo, absolutamente todo, incluso  
sus líos con Máximo.

—Ok, no te preocupes; ya mismo  
me ocupo de esto. ¿Quieres que te

mande a uno de mis muchachos? Si el tipo está tan enfermo como dices, quizá

ronde por ahí suelto. Lo último que necesitas en este momento, con el lío que

tienes entre manos, es encontrarte con él por la calle.

Con «mis muchachos» Tony se refería a uno de esos orangutanes que se

ocupaban de la seguridad en su bar.

—No hace falta. ¿Me llamas en

cuanto sepas algo?

Así lo convinieron. Teodelina le pasó su número y, además, a petición de

él, se comprometió a mantenerse en contacto, más precisamente a llamarlo

cada par de horas; si no lo hacía a la hora señalada, Tony sabría que era

porque algo malo le había sucedido, y entonces sí pondría a sus orangutanes a

trabajar y, tal vez, quizá también llamaría a las pocas viejas amistadas del

antiguo círculo, con los cuales no había quedado a malas.

\* \* \*

No se molestó en acostarse, sabía que no podría pegar ojo por más que lo

intentase. Todavía no podía creer que, lo que Stefan le había revelado sobre

Geraldine y él, fuese cierto. No

quería creerlo y hubiese dado cualquier cosa

porque eso, en realidad, no hubiese sucedido. Las sospechas de que Conde y

ella tuviesen un amorío eran una cosa; que se hubiese acostado con su

hermano, una muy diferente. Lo primero, probablemente, lo habría perdonado

si todavía la amase; lo segundo, simplemente... no podía con eso.

Increíblemente, logró esperar hasta el mediodía para llamarla y pedirle que se viesen.

Ella le propuso salir a comer. Un lugar público no era el sitio indicado

para discutir lo que tenían que discutir; sin embargo, no tuvo el valor de

decirle que necesitaban hablar seriamente. En parte porque no quería pasar

por ello, en parte porque temía que,

si abría la boca en ese instante, no lograría cerrarla y no le apetecía mantener esa conversación por teléfono. Se merecían un cara a cara.

Accedió.

Por fortuna, Geraldine escogió almorzar en un restaurante al que iban a menudo, uno cerca del río, muy privado, con espacio suficiente entre mesa y

mesa como para que las conversaciones ajenas no pudiesen ser escuchadas.

A la hora señalada, la esperaba sentado en una mesa de dicho restaurante.

Geraldine llegaba con retraso; cinco minutos atrás le había enviado un

mensaje de texto para avisarlo de que, delante de ella, tenía todo el tráfico de

la capital queriendo salir hacia los

alrededores para disfrutar del espectacular

día de domingo.

Se le antojó uno de los cigarrillos de Teodelina... todavía más, estar con

ella. Ya ni siquiera se molestaba en procurar reprimir sus deseos; de todos

modos, fuera como fuese, ya todo estaba acabado.

Geraldine llegó veinte minutos más tarde.

—Perdón, perdón, perdón —recitó a toda velocidad. Se le acercó, le dio

un beso en la mejilla y fue a sentarse en la silla vacía frente a Máximo. Colgó

su bolso del respaldo de la silla y dejó su móvil sobre la mesa. No se quitó las

gafas de sol. Se encontraban en el exterior y el sol era intenso.

Máximo odiaba hablar con ella cuando llevaba gafas de sol puestas

(bueno, en realidad con ella o con cualquier otra persona, sobre todo si tenía

que discutir asuntos serios), pues prefería mirarla a los ojos directamente.

—Ha sido un acierto venir aquí. Hace un día espléndido. Después de la

trasmochada de ayer, me viene bien un poco de aire libre. Lo pasamos genial,

nos divertimos mucho; hacía tiempo

que no tenía una salida así, me recordó a

cuando estaba en la universidad. ¿Qué tal te fue en el restaurante anoche,

mucho trabajo?

Máximo se reclinó sobre la mesa y, estirando un brazo, le quitó las gafas

de encima del puente de la nariz, para colocárselas sobre la cabeza.

Ella lo dejó hacer y luego lo miró fijamente; debió de adivinar que

algo

no iba del todo bien.

—¿Qué pasa? Estás muy serio.

—Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De muchas cosas. Primero y principal, creo que esto... nosotros... —

inspiró hondo y meneó la cabeza—. No me parece que tenga demasiado sentido seguir adelante.

Geraldine se puso pálida.

—No... ¿Qué es esto?, ¿te ha entrado pánico por la boda? Máximo,

probablemente estés muy cansado; anoche tuviste mucho trabajo. De hecho,

llevas meses en los que no paras de trabajar sin cesar. Sé que el restaurante es

tu pasión, así como la mía la galería. Eso nos ha distanciado un poco. —Se

acercó a la mesa y, con ambas manos, cogió la suya—. Tenía pensado

organizar un viaje para antes de la ceremonia, para descansar y...

—No tiene sentido, Geraldine. Te respeto. Mentirnos a nosotros mismos

no nos hará ningún bien. No tiene ningún sentido seguir adelante con una farsa.

—¿Una farsa? Yo te amo.

—No... yo no siento lo mismo... ya

no.

—¿Qué?! ¿Cómo puedes soltarme esto, hacerme esto?! ¡No sabes lo que

dices!

—Stefan y yo hemos tenido una discusión esta mañana.

—¿Y por eso la pagas conmigo?! No puedes, simplemente, disolver

nuestro compromiso porque has reñido con tu hermano. Máximo, ¿qué te

sucede hoy?

—¿No hay nada que tengas que decirme?

—¿Algo que decirte? ¿Aparte de que creo que deberías regresar a casa y

dormir una siesta hasta que se te acomoden las ideas?

—Geraldine...

—No, en serio, todo esto es de lo más infantil.

—Hay alguien más en mi vida.

—¡Con que es eso! ¡¿Quién es?!

—Ése no es el asunto. El asunto es que ni tú ni yo...

—No puedo creer que esto esté sucediendo.

—¿Tú todavía me amas?

—¡Claro que sí! Acabo de decírtelo.

—Geraldine, por favor...

—Por favor, ¿qué?

—Resa insinuó que... —Apretó los

dientes; ni siquiera podía pronunciar

aquellas palabras. Necesitaba que ella tuviese el valor de confesar la verdad.

No quería tener que ser él quien le dijera todo lo que sabía; al menos, por

respeto mutuo, se debían sinceridad al terminar su relación. No quería guardar

malos sentimientos contra ella, ya que era consciente de que la

responsabilidad de lo ocurrido era de ambos. Se habían descuidado el uno al

otro y así había acabado todo, o tal vez, simplemente, nunca debieron llegar

tan lejos. ¿Qué más daba?

—¿Qué insinuó Resa?

—Dímelo, por favor.

—No sé qué quieres que te diga. No tengo nada que decir. Mejor

pidamos de comer y después nos

vamos a casa y descansamos un rato.

—No.

Geraldine se apartó.

—Por favor, dime lo que tengas para decirme. ¿Tampoco tienes idea de

por qué discutí con Stefan?

—¿Por qué habría...?

—No confío en ti. Ya no sé cuántas veces has mentido y cuántas has dicho

la verdad.

—No me taches de mentirosa.

—¿Por qué te ocupas tú de pagarle el abogado a Conde? ¿Por qué vivía

él en uno de tus apartamentos?

—Resa no sabe lo que dice.

—¿Tampoco mi hermano? ¿Me mintió Stefan, Geraldine? ¿Mintió?

Geraldine se apartó todavía más.

—Tan sólo dilo; no tiene ningún

sentido que me mientas, mucho menos

que te mientas a ti misma.

—No fue nada, lo juro. Te amo, Máximo. Quiero casarme contigo, quiero

que formemos una familia, que envejecamos juntos.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué con Stefan? Lo demás quizá lo hubiese

olvidado en un pestañeo, pero eso... Es mi hermano. Mal que me pese, lo es, y

tú, mi prometida.

—Perdona, lo siento. No sé qué me pasó por la cabeza en ese momento,

fue... me arrepentí al instante. Es que tu hermano... él... nosotros dos... Te juro

que con Patricio todo estaba más que acabado desde hace tiempo; si lo ayudo

es porque me da pena. Nos habíamos dado espacio y, cuando le dije que no

volveríamos, él intentó suicidarse,

ahorcarse... fue entonces cuando la policía

lo encontró. Lo mío con él fue una tontería sin sentido.

—¿Cuánto tiempo llevabas con él?

—No importa, Max. Jamás sentí por nadie lo que siento por ti.

—Yo ya no siento nada y olvidarme de lo de Stefan... Eso ni siquiera

importa, Geraldine; me duele, pero no es lo más importante.

—Claro, porque ahora tienes a

alguien más.

En realidad era poco lo que tenía, aparte de una ilusión... mas eso

distante, diminuto e inconsistente que tenía con Teodelina era una de las cosas

más fuertes que hubiese experimentado jamás.

—No me ataques para defenderte, Geraldine. Sospecho de lo tuyo con

Conde desde hace días; sé muy bien que eso no justificaría que me hubiese

permitido querer a alguien más sin aclarar las cosas contigo antes.

—¿Querer? ¿Quién es?

—Eso no importa.

—¡No importará para ti, pero sí para mí!

—No quiero que terminemos esto en una guerra; solamente creo que, por

el bien de ambos, debemos acabar con la mentira, eso es todo.

—Eres un cobarde. Me echas en

cara mis errores, y ni siquiera eres capaz de reconocer los tuyos.

—Sí que los reconozco. Te lo estoy diciendo.

—No, te comportas como un cobarde.

Quizá tenía algo de razón, lo cierto era que su cobardía sólo tenía un

propósito, salvaguardar a Teodelina.

—También merezco la verdad.

—Nosotros, más que nada, somos amigos.

—¡Amigos, un cuerno! Exijo que me digas quién es.

Su móvil comenzó a sonar.

—Ni se te ocurra atender ahora — le gritó Geraldine.

Máximo le echó una mirada a la pantalla, era Teodelina.

—Soy yo, no ella. Es a mí a quien le pasan las cosas.

—¿Quién?

Máximo apretó los dientes. Su teléfono dejó de sonar.

—Teodelina.

La mueca de repugnancia en el rostro de Geraldine provocó que el

corazón de Máximo se encogiese; ella despreciaba a Teodelina más allá de sus

cuadros, eso había quedado claro desde el principio.

—No tienes vergüenza —escupió ella alzando tanto la voz que los de las

mesas cercanas se volvieron a mirarlos—. ¿Qué se te ha metido en la cabeza?

¿Cómo es posible que hayas podido fijarte en alguien así? Además... además,

¡es gay! Máximo, lo tuyo es en extremo ridículo. Ok, mejor nos calmamos, es

obvio que lo tuyo es una fase. Yo metí la pata y tú no pareces saber muy bien

lo que haces.

—Sé muy bien lo que hago, no es una fase, no estoy pasando por ninguna

crisis. Esto es lo que es, Geraldine, lo que teníamos ya no existe. Se terminó.

—Esa desagradecida tendrá que darme un par de explicaciones.

—Ella no tiene por qué explicarte nada. Ni se te ocurra montar una escena. Si alguien tiene derecho a montar un espectáculo aquí, ése soy yo. Te

acostaste con mi hermano. Además, Stefan... se supone que estaba con ella. La

verdad es que no os entiendo a ninguno de los dos, mencionó que quería

comprar una casa para que se fueran a vivir juntos.

—Pues tu hermano está tan loco como tú por querer tener algo con esa

tarada.

—No vuelvas a decir nada en su

contra, no pienso tolerarlo. Piensa en lo

que me hiciste a mí antes de soltar una sola palabra para ofenderla.

—Estás chiflado.

—No, estoy más cuerdo de lo que he estado jamás.

—Seguro que fue ella quien mató a Andrea y tú te metes en su cama. Esa

chica está desquiciada y acabarás como ella por seguirla.

Máximo se levantó de su silla.

—Teodelina no mató a Andrea, y te sugiero que no insistas con eso; ni siquiera Resa tiene nada en su contra.

—Resa demostrará que es culpable. Maldigo la hora en que la metí en mi galería.

—Eso no es cierto, Geraldine. Has ganado mucho dinero con ella, es exactamente eso lo que querías de

Teodelina.

Geraldine se quedó boquiabierta.

—Adiós. —Máximo dio media vuelta y se fue de allí, dejando el restaurante sin mirar atrás.

En cuanto llegó a su automóvil, llamó a Teodelina.

—Ah... hola, ¿he llamado en mal momento?

—Más o menos. No pasa nada. ¿Podemos vernos?

—Sí, para eso te he llamado antes.

Escuchar aquellas palabras salidas de sus labios lo pusieron muy feliz.

—¿Estás en tu apartamento?, ¿puedo llegar allí en una media hora?

—Aquí te espero.

—Bien, nos vemos.

—Nos vemos.

\* \* \*

Teodelina bajó una pastilla para el

dolor de cabeza con el último sorbo de su taza de café. Perdió la cuenta de cuántos había bebido desde que se

levantó, una hora atrás.

Encendió un cigarrillo y colocó la taza sucia dentro del fregadero; mejor

así, si se quedaba con la taza en la mano, continuaría bebiendo; lo que menos

necesitaba en ese momento era una úlcera y ya le dolía demasiado el

estómago. Dentro del fregadero se acumulaba una pila de vajilla sucia.

Contempló el aspecto de su cocina. Normalmente le hubiese importado un

cuerno si la pila de cacharros por lavar sobresalía del fregadero e invadía los

bordes de la encimera.

Inspiró profundamente su cigarrillo.

—Maldita sea —gruñó dándose cuenta de que no quería que  
Máximo

viese aquello.

Con el pitillo colgado de los labios, buscó el estropajo entre los platos

sucios, abrió el grifo y se dedicó a la tarea de poner un poco de orden y

concierto, al menos en aquel sector de su apartamento. Para Máximo, la cocina

era un lugar casi sagrado.

Mientras los platos limpios se escurrían, puso a hacer más café.

¡Lo

necesitaba! Que Máximo fuese a pisar su apartamento la ponía ansiosa; la

primera vez que estuvo allí, las cosas no fueron del todo bien, no al menos al

principio, y quería hacerlo mejor esta vez.

Vació los ceniceros llenos de colillas y abrió las ventanas para ventilar

un poco. Estiró las sábanas de la

cama y se echó encima su camiseta preferida.

La cafetera borboteaba.

Revisó sus alacenas y la nevera. No tenía nada con qué convidarlo para acompañar el café.

—¡Bueno, a la mierda! ¡Él es el chef, el perfecto anfitrión, no yo!

¡Carajo, Teodelina, si ya sabe cómo eres! ¡Cálmate! —Ordenárselo a sí misma

no sirvió de mucho. Pasó de

tomarse otra taza de café, incluso de servirse un

trago de algo más fuerte; no quería arruinar el momento, y mucho menos

permitir que la situación la sobrepasara.

Encendió otro cigarrillo, secó y guardó las tazas, vasos y platos.

¿Cuánto tardaría en llegar? ¿Cómo manejaría la situación?

Su cabeza estaba repleta de preguntas, también de dudas: la más

acuciante de todas era si resistiría las ganas que tenía de contarle a Máximo la

verdad sobre Conde y Geraldine. No quería joderle la vida poniendo sobre

sus hombros el peso de una infidelidad. Normalmente, con cualquier otro

hombre, le hubiese importado poco, simplemente habría intentado no pensar en

ello; con Máximo era diferente, él

era un buen tipo. No quería contaminar su

existencia con los vicios, los errores y las mierdas de la suya.

Dio un respingo cuando sonó el timbre del videoportero.

—Aquí me abren. Subo —exclamó en un tono que a ella le sonó jubiloso,

después de saludarla.

—Ok, te espero arriba.

Teodelina colgó el auricular otra

vez del soporte de pared.

Nerviosa, hizo sonar cada uno de sus dedos, al forzar las articulaciones

en un apretón demasiado duro.

Caminó hacia la puerta, deteniéndose a mirar la última muestra de su

trabajo: una sombra masculina que aún no tenía rostro. Quizá le diese uno

pronto, cuando decidiese si soltaba amarras y se entregaba a eso o no.

También cabía la posibilidad de que se convirtiese en un rostro anónimo para

una solitaria que no solía ponerse ansiosa por recibir a una visita en

particular; alguien sin nombre para una artista en ascenso que podía emigrar a

buscar nuevos rumbos en cualquier momento, si las cosas se ponían demasiado

feas, incluso si su corazón acababa apuñalado por una ilusión no

concretada.

Si así era, tendría que escapar para siempre, abandonando a esa mujer que se

permitió sentir incluso cuando sabía que no debía, para, así, cerrarse para

siempre y ser lo que se había jurado a sí misma que sería, para no volver a

sentir dolor, para no pasar otra vez por otra gran decepción.

—Carajo, carajo, carajo —gruñó

en su andar hasta la puerta—. Mierda,

M, ¿por qué tuviste que entrar en mi vida?

El silencio de su apartamento nada contestó.

Se detuvo frente a la puerta y echó un vistazo al corredor por la mirilla.

Vio el ascensor llegar a su piso. Máximo apareció por detrás de la puerta del

moderno            ascensor;            llevaba

camiseta negra, tejanos negros y zapatos. Le

extrañó verlo de negro a esa hora del día. Observándolo mejor, comprendió

que no eran las mismas ropas que llevaba la noche anterior. Entonces le

pareció todavía más extraño. ¿Sin querer se mimetizaba con ella? ¿Era a

propósito o simplemente una coincidencia?

Tanto daba, el modo en que se vistiera era irrelevante, seguro que se veía

mucho mejor sin ropa.

Por un segundo admiró su cara, sus manos... Llevaba dos bolsas: una

parecía contener víveres; la otra, un paquete de una panadería.

Se apartó de la puerta en el exacto momento en que él alzaba un puño

para llamar.

Inspiró una, dos veces, para ganar

tiempo; no quería que se diese cuenta

de que lo esperaba detrás de la puerta, mucho menos de que lo espiaba.

Giró las llaves y tiró de la manija.

—Hola —la saludó él con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola. —Se apartó llevándose la puerta consigo. A pesar de que él

intentaba disimular que estaba bien, ella advirtió que llevaba marcas en la

cara que ponían de manifiesto que le habían golpeado; prefirió no decir nada y

esperar hasta que él se lo contase —. Pasa.

—Gracias.

—¿Qué es todo esto, has ido de compras?

—He pasado por el supermercado y por mi panadería favorita.

—Lo tuyo es una obsesión.

—Lo admito, lo que sucede es que

me ha entrado apetito camino hacia  
aquí.

Teodelina cerró la puerta.

—¿Tienes hambre?

—No he comido nada en todo el  
día —fue su respuesta. No sabía si  
tenía

hambre, ni siquiera le importaba; en  
ese momento lo único que percibía  
era su

embriagador perfume. Al toparse  
con su nuca, cuando él dio unos

pasos dentro

de su apartamento, solamente sintió deseos de una cosa. Le hubiese besado la

nuca, el cuello, los hombros.

—Tampoco yo. —Máximo giró sobre sus talones y la enfrentó—. No

quería comer solo. ¿Me acompañas?

Ella no llegó a responderle.

—¿Huelo a café?

Asintió con la cabeza.

—Genial, me vendrá muy bien una taza.

—Adelante.

—¿Esta vez no querrás echarme?  
¿No me golpearás por irrumpir en tu

vida?

—No espero a nadie más, solamente a ti y... bueno, perdón por eso, a

veces pierdo la cabeza.

—Sí, también yo; esta mañana golpeé a mi hermano.

Se sorprendió.

—¿Qué? ¿Por eso tienes esas marcas en la cara?

—¿Quieres escuchar mi patética historia?

—Escuchaste la mía, y dudo de que tu historia pueda ser patética.

Máximo anduvo tranquilamente hasta la mesa para descargar las cosas

sobre la misma. Al llegar a ese sector, le echó un vistazo al lugar; todo se

encontraba muy ordenado y limpio. Giró la cabeza, la cama estaba hecha,

pero, igual que aquella vez, había ropa y zapatos desperdigados por todos

lados, así como otros objetos, tales como revistas, algún libro, tubos de

pintura, cajetillas de tabaco y alguna que otra lata vacía de Red

Bull. Se

sonrió al comprender que Teodelina, probablemente, había puesto orden en la

cocina por él, pero que, después de todo, continuaba siendo ella misma.

Teodelina le dio tiempo. Fue a buscar dos tazas y la cafetera, que llevó

hasta la mesa.

—Esto otro es para preparar la cena más tarde —dijo apartando una de

las bolsas que había traído, mientras tomaba asiento—. Confío en que me

permitirás quedarme hasta entonces.

Teodelina le respondió con un gesto de «sí, claro»; de hecho, en ese momento hasta se le antojaba pedirle que pasase la noche allí.

Sirvió café en una de las tazas y se la pasó. Llenó la otra para ella y se sentó.

Máximo sacó el paquete de la bolsa, eran pastas de bollería, sobre todo

tortitas negras, sus preferidas.

Tomó asiento.

—¿Qué hizo tu hermano para que lo golpearas? Dudo de que seas de esos

tipos que caen a golpes sobre el primero que se le cruza por delante, por

cualquier motivo. ¿O me equivoco?

Máximo se sonrió.

—Me da vergüenza.

—Si se merecía que lo golpearas, me imagino que debería de ser él quien

se sintiese avergonzado.

Máximo soltó un suspiro.

—Se acostó con Geraldine.

No se esperaba aquello, definitivamente no.

—Hijo de puta malparido. Es una

reverenda mierda —lanzó sin medir sus palabras—. ¿Cómo ha podido hacerte algo así? Y ella... es... ni siquiera

encuentro las palabras. Hay tipos que se merecen que uno los joda bien

jodidos, pero tú... no me lo puedo creer, ¿cómo te ha hecho eso? Es igual de

hija de puta que tu hermano... Debería... debería... Esto es demasiado. No con

tu hermano... es pasarse de la raya. Geraldine nunca me ha gustado; sin embargo, con esto me ha hecho odiarla; no te mereces esto, eres mucho mejor que ella.

—No necesito que la odies por mí.

—Me dan ganas de... —Apretó los dientes y los puños, y sacudió los brazos igual que si estuviese ahorcándola.

—Igual me gusta que me defiendas.

—¿Has terminado tu relación con ella?

—¿A ti qué te parece? Eso... y eché a mi hermano de mi apartamento

después de golpearlo. Como verás, no tengo un buen día.

—Lo siento.

—No es culpa tuya.

—Oye... —No sabía cómo sacar el tema; lo había llamado para

comentarle su conversación con

Tony, aunque, en realidad, era una excusa;

ahora más que nada, quería y necesitaba ser sincera con él, lo máximo posible

—. Tengo una cosa que mostrarte. Debí habértelo enseñado antes. Bueno, en

verdad ni siquiera estoy segura de si debo... no quiero empeorar todavía más

tu día. Desde que lo encontré, no he sabido qué hacer con eso. El asunto

es que

entendí que me gustaría que tú me dijese la verdad si yo no la supiese.

—¿Qué verdad?

—Hipotéticamente hablando, digo... si tuvieses algo que decirme, por

más malo que fuese, me gustaría que me lo dijeras. Mentir y ocultar cosas

nunca da resultado; por lo general lo empeora todo, y yo quiero que

las cosas

entre nosotros siempre sean claras,  
directas. No importa si son crudas  
y

dolorosas, yo...

Máximo la interrumpió.

—Teodelina, al grano: ¿qué es lo  
que tienes que enseñarme?

Se levantó de su silla.

—Tal vez sea para mal, porque no  
es agradable. —Fue hasta su mesita  
de

noche y buscó el diario de Patricio Conde. Lo llevó hasta la mesa y lo puso al

alcance de las manos de Máximo.

—¿Qué es esto?

—Creo que tu hermano no fue el primero y en este momento me odio a mí

misma por no haberte mostrado esto antes; tal vez, de ese modo, lo de tu

hermano y ella nunca habría sucedido.

—¿Qué es? —repitió Máximo.

—Lo encontré después de que bajásemos a Conde. Perdón, lo lamento; no

debí ocultártelo.

Máximo lo cogió y lo abrió.

—Lo siento, no estaba segura de si deseabas ver algo así.

Máximo abrió el diario y se topó con las fotografías y con las palabras de

Conde.

—Yo... de verdad... solamente quería... protegerte. —Se sintió en extremo ridícula diciéndole eso, mas era la pura verdad.

Máximo bajó el cuaderno. Tenía el rostro serio.

—Tienes todo el derecho del mundo a enfadarte conmigo. Puedes irte si

quieres, lo entenderé. No me debes nada; si deseas acabar con esto, listo, ya,

está hecho, no tiene ni que

remorderte la conciencia. Tampoco tienes que

seguir adelante con lo de tu amigo, ya me las arreglaré yo, siempre me las

arreglo, de un modo u otro...

—Cierra ya la boca. Tienes la lengua muy suelta hoy, creo que nunca

antes te he visto así, con tanta verborrea.

No percibía enfado ni en sus ojos ni en su voz.

—Me daba antes, hace años, cuando era una cría y me ponía muy nerviosa.

—¿Te pongo nerviosa?

—¡Y una mierda, Máximo! Me comporté como una hija de puta. Te lo

repito: a mí me hubiese gustado que me plantases esto delante de mi cara para

que, así, hubiese podido ver la verdad.

—Creo que me hubiese gustado ver esto ayer, o tal vez hace un par de

días cuando lo encontraste; hubiera terminado con la farsa antes. Supongo que

así debía ser. No vamos a llorar por lo que debió ser y no fue.

—¿Ni siquiera vas a insultarme?  
¿No dirás nada?

—Aparte de que sí, ya lo sospechaba, y de que, además, Geraldine acabó

admitiéndolo hace un rato cuanto

me encontré con ella.

—Es una hija de puta y yo una mierda por no desenmascararla antes.

—Yo no soy una joyita, precisamente. Estando comprometido con ella...

—¿Qué?, ¿no me dirás que también le metiste los cuernos?

Máximo sintió que le subían los calores al rostro; para él, haberla besado

la noche anterior era engañar; por

lo visto ella no lo consideró gran cosa. Para

no quedar en ridículo, evitó decirle que la quería.

Negó con la cabeza.

—Incluso los mejores amigos cometen errores. Está bien, ya no importa.

Creo que hasta Resa lo sabe.

—¿Lo de Geraldine y Conde?

—Sí; muy sutilmente me sugirió que hablase con ella, que pusiese las

cosas en claro.

—Perdóname.

—No te tortures, no es culpa tuya.

—Entonces, ¿por qué me siento como una mierda?

—No lo eres. —Máximo cogió su taza y bebió un sorbo de café—. No entiendo a Stefan, él habló de comprar una casa para irse a vivir contigo...

—¡¿Qué?!

—Eso mismo que acabas de escuchar, y después me sale con esto...

Geraldine y él... Stefan estaba de lo más extraño esta mañana. Me insultó, dijo

cosas... Lo desconocí por completo. Me cuesta creer que mi hermano haya

podido hacer algo así o hablar de esa manera, con tanta furia, con tanto odio.

—¿Odio? ¿Qué te dijo?

—Prométeme que no harás nada, no quiero que te pongas en peligro.

—¿Es broma? Suelta, ¿qué dijo?, ¿qué hizo?

—Te insultó, dijo que estabas loca; también dijo cosas como que todas

las mujeres son iguales; habló como si... con desprecio. No tenía ni idea de

que él fuese de ese tipo de hombre.

—¿Del tipo de hombre que desprecia a las mujeres, que cree que no

somos más que objetos que se pueden coger a su gusto y ya?  
¿Cosas

desechables? ¿Seres inferiores? No es el primero de esa clase que conozco.

Te mentí, esto no fue debido a un golpe en el gimnasio.

—¡Pedazo de hijo de puta!

Era la primera vez que Teodelina lo oía insultar.

—Debí partirle la cara.

—Lindo hermanito te echaste.

—Obviamente no lo conozco ni superficialmente; nunca creí que fuese

así, ahora ya no sé. ¿Sabes?, nada más llegar a casa le encontré una bolsa con

un par de pastillas.

—¿Pastillas? ¿Cómo eran?

—Eran de un amarillo muy claro, ligeramente cuadradas, con los bordes

redondeados; llevaban impresas una corona en relieve.

—Supongo que era éxtasis.

—Sí, dijo que era...

—MDMA. Es lo mismo. Cuando me dio el puñetazo, había consumido.

Traía más consigo, me las ofreció.

—¿Es adicto?

—Puede ser. ¿No lo has visto consumir antioxidantes?, ¿quizá vitamina E,

té verde, Omega 3...?

—¿Por qué lo preguntas?

—Toman esas cosas para amortiguar el bajón de la droga.

—Trajo consigo un montón de frascos de vitaminas, las toma todas las

mañanas. No me lo puedo creer. ¿Cómo sabes todas esas cosas?

—Algunas las aprendí en el oficio, otras... bueno, Internet está ahí.

—¡Joder!

—Creo que tu hermano consume; no lo pensé antes, es que tuvo de esos momentos en que juraba que me amaba, decía cosas empalagosas y ridículas.

No noté otras señales; quizá no quise verlas, es que simplemente ni siquiera

imaginé que él pudiese... No tiene el perfil de consumidor de nada.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—No lo conozco muy bien, pero, si habéis reñido, os pegasteis y se fue

de tu casa, bueno, supongo que no tendrá muchas ganas de discutir esto

contigo. Quizá debas decírselo a tu padre, o a tu hermana.

—Mi papá lo matará cuando se entere.

Teodelina lo miró en silencio, no sabía qué más decir.

—¿Crees que las consiguió aquí o que las trajo de Europa?

—Tu hermano viene de Europa. De allí proviene lo mejor; las buenas,

por lo general, se consiguen en Bélgica y Holanda. Tampoco es imposible que

las comprase aquí. Si las trajo de fuera, se arriesgó mucho al pasarlas por la

aduana.

—¿Tendrá más?

—¿Cómo saberlo?

—Mientras no haya traído un cargamento o algo así.

—¿Te refieres a si trajo droga para

venderla aquí?

—Se pasaba todo el tiempo saliendo, y yo ni siquiera tenía ni la menor

idea de adónde iba.

—Bueno, no pasó todo el tiempo conmigo... no creo.

Máximo se agarró la cabeza.

—Esto se pone cada vez peor.

Teodelina cogió la cajetilla de tabaco y encendió un cigarrillo.

—No es responsabilidad tuya, M. Stefan ya es mayorcito para saber en lo

que se mete.

—Es mi hermano menor.

—Sí, de acuerdo, pero no es tu hijo y tú lo ves... ¿cuánto, un par de semanas al año?

Máximo alzó la cabeza e intentó sonreírle.

Teodelina no le vio sentido a guardarse más lo que le circulaba por las

venas. Dejó su pitillo en el cenicero, se levantó y fue hasta él. Se le paró al

lado, apoyándose sobre la mesa.

Máximo alzó la cabeza para mirarla a la cara.

Ella puso su mano derecha sobre el torso de él. Máximo sintió su pecho

latir contra la palma de ella. De repente la discusión sobre las drogas había

quedado en el olvido. El mundo acababa de caer en el olvido. Su pulso se

aceleró cuando la mano de ella trepó por su pecho para cogerlo con

fuerza del

cuello de la camiseta y tirar de ésta y, por consiguiente, de él. Teodelina se

inclinó hacia delante. Quedaron frente a frente, con las miradas fijas en la del

otro.

Máximo posó su mano sobre el muslo izquierdo de ella. Llevaba

demasiado tiempo deseando tocarla.

Ella entreabrió sus labios y acercó su nariz a la de él. Sus pieles apenas

si se rozaron y, sin embargo, fue suficiente para que Máximo se olvidase de

sus miedos, por eso consiguió permitirle a su mano que muy lentamente

ascendiese por el muslo de ella hasta llegar a su cadera. Todavía le parecía

increíble poder tocarla de aquel

modo otra vez y, ahora sí, con la esperanza de

no tener que detenerse. No quería detenerse.

—Me encanta sentir eso —susurró ella dentro de su boca.

—A mí también, es estupendo —le contestó él sonriendo, mientras su otra

mano imitaba la primera.

Teodelina siguió sus movimientos con la mirada y, una vez que él dejó

sus manos quietas, separó las piernas y dio el paso que los separaba para

sentarse sobre él.

—Esto es todavía mejor.

Máximo asintió con la cabeza, mientras colaba sus manos por debajo de

la camiseta de ella para reconocer su espalda una vez más.

—Quiero tener tu boca en la mía de nuevo. Tu boca en mí, M.

Teodelina deslizó sus manos por el cuello de Máximo hasta dar con su nuca. Despegó sus labios sobre los de él.

—Me gustas mucho —susurró, y luego lamió el labio superior de él —.

Tanto o más que pintar. —La punta de su lengua entonces paseó por su labio

superior y se asomó dentro de su boca—. Me excitas más que una tela en

blanco.

Máximo se sonrió.

—Estás loco, M. Loco por dejarme hacer esto.

—Yo quiero esto y sí, estoy loco, loco por ti.

Teodelina comenzó a besarlo y él respondió a su gesto con igual desesperación.

Las manos de Teodelina bajaron por su pecho hasta llegar al borde

inferior de la camiseta de él; tiro de ésta para sacársela. Máximo la dejó

hacer. La necesitaba y llevaba demasiado tiempo necesiéndola, quizá toda la

vida.

Tan pronto como arrojó su camiseta a un lado, Teodelina se quitó la suya

y le rodeó el cuello con los brazos, pegándose todavía más a él, pegando sus

caderas a él. Por lo visto no era la

única que necesitaba aquello. Las manos de

Máximo le demostraron que la espera había sido un suplicio; a los pocos

segundos, sus labios hicieron lo propio, dejó de besarla para recorrer cada

centímetro de su piel con su boca.

Teodelina comenzó a sentir que ardía por dentro. Lo necesitaba en ella

con desesperación. Las manos le

temblaban tanto que le costó horrores soltar

el botón de los pantalones de Máximo.

—Yo... —jadeó él en su oído.

—Chis... no digas nada. —Se puso de pie, obligándolo a seguirla—.

Nosotros no necesitamos palabras, M. Nosotros somos sólo nosotros dos.

Máximo alzó una mano hacia ella y acarició su mejilla allí donde Stefan

había descargado su fuerza. Teodelina cerró los ojos, aceptando la caricia.

Los dedos de él bajaron hasta los labios de ella. Teodelina pescó su mano y

guió uno de sus dedos hasta dentro de su boca, lo chupó y lamió; desde el

primer instante en que las vio, le gustaron sus manos.

Tomando las riendas de la situación, bajó la mano de él por su

torso

desnudo para llevarla hasta uno de sus pechos. Su mano se cerró sobre la de

él, la de él sobre su seno.

Tenerlo allí no hizo más que provocarle que lo desease todavía más. En

ella se instauró la certidumbre de que lo único que necesitaba para continuar

viviendo era tenerlo a él en sus brazos, rodeándole la cadera con

sus piernas,

sintiendo el peso de él sobre su pecho.

Teodelina comenzó a temblar de placer, ya que el simple tacto de la piel

de él contra la suya le parecía irreal.

Máximo la beso, besó otra vez sobre su mejilla y respiró sobre su cabello.

Sus labios bajaron por el costado

de su cabeza a la vez que con los nudillos recorría el largo de su torso.

Teodelina se aferró a la cintura de él. Máximo tenía músculos, pero no en

exceso, los suficientes como para hacerla delirar con él con sólo imaginar lo

que aquel cuerpo podía hacerle sentir.

—¿Cómo es que alguien pudo hacerte daño? —susurró en su oído

mientras ella escondía su rostro entre el cuello y el hombro de él—. Tan

suave... tan delicada —continuó diciendo en el mismo tono de voz, mientras

sus dedos subían por la espina dorsal de ella.

—Estoy contigo ahora.

—Sí, explícame también cómo es eso posible. —La enfrentó y le sonrió.

—No lo sé —contestó Teodelina, y

él besó su sonrisa para continuar su camino hacia abajo, marcando en su piel un surco de besos.

Él le arrebató su cuello a base de dulces caricias y siguió todavía más

abajo, encontrando uno de sus pezones, que aferró entre sus labios, haciéndola

gemir.

Ambas manos de Máximo bajaron hasta la cintura de sus pantalones para

empujarlos hacia abajo lentamente.

Despacio, se agachó frente a ella, desnudándola para liberar sus piernas

de los pantalones, y volvió a subir por sus piernas, besándolas con cuidado al

tiempo que requisaba toda su piel. Deseaba aprenderse de memoria cada

centímetro de esa piel pálida, de su superficie con aquellas ligeras hondas

donde había músculo, y ángulos agudos donde sobresalían huesos y

articulaciones. No conseguía entender cómo alguien había podido tomar

aquello a la fuerza.

Sintió odio por todos los hombres que la lastimaron y, si bien estaba muy

excitado, experimentó una arrebatadora necesidad de abrazarla y protegerla.

Teodelina enredó sus dedos en el

cabello de él y gimió cuando su lengua

se aproximó a su pelvis.

—No te detengas —jadeó—. Te quiero en mí, M. Te quiero y te necesito.

Máximo alzó la cabeza y la miró a los ojos. Ella le sonrió.

—Está bien, yo quiero estar contigo. Lo deseo más que nada. Sobre todo

si continúas mirándome de ese modo. Todavía no entiendo por qué

extraña

razón accediste a meterte en mi vida.

—¿Por qué entraste tú en la mía?

—Estás loco, M.

—Loco por ti, loco por esto —  
susurró recorriendo con las yemas  
de los

dedos el interior del muslo de ella  
desde su rodilla hasta su pubis—.  
Loco por

lo que experimenté cuando vi tus

obras por primera vez, cuando te vi  
por

primera vez, cuando me hablaste  
por primera vez, cuando me besaste  
por

primera vez y, sin duda, más  
perdido y loco por ti ahora.

Teodelina rio con suavidad y él  
atrajo su pubis hacia su boca,  
cambiando

su risa por un jadeo.

Teodelina sintió su lengua sobre su  
clítoris, sus dedos asomando dentro

de su vagina, y sintió que ya no podría sostenerse en pie. Todo lo que pudiese

haber sentido antes en compañía de cualquier otra persona quedaba obsoleto

en este momento.

La diferencia no residía ni en su propio cuerpo ni en el de Máximo, sino

en lo que sentía por él. Allí estaba escondido el secreto.

Con su boca, Máximo encontró el

modo de hacerle saber que podía

doblegarla de gusto y placer.  
Delicado pero firme, actuó sobre su  
cuerpo

excitándola hasta dejarla húmeda,  
hasta empujarla todavía un poco  
más allá

para darle un orgasmo que la ayudó  
a ver que había otras cosas más allá  
del

blanco o el negro en la vida, y  
sintió que ya no quería seguir  
demorando la

oportunidad de experimentar esas otras cosas; por eso, tan pronto como él se

alzó otra vez frente a ella, lo empujó contra la cama, le quitó los pantalones y

fue a por un preservativo, que se ocupó de ponerle.

Con las manos de Máximo sobre sus caderas, Teodelina cogió su pene y

lo colocó en la entrada de su vagina para después bajar sobre él poco a

poco,

disfrutando de la experiencia de sentir el cuerpo de él dentro de sí, entrando y

saliendo, con las miradas fijas el uno en el otro.

Como todo contacto con el cuerpo de Máximo le resultaba poco, posó sus

manos sobre el pecho de él, y así, juntos, se movieron en pos del placer que

sabían que podían darse y

compartir.

Teodelina creyó que explotaría de gozo y de debilidad, que acabaría

muerta y consumida, que cuando terminase no volvería a ser la misma, que lo

perdería todo por lo mucho que lo necesitaba. Máximo la quebraba tanto por

dentro como por fuera, dejando que, la chica que un día se encontró huérfana y

en la calle, quedase indefensa

frente al mundo otra vez, sobre todo frente a él.

Máximo venció la batalla, la derrotó... lo había permitido vencer. ¿Estaría

bien eso o acababa de cometer el error más grande de su vida?

Entonces ya no pudo pensar, solamente gritar, solamente prenderse de él

intentando aferrar el momento para siempre.

Máximo le arrebató el cigarrillo de la mano, se lo llevó a los labios y le dio

una calada.

—No te tomes tanta confianza, M  
—bromeó ella, quitándole a su vez el

pitillo.

—¿No te parece que es un poco tarde para eso?

Ella sonrió. Sí, era cierto, llevaban un buen rato en la cama liberando de

ellos cualquier atisbo de  
desconfianza y recelo.

La cogió por la pierna que ella  
tenía cruzada sobre la suya; la piel  
de la

parte interior de su muslo era  
increíblemente suave y lisa. Otra  
vez le provocó

una oleada de odio pensar que  
alguien hubiese podido tocarla a la  
fuerza,

obligando a su dueña a lo que ella  
no tenía ningún compromiso en

ceder si no

quería.

Teodelina puso su mano sobre la de él, en un gesto casi despreocupado e

inocente, y le acarició la piel del dorso de la mano.

—Me gusta tu cama.

—Y a mí me gustas tú en ella.

—Sí, creo que me he dado cuenta de eso.

—Engreído.

—Permite que lo disfrute al menos un poco, llevo un tiempo deseando estar aquí.

—¿Ah, sí?

—Sí. Bastante malo por mi parte, ¿no?

Teodelina se encogió de hombros.

—Sí. Definitivamente me gusta estar aquí.

No supo si fue por lo que dijo o

qué; Teodelina reaccionó  
entrelazando

sus dedos con los de él, apretando  
su mano. Le besó el hombro y a

continuación se lo mordió. Lo  
quería todo para ella. No deseaba  
desprenderse

de él ni por un segundo. Pensar en  
tener que alejarse de él la volvía  
loca. Ni

siquiera conseguía comprender en  
qué momento se había permitido  
dejarlo

entrar en su cabeza y en su corazón de aquel modo.

Alzó la cabeza y lo miró a los ojos. En respuesta, él le sonrió y la besó.

Esas sonrisas tuyas que venían acompañadas de aquellas miradas tan

particulares la perdían, nadie jamás la había mirado de aquel modo.

—Tengo hambre. ¿Me preparas algo de comer?

—¿Qué se te antoja?

—Cualquier cosa que no venga en una caja de comida china o congelada

del supermercado.

—Traje algunas cosas.

—Lo que sea que cocines estará bien. Confió en tus manos, hace un rato

acaban de demostrarme que saben muy bien lo que hacen. —Se estiró y lo

besó de nuevo.

—¿Me ayudas?

—Quiero comer la comida, no arruinarla. No tientes al destino, M.

—La última vez lo hiciste bien.

—¿Me adulas para que te ayude?

—¿Da resultado?

Teodelina negó con la cabeza y mordió sus labios.

—Esto sabe mejor que cualquier cosa que yo pueda preparar —le dijo él,

y la besó con ganas—. Bien, me ocuparé de la cena.

Máximo se levantó de la cama. Teodelina no sintió pudor alguno en admirar su cuerpo desnudo; ya se lo había aprendido de memoria con sus

manos y también con su boca y eso la hacía feliz. No pudo admirarlo

demasiado, pues él se agachó para recoger su ropa interior y ponérsela. Así se

fue hasta el sector de cocina.

Su idea era permanecer en la cama,  
mas no lo logró; deseaba tenerlo

cerca el mayor tiempo posible,  
sacarle el jugo a cada segundo con  
él, porque,

¿quién sabía?, todo podía  
terminarse mañana, o incluso en  
unos pocos minutos.

¿Cuánto le duraría a él este rapto de  
locura? ¿Cuánto tiempo tardaría  
Máximo

en entender que ella no tenía nada  
que ver con su vida? No encajaba

con su

trabajo, con su restaurante, con su hija, con su familia... dudaba de que ni

siquiera se viese bien en su apartamento, o caminando con él por la calle.

Aparto las sábanas y se levantó de la cama. Se vistió con sus bragas y

una camiseta y fue hasta él. Máximo ya se encontraba de pie frente a la

encimera, sobre la cual había colocado la bolsa con los víveres

que había

traído.

—Profanarás mi cocina —le dijo metiendo sus manos dentro de la ropa

interior de él, al tiempo que pegaba su abdomen sobre su trasero.

Máximo dio un respingo cuando las manos de ella dieron con su pene para acariciarlo.

—Es virgen —le susurró al oído—. Trátala con cuidado.

Soltó una carcajada ante la ocurrencia de ella.

—Si sigues haciendo lo que haces, no podré cocinar.

Teodelina le mordió el hombro.

—Creía que tenías hambre. —Soltó las palabras acompañadas de un gemido de placer.

—Sí, es cierto. Lo que sucede es que eres terriblemente tentador. Me encanta su espalda —respiró sobre su piel—, tu trasero y... —el

miembro de

Máximo empezó a ponerse duro en sus manos— y esto.

—Teo.

—Pero la verdad es que me crujen las tripas. Todo esto será el postre.

—

Dicho esto, quitó sus manos de donde estaban.

—¿Qué? —musitó él al quedar ingrávido, después de que ella se apartase.

—¿En qué te ayudo? —soltó,  
colocándose a su lado.

—Eso no se hace —le reprochó,  
dedicándole una de las sonrisas  
más

hermosas que ella hubiese visto  
jamás.

—Te lo compenso luego.

—Más te vale.

Teodelina le dio un rápido beso.

—Sé que tengo cacerolas y ese tipo  
de cosas por alguna parte. Simón

me

hizo comprarlas. Las guardé... —se agachó frente a uno de los amplios cajones

que emergían de debajo de la encimera sólo con tocarlos—... no recuerdo

dónde. —Abrió el primer cajón. Allí estaban las cacerolas y...

—Imagino que tampoco las has usado nunca. No sé por qué, presiento

que ni siquiera has hervido nunca

un huevo aquí. De verdad que tu cocina está

impecable. —Máximo deslizó los dedos sobre la superficie lisa e impoluta de

acero. Como Teodelina no le respondió, giró la cabeza para buscarla con la

mirada; ella se encontraba aún arrodillada frente al cajón—. ¿Qué?

Así y todo, ella no respondió.

—¿Qué pasa?

—Algo...

—¿Algo? ¿Qué? ¿Qué hay, una rata?

—No —articuló ella con un hilo de voz.

Teodelina se inclinó dentro del cajón, estirando su brazo derecho hacia

las profundidades del mismo.

Máximo, en un principio, no vio más que cacerolas, sartenes y demás

fuentes de acero, luego... Teodelina extrajo el brazo, sacando consigo algo en

la mano. Era un paquete envuelto en plástico negro, cerrado con cinta adhesiva

de embalar marrón.

Teodelina cerró el cajón empujándolo de un golpe.

—¿Qué es eso?

—No sé, lo que sí sé es que no es mío; eso no estaba ahí la última vez

que yo... —Giró la cabeza, alzándola, y miró a Máximo—... antes de que

Nicole viniese. —Se puso de pie, fue hasta el cajón de los cubiertos y,

frenéticamente, buscó un cuchillo.

—¿Qué vas a hacer?

—Averiguar qué contiene.

—Eso se parece demasiado a...

—¿Droga?

—No lo abras.

—Ella debió de dejarlo aquí.

—No lo habrás, se lo entregaremos a Resa así como está; yo soy testigo,

te vi sacarlo de allí dentro, encontrarlo por accidente.

—¿Y crees que ella confiará en ti después de vernos juntos?

Probablemente, en este instante, sepa que estás aquí conmigo.

Máximo maldijo la hora en que se

le ocurrió contarle que Resa le había

dicho que sabía que se veía con ella. Pasar un muy buen rato con Teodelina en

la cama le había soltado la lengua de más; en realidad, la culpa la tuvo lo bien

que se sentía al estar a su lado, ya fuese conversando o compartiendo

despreocupadamente el mismo colchón.

Teodelina eligió un largo cuchillo

con punta y se lo clavó al paquete,

desgarrando el plástico y la cinta, todo a lo largo, igual que si abriese el

vientre de un animal para destriparlo.

Dejó caer el cuchillo sobre la encimera y tiró de los bordes, rompiendo

el plástico todavía más. Un montón de pastillas de un amarillo claro cayeron

sobre la mesa.

—¡Mierda! —soltó Teodelina.

Máximo se llevó una mano a la boca; aquellas pastillas eran iguales a las

que le había encontrado a su hermano. Recogió una.

—Son iguales —musitó. Tenía la impresión de que su cerebro acababa de

pararse en seco impidiéndole pensar en nada, y mucho menos procesar la

situación.

Teodelina se quedó mirándolo fijamente.

—Lo son —le confirmó.

—¿Puede ser que se trate de una simple coincidencia?

—Dudo de que Nicole haya comprado todo esto aquí. Aquí hay una

fortuna en pastillas. Si las trajo de fuera... no tengo ni la menor idea de cómo

hizo para pasarlas.

—¿Crees que su ex la obligó a traerlas?

—Máximo, creo que no comprendes.

Pero sí, sí comprendía.

—Mi hermano no puede ser ese hombre. Tiene que ser una coincidencia.

Tanto Nicole como mi hermano vinieron de Europa, deben de haberlas

conseguido allí. Tal vez Nicole se las robó a su ex para convertirlas

en dinero

aquí.

—Tu hermano me golpeó.

—Eso no tiene nada que ver.

—Ok, ok, puede que me esté precipitando un poco.

—¿Un poco? Mi hermano no es un proxeneta, mucho menos un abusador,

tampoco un traficante de drogas. No porque tuviese unas pocas pastillas

encima...

—De acuerdo. Entiendo tu confusión. Llama a Lisando, nos quitaremos

las dudas ya mismo.

—Quedé en que le daría el fin de semana.

—Lámalo, necesitamos saber si ha averiguado algo.

—Teodelina, esto no es más que una coincidencia.

—Me cago en la puta madre, M,

¡son las mismas pastillas! Yo también

las vi. El éxtasis viene con cientos de formas y colores, y ésta —le mostró una

pastilla después de cogerla— no es muy común aquí.

Máximo permaneció inmóvil.

—Lámalo —repitió ella—. M, tenemos que sacarnos de encima la duda.

—Tengo que irme.

—¿Qué?!

—Me voy, te llamaré luego.

Máximo se apartó de ella; mejor dicho, salió corriendo, disparado hacia

donde se encontraban sus ropas.

—¿De verdad vas a irte así, ahora?

—Lo siento, no puedo...

—Deja que yo lo llame. Pásame su número. No tienes que enterarte de nada si no quieres.

—¿Crees que no quiero saber si fue él?

—No es culpa mía; yo no puse esas pastillas ahí, no son mías, ni tampoco

obligué a tu hermano a consumir, y mucho menos a golpearme.

—Teodelina, no puedo con esto ahora.

—No huyas, Máximo.

—Lo lamento.

—Si es tu hermano, lo pagará caro.

—No te metas en esto, Teodelina.

—Estoy en esto. Por lo visto parece que aquí acaba todo. Te has pegado

el buen revolcón que querías para vengarte por lo que te hicieron y ahora yo

vuelvo a ser Ultra Negro y tú, Máximo Verti.

—No he dicho eso.

—Acabas de alzar un muro entre ambos.

—Mi hermano no es un asesino, ¿lo

entiendes?

—No quieres que lo sea, entiendo eso; sin embargo, fuiste tú quien dijo

que tu hermano básicamente se mostró, cuanto menos, despreciativo hacia el

sexo femenino, igual que si nos odiase.

—Fueron comentarios de alguien enojado, eso es todo —dijo

enfundándose los pantalones.

Apretó los dientes con furia, no podía creer que Máximo se comportase

de aquel modo. La ilusión se venía abajo justo delante de su nariz.

Caminó rápido hasta donde su camiseta había caído después de que ella

se la arrancase.

—No te vayas ahora —le pidió haciendo un gran esfuerzo. Necesitaba

salvar aquello.

—Lo siento. Prometo llamarte mañana.

—¿Para qué? ¿Para que te deje meterte en mi cama otra vez?

—No digas eso.

—Si no quieres que diga esas cosas, entonces dame el número de tu

amigo; permíteme que yo hable con él, que le explique lo que sucede.

Máximo se puso de pie al tiempo que recogía su móvil de encima de la

mesa y se lo metía en el bolsillo de los pantalones, dejando claro que no

pensaba pasarle el número.

—No, lo siento.

Teodelina se alejó de él, retrocediendo un par de pasos.

—Bien, como quieras. No necesitas llamarme mañana. Tampoco hace

falta que vuelvas y las cenas que me ofreciste bien valen como pago por mis

servicios.

—¿Qué?

—Eso, que estamos en paz. Yo también lo he pasado bien. Listo, hasta

aquí llegamos: tú por tu parte, yo por la mía.

—Teodelina.

—Vete ya.

—Teodelina, por favor, no seas así; las cosas no son o negras o blancas.

—Conmigo sí, Máximo y, por lo general, tienden a ser negras,

ultranegras. Vete y no esperes que me quede callada: si tu hermano es el ex de

Nicole, me encargaré de ponerlo en su lugar.

—Teodelina...

—Sal de mi vista en este instante.

A Máximo se le cayeron los hombros. Se apartó de la silla. Se tomó un

momento para mirarla una vez más, para ver si ella aflojaba la dura pose en

que se había puesto. Eso no sucedió. Dio media vuelta y, sin decir nada más,

salió del apartamento.

Cuando se quedó sola, enloqueció. Arremetió contra todo lo que tenía al

alcance de la mano. Una a una, hizo volar por los aires las cosas que  
Máximo

había traído para preparar de cenar. También arremetió contra las tazas, la

cafetera y las pastas de bollería que habían quedado sobre la mesa. Por

último, cogió el cuchillo que estaba sobre la encimera y corrió hasta la pintura

que era la sombra de un hombre que había creído conocer; la rasgó en cientos

de pedazos, hasta que no quedaron más que jirones negros. Luego

arremetió a

patadas y puñetazo limpio contra el  
armazón de madera del bastidor,

lastimándose. Y, sin ver lo que tenía  
delante, puesto que estaba ciega de  
furia,

arrancó de la cama todas las  
sábanas y las arrojó por el aire. No  
quería volver

a percibir su perfume nunca más.

Agotada, con el rostro ardiendo de  
odio, se dejó caer al suelo,  
soltando

alaridos. Gritó hasta quedarse sin voz; hasta que no pudo más del cansancio;

hasta que se durmió.

\* \* \*

Máximo llamó a Stefan a su móvil no una, sino tres veces, antes de

dejarle un mensaje en el que le pedía que, por favor, se pusiese en contacto

con él, que necesitaban hablar.

Imaginaba que Stefan no le

devolvería el mensaje, no después de la pelea

de esa mañana. Por eso, pese a que por un segundo sopesó la idea de llamar a

casa de María Eugenia, al final prefirió no hacerlo; tendría que forzar el

encuentro y, si lo llamaba, acabaría poniéndolo en alerta y entonces todo sería

peor, o probablemente él se largaría de allí, si es que a casa de

su hermana

había ido a parar después de esfumarse de la suya.

Arrancó el motor de su automóvil y se dirigió al hogar de María Eugenia.

No tardó demasiado en llegar, el tráfico en la ciudad era más bien escaso;

sin embargo, el tiempo se le hizo eterno, ya que no podía quitarse de la cabeza

las palabras de Teodelina.

No podía ni siquiera pensar que Stefan pudiese tener algo que ver con el

hombre con el que salía Nicole. No, sin duda no existía posibilidad alguna de

que fuese la misma persona.

Lo de las pastillas no debía de ser más que una coincidencia, una de

pésimo gusto que le ponía la piel de gallina, ya que de por sí era bastante

difícil asumir, así, de la noche a la

mañana, que Stefan podía estar consumiendo algún tipo de droga.

Su cerebro se negaba a creer incluso eso, tildando las sospechas de

infundadas y exageradas; quizá no fuese más que una etapa, una tontería.

Después de todo, Stefan acababa de salir de una ruptura amorosa...

—Una ruptura amorosa —exclamó en voz alta, viendo en sus retinas la

imagen del rostro de Nicole junto a esa otra chica que había sido asesinada en

París.

No, simplemente no podía ser cierto, era más que ridículo achacarle a

Stefan todas aquellas cosas. Realmente demasiado. No podía hacerlo sólo por

estar enojado por lo que había sucedido; así como, sencillamente, era

exagerado tomar demasiado en serio las palabras que Stefan había alzado

sobre Geraldine y Teodelina, además del resto de las mujeres, en un estado

similar al que él experimentaba en ese instante. Suponer que de éstas se

desprendía una actitud en extremo machista, de un maltratador de mujeres o

incluso de un asesino, era delirar a

un nivel demasiado exagerado. No podía

ser cierto.

—No puede ser cierto.

Fue consciente de que, sin importar cuántas veces repitiese aquella frase,

no terminaría de creer en ella hasta que no enfrentase a su hermano. Por eso se

hallaba en ese momento estacionando frente a la casa que su hermana María

Eugenia compartía con el resto de su familia.

Había encontrado un espacio libre entre la entrada del garaje del vecino

y el automóvil de su hermana.

Apagó el motor. Permaneció allí sentado sin poder moverse, observando

de reojo la casa. ¿Lo habrían visto llegar?

Apretó el volante. ¿Cómo haría para plantear la situación sin que la

conversación se fuese desagüe  
abajo, provocando una pelea en la  
que

pudiesen surgir los puños otra vez?  
¿Sería mejor que primero, antes de  
decir

nada, sacase a Stefan de casa de  
María Eugenia? No le apetecía que  
sus

sobrinos tuviesen que ser testigos  
de aquello.

Reunió valor y bajó del vehículo.  
No había dado ni tres pasos cuando

su

hermana y sobrina salieron de la casa conversando tranquilamente.

—¡Máximo! Hola. ¿Qué sorpresa?

—Hola. ¿Ibais a salir?

Intercambiaron besos.

—Sí, de hecho, sí; íbamos a dar una vuelta. Los hombres de la casa se

fueron ayer de pesca y no regresarán hasta esta noche; pensábamos disfrutar de

nuestras últimas horas de paz. ¿Qué haces tú por aquí?, ¿no ves a Julieta este

fin de semana?

Máximo sacudió la cabeza.

—No, se iba a casa de una amiga; ella y otras compañeras de su colegio

han ido a pasar todas el fin de semana a la finca de una de ellas.

—Ah, entiendo. —María Eugenia lo miró con detenimiento—. ¿Estás

bien? Te noto raro, tenso. ¿Todo bien con Geraldine?

Negó con la cabeza.

—Es una larga historia.

—Pero ¿qué ha pasado?, ¿habéis discutido?

De su cuestionamiento resultaba obvio que, si Stefan había ido a

quedarse allí, no le había contado ni una sola palabra de lo sucedido.

—¿Está Stefan?

—¿Stefan? ¿Por qué me preguntas por él? No, no está aquí; creía que estaba en tu casa. ¿Se ha ido de allí?

—Esta mañana. Entonces... ¿no sabes nada de él?

—Ni una palabra. Máximo, ¿qué sucede?, ¿te tiemblan las manos?

—No, no es nada. —Se agarró una mano con la otra para acallar el temblor que le provocaba la ansiedad—. Si llega a comunicarse contigo,

pídele por favor que me llame,  
necesito hablar con él.

—¿Por qué?, ¿qué ha ocurrido?,  
¿por qué no lo llamas tú?

—Ya lo he hecho, no responde.  
Presumo que no quiere hablar  
conmigo.

—Vamos, hermanito, dime qué es lo  
que está pasando. Stefan se ha ido  
de

tu casa, has reñido con Geraldine y  
tienes un aspecto como si... ni  
siquiera sé

qué puede haberte sucedido para que estés en ese estado.

—Lo hablaremos en otro momento. Mejor me voy y os dejo salir. Más

tarde te llamo, ¿sí? —Máximo hizo el amago de largarse de allí. No llegó muy

lejos, María Eugenia lo agarró de la camiseta—. No, no, no. No te vas a

ninguna parte. Me dirás por qué hueles a cigarrillo y por qué... — Sus ojos lo

recorrieron de pies a cabeza—. No te reconozco.

Era lo que llevaba puesto, no solía vestir de negro; bueno, eso, en parte...

el resto se debía a otros motivos menos evidentes a simple vista.

—Te vienes a tomar algo con nosotras.

—No, no creo que sea buena idea. De verdad que dejamos la charla para

más tarde. Yo te llamo, ¿de

acuerdo?

—No.

—Por lo que veo, has venido en tu coche. Pensábamos ir al centro

comercial de aquí cerca. Nos sigues.

—María Eugenia...

—Nada de nada. Nos sigues y punto.

No le quedó mucha opción, su hermana no era del tipo de persona que da

el brazo a torcer fácilmente. De todos modos, no tenía mucha idea de cómo

haría para conversar con su hermana delante de su sobrina, la cual ya era una

adolescente demasiado inteligente como para intentar ocultarle nada.

Máximo regresó a su automóvil. Una vez allí, y antes de arrancarlo,

marcó el número de Lisando; le saltó el contestador.

—Hola amigo, soy yo, Máximo.

Bueno, lamento molestarte en fin de semana. Sé que dije que te llamaría mañana; ha sucedido algo y necesito saber

si has tenido noticias. Seguro que es mucho pedir; la verdad es que, si pudiésemos vernos esta misma noche, te lo agradecería muchísimo. Gracias.

Después de ésta voy a deberte una muy grande.

Cortó la comunicación y encendió el motor. María Eugenia ya se había

puesto en camino.

Por un momento meditó si llamar a Teodelina, sin embargo no tenía ni la

menor idea de qué decirle, ni siquiera sabía a ciencia cierta si ella quería

volver a dirigirle la palabra.

En el primer semáforo que los detuvo, volvió a marcar el número de

Stefan. Otra vez nada. Dejó un mensaje muy breve diciéndole que,

por favor,

aceptara reunirse con él para hablar.

\* \* \*

Teodelina rodó sobre el suelo al despertarse. La cabeza le dolía horrores.

No había dormitado más que una hora; una hora plagada de pesadillas.

Abrió los ojos; oscurecía, por lo que el apartamento se encontraba en

penumbras, en penumbras y convertido en un desastre.

Negándose a despertar del todo, se tapó la cara con las manos.

Oyó un chillido molesto, que le costó reconocer como su móvil. El aparato sonó un par de veces.

Lo dejó estar, no tenía ganas de hablar absolutamente con nadie, ni siquiera le apetecía levantarse del suelo.

El teléfono finalmente enmudeció.

Se estiró un poco sobre el suelo y echó un vistazo a su alrededor. Le

costaba creer que se hubiese permitido a sí misma convertirse en aquello. Un

despojo. ¿Cómo había dejado que la hiciesen sentirse así? Tiempo atrás se

juró a sí misma que no volvería a caer.

Estúpida, idiota. ¿Por qué tuvo que posar sus ojos sobre Máximo de

aquel modo?, ¿no podría,

simplemente, haber hecho lo que siempre hacía:

alejarse antes de empezar a sentir que los sentimientos comenzaban a llegar a

ella?

Se odió a sí misma por ser tan débil y a él por arrastrarla hasta eso. Se

suponía que era fuerte, resistente, dura, agresiva y contundente... no una tonta

que derramaba lágrimas de desengaño como las que en ese

momento brotaban

de sus ojos. Teodelina... Ultra Negro, eso debía ser para no salir herida otra

vez, ella jamás lloraría tendida en el suelo. Ultra Negro se mantenía de pie y

miraba a todos a los ojos, no desde abajo, nunca desde abajo.

El móvil comenzó a sonar otra vez.

—Hasta aquí —se dijo a sí misma en voz alta—. No más, ya no más.

Olvídate de él, olvídate de todo y ponte de pie. —Se alzó sobre sus piernas,

limpiándose las lágrimas del rostro.

Su primer paso fue tambaleante. Además de que se sentía débil

interiormente, la cabeza todavía le daba vueltas por la noche sin descanso.

En su segundo paso, plantó las plantas de los pies sobre el suelo con una

firmeza tan contundente que

amenazó con destrozar los cimientos del edificio.

—Como decía Miguel: lo que no te mata, te hace más fuerte.

Lo sucedido con Máximo no volvería a sucederle. Nunca antes se había

sentido tan cercana y a gusto con alguien y, desde ya, eso no volvería a ocurrir

jamás, se negaba a permitírsele.

«El amor destroza absolutamente todo lo que toca», pensó.

Lo hizo con su madre y ahora había ido a por ella.

—Nunca más —gruñó estirando el brazo para coger el móvil. Si era él,

lo mandaría a la mierda; no quería volver a oír su nombre jamás; Máximo ni

siquiera se merecía su odio.

Con toda la furia, aferró el aparato. No, no era Máximo. El número que

figuraba en la pantalla era el de Simón.

—¿Te pillo ocupada?

No, definitivamente Simón jamás podía saludar con un «hola».

—Si tienes compañía te llamo más tarde.

—Estoy sola, Simón; no interrumpes nada.

—Como no me has contestado antes...

—Dormía, por eso no te he respondido.

—Ups, perdón. ¿Saliste anoche?

—No quiero hablar de eso.

—¿Qué te tiene de mal humor?

—La puta vida, Simón, eso es lo que me tiene de mal humor.

—Yo tampoco he tenido un buen fin de semana. Pierre me llamó anoche, dijo que quería que quedásemos, que necesitaba hablar conmigo. En un

principio no me gustó nada la idea, no me sentí listo para verlo, es que insistió

tanto en que nos encontrásemos que al final acepté. Dijo que quería volver,

que estábamos hechos el uno para el otro.

Al oír eso último, Teodelina soltó un gruñido; eso no era más que mierda,

sin importar quién lo dijese.

—Me tragué todas las tonterías que soltó, hice a un lado sus estúpidas

excusas y nos juramos amor. Nos prometimos volver a intentarlo;

incluso

cuando le comenté el asunto de formar una familia, eso no le molestó tanto

como las otras veces que lo había planteado.

—¡Alto! ¿Qué has dicho?

Simón dejó escapar un largo suspiro.

—No quiero quedarme solo, Cuervito. Comienzo a cansarme de tanta

correría, de amanecer con el otro lado de la cama vacía y fría.

Teodelina tragó en seco, jamás lo había oído hablar así.

—No es que esté pasando por una fase ni nada parecido; todas las veces

que te dije eso de tener niños juntos iba en serio. Amo mi trabajo, mi vida y

todo lo demás... pero siento que no estoy completo y me aterra lo que pueda

sucederme si...

—Simón, nada te va a suceder, no necesitas a nadie.

—Sí, sí necesito. Todo el mundo necesita a alguien. El asunto es que una

cosa llevó a la otra y acabamos en casa juntos; pasamos unas horas

espectaculares, de verdad. Antes de dormirme estaba convencido de que, a

partir de hoy, tendría una nueva vida, que todo mejoraría para

siempre.

—Nada es para siempre.

—Ni que lo digas. Cuando desperté esta mañana, Pierre había

desaparecido, el otro lado de mi cama estaba vacío. Sobre la mesita de noche

me había dejado una nota en la que decía que me quería muchísimo, que de

verdad había pensado que podía con esto, pero no. Me pidió que lo

disculpase. Y puso «de todo corazón espero que un día encuentres a la persona

que pueda darte todo lo que quieres y mereces».

Teodelina permaneció en silencio. Tenía ganas de decirle que Pierre no

era más que un cobarde hijo de puta, pero era consciente de que Simón lo

quería, e insultarlo no serviría de nada. Se le ocurrió una mejor idea,

una que

la ayudaría también a ella a escapar de la mierda que en este momento le

llegaba al cuello.

—Paso por ti en una hora. Vístete, nos vamos a La cripta.

—¿A La cripta? No, no me parece buena idea. Ven y pedimos comida china y un kilo de helado.

—No, no voy a permitir que te quedes en tu casa atiborrándote de

comida

mientras lloras por Pierre.  
Apresúrate, no quiero tener que esperarte.

—Pero Cuervito...

—Nada de nada, necesito salir y tú también. Te veo en un rato.

—No, mejor quedémonos en casa y charlemos; han pasado varios días desde la última vez que conversamos y quiero saber cómo van tus cosas.

Lorena, del trabajo, me recomendó un abogado...

—Ya, Simón. No quiero hablar, no esta noche, necesito salir. ¿Me acompañas o voy sola?

—Ok, ok, voy. Dame una hora y media, necesito algo de tiempo para entrar en personaje.

—Un hora y media es mucho más que «algo de tiempo».

—Llevo un siglo sin ir a ese lugar, ni siquiera sé si tengo que ponerme;

voy a tener que buscar entre las cajas de ropa que tengo guardadas.

—A las diez estoy ahí; saldrás como sea, así sea desnudo.

—Te quiero, Cuervito. Nos vemos a las diez.

—Hasta entonces.

Cortó la comunicación y, desvistiéndose, caminó hasta la nevera, sacó el

vodka del congelador y bebió un buen sorbo directamente de la botella. Por un

instante, antes de dirigirse al baño a darse una ducha, sintió deseos de tomar

una de las pastillas que estaban sobre la encimera. Tenía ganas, y al mismo

tiempo, la idea la aterraba; tenía miedo de no lograr contenerse nunca más si

flaqueaba una sola vez.

No flaqueó; en lugar de una pastilla de éxtasis, se llevó a los labios un cigarrillo y lo encendió.

Terminó de fumarlo en el baño.

\* \* \*

A Máximo le hubiese gustado no perder tantas horas, apenas si podía

estarse quieto sobre la silla de la mesa de la cocina de la casa de su hermana;

María Eugenia lo había retenido hasta entonces. Durante las compras en el

centro comercial, casi no pudo adelantarle nada de lo que sucedía; en cambio,

una vez en su casa, con sus dos sobrinos frente al televisor, con la PlayStation

encendida, pudieron conversar tranquilamente; la mesa la compartieron con su

cuñado, unas pizzas, un par de botellas de cerveza y, en ese momento, helado.

Máximo se lo contó absolutamente todo; no solía hablar con tanta

sinceridad con su hermana, mucho menos delante de su cuñado, pero

se sentía

solo y desarmado, y no sabía a quién más recurrir. Les contó cosas sobre

Teodelina, lo sucedido entre ella y Andrea, entre ella y él; habló sobre Stefan

y sus pastillas, sobre Stefan y Geraldine, sobre las pastillas que aparecieron

en el apartamento de Teodelina; les narró lo ocurrido con Nicole, quien probablemente era responsable de

que las pastillas estuviesen allí,  
sobre su

ex, sobre el cuadro, sobre lo que  
había insinuado Teodelina acerca  
del ex de

Nicole.

Para cuando terminó de hablar,  
María Eugenia estaba muy pálida y  
su

cuñado, muy serio. Lucían unas  
muecas muy distintas a las que  
pusieron

cuando, al principio de su relato,

les contó sobre cómo Teodelina y él encontraron a Patricio Conde: en ese momento tenían cara de horror; ahora

éstas eran más bien de pánico.

Para su desgracia, pues se sintió como un pobre idiota ventilando su fallida vida amorosa, también debió explicarles todo acerca de Conde.

El caso es que terminó de contarle todo ya con la boca seca y sin el

menor deseo de probar ni una sola cucharada de helado.

—No me lo puedo creer —jadeó su cuñado, pestañeando después de un buen rato de inmovilidad—. Es demasiado. Siempre creí que Stefan era un

tanto...

—Un tanto, ¿qué? —le espetó su mujer.

—Bueno, amor, no te lo tomes a mal; tu hermano siempre ha sido un

consentido. Desde pequeño ha hecho lo que ha querido sin que nadie...

siempre me ha dado la sensación de que tu papá no le impuso la misma

disciplina que a vosotros, pese a que a vosotros os crió a distancia. Con

Stefan ha sido infinitamente más permisivo.

—Eso no convierte a nadie en un traficante.

—No digo que lo sea, pero, como

mínimo, por lo visto, sí podemos arriesgarnos a decir que consume drogas. Y esas cosas que dijo... Creo que

ninguno de nosotros lo conoce lo suficientemente bien como para restarle

importancia a sus palabras.

—Asumir que mi hermano es un traficante de mujeres y un asesino por lo

que dijo, probablemente estando drogado, es mucho.

—Bueno, por lo menos ahora te permites suponer que pudo estar drogado.

—¡Por Dios! —exclamó María Eugenia.

—¿Y dices que golpeó a esa chica, a Teodelina? —le preguntó su cuñado

dirigiéndose exclusivamente a él.

—Sí.

—¿Nunca has visto una fotografía de la chica que terminó con él? Ella

es

la razón por la cual vino aquí, según sus propias palabras.

—No es más que una coincidencia, José; no intentes cargar sobre los

hombros de Stefan una historia que probablemente no tenga nada que ver con

él.

—No, nunca he visto una foto de la chica que lo dejó —le respondió

Máximo a su cuñado.

—Tal vez tu padre tenga alguna; llamadlo, puede enviároslo por correo

electrónico.

—José, es madrugada en Europa; no voy a despertar a mi padre para eso.

—Podéis hacerlo por la mañana.

—Ni siquiera sabemos si él la conocía.

—Lo digo para que salgáis de la duda, amor. Es un asunto serio. A mí

tampoco me hace gracia que alguien sospeche que tu hermano es capaz de

matar a una chica a golpes y...

—Chis, baja la voz —miró en dirección a sus hijos, quienes se

encontraban a un par de metros de distancia—, podrían oírte.

—Quizá no sea mala idea. Solamente para salir de dudas. A mí tampoco

me gusta desconfiar de él de ese modo, la mera idea de darle cabida

a esa

desconfianza me asusta. No sé si es por la droga o qué, pero creo que Stefan,

por momentos, no se controla.

—¿Tu amigo el abogado aún no te ha llamado?

—No, José.

—De todas formas, si ese apartado de correos es suyo, debe de estar a

nombre de una empresa fantasma o algo así. Esa clase de personas

jamás

tienen nada a su nombre.

—Mi hermano no es de esa clase de personas —replicó María Eugenia

buscando la mirada de Máximo—. Sinceramente, ni siquiera entiendo por qué

discutimos esto. Perfecto, puede que Stefan tenga un problema de adicción; sin

embargo, lo demás... Máximo, creo que esa chica exagera; el ex de su

novia y

Stefan no pueden ser la misma persona. Es ridículo.

—¿Llamarás a papá por la mañana para ver si puede decirte algo de esa

chica? —le pidió a su hermana y luego, al terminar la frase, se le hizo un nudo

en la garganta.

—¿Es en serio?

Le contestó que sí con la cabeza; no

podía hablar.

—No puedo creer que pienses...

—Tenemos que asegurarnos de que no ha sido él. Vi fotos de Nicole, sé cómo es; la reconocería de volver a verla en una fotografía.

—Papá va a querer saber por qué le pedimos una foto de esa joven. ¿Qué

le voy a decir, Máximo? Y cuando me pregunte dónde está Stefan... ¿qué haré

entonces?

—He estado pensando en eso; quizá haya vuelto al hotel en el que se

alojaba al principio.

—¿Y si no?

—Intentaré dar con él. Si logro hablar con Stefan y aclararlo todo...

—¿Esperas que confiese? Como poco, ningún drogadicto admite que

consume, y para qué hablar de lo otro... ésas ya son palabras

mayores. Si

estaba tan furioso contigo, dudo de que ni siquiera desee verte.

—Sí, lo sé.

—¿Qué vamos a hacer?

Máximo se puso de pie.

—Intentaré encontrarlo y, mientras tanto, veré si puedo ponerme en

contacto con Lisando para saber si ha conseguido averiguar algo y para

contarle el resto de la historia.

—Quizá venga por aquí más tarde  
—especuló María Eugenia.

Máximo se guardó para sí que esperaba que las cosas no sucediesen de

ese modo; en el fondo, temía por su hermana y su familia. De ser posible,

quería encontrárselo en un lugar en el que no pudiese dañar a nadie más.

—Si viene, cosa que a estas alturas no creo que suceda, no le digas ni

una

sola palabra de todo esto y me llamas, ¿sí?

—¿Por qué? También es mi hermano, tengo todo el derecho del mundo a

cuestionarle lo que ha estado haciendo con su vida.

—María Eugenia, por favor, no le digas ni una palabra de nada.

—¿Tan inestable crees que está? —  
inquirió su cuñado.

—No lo sé; de todos modos, prefiero que seamos precavidos. Solamente

llamadme, ¿de acuerdo?

—Lo que dices hace que me dé miedo y la verdad es que no sé por qué;

todo esto no es más que una horrible confusión.

—Hasta que lo aclaremos todo, pienso que lo mejor es que tengamos

mucho cuidado. Me voy. Si

averiguo algo, os llamo para poneros al tanto.

—Llamaré a papá a primera hora de la mañana.

Máximo se inclinó sobre su hermana y le dio un beso en la mejilla.

Luego estrechó manos con su cuñado.

Antes de salir de la casa, saludó con la mano, desde lejos, a sus sobrinos;

ellos continuaban jugando, ajenos a

todo.

Comprobando la pantalla de su móvil, anduvo hasta su automóvil; no

tenía ni llamadas ni mensajes pendientes.

De allí se encaminó directamente hacia el hotel. Le remordía la

conciencia haber dejado a Liliana sola en el restaurante, pero esto era mucho

más urgente que si en la cocina se demoraban un poco más de lo

normal en

servir un plato de comida.

**24**

—Cuervito... —Simón pronunció su apodo y a continuación se quedó sin

aliento. Quedó impactado con su imagen al abrir la puerta del vehículo.

Obviamente, Teodelina se había esmerado en su aspecto para esa noche,

elaborando una imagen de sí misma al extremo cuidada y detallista. Todo en

ella tenía que ver con un único elemento: negro. El desarrollo del mismo no

quedaba plasmado exclusivamente en el color de su vestimenta, ni en los

accesorios que la complementaban, sino en su maquillaje, en el estilo de su

cabello y, por encima de todo, en la

mueca en su rostro, en lo que irradiaba

con la mirada.

En resumen, su aspecto tenía todo que ver con el lugar al que se dirigían.

Simón, como no era tonto y la conocía demasiado como para tragarse aquello

como una personificación de un personaje extremadamente gótico, supo que

algo más se escondía debajo de la

lujosa pátina negra que cubría a su amiga.

Además, todavía recordaba lo que ella le había dicho durante la conversación

en la cual acordaron verse: «la puta vida, Simón, eso es lo que me tiene de

mal humor».

—Sube de una vez. Ya te he esperado lo suficiente.

Teodelina había llamado a su apartamento veinte minutos atrás,

para

avisarlo de que se encontraba en la calle, a los pies de su edificio,

aguardándolo. Simón no estaba listo por entonces; a eso se debía la espera.

Simón se dejó caer en la butaca. Instantáneamente, Teodelina arrancó el

motor del automóvil, el cual emitió un ronroneo sedoso y al mismo tiempo

potente.

—A tu lado me veo como si no hubiese tenido el mismo tiempo que tú

para prepararme. Te ves muy bien. ¿A qué se debe?

—No hay nada en particular, simplemente planeo disfrutar de mi soltería

esta noche.

—¿Soltería? ¿Qué ha sido de tu compañero de andanzas, Stefan? ¿O es

Máximo?

—No quiero oír hablar de ninguno de los dos esta noche. Ni de él ni de

nadie más. —Con eso incluía a Nicole, incluso a Lena—. Deseo divertirme.

Simón se encogió de hombros como diciéndole que no se lo tragaba, que

no le creía ni una palabra, pero allí estaban, los dos listos para acoplarse al

público que visitaba La cripta.

\* \* \*

—Lo lamento —dijo el recepcionista apartando sus ojos del monitor para

mirarlo a la cara—, su hermano no volvió a registrarse aquí.

—¿Está seguro?

El joven hombre, que tenía cara de cansado, le echó un nuevo vistazo a la

pantalla de su ordenador; negó con la cabeza.

—No, no contamos con su hermano entre nuestros huéspedes. Lo siento.

Máximo quitó las manos del mostrador de la recepción y se apartó de

éste.

—Si puedo hacer alguna otra cosa por usted —ofreció, en realidad en un

tono no demasiado solícito.

—No, muy amable. Gracias y disculpe la molestia.

—No hay de qué. Espero que encuentre pronto a su hermano. Debería

probar con los hoteles de los alrededores; nosotros estamos con ocupación

completa desde hace dos días a causa de un congreso, tal vez vino buscando

alojamiento y nosotros no pudimos brindárselo.

—Entiendo, gracias por el dato. Buenas noches.

—Buenas noches.

Máximo dio media vuelta y salió del hotel.

En esa misma manzana había tres hoteles más; de hecho, la zona se

encontraba plagada de hoteles del tipo ejecutivo que, por lo general, alojaban

a hombres de negocios.

Se hizo a la idea de que quizá tuviese que visitar más que tres hoteles,

pues por allí debía de haber por lo menos dos docenas de ellos.

¿Qué tan lejos habría ido Stefan? Se preguntó si su hermano se

encontraría por allí o si habría ido a parar a algún otro lugar, como la casa de

algún conocido o amigo; sabía que su hermano los tenía en la ciudad, pero no

tenía ni la menor idea de quiénes eran... Otra cosa que tendría que preguntarle

a su padre por la mañana si no lograba dar con él.

\* \* \*

En cuanto bajaron del automóvil, a

poco más de media calle de La cripta,

Simón se arrepintió de haber accedido a acompañarla. A diferencia de lo que

le sucedía un tiempo atrás cada vez que visitaba el local, se sintió

completamente fuera de lugar; mejor dicho, fuera de órbita. La concurrencia se

veía vestida para el sitio al que se dirigía; él, en cambio, se sentía disfrazado.

Un grupo de chicas y chicos de lo más exótico, que no cargaban encima

más de veinte años cada uno, pero sí mucho tinte de pelo, maquillaje y metros

y metros de terciopelo negro, pasó por delante de él. La incomodidad se

acrecentó.

Simón se dio la vuelta cuando oyó sonar un móvil; lo identificó como el

de Teodelina. Su amiga lo dejó sonar después de echarle una mirada con el

ceño fruncido a la pantalla.

—¿Quién es?, ¿por qué no respondes?

—No me apetece hablar con él ahora.

—¿Con él? Más específicamente...

—Máximo.

—¿Qué ha pasado entre vosotros?

—Lo que pasa con él es que es un cobarde, igual que todos los hombres.

—Después de lo que me ha pasado, no me siento con ganas de defender a

mis congéneres.

—Ni falta que hace, todos los hombres son así.

—¿Y qué me dices de las mujeres?, ¿ya te reconciliaste con ellas o

simplemente estás en pie de guerra con todo el mundo?

—Deberíamos evitar, a toda costa, enamorarnos.

Simón se quedó perplejo.

—Te has enamorado de Máximo. Te lo advertí, no has debido hacerlo;

apenas lo conoces y contigo todo es amor u odio. No perdonas una, ni siquiera

una tontería. No sé qué te ha hecho, pero sí que no puedes decepcionarte tan

pronto; al menos dale la oportunidad de conocerlo. El pobre

a lo mejor ha

hecho algo que no sabía que te molestaría. Os conocéis hace nada, eso tiene

que jugar a su favor.

—Cierra la boca, Simón; te he dicho claramente que no quería esto. He

venido a divertirme, no a revolcarme en mi propia miseria, menos aún en mis

defectos.

—Teo, no son defectos ni miseria... es que me parte el corazón verte así de triste.

—No estoy triste, estoy furiosa.

—No seas tan dura. Vamos, cuéntame qué ha pasado; quizá podemos

resolverlo juntos.

—Adiós, Simón. —Teodelina le dio la espalda y, acto seguido, echó a

andar en dirección a La cripta.

Llamó a Teodelina tres veces más; en ninguna ocasión ella contestó, de

modo que le dejó tres mensajes en los que literalmente le rogaba que se

pusiese en contacto con él.

Stefan no aparecía por ninguna parte y eso le preocupaba; deseaba

discutirlo con ella y, por encima de todo, creía que debían aclarar el modo en

que había quedado todo entre los dos; obviar el hecho de que la quería le

parecía casi imposible... la necesitaba, necesitaba tenerla cerca otra vez, tener

sus dedos entrelazados con los suyos, probar el aroma de su piel de primera

mano.

Todavía pensando en ella, marcó el número de María Eugenia.

—Hola, soy yo. ¿Dormías?

—Hola, no, no dormía, leía; lo intenté, pero no pude pegar ojo. A decir

verdad, estaba a punto de llamarte. ¿Lo has encontrado, pudiste hablar con él?

—Ni lo uno ni lo otro; no está en el hotel en el que se registró cuando

llegó, tampoco en ninguno de los más de doce hoteles que se encuentran por la

zona. Pregunté en todos por él. No está. No tengo ni la menor idea de

adónde

puede haber ido.

—Creo que es hora de llamar a papá.

—Me preguntaba si conocías a alguno de sus amigos aquí.

—No tengo ni la menor idea de quiénes son. La vez pasada mencionó a

un tal Alejo, pero no sé quién es o dónde vive. Sinceramente, Max, empiezo a

preocuparme, y mucho. Planeaba explicárselo todo a papá. No es que me

apetezca causarle un disgusto, pero he estado pensando.

—Pensando, ¿en qué?

—Me parece que hace un tiempo Stefan mencionó que la chica con la que

estaba era modelo, creo que se refirió a una campaña fotográfica de algo; no

recuerdo si era un perfume o

maquillaje o qué, tampoco se trataba de una

marca conocida.

—¿Cómo no me dijiste eso antes?! Nicole es modelo.

—Sí, ya lo sé, recuerdo que lo comentaste.

—María Eugenia —soltó en tono perentorio.

—No es que pretendiese ocultártelo; en su momento me pareció un dato

sin importancia y esta noche...  
bueno, ni siquiera lo recordaba.  
Máximo, es

que ni siquiera estoy segura de que  
se tratase de la misma chica, no sé  
si fue

una novia anterior o con la que dijo  
que rompió.

—Llama a papá, pero no se lo  
cuentes todo; tan sólo dile lo justo y

necesario para justificar nuestra  
curiosidad sobre su novia, y sobre  
si tiene

amigos aquí, quiénes son y cómo podemos ponernos en contacto con ellos. En

cuanto sepas algo, llámame. —Por la línea se filtró el aviso de que tenía otra

llamada—. Tengo otra llamada. En cuanto te pongas en contacto con papá,

avísame, sin importar la hora que sea.

—Ok. Avísame tú también si tienes noticias, estaré con el teléfono al

alcance de la mano toda la noche.

Máximo se despidió de su hermana y contestó la llamada que tenía pendiente.

—Max, soy yo, Lisando. ¿Dormías?

—Lisando, ¡qué bien que llamas! No, no dormía; esta noche me parece

imposible poder hacerlo.

—Vengo de oír tus mensajes, acabo de llegar del campo.

—Lamento molestarte, pero es que...

—¿Nos vemos en mi oficina en una hora?

Máximo se sorprendió, tanto por el tono que utilizó su amigo en decir aquello como por lo que dijo.

—¿Has logrado averiguar algo?

—Mi gente me tendrá un informe preparado para entonces.

—¿Qué han descubierto? Creo que comienzo a asustarme. Oye, tengo

que

contarte una cosa sobre mi hermano.

—Y yo tengo mucho que contarte sobre el tipo que me pediste que encontrara. Es grande.

—¿Quién es?, ¿lo han localizado?

—Todavía no sé quién es, lo que sí sé es que el grupo que puse a trabajar

en él se encontró con más de lo que suponía que hallarían. Tengo que

colgar, te

veo en una hora.

Ni siquiera llegó a contestar que allí lo vería, Lisando cortó la

comunicación sin darle tiempo a nada.

\* \* \*

Sin ni siquiera quitarse la chaqueta, pese a que llevaba un buen rato

bailando, después de haber deambulado dentro de La cripta seguida de cerca

por su amigo, Teodelina fue directa a la barra. Ni siquiera medió una palabra

entre ambos en ese momento, y tampoco es que hubiesen estado muy

conversadores hasta entonces; a decir verdad, los dos estuvieron juntos pero

separados, igual que si no se conociesen.

Simón la siguió procurando no perderle el paso, cometido poco

sencillo

de llevar a cabo, ya que el local estaba a reventar de gente. Medio a codazos,

en parte a empujones, logró llegar a ella justo cuando le pedía a una de las

personas que atendía el bar dos chupitos de tequila.

—Qué calor hace aquí. —Simón se arremangó la chaqueta tipo esmoquin,

azul y negra, que llevaba sobre una

camiseta negra con un gran dragón azul

estampado al frente.

En ese exacto momento llegaron los dos chupitos. Ella le pasó uno y se

bebió el suyo sin mayores preámbulos. Simón la siguió con menos emoción de

la que ella demostró.

—Es cierto, hace calor.

Prácticamente se arrancó de encima la chaqueta para quedar al amparo

de

una pobre camiseta negra de finos tirantes, la cual era más agujeros que tela.

Simón notó que por debajo llevaba un simple sujetador deportivo que la hacía

parecer todavía más delgada, una espiga elástica, larga y resistente, pura fibra.

La camiseta se le pegaba a la piel a causa del sudor.

—Dos más, por favor.

—¿Y si mejor pedimos agua?

Teodelina volvió a repetirle el pedido al chico de la barra, señalándole

los vasos vacíos, para luego delinear en el aire un círculo con su dedo índice.

Otra ronda no le haría ningún daño, el problema surgiría si Teodelina no

paraba allí, cosa que, a todas luces, no parecía tener intenciones de hacer.

—No fastidies, Simón. Hemos venido para divertirnos.

—No será divertido al final de la noche.

—Eso no lo sabes.

—Si te emborrachas, tendré que cuidar de ti; a eso más bien lo considero

aburrido.

—No tienes que cuidar de mí, no te invité a venir para eso.

Simón suspiró cansado.

—Sé que no, pero como tu amigo...

—Eso mismo, eres mi amigo, no mi madre. No me regañes.

—No te regaño, simplemente digo que creo que... —los vasos de tequilla

llegaron—... intentar diluir en alcohol lo que sea que te enfada tanto en este

momento no es buena idea.

Lanzándole una mirada fulminante, Teodelina recogió su vaso de la barra

y bebió. Con un sonoro chasquido, depositó con toda su furia el vaso sobre la

superficie otra vez.

Lo retaba a impedirle que hiciese lo que le daba la gana. Simón no reaccionó.

Teodelina tomó el segundo vaso y bebió su contenido.

—Puedes irte si quieres. De cualquier forma, hoy no eres buena compañía.

Simón obvio lo último, haciendo de tripas corazón.

—Ven conmigo. Vamos a casa, te prepararé un baño, pediremos de

comer. Estoy agotado; me he desacostumbrado a esto, ya había olvidado el

dolor de cabeza que puede provocarte esta música.

—No voy a sentarme a llorar, Simón; eso es lo que tú haces, no lo que yo

hago.

—Cuervito, no hagas esto.

—No hago nada.

—No alejes a todo el mundo de ti. Soy tu amigo, te quiero. No importa lo

que me digas, ya lo sabes, yo siempre estoy ahí, incluso cuando no me quieres

cerca.

—Ése es tu problema, Simón. Te arrastras demasiado. Eres capaz de soportar cualquier cosa con tal de

no quedarte solo.

Teodelina supo que estaba siendo demasiado ofensiva; simplemente no

pudo evitarlo, la furia contaminaba su sangre, dándole vida propia a sus

labios. El enojo convertido en una bomba de relojería hacía palpar cada

centímetro de su carne, dándole la impresión de que se encontraba a segundos

de explotar.

—Ya he recibido demasiado por un fin de semana. Si no te conociera, te mandarían a la mismísima mierda y no volvería a llamarte jamás; sin embargo,

te conozco... y lo suficientemente bien como para saber que lo que has dicho

no va en serio. El problema, Cuervito, es que hoy no puedo soportarlo. Estoy

triste y lamento en el alma que no

seas capaz de entenderlo, así como en este

mismísimo instante yo comprendo que no estás bien, que algo te sucede. —

Comenzó a enfundarse su abrigo otra vez—. Cuando quieras hablarlo, ya sabes

dónde encontrarme. No cometas ninguna locura, hacer una tontería no hará más

que incrementar la angustia de mañana.

—No me digas qué hacer —soltó ella procurando mantener dentro de sus

ojos las lágrimas que pugnaban por salir. Simón la conocía demasiado bien;

sin embargo, no podía darle la razón, no quería sentirse débil y admitir que lo

sucedido le estaba dando una batalla de la que todavía no conseguía zafarse, y

mucho menos ganar.

—Bien, entiendo. Te quiero, recuérdalo. Te llamo por la mañana.

Ni siquiera consiguió despedirse de él; su garganta, anegada con una

mezcla de lágrimas y ácidos gástricos, le impidió hablar.

Simón se perdió entre la multitud, de camino a la salida.

Al quedarse sola, se sintió completamente ingrávida. No resistió mucho

mantenerse en pie, allí, en medio de

la nada. Se pidió otra cerveza y,  
con

pasos tambaleantes y el vaso en la  
mano, se coló en la masa que se  
movía al

son de la música, en la pista de  
baile. Concentrándose en el ritmo,  
porque ni

siquiera lograba escuchar la  
música, y mucho menos prestar  
atención a las

letras de las canciones, empujó  
fuera de su mente todo pensamiento.

Cualquier

intención de raciocinio o de elaboración de alguna idea fue desterrada de su

cráneo. Se entregó por completo a bailar, igual que si formase parte de una

profunda meditación, de un trance hipnótico del que no quería salir jamás.

\* \* \*

Máximo estacionó justo enfrente del edificio de oficinas de la

compañía

de su amigo. Desde el automóvil, vio una luz en una de las oficinas de la

primera planta.

Miró la hora en su reloj, eran las dos menos diez de la mañana.

En plena madrugada de lunes, la calle se encontraba desierta.

Antes de bajar comprobó su móvil, solamente por las dudas; no quería

perderse una llamada de Teodelina,

tampoco de Stefan.

La pantalla se encontraba en blanco, ninguno de los dos había dado

señales de vida.

—Bien, gracias —contestó a la voz de Lisando, que emergió del moderno

videoportero de la entrada del edificio, cuando su amigo lo avisó de que ya

bajaba a abrirle la puerta.

Ansioso, se retorció las manos una y otra vez mientras esperaba.

A los pocos minutos, Lisando apareció al otro lado de la pesada reja de

hierro fundido de estilo francés.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Lisando. Gracias por recibirme.

—No hay de qué; ven, pasa, arriba tengo café recién hecho.

Lisando, a pesar de bronceado y

con apariencia mucho más descansada

que la última vez que lo vio, vestía un elegante pantalón azul y una camisa que

le hacía juego y justicia, pero sin corbata o americana, como si se hubiese

vestido a medias para ir al estudio de abogados.

—Gracias.

Lisando cerró la puerta con llave y conectó la alarma otra vez,

pulsando

un par de teclas en una pantalla táctil del tamaño de un libro, que se encontraba empotrada en la pared.

—No hay de qué o, pensándolo mejor, ya me lo pagarás un día con una

buena cena.

—Cuando quieras.

Lisando lo agarró del hombro.

—Ven, vamos; tenemos que hablar.

—¿Qué sabes del sujeto? —lo interrogó antes de que llegasen al vestíbulo.

—Estoy esperando la llamada de la gente que tengo en París.

—¿Enviaste a alguien a París para ocuparse de esto?

—No exactamente. Tengo a un par de personas trabajando por Europa; se

trasladan de país a país de acuerdo con las necesidades de cada trabajo. Te he

llamado en cuanto me han avisado de que el informe preliminar ya estaba listo;

había pedido que así lo hiciesen. Le di prioridad a este caso por encima del

resto y remarqué expresamente que quería que me mantuviesen al tanto de

todo, minuto a minuto. No esperaba a mañana para esto. Eres mi amigo. No

podía esperar.

—¿Qué dice ese informe que has recibido?

—Bueno, mi gente me comentó algo por teléfono; sin embargo, no lo he leído completo hasta llegar aquí.

—¿Qué dice, Lisando? —insistió sin parar de subir los escalones. Tenía

la impresión de que sus pies estaban rellenos de plomo; las piernas le pesaban

horrores.

—Ya te lo he adelantado antes por teléfono: el tipo es un peso pesado, un

mafioso de primera. El número del apartado de correos que me facilitaste

figura a nombre de una empresa fantasma que tiene sede en el Caribe; dicha

empresa, supuestamente, se dedica a realizar paseos turísticos por diversas

islas que no son más que paraísos

fiscales. El apoderado de la empresa vive

en París; en este instante no recuerdo el nombre del individuo en cuestión,

pero eso es lo que menos importa, el tipo en sí no tiene relevancia alguna, sí

su hermano.

—¿Su hermano?, ¿él es el exnovio de Nicole?

Antes de responder, Lisando le mostró el camino hacia la misma

sala de

reuniones en la que se habían visto la última vez.

—No. Espera, que la historia recién empieza. El sujeto, el hermano del

apoderado de la compañía, tiene ocho registros de ingresos en la policía

francesa y cinco en la rusa. Es oriundo de este último país. Las causas que se

le imputaron, pero que jamás se

probaron, son por trata de mujeres con fines

sexuales, trabajo esclavo, trafico de drogas, tráfico de armas y un homicidio.

La última causa que se le abrió fue por golpear a una mujer, lesiones. Los

cargos todavía están pendientes, y él, prófugo. Pasa, por favor. — Lisando

abrió la puerta de la sala para él—. Por supuesto que la policía se puso

en

contacto, en su momento, con este hermano que figura como apoderado de la

compañía, para averiguar todo lo posible sobre el paradero del tal... —cogió

la carpeta que descansaba sobre la mesa—... Serguéi Ignátievich. — Rebuscó

con la yema de los dedos y los ojos algo más en las páginas impresas —. El

nombre del hermano es Danil. Como iba diciendo, la policía interrogó a Danil,

pero no pudieron sacarle nada; a mi modo de ver, no se esforzaron lo

suficiente. Nosotros sí encontramos un par de cosas.

—¿Alguno de ellos es nuestro hombre? ¿Qué habéis encontrado?

—La punta de un gran iceberg. Toma asiento. —Le indicó las sillas que

rodeaban la mesa—. ¿Café?

—Por favor. —Máximo se sentó.

—Hemos descubierto que ninguno de los hermanos Ignátievich es nuestro

hombre. Admito que nunca antes nos habíamos topado con una situación

similar. —Sirvió dos tazas de café —. Creo que tuvimos suerte al destapar

esto; de otro modo, jamás hubiese esperado llegar tan rápido a donde

acabamos en dos días con la

investigación. Mis hombres descubrieron que el

mayor de los Ignátievich, Serguéi, se involucró hace poco más de un año con

un tipo al que dentro del ambiente se lo conoce como Káiser.

Lisando le pasó la taza de café, pero Máximo no fue capaz de cogerla; se

quedó duro, petrificado.

—Eso significa *emperador* en alemán.

—Sí, cierto; había olvidado que hablas algo de alemán. ¿Por cierto, qué

tal tu hermano?

—Lisando, cuéntame más sobre ese tipo.

—Muy pocos lo conocen más que por su apodo; se pueden contar con los

dedos de una mano los que alguna vez lo han visto en persona. Según entiendo,

el tipo es extremadamente

reservado e igualmente poderoso.  
Lo respetan, lo

temen. El rumor que corre es que  
está un tanto loco, que es en  
extremo violento

y que es mejor si nunca te cruzas  
con él. Nuestro Káiser es uno de  
los mayores

proveedores de éxtasis en Europa y,  
desde que conoció a Serguéi, se  
dedica a

la trata de personas. Se cree que  
Ignátievich le dio la idea y que él la

desarrolló, triplicando, así, sus ingresos.

—¿Cómo es que sabes todo esto?  
¿Cómo es posible que la policía no haga nada? ¿El sujeto está suelto?

—Parece intocable o, mejor dicho, un fantasma. La mayoría de los que trabajan para él no lo han visto jamás, y desconocen su verdadero nombre. Ha

sabido cubrirse las espaldas muy bien. —Colocó la taza de café de  
Máximo

sobre la mesa, justo frente a sus manos, y luego se sentó, llevándose la suya a

los labios—. Lo lamento, pero no puedo explicarte cómo averiguamos todo

esto; es por el bien de mis empleados, e incluso el tuyo, que ignores todo lo

relativo a cómo se llevó a cabo la investigación.

Máximo sintió cómo se le erizaba el vello del cuerpo.

—La policía, básicamente, no tiene mucho con lo que trabajar o, mejor

dicho, no tenía hasta hace muy poco. Ésta sospecha que el propio Káiser en

persona fue quien acabó con la vida de esa muchacha.

—¿La del recorte de periódico que encontró Teodelina entre las cosas de

Nicole?

—Exacto.

—¿Por qué sospechan eso?

—Bueno, no salió publicado en el informe oficial porque la policía

intenta dar con el Káiser desde hace mucho tiempo y me figuro que no querían

arruinar la investigación.

—¿Qué fue lo que los llevó a él?

—Una pastilla.

Sintió que no necesitaba escuchar nada más. No lo podía creer,

simplemente no podía ser cierto. Algo dentro de él se lamentaba, dolido

porque fuese verdad, pero su cerebro se negaba a asimilar la sospecha de que

Stefan pudiese ser el Káiser.

Mierda, eran demasiadas coincidencias.

—¿Una pastilla de éxtasis amarillo claro con una corona impresa?

Por toda respuesta, Máximo vio el rostro de Lisando desfigurarse.

—¿Cómo... cómo demonios sabes eso?

Desolado, se agarró la cabeza. Inspiró un par de veces, intentando

controlar el desacompasado ritmo de los latidos de su corazón. Se sentía igual

que si el mundo estuviese cayéndosele encima, sin poder hacer nada por

evitarlo.

Cerró los ojos apretando los párpados con fuerza y, aun así, a

sus retinas

vino la imagen del rostro de su hermano, luego la de aquellas pastillas entre

sus posesiones; acto seguido, la de ese paquete en casa de Teodelina.

Teodelina... ella tenía razón; por más que le pesase, lo había descubierto al

instante. Quiso llamarla de inmediato, mas no era momento.

—Máximo, ¿cómo sabes lo de esas pastillas? No creo que sea porque

consumes, ¿o sí? Mierda, amigo, habla. ¿Cómo puedes saber algo sobre eso?

Si lo sabías antes, ¿por qué no me lo contaste? El detalle nos hubiese ahorrado

tiempo. Vamos, explícame qué sucede aquí, porque la verdad es que ahora soy

yo el que está perdido. El tipo con el que lidiamos es sumamente peligroso; se

sospecha que es el responsable de,

al menos, una docena de asesinatos;  
trafica

con jovencitas de Europa del Este y  
le vuela la cabeza con su droga a al  
menos

más de media docena de países.

Máximo alzó la cabeza y lo miró.

—Tengo a mi gente trabajando en  
busca de su identidad... ese nombre

podría llegar en forma de una  
llamada en cualquier momento.

—Apenas llegó, le descubrí a mi

hermano, entre sus cosas, dos patillas

como ésas.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Hoy descubrimos, en casa de Teodelina, un paquete que contenía... no

sé, quizá varios centenares de pastillas. Teodelina cree que Nicole se las robó

a su novio.

—Entonces sí estamos hablando del

mismo tipo.

Máximo asintió con la cabeza.

—Lo que no entiendo es qué tiene que ver tu hermano en todo esto. No sabía que tomase drogas.

—Sí, creo que las consume. Teodelina también lo notó.

—¿Ella?

—Ellos estuvieron juntos.

—¿Aquí?, ¿cuándo?

—Desde que Stefan llegó.

—No entiendo nada.

—No conozco a mi hermano.

—Máximo, sigo sin entender qué tiene que ver todo esto con...

—Stefan agredió a Teodelina, la golpeó. También tuvo una riña conmigo,

se acostó con Geraldine.

—¿Con tu prometida?!

Asintió con la cabeza.

—Cuando lo enfrenté, se puso como loco; dijo cosas que en mi vida

hubiese esperado oír de él.

—¿Qué cosas?

—En resumidas cuentas, que las mujeres eran todas una mierda.

Lisando se echó hacia atrás, hasta tocar el respaldo de su silla.

—Teodelina cree que Stefan es el ex de Nicole.

—¡¿Qué?! Eso es ridículo.

El teléfono comenzó a sonar. Lisando dio un respingo sobre la silla y, al

instante, contestó.

Escuchó en silencio lo que le decían desde el otro lado de la línea,

asintiendo y asimilando las palabras que le llegaban, con leves movimientos

de cabeza.

Máximo se retorció por dentro durante la espera.

—Ok, seguid trabajando y llamadme en cuanto sepáis algo más.

—¿Qué te han dicho?

—Nuestro informante se ha echado atrás. No tenemos nombre, pero sí un

par de datos más que se suman a los que ya poseíamos. No te lo he contado

aún, lo que sucede es que se cree que el Káiser tiene París como lugar de

residencia. La novedad es que lleva poco más de dos semanas fuera de Francia.

—Es el mismo tiempo que mi hermano lleva aquí.

—Oye, entiendo que estés cabreado con él por lo que te hizo; sin embargo, no puedes hablar en serio.

—El Káiser también parece tener serios problemas con el sexo femenino.

—Máximo, es lamentable; tipos así

sobran. ¿Por qué Teodelina cree que

es Stefan ese sujeto que buscamos?, ¿por las pastillas?

—Por eso y porque la golpeó, y porque supongo que, en lo más profundo,

ella siempre supo que el ex de Nicole nunca las dejaría en paz. Nicole

tampoco aparece por ningún lado, Lisando.

—¿Crees que está muerta?

—Mi hermano salió de Europa porque, supuestamente, estaba muy dolido

por la ruptura con su novia.

—Pensar que vino hasta aquí siguiéndola es demasiado.

—Llegaron a Buenos Aires casi en el mismo momento.

—Tu hermano no puede ser el Káiser.

—Le pedí a mi hermana que llamase a mi padre para ver si él tiene

alguna fotografía de la exnovia de Stefan. —Máximo comprobó la hora en su

reloj, eran las dos y cuarto de la mañana. Tanto María Eugenia como él sabían

que su padre se levantaba siempre antes del alba; ella debía de estar

llamándolo en esos instantes, si es que no lo había hecho ya—. ¿Qué más

sabes sobre el Káiser?

—Prométeme que no intentarás

asociar lo que te diga con tu hermano.

—Que me pidas que te lo prometa no augura nada bueno.

—Se lo conoce por su fama con las mujeres, una mala fama. Por

describirlo de algún modo, como mínimo podríamos decir que es machista.

—¿Maltratador?

—Maltratador, abusador. El tipo es un verdadero matón, y no sólo con las

mujeres. Se lo conoce por ser extremadamente racista, homófobo y elitista; en

su entorno no hay gays, lesbianas, latinos, ni nadie de piel oscura.

—Y deduzco, por su apodo, que es alemán.

—Máximo, tu hermano no es la única persona nacida en Alemania.

—¿Qué más?

—A ciencia cierta no se sabe mucho más de él. Su vida privada es

básicamente un misterio; nadie sabe si tiene familia o amigos, nada.

Intentaremos, al menos, conseguir una descripción física de él, y todavía no

nos rendiremos al respecto de conseguir un nombre. El Káiser prácticamente

abandonó el negocio hace dos semanas y ya hay mucha gente queriendo

reemplazarlo.

—¿Cómo que lo abandonó?

—Sí, se fue y, por lo visto, no está manejando sus negocios desde donde

sea que haya ido. Corren rumores de que ha muerto o que se ha retirado.

Algunos dicen que la policía, finalmente, lo ha atrapado; lo dudo, la noticia ya

se habría hecho pública con bombo y platillos.

—Tengo que encontrar a mi hermano y pedirle explicaciones.

—Tenía entendido que él estaba alojado contigo en tu casa. Bueno, aunque me imagino que después de lo que ha sucedido con...

—Lo eché, sí. Fui a buscarlo a casa de mi hermana después de que encontrásemos las pastillas en el apartamento de Teodelina, no estaba allí. Lo

he llamado a su móvil una infinidad de veces e incluso he ido a buscarlo al

hotel en el que se hospedó al

llegar... no estaba allí ni tampoco en ninguno de

los hoteles de la zona. No tengo ni idea de dónde puede haberse metido. Sé

que tiene conocidos en la ciudad, pero desconozco quiénes son. — Guardó

silencio por un momento, se le acababa de ocurrir una idea—. ¿Puedes llamar

a tus hombres y pasarles el nombre de mi hermano? Tal vez...

—¿Estás seguro de esto, Máximo?  
A mí, la verdad, me parece un tanto  
disparatada toda esta historia. Sí,  
las pastillas y lo demás no es nada  
bueno,

pero de ahí a culparlo de algo  
semejante...

—Tal vez con un nombre acortemos  
camino.

—¿Qué harás si es él?

—No tengo ni la menor idea.  
Supongo que, principalmente,  
intentar poner

a resguardo a... Si mi hermano es ese hombre, y vino siguiendo hasta aquí a

esa chica, ya sea porque ella jamás le devolvió su dinero, por esas

condenadas pastillas o simplemente por celos, intuyo que irá directamente tras

Teodelina. Ya murió una joven y tengo mis dudas sobre lo que puede haber

sido de Nicole... No quiero que lo mismo le ocurra a Teodelina,

Lisando. Ella

es muy importante para mí.

A pesar de que el cansancio mantenía sus ojos a media asta, Lisando los

abrió de par en par. Fue entonces cuando Máximo se dedicó a contarle aquella

historia.

\* \* \*

La música seguía sonando; sin embargo, ella ya no le vio ningún

sentido a

continuar bailado. Así, de repente, se encontró de pie, muy quieta, entre toda

aquella gente completamente ajena a la tormenta que no le daba tregua a su

cerebro.

De un trago bebió el resto de su lata de Red Bull.

Era temprano y la noche allí todavía daba para rato; no obstante, se alejó

de la pista de baile, depositó la lata sobre una de las mesas, se enfundó su

chaqueta, esta vez sobre la piel y ropas humedecidas por el sudor, y salió de

La cripta.

\* \* \*

Lisando sirvió la segunda ronda de tazas de café. Después de mucho

conversar, accedió a llamar a su gente en Europa para pasarle el nombre y

demás datos personales de Stefan; también los puso al tanto del hallazgo de las

pastillas. La verdad, lo que más le sorprendía de todo el asunto no era que

Máximo dudase de su hermano; el detalle podía ser insignificante a simple

vista, un dato menor... no obstante, para alguien que conocía a Máximo, no lo

era. Que su amigo le confesara que

lo que tenía con aquella extraña  
chica era

algo más —mucho más— que una  
aventura, le resultaba  
increíblemente

sorprendente. En su vida imaginó  
verlo con alguien así. Si eran el día  
y la

noche; más opuestos, imposible. Se  
preguntaba qué había cambiado en

Máximo, si él siempre jugaba sobre  
seguro, sobre lo estable, lo normal  
y

esperado... y sin duda Teodelina no era nada de eso.

La chica no le gustaba demasiado; de hecho, olfateó problemas en cuanto

la conoció y le hubiese gustado decirle a su amigo que se alejase de ella y sus

problemas lo máximo que pudiese. Si bien en un primer momento no supo de

ellos, simplemente le causó rechazo su imagen y su personalidad; lo

peor vino

después, cuando su gente, a petición  
suya, la investigó, destapando cosas  
que

en ese momento quería decir y no  
podía. La chica tenía suficiente  
historia y

pasado como para escribir, más que  
un libro, una enciclopedia.

—Máximo, entiendo que quieras  
ayudar a Teodelina, que sientas la

necesidad de protegerla de tu  
hermano o de quien sea el tipo al

que nos

enfrentamos, pero no crees que...  
apenas la conoces.

—La conozco lo suficiente.

—Mencionaste que la policía que  
investiga el caso de Andrea la  
amenazó

con reabrir antiguas causas.

—Ella no hizo nada.

—¿Se lo preguntaste?

—Fue víctima de las

circunstancias, rehízo su vida.  
Ahora es una artista

con gran talento.

—Sí, he visto sus cuadros.

—Sí, recuerdo que comentaste algo  
cuando nos vimos la última vez.

—Fotografías, por Internet. Me  
entró la curiosidad.

—Sí, siempre has sido muy  
curioso. —Máximo comprendió lo  
que

significaba aquella mueca en el

rostro de su amigo—. ¿Qué tan lejos llegó tu

curiosidad?

—Eres mi amigo y ella, una extraña. Como mínimo diría que me pareció

raro que vinieses con alguien así.

—Imagino que en alguna parte tendrás un expediente igual a ése con su

nombre.

—Lo hice por tu bien. Lo tengo en

mi oficina; puedo traerlo si quieres.

—No me interesa leerlo.

—Ha tenido una vida dura.

—Lo sé.

—No creo que sea la clase de persona con la que uno deba...

—La amo, Lisando. Nada que puedas decirme cambiará eso.

—Eso no ha sonado bien.

—Lo más urgente aquí es descubrir quién es el Káiser.

—De cualquier modo, me parece que deberías leerlo.

—No pienso hacerle algo semejante.

—Quizá cuando todo esto termine.

—Por mí, puedes destruirlo.

\* \* \*

Teodelina salió del ascensor; las llaves de la puerta colgaban de entre los

dedos de su mano derecha.

El edificio estaba en silencio; la mayoría de sus vecinos se despertarían

dentro de un par de horas para ir a trabajar, iniciando así la semana laboral.

Ella, por su parte, no tenía ni la menor idea de qué haría; pintar se le antojaba

como una tarea imposible, simplemente no podía continuar como si nada

después de la aparición de las

pastillas en su apartamento, y de lo que el

hallazgo acabó significando después de que Máximo le contase que Stefan

llevaba unas pastillas similares consigo. Por su cabeza pasó la idea de ir a

buscar a Resa, contárselo todo, entregarle las pastillas; era consciente de que

la detective haría oídos sordos a su historia, montando una nueva, más

de su

gusto, con las evidencias que tendría entonces a mano, hilándolas con el

expediente que llevaba su nombre; tendría que correr el riesgo, no tenía más

opción si deseaba descubrir la verdad.

«Tendré que conseguir un nuevo abogado—pensó—. Lisando, el amigo

de Máximo, ya no es una opción,

como tampoco lo es recurrir a este último; lo

nuestro ha quedado más que terminado.»

Abrió la puerta al tiempo que ladeaba la cabeza hacia el lado derecho

para estirar el cuello; las vertebras sonaron.

Quitó las llaves de la cerradura y acompañó la puerta hasta su marco

para cerrarla. Ya estaba deseando con ansia poder despatarrarse en la

cama y

dormir un par horas.

Sacó las llaves del coche y el móvil del bolsillo de sus pantalones y se

dio la vuelta.

—Al fin llegas.

Oyó la voz y lo que dijo, reconociéndola al instante; aun así, asimilar que

él se encontraba allí no resultó tarea sencilla.

Camuflado por la oscuridad y las sombras, vio a Stefan sentado en una de

las sillas que rodeaban la mesa de la cocina.

Instintivamente estrujó el móvil, deseando poder marcar el número de

Resa.

Ésa no sería una buena jugada en este momento; que Stefan estuviese allí

dentro, sin una cerradura forzada,

sin ningún otro lugar por el que colarse que

las ventanas que daban al vacío, le hizo pensar en el juego de llaves que le

dejó a Nicole, llaves que nunca volvió a ver.

Avanzó hacia él, decidida a enfrentarlo; se sentía capaz de cualquier

cosa, y si las cosas se ponían feas... bueno, debajo de la cama tenía el arma

con la que había volado la cerradura de aquella fábrica en la que encontraron

a Conde.

Al avanzar dentro del apartamento, notó que todo estaba patas arriba,

revuelto; ya nada estaba en su sitio, ni sus ropas, ni las cosas de los armarios

de la cocina.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

—Buenas noches, ante todo —  
entonó Stefan, poniéndose de pie.  
No

había ni una pizca de amabilidad en  
su voz.

—No son nada buenas —le  
contestó sin parar de caminar hacia  
él—. No

recuerdo haberte invitado; de  
hecho: terminamos. No tienes nada  
que hacer

aquí.

Stefan le sonrió con sorna, y bajó la

mirada hacia las pastillas que aún se

hallaban sobre la mesa.

Teodelina también las miró y, luego, cuando ambos alzaron los ojos, sus

miradas se encontraron.

—Deduzco que esas pastillas son tuyas.

Ahora Stefan le dedicó una amplia sonrisa.

No le quedó la menor duda.

—Si las quieres, te las regalo; las daba por perdidas, de modo que...

—

Se encogió de hombros—. ¿Las has probado? Son buenas. —Stefan tomó una y

rodeó la mesa, avanzando hacia ella.

—No me interesan tus putas pastillas ni nada que tenga que ver contigo.

¿Qué le ha pasado a mi apartamento? Está un poco más

desordenado de lo que

creo que lo dejé antes de salir.

Stefan rio por lo bajo.

—Eres muy inteligente, eso siempre lo supe, desde el primer día que

Nicole me habló de ti, pero... disculpa si te digo que no entiendo cómo lo

descubriste. —Stefan se detuvo justo frente a ella. Cogió la pastilla y se la

enseño—. ¿Seguro que no quieres

probarla?

Negó con la cabeza.

—Tú sí las consumes, ya me he percatado de eso.

Stefan apretó la pastilla dentro de su puño.

—Muy de vez en cuando.

—Las encontré esta tarde por casualidad. —Obvió decir que Máximo le

había hablado de las pastillas que le encontró en su casa.

—¿Antes o después de que mi hermano se fuera?

El miedo estalló en sus venas, puesto que, acompañando aquellas

palabras, sobrevino un cambio descomunal en el rostro de Stefan: por sus ojos

se filtraba un inmenso odio; en sus cejas se leía locura; su frente crispada

denotaba impaciencia; sus pómulos, lívidos, constataban que no estaba allí

para nada bueno.

—¿Vio él las pastillas? —Stefan cambió el peso de su cuerpo de una pierna a la otra—. Claro que sí, por eso me ha llamado una infinidad de veces.

¿Qué más sabe mi hermano mayor?

—¿Dónde está Nicole?

Stefan se apartó de ella caminando tranquilamente.

—Todavía no me queda claro cómo me descubriste.

—Las pastillas, los malos tratos, la novia que supuestamente te rompió el

corazón... apareciste casi pisándole los talones a Nicole. Mataste a esa chica

en París, la que salió en los periódicos.

Stefan soltó una carcajada.

—Vamos, no tenías pruebas. Ésas no son más que conjeturas ridículas sin

fundamento alguno. —Se volvió y

la miró, parecía divertido—. Anda, dime la

verdad, Nicole te contó cosas sobre mí; ella era incapaz de mantener la boca

cerrada.

—Nicole no me dijo nada; es que, simplemente, tengo un sexto sentido

para detectar a la mierda como tú.

—Eso y que, además, en su fuero interno,

dudaba de que ese tipo enfermo que creía que era el ex de Nicole

verdaderamente las fuese a dejar en paz así como así.

—Yo no lo llamaría sexto sentido. Entre pares nos reconocemos, es eso.

—Yo no soy tu par.

—Nicole me contó muchas cosas acerca de ti, más de lo que me figuro

que te gustaría. Sé que vendiste drogas entre tantas otras cosas que hiciste.

—¡Púdrete! ¿Por qué diablos no te

quedaste donde estabas?

—Estoy donde debo estar, y me importa una mierda si te gusta o no. Dime

una cosa, ¿cómo sabes lo de Halyna?

—Nicole trajo el recorte que salió en un periódico francés; además, había fotografías de ellas dos juntas.

Stefan chasqueó la lengua.

—Sí, eso fue una pena... Halyna

era una muchacha agradable, una de mis

mejores chicas. Realmente excelente. Pasé buenos ratos con ella y luego me

enteré de que Nicole también. — Stefan sonrió—. No me gusta compartir mis

cosas. Soy un tanto posesivo y, por encima de todo, odio que me mientan.

—Eres un maldito desgraciado.

—Y tú, un escollo que ha terminado

hartándome. ¿Por qué, simplemente, no podías entrar en razón? ¿Por qué tienes que estar siempre ahí, metida en el

medio, arruinándolo todo? Me robaste a la mujer que amaba.

—No hice eso, tú la apartaste de tu lado; de hecho, lo que vosotros teníais era enfermizo.

—No sabes nada de eso. Imagino lo que Nicole te hizo creer.

—¿Que la maltratabas era una

mentira?

Stefan volvió a reír.

—Jamás le puse un dedo encima, ella era mi mujer.

—Mentiroso.

—Me temo que, quien mentía aquí, era ella.

—¿De qué hablas?

—Sé que te pidió dinero.

—Sí, para devolverte lo que te debía. ¿Dónde está Nicole, dónde

está el

dinero?

—Las deudas son deudas.

—¿Qué hiciste con ella?

—Nicole me robó esas pastillas...  
la muy desgraciada. No fue sólo  
eso,

también se esfumó con la pasta.

—Y entonces la seguiste hasta aquí.

—Me harté de sus mentiras y sus  
cuentos. Me rompió el corazón al

decirme que me dejaba y, además, tuvo el descaro de robarme. Fue entonces

cuando me di cuenta de que nuestro amor ya no existía... quizá jamás existió.

—Stefan inspiró hondo y luego soltó el aire en un largo suspiro—. Es una

desgracia comprender que, al final, todas las mujeres son la misma basura. Si

confías en ellas, te aseguras de una

cosa: serás engañado. —Alzo un dedo en

alto—. ¿Sabes qué?, en el avión, de camino aquí, me dije «bien, la perdonaré,

le diré que me devuelva mis pastillas y lo que me debe, y regresaré a casa

para olvidarme de ella».

Stefan apretó tanto los dientes que Teodelina oyó el crujido del esmalte.

—Las cosas no siempre salen como

uno las planea.

—¿Qué hiciste con ella?

—En cuanto mi avión pisó tierra, la llamé. Le dejé claro que teníamos

que vernos; ella entendió que no le quedaba más remedio que acceder.

Por las

malas, conmigo, las cosas no funcionan. Nos vimos en un restaurante que ella

eligió. Allí le pedí mi dinero y mis pastillas. Eso era lo que debía darme a

cambio de su libertad. La verdad es que fui más generoso de la cuenta;

después de que me engañase y robase, no se merecía mi piedad. Me sacó de

quicio cuando tuvo el descaro de decirme que no sabía de qué pastillas le

hablaba y que ella no tenía mi dinero. Por supuesto, no la creí; como te digo,

Nicole era una mentirosa empedernida, lo peor de lo peor. Lo

que sí admito es

que era muy valiente y osada. Una chica aguerrida. Me gritó allí, frente a

todos, que me largase; luego, por lo bajo, me dijo que si no la dejaba en paz

me denunciaría a la policía. Yo sabía que no lo haría, porque, de ese modo,

ella caería también. El caso es que me pareció ridículo continuar discutiendo.

La advertí de que no me iría a ninguna parte sin mi pasta, y ella dijo que podía

irme al infierno. La dejé partir, sabía que no iría muy lejos, ni tampoco lo que

me había robado. Así finalizó nuestro encuentro oficial. Luego la seguí. Fue

toda una sorpresa verla entrar en la galería de Geraldine. La fiesta acababa de

terminar. En parte fue una buena

noche. Maté dos pájaros de un tiro.

Teodelina se estremeció con un escalofrío.

—Las mataste... a Andrea, a Nicole; fuiste tú quien entró en la galería.

—Creí que tendría la paciencia suficiente. No fue así. Me tentó

demasiado la idea de tener tus cuadros rodeándome, y me encendió la

presencia de aquella chica. Tuviste el mal tino de contarle a Nicole tu

asunto

con Andrea, y ella me lo contó a mí. En ese momento no podía más que pensar

en ti; ni siquiera el dinero importaba, las pastillas todavía menos.

—¿Qué...?

—Creo que me enamoré de ti sin ni siquiera conocerte; supongo que lo

decisivo fue ver el cuadro en el que te pintaste a ti fusionada con ella...

—

Meneó la cabeza—. Quedar rodeado de aquella maravilla me hizo querer

borrar de la faz de la tierra todo lo que estaba mal.

—Estás jodidamente chiflado, Stefan.

—No, hice lo que debía hacer. Ni esa pobre desgraciada ni Nicole te merecían. Te hice un favor.

—Hijo de puta.

—Fue divertido —entonó con una

gran sonrisa, para después relamerse

los labios con placer. Dio un paso hacia Teodelina; ella retrocedió—. Con

Nicole no lo fue tanto, no logré que me dijese dónde estaba el dinero.

—Creí que no querías el dinero.

—¿Dónde está?

—No tengo ni idea.

—Lo he buscado por todas partes.

—Ya me he percatado de eso.

—¿Sabes?, si me dices donde está la pasta, te prometo que no te haré

sufrir. —Stefan se llevó una mano a la parte baja de la espalda; Teodelina la

vio emerger cargando su arma—. No deberías jugar con estas cosas. Por

cierto, esconder un arma debajo de la cama es lo más trillado del mundo.

Teodelina retrocedió un paso; no

tenía ni idea de qué hacer ahora que no

contaba con el arma, ahora que el arma apuntaba directamente a su pecho, en

las manos de un loco de remate.

—El dinero.

—No sé dónde está.

Stefan accionó el gatillo del arma.

—Te admiro y, de hecho, me gustas mucho; es una pena que, al final,

hayas mostrado tu verdadera cara.  
¿Por qué has tenido que acostarte  
con mi

hermano? Con placer lo hubiese  
compartido todo contigo. De  
verdad te amo y

me duele muchísimo lo que me has  
hecho.

—No te he hecho nada; nosotros  
terminamos y, hablando de eso, ¿no

fuiste tú quien se acostó antes con  
la prometida de su hermano?

Stefan alzó el arma, apuntándole

directamente a la cabeza.

—Mi dinero.

—Es mi dinero y no tengo ni la menor idea de dónde está.

\* \* \*

Las manos le temblaron al abrir el mensaje que le había enviado María

Eugenia; en lo más profundo de su alma deseaba con todas sus fuerzas no ver

el rostro de Nicole en aquella

fotografía.

Lamentablemente, sus deseos no se hicieron realidad. Se estremeció al

observar la imagen en la que se veía a su padre con su esposa, Stefan y

Nicole, los cuatro juntos, de pie en lo más alto de una verde colina, con un

valle montañoso por detrás. Los cuatro aparecían muy sonrientes.

Tampoco pudo controlar el temblor de su mano cuando le pasó el móvil

a

Lisando.

—Es ella. Es ella con Stefan, mi padre y Sonja.

—¿Seguro?

—Completamente.

Lisando le devolvió el móvil.

—Mierda. ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

—Tenemos que encontrarlo.

—Tengo que hablar con Teodelina, tengo miedo de que él le haga daño.

—Deberíamos dar parte a la policía; sé que es tu hermano, pero...

—Mi padre... ¿cómo voy a contarle todo esto?

—Buscaremos el mejor modo.

—No puedo creer que mi hermano sea ese tipo. —Apretó el móvil, le

echó una mirada y luego marcó el número de Teodelina.

El teléfono vibró en su mano y luego comenzó a sonar.

—Dámelo —le ordenó Stefan.

A Teodelina no le quedó más remedio que entregárselo.

—Es mi hermano —anunció después de comprobar el nombre en la

pantalla—. ¿Él sabe dónde está el dinero?

—Ninguno de los dos lo sabemos,

Stefan, Nicole salió de aquí la noche

de la inauguración con una bolsa. Probablemente el dinero estuviese allí. No

tengo ni la menor idea de qué ha sido de esa bolsa.

—¿Cuánto te gusta mi hermano?

—No lo metas en esto.

—Vas a decirme dónde está mi dinero, eres igual de mentirosa que ella.

—Sin dejar de apuntarla, Stefan atendió la llamada.

— *Bruder*, ¡qué bien que llamas!

Máximo se quedó de piedra al oír la voz de su hermano.

—Stefan... ¿dónde está Teodelina?, ¿qué le has hecho?

—La tengo justo frente a mí; está bien, por ahora. Seguro que ella tiene

muchas ganas de verte. ¿Por qué no te unes a nosotros? Tenemos que hablar.

—¿Dónde estás?

—En el apartamento de Teodelina.  
No te tardes.

Stefan le colgó.

\* \* \*

—Está con Teodelina, quiere que  
vaya. Sé que algo sucede; seguro  
que

ella lo ha enfrentado. Debe de  
haber visto las pastillas. Esto no  
está bien, nada

bien. Tengo que ir.

—No creo que sea buena idea.  
Mejor llamemos a la policía.

—Llámalos tú; cuéntaselo todo, yo voy directo a su apartamento. —

Recogió del medio de la mesa de reuniones un bloc de notas y un lápiz y anotó

unos datos—. Es la dirección de Teodelina.

—Máximo, tu hermano podría ser peligroso; creo que no tienes en cuenta

el hecho de que es uno de los

criminales más buscados de Europa.

—Ábreme, por favor; tengo que irme.

—Mierda, Máximo. —Lisando recogió sus cosas, incluido el expediente.

Salieron juntos.

## 25

—Sabes una cosa... —Stefan comenzó a pasearse de un lado al otro, sin dejar

de apuntarla—... de verdad que creí que lo que teníamos podía convertirse en

algo especial, en algo distinto a todo lo demás. Pensé que me entendías mejor

que nadie. Eras la última persona que pensaba que me juzgaría por lo que

hago.

—No entiendo cómo pudiste pensar eso; si sabes por lo que pasé, ¿cómo

esperas que comprenda que mantienes a un montón de chicas esclavas para

venderlas por sexo?

—Tú saliste de eso porque eres distinta, porque no pertenecías allí, pero

antes de eso estabas perdida. La experiencia te sirvió para hacerte más fuerte,

para convertirte en una verdadera mujer. Hay mujeres que se merecen estar

donde están.

—Lo que dices no es más que pura mierda. Eres un desgraciado; ¿quién

cojones crees que te otorgó a ti la potestad de decidir qué mujeres merecen ser

libres y cuáles no?

—Soy un hombre que sabe lo que hace.

—Lo que eres es un desgraciado malparido que está completamente

tarado.

—No estoy loco, simplemente me permito hacer lo que debe hacerse.

—Estás mal de la cabeza, Stefan.

—Te demostraré que no es así.

—Dudo de que nada que puedas hacer me haga cambiar de opinión.

—Eso es porque todavía falta ajustar un par de cosas en ti. Por eso te

acostaste con esa modelo cuando empezábamos a salir y por eso

acabaste en

esa cama con mi hermano. —  
Apuntó en dirección a la cama con  
el arma—. No

importa, para mañana serás una  
mujer nueva y, si me dices dónde  
está el

dinero, podrás ser mi mujer.

—No tengo ni la más puta idea de  
dónde está el jodido dinero y ten  
por

seguro que no pienso ser tu mujer ni  
muerta.

—Muerta no podrías hacer demasiado para oponerte — canturreó Stefan

con una gran sonrisa en los labios.

—Me das asco.

Stefan comenzó a avanzar hacia ella. Se detuvo a pocos centímetros, alzó

la mano en la que sostenía el arma y puso la boca de la pistola sobre la sien

izquierda de Teodelina.

Teodelina se echó a temblar debido a una mezcla de furia y temor; Stefan

estaba completamente loco.

—Por momentos provocas que me den ganas de volarte los sesos. — Sin

despegar el arma de la cabeza de ella, se acercó y comenzó a besarla.

No pudo soportarlo, le dieron arcadas del asco; aquel tipo había matado

a Nicole, a Andrea y a Halyna;

además de eso, era traficante y un abusador de

mujeres. El miedo a morir se escapó de su cuerpo, canalizándose fuera de éste

por el metal del arma que tenía pegada a su piel.

«Es ahora o nunca», pensó, y no titubeó.

Al tiempo que se agachaba, con una mano apartó hacia arriba la muñeca

con la que Stefan sostenía el arma, con la otra lo golpeó por debajo; el

golpe

impactó en él de lleno, con la parte inferior de la palma de su mano, en el

mentón de él. Los dientes de Stefan crujieron. En ese segundo que Stefan

quedó atontado por el impacto que no esperaba, Teodelina pasó el mismo

brazo que usó para golpearlo en la mandíbula por debajo de la axila del brazo

con el que él todavía empuñaba el arma; ella aún lo tenía sujeto por la muñeca. Así, tanto por detrás como por delante, asió su muñeca con las dos

manos y tiró del brazo de él hacia atrás. Metiendo su cuerpo a la altura de la

cadera de él, le golpeó la rodilla con su pie, haciéndolo caer pesadamente

igual que un árbol. Forzando la articulación de su hombro, apretó el

codo de

Stefan lo más cerca del suelo que pudo. Stefan soltó un alarido de dolor.

Todavía sosteniéndolo por el codo, Teodelina iba a golpearlo una vez más en

el rostro para intentar noquearlo, mas entonces él reaccionó, soltando un duro

puñetazo que impactó directamente sobre su mejilla derecha.

Por un momento su visión quedó en

blanco. Trastrabilló, perdiendo así el

control sobre el arma. Cayó al suelo, pero intentando no perder por completo

sus oportunidades de salir viva de allí. Sabía sobradamente que jamás debía

dejarse caer de espaldas, por eso aterrizó de lado, con la pierna derecha bien

plantada sobre el suelo, al igual que su antebrazo derecho; preparó la

pierna

izquierda y, sin dejar de protegerse con el brazo izquierdo, le lanzó una patada

a Stefan en cuanto éste se le vino encima. Su pie impactó de lleno en el

abdomen de él, quitándole el aliento y la estabilidad.

Fue directamente hacia el arma.

Stefan se recuperó demasiado pronto, cayéndole encima.  
Teodelina

golpeó contra el suelo; Stefan la tenía sujeta del cabello; esta vez, el cañón del

arma se encontraba justo sobre su nuca.

—Maldita. En cuanto recupere mi dinero, irás a parar al mismo lugar que

las demás.

—Nunca recuperarás tu dinero, porque no tengo ni la más puta idea de

dónde está. Es probable que hayas

matado a la única persona que lo sabía,

idiota.

—No te creo, seguro que Nicole y tú estabais compinchadas en esto contra mí.

—Estás loco, Stefan, completamente loco. Hasta hace poco yo estaba

convencida de que Nicole se había esfumado con mi dinero para hacer su vida

en otra parte.

—¡Mentirosa! Se terminó el juego, Teodelina.

Stefan tiró de su cabello al tiempo que se levantaba de encima de ella apartando una de sus piernas.

—Levántate lentamente, dispararé si intentas algo. —Le soltó el cabello

y apartó el arma, poniéndose de pie —. Arriba. Lo digo en serio: si das un

paso en falso, no volverás a ver a mi hermano.

Empujándose con las manos, se levantó del suelo. Jadeaba del odio por

haber desaprovechado la oportunidad de librarse de él. Se volvió y lo

enfrentó.

—Bien. Ahora esperaremos a que mi hermanito llegue.

—Máximo no tiene ni la más puta idea de dónde está el dinero,

Stefan.

Toma tus pastillas y lárgate, no lo metas en esto.

—Se metió solito en esto, nadie lo llamó. Tendría que haber seguido

adelante con su patética vida. ¡Me repugna! Siempre fue tan insípido,

¡aburrido! Un cobarde de primera incapaz de hacer nada arriesgado.

¡Siempre

se creyó tan perfecto! ¡Es un fracasado y mi padre, aun así, lo adora! Como si

su mediocre comportamiento fuese ejemplo de algo. Tal parece que a nadie le

importó que arruinase su carrera del modo en que lo hizo, que huyese con el

rabo entre las piernas.

No había que ser demasiado inteligente para leer en sus palabras unos

celos atroces.

—¡Y para colmo tuvo el descaro de reprocharme cosas!

—Te acostaste con su prometida.

—¡No hables! —Stefan sacudió el alma—. A ti también te vino con ese

cuento de pobre inocente, con su actuación de modosito hombre padre de

familia que intenta hacerlo todo bien. ¡Y una mierda, yo sé la verdad!

—¿Qué verdad es ésa?

—Es el peor.

—Stefan, estás equivocado.

—Lo que no entiendo es cómo dejaste que te convenciera. ¿Cómo hizo

para llevarte a la cama, para follarte? Dime: ¿lo pasaste bien con él? ¿Te dio

orgasmos? Lo dudo.

—Vete antes de que llegue.

—Eso ni lo sueñes. Eres mía.

Teodelina tragó saliva.

—Juro que iré contigo a donde tú digas. Vámonos ahora, antes de que llegue.

—Quiero mi dinero.

—Nadie sabe dónde está, Stefan, por favor. Tu hermano tiene una hija.

Haré lo que quieras; conseguiré más dinero. —Avanzó hacia él—. Lo prometo.

Olvidémoslo todo, empecemos de cero. —Notó que la mirada de Stefan se

rompía, al igual que su espíritu—. Tienes razón, me equivoqué... tu hermano

no es para mí, lo supe esta tarde, terminé con él, ahí ya no hay nada.

Probablemente fuese él quien no sabía lo que hacía. Acabemos con esto,

larguémonos de aquí ahora, toma las pastillas y...

—No.

—Stefan, nadie lo sabrá, seremos sólo nosotros dos.

—Ya no somos nosotros dos. —La voz le tembló.

Llamaron a la puerta.

—¡Stefan! —Máximo aporreó la puerta—. Teodelina. Abrid la puerta.

¡Stefan!

—Andando. —Stefan apuntó la puerta con el arma.

—Te lo ruego, no lo hagas.

—Camina, o te mato a ti y después voy directo a por él.

Teodelina se dirigió hacia la puerta, con Stefan pisándole los talones.

—Abre.

—Por última vez, te lo imploro. Sabes que yo jamás rogaría por nada,

pero esta vez... Stefan, es tu hermano, no lo mezcles en esto.

—¡¡Que abras la maldita puerta!!

Máximo oyó desde el pasillo el grito de su hermano.

—¡Stefan! ¡Teodelina! ¡Abrid,

abrid!

Teodelina giró la llave. Abrió la puerta.

Stefan volvió a sujetarla del cabello, mas en esta oportunidad no la

apuntó a ella, sino a su propio hermano. Tiró de Teodelina hacia atrás.

—Entra y cierra la puerta.

—Stefan, ¿qué significa esto?  
Suéltala.

—Quiero mi dinero, ¿dónde está?

—¿Qué...? No sé. Baja el arma. Podemos resolver esto de otra manera,

ya te he conseguido un abogado. Te apoyaremos, lo resolveremos... sólo baja

el arma y déjala ir.

—Nadie va a ir a ninguna parte, especialmente ella.

—Stefan, es una locura; obviamente no pasas por un buen momento.

Stefan soltó una estruendosa carcajada; se sacudió tironeando del cuero

cabelludo de Teodelina.

—No me jodas, *bruder*. Eras cirujano, no psicólogo; hazme el favor y

guárdate esa mierda para alguien distinto, para alguien que se la trague.

—Déjala ir; si quieres dinero, yo puedo dártelo.

—Quiero el dinero que Nicole me

robó.

—Ninguno de los dos sabemos dónde está Nicole, tampoco el dinero.

—Nicole está muerta.

—Eso mismo, yo la maté. ¿Qué me dices ahora, *bruder*? ¿Crees que

podremos solucionarlo con un abogado? Yo creo que no.

—No sabemos dónde está el dinero. Lo solucionaremos.

—Estoy harto de oírte hablar, ¿es

que no te callas nunca?! ¡Como si  
tuvieses algo tan bueno que decir!

—Tranquilízate, Stefan, por favor.

— Voy a coserla a balazos si no me  
dices dónde está la pasta.

—No lo sabemos, Stefan —le gritó  
Máximo en respuesta, al ver que  
ponía el arma debajo de la oreja de  
Teodelina.

—¿¿Dónde?!

—Te lo dije, no tenemos idea de

dónde está el dinero.

—Lo intentaremos de otro modo.

Stefan quito el arma del cuello de Teodelina y apunto en dirección a su

hermano.

—¿Dónde? Teodelina, dime dónde escondió mi dinero la puta de tu

amiga.

—¡Que no lo sé!

—Como desees —respondió Stefan

plácidamente. Y disparó el arma.

La bala impactó en el muslo izquierdo de Máximo.

—Upss —soltó Stefan, riendo.

Máximo cayó al suelo.

Teodelina se puso histérica. Tironeó de su cabello, quería arrojarse

encima de Máximo, protegerlo. Stefan la retuvo, primero tirando de su pelo,

luego volviendo a posar el arma

debajo de su oreja derecha.

—Chis... —chistó—. No vas a ninguna parte, te quedas conmigo. De

verdad que quieres a mi hermanito, ¿quién lo hubiese dicho? Bien, ahora que

sabemos que vosotros dos, por lo visto, estáis muy unidos, comenzaremos de

cero. Mi dinero, ahora.

—No lo tenemos, Stefan. ¿Es que no lo entiendes? Probablemente

Nicole

era la única que sabía dónde estaba  
y tú fuiste lo suficientemente  
estúpido

como para matarla.

— *Schlampe!*

— ¡Stefan! — Máximo sabía el  
suficiente alemán como para  
comprender

lo que su hermano acababa de  
soltar, y no pensaba permitir que la  
insultase;

estuviese cargando un arma o no, le hubiese disparado o no, no permitiría que

la tomase con ella.

—¡Mi dinero, quiero mi dinero!

—No lo tenemos. No lo entiendes, Stefan; metiste la pata y a lo grande.

—Es cierto —la secundó Máximo—. Nosotros no podemos darte lo que

quieres.

Stefan se dio la vuelta y, sin más

preámbulos, disparó a su hermano  
otra

vez.

—¡No!

La puerta del apartamento fue  
abierta con un gran estruendo.

Astillas de

madera volaron por todos lados.

De refilón, a Teodelina le pareció  
ver el rostro de Resa. Stefan volvió  
a

disparar, luego se oyó otro disparo

y uno más.

Quedó libre del agarre de Stefan.

Su apartamento fue invadido por una horda de policías que gritaban y

corrían empuñando sus armas.

No se giró a ver qué le había sucedido a Stefan, simplemente salió

disparada en dirección a Máximo, quien se sujetaba el vientre con ambas

manos.

—Máximo —jadeó sin aliento al llegar a él. Le quitó las manos de

encima de la herida, que estaban empapadas de sangre; las suyas quedaron

igual al instante. Lo rodeó con uno de sus brazos al notar que se le escapaban

los colores del rostro—. Vas a estar bien, vas a ponerte bien.

—Perdón... no quería creerlo. Lo siento.

—No digas nada más, está bien, no importa. No hables.

—Te amo.

Teodelina sintió el impacto de sus palabras en el pecho; fue más duro que

cualquier golpe que le hubiese dado nadie.

—Tranquilo. —Alzó la cabeza para no tener que mirarlo a los ojos. No

sabía qué responder a eso, no tenía ni idea de qué sentir, qué permitirse sentir;

su única certeza era que no quería que muriese. Nada más importaba —.

¡Ayuda!

Resa aterrizó de rodillas a su lado.

—Los de la ambulancia vienen subiendo. ¿Es grave?

Teodelina se sorprendió al verla así tan cerca, tan cooperativa y preocupada.

—Si me lo pregunta cómo paciente, le diré que me siento pésimo; como

cirujano... —Soltó un quejido de dolor.

—Tranquilo. —Lo recorrió con la mirada—. Lo de la pierna no es serio,

entró y salió. —Se volvió hacia Teodelina—. ¿Tú estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. ¿Cómo ha llegado aquí?

—Yo estaba siguiéndolo a él —apuntó con la cabeza a Máximo—, y

teníamos guardia custodiándote;

vieron entrar a su hermano, luego llegaste tú.

—Se volvió hacia Máximo—. Su amigo llamó a la policía y dio esta dirección, nos avisaron al instante.

—¿Mi hermano...?

Resa negó con la cabeza.

—Lo lamento.

—Fue él quien asesinó a Andrea...

Resa la miró.

—También a mi ex; ella le había robado esas pastillas que están sobre la

mesa. Stefan vino siguiéndola; además de eso, se había llevado el dinero que

yo le envié para saldar una deuda que tenía con él. Eran mis ahorros, todos

mis ahorros, por eso me vi obligada a exponer.

Resa frunció el entrecejo.

—Además asesinó a otra muchacha

en París.

Resa giró la cabeza para mirar a Máximo, sorprendida.

—Es una larga historia. Mi amigo Lisando Bloch se la explicará, es nuestro abogado.

Se oyó a gente corriendo.

—Aquí —llamó Resa alzando la cabeza.

Los de la ambulancia habían llegado. Al instante comenzaron a

encargarse de él; lo primero que hicieron fue ponerle una vía.

Resa se puso de pie.

—Avísame si necesitáis algo —le dijo la detective mirándola

directamente a los ojos, antes de irse.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Tenemos que llevarlo al hospital —le comentó el joven doctor que lo

atendía.

—Lo que sea siempre y cuando ella me acompañe. —Máximo se prendió

de la mano de Teodelina.

## 26

—Hola. —Teodelina no pudo contener su sonrisa en cuanto lo vio parpadear

para finalmente abrir los ojos. Sin querer, estrujó su mano entre las suyas.

Había tenido miedo, mucho miedo de que algo realmente malo sucediese

durante la operación.

Apartó el brazo articulado del velador para que no le molestase la luz y

luego, levantándose de la silla en la que había pasado las últimas doce horas,

pegada a su cama mientras él dormía, reponiéndose de la operación y la

anestesia, se inclinó sobre él y lo besó.

—Hola.

La aceleración de los latidos de su corazón quedó registrada en el monitor.

—¿Cómo te sientes? Extrajeron la bala. Los doctores dicen que te enviarán a casa en un par de días.

Máximo apretó su mano.

—Me hubiera gustado más operar

que ser operado.

—Tu hermana ha estado aquí hasta hace un rato; se ha ido a su casa a

descansar. Mencionó que tu padre y su esposa vienen en camino. Lisando se

está ocupando de todo.

—Todavía no puedo creer lo que pasó.

—Lo lamento, a pesar de todo él era tu hermano.

—Parece que haya sido una

pesadilla.

—Todavía no puedo borrar de mi mente el momento en el que te disparó

por segunda vez; creí que mi mundo se vendría abajo, quería matarlo.

—Se

mordió el labio inferior—. Lo odié por hacerte pasar por esto.

Máximo alzó la otra mano y acarició su mejilla.

—Es un alivio que estés bien.

—Estoy bien.

—Lo siento por Nicole.

Apretó los labios. No había podido llorarla, ya ni siquiera sabía qué sentía por ella.

—Todavía no han podido descubrir qué fue lo que hizo con su cuerpo.

Tampoco sobre el paradero del dinero. Nadie sabe dónde fue o qué hizo.

Tampoco con quién estuvo tu hermano desde que se fue de tu

casa. Ahora se ha

metido en esto la policía francesa y creo que también la Interpol.

—Ven aquí. —Máximo palmeó el colchón de su fría y dura cama de hospital.

—¿Seguro?

En respuesta, volvió a palmear el colchón.

Despacio, trepó a la cama, pasó por encima de él teniendo muchísimo

cuidado de no tocarlo, y mucho menos golpearlo. Se tendió de costado a su

lado, mientras él la abrazaba.

—Ahora me siento mucho mejor.

Teodelina le sonrió, ella también se sentía mejor. Con delicadeza, le

rodeó el pecho con uno de sus brazos y se acurrucó contra su cuerpo.

—¿Amigos?

—Amigos.

Desoyendo el dolor en su vientre,  
Máximo se estiró y la besó.

Teodelina le devolvió el beso con  
ganas.

\* \* \*

—Es allí —le indicó a Máximo,  
apuntando en dirección al panteón  
de la

esquina—. Allí está enterrada mi  
madre. Perteneció a su familia;  
desde que me

gano la vida con mi trabajo, me  
ocupo de pagar los gastos. Hubo un

tiempo en

que creí que lo perdería.

Máximo le puso una mano en la cintura y acarició la piel de la parte baja

de su espalda, escurriendo sus dedos debajo de la camiseta.

Ella le regaló una tenue sonrisa y luego retomó su andar.

Apoyándose en sus muletas, Máximo la siguió.

Ella llevaba un ramo de flores que

él insistió en comprar. Hoy sería el cumpleaños de su madre; no pasaba ni un solo año sin que ella acudiese al

cementerio. A Máximo apenas si le habían dado el alta dos días antes, pero

había insistido en acompañarla.

Juntos caminaron hasta el pequeño edificio de piedra.

—No tienes que entrar si no quieres; dejaré las flores sobre su tumba y

saldré.

—Voy contigo. —Sería la segunda vez en dos días que se encontraría

frente a restos humanos: había despedido el cuerpo de su hermano, que su

padre había enviado esa misma mañana en dirección a Alemania para

enterrarlo allí.

Teodelina sacó las llaves. Le había costado mucho encontrarlas. Tenía

dos juegos, pero uno había desaparecido; supuso que había sido cuando Stefan

revolvió todo su apartamento buscando el dinero.

Abrió la cerradura y empujó la puerta.

Lo que vio le quitó el aliento. Había una bolsa sobre la tumba de su

madre.

—No puede ser —soltó Máximo.

Teodelina se acercó a la sepultura de piedra, apoyó las flores sobre ésta,

cogió la bolsa y abrió el cierre para abrirla. Allí estaba el dinero.

Nicole la conocía demasiado bien, sabía que ella iría, que lo encontraría.

—Entonces, después de todo, te amaba —le dijo él—. Ya lo ves; no es

imposible que las personas te amen, Ultra Negro. —Se le acercó y posó

una

de sus manos sobre la mejilla de ella—. Te amo, Teo.

—Y yo a ti, M. —Teodelina acortó la casi inexistente distancia que los

separaba para besarlo, para materializar lo que sentía por él en una caricia

que cada vez que se repetía borraba de su memoria un horrible día vivido en

el pasado.



## **Biografía**

Nací en 1977 en la ciudad de Buenos Aires y allí resido en la actualidad. Me

licencié en Administración y Organización Hotelera.

Disfruto con las buenas historias, la música y la cocina. Y cuando la

inspiración llama, también con la pintura y el dibujo.

Pero mi verdadera pasión es escribir. Cuando lo hago me pierdo,

desconecto de todo. Básicamente escribo para mí, porque es mi motor, mi

energía y también un modo de intentar entender o asimilar muchas de las cosas

que me suceden. No por ello deja de ser increíblemente gratificante poder

compartir mis novelas y saber que esas palabras provocan una reacción en

quienes las leen. Que amen, rían,

lloren y odien con los personajes que he

creado me hace increíblemente feliz y acorta a cero la distancia con personas

que se encuentran a miles de kilómetros de distancia pero que, en realidad, no

son tan distintas a quien puso aquellas palabras allí.

Soy autora de la saga «Todos mis demonios», de la bilogía *Insensible* y

*Sensible* y de la novela *Elígeme*.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

<http://verofleitassolich.blogspot.com>

<https://www.facebook.com/vafleitasfref=ts>

*Ultra Negro*

Verónica A. Fleitas Solich

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni

su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por

grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos

mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del

Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento

de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el

91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: AlexAnnaButs / Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Verónica A. Fleitas Solich, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034  
Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con

personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: abril de 2017

ISBN: 978-84-08-17027-3

Conversión a libro electrónico:  
Àtona - Víctor Igual, S. L.

[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)

# NOVELA ROMÁNTICA



**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**

**¡Síguenos en redes sociales!**

## **Table of Contents**

Dedicatoria

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Biografía

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

# Document Outline

- [Dedicatoria](#)
- [Cita](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)

- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Biografía](#)
- [Créditos](#)
- [¡Encuentra aquí tu próxima](#)

lectura!